

# Los moteros del MidWay

SERIE COMPLETA

*Patricia Sutherland*





## CONTENIDO

[Título](#)

## Dedicatoria

### Sobre Los moteros del MidWay...

#### Temporada 1

- Episodio 1

- Episodio 2

- Episodio 3

- Episodio 4

- Episodio 5

- Episodio 6

- Episodio 7

- Episodio 8

- Episodio 9

- Episodio 10

- Episodio 11

- Episodio 12

- Episodio 13

- Episodio 14

- Episodio 15

- Episodio 16

- Episodio 17

## Temporada 2

- Episodio 1

- Episodio 2

- Episodio 3

- Episodio 4

- Episodio 5

- Episodio 6

- Episodio 7

- Episodio 8

- Episodio 9

- Episodio 10

- Episodio 11

- Episodio 12

- Episodio 13

- Episodio 14

- Episodio 15

- Episodio 16

- Episodio 17

- Episodio 18

- Episodio 19

[- Episodio 20](#)

[Temporada 3](#)

[- Episodio 1](#)

[- Episodio 2](#)

[- Episodio 3](#)

[- Episodio 4](#)

[- Episodio 5](#)

[- Episodio 6](#)

[- Episodio 7](#)

[- Episodio 8](#)

[- Episodio 9](#)

[- Episodio 10](#)

[- Episodio 11](#)

[- Episodio 12](#)

[- Episodio 13](#)

[- Episodio 14](#)

[- Episodio 15](#)

[- Episodo 16](#)

[- Episodio 17](#)

[- Episodio 18](#)

[- Episodio 19](#)

[- Episodio 20](#)

[- Episodio 21](#)

[- Episodio 22](#)

[- Episodio 23](#)

[- Episodio 24](#)

[- Agradecimientos](#)

[- Sobre la autora](#)

[Notas](#)

## **LOS MOTEROS DEL MIDWAY**

**Serie Completa.**

**(Temporadas 1, 2 y 3)**

© 2018. Patricia Sutherland

Todos los derechos reservados.

Versión 1.06.18

Ediciones Jera

Colección Jera Romance

Diseño de cubierta: Nune Martínez

JR091011 - Los moteros del MidWay. Serie Completa

Ficción romántica

Nivel de erotismo: ♥♥♥(Sensual)

Los personajes y sucesos relatados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

*A mis padres.*

*Siempre serán la luz que alumbra mi camino.*

*A todas mis lectoras y, de manera especial,*

*a las fans de la serie Moteros*

*con todo mi cariño y mi agradecimiento.*

### **Sobre *Los moteros del MidWay...***

Desde el principio, las fans de la Serie Moteros me pedían saber más de todos los personajes, no solo de los que han protagonizado sus propias historias. Me rogaban que finalizara la serie sin darle a esos personajes su momento de gloria. "Aunque sea una historia cortita, por favor", era la petición más habitual.

Mi criterio es que un buen secundario no hace, necesariamente, un buen protagonista.

En mi opinión, exceptuando a los encargados de protagonizar Moteros #5, la última temporada de la serie, ninguno es capaz por sí mismo de soportar el peso de una buena historia.

¿y juntos? Después de mucho tiempo dándole vueltas al tema, se me ocurrió que la solución era reunirlos en una mega-historia, sumando el atractivo que cada uno de estos grandes

personajes tiene y mezclando bien los ingredientes, quizás, la cosa podría funcionar. Podrías leer los romances de esos personajes que tanto te gustan, y yo disfrutaba escribiendo el tipo de historias que me gusta narrar. ¡Perfecto!

El resultado de cuatro años de ruegos es la serie de ficción romántica dividida en temporadas *Los moteros del MidWay*. Esta mega-historia es un extra de la Serie Moteros que retoma el hilo de los acontecimientos de Lola Entre-

Historias, durante la semana de Navidad de 2009, y su formato es parecido al de una serie televisiva. Es decir, en temporadas compuestas por episodios.

Algunas características de este formato son:

El estilo de narración es diferente al que estás acostumbrada en mí. Es nuevo y adelanto, muy "enganchante".

Hay varias tramas narrándose al mismo tiempo.

Cada temporada resuelve total o parcialmente alguna/s trama/s, pero la final de la trama principal sucede en la T3.

¿Qué puedo adelantarte acerca de *Los moteros del MidWay*? Poco. Ya sabes que me gusta sorprender a mis lectoras, pero voy a ser buena y te voy a dar una pildora protagonistas de *Moteros #5* también toman parte de esta mega-historia. A ver si adivinas quiénes son :)

Te deseo una buenísima lectura.

Con afecto,

Patricia Sutherland

## **TEMPORADA 1**

### **Episodio 1**

Miércoles, 23 de diciembre de 2009.

Camden Town, Londres.

Nikki Campbell se cerró la cazadora hasta arriba y ajustó la bufanda.

Hundió las manos en los bolsillos de sus pantalones de cuero con actitud resignada. Había caído la tarde, hacía frío y la cosa iba para largo. En buena

hora habían decidido ir a Camden Town para hacer las últimas compras navideñas. Soltar allí a alguien siempre dispuesto a apuntarse a cuanta actuación musical/teatral/de lo que fuera como Conor era arriesgarse a regresar a casa de vacío. La joven no pudo evitar una sonrisa de admiración cuando su novio se aproximó bailando a una anciana que entre el público seguía animadamente el ritmo dando palmas, y la invitó a unirse a él.

Invitación que la animada dama aceptó sin dudarle, casi como si lo hubiera estado esperando.

En este caso la música era latina, interpretada por un grupo de brasileños, pero bien podría haber sido cualquier otra cosa. Así era él, alguien lleno de vida, a quien le encantaba divertirse y participar. Nikki lo recordaba así desde siempre. Incluso en su etapa pre-adolescente, a pesar de su extrema delgadez y su acné juvenil, Conor acababa encandilando con su carisma a las exigentes chicas del último curso en las fiestas del colegio. Encandilaba a todo el mundo. Que se lo dijeran a ella que llevaba media vida enamorada de él.

El sonido del móvil la devolvió a la ruidosa realidad que la rodeaba y se apartó unos cuantos pasos para atender a su mejor amiga, Lexi Barlow. Como Nikki, era intérprete. A diferencia de ella, tenía el trabajo de sus sueños en la sede ginebrina de la ONU y acababa de prometerse al hombre de su vida.

—Dime que has podido adelantar el viaje y ya estás aquí —fue el saludo de Nikki.

— *No ha habido suerte, nena. Llegaré según lo planeado y mi chico, toquemos madera, también... Oye, acabo de hablar con tu madre y me ha dicho donde estás. Ya sabes que volverás sin comprar nada, ¿no?*

Nikki tuvo que esperar a que su amiga acabara de reír para responder.

—Tranquila, que en cuanto acabe la canción lo saco de esta esquina como sea... —oyó que su amiga se carcajeaba y también claudicó—: Por Dios...

Entre las presentaciones de rigor, las bromas y demás, llevamos un cuarto de hora aquí.

— *Cierto que a Conor no le basta con acompañar al artista de turno canturreando o bailando en el sitio, tiene que presentarse y presentar a toooodo el mundo y acabar organizando una verbena. Tu novio es un caso clínico, nena.*

Nikki controló con la vista lo que hacía Conor. Su sonrisa se ensanchó de oreja a oreja cuando lo vio inclinarse ceremoniosamente hacia la anciana y depositar un galante beso sobre su mano cubierta por un grueso guante de lana color burdeos. Con sus ropas de motero, aquellas rastas que la volvían loca y ese talento innato para hacerte sentir la reina de Java, no era de extrañar que se llevara a todo el mundo de calle. A ella, la primera.

— *¿Y, has conseguido averiguar cuál será su regalo de Navidad o sigue siendo el secreto mejor guardado del mundo?* —quiso saber Lexi.

El corazón de la joven se saltó un latido y volvió a la carga con fuerza.

—Sigue sin soltar prenda y te juro que la ansiedad me está matando —  
admitió Nikki. Sabía que Conor se traía algo entre manos. Habían celebrado muchas Navidades juntos y a pesar de que él siempre le preparaba sorpresas, su propia ansiedad de niño feliz le hacía imposible guardar el secreto si ella insistía. Al final, siempre acababa desvelando la sorpresa. En esta ocasión no había sido así. Su actitud intrigante cada vez que ella lo sondeaba al respecto, su persistente negativa a desvelar en qué consistía su regalo venía acompañada siempre de una sonrisa seductora que disparaba en ella aún más preguntas, aún más ansiedad.

— *No hace falta que lo jures. Según tu madre, tienes a toda la familia igual de ansiosa. Por lo que cuenta hay apuestas y todo* —festejó Lexi.

—Ja. Como si hiciera falta mucho para ponerlos ansiosos cuando se trata de mi relación con Conor. Entre que lo conocen desde que era un niño, que mi abuela es una casamentera y que mi padre lo adora, como lo adora casi todo el mundo excepto mi madre, están todos pendientes de cada cosa que hacemos...

— *Bueno, tendrás que admitir que esta vez la cosa promete* —Nikki ya estaba sonriendo de puro gusto antes de que su amiga acabara la frase—.

*Cuando estuvisteis aquí el mes pasado, después de la reconciliación, lo noté muy cambiado. Muy centrado y muy enamorado de ti.* —La sonrisa de la novia dio dos vueltas completas a los anillos de Saturno—. *Así que, quizás,*

*esta vez te sorprenda de verdad. A lo mejor es LA sorpresa, ¿no crees?*

Nikki exhaló un largo suspiro. Su corazón latía de ilusión, de esperanza, de amor... De anticipación ante algo que llevaba mucho, mucho tiempo esperando que sucediera.

—Ya estoy de los nervios sin necesidad de que vengas tú a aportar tu granito de arena. Dime, ¿para esto me llamas, mala amiga?

En realidad, no. Lexi llamaba por otra cosa. Se rumoreaba que la candidata seleccionada para el puesto al que también se había presentado Nikki hacía algunos meses, había tenido un grave accidente de tráfico. No había podido confirmarlo, pero al parecer la joven de nacionalidad suiza se debatía entre la vida y la muerte en el hospital. Lo que sí sabía, y de una fuente totalmente fiable, era que la candidatura de su amiga había quedado en segundo lugar por lo que, posiblemente, Nikki volvía a estar en carrera para el trabajo de sus sueños, uno para el que se había preparado a conciencia y al que se había postulado una y otra vez sin éxito desde hacía cinco años; ser una de las intérpretes de la Organización de Naciones Unidas.

Lexi dudó un instante entre decírselo en aquel momento o esperar un poco a ver si se confirmaba la noticia.

— *Solo para eso, no. También te llamo para ser la primera en pedirte una cosa.*

—Mientras no sea dinero... —bromeó Nikki.

— *¡Me pido ser tu madrina de boda! Ya sé que en tu familia pondrán el grito en el cielo, pero ¡ah, se siente, yo lo he pedido primero!*

Nikki permaneció escuchando la alegría dicharachera de su amiga mientras jugueteaba con los flecos de su bufanda y su mente se regodeaba en pensamientos placenteros. Dios, había imaginado ese momento tantas veces... Qué ironía que durante el tiempo que Conor y ella habían vivido juntos, la palabra boda hubiera sido el motivo de sus mayores peleas de pareja y ahora, que cada cual vivía en su casa y disfrutaba de su parcela de independencia, estuvieran más unidos que nunca y el tan esperado momento pareciera tan cercano, tan real.

—Por mí bien, pero yo de ti me iría preparando para la batalla. Porque, que te quede claro, tendrás que verte las caras con mi abuela por esto — concedió riendo.

— *¡Y que lo digas! ¡Me va a matar!*

En aquel momento, Nikki alzó la vista y la imagen de un hombre guapísimo, con el cabello lleno de rastas multicolores que hoy llevaba sujetas en una coleta, dominó su campo visual. Se aproximaba hacia ella bailando, con su gran sonrisa seductora al tiempo que le indicaba con un dedo que se acercara, que no se libraría de bailar con él.

—Voy a tener que dejarte, Lexi. Mi chico me reclama y me parece que esta vez tendré que bailar para que nos podamos ir de esta esquina... — anunció. Y no sonó molesta o resignada porque no lo estaba. Era feliz, estaba enamorada y lo demás no importaba.

— *Sí, a mí también me reclaman. Un cincuentón que no veo la hora de que se jubile* —se despidió Lexi, aludiendo a su jefe.

Cuando Nikki desconectó la llamada, Conor ya estaba junto a ella, canturreándole al oído el tema que el grupo estaba interpretando.

—Qué contento se te ve —dijo ella, encogiéndose por las cosquillas que le producían los labios de Conor al cantar. Gesto que él aprovechó para acortar la distancia que los separaba. Ahora, la sostenía por la cintura y los dos estaban muy cerca.

—Muy contento. Hoy es como si fuera viernes... —y cuando lo dijo ya no bailaba. Sus intensos ojos azules acariciaban el rostro femenino como si esta fuera la primera vez que la veía y su sonrisa se había tornado pícara. Se refería a que, con frecuencia, los fines de semana Nikki se quedaba a dormir en casa de Conor. El mismo piso donde habían vivido juntos y que él había conservado después de la ruptura.

Nikki asintió repetidas veces con la cabeza.

—Si alguien nos oye pensará que durante la semana te tengo a pan y agua

—repuso, siguiéndole el juego.

—Me tienes muy bien servido. El problema es que cada vez que pienso en ti se me dispara la gula y... —la rodeó con sus brazos al tiempo que exhalaba un suspiro. Ella se estremeció—. Gula de ti, que no solo me refiero al sexo. Gula de abrazarte, así. De verte. De hacer mil cosas juntos. De cerrar los ojos sabiendo que tú has sido la última imagen del día y que serás lo primero que vea cuando vuelva a abrirlos. Me chiflan los fines de semana porque te tengo toda para mí —la estrechó aún más fuerte en un arranque de amor—. ¿Por qué no nos vamos a casa, nena? ¿Por qué no empezamos el finde ya mismo? Ganas no le faltaban, desde luego. Reuniendo toda la determinación de que fue capaz en aquellos momentos, Nikki usó sus manos a modo de palanca para apartarse de aquel abrazo y aquel tono sugerente que la estaba poniendo a mil.

—Porque hemos venido a por los regalos de Navidad y todavía no hemos comprado ni uno —repuso ella.

—Eso lo resuelvo en un santiamén. ¿Ves esa tienda? —Conor señaló un local próximo de ropa unisex de segunda mano. En sus dos escaparates los estilos eran tan variados que iban desde el *vintage* hasta el rockero más rabioso, pero lo más llamativo era el expositor de gafas de sol adornado con luces de discoteca. Eran coloristas, estridentes e inmensas, de las que no solo protegen los ojos, sino la mitad de la cara—. Gafas para todo el mundo. ¿Te

imaginas a tu abuela? Va a flipar<sup>1</sup> con las rosa fucsia.

—Fliparía, sí, pero no, no serán gafas de sol... Además, por lo que veo, parece que tú ya tienes los tuyos resueltos —Nikki tomó la mano de Conor y puso rumbo hacia el mercado.

Él sonrió para sus adentros. Le encantaba la curiosidad de su chica.

—Resueltísimos.

Nikki volvió la cabeza para mirarlo y el aire le echó a la cara un mechón de cabello. Lo llevaba largo y con abundantes mechas rubias. Él se apresuró a retirárselo del rostro y aprovechó la ocasión para acariciarle la mejilla suavemente.

—¿El mío también? —Un nuevo intento de averiguar algo al respecto. Lo vio asentir con la cabeza reiteradas veces sin perder su sonrisa intrigante.

—El tuyo también —concedió él.

—Espero que no sean unas gafas de pasta color rosa fucsia —dejó caer con un punto de indiferencia que nadie se creyó.

Él la tomó por un brazo suavemente, haciendo que se detuviera. A

continuación, se inclinó hacia ella y le lamió los labios en un gesto a mitad de camino entre un acercamiento romántico y la antesala de un beso muy caliente que no tardó en llegar.

Nikki se pegó a él y lo dejó hacer. Su forma de besar era sugerente, excitante, ideal... A pesar de los años que llevaban juntos, continuaba

jugando a explorarla, disfrutando de cada roce, saboreándola igual que la primera vez. Otra cosa de Conor que la hacía suspirar como una quinceañera.

—No son unas gafas —murmuró él, retirándose despacio—, pero te prometo que vas a flipar.

La joven permaneció mirando el rostro del hombre que amaba, sin decir nada, mientras su corazón bailaba de emoción, hasta que él le ofreció su mano.

—Vamos a por esos regalos, princesa.

Ella rodeó la mano masculina con sus dedos en una caricia encubierta que él agradeció dejándole un beso en la coronilla y pronto desaparecieron entre el gentío.

Por la noche...

Evel había llegado al restaurante italiano donde las amigas cenaban a tiempo para el café y se había apuntado no solo a un *espresso* sino también a una porción de tarta de chocolate. No había habido preguntas acerca de por qué había llegado solo y al principio lo atribuyó a que Abby prefería evitar el tema para no incomodar a su amiga. Sin embargo, la cháchara continuó alegre, sin la menor alusión a Niilo. Ni siquiera indirecta.

En parte, la ausencia de interrogatorio le resultó un alivio. No entendía qué mosca le había picado a su ingeniero de diseño y lo último que quería era tener que mentir para excusarlo, ya que decir la verdad no era una opción.

Ahora había transcurrido poco más de una hora, se estaban despidiendo en la puerta del restaurante y a Evel empezaba a parecerle sospechosa tanta normalidad. ¿O sería la calma que precedía a la tormenta? En tal caso, preferiría no estar demasiado cerca cuando se desatara la furia.

—¿En serio puedes conducir? Mira que no nos cuesta nada llevarte, ¿verdad, motero? —dijo Abby rodeando los hombros de su amiga, afectuosamente.

—Qué va. Mi pobrecito coche lleva tanto tiempo conmigo que no tengo más que decirle “¡a casa!” y allá que va —repuso la rubia platino devolviéndole el abrazo.

—Por supuesto —dijo Evel—. Déjalo en el aparcamiento y nosotros te llevamos a casa. No es ninguna molestia, en serio, Amy.

—Que estoy bien, chicos. Apenas he bebido. Os lo agradezco, pero no es necesario. Id tranquilos que en media hora estaré abrazando la almohada. Ha sido genial verte de nuevo —le dijo a Abby y volvió a estrujarla cariñosamente—. Aissss, qué poco te veo ahora que te has casado con tu príncipe azul...

—Qué poco me ves ahora que no paras quieta en ningún lado, dirás. Me parece que voy a tener que hablar muy seriamente con tu jefe...

—¿Sabes lo que me paga por cada uno de esos viajecitos? ¡Como se te ocurra decirle algo te mato! Bueno, ricuras, me voy y os dejo que sigáis

disfrutando de la noche —dijo rezumando picardía por todos los poros. Se puso de puntillas para besar la mejilla de Evel, una costumbre muy afectuosa pero bastante inusual en un inglés que siempre lograba descolocarlo un poco. Él se inclinó para facilitarle la tarea—. Sigue cuidándomela tan bien, motero. Esta personita con la que te has casado es muy, muy importante para mí.

Evel sonrió, miró a su mujer irradiando amor por los cuatro costados.

—No hay nada en el mundo que desee más que cuidártela bien, te lo aseguro —repuso él, galante impenitente.

Abby meneó la cabeza.

—Estoy aquí, ¿sabéis? Y sé cuidarme solita —afirmó con una expresión fingidamente seria que se dulcificó en cuanto dijo—: pero me encanta que me cuides, motero.

Amy había dejado a la pareja en uno de sus momentos románticos.

Mantuvo el talante jovial hasta que dobló la esquina y entonces, se detuvo.

Apoyó la espalda contra la pared e intentó poner orden en sus pensamientos.

Había pasado de sentirse a tope de energía, como en los buenos tiempos cuando tenía una cita en perspectiva, a sentirse completamente desinflada.

Mejor dicho, ninguneada. ¿Qué clase de tipo desperdiciaba sin más una ocasión servida en bandeja de estar con una mujer que le interesaba? En su modesta opinión, solo había dos posibilidades: o era un gilipollas de marca

mayor, o la mujer no le interesaba tanto como decía.

Rebuscó en el bolso y sacó el móvil. Comprobó que tenía mensajes, pero ninguno era de Niilo. Lo cual dejaba claro que ni siquiera le había parecido necesario inventarse alguna excusa.

Capullo.

¿Y qué hacía ella allí, comiéndose el coco a cuenta de un tío? Lo que tenía que hacer era meterse en la cama y dormir doce horas seguidas, pensó mientras sus taconeos se alejaban por el callejón que conducía al aparcamiento.

Que le dieran pomada [2](#) al Caballero Jedi y a su puñetera espada láser.

Viernes, 25 de diciembre de 2009

Casa de los Campbell.

Barrio residencial al norte de Londres.

— *¿Y?, ¿sabes ya qué sorpresa te ha estado preparando? ¡Me tienes en un sinvivir!*

Lexi sonaba como un par de castañuelas. Normalmente era alguien jovial, pero volver a Londres y estar con los suyos, multiplicaba su alegría de forma geométrica. Nikki pensó en decirle la verdad, pero todos estaban pendientes de ella y de Conor. Podía salir de la estancia, era cierto. Sin embargo, no le apetecía hablar del tema.

—Ya lo noto, cari. No hace falta que lo jures. ¿Qué tal por tu casa? —Una respuesta de compromiso que le permitió ofrecer a su amiga la información que solicitaba sin delatarse.

— *¿En serio? Mira, sabes que adoro a tu chico, pero como siga haciéndose de rogar, me voy a plantar en tu casa y voy a decirle cuatro cosas bien dichas. ¡¿Qué se propone?, ¿matarnos de ansiedad?!*

Ojalá lo supiera, pensó Nikki. Ojalá entendiera lo que sucedía.

—¿Vendrás con Chris más tarde? Qué bien —repuso Nikki—. Mis padres están deseando daros la enhorabuena por el compromiso. Genial, Lexi.

Entonces, me encargaré de esconder unos cuantos pastelitos navideños para vosotros. Ya sabes que cuando mi madre entra en la cocina, no quedan ni las migas.

— *Vale, mensaje recibido. Te dejo en paz por ahora. ¡Pero llámame en cuanto lo sepas!*

Nikki se despidió de su amiga asegurándole que la llamaría y continuó con lo que estaba.

Intentaba disimular, pero se sentía desconcertada. Como no había niños en la familia, habían decidido esperar a Conor para abrir los regalos todos juntos. Él, como todas las vísperas de Navidad, se había quedado a dormir en casa de sus padres, donde desde un día antes se reunía su multitudinaria

familia venida de los cuatro puntos cardinales para compartir un momento que esperaban todo el año. Sin embargo, hacía más de una hora que había llegado, había habido tiempo para los abrazos, las bromas, las anécdotas... Hasta para abrir los crackers<sup>3</sup>.

Y también, por supuesto, para recibir y dar los regalos que Papá Noel había traído, y la tan esperada sorpresa seguía brillando por su ausencia.

Sencillamente, no había ningún regalo de Conor para ella bajo el árbol navideño. Ni en ninguna parte. No sabía qué pensar.

—Ya es suficiente, cariño. No cortes más que se enfrían —oyó que su madre le decía. Nikki volvió a la realidad de sopetón. Troceaba el pavo asado sobre la mesa auxiliar, próxima a la principal donde estaban reunidos los comensales; su padre Fred, su tía menor por parte de madre, Marie con su familia, su tío por parte de padre, Joseph también con su numerosa familia, y Conor, por supuesto. En total, trece pares de ojos pendientes de cada movimiento que hacía.

—Déjame el servicio a mí —intervino Clarisse, su septuagenaria abuela—. No quiero que te manches ese precioso vestido en un día tan especial —añadió coronando la indirecta con un guiño.

La joven le ofreció a la anciana una sonrisa de compromiso. Su día especial se estaba estropeando a marchas forzadas. Además, su “precioso vestido”, aunque todo un cambio a sus habituales indumentarias de motera,

tampoco era nada del otro mundo. Era corto, de lanilla, con anchas franjas verticales en blanco y negro. De hecho, eran más llamativas las botas que calzaba -negras brillantes de estilo pirata- que el propio vestido.

Geneviève puso los ojos en blanco. Estaba hasta la coronilla de la susodicha sorpresa. Que Dios la perdonara, pero Nikki -y su padre y su abuela- esperaban demasiado de alguien como Conor. No era un mal muchacho, pero tenía la cabeza llena de pájaros. Deberían haberlo dejado hace años y seguir cada cual su camino. Pero allí estaban todos, alimentando estúpidas ilusiones.

—Te refieres a la Navidad, imagino, madre —apuntó Geneviève—. Y sí, para una vez que deja el cuero y las tachuelas en el armario y se viste como la dama hermosa que es, sería una pena que se manchara, así que haz caso a tu abuela, Nikki.

Clarisse apoyó las manos sobre la mesa y miró directamente a su hija.

Habló con tono definitivo pero en un tono bajo, para que los comensales no pudieran oírla.

—El cuero y las tachuelas también le quedan estupendamente bien, *chérie*. Y no, no me refiero a la Navidad. Es un día especial y que Conor se esté arriesgando a aumentar tu disgusto hacia él no poniendo el regalo de Nikki bajo el árbol, no es más que una prueba de ello. ¿No serás tan ilusa de creer que ha comprado regalos para todos, pero, oh, coincidencia, se ha

olvidado del de su novia, no? Dale un respiro, Gen, por favor.

La ilusión regresó con renovados bríos a Nikki que abrazó a la anciana cariñosamente.

¿Cómo no había pensado en eso? Resultaba evidente que la ansiedad estaba pudiendo con ella, ya que lo que decía su abuela era obvio. Además, Conor era una persona detallista. Seguro que esperaba el momento adecuado para desvelar su sorpresa. Solo tenía que ser paciente. Lo que llevaba tanto tiempo esperando, estaba a punto de convertirse en realidad.

Un suspiro escapó de su pecho sin que se diera cuenta, haciendo sonreír a su abuela y consiguiendo que su madre sacudiera la cabeza, incrédula.

No obstante, una hora más tarde la situación había cambiado completamente; la ilusión se había evaporado, una intensa desazón subía imparable y Nikki luchaba con denuedo para evitar que lo que sentía se reflejara en su rostro y tuviera que añadir bochorno a la lista.

Haciendo de tripas corazón, logró quitar la vista de la pequeña caja que sostenía sobre la palma de la mano y volvió el rostro para mirar a Conor. Él tenía una sonrisa de oreja a oreja, seguramente porque estaría pensando que acababa de anotarse un tanto.

—Una llave —dijo Nikki, arreglándoselas para no dejar de sonreír en ningún momento. Y para limitar su campo visual al hombre guapísimo de las rastas, exclusivamente. No quería ver nada más. Ni la cara de “te lo dije” de

su madre, ni, por supuesto, la de “no te precipites” que tan seguro como de que se llamaba Nicole, tendrían su padre y su abuela.

Conor, histriónico, ya se había puesto de pie. Inclinandose hacia ella, la había tomado por los hombros y hablaba lleno de energía.

—No cualquier llave, princesa. ¡LA llave! —Se puso de cuclillas, incapaz de estarse quieto de pura emoción—. ¿Te acuerdas de esa cabañita junto a un lago, cerca de Berna, que te enamoró?

Nikki asintió. Intentó mostrarse emocionada. La verdad era que quien la había enamorado había sido él, no la bendita cabaña. Habían estado allí tan solo un fin de semana que se prometía desastroso cuando por un error administrativo se encontraron sin reserva de hotel y un frío que helaba media Europa. Conor había mantenido la calma cuando el resto de moteros que los acompañaban, ya hablaban de dar la vuelta y regresar a Londres, cosa que al final habían acabado haciendo. Él se había pasado media hora marcando diversos números en su móvil y al final había hallado la solución. Alguien les había dejado un lugar dónde pasar el fin de semana. “No era tan cómodo como un hotel, pero serviría”. Eso les había dicho. Cuando la pareja llegó y vio de qué se trataba, no se lo podía creer. Había sido un fin de semana mágico en el que, dicho fuera de paso, apenas había salido de la cama. Al regresar a Londres se habían ido a vivir juntos.

—¡Es nuestra toda la segunda semana de enero! —exclamó, eufórico, y

sin más, le plantó un beso de tornillo que suscitó aplausos y bromas entre los presentes—. Carretera y manta, preciosa, y una semana juntitos en un lugar que te encanta, ¿no es genial?

—Qué bonito regalo le has hecho, Conor —dijo Clarisse, que se acercó a los dos y los abrazó afectuosamente.

Nikki se las arregló para forzar una enorme sonrisa en su rostro en el último minuto, antes de que él y todos los demás se dieran cuenta de que lo que en realidad sentía era unas ganas de llorar tan enormes como su sonrisa.

—Genial, sí. Me encanta. Gracias, mi amor.

—Me encanta que te encante. Ya te dije que ibas a flipar —Conor apretó la mano que sostenía en la suya y la besó repetidas veces—. La semana que viene me llevo tu moto al taller para ponerla a punto. De la mía ya me ocupé esta semana. ¿Te apañas sin ella unos días?

—Claro que se apaña, Conor —intervino Clarisse—. Hay dos vehículos en esta casa y me consta que uno de ellos rara vez sale del garaje. —Miró a su hija que seguía contemplando la escena con cara de limón—. Seguro que a su madre no le importa que se lo lleve.

Geneviève se puso de pie. Odiaba ver el esfuerzo que hacía su hija para esconder lo que verdaderamente sentía, que el inmaduro que tenía por novio había vuelto a romperle el corazón.

—A su madre no le importa. Voy a por más café —dijo antes de dirigirse a la cocina.

Aquella frase fue como un ataque de realidad para Nikki. La garganta le dolía de tanto aguantar las oleadas de angustia y no estaba segura de poder disimularlo un segundo más. Y lo peor, acababa de darse cuenta de que ya no podía continuar así. Las expectativas que cada uno tenía de la relación distaban millas siderales.

—Y yo voy al baño. Vuelvo enseguida —anunció la joven, poniéndose de pie de forma abrupta.

Conor frunció el ceño. Nikki prácticamente había arrancado la mano de entre las suyas y un segundo después había desaparecido del salón.

De regreso a la realidad, la mirada de Conor se cruzó con la del padre de Nikki y fue en ese instante que el motero comprendió que algo sucedía.

Sábado, 26 de diciembre de 2009.

Taller de customizados "Rowley Customs"

Londres.

Evel y AJ se miraron extrañados cuando vieron a través de las cámaras de seguridad a Conor bajando la rampa que conducía al interior de Rowley Customs.

—¿Le has pedido que viniera? —quiso saber AJ.

El dueño del taller negó con la cabeza. Tenía la suerte de contar con los mejores ingenieros en su plantilla y sabía de buena fuente que todos seguían recibiendo tentadoras ofertas que Evel difícilmente podría igualar, así que se esforzaba por compensarles ofreciéndoles otras cosas que ellos valoraban.

Como tiempo libre. A Conor y su novia Nikki les gustaba aprovechar los fines de semana largos para hacer kilómetros a lomo de sus Harleys y el lunes era *Boxing Day*<sup>4</sup>, festivo en todo el país.

AJ hizo un gesto dudoso con la boca.

—Mmm, esto no es bueno. Me huele a problemas conyugales y no hay quien lo aguante cuando está a malas con Nikki —comentó.

Evel controló a su recién llegado ingeniero con la vista al tiempo que asentía a lo dicho por AJ. Conor traía cara de “¿alguien entiende a las mujeres? Porque yo no”, lo cual quería decir que había ardido Troya. Negaba por activa y por pasiva que fuera a casarse y rechazaba todo comentario acerca de que ya iba siendo hora de que diera el gran paso de una vez. Según él, era muy joven aún para pensar en tener mujer e hijos. La verdad, como solían serlo la mayoría de las verdades masculinas sobre este tema, era bien distinta y constaba de solo cinco letras: miedo. A perder su libertad, o a dejar de ser el soltero de oro, o a fracasar, o vete tú a saber miedo de qué. Dado que Evel solo compartía con sus congéneres el mismo número de cromosomas, hacía mucho que había dejado de intentar entenderlo.

—¿Qué? Trabajo aquí y con dos manos más, acabaréis antes, ¿o no? —

dijo Conor a modo de explicación a las caras que lo miraban sin haber dicho hasta el momento ni una palabra. Lo conocían y sabían que cuando estaba así, lo mejor era cerrar el pico.

AJ se apresuró a asentir, bajó la cabeza y siguió trabajando. Evel añadió dos palabras a su movimiento afirmativo con la cabeza. “Gracias, tío”. Y también siguió a lo que estaba.

Niilo, en cambio, no se calló.

—La has vuelto a cagar y todavía no sabes en qué, ¿a qué sí? Tío, ¿cómo puedes ser tan gilipollas? —sentenció. Le pasó el café doble que acababa de traer para sí mismo—. Anda, toma. Ahoga las penas en cafeína y ponte al tajo<sup>5</sup>. Es lo más efectivo que conozco para olvidarse del mundo.

Como negarlo carecía de sentido ya que a) la había vuelto a cagar, b) todavía no sabía por qué y c) definitivamente, era un gilipollas, Conor aceptó el café que Niilo le ofrecía sin decir ni pío.

Ese mismo día, en un lugar al norte de Inglaterra...

En aquel pabellón hacía un frío que pelaba y como se quedara quieta un minuto más, acabaría convertida en una estalactita. Por lo visto, se había estropeado algo en el sistema de control de apertura de una de las puertas dobles que daba acceso al recinto y como no podía ser de otra manera en un día de invierno, ventoso y con temperaturas de menos once grados, se habían

estropeado en la posición de “abierto”. El personal de mantenimiento llevaba un buen rato intentando solucionarlo. Amy Pearson verificó que su jefe seguía conversando con dos de los patrocinadores, acompañado de Mike, el sustituto de su publicista de siempre, Louis, de baja por accidente. No la necesitaba y en caso contrario, la llamaría. De modo que enfiló directamente hacia la cafetería.

Otros habían tenido la misma idea, estaba claro, porque en aquella amplia cafetería no cabía un alfiler. Amy a duras penas consiguió hacerse un hueco en la barra para pedir un café doble bien caliente. De sentarse, nada, así que además de estar helada, le dolían los pies. Empezaba a odiar los zapatos de tacón, algo que tenía que agradecerle a las horas y horas y horas que pasaba de pie los fines de semana desde que su jefe había vuelto de aquel viaje relámpago a Nueva Zelanda. Todo fuera por tener una cuenta bancaria feliz, pensó al tiempo que exhalaba un suspiro.

Echó un vistazo a su móvil y comprobó que tenía varias llamadas perdidas nuevas. Todas eran de trabajo. O sea, ninguna era del Caballero Jedi. Tomó la taza entre las manos para calentárselas y sin darse cuenta se encontró pensando en todos los momentos en los que Niilo y ella habían coincidido en el tiempo y en el espacio. Intentó recordar alguna mirada o algún gesto de interés hacia ella y, excepto su inesperada aparición, Manhattan en mano, en la boda de Dakota, ninguno le vino a la mente. Niilo se había pasado meses

sin hacer el menor movimiento de ficha, hasta que lo hizo. Y, por lo visto, el señor tenía pensado repetir el proceso, volviendo a dejar que pasara el tiempo sin dar señales de vida. ¿Sería su técnica de aproximación para con las rubia platino? Era ingeniero, y según su jefe, de los excepcionalmente buenos, así que si era una técnica, tenía que haber sido probada concienzudamente y mejorada hasta obtener un nivel de eficiencia tan excepcional como su inventor. Aunque también era posible que el Manhattan fuera nada más que el intento de probar suerte de un tipo solo en una boda con demasiada barra libre.

“No, no probaba suerte con ella”. No era de esa clase de tipos, estaba segura. Entonces, ¿qué fue?

Amy soltó un bufido. Estaba harta de tanto darle vueltas al tema de Niilo.

*¿Quieres saber de qué puñetas va toda esta historia? La respuesta es muy simple, guapa: LLA.MA.LÓ.*

En el taller de customizados de Evel...

—Yo de ti, respondería cagando leches, Anakin —dijo Maddox mirando el móvil de Niilo que parpadeaba sobre la mesa auxiliar. El tono que empleó fue tal que los otros tres hombres que estaban allí, levantaron la vista.

El cuarto continuó tecleando en un portátil que había apoyado encima del techo del prototipo.

—¿Mmm? —preguntó sin apartar los ojos de la pantalla.

—Tu móvil. Que lo atiendas. YA —repitió el veinteañero de raza negra hablando en plan telegrama.

Niilo siguió a lo que estaba y Maddox que no desaprovechaba ocasiones tan servidas como aquella, tomó el dispositivo, se acercó a su dueño y se lo puso delante de los ojos.

—Atiéndelo, tío. ¿Ves ese nombre de la pantalla?

El ingeniero de diseño necesitó un par de segundos para asociar ideas y cuando lo hizo...

—Mierda —y con esas, le arrancó el móvil de las manos a Maddox. Se apartó unos cuantos pasos del centro de la escena para impedir que los demás oyeran la conversación y atendió.

—Esto sí que es una sorpresa. Me llamas, ergo estás en Londres.

Bienvenida, viajera —fue su saludo a una Amy que se quedó con la boca literalmente abierta al oírlo.

— *Gracias... Pero en realidad, no estoy en Londres.*

Niilo se apoyó contra uno de los pilares de carga, de espaldas al centro neurálgico del taller. Sonreía, todo él era una gran sonrisa, y no quería darles a los cotillas que tenía por compañeros de trabajo la ocasión de fisgar en sus asuntos.

—¿Me llamas sin estar en Londres?, ¿porque sí? Vaya, esto mejora por

segundos.

Niilo no era el único que sonreía. La de Amy era tan grande como la suya, si no más. No salía de su asombro ante lo que oía. Aquel desenfadado mezclado con una pizca diminuta de seducción del Caballero Jedi le gustaba. Mucho.

— *Pues espera a ver cuando te diga por qué te llamo. ¿Estás sentado?*

*Igual te da un infarto o algo...*

Él no respondió enseguida. Continuó disfrutando del momento. Porque sí, acababa de confirmar lo que sabía desde hacía mucho; Amy le gustaba de la cabeza a los pies. Completa. Y que recordara, la última vez que todas sus neuronas habían estado de acuerdo en algo así, todavía no le había salido la barba.

— *¿Sigues ahí o te has desmayado antes de tiempo?* —preguntó Amy al darse cuenta de que los segundos pasaban y él no decía nada.

—Fui a por una silla, pero ya estoy preparado. Dispara cuando quieras.

Los dos rieron. Se sentían cómodos. Amy, especialmente, no había esperado que la conversación fluyera con tanta naturalidad, que fuera tan agradable.

— *Vale, allá voy* —y tras una pausa dramática dijo—: *¿Y si te invito a una copa el martes, como a las ocho, en La Vinatería? ¿Qué dices?*

Niilo ya había soltado cuatro puñetazos al aire cuando consiguió centrarse y responder.



— *Exacto.*

Por cómo había sonado aquella única palabra, Niilo dedujo que el trabajo estaba justo frente a ella, mirándola fijamente.

—Entiendo. Nos vemos el martes, ¿ *OK?*

— *OK. Adiós...*

En el centro neurálgico del taller Evel, AJ y Maddox se estaban partiendo de risa. Intentaron disimular cuando Niilo se dio la vuelta, pero todos eran viejos conocidos y no engañaban a nadie. Conor, en cambio, siguió trabajando tan enfurruñado como estaba al llegar.

El ingeniero de diseño de Rowley Customs llevaba mucho tiempo esperando ese momento y, por una vez, no se cortó en demostrar cómo se sentía. Pasó frente a los cotillas sin mirarlos directamente pero con una sonrisa en el rostro y cuando llegó junto al prototipo ensayó unos pasos del baile de la victoria que arrancó carcajadas.

—Tío, me encanta verte feliz —celebró Evel.

—Y a mí. Fíjate, venir a descubrir a estas alturas que sabes bailar y todo... —apuntó AJ, con fingido asombro.

Maddox palmeó el hombro de Niilo con tanta fuerza que lo movió de sitio.

—Anda que si no llega a ser por mí, lo dejas sonar y todo. ¿Ves que no estás a lo que hay que estar, chaval? Espero que lo tengas presente el próximo

puede y te quedas a hacer mi guardia. Eso como mínimo.

Niilo hizo un gesto de que se calmaran con las manos. Ya estaba bien de tantas bromitas.

—Fin de la intromisión en mis asuntos, colegas. Seguid trabajando —  
anunció y se disponía a continuar introduciendo datos en el portátil cuando  
Conor salió de su ostracismo.

—Yo de ti no cantarí victoria todavía. Todo lo que sube tiene que bajar y  
cuando hay una mujer de por medio, bajar en caída libre y hacerte papilla  
contra el suelo es una alternativa muy real. Acepta un consejo, tío: no te creas  
nada hasta que lo veas suceder frente a tus ojos, ¿vale? —sentenció el motero  
de las rastas.

Y a continuación, soltó el destornillador que tenía en la mano sobre la  
mesa de herramientas y abandonó el área de trabajo, dejando una estela de  
frustración tras de sí.

[Nota de la autora: si no has leído la introducción que hay al principio del  
ebook, te recomiendo que lo hagas ahora. Contiene información importante.]

## **Episodio 2**

Sábado, 26 de diciembre de 2009.

Taller de customizados Rowley Customs.

Londres.

Conor entró en la cocina-comedor del taller y se sirvió un café bien

cargado. A continuación se sentó a la mesa y sacó su móvil. Continuaba sin noticias de Nikki. En otras palabras, seguía con “no me pasa nada” como única respuesta desde Navidad. Ya había perdido la cuenta de las veces que había intentado averiguar qué estaba sucediendo. Tenía que haber una razón al cambio de actitud de su novia, le había cambiado hasta la expresión de la cara; a pesar de sus evidentes esfuerzos porque no se notara, toda ella lucía apagada. Como si la hubieran desconectado o algo parecido. No rechazaba sus avances, pero de motu propio se mantenía distante: ni llamadas, ni muestras de cariño espontáneas, ni palabras. Era como, si de pronto, no tuviera nada que decir.

Mierda. ¿Qué coño estaba pasando?

Volvió a llamarla y con el aparato próximo a la oreja esperó, con una diminuta lucecita de esperanza de poder hablar con ella y, al mismo tiempo, preparándose para volver a hablar con su contestador automático.

En el salón de su casa, donde se hallaba en compañía de sus padres y su abuela Clarisse conversando con Lexi y el prometido de ésta, Nikki se tragó un suspiro de impaciencia al oír sonar su móvil y ver qué nombre parpadeaba en la pantalla. No quería más preguntas por parte de su familia también, de modo que se puso de pie con el móvil al tiempo que atendía la llamada, y abandonó la estancia.

El alma volvió al cuerpo de Conor que de puro nervio también se puso de pie.

—Hola, princesa. Me tenías preocupado... Te he dejado como diez mensajes en tu buzón...

— *Sí, lo sé. Perdona, iba a llamarte, pero...* —La verdad era que no le apetecía hablar con él. Sin embargo, alguna razón tenía que dar—. *Es que llevo atendiendo visitas desde que me levanté...*

Conor se restregó la frente con los dedos. Como explicación era horrible, pero como prueba de que, definitivamente, algo sucedía era la mar de elocuente.

—Nikki, dímelo. Sea lo que sea, dímelo. No me tengas así, me vuelve loco. Por favor.

Ella sacudió la cabeza. Era un círculo vicioso y no sabía cómo salir de él. No, sin quedar en evidencia.

— *¿Se te ha ocurrido pensar que quizás la razón de que no haya respondido a tus doscientas llamadas es que no me apetece hablar del tema?*

Un escalofrío recorrió la espalda de Conor.

—Entonces, admites que hay un tema del que hablar. Pero no lo hablas.

El suspiro de hartazgo que oyó a continuación le confirmó lo mal que estaban las cosas.

— *No todo se arregla hablando, Conor y esta es justamente una de esas situaciones.*

—¿Es por el regalo? —Tentó suerte. Sabía que tenía relación con eso; antes todo era color de rosa, después habían empezado los silencios—.

Princesa, no tenemos que ir si no quieres. Creí que te encantaría la idea de volver, que te haría ilusión que pasáramos unos días juntos allí... Pero si no es así, dímelo. No pasa nada. Cambiamos los planes y listo. Lo importante es estar juntos, dónde da igual... ¿Es por eso?

— *Ay, Conor, de verdad, por favor... Dejemos esto. Hablaremos, pero no ahora. Tengo que volver dentro, Lexi y Chris están aquí.*

Él maldijo en silencio. Le desesperaba la idea de ir a ciegas y le desesperaba aún más sentirla tan distante.

—¿Nos veremos más tarde?

— *No lo sé...*

—Venga, princesa... ¿tampoco quieres verme? ¿Tan enojada estás conmigo? —Su voz fue una caricia de terciopelo cuando dijo—: ¿tanto la he cagado?

Otro suspiro por parte de Nikki. Lo peor de todo era que él no tenía la culpa de que ella fuera una tonta que seguía creyendo en imposibles. ¿Pero cómo decírselo sin que volviera a salir a relucir un tema que había causado

tantas peleas entre ellos? ¿Y cómo evitar sentir lo que sentía? La verdad era que ella ya no podía continuar así.

— *Déjalo, Conor. Te lo digo en serio. Tengo que volver al salón, lo siento. Ya hablaremos* —sentenció la joven y cortó la llamada sin más.

El motero respiró hondo. Dudó entre montarse en su moto y presentarse en casa de su novia, o volver a hundir las manos en aceite para motores y no forzar la situación. Desde que se habían reconciliado, Nikki había cambiado mucho y la relación también. Realmente, estaban muy bien juntos. Las escenas y las salidas de tono eran agua pasada. Sin embargo, no se le escapaba el hecho de que su novia seguía siendo de la clase de personas que toleran mal la presión. Decidió dejarlo estar un día más. Luego, se acabaría la tregua.

En aquel momento, Niilo apareció en el comedor. Hubo un intercambio de miradas. El recién llegado se sirvió un café y uno de los pasteles de Navidad que había traído Evel.

—¿Tormenta en el paraíso? —le preguntó a Conor.

Él se limitó a asentir, pero no añadió nada más, lo cual le ofreció a Niilo información de calidad: que alguien tan extrovertido tuviera problemas y no quisiera hablar de ellos era indicativo del nivel de seriedad de lo que sucedía.

—¿Estás bien?

Conor respiró hondo otra vez, arrojó lo que quedaba del café por el

sumidero, y enfiló para la puerta.

—No, pero es lo que hay... Voy a seguir trabajando.

En casa de los Campbell...

Nikki acababa de poner un pie en el salón cuando su móvil volvió a sonar.

Pensando que se trataba de Conor, se le escapó un “qué pesado” que atrajo la atención inmediata de todos los presentes. Volvió al patio posterior para atender la llamada.

Cuando regresó, unos minutos más tarde, traía un talante tan diferente que todos se concentraron en ella.

—¿Qué sucede, hija? —quiso saber Geneviève.

—Me acaban de llamar de Ginebra. La plaza es mía si la quiero, pero tendría que incorporarme enseguida —dijo Nikki de carrerilla, casi sin respirar. Coronó la frase con una sonrisa nerviosa.

Su padre saltó del asiento y la rodeó con sus brazos, loco de alegría.

—¡Esta es mi chica! ¡Enhorabuena, cariño!

—¡Pero qué buenísima noticia, Nikki! —dijo su madre.

Su abuela Clarisse la abrazó emocionada, ya que sabía cuánto significaba para ella.

Detrás de la familia directa, llegó el abrazo de las amigas y la felicitación de Chris, y cuando los ánimos se serenaron un poco, llegaron las preguntas

que la joven intentó responder con la poca información de que disponía.

—Por lo visto, el puesto ha vuelto a quedar vacante y llamaron a la segunda candidata, que soy yo. En principio, estaré dos meses a prueba y si la supero, me harían un contrato por otros seis —sonrió sin poder evitarlo, de puro gusto—. Les urge cubrirlo, pero entienden que todo es muy repentino y me han dado un par de días para que lo piense. No sé más... —Nikki se apartó el cabello de la cara—. La verdad, estoy alucinando. Es algo que había dado por perdido hace tiempo y lo último que esperaba al atender la llamada era que fueran ellos.

Lexi y su novio Chris intercambiaron miradas.

—Imagino que te lo dirán si decides aceptar el trabajo, pero, por las dudas, te diré lo que sé —empezó a decir Lexi y al ver la expresión interrogante en la cara de su amiga, se apresuró a añadir—: Lo sabía. Cuando hablamos en vísperas de Navidad, te llamaba para contártelo, pero al final cambié de idea. Entonces, no eran más que rumores y bueno, con estas cosas nunca se sabe... Ahora ya no son rumores. La chica que contrataron tuvo un accidente gravísimo. Está muy mal y los médicos no creen que se recupere, pero sigue viva. De ahí la urgencia y la duración del contrato.

Nikki abrió los ojos desmesuradamente. ¿Sustituiría a alguien que estaba con un pie en el otro barrio? No era precisamente de esa forma como había

imaginado conseguir el trabajo de sus sueños...

—Qué barbaridad, pobrecilla... —comentó Clarisse—. ¿Cuántos años tiene?

—No la conozco más que de vista, pero supongo que rondará los veintiséis o veintisiete, como nosotras —respondió Lexi.

Pasado el primer momento de consternación, las preguntas de la familia se centraron en lo verdaderamente importante.

—¿Y qué vas a hacer, cariño? —Fue Fred quien abrió fuego en primer lugar.

Geneviève soltó una risita irónica.

—¿Cómo qué va a hacer? Aceptar, por supuesto. Lleva toda su vida adulta intentando meter un pie en la ONU...

—Aún no lo sé... Acabo de enterarme. Todavía estoy procesando la noticia —repuso Nikki. Miró a su abuela quien le ofreció una sonrisa compasiva.

—Es una decisión difícil —le dijo la anciana—, pero piensa que solo serán unos meses, cariño. Pasarán volando y haber trabajado en la ONU, te abrirá muchas puertas en el futuro.

—Pero solo es un trabajo —intervino Fred, con decisión—. Sí, admito que sueñas con esto desde siempre y sin duda, es un gran trabajo, pero ¿es

suficiente para hacerte feliz? Estarás lejos de Conor, lejos de nosotros, lejos de tu ambiente y de tus cosas...

—Me tendrá a mí —terció Lexi, siempre dispuesta a echarle un salvavidas a su amiga del alma.

—Y a mí, por supuesto —volvió a intervenir Clarisse—. Me vendrá bien pasar unos meses en mi hogar, dulce hogar... A la pobre casa la tengo bastante abandonada, pero hay espacio de sobra y no estarías sola. Piénsalo, cariño.

La anciana era oriunda de Suiza y cuando sus hijas, también originales de aquel país, se hicieron mayores y fueron abandonando el nido -dos marcharon a Inglaterra y la tercera a Italia-, ella las vio partir con gran dolor. Para entonces su marido había enfermado del corazón y su salud no podía afrontar un cambio tan drástico como el de trasladarse a vivir a otro país. Fue un período duro para Clarisse que culminó años más tarde con la muerte de su compañero de vida. Entonces, la mujer había hecho las maletas, cerrado la casa en la que había vivido durante casi cuarenta años y se había dedicado a pasar largas temporadas con cada una de sus hijas. Hasta hacía dos años, cuando los achaques propios de la vejez y las frecuentes visitas al médico, la habían obligado a echar el ancla en casa de una de ellas; Geneviève, su hija mayor.

Quien justamente en aquel momento intervino.

—Claro, ¿por qué no, madre? Así, en vez de una razón para preocuparme, tengo dos y no me aburro. Si crees que voy a dejar que te muevas de aquí, estás muy equivocada, señora mía.

Clarisse apretó cariñosamente la mano de su hija quien, al fin, acabó sonriendo de mala gana.

—Vale, tendrás el trabajo de tus sueños y a tu amiga del alma —bromeó Fred, y le hizo un guiño a su mujer—. A tu abuela preferentemente no, so pena de que a tu madre le de un infarto. La cuestión es ¿será suficiente para ti? Eso es lo que tienes que averiguar, cariño.

Los presentes en la sala estaban pendientes de su respuesta, y no necesitaba más que mirarlos para saber que, excepto su padre, todos pensaban que no debía dejar pasar esa gran oportunidad.

Pero no era tan fácil. Nada en la vida era blanco o negro. Ahora, la alegría inicial por la noticia se había esfumado, sepultada bajo un millón de dudas, y la preocupación por las decisiones que debía tomar y que no tenía claro qué repercusiones tendrían en su futuro, había cogido el relevo.

Nikki exhaló un suspiro y permaneció en silencio.

En Rowley Customs...

Hacía un rato que el cliente había venido a recoger su customizado y solo quedaba AJ dando vueltas por el taller. Evel entró en su despacho descalzo,

con el torso desnudo y una toalla alrededor del cuello. Tomó asiento en el gran sofá donde estaba su bolso del que extrajo una camiseta negra y una camisa a cuadros a juego, y acabó de vestirse. Había sido una semana de locos, pero el pedido más urgente estaba entregado, el baño lo había dejado como nuevo y ahora estaba listo para disfrutar del bomboncito lo que quedaba del fin de semana largo.

Disfrutar era la palabra clave, pensó con una sonrisa. La posibilidad de un viaje relámpago a algún destino romántico se había estropeado cuando Dakota le había pedido un cambio de guardia en el MidWay para poder llevar a Tess a Plymouth. Si Abby y él no podían alejarse de Londres, y teniendo en cuenta que los dos habían tenido una semana laboralmente ajetreada, pasarse el fin de semana, preferentemente desnudos en la cama (y solo vestirse para ir al MidWay un par de horas antes del cierre), le parecía un disfrute con mayúsculas.

El motero estaba apagando su portátil para marcharse cuando oyó que lo llamaban por el intercomunicador.

—Sí... Dime, AJ —respondió al tiempo que pulsaba una tecla del teléfono sobre su escritorio.

—Evel, el Inspector Fisher está aquí. ¿Bajas o lo atiendes en tu oficina?

El dueño de Rowley Customs permaneció en silencio unos instantes. ¿El

Inspector Fisher? El asunto del ataque estaba en manos de los abogados, y los tipejos en la trena a la espera de juicio. ¿A qué venía al taller? Por no mencionar que aquel individuo lo ponía de mal humor. ¿Qué se le ofrecía ahora?

—¿Evel...? —insistió AJ.

—Sí, disculpa... Que suba. Lo atenderé aquí —. Soltó el botón y fue entonces cuando se dio cuenta de que había pasado en un segundo del bienestar de marido primerizo planeando un fin de semana loco con su mujer, al dolor de estómago.

Evel agradeció a AJ que hubiera acompañado al Inspector hasta su oficina y cuando quedaron a solas, aunque no le apetecía en lo más mínimo, sacó a relucir su cortesía.

—¿Puedo ofrecerle un café o prefiere té... o alguna otra bebida? —dijo al tiempo que lo invitaba a tomar asiento con un gesto de la mano.

El treintañero movió negativamente la cabeza. Permaneció de pie.

—Nada, gracias. Solo será un momento.

El tipo no le gustaba. Cuando miraba, daba la impresión de que lo estaba analizando todo. Evel era muy consciente de que a él había empezado a “analizarlo” en el hospital, en la primera entrevista cuando despertó del coma, y seguía haciéndolo porque desconfiaba de él. No se había creído eso

de que no conociera de antes a Yanev. A ver con qué nuevas le venía ahora su instinto de sabueso.

Y a ver cómo se las arreglaba él para esquivar lo que fuera que el tipo se trajera entre manos, pensó Evel. Se reclinó contra el respaldo y le sostuvo la mirada, procurando mantener una actitud ecuánime.

—Bien. Usted dirá, entonces.

—Por lo que veo, se ha recuperando muy bien. Ha tenido mucha suerte, señor Rowley. Este tipo de *vendettas* suelen acabar... mucho peor.

—No sé a qué se refiere. Soy empresario, no un mafioso. Fue un robo frustrado que acabó conmigo en el hospital. Si tiene alguna otra teoría, háblelo con mis abogados, por favor. Fue muy duro para mí e intento superarlo y seguir adelante.

El Inspector Fisher torció la boca con disgusto.

—Le conocía de antes. Los otros no. Como mucho, alguno lo había visto en el bar de Houslow, pero Yanev le conocía a usted de antes.

El nivel de alarma de Evel crecía por segundos. Tuvo que concentrarse para que su tono de voz sonara tan casual como lo hizo cuando dijo:

—Mi apellido es Rowley. Me conoce mucha gente.

—¿Pero cuántos de esos que le conocen quieren hacerle daño y por qué?

Evel se puso de pie. Aquel asunto estaba tomando un cariz inaceptable, y no estaba dispuesto a seguir siendo cortés.

—Le ruego que hable con mis abogados, Inspector. Yo ya he dicho todo lo que tenía que decir sobre este desafortunado suceso. Si no hay nada más que pueda hacer por usted...

Evel ya había abierto la puerta del despacho cuando pronunció la última frase. No estaba dispuesto a darle ninguna otra alternativa más que largarse. Pero entonces, el hombre sacó del bolsillo una pequeña funda de plástico transparente.

Se la entregó a Evel que reconoció el objeto que contenía al instante.

—Acabamos de requisarlo junto con otros objetos robados en un guardamuebles que resultó ser propiedad de la familia de uno de los detenidos —explicó.

El Iphone parecía sano, excepto por una ligera abolladura en uno de los vértices, y estaba reluciente, como si lo hubieran limpiado a conciencia.

Durante los brevísimos instantes que transcurrieron hasta que el Inspector volvió a hablar, el cerebro de Evel disparó una ráfaga de pensamientos, a cual más alarmante. ¿Por qué, del millón de herramientas y objetos costosos del taller, había escogido llevarse el móvil? ¿Sólo por sacar pasta por él o...?

Tenía la agenda llena de nombres, incluso con datos personales de sus contactos. Fotos. Mensajes. Le corrió frío por la espalda solo con pensarlo, y un instante después, sus dedos crispados se afanaban por comprobar el

dispositivo.

Entonces, el treintañero completó la frase y el corazón de Evel saltó del pecho a la garganta donde se puso a latir desaforadamente.

—Faltan las tarjetas y no había huellas. Han hecho un buen trabajo de limpieza —y al ver que Evel alzaba la vista del aparato y lo miraba interrogante, añadió—: Según Yanev, no fue él quien lo robó. Reconoce que la mochila donde lo encontramos es suya, pero no sabe nada del móvil.

El tipo era un ladrón, el móvil estaba en su mochila, ¿pero no lo había robado él? Nadie podía tragárselo. Así que a lo mejor, pensó, presentarse de improviso no había sido más que un intento de Fisher de pillarlo en un desliz.

—Gracias —repuso Evel—, aunque espero que no haya hecho el viaje para esto... Podría haberme avisado, lo habría recogido personalmente.

Ahora que lo pienso, ¿no es ese el procedimiento habitual?

Le pareció notar un punto de decepción en la mirada del policía que, de ser cierto, confirmaba que su respuesta había sido convincente, y eso lo tranquilizó.

El Inspector Fisher le tendió un recibo para que lo firmara y cuando Evel lo hizo, se puso en marcha.

—No, tenemos una investigación abierta en un polígono cercano. Me quedaba de paso. Bueno... Ya nos veremos, señor Rowley.

Bastante más relajado, Evel se permitió una broma.

—No lo tome a mal, pero, realmente, espero que no sea así.

Tan pronto el policía abandonó su despacho, Evel se apresuró a guardar el iPhone en la caja de seguridad mientras pensaba en qué le respondería a AJ cuándo él le hiciera la pregunta de rigor.

Tenía que ser algo que zanjara la cuestión limpiamente. No tenía la menor intención de arriesgarse a que la visita del policía llegara a oídos de su mujer. Sabía que todo lo relacionado con aquel fatídico día continuaba angustiándola.

Dios, odiaba tanto la idea de ocultarle cosas a Abby... De no cumplir con la promesa que se habían hecho de contárselo todo.

Pero lo del hijo de puta de Ivan Yanev, simplemente, no podía decírselo.

Nikki llevaba un buen rato en el patio cuando apareció Lexi. Estaba oscureciendo, hacía frío y nevaba, pero su amiga no parecía darse cuenta de nada. Estaba sentada en uno de los cuatro sillones situados alrededor de la mesa donde la familia solía comer en verano, cuando el tiempo lo permitía, en un sector techado del patio posterior de la casa. Abrigada con un gorro calado hasta las cejas, guantes y bufanda, su mirada parecía perdida y la taza, llena hasta dos dedos del borde de té, que había sobre la mesa ya no humeaba.

—¿Has hablado con tu chico?

Nikki miró de mala gana a la joven de cabello lacio, que llevaba en una

melenita corta del mismo largo teñida de color chocolate. Dios, qué poco le apetecía hablar del tema... Ni de nada. Las peores navidades que recordaba, con diferencia.

—No. Básicamente, porque no sé qué decirle.

—Prueba con la verdad.

La verdad, así de fácil. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Nikki volvió a mirar a su amiga, esta vez, de mala uva.

—Conor no es como Chris. No es capaz de sentarse y dialogar tranquilamente sobre temas que le tocan de lleno.

—¿Y tú sí? —ironizó Lexi. Adoraba a su amiga, pero ella no se daba cuenta de que era mucho más parecida a su media naranja en defectos y en virtudes de lo que pensaba. Eran personas aventureras, temperamentales, vitales. Chocaban mucho, era cierto. Tan cierto como que se amaban el uno al otro profundamente. Solo necesitaban madurar -los dos, no solo Conor-, y cuando eso sucediera, Lexi estaba segura de que serían la pareja perfecta. Tenían todos los ingredientes necesarios para serlo.

Nikki exhaló el enésimo suspiro del día.

—No, yo tampoco —concedió.

Lexi movió su sillón hasta situarlo frente al de su amiga, tomó sus manos y las apretó cariñosamente.

—Te hiciste ilusiones y no salió como pensabas, pero hasta ahí. Esperabas una clase de sorpresa y recibiste otra. Él no ha cometido ningún delito ni te ha faltado en nada. Puede que no fuera lo que esperabas, pero no deja de ser un señor regalo, preparado con cariño y detalle por un hombre superenamorado. Y sí, te da rabia y te desilusiona que no fuera lo que esperabas, las chicas somos así y no hay nada de malo en eso, pero no permitas que esto se convierta en un problema. Si no te sientes preparada para hablar del tema, acéptalo sin más y díselo, sé franca y deja que la relación siga su curso. No lo castigues teniéndolo en ascuas y siendo distante, porque no se lo merece. Es un buen tío y sabes muy bien que se desvive por ti. Te adora, nena. Y tú lo adoras a él. Venga —le ofreció una mano enguatada que ella tomó—, vamos dentro, que aquí hace mucho frío.

Nikki siguió a su amiga al interior de la casa, pensativa. Sin duda, Conor era un buen tío, una buena persona. Nada de lo sucedido ponía en entredicho ni su naturaleza ni lo que ambos sentían el uno por el otro. La cuestión era que después de diez años y, a pesar de lo pactado al reconciliarse, seguía sin decidirse a comprometerse con ella.

La cuestión era si *ella* estaba dispuesta a seguir entregándose completamente, a seguir implicándose al cien por ciento, en una relación en la que solo una de las partes estaba yendo a por todas. Durante diez años la

respuesta a esa pregunta había sido un sí categórico. Sin dudas ni consideraciones de ninguna clase.

Ahora, ya no estaba tan clara.

Por la noche, aquel mismo día.

Casa de Conor Finley.

Al oeste de Londres.

Conor consideró seriamente no responder. Ni siquiera se había pasado por el MidWay. Lo único que le apetecía era lo que había hecho; echarse en el sofá y ver alguna de las dos mil carreras de motos que tenía grabadas en vídeo.

Pero insistían.

Eran poco más de las diez de la noche, demasiado tarde para alguien de la familia y demasiado temprano para un colega. Se incorporó de mala gana y se dirigió a la puerta. Pulsó el botón del portero electrónico.

—¿Quién es?

— Yo —respondió una voz que le puso el corazón en fuga.

—Nikki... Hola... Sube, nena.

Y con esas, Conor entró en un frenesí de orden. Todo estaba hecho un desastre, en parte porque apenas había parado en casa con tanta celebración; en parte porque la limpieza había sido desde siempre la válvula de escape de

su (mal) humor. Con la casa no podía hacer nada, pero al menos, consigo mismo sí. Se cambió de camiseta por una verde militar ceñida, sin mangas, a juego con sus pantalones de camuflaje, y echó mano de su colonia favorita.

Dos golpes en la puerta le anunciaron que se había acabado el tiempo.

Intercambiaron una ligera sonrisa cuando le abrió la puerta y ella entró. La de él estuvo acompañada de una inspección rápida pero bastante exhaustiva de su chica. Llevaba el cabello sujeto en una coleta baja sobre el lado izquierdo, con el rostro despejado y la mata de pelo ondulado, casi blanco por la abundancia de mechas, descansando sobre su pecho. Como siempre, Conor la ayudó a quitarse el abrigo -hoy había sacado del armario su Barbour

Bedale®[6](#) negro para protegerse de la nieve-, y lo dejó sobre una silla del salón junto con el casco y los guantes. Había estrenado el mono de motorista que le había regalado Papá Noel Fred para Navidad. Era blanco y negro, de una sola pieza. Una auténtica tentación, y eso que llevaba la cremallera cerrada hasta el cuello.

La segunda sonrisa que intercambiaron también fue algo tensa pero más grande, y tuvo lugar cuando ella dio un vistazo alrededor. No era la primera vez que estaba allí tras la reconciliación, pero nunca lo había visto tan desastroso.

—Menuda pocilga.

Él se metió las manos en los bolsillos con expresión de niño al que acaban

de pillar haciendo una travesura.

—Sí... Ya me conoces. Cuando no estoy bien, paso de todo.

Nikki asintió. No hacía falta que se lo recordara. Ella también había hecho una inspección rápida de su chico al llegar. A pesar de su habitual atractivo, sus ojos no mentían y las ligeras bolsas que había debajo de ellos, tampoco. Y ella era la responsable. Respiró hondo. Había salido de casa dispuesta a ir a verlo, pero llevaba una hora dando vueltas por la ciudad, cambiando de idea cada dos minutos, cada vez más confusa y más enojada consigo misma. Y entonces, en una de esas vueltas, había llegado allí, frente a la casa en la que lo habían compartido todo cuando vivían juntos. El primer impulso fue marcharse. Si no se había aclarado consigo misma ni deseaba hablar del tema, presentarse allí era una crueldad. Pero, simplemente, no pudo hacerlo. Marcharse. Necesitaba verlo, estar con él. Desesperadamente. Siempre había sido así.

—Lo lamento, Conor —concedió. No deseaba hablar del tema, pero esto sí podía decírselo porque, en efecto, le dolía en el alma hacerlo sufrir.

Él avanzó hasta ella y los dos se fundieron en un abrazo. Conor no pudo evitar soltar un suspiro de alivio. No podía creer que fuera el fin a dos eternos días de incertidumbre. Desde la reconciliación, estaban muy bien juntos. Al principio, que cada cual viviera en su casa era perfecto para él, le proporcionaba su tan ansiada libertad de movimientos y había eliminado de

cuajo las típicas mini discusiones por tonterías propias de la convivencia. Pero con el paso de los días, había empezado a echar de menos no verla al otro lado de la cama al despertarse, el café que compartían en la cocina, antes de que cada uno se fuera a trabajar, llegar a casa juntos de madrugada después de haber estado haciendo kilómetros en moto, o de fiesta con los amigos.

—Joder, princesa. Vaya dos días de mierda, devanándome el seso pensando en qué la había fastidiado... Menudo susto me has dado...

—Para mí tampoco han sido buenos, pero no quiero hablar de eso.

Abrázame fuerte y no digamos nada, ¿puede ser?

Él no se lo hizo repetir. Ya averiguaría qué había sucedido. Y le pondría remedio.

—Claro, nena. Puede ser lo que tú quieras —murmuró. La estrechó fuerte y muy pronto, las caricias se volvieron más intensas y ella empezó a buscar sus besos... Y a él empezó a írsele la cabeza—. Eh, esto se pone al rojo vivo... Lo de sin palabras parece que iba en serio...

Ella lo apartó suavemente. Apoyó sus manos sobre el pecho masculino y avanzó empujándolo con delicadeza, obligándolo a retroceder hasta que Conor halló la pared a su espalda y no pudo continuar.

—Y tan en serio —confirmó la joven.

“Y que lo digas”, pensó el motero con el corazón latiendo a destajo. No había sonrisas en su carita de princesa y sus preciosos ojos pardos brillaban de algo más que amor, y como si todas esas señales no fueran suficientes, acababa de bajarse la cremallera del mono. No mucho, no era su estilo, pero lo suficiente para que todo el cuerpo del motero empezara a pulsar frenético de deseo y solo pudiera pensar en tumbarse encima de ella y hacerla gritar de placer.

Suficiente para darse cuenta de que más allá del deseo y de los pensamientos calientes que rondaban por su mente, había amor. Jamás había sentido por nadie lo que sentía por ella, y la necesitaba en su vida. No un rato de tanto en tanto, sino las veinticuatro horas del día.

Él la tomó por los brazos y cambiaron posiciones. Ahora era ella quien estaba contra la pared y él era libre como el viento para hacer lo que deseara.

Y eso hizo.

Se aflojó el cinturón, bajó un poco la cremallera de sus pantalones y permitió que su miembro fuera tan libre como él. Ella lo empuñó con un suspiro y empezó a darle las caricias que él ansiaba.

—Bien, bien, bien... Sigue... —lo aprobó Conor en un suspiro. Pero no se quedó quieto mucho tiempo. La cremallera de Nikki bajó del todo, exponiendo sus pechos desnudos y él no ocultó su sorpresa. Tampoco era su estilo no llevar nada debajo. Un pensamiento se clavó en su mente: ¿el

panorama estaría tan desnudo abajo como arriba? Los movimientos de los dos por desembarazarse de aquella ajustada prenda de piel de canguro con forro extraíble se volvieron febriles. Cuando los ojos de Conor se posaron sobre el diminuto tanga de encaje rojo, todo él se tensó. No sabía dónde mirar primero, si arriba, a la redondez de aquellos pechos coronados por un pezón enhiesto, o abajo, donde el triángulo de bello oscuro que se insinuaba a través del tejido le estaba desbocando la imaginación. El resto de las prendas y las botas salieron volando un instante después.

—Joder, Nikki... —dijo alzándola en volandas. Ella le rodeó las caderas con las piernas—. Joder... ¿Los gemidos cuentan como palabras? Porque te advierto que hoy vas a chillar, y mucho...

Aquel era el remedio perfecto; no había nada que Nikki deseara más en aquel momento. Ni palabras, ni pensamientos, ni decisiones que tomar, solo sentir... Sentir el cuerpo y el alma vibrando de emoción, de deseo, de amor... Estaban próximos, pero no unidos, y él jugaba a embestirla con sus caderas, a aprisionarla entre su cuerpo y la pared, insinuándose, al tiempo que llovía besos sobre su piel. Luego se apartaba, y vuelta a empezar. Justo como a ella le gustaba. Se conocían muy bien, habían tenido años para perfeccionar cada caricia, cada beso, y los dos eran expertos en el otro. Y además, se amaban con locura. Un cóctel explosivo. Perfecto.

—Menos hablar y más...

—¿Follar? —la interrumpió él. Era una forma inocente de desafiarla, ya que ser gráfica en los asuntos de alcoba tampoco era su estilo.

Ella escurrió una mano entre sus cuerpos y empuñando el miembro viril lo apuntó en la dirección correcta, pero no lo liberó. Los masajes regresaron y con ellos los jadeos masculinos a medida que su miembro se tornaba más duro. Entonces, Nikki volvió a mirarlo a los ojos.

—Sí, exacto —repuso en un murmullo. Se tomó unos instantes para besar el cuello masculino, jugando con la punta de la nariz entre sus rastas y arrancándole con sus suaves incursiones estremecimientos que los sacudían a los dos. A continuación, mordisqueó el lóbulo de su oreja y antes de empezar a explorar el interior de la misma con la lengua, añadió—: Follar.

Él exhaló un suspiro ardiente, cargado de toda la locura que sentía por ella.

—Ay, princesa... Estoy hasta las trancas por ti —fue lo último que escapó de los labios de Conor antes de que los dos se unieran en el abrazo más íntimo de todos.

### **Episodio 3**

Martes, 29 de diciembre de 2009.

Estudio de tatuaje de B.B.Cox

Soho, Londres.

Amy trabaja en pleno Soho, donde estaba ubicado el primer estudio que su jefe había abierto en la ciudad. Excepto el cartel “Tatuajes por el artista ecléctico B.B.Cox”, el exterior daba pocas pistas acerca del tipo de actividad que se desarrollaba en su interior, ya que se parecía más a una *trattoria* con una puerta central y a cada lado, un gran escaparate de lunas tintadas que en su mitad inferior lucían unas cortinillas rojas. Traspasar esa puerta, sin embargo, era adentrarse en un ambiente marcadamente gótico, con preponderancia del rojo y el negro en el mobiliario y en los decorados, dominado por el aroma a incienso y a tinta para tatuar.

El tiempo aquella semana continuaba tan malo como la anterior pero, concretamente en el estudio, el cielo acababa de ponerse muy negro. Aunque el artista ecléctico en cuestión todavía no estuviera al corriente...

Amy cortó y volvió a dejar el teléfono sobre el mostrador de recepción.

—Genial. Mi vida acaba de joderse un poco más —masculló, aunque al igual que el artista ecléctico, todavía desconociera el verdadero alcance del perjuicio.

Su jefe estaba encerrado en su estudio privado, al final del pasillo, pero la noticia no podía esperar. El sonido de su taconeo sobre el suelo de madera alertó a uno de los colaboradores habituales que en aquel momento tatuaba el muslo de un cliente.

—¿Dónde crees que vas, ricura? Está en rojo. Si sigues te juegas la vida,

que lo sepas —dijo Gabs Márquez.

Amy le dedicó una mirada burlona al inglés con ascendencia

puertorriqueña que le había hablado y continuó taconeando sin detenerse. No

hacía ni cuatro meses que trabajaba allí, era cierto, pero de la tiquismiquez de su jefe se había enterado durante los primeros cinco minutos. Todo lo que

B.B.Cox tenía de creativo, lo tenía también de excéntrico y tiquismiquis.

Hasta el punto de haber instalado una torre de tres luces junto a la puerta de

su estudio. Verde, vía libre; amarillo, piénsatelo; rojo, estás muerto. El

personal, cómo no, lo llamaba “el semáforo”.

Abrió la puerta intentando ignorar los nervios que le atenazaban el

estómago y avanzó por la amplia estancia de paredes azules y gran profusión

de rojo burdeos en cortinados y tapizados, hasta la robusta mesa de roble. Allí

un hombre rubio y fornido, completamente vestido de negro, sostenía en su

mano embutida en un guante sin dedos, un lápiz con el que retocaba el

contorno de un dibujo.

B.B.Cox exhaló un suspiro malhumorado. Unos enormes ojos celestes,

resaltados gracias a una línea de eye-liner perfecta, se posaron, tempestuosos,

sobre la intrusa.

Amy recurrió a su labia para capear el temporal.

—Siento la interrupción... Sé que cuando estás aquí... —Otro suspiro la

animó a ir directamente al grano—: Vale, vale. No me claves el lápiz en el

ojo porque me vas a necesitar vivita y coleando. Tu nuevo *ex* publicista acaba de llamar. Dice que te diga que lo lamenta mucho, pero no soporta el estrés de trabajar para ti. Lo deja, y con efecto inmediato. O sea, oficialmente ya es pasado.

¿Estrés? Lo que los universitarios recién graduados últimamente no parecían tolerar bien era trabajar. Querían salario de publicista, dietas de publicista, tarjetas con el título “publicista” bajo su nombre... y una relajada jornada de ocho a cinco, de lunes a viernes. Otro bufido escapó de la boca del tatuador. A ver cómo resolvía el asunto, a horas de tener que salir para Estados Unidos.

El evidente malhumor de B.B.Cox, sumado al hecho de que no había apartado sus tormentosos ojos de ella en ningún momento, impulsaron a Amy a salir de su radio de acción con urgencia.

—Bueno —dijo—, ya te he dado el mensaje. Ahora te dejo seguir con lo que estabas. —Y empezó a alejarse marcha atrás. Con sigilo, como si intentara evitar que los antiguos listones de madera crujieran a su paso. Pensando que si lograba llegar hasta la puerta...

No lo consiguió.

—La próxima vez que me interrumpas, pasarás a ser mi *ex* asistente. Y también será con efecto inmediato —sentenció el tatuador, que sin esperar

respuesta, apartó al fin sus ojos de ella y volvió a concentrarse en el dibujo. Amy puso cara de dolor. Había metido la pata hasta el fondo juzgando aquella llamada como algo que había que atajar con urgencia. A él, en cambio, le había resultado más “problemática” la interrupción que el mensaje.

—Entendido, jefe.

Estaba a punto de cerrar la puerta cuando oyó que él le decía:

—Y no me llames jefe.

Cuando Amy pasó frente a la sala de tatuajes, Gabs sonrió al ver su expresión de empleado al que acaban de ponerle los puntos sobre las íes.

—¿Qué es lo que se suele decir en estos casos? Ah, sí; ¡te lo dije! — bromeó.

Amy notó que tatuador y cliente sonreían. El primero con burla y el segundo porque no perdía ocasión de flirtear. Era su segunda cita con Gabs, aún le quedaban dos más, y eso era lo que había hecho desde el principio; flirtear con él. Menudo éxito tenía el macizo entre hombres y mujeres por igual. En su opinión, estaba bueno, pero tampoco era para tanto. Claro que desde que se codeaba con Caballeros Jedi, su opinión no era objetiva, precisamente.

—Todavía sigo aquí, ¿no? Y de una pieza, así que cierra el pico —repuso

con fingido desdén.

Desde que Amy trabajaba para el Dios del Tatuaje, la vida de todos sus colaboradores se había simplificado enormemente. La de Gabs en particular, que era el más antiguo y el que soportaba la principal carga de trabajo, era un paseo comparada con antes. Decidió que le echaría una mano. Se excusó con su cliente y fue al encuentro de Amy. La llevó aparte, donde la conversación fuera privada.

—Para un artista nada es más importante que su arte —le explicó—. A menos que sea cuestión de vida o muerte, puede esperar. Pero si quieres curarte en salud, envíale un mensaje. Siempre lleva el móvil encima. Si lo mira o no, es su problema. Tú ya has cumplido.

—Qué generoso de tu parte, gracias.

—Tranquila, es puro egoísmo. Vivo mucho mejor desde que tú trabajas aquí. Además, todo hay que decirlo, mis ojos están mucho más entretenidos

—admitió con socarronería.

Menuda novedad.

—Tus ojos están en permanente estado de entretenimiento, chico. Eres un mirón.

El tono de llamada de su jefe interrumpió la conversación y Amy salió disparada como una flecha hacia el teléfono.

*¿Se lo habrá pensado mejor y me llama para ponerme de patitas en la*

*calle? Joder, espero que no.*

B.B.Cox marcó la memoria de su asistente y mientras esperaba se puso a recoger los dibujos. Estaba claro que se había acabado lo bueno por aquel día, ya que la renuncia del sustituto de Louis no había podido llegar en un momento peor. Recientemente se había visto obligado a posponer el proyecto de apertura de un nuevo estudio de tatuaje en Nueva York y a estas alturas, no podía dejar colgado a socios y patrocinadores cancelando también su intervención en el Festival de Tatuaje Artístico de dicha ciudad. Debía ir y era de la clase de viaje en el que se veía obligado a comprimir entrevistas con los medios, sesiones fotográficas y reuniones de negocios en una agenda de no parar más que para dormir, poco y mal. Una agenda de la que alguien tenía que ocuparse, para que él pudiera estar cómo y dónde debía a la hora requerida.

“Dime, BB”.

La voz de Amy sonó alto y claro a través del sistema manos libres.

—¿Tienes el pasaporte en regla?

Una sonrisa empezó a abrirse paso entre la preocupación original del rostro de la joven. ¿Estaba pensando en llevarla con él a Estados Unidos?

— *Depende* —repuso con desparpajo, conteniendo el primer impulso que había sido ponerse a bailar como una loca.

B.B.Cox le echó una mirada fulminante al teléfono.

—¿Lo tienes o no lo tienes?

Pero Amy no se amilanó.

— *Depende* —repitió—. *¿Tendré el sueldo y las dietas de tu nuevo ex publicista? Si la respuesta es sí, entonces, cuentas conmigo y con mi pasaporte en regla.*

Amy no se andaba por las ramas. Era algo que, en general, B.B.Cox apreciaba. En poco tiempo se había hecho al trabajo y gestionaba con aparente soltura algo que a su anterior asistente le había tomado más de un año llegar a dominar. Probablemente lo haría igual de bien con las tareas de un publicista. Quizás, incluso, hasta la considerara seriamente para el puesto.

—Me gusta tu ambición, pero no vayas tan rápido. Hablamos de cinco días por los que lógicamente cobrarás en consonancia. Luego, ya veremos.

Amy extendió ambos brazos por encima de la cabeza en señal de victoria.

“En consonancia”. La frase cuando la decía su jefe, venía acompañada por el sonido de una caja registrando cifras muy apetitosas en su ya de por sí feliz cuenta bancaria.

— *En tal caso, voy a ocuparme de que la agencia ponga los billetes de avión a mi nombre y... de todo lo demás. Ya me dirás quién se va a ocupar del estudio mientras estemos en Estados Unidos para que lo vaya poniendo al día* —repuso, intentando ocultar tras un tono de profesional que lo tiene

todo controlado que, en realidad, empezaba a estar atacada de los nervios. De pronto, había caído en la cuenta del millón y medio de cosas que había que hacer antes de subirse a ese avión... Mierda, ¿cómo se las iba a arreglar para ocuparse de todo en apenas unas horas?

Ya, ese era otro tema importante a resolver, pensó el tatuador. Las alternativas eran pocas, por no decir que solo había una, pero era una que a B.B.Cox no le gustaba en absoluto.

Muy cerca del Soho...

Conor ya estaba en la barra, conversando con otro motero cuando vio entrar a su novia. Se despidió de su colega y fue al encuentro de Nikki.

—¡Brrrr... qué frío! Me parece que hoy será café en vez de cerveza — dijo ella aunque era perfectamente consciente de que estaba más helada por los nervios que por el clima.

Él la tomó por la cintura y la estrujó contra su cuerpo, jugueteón.

—Si quieres te caliento, que ya sabes que soy buenísimo para estos menesteres...

—Mejor ahora no, que cuando te animas no hay quien te pare —repuso ella apartándose con suavidad.

Él le robó otro beso.

—¿Nos sentamos en aquel rincón? —propuso después de ayudarla a

quitarse el abrigo—. Ve, que yo te pido un café.

Nikki se dirigió hacia la mesa alta que acababa de quedar libre. Esperó con creciente nerviosismo un momento que ya no podía postergar más.

Llevaba horas diciéndose que todo iría bien, pero empezaba a ser consciente de que se trataba de un deseo más que de una certeza.

Al fin, Conor regresó junto a ella con las bebidas y fue directo al grano.

—Bueno, cuéntame esa noticia que estoy en ascuas desde que me llamaste...

Nikki se encomendó a todos los Dioses del Olimpo y comenzó su relato.

—Hace varios meses me presenté para una plaza nueva de intérprete en la ONU...

Él sonrió, interesado.

—No me habías comentado nada...

—Es que fue cuando habíamos roto... Pero sí, pasé las dos primeras rondas y quedé pre-seleccionada...

—¿En serio? ¡Bien, Nikki! —volvió a decir Conor, asombrado.

Ella sonrió algo incómoda.

—Sí, gracias... Al final, no me eligieron y me olvidé del tema, pero...

Han vuelto a llamarme...

—¡No! ¡¿Te han dado el puesto?!

—Sí... Todavía sigo en las nubes, la verdad... Estaré dos meses a prueba

y si la supero, me harán un contrato de seis meses renovable...

Él saltó de su silla y la estrujó en uno de sus abrazos felices al tiempo que exclamaba:

—¡Toma ya! ¡Eres la mejor, preciosa! Y en cuanto ellos lo comprueben, no querrán dejarte marchar...

Nikki asintió agradecida mientras en el estómago sus nervios mantenían un combate a muerte, y en cuanto él volvió a sentarse, lo soltó:

—Me incorporo el lunes que viene... Así que salgo para Ginebra el fin de semana.

Aquello fue como si de pronto alguien hubiera congelado la imagen. Todo se detuvo durante unos instantes y cuando la rueda de la vida volvió a girar, ya no quedaba rastro de alegría en el rostro del motero que la miraba intentando descifrar de qué iba todo aquel asunto.

—¿Ginebra?

Nikki asintió. Vio cómo en sus ojos empezaba a relampaguear,

confirmando sus peores temores.

—¿Has aceptado un puesto en Ginebra sin decirme nada? Estoy alucinando...

La joven guardó silencio. Lo conocía muy bien y sabía que aquella solo había sido su frase de apertura. Conor se cruzó de brazos, la miró rabioso.

—Vale, y ahora que has dejado claro que lo que yo piense te importa un carajo, ¿qué esperas que haga?

El café no había logrado calentarla, pero aquel comentario sí.

—Siempre has sabido que buscaba activamente trabajar para la ONU, Conor. ¿Esperabas que cuando al fin lo consigo, te consultara a ver si te parecía bien? Es mi carrera; doy por hecho que te parece bien.

Debía estar de guasa. Eso, o lo estaba tomando por un imbécil.

—Una cosa es trabajar para la ONU y otra *muy distinta* es irte a Ginebra y ponernos a los dos uno en cada punto del planeta.

—No son cosas distintas. Se presuponen. Todo el mundo sabe que la sede europea de la ONU no está en Londres.

Y todo el mundo sabía que se podía trabajar para Naciones Unidas en cualquier oficina de su numeroso sistema de organizaciones.

7

—No me vaciles, Nikki —repuso él, apretando las mandíbulas.

Ella sacudió la cabeza. ¿Había escuchado algo de lo que ella decía cuando hablaban del tema?

—Lo hemos hablado infinidad de veces, aunque bueno, está claro que no me prestabas mucha atención que se diga, ¿verdad?

—No, si ahora el culpable voy a ser yo... ¡Eres increíble! ¿Cómo es que siempre te las arreglas para retorcer las cosas y hacerme quedar como el malo de la película? El que no te escucha, el que no te apoya, el que no está a la altura... ¡¿Qué coño quieres de mí, Nikki?!

Ella miró hacia otra parte. Empezaba a sentirse tan rabiosa como él y aquello no ayudaba. Uno de los dos tenía que proceder con madurez, y estaba claro que no sería él.

Exhaló un suspiro y volvió a mirar a su novio.

—Que te alegres porque al fin he conseguido algo por lo que he trabajado muchísimo, eso estaría bien. Que me digas “no te preocupes, Nikki, estaremos bien”... Que cumplas tu parte del acuerdo, eso sería el sueño perfecto.

Conor se dejó caer contra el respaldo. De pronto, se había hecho la luz.

Todo empezaba a encajar.

—Así que hemos llegado al meollo de la cuestión... Ahora entiendo tu berrinche de Navidad... Esperabas que cumpliera “mi parte del acuerdo” —

su voz sonó cargada de ironía cuando hizo el gesto de ponerle comillas a las palabras— y te llevaste el batacazo del siglo... Y como admitirlo te dejaba en evidencia, montaste todo el numerito de “no quiero hablar del tema”.

Entonces, llega la llamada de tu vida, te ponen la zanahoria delante del hocico y a correr... Porque en tu mente cuadrículada, es imposible que yo te tome en serio si no me comprometo. Haga lo que haga, nada será suficiente hasta que no firme la jodida licencia de matrimonio... ¡Es la misma cantilena de siempre y no te haces una de idea de lo harrrrrrto que estoy de oírla!

El nivel de decibelios había ido subiendo a medida que crecía la ofuscación del motero y hacía rato que la conversación había dejado de ser privada. A Nikki empezaba a dolerle la garganta de la fuerza que hacía para no echarse a llorar.

—¿Y a qué has vuelto, Conor? —repuso, herida—. Corté contigo, te liberé del pesado yugo de aguantarme, ¿o no? Si hemos vuelto fue porque me lo pediste, y volvimos bajo dos condiciones muy claras...

—Sí, sí, ya lo sé... —la interrumpió él—. No hace falta que me lo recuerdes *otra vez*.

—No lo parece. Lo que parece es que una vez que conseguiste lo que te interesaba, te has olvidado de lo demás.

—¿Olvidarme? ¿Cómo voy a olvidarme de algo con lo que llevas machacándome desde hace años, joder?!

Las palabras del motero fueron como puñaladas directas al corazón femenino. ¿Eso significaba para él? ¿La había querido de verdad alguna vez? Nikki tragó saliva. Se concedió un momento para recomponerse y al fin, alzó la vista hasta él.

—Volvimos con dos condiciones —continuó—. Uno, más espacio personal y dos, formalizar nuestra relación antes de un año. Pero han pasado dos meses, tú disfrutas de tu espacio personal y yo... Yo sigo igual. No tengo nada.

—¿¿Nada? ¿Cómo que nada?! ¡Me tienes a mí! Hacemos muchas cosas juntos y tenemos un montón de planes... Estamos muy bien, Nikki... Aunque, quizás debería decir “estábamos”...

Montón de planes, qué gracia. ¿Las Harley Rides contaban como planes de pareja? En tal caso, era cierto; eventos moteros llenaban hasta el último minuto que tenían libre a un año vista. De la boda, ni una palabra. Aquella era la situación perfecta para él; había recuperado su espacio personal, hacía y deshacía a su antojo, tenía la agenda llena de aventuras que le encantaban, y como guinda del pastel, la tenía a ella cuándo y cómo le apetecía. ¿Para qué molestarse en cambiar nada? Ahora lo veía claro. Conor no tenía ninguna intención de cumplir su parte del acuerdo. Solo lo había aceptado para poder recuperarla, a ella y a su situación perfecta, nada más. Cabrón egoísta.

*Muy bien, pues.*

—Si estamos tan bien, ¿cuál es el problema de que trabaje en Ginebra? No es Marte, ¿sabes? Hay teléfonos, internet, aviones, carreteras... No seríamos la primera pareja que mantiene una relación a distancia por cuestiones laborales.

—¿Y si yo no quiero tener novia por Skype? ¿Y si no me parece bien que decidas sobre mi vida sin consultármelo? A tragar y a callar, ¿no? Así es como haces tú las cosas. ¡Y todo por un jodido berrinche!

—No fue por...

—Fue por un berrinche —siseó—. No tengas tanta cara de negarlo.

Había vuelto a interrumpirla, su tono seguía siendo demasiado agresivo y ella estaba a punto de perder la calma. Respiró hondo.

—Mira, Conor, fue una estupidez y te pedí disculpas...

—No, perdona. —Otra interrupción—. Quitaste el tema de en medio con un “olvídalo, no me hagas caso”. Y yo me lo creí.

—Vale, no lo dije textualmente —concedió—, pero se sobreentendía. Tú no tienes la culpa de que yo me hubiera hecho ilusiones, pero...

Él exhaló el aire, rabioso.

—Contigo siempre hay un pero.

Nikki volvió a pasar por alto la nueva interrupción.

—Pero pasó algo —continuó—. Me di cuenta de que seguimos teniendo

expectativas diferentes sobre lo nuestro, tú estás bien con lo que tenemos, para mí dejó de ser suficiente hace años... —Nikki hizo una pausa. Él la miró de reojo, pero rápidamente apartó la vista—. Y entonces, llegó esa llamada y me enfrentó a la realidad. No decidí sobre tu vida, Conor, decidí sobre la mía. Y no te lo consulté antes porque el tema no está abierto a debate. Era mi decisión y la tomé.

—¿Y ya está? ¿Así de fácil?!

—Te aseguro que no ha sido nada fácil... Estoy enamorada de ti y sé que esto nunca va a cambiar, pero lo que sí ha cambiado es mi disposición.

Entiendo que tú no estés preparado para asumir un compromiso conmigo todavía. No me gusta, me duele que sea así, pero intento entenderlo. Espero que tú entiendas que yo no esté dispuesta a dejar pasar esta gran oportunidad profesional que se me ha presentado, aunque eso nos obligue a mantener una relación en la distancia.

Aquello era de locos, pensó el motero. Se sentía como un imbécil que corría a complacer a su chica y a cambio solo recibía palos. Daba igual lo que hiciera, ella solo se fijaba en lo que *no* hacía. Y ahora se largaba a trabajar a otro país, sin haberse tomado la molestia de hablarlo con él antes de tomar la decisión, y claro, cómo no, esperaba que él “lo entendiera”.

Conor respiró profundamente y exhaló el aire por la nariz de forma ruidosa. Estaba hasta los mismísimos cojones de esa historia.

—Ni hablar —espetó. Se puso de pie ante la expresión sorprendida de su novia y arrancó de malos modos su cazadora del respaldo de la silla.

—Conor, vamos... —repuso ella, conciliadora, intentando detenerlo.

Él liberó su brazo bruscamente. La miró directamente con los ojos brillantes de ira, y su respuesta fue categórica.

—¿Sabes qué te digo? Quédate con tu gran oportunidad profesional y que te aproveche. Yo me apeo aquí.

Un instante después, Conor y toda su rabia habían desaparecido del lugar, y las lágrimas empezaron a rodar por las mejillas de Nikki.

Bar “La Vinatería”.

Soho, Londres.

Al entrar, a Niilo lo recibió una atmósfera acogedora; decorado en colores cálidos, mobiliario minimalista ultramoderno y música *chill out*.

Diametralmente opuesta a la que había fuera, donde las calles estaban cubiertas de blanco y los viandantes apuraban el paso protegiéndose de la nevada. Nunca había estado allí antes, pero sabía que lo habían abierto en verano y que su propuesta era diferente del resto de bares de su clase; no solo servían vino -tenían una amplia gama de cervezas de importación- y acompañaban las bebidas con unas succulentas tapas.

Se dirigió hacia la barra, a uno de los dos únicos taburetes que quedaban

libres. Pidió una *Coronita* y echó un vistazo a la hora. Sonrió al pensar que estaba a segundos de un momento que llevaba mucho tiempo esperando. No era un tipo ansioso, pero tenía que reconocer que hoy no era un día como los demás. Empezando porque había sido la primera vez desde que trabajaba para Evel que se había marchado a la hora en punto. Quería llegar a casa con tiempo de prepararse tranquilamente para su cita. También había sido diferente su paso por el armario, le había costado decidir qué ponerse. Al final, se había decantado por el negro. Era sobrio, le sentaba bien y no se alejaba de sus colores habituales de motero con los que estaba acostumbrado a verse.

Una voz femenina lo trajo al presente.

—¿Te importa si me siento, o esperas a alguien? —dijo la recién llegada señalando con la vista la bufanda y los guantes que Niilo había puesto sobre el asiento.

No era Amy, pero tampoco una total extraña. Su cara le resultaba vagamente familiar. Era joven, veintipocos. Llevaba el pelo muy rojo y muy corto, pendientes largos y tal capa de rímel en las pestañas que no entendía cómo no se le cerraran los párpados por el peso. Era un rostro muy particular.

—Espero a alguien, pero no me importa. —Acomodó las prendas en el estante que había debajo de la barra.

Ella se lo agradeció y tomó asiento. Le pidió una copa de vino blanco al

camarero y volvió a mirarlo. Niilo ensayó una sonrisa.

—No, tranquilo... —soltó una risita divertida—. No estoy ligando, yo también espero a alguien. Es que... ¿nos hemos visto antes? Tu cara me resulta familiar.

—Ah, qué alivio. Vengo equipado para ligar, pero no traigo munición suficiente para dos mujeres —repuso él con tal naturalidad que la chica empezó a desternillarse de risa.

—No, en serio, ¿nos conocemos? —La joven se quedó mirándolo unos instantes—. Tienes un aire a ese actor de la Guerra de las Galaxias... No sé cómo se llama, el que hace de Anakin, pero no es por eso. Nos hemos visto antes, seguro. ¿A qué te dedicas?

—A los motores, me chiflan. Trabajo en un taller de customizados.

Ella hizo un gesto gracioso con la boca.

—De ahí no es, seguro. Yo trabajo de recepcionista en un hotel, y con mi sueldo no podría pagar ni los faros de una de esas bellezas... ¡Ah, mira! —exclamó de repente, señalando una mesa para dos que acababa de quedar libre

—. ¿Tuya o mía?

Niilo se la cedió con un gesto caballeroso. Entonces, ella se acercó y le habló en tono de confianza.

—Aunque te diré una cosa, ¿no sería genial que estos tardones nos

encontraran conversando tan tranquilamente? ¡Suerte con tu cita!—dijo la muchacha haciéndole adiós con la mano.

Niilo asintió enfáticamente. Su cita ya llevaba cinco minutos de retraso.

Menos mal que estaba advertido de que cuando se trataba de Amy, los horarios eran siempre indicativos.

Una *Coronita* y cincuenta minutos más tarde, sin embargo, Amy seguía en paradero desconocido. Ni se había presentado ni había llamado. Niilo consideró por un instante hacerlo él, pero rápidamente lo descartó. Existía la posibilidad de que hubiera cambiado de idea respecto a quedar y en tal caso, estaría a la defensiva o, simplemente, no respondería. Cambiar de idea era algo muy femenino. Él, en cambio, era de ideas fijas y de los que sabían esperar pacientemente a que los vientos fueran favorables... El consejo de Conor regresó a su mente. Quizás, él tenía razón; había cantado victoria demasiado rápido. Exhaló un suspiro.

*Cuánto trabajo me estás dando, preciosa...*

Lo cual, por otra parte, no hacía sino confirmar que Amy era la horma de su zapato. Cuánto más difícil se lo ponía, más crecía su interés por ella y más seguro estaba de que él también era la horma del suyo.

En aquel momento, la joven del rostro particular volvió a ocupar el taburete que había junto a Niilo.

—Como veo que a ti también te han dejado colgado, ¿qué te parece si

pedimos una botella de vino y ahogamos nuestras penas en alcohol?

¡Pidiéndolo por copas sale carísimo!

Él la miró interrogante. Se estaba tomado el plantón con mucha deportividad, lo cual era bastante raro tratándose de una mujer. Ella pareció entender a la primera el mensaje oculto en su mirada porque enseguida se echó a reír.

—¡No me ha dejado plantada en el altar, solo era una cita! Tendré más, seguro... ¡Ah, ¿sabes qué?, he recordado dónde nos hemos visto tú y yo...! Bobby, encantada —dijo ofreciéndole su mano.

Buena filosofía, pensó el motero. Amy no se había presentado, pero, en efecto, no era más que una cita y estaba seguro de que tendrían más. Solo era cuestión de tiempo.

*Más tiempo*, pensó con resignación.

Niilo hizo un gesto aprobatorio con la boca y aceptó la mano de la joven.

## **Episodio 4**

Martes, 29 de diciembre de 2009.

Boutique “J&H”,

Barrio Joordan, Ámsterdam.

Harley se puso a limpiar las herramientas mientras esperaba a que su clienta se marchara. Ya había pagado por el servicio, pero continuaba

hablando con Jana. Era una vieja conocida suya y había quedado tan satisfecha con el tatuaje que Harley había realizado sobre la fea cicatriz en forma de “t” de una cesárea, que no dejaba de alabarlo. Desde el primer tatuaje de saneamiento que había hecho sobre la marca de una operación de apéndice, hacía ya cinco años, mucha agua había corrido bajo el puente. Hoy casi podía decir que eran su especialidad, daban un sentido especial a su trabajo, no solo un buen dinero, y la mayoría convertían en arte sucesos dramáticos de sus clientes: huellas de accidentes, de extirpaciones quirúrgicas, del desamor...

Algo que normalmente era suficiente para ponerle el punto grato al día, aquel en particular no lo lograba del todo. Harley estaba preocupada por cómo iban las cosas en el negocio del que Jana era socia al cincuenta por ciento. Preocupada por la economía, sí, pero mucho más por su querida amiga. Intuía que no le estaba contando toda la verdad y rara vez se equivocaba con sus pálpitos.

Cuando al fin quedaron a solas, Harley se dirigió al mostrador donde Jana hacía la caja.

—¿No era ayer cuando iba a llegar el género pendiente de las promos de Nochevieja?

Cada año Jana diseñaba media docena de modelos para que su clientela,

adicta al *grunge* o al estilo metalero, vistiera en una fecha tan señalada. Eran personalizables en pequeños detalles y causaban tal furor que volaban de las estanterías como si estuvieran de rebaja. La mercadería solía llegar a principios de diciembre y siempre reponían. A veces, incluso, hasta tres veces. Ahora, estaban a finales de mes y la primera y única remesa recibida hasta el momento continuaba incompleta.

—Sí pero no. Con suerte será hoy a última hora.

Jana continuó contando dinero sin aparente problema. No era posible asegurarlo del todo ya que sus grandes gafas de sol eran una parte inseparable de su atuendo *grunge*, pero a Harley le dio la impresión de que actuaba con total normalidad ante algo por lo que debería estar histérica.

—¿Cómo que con suerte hoy a última hora? ¡Esta tía nos está tomando el pelo! Se ha pulido nuestra pasta en vete tú a saber qué y claro, ahora a darnos largas...

Jana de Veen era tres años más joven que su socia, tenía 28 años. Su estilo también era diferente al de Harley. Llevaba el cabello en dos tonalidades, rojo y rosa, recogido en un moño en la parte superior de la cabeza y un pañuelo estampado a modo de diadema. Solía vestir sus propios diseños; hoy, camiseta negra de mangas largas con un dibujo de estilo gótico en el pecho, pintado a mano por ella, falda plisada hasta la mitad de la pantorrilla, justo donde comenzaba la caña de sus botines de cuadros rojo y blanco con unas

plataformas negras de vértigo. No era voluptuosa como su socia. Tampoco propensa a la histeria, y eso que razones para estarlo no le faltaban...

—Se ha fracturado la muñeca en una caída y tiene a dos costureras de baja. A las personas normales les pasa, Harley.

—¿Y ya está? Cuando yo quedo con un cliente y por lo que sea no puedo cumplir, envío a otro en mi lugar. No lo dejo colgado. ¿Qué pasa con Elsa, acaso vive en un mundo donde las reglas son distintas y no nos hemos enterado hasta ahora?

Jana conocía a Harley. Sabía que lo mejor en estos casos era dejar que se enfriara. Pero ya no podía más. Eran demasiadas las cosas que se le venían encima y, simplemente, explotó.

—Vamos a ver, Harley. Cuando te invité a asociarte a *mi* negocio —el énfasis no pasó desapercibido a la tatuadora— acordamos que la regla de oro para no acabar tirándonos de los pelos sería que cada una se ocuparía de su parte sin intromisiones de la otra. ¿Sí o no?

Tenía gracia que después de casi tres meses consecutivos viviendo de los ingresos generados por *su* parte del negocio hiciera ondear la bandera de la regla de oro.

—No me vengas con esas, ahora. Trabajo doce horas al día y créeme, lo último que me apetece hacer cuando llego a casa es ponerme a pensar en las cosas que suceden en esta tienda últimamente. —Sus enormes ojos azules

cargados de rímel taladraban a Jana sin piedad—. *Y que no me gustan*. Es tu responsabilidad ocuparte de que la tienda esté bien surtida, que los encargos se sirvan a tiempo, y que los proveedores cumplan con lo pactado. Así que ocúpate de que Elsa entregue el género hoy, o lo haré yo.

El rostro de Jana pasó del blanco lechoso al rojo furia en un instante.

—¡Como se te ocurra meter las narices....!

Cuando el sonido de la campanilla de la puerta anunció que alguien acababa de entrar en la tienda, Jana calló de repente. Harley se volvió a ver de quién se trataba.

Un hombre en la cincuentena de profusa cabellera y barba blancas se dirigió hacia el mostrador donde estaban las dueñas.

—Hola, Lau —se adelantó Harley. Enseguida también lo hizo Jana.

—¿Qué tal están mis chicas? ¿Heladas? —bromeó al tiempo que se frotaba las manos embutidas en sus elegantes guantes de cabritilla. Incluso a un ciego le habría resultado evidente que las amigas discutían. Estaban de todo menos heladas.

La campanilla de la puerta volvió a sonar. Esta vez era una de las clientes habituales de Jana la que entró, una veinteañera que tenía la costumbre de dejar las compras para el último minuto. Quedaba claro que Jana y Harley tendrían que continuar la conversación en otro momento.

—Ven que nos tomamos un café mientras acabo con mis herramientas —

invitó Harley.

—A falta de un bombonazo, el café tendrá que valer, ¿no?

La tatuadora le echó una mirada con segundas.

—¿Disculpa? Ten más cuidado con lo que dices, amigo mío. Resulta que soy un bombonazo y mi socia tampoco está nada mal —concedió, con fingida benevolencia.

Ambos rieron. No era a esa clase de bombonazo a los que el elegante holandés se refería, y Harley lo sabía. Habían llegado a la pequeña habitación que ella usaba a modo de estudio y mientras él vertía café en sendas tazas con el logotipo de la tienda, ella ponía orden en su mesa de trabajo.

—Qué mal disimulas que ha habido bronca. Jana es más diplomática, pero tú, querida mía, no engañas a nadie —dejó caer Lau al tiempo que depositaba la taza de Harley sobre la mesilla repleta de contenedores de tinta.

—¿Es una crítica? Porque mira que la cosa sigue calentita...

Había rabia muy mal contenida en los movimientos que la mujer hizo para recoger su rubia melena leonina en un moño que sujetó con un bolígrafo sobre la cabeza. Sus ojos, de un fulgurante color azul, centelleaban y, de tanto en tanto, una contracción muscular sacudía ligeramente su mejilla derecha.

Norteamericana de nacimiento y de ascendencia, ni siquiera diez años viviendo entre la flema británica habían conseguido moderar su personalidad explosiva, caliente, como si por sus venas corriera sangre latina.

Una sonrisa paternal iluminó la cara barbuda de Lau.

—¿Qué es lo que te tiene tan rabiosa?

Harley dio un sorbo a su café y frunció la nariz.

—Puaj... Esto está amargo... Anda, pásame el azúcar, ¿quieres?

Lau hizo lo que le pedía con una sonrisa.

—¿Has dejado la dieta? —repuso con malicia. La mirada que ella le dedicó lo animó a cambiar de tema de inmediato—. Vale, perdona.

Harley se entretuvo revolviendo su café con la punta de un lápiz. Lau y ella eran buenos amigos, apreciaba sus consejos y normalmente, se sentía más tranquila después de hablar con él. Por otra parte, él siempre se implicaba. Siempre se las arreglaba para sacarles las castañas del fuego y eso no le parecía justo. Tanto Jana como ella eran personas adultas, tenían la capacidad de hacer frente a sus propios problemas.

—La tienda no va bien.

—¿Han bajado las ventas?

Harley respiró hondo.

—No es eso. No es que las ventas hayan bajado. Es que reponemos mercancía a cuenta gotas. Mira los expositores. A estas alturas en años anteriores no podías entrar de tantas cajas que había por todos lados.

Era cierto. Él también lo había notado.

—¿Qué te ha dicho ella?

—Mentiras —la expresión de asombro de Lau la hizo rectificar—. Suena fuerte, lo sé. Es que... Intuyo que me oculta cosas. Esto no es normal. Y no me refiero solamente al poco stock... Esta es su pasión, Lau. Vive y respira por su arte. Siempre está creando cosas nuevas, poniendo en marcha nuevos proyectos. Pero desde hace un par de meses, es otra persona. No dice nada por iniciativa propia y cuando me planto y no le queda más alternativa, me da excusas.

—Entiendo —se limitó a responder con expresión seria. No solo el negocio pasaba un mal momento, también, lo que era aún más importante, la amistad de las dueñas. Harley era una persona generosa y confiada. A pesar de que él le había desaconsejado dejar la gestión de cuentas de la tienda exclusivamente en manos de Jana, ella no le había hecho caso. Decía, quizás con cierta razón, que sería incapaz de asociarse con alguien en quien no confiara. Si ahora Jana le respondía con evasivas y Harley tenía que recurrir a hablar con el contable para saber qué sucedía, la amistad sufriría un serio revés. Eso sin añadir lo que pudiera descubrir cuando diera ese paso. Tratándose de Harley, persona resolutiva donde las hubiera, no podía demorar.

—¿Puedo ayudaros? —añadió.

La expresión de Harley se suavizó al instante. Apretó cariñosamente el

brazo de su buen amigo. Había sido su salvavidas particular desde el primer momento. Siempre estaba ahí, cerca, dispuesto a dar el do de pecho, no solo por ella, también por Jana.

—Gracias, pero no hace falta —mintió.

De hecho, se había visto obligada a recurrir a viejos conocidos para conseguir colaboraciones con otros negocios cuya clientela habitual tuviera un interés especial por los tatuajes, como hacía al principio de establecerse en Amsterdam. Colaboraciones que no entraran en el reparto del cincuenta por ciento de la tienda, y que le dieran un poco de oxígeno a sus asfixiadas finanzas. Cruzaba los dedos para que empezara a dar resultados pronto. De otra forma, se vería en un serio aprieto.

En aquel momento, sonó el móvil de Harley. Los dos miraron el aparato que estaba sobre la mesa de trabajo y ella no ocultó su sorpresa al ver de quién se trataba. Lau, en cambio, sonrió para sus adentros.

—¡Suerte! —le deseó a la tatuadora que abandonaba su pequeño estudio, móvil en mano.

Harley se limitó a agradecerse con un gesto de la mano. Desde luego, un poco de suerte extra no le vendría nada mal.

Miércoles, 30 de diciembre de 2009.

Estudio de B.B.Cox.

Soho, Londres.

—Ya estoy aquí, lista para la batalla —dijo Harley cuando B.B.Cox le abrió la puerta de su negocio.

La mirada del tatuador se desplazó de los ojos de Harley al cigarrillo al que ella acababa de darle una calada. Sin responder a su saludo, desapareció dentro de la tienda y un instante después cuando la puerta volvió a abrirse, lo que Harley vio frente a sus ojos fue un cenicero.

Ella no pudo evitar una sonrisa irónica. No se habían visto las caras en seis meses y después de la pelotera que habían tenido la última vez, no esperaba una gala de bienvenida, pero recordarle que su estudio era un espacio libre de humos le parecía un poco exagerado.

Y bastante informativo; estaba claro que él continuaba enfadado.

—Cierto que eres un chico muy sano —comentó sonriente al tiempo que apagaba el cigarrillo—. Ya está, humos fuera. ¿Puedo entrar o me tendrás aquí helándome el alma un rato más?

B.B.Cox le echó una mirada de refilón y se hizo a un lado para dejarla pasar. A continuación, volvió a cerrar y la siguió al interior del negocio.

Mientras Harley se quitaba el abrigo, el tatuador se apoyó contra el mostrador de recepción y permaneció atento a sus movimientos, en silencio.

No le gustaba haber tenido que recurrir a ella y no porque no la creyera capaz de hacerse cargo del tema -todo lo contrario-, pero no le gustaba cómo habían quedado las cosas entre los dos desde la última vez que habían

colaborado profesionalmente. Concretamente, le faltaba una disculpa de su parte.

Sin embargo, allí estaban los dos, “colaborando” otra vez. Ya que Harley no era precisamente proclive a la humildad y teniendo en cuenta que le estaba sacando las castañas del fuego ocupándose del estudio en esas fechas, quizás, lo mejor fuera darse por satisfecho y dejar el tema en tablas.

—No estás en el hotel de siempre, no había plazas, lo siento.

—Es igual, no te preocupes —Aliviada porque la tensión empezara a diluirse,

Harley se acercó a inspeccionar el maquillaje del tatuador. Sonrió al

confirmar su primera impresión; la línea que perfilaba sus ojos acababa en un rabillo—. Me has hecho caso, fíjate. Ahora podré fardar<sup>8</sup> de que le doy consejos de belleza al tatuador más famoso de Europa.

Él hizo una mueca sardónica al tiempo que una explícita mirada la recorría de arriba a abajo. La capacidad de Harley de combinar prendas imposibles de combinar no tenía precedentes en la historia de la moda. Por otra parte, había que admitir que su forma de vestir era lo último en lo que cualquier hombre con dos ojos funcionales en la cara reparaba cuando la veía.

—No puedo decir lo mismo, me temo —repuso él. Un destello de burla recorrió fugazmente sus ojos.

Los labios rojo bermellón de Harley se curvaron en una gran sonrisa ante otra muestra inequívoca de que las aguas volvían despacio a su cauce.

—A eso en mi pueblo se le llama envidia, chaval.

La llegada de Amy interrumpió la conversación. La muchacha fue la primera sorprendida al ver quién estaba con su jefe. Estaba claro que había confianza entre ellos: su jefe parecía tolerar de buen grado un nivel de proximidad por parte de ella que, en cuatro meses, Amy solo había visto en B.B.Cox cuando tatuaba. Pero que ella supiera, Harley vivía en Ámsterdam, ¿no había conseguido a ningún otro artista dispuesto en la Madre Patria? ¿Y ella, qué? ¿No tenía su propio negocio que atender? “Verás la alegría que se va a llevar Abby cuando se entere de que estás en la ciudad”, pensó.

—Ah, Amy, ven que os presento —dijo B.B.Cox—. Ella es...

—Nos conocemos. Hola, Harley. ¿Te quedarás tú a cargo del estudio?

—Hola, Amy... ¿Eres tú su nueva asistente? ¿Qué ha sido de Krissy?

Bueno, da igual... Sí, yo cojo el relevo así que cuando quieras, empieza a ponerme al día...

El tatuador miró a las dos mujeres alternativamente preguntándose de qué se conocían.

—Es la amiga de Abby, Brandon —explicó Harley.

La expresión de B.B.Cox confirmó que seguía igual de perdido que antes.

Sabía quién era Abby, por supuesto. También que Amy y Abby eran amigas.

Lo que seguía sin ver claro era cómo lo sabía Harley.

—¿Te acuerdas de la artista que te recomendé —insistió la tatuadora—, esa que estudiaba dibujo corporal en la Escuela de Jade Arrington?

—Ah, ya —repuso él.

Harley le palmeó el estómago.

—Para que veas qué buenas recomendaciones te hago, chico —dijo sonriente, al tiempo que le hacía un guiño a Amy que, en cambio, continuó mirándolos un tanto extrañada.

Se habían conocido en el hospital, cuando Evel estaba en coma. Él era el nexo, y no una recomendación. Además, su jefe también había tolerado sin aparentes muestras de desagrado aquel golpecito en su prominente tableta de chocolate. Había un algo extraño en el lenguaje corporal de los dos que no lograba descifrar... ¿Eran amigos o...? Al fin, Amy decidió que sus neuronas necesitaban combustible para seguir funcionando tras una noche en vela.

—Voy a por un café y hablamos, ¿te traigo uno, Harley? —dijo cuando ya iba camino del pequeño despacho que hacía las veces de sala de descanso para el personal.

—Sí, gracias... —repuso ella, pero enseguida volvió a concentrarse en B.B.Cox—. Oye, Brandon...

Él, que ya se había alejado unos cuantos pasos, se giró.

—Gracias por darme otra oportunidad —le dijo con sinceridad. Su oferta

le había aflojado la soga que llevaba al cuello desde hacía dos meses. Algo que, desde luego, no esperaba de él. Menos, después de su metida de pata monumental con aquel patrocinador idiota.

El brillo de sus ojos mostró que el tatuador había recibido con agrado aquellas palabras. No era una disculpa, pero tratándose de Harley, casi valía como una.

B.B.Cox le ofreció una reverencia a modo de respuesta y siguió camino de su estudio.

Eran poco más de las once, cuando BBCox y Amy llegaron al aeropuerto. El proceso de facturación había ido como la seda gracias a los billetes de primera clase, y pronto Amy pudo dejarse caer en una de las sillas de la sala de embarque y respirar tranquila por primera vez en las últimas dieciocho horas.

Menuda carrera contra el tiempo, pensó. Pero ya estaba todo a punto, pensó, estirando sus piernas al tiempo que cerraba los ojos. B.B.Cox estaba allí cerca, hablando por el móvil y no la necesitaba. Era hora de echar una cabezadita hasta que llamaran a embarcar.

Un instante después, la joven no solo abrió los ojos, se incorporó de un salto.

—¡Ay no, ay no, ay nooooo...! —exclamó mientras buscaba febrilmente

el móvil dentro de su bolso.

No podía creer que se hubiera olvidado de su cita con el Caballero Jedi.

*MIERDA.*

Mientras tanto, en el taller de customizados Rowley Customs...

Qué difícil le resultaba a veces descifrar a su ingeniero de diseño, pensó Evel. Sabía que Amy y Niilo habían quedado en verse la noche anterior, pero Abby no había tenido noticias de su amiga y el ingeniero se había presentado a trabajar por la mañana como cualquier otro día. No había hecho el menor comentario al respecto y, aunque no parecía contrariado, había cortado los sondeos bromistas de raíz.

Ahora estaban trabajando juntos en la sala de diseño, a Evel la curiosidad se lo estaba comiendo vivo, y su ingeniero parecía muy concentrado en el alerón que dibujaba con un lápiz óptico.

—¿Sería algo así lo que quieres? —preguntó Niilo.

—Suaviza un poco la curva superior, a ver qué tal.

El ingeniero se puso a retocar el dibujo bajo la atenta mirada de su jefe.

Entonces, su móvil empezó a sonar. Los ojos de Niilo se desplazaron rápidamente del diseño a la pantalla, pero pronto regresaron al trabajo.

—¿Qué tal así?

El nombre de la pantalla era “Amy”, y el móvil seguía sonando...

—¿No atiendes?

—Ya devolveré la llamada cuando me desocupe. ¿Suavizo más o así está bien?

—Perfecto, déjalo así... Oye, ¿está todo bien?

¿Contando el hecho de que la noche anterior la mujer que le tenía sorbido el seso lo había dejado colgado sin previo aviso, o sin contarlo? Mejor que mantuviera el pico cerrado.

—Claro —se limitó a responder, y continuó trabajado.

Evel sacudió la cabeza.

*Era Amy, no la atiendes ¿y esperas que me trague que todo está bien? Y luego dicen que yo soy más cerrado que una ostra...*

Después de que su primera llamada sonara hasta que saltó el buzón de voz, Amy había cortado sin dejar mensaje. Había sido un reacción molesta de la que se arrepintió en seguida. Pronto embarcarían, y no podría volver a conectar el móvil hasta llegar a Nueva York. Tenía que volver a llamar, dejarle un mensaje, pero qué pocas ganas tenía de hacerlo...

Mientras esperaba que el dependiente le cobrara el café americano, pasaba del enfado consigo misma por ser tan despistada al enfado con el Caballero

Jedi por ser tan poco insistente. ¿Acaso le daba igual verla que no verla?

¿Que lo dejaran plantado? Ella en su lugar no habría dado la callada por respuesta. Lo habría llamado y le habría dicho cuatro cosas.

A menos que...

¿Y si él tampoco había acudido a la cita? El pensamiento la dejó con la boca abierta. *¿Quedamos y a última hora cambias de idea y no me avisas?*

Y con esas, ya lo estaba llamando otra vez.

Niilo acababa de traerse un café para seguir trabajando en el encargo de Evel. Estaba solo en la sala de diseño y en esta ocasión, atendió al segundo ring.

— *Hola, viajera... No me lo digas; era hoy, ¿a qué sí?*

Amy se quedó cortada. Él reía, parecía de lo más normal. No entendía nada.

—¿Qué era hoy? ¿De qué hablas? —repuso, riendo.

El motero esbozó una gran sonrisa. Le encantaba desconcertarla.

— *Nuestra cita. Te entendí el martes a las ocho y casi acabo emborrachándome con una pelirroja que no paraba de pedir vino. ¡Menudo peligro tenía la niña!*

Amy estaba alucinando. ¿De qué pelirroja hablaba? ¿Se había emborrachado con otra? Tenía que ser un farol, obviamente, pero lo último que habría esperado de un tío al que había dado plantón, era una conversación tan delirante, doce horas después.

—¿Se supone que tengo que creerte? Venga ya, eso no es propio de un

Caballero Jedi.

— *Porque tú lo digas, ¡claro que sí! No sabes lo avanzadas que están las cosas en el Consejo ahora...*

—Me refería a soltar faroles. ¿Citarte conmigo y acabar emborrachándote con una pelirroja? ¿Tú, con esa cara de niño bueno que tienes? No me lo creo.

— *Eh, que dije “casi” borracho, no del todo —precisó él, divertido de pensar que ella creía que era un farol.*

Los dos rieron un buen rato. En Amy ya no quedaba rastro de suspicacia y, en cambio, empezaba a haber arrepentimiento. Por haberlo dejado colgado, por haberse acordado demasiado tarde incluso para una disculpa decente, por haberse perdido lo que, ahora estaba segura, habría sido una noche genial.

—Era ayer, no hoy. Lo siento —admitió la joven.

*Así me gusta, que empieces por dónde debes; con una disculpa. Buena chica.*

— *Tranquila...* —él iba a decir que podían volver a quedar en otro momento, pero no cometería el error de cantar victoria antes de tiempo otra vez, así que improvisó—: *¡el vino estaba buenísimo!*

Las carcajadas femeninas volvieron a hipnotizar a Niilo. Nunca se cansaría de oírlas.

—¡Qué farolero eres! —repuso Amy, que reanudó sus excusas cuando las risas cesaron—. Es largo de contar y ahora estoy a punto de embarcar, pero desde ayer al mediodía no he parado. El publicista nos dejó colgados a horas del viaje de mi jefe a Estados Unidos. Total, que a las doce de la noche estaba en la lavandería secando la ropa que llevo en la maleta. Te juro que si me hubiera acordado, te habría dado un toque... Soy un desastre...

— *Eso habría estado muy bien. ¡Podía haber llevado una botella a tu lavandería y así no esperabas sola a que el tambor dejara de dar vueltas!* — él mismo se tentó de risa antes de poder acabar la frase.

—Ahora que lo dices, quizás debamos dejar de organizar citas normales. Está claro que mi vida es cualquier cosa menos normal, ¿por qué mis citas iban a serlo? A la próxima, quedamos cuando vaya a hacer la colada y listo!

—apuntó Amy tronchándose.

— *¡Hecho!*

—Lo lamento mucho. Odio cuando hago estas cosas, de verdad.

— *Bueno, tranquila, que al menos otra oportunidad te daré. Tampoco soy tan malo.*

—Vaya, qué generoso....

Los dos volvieron a reír. Niilo le parecía muy diferente de todos y para confirmarlo allí estaba su marca personal; a mes y medio del Manhattan,

seguía en carrera sin haberle tocado un pelo, y arrancándole auténticas carcajadas cada vez que habían hablado. El problema era que sus perspectivas futuras en cuanto a tiempo libre era mucho más inciertas que antes y no tenía la menor intención de ocultárselo.

—Escucha, Niilo... Me apetece muchísimo verte, lo digo en serio, pero si antes las cosas estaban complicadas, ahora...

El ingeniero sabía que era su turno de respuesta, pero desde que le había escuchado decir “me apetece muchísimo verte”, todo él se había convertido en un flan. Le costaba pensar con lógica.

—¿Oye, sigues ahí? Tengo que embarcar...

— *Sigo aquí* —repuso Niilo. Exhaló un suspiro—. *Ve, no te preocupes. Ya improvisaremos algo para cuando vuelvas.*

Amy sonrió complacida. “Mira al Caballero Jedi, qué bien se lo monta”, pensó, deseando estar de regreso para ver con qué la sorprendía.

—En tal caso, me aseguraré de volver —repuso ella.

Aquel día por la noche...

La fiesta estaba en su apogeo cuando Niilo llegó al MidWay. Tuvo claro que el alcohol ya había empezado a hacer estragos cuando vio a Maverick regalándole a la clientela uno de sus bailes sexis al ritmo del “One Way or Other” de Blondie mientras sus socios lo jaleaban. Era como esa escena de la película Bar Coyote, solo que quien enloquecía a los clientes contoneándose

sobre la barra no era una damisela rubia, sino el tío más cachas<sup>9</sup> del bar.

El motero se fue abriendo paso entre el gentío hasta un rincón de la barra donde estaban los dueños del MidWay y sus respectivas esposas, acompañando con las palmas el ritmo de la música.

—¡Has venido, tío... Vas a joder el tiempo! —fue el recibimiento que le dio Dakota, a voz en cuello debido al volúmen de la música.

El MidWay no era un bar que Niilo frecuentara, pero en esta ocasión no podía faltar. Ya que no estaría abierto el último día del año, Evel había querido dedicar aquella noche a despedir entre amigos un 2009 que había sido muy intenso para él.

—¿Tú crees? Yo creo que el numerito de tu socio sobre la barra puntúa más alto en la escala de potenciales desencadenantes de desastres naturales —repuso, al tiempo que le señalaba al susodicho, que en aquel momento arrojaba su camiseta a un público femenino al borde de la histeria.

Dakota soltó una risotada.

—¡Está desatado el tío! —exclamó y se acercó a decirle algo al oído a Tess que enseguida saludó a Niilo con un gesto de la mano. A ella, le siguió Abby y fue entonces cuando Evel se percató de la presencia de su ingeniero de diseño.

—Pensé que ya no vendrías... —lo saludó, complacido.

—Hoy estoy de chófer de la familia y se me ha hecho un poco tarde. ¿Y los demás?

—Todos están por ahí, excepto Conor —Evel señaló hacia la zona donde la banda londinense ponía música al espectáculo espontáneo de Maverick. Niilo torció la boca en un gesto de desagrado. Aquel día, Conor se había marchado a su hora igual que había llegado: con mirada tormentosa y sin haber pronunciado más que un puñado de palabras.

—¿Lo has llamado?

La forma en que Evel asintió daba a entender que lo había intentado varias veces.

—Salta el buzón de voz. Bueno, igual llega más tarde...

—Si no, pasaré por su casa cuando me vaya —dijo Niilo—. Esto empieza a olerme mal.

Evel le palmeó el hombro en señal de acuerdo.

—Eso pensaba hacer yo, pero vete tú a saber a la hora que esta buena gente decide irse a dormir. —Se refería a la clientela que atestaba el bar—. Dime qué quieres beber, a ver si consigo que Cheryl te lo sirva.

—Si esa es tu mejor baza, estamos apañados, Evel... Creo que habrá que esperar a que abandone el trance —y a continuación señaló con la mirada a la camarera en un momento fan total.

Evel tuvo que reír.

—Míralas, están idas. Es increíble cómo las hipnotiza... Será mejor que me ocupe yo. ¿Cerveza?

—Mmm... Creo que hoy tomaré algo más fuerte. Ponme un *boilermaker*[10](#) clásico.

—Vaya, parece que celebramos algo. —El guiño que vino a continuación de las palabras, le informó a Niilo que Evel estaba al tanto de las últimas noticias.

*Así que las amigas han hablado y según el sondeo popular, sigo en carrera. Genial.*

—Eso parece —concedió el motero con una sonrisa.

Harley había llegado tarde al MidWay y no lo había hecho sola sino acompañada de Gabs Márquez. Y allí estaban los dos, divirtiéndose en la improvisada minipista de baile, cuando ella detectó que Niilo se había quedado solo.

—Enseguida vuelvo —anunció a su acompañante antes de poner rumbo hacia su objetivo.

Fingiendo un encuentro casual, Harley echó mano de todas sus aptitudes histriónicas.

—Pero mira a quién me encuentro aquí, el que se hace llamar por su nombre en finlandés —dijo acercándose con una gran sonrisa, derrochando

*sexappeal* por los cuatro costados—. ¿Hace mucho que has llegado? ¿Cómo no te he visto antes?

Y con naturalidad, se hizo un hueco junto a Niilo.

—Te acuerdas de mí, ¿verdad?

En un abrir y cerrar de ojos, no solo había invadido parte de su espacio vital, también acaparaba su campo visual y flirteaba con descaro. Le gustaba el desenfado de la ex de Evel. Algo que, posiblemente debido al segundo *boilermaker* que se había metido por el gaznate, Niilo encontraba divertido.

—Claro, Harley. —Como si fuera del tipo de mujer que pasaba desapercibida.

—¡Guaaaaau, si te acuerdas hasta de mi nombre! —Y al ver que una camarera se acercaba—: ¿Me pones un *gin tonic*, por favor? ¿Quieres algo, Niilo?

Él negó con la cabeza. Se puso de pie.

—Ya me voy —dijo cediéndole caballerosamente su taburete. A continuación, le entregó a Cheryl un billete de veinte libras—. Cobra también el *gin tonic* de la señorita, por favor.

Harley se echó a reír. Ella también lo encontraba divertido y no se trataba de un efecto secundario del alcohol. Tenía esa capacidad de profunda abstracción característica de los genios o de personas muy creativas, que siempre lo hacía parecer algo desconectado de la realidad, y que sumado a

ese punto de galantería pasada de moda, le recordaba tantísimo a Evel.

—Gracias —repuso ella con picardía—, pero te voy a contar un secreto; cuando invitas a una copa a una señorita, lo suyo es que te quedes, no que te vayas.

—Lo sé —dijo Niilo sonriendo, pero continuó preparándose para marcharse bajo la mirada divertida de Harley que no se separó de él mientras se ponía la bufanda alrededor del cuello y se cerraba la cazadora.

—Lo sabes, pero te vas...

La sonrisa de Niilo se agrandó. La de Harley también.

—Lo sé, pero me voy —concedió. Esta vez, cogió los guantes y su bolso de hombre, que se colgó del hombro.

—Dime una cosa —continuó ella, juguetona—, ¿qué tiene que hacer una chica para tener tu atención?

—¿Sin desnudarse, quieres decir? —repuso el motero y coronó la frase con un guiño.

Los dos rieron. Niilo era un tipo ocurrente y Harley no era de la clase de mujer que se tomaba las cosas del flirteo de manera personal.

Cerca de allí, Abby seguía con atención la interacción entre ellos.

Continuaba teniendo sentimientos encontrados respecto de Harley. Era buena persona, a pesar de sus errores, y además, Brian la quería, pero... Enterarse

de que estaba en Londres, no había sido una alegría. Harley representaba algo que, muy a su pesar, Abby aún no había logrado encajar del todo en su vida.

En aquel momento, unos brazos fuertes le rodearon la cintura desde atrás.

—No me gusta que esté sola cuando viene a la ciudad—dijo Evel, hablándole al oído—, menos en estas fechas, y no podemos invitarla a la cena de Nochevieja en casa de mis padres. Saldríamos en las noticias.

Harley lo había llamado desde el aeropuerto y Evel le había pedido que se uniera a la fiesta en el bar cuando acabara de trabajar.

Abby se apretó más contra él.

—Lo sé, Brian, no te preocupes por mí —repuso, mimosa—. Y tampoco creo que haga falta que te preocupes por Harley, siempre está muy bien custodiada.

Evel estrujó a su mujer en un ataque de ternura.

—Ay, linda, te comería a besos... —el motero se situó a centímetros del rostro de Abby, sus intensos ojos verdes lloviendo ternura a raudales sobre ella—. Hay algo que tienes que saber sobre Harley. Coquetea por vanidad y porque le divierte, es su forma de ser.

—¿Quieres decir que no se enrollaría con tu ingeniero si tiene la ocasión? Permíteme que lo dude.

—Quiero decir que con ella una cosa no implica la otra. Lo que ves no es

más que un juego; estoy bastante seguro de que él no le interesa en ese plan —los dos miraron el sector de la barra donde Niilo se despedía de Harley. El hombre que la acompañaba al llegar acababa de acercarse a la pareja. Evel añadió—: Y el guaperas, tampoco.

Abby no pudo evitar recordar su propia soledad antes de empezar a salir con el hombre que poco después se convertiría en su marido. Vivir rodeada de moscardones que no la dejaban en paz ni a sol ni a sombra y, al mismo tiempo, sentirse tan desesperadamente sola... En muchos sentidos, Harley le daba pena.

—¿Le interesa alguien? Quiero decir... —se arrepintió un segundo después de haberlo dicho. Hablar de la vida sentimental de Harley implicaba, de alguna manera, traer al presente al hermano de Brian. Abby se estiró a besar los labios de su marido—. Perdona...

—No pasa nada, linda... —dijo él, estrechando el abrazo—. Tíos con los que desfogarse nunca le han faltado, pero creo que no ha vuelto a tener una relación sentimental.

—¿Lo crees o lo sabes?

—Lo sé —repuso el motero, categórico—. Me lo habría dicho.

En efecto, muchos hombres habían ocupado temporalmente la cama de la artista desde aquel día aciago, hacía casi seis años, cuando abandonó su casa de Londres para siempre, pero el corazón de Harley continuaba vacante.

## Episodio 5

Miércoles, 30 de diciembre de 2009.

Casa de los Campbell,

Barrio residencial al norte de la ciudad.

Londres.

Nikki había llegado a casa de su último día en el trabajo acompañada de Lexi. La familia había salido y las amigas se instalaron en la habitación de la joven para que ella siguiera embalando las cosas que pensaba llevarse a Ginebra.

Lexi sabía que, a pesar de sus esfuerzos por disimular, su amiga no estaba nada bien. Tenía ojos de haberse pasado toda la noche llorando. Nikki la había puesto al tanto de cómo había acabado la discusión que había mantenido la pareja -la había llamado desde la misma cafetería después de que Conor se marchara-, pero lo que podía haberse interpretado como una reacción del momento por parte de él, empezaba a parecerse cada vez más a su posición definitiva sobre el asunto. Por lo menos, de momento.

—¿Y dices que te ha colgado?

*Sí, así es él cuando le da la neura.*

—Desconectó el móvil, que viene a ser lo mismo. Da gusto pensar que todo el mundo se alegra por mí, excepto el tío al que le he dedicado los

últimos diez años de mi vida. Fíjate, hasta mi jefe se ha deshecho en felicitaciones, facilitándome las cosas al máximo, y eso que al marcharme tan de repente lo he dejado con una mano atrás y otra delante. ¿Sabes? Me lo merezco por ingenua —sentenció al tiempo que arrojaba de mala manera un par de botas en la maleta.

—De eso, nada. No lo digas ni en broma. Tú te mereces lo mejor del mundo ahora y siempre —las amigas intercambiaron miradas y Lexi al fin consiguió arrancarle un sucedáneo de sonrisa que desapareció en cuanto dijo

—: Y tampoco pienses que Conor no se alegra, *cari*, seguro que sí. Necesita enfriarse, nada más, ya lo verás.

—Puede que cuando lo haga, sea demasiado tarde hasta para quedar como amigos —sentenció Nikki.

Soltó un bufido y al cabo de un rato, añadió:

—Mira, entiendo que esto lo haya tomado desprevenido, pero, ¿cortar conmigo, sin más, y ahora no ponerse siquiera al teléfono? Estoy muy dolida con él, Lexi.

La muchacha se apartó el cabello de la cara, rabiosa. Estaba sudando como si no estuvieran a bajo cero. Se quitó el jersey, exponiendo la camiseta de manga corta que llevaba debajo, y continuó apilando ropa dentro de la maleta bajo la mirada compasiva de su amiga que, al fin, se animó a añadir:

—Es un hombre, nena. No es que lo hayas tomado desprevenido, es que lo

decidiste sin consultárselo y has herido su vanidad. Es una estupidez, lo sé, pero ellos son así.

Nikki se volvió con los ojos brillantes de furia.

—¿Consultárselo? Ja, tiene gracia que alguien que lleva años reivindicando su "espacio personal" —dijo, haciendo el gesto de entrecomillar las palabras—, ahora reclame una relación de decisiones consensuadas. "Quiero mi libertad para hacer lo que me de la gana, pero eso sí, lo que tú quieras hacer me lo consultas primero, que igual no estoy de acuerdo". ¿Qué práctico, verdad? ¡Pues que le den! Y te voy a decir una cosa; si ese avión despega el sábado, sin que él se haya dignado a dar la cara, ya puede ir olvidándose de mí.

En el pasillo, el padre de Nikki, paró en seco. Su hija no había dicho gran cosa acerca de su cita con Conor, excepto que él no había tomado a bien la noticia de su viaje a Ginebra. Todo el mundo había dado por sentado que a él no iba a gustarle la idea de que su novia viviera en un país distinto, de modo que, en parte, tampoco había supuesto una sorpresa que no lo hiciera. De más estaba decir, que todo el plantel femenino de la familia, había cargado las tintas en contra de Conor, incluida la abuela Clarisse que siempre había formado parte de su club de admiradoras.

Pero esto cambiaba considerablemente las cosas.

¿Nikki había decidido unilateralmente al respecto? No podía creer que su

hija hubiera hecho algo así.

Fred volvió sobre sus pasos silenciosamente y regresó al salón. Ya hablaría con ella cuando Lexi se hubiera marchado.

La oportunidad no se presentó hasta dos horas más tarde. Fred se dirigió a la habitación de su hija y anunció su presencia con dos golpecitos en la puerta a pesar de que estaba abierta. Ella lo recibió con una sonrisa.

Las dos maletas que se llevaría consigo en el viaje estaban a un lado de la puerta. En el otro extremo de la habitación, junto al tocador, se apilaban varias cajas que la familia se encargaría de enviarle junto con su moto.

—Parece que lo tienes controlado —comentó el hombre.

Sí, era lo único en su vida que estaba bajo control, pensó Nikki.

—Un par de cajas más y habré acabado. —La muchacha dejó momentáneamente de trabajar y miró a su padre que continuaba de pie en el hueco de la puerta—. ¿Necesitas algo o has venido a hacerme una visita?

Al verlo entrar y cerrar la puerta a sus espaldas, Nikki tuvo su respuesta.

Era el único miembro de la familia que todavía no había intentado sondearla sobre su pelea con Conor. Obviamente, eso estaba a punto de cambiar.

Nikki exhaló un suspiro y fue a sentarse sobre la cama. Fred hizo otro tanto.

—Antes te escuché hablando con Lexi... Acababa de llegar y venía a

saludaros, pero me di cuenta de que no era un buen momento y preferí no interrumpir...

Nikki volvió a suspirar. Genial. Ella y su costumbre de no cerrar las puertas...

—¿Tomaste la decisión de aceptar el trabajo sin hablarlo con Conor? —

Nikki asintió y vio una mirada desaprobadora que viniendo de un padre comprensivo como el suyo, la hizo sentir culpable—. ¿Por qué, cariño?

Le había dado muchas vueltas al por qué. No era su proceder habitual y la oferta de la ONU había llegado en un mal momento. Había habido un poco de todo: presión por el escaso tiempo de que disponía para responder, rabia al comprobar que Conor seguía planteándose mantener una relación de eterno noviazgo adolescente, mucha desilusión...

Y hartazgo.

Solo con pensarlo la angustia había regresado. Por Dios, ¿cuándo acabaría todo?

—Supongo que me he cansado de esforzarme por entender lo inentendible, papá. De proceder como si formara parte de una relación comprometida cuando está claro que la única parte comprometida de esta relación soy yo.

—Cariño, Conor te adora y lo sabes...

—¿En serio? ¿Y en qué se traduce esa adoración, eh? Tú adoras a mamá.

Chris adora a Lexi. Tenéis una vida en común, proyectos, sueños. ¿Qué tengo yo después de diez años? Un compañero de *kedadas* y una agenda llena de eventos moteros a los que asistir. Nada más —su voz se quebró y Nikki respiró hondo, en un intento vano de retener las lágrimas.

Fred abrazó a su hija, lo que evaporó la más mínima esperanza de contener la llorera, pero, al menos, le dio a ella la posibilidad de desahogarse.

—Ay, hija, las cosas no son tan así —continuó mientras ella sollozaba entre sus brazos—. No puedo hablar por Chris, pero a mí también me llevó tiempo estar preparado para afrontar una vida en común con tu madre. No tiene solo que ver con los sentimientos, cariño. Para un hombre, no. Tiene que ver con convertirse en cabeza de familia y toda la responsabilidad que eso conlleva, con estar preparado para dar la talla y no fallar... Con apartar las dudas, los temores, y ser un refugio para las personas que ama. Algunos hombres abrazan ese momento con confianza, la mayoría necesitamos reunir el valor para hacerlo.

Nikki dudaba mucho que alguno de esos pensamientos hubiera cruzado la mente de Conor en algún momento. Lo haría, quizás, cuando tomara conciencia de que hacía mucho que había dejado atrás la adolescencia y encerrara a su Peter Pan en un armario de una buena vez por todas. O quizás, no lo haría nunca. Quizás Conor era uno de esos hombres que vivían una

adolescencia eterna. En cualquier caso, ya le daba igual.

La joven se apartó suavemente de su padre y se secó las mejillas con el dorso de la mano.

—Ese es su problema, papá. Tal como yo lo veo, él estaba muy cómodo con las cosas como eran y no estaba dispuesto a cambiar nada. Tenías que haberle visto la cara cuando se enteró de que la plaza no era para trabajar en Londres... —su mirada se llenó de tal decepción que a Fred le dolió el alma—. ¿Qué clase de hombre no se alegra porque la mujer que dice querer tanto consiga algo por lo que lleva años partiéndose la espalda? —Nikki sacudió la cabeza—. Se acabó. Que siga en su burbuja el tiempo que quiera, yo me voy a Suiza a disfrutar de lo que me he ganado.

Fred asintió y no precisamente porque estuviera de acuerdo. Sin embargo, estaba claro que su hija había asumido una posición al respecto. Como siempre, la apoyaría, pero se permitiría darle un último consejo.

—Estás enfadada y la rabia no es buena consejera. Él te quiere. No tengo la menor duda de que se alegra por ti, aunque en su momento no lo haya demostrado debidamente, y sé que rectificará, cariño. Por favor, Nikki, no dejes que la desilusión que sientes ahora, empañe lo que habéis vivido juntos.

Nikki miró largamente a su padre antes de responder.

—Mucha confianza sigues teniendo en él, papá...

Fred tomó el rostro de la joven entre sus manos.

—Estáis juntos desde que erais niños, Nikki y siempre has sabido escoger muy bien las personas de las que te rodeas. Es un gran chico, te quiere con locura y acabará transformándose en el hombre con el que sueñas. Ya lo verás, cariño.

Demasiada confianza, pensó Nikki. Ojalá no terminara defraudado, igual que ella.

Hacía un buen rato que el MidWay había cerrado sus puertas, pero en el interior todavía quedaban algunos clientes de fiesta. La música de máquina había sustituido a los músicos que ya se habían marchado. En una de las mesas, Evel y Abby compartían una misma silla, mientras muy cerca, Dakota intentaba seguir el paso de baile de Tess. Reían más que bailaban, ya que el motero había bebido bastante y no atinaba una.

—¡Está claro que el baile no es lo mío! —dijo tronchándose después del último traspies que usó como excusa para agarrarse a Tess, rodeándola con sus brazos.

—Creo que eso ha quedado demostrado con la actuación de Mav, tío — apuntó Evel, que todavía seguía alucinando con el despliegue de erotismo espontáneo que había hecho el tercer socio del MidWay más temprano.

—¡Ya te digo. Y nosotros preocupándonos de traer buenas bandas para los

espectáculos en vivo! ¡Míralo, ya tiene club de fans y todo! —Dakota señaló el lugar de la barra donde media docena de moteras se hacía fotos con el socio más joven del MidWay, acaparándolo como si fuera una estrella de cine.

En aquel momento, una de ellas, que además de motera era camarera del bar, sorprendió a todos, plantándole un beso en los labios mientras lo retrataba con su móvil para la posteridad.

—¿Estoy demasiado pedo o Cheryl acaba de morrear a Mav? —dijo Dakota como si no acabara de dar crédito a lo que sus ojos veían.

—Y tanto que acaba de morrearlo —repuso Evel riendo.

Tess y Abby cruzaron miradas pícaras. El interés de la camarera era evidente aunque, estaba claro, para sus maridos constituía una novedad.

—¿”Y tanto”? Esa no es la frase adecuada en este caso, chicos —dijo Tess atrayendo la inmediata atención de los dos moteros—. “Ya era hora”, sí.

Había sido un morreo y de haber oído a Tess, Maverick tampoco habría escogido “ya era hora” como frase adecuada. En su caso, y sin ninguna duda, la frase era “vamos, no me jodas”.

Porque lo era. Una jodienda<sup>11</sup> del tamaño de una catedral. Llevaba dos meses arreglándoselas para vadear el temporal sin resultar ofensivo, y Cheryl acababa de ponerlo contra las cuerdas. A ver cómo salía de aquel atolladero.

—Vaya, ¡qué suerte la mía! ¿Dónde está el muérdago? —bromeó. Apartó

a Cheryl con suavidad, pero con determinación, y sin perder la sonrisa añadió

—: Señoras, me encanta vuestra compañía pero el deber me reclama...

—Solo fue un besito de nada. ¿Te he asustado? —dijo Cheryl, divertida.

—¡Venga, Mav, si todos están servidos, quédate con nosotras! —corearon las moteras.

Harley que estaba allí cerca decidió intervenir.

—¡Disculpa! —le dijo al barman, elevando la mano para llamar su atención—. ¿Me pones un *gin-tonic*, por favor?

—¡Y un *boilermaker*! —pidió Gabs, y dirigiéndose a los dos moteros que se habían pegado a Harley hacía un buen rato, fastidiándole el plan, añadió

—: ¿Vosotros queréis algo? Ya que estáis aquí en plan perenne...

Maverick miró a la rubia que le estaba ofreciendo una salida honrosa a aquel momento incómodo y se acercó. Había llegado después de su baile en la barra, acompañada por el hombre tatuado que ahora estaba a su lado. Era la primera vez que él los veía en el bar, pero no eran nuevos clientes. Él había saludado a varios clientes habituales del bar y ella había estado conversando con sus socios. En realidad, Mav estaba bastante seguro de que ella no había estado sola en ningún momento. Lo cual no era de extrañar; era una mujer llamativa.

Cuando estuvieron frente a frente ella le ofreció una sonrisa que dejaba claro que no lo había llamado porque quisiera otra copa. El vaso medio lleno

de *gin-tonic* que tenía en la mano lo confirmó.

—Gracias por venir al rescate... La barra de alcohol está cerrada, pero ¿puedo ofrecerte alguna tapa —señaló las bandejas con apetitosos canapés— o un café, tal vez?

—Nada, gracias... Hay pasiones que matan, ¿eh? Aunque... —Harley se apartó el flequillo de la cara con un movimiento estudiadamente sensual. La enorme onda que le cubría el lado izquierdo del rostro no tardó en regresar a su posición habitual—, bueno, después de esa actuación tan sexi que has tenido, tampoco es de extrañar que el público se alborote, ¿no?

Era mucho más que llamativa, pensó Mav. Era arrebatadora.

—¿Y cómo sabes tú eso? Llegaste bastante después de que acabara...

—Sé varias cosas sobre ti —repuso ella con una sonrisa.

Maverick sonrió intrigado. Apoyó los codos sobre la barra.

—A ver, explícame eso...

Harley se echó a reír ante un método que volvía a demostrar ser infalible.

*Dale a entender a un hombre que te has fijado en él y ya lo tienes comiendo de la palma de tu mano. Qué simples sois, por favor.*

Gabs se cruzó de brazos, resignado. Por lo visto, le tocaría aguantar otra sesión de flirteo antes de recuperar la atención de Harley.

Un poco más allá, el club de fans del barman seguía con interés la

interacción de Maverick y Harley. Cheryl, no; de espaldas a la barra, cargaba el lavacopas, intentando digerir su rabia.

Niilo aprovechó que un muchacho joven salía, para entrar en el edificio donde vivía Conor. Como con el portero eléctrico tuviera la misma suerte que con su número de móvil, echaría raíces antes de conseguir dar con él, y la verdad, el chico de las rastas empezaba a preocuparle.

Se detuvo frente a la puerta de su piso y prestó atención. Desde el interior le llegaba el sonido del televisor, lo que quería decir que había alguien en casa. Tocó al timbre y esperó.

Dentro del piso, Conor soltó un bufido. Se dirigió a la puerta con paso cansino y al ver por la mirilla de quién se trataba, sacudió la cabeza.

—¿Has visto la hora, tío? —dijo, abriendo la puerta de mala uva.

Niilo pasó por su lado hacia el interior de la vivienda y solo cuando estuvo dentro, respondió:

—Llevas horas con el móvil apagado. Iba a venir Evel, así que no te quejes.

—Joder, que estoy biennnn... ¿por qué no me dejáis en paz de una vez?

Niilo le echó una exhaustiva mirada de la cabeza a los pies. ¿Bien? Tenía pinta de haberse escapado de un psiquiátrico.

—Sí, ya se nota. Anda, chaval, cierra la puerta e invítame a una cerveza.

Conor no tenía el menor interés de alargar aquella visita no deseada, de modo que volvió directamente al sofá y siguió mirando la televisión.

—Ah, ya entiendo, es un autoservicio —repuso el motero, dirigiéndose a la cocina—. Tranquilo, ya me la sirvo yo mismo, tú no te agobies.

Al cabo de un rato, Niilo apartó las revistas del sofá y se sentó junto a Conor. Depositó dos latas de Guinness sobre la pequeña mesa donde había una colección añeja de botes de gaseosa vacíos junto a una caja con restos de pizza. Miró a su colega que continuaba con los ojos fijos en la carrera de monoplazas del televisor.

—¿Indianápolis?

—Sí. La del año pasado.

Conor era un loco de la velocidad, pero todos sabían que prefería las motos a los automóviles. Que estuviera echando mano de sus grabaciones de carreras de vehículos de cuatro ruedas para distraerse, indicaba que había agotado las de dos ruedas sin conseguirlo.

—Bueno, solo te falta ver la de este año, después empezarás a caminar por las paredes, así que... Esperaré.

—Tranquilo, también tengo los últimos ocho años del Campeonato Mundial de Rally —repuso Conor y coronó la frase con una mirada asesina. Niilo asintió, se estiró a coger el mando y apagó la televisión.

—¿Pero qué coño haces? —Conor ya se había incorporado dispuesto a recuperar lo que era suyo, pero Niilo puso el control fuera de su alcance lo que inició un forcejeo.

—Hacerte volver a la realidad, tío —repuso con un punto de ironía.

—¡Métete en tus asuntos y déjame en paz! Solo faltaría que ni en mi puta casa pueda hacer lo que me da la gana. Joder, ¿pero qué coño le pasa a todo el mundo? —gritó Conor, que continuó forcejeando hasta que consiguió recuperar el mando y cuando lo hizo, volvió a encender el televisor con un bufido.

Niilo volvió a asentir. Esta vez, fue hasta el gran televisor de plasma y lo desconectó de la red eléctrica.

—Llevas días ladrándole a todo el que se acerca y hoy que te esperábamos en la fiesta del bar, no apareces y encima apagas el móvil. Que te pasa a ti, dirás.

Conor bajó la vista, tocado por unas palabras que eran ciertas. Lo estaban agobiando con llamadas y mensajes. Su familia, especialmente, lo estaba volviendo loco, y al ver que la llamada entrante era de Nikki... Apagarlo había sido un acto reflejo. No había sido su intención tener a todo el mundo preocupado, pero, últimamente, todo lo que hacía acababa igual: dejándolo en mal lugar.

—Lo siento, joder... Me olvidé de volver a conectarlo, y pensaba ir al MidWay, pero... Estoy pasando una mala racha, tío.

Niilo le dedicó una mirada sardónica. Era un soltero sin compromisos que ganaba una pasta y hacía de su vida lo que le daba la gana.

—Has discutido con tu novia. Es una putada, vale, pero ¿mala racha?

Joder, tampoco te pases.

—Se va a trabajar a Suiza. El día que tu novia de diez años elija su profesión a su vida contigo, podrás calificarlo como te de la gana. Antes no, así que hazme el favor de cerrar el pico porque no tienes ni la más remota idea de lo que se siente.

Niilo regresó junto a su colega. Bebió un sorbo de cerveza. El asunto parecía más serio de lo que había esperado, pero puesto en el contexto de una relación que duraba tanto tampoco le resultaba tan problemático. Muchas parejas mantenían una relación en la distancia. No era lo ideal, pero Conor y Nikki habían logrado lo más difícil: que su amor sobreviviera a la edad del pavo, a la revolución hormonal de la adolescencia, a la vida universitaria y su constante oferta de “nuevas experiencias”... Habían podido con todo y seguían enamorados. Las probabilidades de éxito estaban a su favor.

—Progresar no implica anteponer la profesión a la relación, ¿o sí? El año pasado, tú mismo estuviste a punto de irte a trabajar a Barcelona. Se pueden

hacer las dos cosas.

—No es lo mismo, lo hablamos. Ella aceptó un trabajo en el culo del mundo sin comentármelo antes porque según ella no era un tema abierto a debate —escupió Conor, a quemarropa.

Vaya, eso ofrecía nuevas pistas sobre la "mala racha" de su amigo. Una mujer enamorada decide unilateralmente aceptar un trabajo que la pone a miles de kilómetros del hombre con el que mantiene una relación desde hace diez años. Sin previo aviso. Sin diálogo. Sin intentar siquiera, aunque su decisión esté tomada, que parezca que la opinión de su hombre importa. ¿Por qué Nikki habría hecho algo así? Solo le venía una palabra a la cabeza:

despecho. Conor había hecho algo lo bastante serio como para haber puesto en pie de guerra a la versión más beligerante de la desilusión femenina.

Conociéndolo, no tenía que esforzarse mucho para saber de qué se trataba.

—Iba a preguntar qué le has hecho a Nikki para cabrearla tanto, pero creo que el asunto no va de eso. No es qué has hecho, sino qué no has hecho.

El rojo fuego que se apoderó del rostro de Conor se ocupó de responder por él. Niilo sacudió la cabeza.

—Tu alergia al compromiso empieza a ser preocupante, tío. Deberías hacértelo mirar.

—¿Yo?! —repuso Conor indignado—¿Y qué hay de ella, eh?! Da igual que pierda el culo por complacerla, da igual que lleve años besando el suelo

que pisa. Mientras no firme la puta licencia, no seré más que un inmaduro con miedo a comprometerse que no se merece nada. Ni siquiera opinar sobre una decisión que me va a cambiar la vida tanto como a ella.

Niilo contempló la explosión de su colega con preocupación y cierta incredulidad. ¿En serio le asombraba, después de *diez* años pensárselo? ¿Cuántos más necesitaba, otros diez?

—Bueno, míralo por el lado positivo, ahora ya no te hará falta gastarte una pasta en psicoanálisis para averiguar por qué, después de una década con Nikki, sigues pensándote lo de dar el gran paso —Niilo palmeó el hombro de su colega—. Ánimo, tío, pasará. En una semana estarás como nuevo. —Y con esas fue hasta la tele y volvió a enchufarla. La encendió y regresó al sofá.

A continuación, sacó el móvil, envió un mensaje tranquilizador a Evel, y volvió a guardarlo.

Hubo un intercambio de miradas, pero pronto los dos hombres seguían la carrera en la que un piloto neozelandés se había alzado con la victoria.

Sin embargo, era solo aparente. Niilo había descartado seguir hablando del tema porque solo conseguiría que Conor se cerrase en sí mismo (más de lo que estaba). Pero había llegado a una conclusión; el malestar de su colega era demasiado grande para atribuirlo al típico rifirrafe<sup>12</sup> sentimental. No era la primera vez que la pareja se peleaba, pero esta reacción de Conor era

decididamente nueva. Había más cosas que no le estaba contando.

Conor pensaba en cómo sobrevivir a lo que se le venía encima. Ni lo estaba equivocado; no se le pasaría tan fácilmente. Ni lo ofendido que estaba por su falta de confianza en él. Ni la necesidad que sentía de ella, que por momentos se volvía insoportable. ¿Cómo era posible querer matarla y, al mismo tiempo, echarla tanto de menos?

Estaba atrapado en un círculo vicioso del que no sabía cómo salir.

B.B.Cox había visto la llamada perdida de Lau en cuanto volvió a activar el móvil al aterrizar, pero esperó a estar en su habitación del hotel para devolvérsela. Lo que no ocurrió hasta tarde, después de la entrevista en la televisión y la cena de bienvenida de sus patrocinadores.

Sacó un bote de su bebida energética favorita del minibar, se acomodó sobre la cama e hizo la única llamada que pensaba responder aquella noche.

En Holanda serían las dos de la madrugada, con suerte Lau estaría aún dando vueltas por la casa. Padecía insomnio.

— *Dichosos los oídos que te oyen, amigo mío* — fue el saludo del holandés.

— Lo mismo te digo. ¿Estabas acostado? Siento llamar tan tarde, pero no he acabado hasta ahora y mañana me espera un día de locos...

— *Es el precio de la fama, así que aguántate. ¿Qué tal siguen las cosas*

*con Hugo, se adapta bien?*

Él dio un buen sorbo a su bebida. Solo pensar en ello lo agotaba. El pequeño seguía en shock, lo cual era bastante lógico teniendo en cuenta su situación. Estaba en tratamiento psicológico. Y él, a su manera, también continuaba en shock. Su estilo de vida no estaba diseñado para incluir niños, pero las desgracias no entendían de circunstancias.

—No, no está nada bien. La psicóloga recomienda que pasemos más tiempo juntos y estoy cancelando todo lo que puedo, pero ha sido muy repentino y hay proyectos de los que no me puedo desentender sin más... Es complicado... ¿Y tú, qué tal?

— *Ah, yo muy bien, como siempre. Ventajas de haber doblado la curva de los cincuenta. He llegado a esa edad en la que disfrutas cada momento porque las grandes expectativas propias de la juventud han dejado de aguar la fiesta. Todo es un disfrute: mi galería, mis negocios, pasar tiempo con mis amigos... Hasta los momentos conmigo mismo que antes me desesperaban ahora son un placer.*

B.B.Cox sonrió.

—Así que deduzco que no me has llamado para hablar de ti... —repuso

B.B.Cox sonriendo.

— *En efecto.*

—Seguro que ya has hablado con ella, ¿llamas para contrastar versiones?

— *No me hace falta, amigo mío. Sé muy bien lo que piensas de Harley y también lo que ella piensa de ti. Te llamo por otra cosa.*

—Tú dirás...

— *Tiene problemas.*

B.B.Cox se enderezó de golpe.

—¿Qué clase de problemas?

— *Económicos, la tienda no va bien. Por lo visto, llevan un par de meses manteniéndola a flote con el trabajo de Harley.*

—¿Los diseños de Jana no se están vendiendo? —preguntó el tatuador extrañado.

— *Es más bien un problema de existencias. Parece que no está reponiendo mercancía... Harley cree que Jana le está ocultando algo.*

La respuesta del tatuador fue categórica.

—Ya sabes lo que tienes hacer, Lau.

— *En esta ocasión, vas a tener que echar mano de otro recurso, Brandon.*

*Harley ha declinado mi ayuda y tratándose de un problema entre dos amigas que además son socias, como comprenderás, habrá que andar con pies de plomo. ¿No sería posible enviarla a ella en tu lugar a alguno de esos eventos que no puedes cancelar?*

—¿Para que se encare con otro patrocinador y me deje en evidencia? Les intereso y están dispuestos a pasar por alto según qué cosas, pero no todo.

— *Llevas años trabajando con Harley, Brandon. Lo que sucedió con ese individuo fue algo puntual que la pilló en un mal momento. El tipo la estaba acosando.*

Menuda novedad, pensó el tatuador. ¿Por qué él llevaba un séquito a todas partes? No por esnobismo, desde luego, sino para que le ayudaran a mantener las "demostraciones de afecto" del público bajo control.

—Cuando tu físico forma parte del espectáculo, tienes que asumir que te tocará lidiar con situaciones desagradables. Es una profesional, y debe estar por encima de las tonterías sexistas.

— *¡Y lo hace! Sabes perfectamente que controla muy bien esas situaciones.*

La defensa de Harley por parte de Lau siempre era a ultranza, independientemente de las circunstancias. Sin embargo, esta vez estaba en lo cierto. En ese sentido, Harley era una titiritera experta (excepto cuando metía la pata hasta el fondo).

En lo que ya no era tan diestra era en pedir disculpas .

— *De esta forma tú podrías pasar más tiempo con Hugo y ella resolvería sus cuestiones económicas sin tener que aceptar ayudas. Ya sabes que eso no se le da bien...* —se atrevió a añadir el holandés.

B.B.Cox sacudió la cabeza. Harley era alguien excepcionalmente talentoso, pero el orgullo había sido siempre su talón de Aquiles. En honor a

la verdad, tampoco podía recriminárselo. Él era exactamente igual.

—Muy bien, me lo pensaré —concedió—, pero tengo trabajo para ti.

Habla con Jana, averigua qué pasa y ofrécele ayuda, lo que necesite. Y que no se entere Harley, ¿de acuerdo?

Lau suspiró con resignación.

— *¿Eres realmente consciente de que el día que descubra nuestros tejes y manejes a sus espaldas, nos va a matar a los dos?*

—Te va a matar a ti; eres tú quien la ayuda —dijo el inglés con desparpajo.

— *Solo de cara a la galería. ¿Piensas que no voy a delatarte si veo que mi cuello pelagra? Me subestimás, querido amigo.*

B.B.Cox sabía que no subestimaba a Lau en absoluto.

—Entonces, procura que no lo descubra —repuso el tatuador con un punto de humor.

No era el hotel de siempre, pero también tenía su encanto. Contaba con pocas habitaciones, se respiraba un ambiente familiar y estaba a tiro de piedra del Museo Británico, una zona céntrica y a la vez, tranquila. Ahora solo le faltaba probar la cama antes de ponerle al establecimiento la etiqueta de "aprobado".

—Muchas gracias, creo que ya puedes soltarme...—dijo Harley

liberándose del brazo de Gabs Márquez, pero no consiguió acabar la frase sus rodillas cedieron. Él volvió a cogerla, riendo.

—Oye, no tan rápido... Llevo cargando contigo todo el viaje, no te me vayas a caer ahora...

Ella rió. Era la risa tonta del que ha bebido demasiado.

—Tranquilo, tranquilo... Lo tengo controlado —aseguró. Y volvió a intentar mantenerse por su propia pie. Como ni él ni sus brazos se movieron, Harley se apartó bruscamente—. Oye, gracias, pero puedo sola. Además, tampoco te la des de sobrio, que has bebido lo tuyo, guapo... Ya te digo si has bebido... Entre baile y baile..., ¿eh? —Harley hizo el gesto de empinar la botella, y empezó a desternillarse.

Gabs apenas podía apartar los ojos de ella, ya ni hablar de apartar el resto de su cuerpo. Por propia iniciativa, no. Daba igual si estaba bebida o sobria, Harley era Harley. La mujer más increíble que conocía, la más apetecible de todas... Lamentablemente, también era alguien que había demostrado ser inmune a sus encantos desde el primer día, momento que se remontaba tres años atrás.

—¿Quieres compañía esta noche? —propuso. Esto también era algo que no podía dejar de hacer. Ya había perdido la cuenta de las veces que lo había intentando.

La enésima calabaza de la tatuadora no tardó en llegar.

—Quiero dormir —repuso Harley. Su voz sonó suave, pero definitiva.

Gabs asintió, dio un paso atrás.

—Entonces, nos vemos mañana. Descansa, preciosa.

—Y tú.

Abrir la puerta le había llevado tres intentos. Dar la luz, otros dos. Pronto descubrió que una habitación iluminada no tenía el menor efecto sobre su sentido del equilibrio y llegó a la conclusión de que el problema estaba en el suelo, que no dejaba de moverse.

Entre risas y manotazos logró llegar de una pieza hasta la cama. Se sentó con una sonrisa triunfal y fue cuando se inclinó a bajar la cremallera de sus botas cuando todo se precipitó. Se fue de bruces contra la moqueta y acabó tendida de espaldas mientras la lámpara del techo daba vueltas vertiginosamente sobre su cabeza.

—Joder, parece que estás pedo, chica... —Intentó reír, pero las náuseas la hicieron callar de repente.

*Un pedo de los buenos. Sí, señor.*

Lo pasaría mal un rato, hasta que liberara el estómago, y luego caería como un angelito en brazos de Morfeo hasta el día siguiente, que el trabajo se encargaría de mantener su mente apartada de recuerdos dolorosos.

Hacía mucho que Harley había aprendido que esa era la única forma de

soportar Londres; borracha como una cuba.

## **Episodio 6**

Jueves, 31 de diciembre de 2009.

Casa de la familia de Murphy-Finley,  
Londres.

Conor había considerado seriamente la posibilidad de inventarse alguna excusa para no asistir a la cena familiar de fin de año. A medida que se acercaba el momento de que Nikki se marchara, su humor empeoraba. Desde temprano no dejaban de llegar mensajes de felicitación de fin de año que él miraba con la esperanza secreta de que alguno fuera de ella. Un mensaje que le comunicara que había cambiado de idea, que no se largaría a otro país por un puñetero trabajo... Llegado el caso, hasta las palabras "lo siento, por favor, hablemos" también le bastarían.

Pero después de que en un ataque de orgullo herido, él reaccionara apagando el móvil en vez de responder a su llamada, no había vuelto a tener noticias de Nikki. Tenía gracia el asunto. ¿Cuántas veces ella había procedido igual cuando le daban sus berrinches y él se armaba de paciencia y seguía erre que erre, intentando calmar las cosas? Miles. Pero para una vez que él se dejaba llevar por un impulso, la ofensa era irreparable.

Y por más que quisiera, no habría podido faltar a la cena. ¿Qué excusa les habría dado? Además, era una ocasión de ver al hombre con quien ahora

estaba conversando; Miles, el menor de sus dos hermanos mayores.

Trabajaba en plataformas petrolíferas dispersas por medio mundo, regresaba a casa sólo dos veces al año, y esta era una de esas veces. Poder pasar un rato con él bien valía el esfuerzo de soportar las miradas preocupadas de su familia que se habían dado cuenta de que algo había sucedido al verlo llegar solo.

Miles Murphy compartía con Conor estudios de ingeniería, afición por las motos y progenitora, ya que al igual que su hermano Martin, eran hijos del primer matrimonio de su madre. Eso explicaba en parte la gran diferencia de edad que había entre ellos y la falta de parecido físico. Los Murphy eran de tez bronceada, cabello oscuro y no muy altos, pero de contextura fuerte.

Conor era todo lo contrario; de hecho, era el único rubio de ojos claros en la familia.

En teoría, Miles debería haber llegado para Navidad, pero un problema laboral lo había retenido en el fin del mundo reduciendo en casi una semana el tiempo que solía pasar en Inglaterra, con la familia. Ahora, estaba en negociaciones por un puesto directivo en la sede londinense de la empresa y la familia confiaba en que pronto dejarían de verse de pascuas a ramos. Del futuro de Miles hablaban los hermanos, precisamente, en aquel patio helado bajo la luz de una farola.

—Bueno, y ahora, ¿cuál es el plan? —quiso saber Conor.

Miles le dio una última calada al cigarrillo y lo apagó en la tierra de la jardinera que había a su lado. Luego, se subió el cuello del abrigo y enterró las manos en los bolsillos.

—Si todo sale como espero, estrenar mi casa. —Se refería a una gran casa de campo que había acabado de construir en las afueras de Londres hacía ya dos años—. Tomar el tren a diario para ir a trabajar, parar en el super a hacer la compra de regreso a casa, ir de juerga los fines de semana... Ya sabes, todas esas cosas que hace la gente corriente.

Conor sonrió de mala gana. Incluso malhumorado como estaba, aquello le parecía una buena noticia. Desde que recordaba, su hermano había vivido fuera, en alguna de las muchas plataformas en las que había trabajado a lo largo de los años. Recordaba que de adolescente las aventuras que él contaba le resultaban increíbles. En cierto modo, lo envidiaba. Miles era el prototipo de hombre independiente que disfrutaba de una vida diferente a la de los demás mortales. Cuando el desempleo era noticia en los periódicos, Miles ganaba una pequeña fortuna y cambiaba de residencia cada seis meses.

Conocía mundo, y aunque su lista de acompañantes era interminable, jamás se había casado. Conor lo recordaba siempre así, solo y aventurero. Pero en otoño había cumplido los cuarenta y seis y hasta él mismo empezaba a pensar que había llegado la hora de cambiar de vida.

—No sé si creerte, hermanito. Me va a parecer increíble no tener que esperar meses para verte. Ya no hablemos de pensar en ti como en alguien normal...

En aquel momento, Conor recibió un nuevo mensaje que se apresuró a leer. Tampoco era de Nikki. La expresión de su rostro, sin saberlo, le ofreció a Miles la información necesaria para confirmar que, en efecto, la pareja atravesaba un mal momento del cual, estaba seguro, su joven hermano no soltaría prenda fácilmente.

—Si, admito que a mí también me parece un poco increíble todavía. La verdad es que me apetece una vida normal, poder quedar con los amigos cualquier día a tomar una cerveza... Y con mi hermano pequeño, claro — miró de reojo a Conor y añadió a modo de comentario circunstancial—: Con las bendiciones de Nikki, por supuesto.

Miles, como toda la familia, había estado pendiente de él desde que había puesto un pie en la casa. Nadie se había creído eso de que Nikki “no podía acudir por temas familiares, pero les deseaba un feliz año nuevo” con el que había intentado salir del paso para explicar por qué se presentaba sólo a una cena en la que todos ellos acostumbraban a verlo acompañado por ella desde hacía años.

Conor hizo caso omiso de la observación.

—Te diría que incluyas "sentar la cabeza" en esa lista de cosas para hacer,

chaval. Porque, te apetezca o no, mamá no va a dejarte en paz hasta que lo hagas, ¿lo sabes, no?

Los planes de Miles también tenían que ver con eso aunque, por supuesto, no pensaba hablar del tema en aquel momento. Sentar la cabeza había sido algo en lo que nunca había tenido especial interés hasta ahora y como persona con una vida poco corriente que había sido, tampoco el amor había tocado a su puerta a la manera convencional... Pero ya lidiaría ese toro cuando le llegara el turno, ahora estaba interesado en intentar obtener alguna pista de lo que había sucedido entre Conor y su novia. Porque estaba claro que algo había sucedido. Tan claro como que Conor no iba a decírselo por iniciativa propia.

—¿Y qué hay de ti? ¿Hay planes de acabar de sentar definitivamente la cabeza? A partir de marzo, si todo va bien, me tendrás a tu disposición permanentemente —Miró a Conor sonriendo—. Lo digo por si necesitas un padrino para la boda...

¿Planes? Los había tenido... O, bueno, más o menos. Ahora lo que tenía era un cacao mental de campeonato. Estaba hecho un lío.

El motero respiró hondo, volvió a controlar su móvil porque no pudo evitarlo; desde hacía dos días se había convertido en una especie de tic.

—Tranquilo, no voy a necesitar ningún padrino... De momento —repuso, evadiéndose del tema otra vez.

Miles empujó cariñosamente el hombro de Conor con el suyo.

—Ah, ya entiendo; hay tormenta en el paraíso —bromeó—. Pues te diré una cosa; que sepas que también estoy dispuesto a hacer de novio sustituto... Siempre he tenido debilidad por tu chica, así que si habéis reñido...

Las miradas de los hermanos se encontraron. A pesar del tono bromista, la primera reacción de Conor fue ponerse mentalmente a la defensiva. Ni estaba de humor para bromas, ni para tolerar que redujeran lo sucedido de lo que nadie tenía ni la más remota idea, a una simple riña de enamorados. Y mejor no hablar del resto de la frase... ¿Novio sustituto? Y una mierda.

Una sonrisa triunfal se abrió paso en el rostro de Miles al comprobar que Conor había picado. Su lenguaje corporal lo había delatado, ofreciéndole a él algunas respuestas interesantes. Como por ejemplo, que Nikki y él no habían tenido la típica discusión. La gresca había sido importante. Podía tener que ver con el “compromiso” -era un tema recurrente en la mayoría de las parejas y en la de Conor y Nikki más-, pero no solo con eso. Esta vez el chico estaba realmente mal. A pesar de la imagen que daba con su peinado friki y su desenfado en el vestir, se le notaba muy bajo de forma. En su mirada había ira, pero, en especial, dolor, confusión... Probablemente, su hermano estuviera en uno de esos momentos en los que no sabes qué hacer porque el corazón te dice una cosa y la mente otra completamente distinta. Conor sufría

por Nikki, estaba claro. Y dado que no se sufre por quien no se ama, había esperanza.

Conor, al fin, tuvo que claudicar ante aquella sonrisa burlona que le decía sin palabras “¡has picado!”.

—Es una cría para ti, ¿no te parece? —dijo, siguiéndole el juego.

Miles volvió a mirar a su hermano con picardía. ¿Lo estaba llamando

[13](#)

carroza?

—¿Eso no tendría que decidirlo ella?

—Ya. Tú inténtalo y te parto la cara.

—¡Vale, vale, tío...! —exclamó Miles al tiempo que subió los brazos en un gesto de rendición logrando que su hermano también acabara riéndose.

Pero la risa duró muy poco. Conor exhaló un suspiro. A pesar del momento de distensión, de la alegría que siempre le producía volver a ver a su hermano, no podía quitarse el asunto de Nikki de la cabeza. Era el *leitmotiv* de su existencia y se reproducía en bucle. Joder.

—Lo resolverás —dijo Miles al percibir el súbito cambio en el ánimo de su hermano.

*¿Y si no depende de mí?*

El motero mantuvo la mirada sobre su hermano, pero no pronunció la frase que resonaba en su cabeza.

—Sea lo que sea que haya sucedido, encontrarás la forma de resolverlo — continuó Miles—. Ahora no ves cómo, pero tiempo al tiempo. Cuando te serenes y vuelvas a ser capaz de poner tu mente de ingeniero a funcionar, será pan comido.

Ojalá, pensó Conor. Y ojalá él lo tuviera tan claro.

—Cuánta confianza...

—Siempre —respondió Miles—. Voy contigo a muerte, ya lo sabes.

Era cierto. Aunque la distancia y el poco tiempo que pasaban juntos hubiera hecho que lo olvidara, Miles -y no Martin- era el que siempre había ejercido de hermano mayor dando la cara por él, defendiéndolo, animándolo. Conor asintió varias veces con la cabeza, agradecido. Por el voto de confianza y por habérselo dicho. Acababa de darse cuenta de que necesitaba oírlo. Necesitaba que le recordara que existía alguien en el universo que lo apoyaba sin “peros”, independientemente de los errores que pudiera cometer, que confiaba en él sin importar las circunstancias. Miles no tenía la menor idea de cuánto bien le habían hecho sus palabras.

En la cocina, detrás de ellos, Owen Finley entornó un poco la ventana en cuanto oyó la voz de su esposa.

—Owen, ¿has visto a los chicos? Me gustaría saber dónde se han metido...

—Un instante después, la dueña de la voz se materializó en la cocina.

—¿Y dónde crees tú que están, cariño? —su dedo señaló graciosamente la ventana que había encima del fregadero—. Fuera, conversando mientras Miles fuma su enésimo cigarrillo del día.

¿Fuera con semejante frío? Entre la adicción al tabaco de Miles y la de Conor a su hermano, acabarían cogiendo una gripe.

—Pues dile a esos dos cabeza hueca que la fiesta es aquí dentro y que voy a servir la tarta ya. —Y con esas volvió a desaparecer.

Owen cerró la ventana silenciosamente y se dirigió a la puerta que comunicaba con el patio.

—¿Venís? —dijo asomando apenas la cabeza—. Vuestra madre va a servir el postre.

Los hermanos se volvieron en la dirección de la voz. “Servir el postre” era

[14](#)

un rito anual que, además del *crumble* de manzana casero, incluía la manifestación de propósitos para el año entrante y, por supuesto, el infaltable brindis. Este año en particular le costaría Dios y ayuda soportarlo, pensó Conor, pero como no podía decirlo en alto se limitó a hacerle un gesto con la mano a su padre, a modo de saludo.

Miles, siempre conciliador, fue quien se encargó de responder.

—Sí, sí enseguida vamos. ¡Cómo vamos a perdernos el postre!

Cuando los hermanos entraron en casa, la conversación se reanudó entre la familia mientras disfrutaban del postre que Susan preparaba especialmente cada fin de año.

Y del mismo modo que Conor continuó atento al incesante flujo de felicitaciones que seguían llegando a su móvil, Owen Finley continuó atento a él, intentando calibrar de qué grado era la tormenta sentimental a la que había aludido Miles cuando conversaban en el patio posterior de la casa.

Tenía claro que debía ser algo gordo para que Nikki, que había estado

presente en las últimas cinco cenas de año nuevo, no sólo no hubiera hecho acto de presencia en esta, sino que ni siquiera hubiera llamado para disculparse personalmente. Tan claro como tenía que su mujer no se quedaría de brazos cruzados: su disgusto era evidente, y era cuestión de tiempo que tomará cartas en el asunto, algo que Owen quería intentar evitar a toda costa. Susan toleraba la presencia de Nikki y el hecho de que llevara tantos años de noviazgo con su hijo menor porque no le quedaba otra alternativa, pero nunca había estado a favor de la relación. La tenía por una presuntuosa a quien sus padres habían consentido demasiado y le molestaba que fuera tan posesiva y exigente con Conor. Como la mayoría de las madres, estaba convencida de que su hijo se merecía algo mejor.

Owen no compartía la opinión de su esposa. Nikki era una buena chica y le gustaba. Y si bien era cierto que de adolescente, sus celos y sus constantes demandas de atención habían traído problemas a la pareja, tampoco era menos cierto que Conor había sido una bala perdida. Las cosas eran diferentes ahora; los dos habían crecido y formaban una buena pareja. Por encima de todo, a Owen le importaba la armonía familiar, y dado que Conor estaba enamorado de Nikki y era feliz con ella (a pesar de las eventuales tormentas que habían azotado su relación a lo largo de los años), lo correcto era facilitar las cosas para que la relación siguiera adelante y eso era justamente lo que pensaba hacer. Además, por más que Susan se empeñara en

lo contrario, el tiempo se había encargado de demostrar que estar con Nikki era bueno para Conor y no estar con ella era pésimo. No hacía falta más que mirarlo para darse cuenta de ello.

Eran poco más de las diez cuando Conor decidió marcharse. Había hecho el esfuerzo de socializar, pero ya no lo aguantaba más. Necesitaba largarse ya. Se puso de pie y empezó a despedirse de todos rogando que a nadie se le diera por entonar la cantilena del “¿tan pronto? Venga, quédate otro rato”.

Por suerte, nadie lo hizo.

Mientras Miles permanecía en el salón entreteniendo a toda la familia (para asegurarle a su hermano una retirada sin sobresaltos), Susan acompañó a Conor hasta la salida. Owen se unió presto a la comitiva para evitar que ella intentara sonsacarle.

El motero no dio margen a ninguna conversación. Se cerró la cazadora hasta arriba, se calzó los guantes y agarró el casco del mueble de la entrada.

—¿Vendrás a comer el domingo? —preguntó Susan al tiempo que anudaba la bufanda alrededor del cuello de su hijo, exactamente igual que hacía cuando aún era un niño.

Conor desató el primoroso nudo y volvió a acomodarse la prenda a su gusto al tiempo que le echaba a su madre una mirada de reojo de la que ella no pareció darse por aludida, ya que todavía le quedaron ganas de peinar los

fleclos de la bufanda con los dedos. Owen se tragó una sonrisa.

—No lo sé, madre —dijo Conor—. Si vengo, te llamo.

—Llámame *si no vienes*. Pero ven, que tu plato favorito te estará esperando. Así resuelves el asunto de alimentarte sin necesidad de echar mano de esa lista de teléfonos que tienes pegada en la puerta de la nevera — repuso, aludiendo a las empresas de comida rápida a domicilio de las que su hijo solía echar mano desde que había vuelto a vivir solo.

—Ya veremos qué hago el domingo. Todavía es hoy —dijo Conor cuando ya estaba con un pie en el umbral.

—¿No vas a contarnos qué es lo que ha pasado, ahora que estamos solos? Ni siquiera ha llamado para excusarse, Conor, y eso es sorprendente en alguien... —Una ligera presión en el hombro por parte de su marido vino a recordarle que tuviera cuidado con lo que decía. Y tenía razón; nunca había hablado mal de Nikki en presencia de su hijo y no era el momento de empezar a hacerlo —. Alguien tan educada como tu novia.

*Y él que había creído que acabaría librándose...*

Conor se volvió con resignación justo al tiempo que Owen intervenía.

—Venga, mujer, no seas así. Ya no es un niño, Susan, es un hombre, y a los hombres, cariño, no nos gusta tener a nadie fisgando en nuestros asuntos. Conor asintió, aprobando aquellas palabras.

El intento no dio los resultados esperados. Ni la ternura que Owen siempre empleaba cuando se dirigía a ella, ni el beso que depositó sobre su frente al acabar la frase, tuvieron el menor efecto.

La mujer le dedicó una mirada displicente.

—Ya, ya... Pero resulta que los hombres sólo crecéis por fuera, por dentro seguís siendo niños. Os da vergüenza reconocerlo, pero cuando las cosas no van bien, deseáis correr a refugiarnos en mamá como hacíais entonces — Susan apartó una rasta del rostro de Conor—. Sé que las cosas no van bien ahora entre Nikki y tú, y aunque tengas cuerpo de hombre, quiero que recuerdes que yo... —rodeó la cintura de su marido— *que nosotros* estamos aquí para ayudarte en lo que haga falta. Por favor, no nos dejes fuera de lo que pasa en tu vida, ¿de acuerdo, cielo?

Conor se inclinó hacia Susan. Le dio un beso en la mejilla.

—De acuerdo, mamá... Gracias. —Y como no deseaba alargar aquel momento, le hizo un guiño a Owen y se dirigió a la moto que había dejado aparcada en la entrada del jardín.

La pareja, aún más preocupada que antes, permaneció en la puerta hasta que la luz de los faros traseros se perdió en la noche.

Mientras tanto, en casa de los Campbell...

Las cosas tampoco estaban bien en casa de Nikki. La diferencia era que ella había decidido aprovechar su inminente viaje para excusarse temprano

del salón familiar y subir a su cuarto. Supuestamente, para acabar de preparar el equipaje; en realidad, para poder seguir lamiéndose las heridas en privado. Y eso hacía. Debatirse entre el impulso de llamarlo y el enfado por la forma en que Conor había reaccionado. Quería olvidar sus palabras de aquella tarde, quería pasar por alto la niñería de no atenderla... Quería hacer caso a su padre y centrarse en lo verdaderamente importante...

Pero no lo conseguía.

Estaba muy dolida con él y seguía sin asimilar que alguien que la amaba, pudiera haber tomado de forma tan egoísta algo que para ella significaba tanto. Pero lo peor, lo que más daño le hacía con diferencia, era darse cuenta de que el hombre de quien llevaba enamorada desde niña, era perfectamente capaz de dejarla marchar sin pronunciar una sola palabra.

Festival del Tatuaje Artístico,

Nueva York.

“Bueno, al menos, deséale feliz año nuevo”.

Amy soltó una risotada irónica al leer el mensaje que acababa de recibir de Abby.

Estaba en el lugar donde se celebraba el festival, haciendo la primera pausa en varias horas. Aprovechando que en Londres estaba a punto de comenzar el primer día del nuevo año, le había enviado un mensaje a Abby mientras a su alrededor, continuaba la locura. Luces, música y un público

totalmente entregado a sus ídolos, todos ellos personajes exóticos, los más famosos del mundo de la tinta, entre los cuales su jefe estaba demostrando ser el rey indiscutible. BBCox los estaba cautivando a todos, incluidas las cámaras de televisión que parecían haberse olvidado de los demás artistas y no dejaban de seguirlo. Era esa clase de locura que a ella le encantaba y a la que podría acostumbrarse sin ningún problema.

"¿Y que crea que me tienen el bote? Ni hablar.", respondió Amy.

No pensaba ponerle las cosas tan fáciles al motero. Entre otras razones porque todavía no había decidido qué hacer con él. Por momentos, Niilo le parecían el tipo más divertido del mundo y lo que le apetecía era estar con él (en el sentido bíblico de la palabra). Pero en cuanto caía en la cuenta de la manera en que se estaban desarrollando las cosas..., de que llevaban casi dos meses sin pasar de los mensajes o las charlas telefónicas, se enfriaba. No era así como ella funcionaba en el apartado "hombres" y que las cosas con este en particular fueran tan diferentes, le hacía recelar.

El sonido alertando de la entrada de un nuevo mensaje sacó a Amy de sus pensamientos. Lo abrió y sonrió a leerlo:

"¿Y acaso no es así? A mí no me engañas :)"

Por supuesto que no era así, pensó la joven, y no demoró en comunicárselo a su amiga con todas las letras para que ella también lo tuviera

claro.

Niilo le gustaba, sí. Le parecía divertido... Muy ocurrente... *Guapísimo...*

Pero de ahí a tenerla en el bote había un trecho.

Amy permaneció unos instantes mirando distraídamente la pantalla de su dispositivo mientras su mente empezaba a tomar cada vez con menos desagrado la idea de contactar al motero. Podía ser divertido sorprenderlo, pensó. Lo último que Niilo esperaba era tener noticias suyas. Lo deseaba, seguro que sí, pero definitivamente no lo esperaba.

Un instante después, una sonrisa expectante dominaba el rostro de Amy y sus dedos volaban sobre el teclado.

A cinco mil kilómetros de donde estaba Amy, Niilo activó la pantalla y leyó:

"Feliz Año Nuevo! Qué tal si empezamos el 2010 con una cita? Próximo domingo, 7 PM. Lavandería de la calle Boswell (Soho). Lleva tu colada!!! ;)"

El motero se convirtió en una gran sonrisa con piernas que empezaron a alejarse dando grandes zancadas en busca de un lugar tranquilo donde hablar con ella. Pasaba de mensajes, la llamaría. Quería oír su voz, que su risa volviera a hipnotizarlo. Le parecía el plan perfecto.

Pero la tranquilidad no era una posibilidad donde Niilo se hallaba, en un local nocturno atestado de gente con un grupo musical tocando en vivo. De

modo que lo primero que Amy oyó al atender la llamada fue un solo de batería que casi la dejó sorda.

Frunció el ceño y apartó el móvil para mirar la pantalla. Entonces, al ver quién la llamaba, sonrió.

15

— *¿Niilo...? ¿Llamas desde el Borde Exterior*, o qué? — Y acto seguido se echó a reír.

Él siguió andando por el corredor que llevaba a la salida de la discoteca, intentando alejarse lo más posible del bullicio.

—Sí, soy yo. Tranquila, estoy en el mismo planeta que tú aunque no lo parezca... —Otro *chunda-chunda* atronador interrumpió la conversación—.

Perdona, hay un ruido infernal... ¿Así que tenemos plan para el domingo?

¡Qué biennnnn!

— *¿En serio? ¿Te va bien quedar ese día?*

¿Que si le iba bien? Y si lo hubiera citado para dentro de veinte minutos también le habría “venido bien”. Cada día que pasaba estaba más seguro de que hacía años que algo no le apetecía tanto como pasar un rato con Amy.

—No tengo mi agenda a mano ahora mismo, pero estoy bastante seguro de que sí, puedo quedar contigo el domingo —repuso con picardía, intentando no reír.

— *¿Y te parece bien el sitio? Es que ya que estamos, nos quitamos de*

*encima la colada... Además, después de lo de la última vez, no me animo a volver a proponer una cita-cita, ya sabes... —Amy hizo una pausa para ver qué acogida tenían sus palabras por parte del motero y al ver que él no añadía nada, continuó—. ¿Te parece bien ahí? Las máquinas son bastante modernas, y por menos de cinco libras te llevas la colada limpia y y seca...*

Amy era una gran sonrisa. Por un momento, pensó que sería genial que fuera una videollamada porque le encantaría poder ver la expresión del motero mientras hablaban. Aunque, claro, si lo fuera, el Caballero Jedi también la estaría viendo y ya se habría dado cuenta de que ella estaba de guasa.

—¿Cinco pavos, nada más? ¡Qué me dices! Pues ya tienen un cliente nuevo. En la de mi barrio por menos de siete no haces nada —dijo él, divertido sólo de pensar en la conversación delirante que estaban manteniendo.

Los dos rieron y durante un instante ninguno dijo nada. Al fin, fue Amy quien retomó la conversación y lo hizo con una de sus preguntas demoledoras:

— *¿En serio te apuntarías a una cita en una lavandería, o sólo me estás siguiendo el juego?* —dijo, desafiante.

Si se tratara de una videollamada en vez de una llamada normal, Niilo

habría visto a una hermosa joven sonriente y completamente concentrada en la conversación que mantenía por el móvil. Y no habría tenido problemas para deducir que hablaba con un hombre que le gustaba mucho; la forma en que se mordía el labio mientras lo escuchaba, y el brillo ilusionado de sus ojos daban fe de ello.

No poder verla, sin embargo, no impidió que Niilo jugara su mejor baza, la misma que habría jugado de estar viéndola.

—¿En serio todavía no te has dado cuenta de que me da igual dónde mientras sea contigo?

La tensión sexual, la energía que fluía de los dos en aquel preciso momento era tan intensa que casi podía tocarse. El silencio duró varios segundos, los que necesitó Amy para recuperarse de aquella confesión totalmente inesperada que, sin lugar a dudas, le había hecho sumar cien puntos de golpe al marcador del motero. Niilo la oyó suspirar, -un suspiro en broma, aunque él no supiera que para ella la procesión iba por dentro-. Disfrutó con anticipación imaginando su mirada pícara, la sonrisa que confiaba haberle arrancado y que luciría radiante en su cara, y esperó la respuesta de Amy con una ansiedad rayana en la locura.

Una respuesta que no tardó en llegar.

— *A las siete en La Vinatería, motero. Y esta vez no bebas vino con ninguna pelirroja, ¿vale? Te dejo que sigas divirtiéndote en esa fiesta*

*salvaje en la que estás.*

Niilo rió loco de alegría. ¿Tendrían una cita el fin de semana? ¿Una de verdad? Dios, ¡no lo podía creer!

Después de colgar, regresó sobre sus pasos con la sonrisa pegada a la cara.

Se sentía pletórico. Cada mensaje, cada sonrisa, cada palabra que intercambiaban significaba tanto para él... Después de meses esperando, no podía creer que el momento estuviera a la vuelta de esquina.

Cuando al fin llegó a la pista de baile, las luces del escenario se encendieron. Era indicativo de que el grupo musical hacía una pausa.

Momento que aprovechó para hacerle señas a la adolescente con el disfraz de la abeja Maya para atraer su atención. Entonces, le señaló el reloj en un gesto ostensible de que era hora de marcharse a lo que, como era de esperar, la muchacha respondió entrelazando los dedos mientras lo miraba con cara de cordero degollado.

Así estaban desde hacía una hora, que había ido a buscarla; él diciéndole “vamos, que es tarde” y ella suplicando por “diez minutos más, *porfi, porfi*”.

Joder, cuando se trataba de su hermana pequeña, le costaba muchísimo decir “no”...

El DJ acababa de ocupar su puesto, anunciando otra (temible) sesión de

pop para adolescentes y Niilo volvió a ser un blando. Mientras su hermana le tiraba besos de agradecimiento más feliz que unas pascuas, el motero se

acomodó contra una columna, armándose de paciencia.

“¡Y según Amy esto es una fiesta salvaje!” pensó. Y se echó a reír de pura desesperación.

## **Episodio 7**

Madrugada del 1 de enero de 2010.

Cena de Nochevieja,

Restaurante Sa Badia,

Ciudadela, Menorca.

Jaume Mayol no se había despegado de Anna desde que había llegado, pero no habían estado realmente a solas hasta ahora. Su presencia allí había despertado el interés de toda la familia, y como hacía mucho que no lo veían, las preguntas llegaban sin cesar. De esta forma, Anna se había enterado de que aunque vivía en Mallorca desde hacía muchos años, los últimos meses los había pasado en Florida, de donde había llegado el día anterior. También de que “tenía algo interesante en mente”, para lo cual ya contaba con un socio potencial y que su intención era volver a establecerse en Menorca, su tierra natal.

Volver a verlo había sido una gran sorpresa para Anna y su curiosidad crecía por momentos. Había tantas cosas que deseaba saber de los treinta y tantos años que habían transcurrido desde la última vez que se habían visto...

Neus había sido la primera en intentar que la pareja pudiera ponerse al día de sus vidas, y al marcharse se había llevado consigo a Luz, que dormía a pierna suelta en su carrito, con la excusa de buscar un rincón sin ruidos que despertaran a la pequeña. El padre de Anna, sin embargo, continuó allí, sentado a la misma mesa que ocupaba la pareja, interesándose por el antiguo novio de su hija un rato más. Pero, al fin, se fue.

Tan pronto Francesc Estellés estuvo lo bastante lejos para escucharlo, Jaume miró a Anna con picardía:

—Tu turno de preguntar. Date prisa que igual no dura mucho.

Ella asintió con la cabeza. Estaban rodeados de empresarios que lo conocían a él y a su familia muy bien, así que no estarían a solas mucho más.

—Estoy pensando en hacerte una pregunta genérica, de esas que lo engloban todo —concedió riendo.

—Cómo cuál —quiso saber Jaume, interesadísimo.

—No sé... Algo como “¿y tú qué has hecho todos estos años?” —Anna tuvo que reír porque ¿quién podía resumir tanto tiempo en unas pocas frases?

—. En serio, te miro y me cuesta creer que seas tú, que estés aquí... ¡Qué vueltas da la vida!

Jaume asintió. Había aceptado hacía ya mucho tiempo que Anna nunca regresaría a Menorca, que su vida estaba en Inglaterra donde se había casado y había dado a luz a tres hijos. Pero allí estaba, con un peinado corto, plagado

de mechas, muy distinto de la melena morena con que él la recordaba, con treinta años más que no aparentaba, y la misma belleza serena que le había robado el corazón cuando era un adolescente.

—¿Qué he hecho? A ver... Convertirme en Ingeniero Naval, fui el mejor de mi promoción...

—No me extraña. Tus notas eran buenísimas y nunca supe muy bien cómo lo lograbas, porque recuerdo que te iba más la juerga que los libros — apuntó Anna riendo.

Daba la imagen de ser un juerguista, pero siempre había tenido muy claro qué quería para su vida y cómo conseguirlo. Si salía de fiesta, no cometía excesos para poder levantarse temprano y estudiar.

—Ni yo pienso explicártelo. Ese secreto me lo llevaré a la tumba — bromeó—. ¿Qué más? Ah, sí, trabajar en el astillero...

—¿Acabaste trabajando para tu familia? —preguntó Anna, asombrada—. ¡Pero si te llevabas a matar con tu padre y tus tíos!

Y las cosas no habían cambiado mucho desde entonces, pero se las habían ingeniado para que las diferencias personales no afectaran el entorno laboral.

Y curiosamente, lo habían logrado con bastante éxito.

—¡Me hicieron una oferta que no pude rechazar! Me ofrecieron ocuparme de los proyectos de las grandes cuentas del astillero. Imagínate, un trabajo

que me encantaba, que estaba muy bien pagado, que me permitía viajar y mantenerme al día en mi profesión...

Algo en su mirada hizo que a Anna aquello, que era en esencia una buena noticia, no le sonara tan buena como parecía.

—Pero según le has dicho a mi padre, piensas establecerte aquí, así que lo has dejado...

Jaume asintió. Su rostro perfilado por una barba plateada en canas se ensombreció de forma evidente haciendo que Anna tuviera un mal presagio.

—Así es... Entre las cosas que he hecho en estos treinta años está Éric, un hijo que tuve contra todos los pronósticos familiares y que se convirtió en el centro de mi vida con su primer berrido de recién nacido...

Jaume tenía la mirada perdida en algún lugar de sus recuerdos, mientras removía ausente los restos de su café. Anna sintió que las preguntas se multiplicaban en su interior casi al mismo ritmo que la certeza de que lo que estaba a punto de escuchar no sería nada bueno.

Y no lo fue.

—La muerte lo arrancó de mi lado hace un año y yo... —respiró hondo y miró a Anna—. ¿Qué voy a decirte sobre cómo estoy que tú no sepas ya? Cuando tu hermano se refirió a tu hija Sonia en el brindis, me quedé de piedra...

A pesar del mal presagio, Anna jamás habría esperado una noticia como esta. A Jaume se lo veía tan bien, tan en forma -o quizás fuera el impacto de volver a verlo-, que de alguna manera, se había hecho la idea... Una idea evidentemente errónea. Esto era terrible, lo peor que podía sucederle a un padre o a una madre.

—Lo siento muchísimo, Jaume —susurró, apoyando su mano sobre el brazo masculino afectuosamente.

Él se repuso rápidamente. No era entristeciéndola como quería pasar los primeros quince a minutos solas con ella en tres décadas.

—Y yo siento habértelo soltado justamente ahora, de verdad. Es que... — sacudió la cabeza y no continuó la frase. Iba a decir que Éric había sido lo mejor de su vida y que seguía presente en todo, pero no hacía falta decirlo; a Anna no, así que le ofreció su mejor sonrisa—: Con todo lo que nos hemos perdido el uno del otro... ¡Vamos a necesitar tiempo para ponernos al día!

—Tiempo que no tendremos —dijo ella, señalándole a la pareja de empresarios que se dirigía hacia la mesa—. ¡Vienen a por ti!

Él palmeó la mano que continuaba sobre su brazo, cariñosamente. En eso se equivocaba totalmente. Anna formaba parte de sus recuerdos más valiosos y si la vida había vuelto a ponerla en su camino, no desaprovecharía la nueva oportunidad que se le brindaba.

Y esta vez, jugaría bien sus cartas.

—Ahora estoy aquí, Anna —repuso Jaume—, y tú también. Tenemos todo el tiempo del mundo.

Todos parecían estar pasándolo en grande. Tina quería a esa gente y después del año tan terrible que había tenido la familia de Andy, le encantaba verlos divertirse, y que las expectativas para el nuevo año fueran tan buenas.

Pero entre el cava y el calor que hacía en los salones atestados de gente, necesitaba respirar un poco de aire fresco.

Recogiéndose la falda del vestido, subió las escaleras que conducían a la terraza. En realidad, no sólo necesitaba refrescarse, también un rato de tranquilidad. Le resultaba extraño estar en el mismo lugar que Andy y no disfrutar de su compañía, que quien la tuviera fuera otro y que ese otro fuera un hombre. La echaba de menos. La familia debió pensar lo mismo, ya que no habían dejado de presentarle gente. Llevaba toda la noche socializando con desconocidos en su propia lengua, lo cual en cierto sentido la hacía sentir más como una turista extranjera que como una vieja amiga de la familia.

Abrió la puerta de cristal al pie de la escalera e inspiró profundamente, dejando que el aire de aquella noche de invierno especialmente fría en la isla, penetrara hasta el último rincón de sus pulmones. No era como el frío al que estaba acostumbrada -apenas lo sentía, a pesar de que solo se había echado un chal sobre los hombros-, pero bastaría para aliviar la sensación de

embotamiento consecuencia del alcohol en alguien que rara vez bebía.

Cuando volvió abrir los ojos, se dio cuenta de que no había sido la única persona de la fiesta en escaparse a aquel rincón solitario.

Allí estaba él, el más alfa entre los alfas, con un traje azul chillón que a la mayoría de los hombres los haría parecer un payaso, y su inseparable móvil pegado a la oreja, inclinado sobre el balcón. Seguramente, hablando con algún hombre de negocios que, a pesar de no poder verlo ni en pinturas, cumplía en hacerle la pelota como estaba mandado.

Pensó en darse la vuelta y marcharse por donde había venido, pero entonces Pau la vio, no dejándole más alternativa que quedarse.

*Qué suerte la suya.* Tina lo saludó con un ligero gesto de la mano y fue hacia el muro, no demasiado cerca de donde él se hallaba. Intentó concentrarse en lo que veía, una panorámica espectacular del puerto y parte del casco histórico de la ciudad, pero la mirada del menorquín -estaba bastante segura de que continuaba mirándola- y ese tono de amable autosuficiencia con el que hablaba, le estaba poniendo las cosas difíciles.

¿Ese tipo era normal en algún momento del día, o cuando se ponía el traje se le activaba automáticamente el modo “hombre de negocios” y no se le desactivaba hasta que se lo quitaba? Qué pesadez... ¡Era Nochevieja, por Dios!

A pesar de que hablaban en la lengua local de la que Tina entendía poco y

hablaba nada, le daba la impresión de con la excusa de disculparse por no haber podido asistir a la cena, su interlocutor intentaba interesar al menorquín en un proyecto. Debía estar haciéndolo a base de lisonjas, porque el tío de Andy no dejaba de darle las gracias, cada dos por tres. ¿Le interesaba al alfa entre los alfas algo de lo que oía? Cien a uno que no. Pero allí seguía, con su sonrisa y su estudiada amabilidad, aguantando el discurso.

Tina no se equivocaba. El proyecto, del que ya estaba al tanto, no formaba parte de la programación del grupo empresarial para 2010 y, por lo tanto, no tenía la atención de Pau. Lo que sí lo tenía era la impactante mujer del vestido rojo, que no muy lejos de él estaba tan interesada en el paisaje que contemplaba, como él en el proyecto de su interlocutor.

La entrenadora de *kick-boxing* volvió la cabeza cuando él se acercó. Traía su gran sonrisa seductora y ya no estaba hablando por el móvil.

—¿Has acabado ya de oír como te hacen pelota? Qué fuerte, ni en Nochevieja te libras.

Pau no ocultó su sorpresa. Había una diferencia considerable entre la Tina que lo había acusado de ser “el jefe de la manada” unas horas atrás, y esta de ahora que hablaba con tanto desenfado e incluso sonreía. Con ironía, de acuerdo, pero sonreía. Ya que podía contar con los dedos de una mano las veces que había visto una sonrisa en aquel rostro anguloso, recorrió mentalmente los sucesos de las últimas horas intentando encontrar algo que

explicara el cambio de actitud, sin hallar nada. La aparición de Alba había interrumpido la informativa conversación sobre lobos y de otras especies territoriales que mantenían y no habían vuelto a estar cara a cara desde entonces.

Se situó de frente a ella, apoyándose ligeramente contra el balcón, de forma de poder mirarla mientras hablaban y fue en ese momento que el brillo de sus ojazos negros y aquel rubor en las mejillas le ofrecieron pistas sólidas a respecto. Bendito fuera el cava, pensó.

Ella respondió al acercamiento con una mirada displicente, seguida de un soberbio repaso a la indumentaria del menorquín.

—Bonito traje. Un poco chillón, pero bonito —apuntó Tina.

La sonrisa del menorquín se ensanchó.

—Fabuloso vestido sin “peros”. Estás deslumbrante —repuso él, con el grado justo de interés que, en realidad, era apenas una ínfima parte del que sentía.

Había surgido de manera repentina. Tina llevaba muchos años junto a la familia de Anna, pero para él nunca había sido más que la amiga de sus sobrinas hasta ahora que, inexplicablemente, estaba acaparando su atención. Era inexplicable en el más amplio sentido de la palabra ya que hasta aquella misma tarde ni siquiera había reparado en lo evidente, en lo que cualquier hombre reparaba primero cuando veía a una mujer.

Pero allí estaban los dos, solos por segunda vez en la noche, con la alternativa de retomar la conversación que Alba había interrumpido o dejarlo estar y aprovechar el momento para ser simplemente un hombre y una mujer conociéndose. Tina había abierto el turno de preguntas y respuestas, era hora de responder.

—La mayoría de los asistentes a esta fiesta son empresarios invitados expresamente —continuó Pau tras la pausa—. Y cuando eres el hombre que envió las invitaciones, esperas que quien no ha podido venir a hacerte la pelota en persona, intente hacértela por teléfono. Así son los negocios.

—¿Aunque sea tu peor enemigo?

Pau le ofreció una de sus cautivadoras sonrisas de hoyuelo.

—Especialmente si es tu peor enemigo.

Ya, y con esos aires de mandamás autoritario que gastaba, los enemigos le crecerían como champiñones.

Los pensamientos de Tina resultaron evidentes para el menorquín, que volvió a obsequiarle una de sus sonrisas marca de la casa.

—No son tantos como crees. En cualquier caso, da igual si les caigo bien o no. Son empresarios, lo que les importa es la cuenta de resultados.

Tina movió la cabeza a un lado y a otro, pensativa, haciendo que él no pudiera apartar los ojos de aquella preciosa cabellera negra y sus sutiles

movimientos ondulantes.

—Hay que tener talento para soportar eso. Tú lo tienes —dijo al fin, volviendo la cabeza para mirarlo—. Se te da de fábula eso de ser el hombre en la cresta de la ola ante quien todos se prosternan para seguir recibiendo tus favores. Yo no podría.

Pau la miró con una expresión divertida. No acababa de ver claro si aquello había sido un cumplido... o todo lo contrario.

—Sé que se me da de fábula. Si no fuera así, no estaría donde estoy. Que mi apellido sea Estellés es suficiente para formar parte del consejo, no para presidirlo. Además, todos le hacemos la pelota a alguien en algún momento de la vida.

Tina le dedicó una mirada irónica que Pau se tomó con humor.

— *Todos* —afirmó él—. Es simple, mira... Si tú me interesas, haré lo imposible para convencerte de que soy tu mejor opción. Y esto vale en todos los ámbitos de la vida, no solo en los negocios.

¿En serio?, pensó Tina. La idea del “todos” ya le resultaba bastante surrealista antes de que la sacara del ámbito de los negocios. ¿Qué había sido eso? ¿Un intento de hacerle la pelota *a ella*?

Los dos se sostuvieron la mirada. En la de él había la misma seguridad que había teñido sus palabras, en la de Tina, desafío.

—Cuestión de opiniones, supongo —repuso ella. Su mirada se tornó aún

más desafiante cuando añadió—: Yo desconfío de los que se esfuerzan por convencerme de algo. No puedo evitar preguntarme qué ocultan, que intentan que yo *no vea*.

Pau sonrió, sacudió la cabeza. Le encantaban las personas de carácter.

Había crecido rodeada de ellas y en su compañía sentía como pez en el agua.

Y porque sabía cómo manejarse con ellas, decidió que era hora de contraatacar.

— ¿Te parece bien si volvemos a la fiesta?

Tina frunció el ceño. Ahora lo que tenía frente a sí era un caballero señalándole gentilmente el camino hacia la escalera mientras esperaba su respuesta con una sonrisa. Aquello no le cuadraba. ¿A qué venía aquel salto tan drástico?

La respuesta no tardó en llegar.

—Lo digo porque aquí arriba hace frío y no quisiera ponerte en pie de guerra ofreciéndote mi chaqueta... Ya sabes, por lo de que no te gustan los alfas y todo eso...

Durante un instante, la entrenadora permaneció estudiándolo. Que lo hubiera llamado macho alfa, como era de esperar, no le había gustado al menorquín, pero dudaba de que él buscara continuar con la conversación.

Volvería a sacar el tema, eso seguro, pero cuando a él le conviniera. Era de

los que entendían la vida en términos de conveniencias y sabían esperar el momento propicio. Así que si no la estaba picando para sacar el tema, ¿por qué lo había dicho? Era galante, seductor, seguro de sí mismo y de la clase de hombre que ofrecía su chaqueta a la dama en cuestión. Era lo que se esperaba de él, y lo que la clase de mujeres con las que se relacionaba, esperarían de él. Pero a ella, en realidad, no se la estaba ofreciendo. ¿Por qué? Al fin, una sonrisa incrédula se abrió paso en el rostro de Tina.

—¿Lo dices en serio?! —exclamó, genuinamente divertida mientras se alejaba—. ¿Crees que me quedaría a esperar que me la ofrezcas? ¡Si tuviera frío te la habría pedido yo misma, hombre! ¡Qué poco me conoces!

Pau se apresuró a seguirla. No sabía cuánto le dudaría a Tina el efecto del cava, pero pensaba aprovecharlo hasta el último segundo. Ella le parecía todo un descubrimiento.

—Eh, eh, no tan rápido... A ver si al final va a ser cierto que sentías frío...

—Que no. ¿A eso le llamas tú frío? Frío es lo que hace en mi tierra, no esto.

—¿Ah, no? —Pau se hizo a un lado para ceder el paso a un grupo que subía la escalera. Se limitó a saludarles gentilmente con un movimiento de cabeza y a seguir camino abajo, detrás de Tina—. ¿Y esto qué es en tu experta opinión? Estamos a nueve grados, señorita.

—Pues no lo sé... ¿Fresquito a secas? —repuso ella, tronchándose.

Entre risas y comentarios, llegaron al salón principal. Pau no perdió ni un instante; la tomó de la mano y la condujo hacia la pista de baile.

—¿Quieres bailar? — Y, para sorpresa de Tina, cuando acabó de decirlo, ya estaba moviéndose al son de la música.

Por lo visto, Pau Estellés no sólo tomaba la iniciativa cuando se trataba de negocios. Increíble. Debía reconocer que aquella noche encontraba divertidas sus salidas, pero teniendo en cuenta que solía suceder justamente al contrario, o él estaba desplegando todos sus encantos, o ella había bebido demasiado cava.

O ambas.

—¿Pero cómo, sabes bailar? — Sus ojos negros se posaron desafiantes sobre el menorquín que respondió con una de esas sonrisas que aceleraban el calentamiento global.

—¿Que si sé? — rió de buena gana—. Soy el único varón de cuatro hermanos bastante mayores que yo, así que seguro que te puedes imaginar cómo fue mi adolescencia... ¡Era su príncipe, tenía que ser el mejor en todo! — Y el DJ, con toda su fama, iba a salir volando por la ventana como no empezara a poner músicaailable, pensó el menorquín al tiempo que echaba una mirada al escenario donde él, con unos cascos color amarillo limón, también se movía al son de la música, completamente metido en su trabajo.

Tendría que ir a decírselo personalmente, ya que el tipo parecía ajeno a todo. Tina observaba a Pau cada vez más sorprendida. Lo de ella se debía (seguramente) al cava, ¿pero y lo de él? Este Pau le recordaba al muchacho guapo y divertido que conociera años ha, pero a ese hacía tanto que lo había perdido de vista, que le resultaba increíble que hubiera reaparecido, que estuviera allí con sus ocurrencias y su sonrisa imposible. Hacía mucho tiempo que en su mirada ya no quedaba rastro de inocencia, que se había convertido en alguien poderoso —para ella, un imbécil— acostumbrado a decidir y a dirigir. Alguien que se metía tan bien en el papel, que incluso lo hacía extensible a su familia y, seguramente, a las mujeres de su vida.

*¿Quién eres, realmente?*

Hubo un cruce de miradas en la que Pau creyó percibir un súbito cambio en el talante de Tina, pero no tuvo la ocasión de confirmarlo porque en ese momento alguien lo tomó del brazo.

—Lo siento, chaval, pero me toca a mí. Le pedí que me reservara un turno cuando acabara la cocina y ¿adivina qué? ¡He acabado! —dijo Ciro, interponiéndose entre su primo y la entrenadora.

Al menorquín no le hizo la menor gracia, pero no podía mostrarlo.

—¿Seguro que no estás intentando colarte por la cara?

—Que va, como si fuera tan fácil aventajarte, chico. ¡Te gusta competir

más que mandar, y mandar te gusta un montón! —exclamó el chef, que ya había tomado la mano de Tina y ensayaba uno de sus pasos locos que se parecían a cualquier cosa menos a un baile.

Los ojos del menorquín se posaron sobre Tina buscando una confirmación. A pesar de su sonrisa y su expresión divertida, ella tuvo claro que a Pau no le había gustado la intromisión de Ciro.

—Es totalmente cierto, me temo —dijo Tina.

Pau hizo un gesto de "así sea" con la boca y palmeó el hombro de Ciro.

—Esta vez el tanto es tuyo, pero no te relajes que esto acaba de empezar... —Le hizo un guiño a Tina y añadió —: ¿Me reservas uno, o ya tienes todos los bailes comprometidos?

Tanto interés la estaba descolocando, esa era la verdad. Desde hacía años procedía como si ella no existiera y ahora, de repente, le pedía que le reservara bailes. Ni con un litro de cava en el cuerpo se tragaría semejante cambio.

—No he recibido el carné de baile de este evento, así que habrá que prescindir de él. Te sugiero que vuelvas a intentarlo más tarde, si los negocios te lo permiten...

—¡Uy, eso tuvo que doler...! —intervino Ciro a quien le encantaba el cariz que estaban tomando las cosas entre su tío y la vieja amiga de Andy.

Fuertes, ultra independientes y de gran carácter, eran dos auténticos pesos pesados, y de más estaba decir, que se moría de ganas de verlos en acción. Pau se disponía a responder que no le había dolido en absoluto. Al contrario, se sentía estimulado. Por supuesto que los negocios le dejarían tiempo. Y por supuesto que volvería a intentarlo. Pero entonces, como si el DJ tuviera un acuerdo secreto con el chef, el salón se llenó de penumbras y una música muy suave dominó el ambiente.

El rostro de Ciro era un sol cuando, después de rodear la cintura de Tina con los brazos, miró a su tío y le dijo:

—Vaya, qué mala suerte, chaval. Bueno, otra vez será...

## **Episodio 8**

Viernes, 1 de enero de 2010.

Casa de Dylan Mitchell,

Ciudadela, Menorca.

Dylan abrió los ojos, pestañeó varias veces intentando aclarar la visión.

Por las rendijas de las persianas se colaban delgados haces de luz que confirmaban que ya había amanecido. Instintivamente, tanteó con la mano el otro lado de la cama. Estaba vacío y se preguntó si Andy ya se habría marchado. ¿Se había quedado dormido tan profundamente que no se había enterado de nada?

El irlandés apartó la sábana que cubría parcialmente su cuerpo desnudo, y salió de la cama. Avanzó por la habitación en penumbras sin detenerse a encender la luz. Recorrió la casa algo tambaleante aún por el sueño, esquivando las prendas que vestía la noche anterior que ahora tapizaban el pasillo. Cerca del baño había caído la chaqueta, un poco más allá la enorme pajarita de papel amarillo limón, en el salón estaba la camisa... Un poco más despierto ya, Dylan empezó a sonreír. Su ropa ofrecía un camino de pistas acerca de lo acontecido la noche anterior que conducían directamente hacia la cocina. En efecto, allí habían caído victoriosos sus pantalones y sus bóxers. Y allí precisamente estaba Andy, haciendo algo en la mesada, de espaldas a la puerta. Lucía su precioso vestido de princesa gótica que, ahora Dylan comprobaba, era tan sexy por detrás como por delante. La noche anterior no había tenido tiempo de hacerlo. Como siempre, estaba subida a unas plataformas de vértigo. Era la mujer más preciosa que había visto jamás. Y era totalmente suya...

Andy no parecía haberse dado cuenta de su presencia y Dylan decidió aprovechar la ocasión.

Andy se sorprendió cuando sintió que los brazos de Dylan la rodeaban desde atrás. No lo había oído entrar. Se había levantado sigilosamente, para poder irse sin despertarlo, precisamente porque sabía que él intentaría retenerla un rato más, y tenía grandes planes para aquella mañana, la primera

del nuevo año.

Un reguero de besos en el cuello la hicieron estremecer y Andy decidió cortar por lo sano antes de que fuera demasiado tarde.

—¿Qué haces tú levantado? ¡Te dejé hace un minuto y dormías a pierna suelta! — dijo Andy riendo, al tiempo que intentaba quitárselo de encima suavemente, algo que volvió a comprobar no era tan fácil.

Dylan se las arregló para seguir besándola, esta vez debajo de la barbilla.

—¿Cómo qué hago aquí? Empezar el año como corresponde, metiéndote mano...

“Ja, como si hubieras parado en algún momento”, pensó la muchacha, divertida.

Andy consiguió al fin darse la vuelta enredada entre los brazos del irlandés, y al notar que estaba tan desnudo como había venido al mundo, le dio una palmada en una de sus tentadoras nalgas.

—Como no vayas a ponerte los calzoncillos ahora mismo...

Él la empujó suavemente contra el borde de la mesada, desafiante.

—Si no hago eso, ¿qué? Para empezar, lo mío no es andar vestido en mi propia casa, y segundo... ¿A quién quieres engañar, preciosa? Te encanta verme en pelotas.

¿Cómo no iba a encantarle ver a ese portento de hombre con la piel

cubierta de tatuajes que le daban un aspecto tan *sexy*, pasearse desnudo delante de ella? Pero tenía que marcharse.

—Dylan... ¿Quieres hacer el favor de dejar de tentarme? —Y la mirada que acompañó a su petición fue lo bastante definitiva para que él, de mala gana, se aviniera a hacerlo. Giró sobre sus talones, recogió sus bóxers y salió de la cocina contoneando las caderas, haciendo que Andy meneara la cabeza. Él era la tentación personificada, ¿acaso creía que una prenda más o menos cambiaría las cosas?

Ella aprovechó la ausencia del irlandés para acabar de cerrarse el vestido.

A continuación, fue a la nevera en busca de otro Aquarius, ya que seguro que Dylan también estaría de resaca. Los dos habían bebido. Había sido una noche especial y no se habían cortado a la hora de celebrarlo. Estaba añadiendo una rodaja de limón al vaso cuando él regresó.

—¿Satisfecha? —dijo al tiempo que señalaba su indumentaria consistente en unos bóxers negros que se ceñían a sus formas, volviéndolo incluso más tentador que antes.

“Ay, madre...”, pensó ella mientras asentía. Decidió que lo mejor era mantener la mirada de la cintura para arriba. No demasiado arriba, claro, porque aquellos ojos grises también eran peligrosos.

—No son ni las nueve todavía. ¿Vas a decirme qué haces levantada tan temprano? Deberíamos estar en la cama, que es lo que las parejas hacen el día

de año nuevo.

Mientras conversaban, Andy había llevado los dos vasos de Aquarius a la mesa, a la cual se sentaron. Apartó las cosas que habían quedado allí la noche anterior: su bolso, los pendientes y el móvil, así como las llaves del coche y el móvil de Dylan.

—¿Ah, sí? ¿Y desde cuándo sabes tú tanto de lo que hacen las parejas en Año Nuevo? —preguntó Andy, con toda la picardía del mundo.

Ella lo miró por encima del borde del vaso, disfrutando de haberlo descubierto en un desliz.

Dylan no tenía la menor idea de lo que las parejas hacían en Año Nuevo.

La mayoría de los que recordaba, había despertado solo en una cama que no era la suya, con signos de haber tenido una noche movida. Lógicamente, no pensaba darle detalles al respecto.

—Bueno, imagino que es lo que se suele hacer porque es lo que me apetece en este mismo momento —repuso con su tono de cazador, intentando convertir aquel desliz en una victoria.

—Vaya, qué pena. Tendrás que quedarte con las ganas porque en cuanto acabe de hidratar mis circuitos, pienso salir rauda por la puerta. Es primero de año y tengo grandes planes.

—¿Grandes planes? Qué bien que suena eso...

Andy asintió con la cabeza, bebió un pequeño sorbo de su bebida, y luego

volvió a mirarlo con tal ilusión en los ojos, que Dylan no pudo sino sonreír.

—He decidido hablar con Tina, ofrecerle que sea mi socia en el gimnasio.

—Al ver que Dylan abría desmesuradamente los ojos, Andy volvió a asentir ilusionada—. Sí, sí, como lo oyes... Estoy deseando contárselo. ¿A qué sería perfecto? Somos amigas desde siempre, congeniamos muy bien y sé que ella lleva años ahorrando dinero con la idea de abrir su propio gimnasio, así que seguro que le gustará la idea. Además, así estaríamos juntas, volveríamos a vernos a diario... ¿Te lo imaginas? ¡Me parece un sueño!

Dylan tardó en decir algo. Andy siempre le había parecido algo digno de ver, incluso las únicas dos veces que la había visto enfadada, pero aquella mañana el brillo de sus ojos, el calor de su sonrisa, y ese halo de plena felicidad que parecía rodearla, lo tenía completamente cautivado.

Ella se inclinó hacia él y apoyó sus palmas sobre los muslos desnudos del irlandés. Lo miró algo extrañada, pero sin dejar de sonreír.

—¿No te parece fabulosa la idea?

Dylan regresó al planeta Tierra con una sonrisa tan grande como la suya.

—Dejando a un lado que a mí me parece bien todo lo que a ti te parece bien —el cazador volvió a asomar las orejas, haciendo que Andy se derritiera—, me parece una grandísima idea. Creo que sería una asociación muy fructífera, no sólo comercialmente hablando.

Andy suspiró aliviada.

—Ah, qué susto me habías dado... Pensé que no te parecía una buena idea... Llevo pensando en esto desde que Tina aterrizó en Menorca y te juro que me sigue pareciendo una locura, aunque me alivia saber que a ti no, pero no dejo de pensar que ya que me voy a embarcar en esto, por qué no ir a por todas y ofrecerle a mi mejor amiga que se lance conmigo, ¿no te parece?

Andy echó a reír de pura ansiedad. Aquella idea había nacido de un momento de frustración por no poder faltar al trabajo una noche y celebrar con Dylan su primer mes juntos. Se había apresurado a descartarla por loca y por inconcebible, pero no había dejado de tomar forma desde entonces. Y desde que él le había hecho ver que podía hacer cualquier cosa que se propusiera, le resultaba imposible dejar de soñar despierta, de seguir moldeando el sueño de ser independiente y dedicarse a lo que más le gustaba, de perfeccionarlo en su mente. ¿Y que podía ser más perfecto que asociarse con alguien a quien admiraba además de querer tanto?

—Así que ya ves por qué no puedo quedarme... —Andy no acabó de decirlo que ya se estaba de pie. Dylan la miró sorprendido—. ¡Este va a ser un gran año y hay mucho que hacer!

Se puso en marcha a toda prisa y no fue hasta que llegó a la puerta que se dio cuenta de que no se había despedido ni cogido su bolso. Regresó con los mismos pasos rápidos y tomó el rostro masculino entre sus manos.

—¿Me ayudarás con ese plan de negocios o como se llame?

Los ojos de Dylan descendieron hasta la boca de su chica. Se pasó la lengua por los labios en un gesto seductor que la hizo sonreír.

—Que no, Dylan, me tengo que ir... Venga, no seas malo, no me tientes... ¿Me ayudarás?

—Todo es negociable —repuso el cazador y acompañó la frase con un rápido movimiento de sus cejas.

—Ay, no, no, no... —Andy cogió su bolso, le dejó un beso ligero sobre los labios y empezó alejarse antes de que Dylan tuviera la ocasión de intentar retenerla.

Pronto volvió a detenerse. Dejó caer pesadamente los brazos al costado del cuerpo. ¿Acaso pensaba irse andando? Se giró hacia él que ahora la miraba con expresión divertida.

—¿Puedo llevarme tu coche?

Dylan estiró el brazo para coger las llaves que estaban sobre la mesa y las sacudió frente a los ojos femeninos. Ella sonrió agradecida y fue en aquel momento cuando el irlandés tiró de la cinturilla de sus bóxers y sosteniendo el llavero con los dedos, lo introdujo en el interior. Un gesto deliberadamente sensual que a ella le aceleró el corazón.

—Todo es negociable —repitió sin apartar los ojos de ella.

Andy ya no se resistió más. Dejó caer el bolso y regresó junto a Dylan.

Eran más de las diez de la mañana del primer día del año cuando Tina salió de casa a hacer *footing*. La mayoría de la familia seguía durmiendo, excepto Anna que estaba en el salón, jugando con Luz.

Aquellas dos o tres copas de cava habían sido las culpables de que Tina se hubiera acostado muy tarde. También de haber mantenido más contacto con el tío de Andy del que había tenido en los años que conocía a la familia Avery. No tenía muy claro que aquello fuera necesariamente bueno, ni tampoco por qué había sucedido... En realidad, ahora que volvía a pensar en ello, sin las influencias de la música, del alcohol y de las emociones, le resultaba increíble que dos personas que mantenían posturas tan contrarias en aspectos fundamentales de la vida, hubieran compartido momentos de risa como si no llevaran años como el perro y el gato.

Y no solo habían compartido eso...

Después de que Ciro le ganara la mano a su tío y acaparara la atención de Tina, ella había dado por sentado que Pau no volvería a intentarlo.

Suponiendo que la fiesta con más de cien empresarios deseosos de hacerle la pelota de la que era anfitrión se lo permitiera -nótese la ironía-, el más alfa entre los alfas no se arriesgaría a morder el polvo por segunda vez ante tantos ojos pendientes de él.

Pero lo había hecho. Había aprovechado que Ciro había ido al baño para

aparecer frente a ella con su mejor sonrisa y un plato a rebosar de sus delicias españolas favoritas; polvorones, mazapanes y turrón.

—Seguro que hoy entrenarás doble —le dijo—, así que ¿por qué no aprovechar los últimos cartuchos? —El plato ahora estaba más cerca y Tina casi podía oler el aroma de las almendras del turrón a través del envoltorio.

Por supuesto, ella no se resistió, pero no lo hizo gratuitamente.

—No soy una obsesa de la dieta, si eso es lo que estás sugiriendo. Como lo que me apetece cuando me apetece.

Pau sonrió para sus adentros. Esperó a que ella acabara de saborear el bocadito de turrón blando para continuar.

—Pero harás entrenamiento doble —insistió.

¿Acaso creía que adelgazar era la única razón para que una persona hiciera ejercicio físico? Posiblemente lo fuera para las mujeres con las que él se relacionaba.

—¿Y...? —Tina volvió a servirse otra delicia. En esta ocasión era turrón de chocolate.

Entonces, él sugirió que ocuparan una de las mesas próximas y Tina tampoco puso objeciones ya que llevaba un buen rato deseando prender fuego a sus tacones. Después de abrirse la chaqueta que no se había quitado en toda la noche y observarla en silencio durante unos instantes, él volvió a la carga. Su sonrisa de hoyuelo hizo una nueva aparición estelar.

—Me pregunto si quizás no debí traer cava en vez de turrón...

—¿Qué quieres decir? —repuso ella. Sabía exactamente a qué se refería y hasta la última fibra muscular que había en su cuerpo se puso en tensión. Pero Pau no tuvo la ocasión de responderle porque en aquel momento apareció su madre. Traía de la mano a Alba hecha un mar de lágrimas. Él saltó del asiento y fue a por su hija. La levantó en brazos al tiempo que le decía cosas al oído que Tina no llegó a entender. El primer intercambio de frases con su madre fue en menorquín y Tina tampoco lo entendió, pero pronto él continuó en inglés.

—¿Por qué has dejado que se pusiera al teléfono? —inquirió.

Lucía Oriol desvió su mirada hacia Tina con cierta incomodidad, pero enseguida volvió a centrarse en su hijo.

—¿Piensas impedir que hablen con ella? Es una soberana tontería. Son sus abuelos, Pau.

—Jugarán de acuerdo con las reglas o no jugarán. Y eso va por todos lo que pretendan estar en el terreno de juego —sentenció el menorquín.

Su madre soltó un suspiro malhumorado.

—¿Ya estás sacando las cosas de quicio? Solo han llamado para desearle un feliz año.

—¿Y no podían esperar a mañana como habíamos quedado?

Madre e hijo intercambiaron sendas miradas recriminatorias. Pau no quería decir lo que pensaba realmente acerca de la abuelitis que parecía aquejar a su madre desde que la pequeña había regresado a Menorca, porque no estaban a solas. A Lucía Oriol le sucedía lo mismo respecto al ataque de territorialidad de su hijo.

—Echan de menos a Alba y la pequeña a ellos también —dijo la mujer en un tono conciliador y acarició el cabello de la niña—: ¿verdad, cariño?

Él buscó la mirada de su hija que se enderezó en sus brazos, restregándose sus ojitos llorosos.

—¿Es cierto eso, *peque*?

Alba movió afirmativamente la cabeza varias veces.

—Mucho, mucho, mucho —reconoció entre sollozos y volvió a rodear el cuello de su padre con los brazos.

Él la estrechó muy fuerte, la abuela se unió al consuelo, pronto apareció el abuelo, y tras él, Ciro que volvió del baño. En un minuto se había formado un corrillo. Entonces, Tina tuvo la ocasión de ver que Pau volvía a convertirse en otro hombre como por arte de magia.

—Tranquila, cielo, tranquila... A ver, ¿qué te parece si...? —empezó a decirle a su hija ese otro hombre que Tina no reconocía, con un nivel de ternura que tampoco reconocía y que la estaba removiendo por dentro.

*¿Quién eres realmente?*

El pensamiento regresó a su mente por segunda vez en una misma noche y Tina decidió que aquel era el momento perfecto para desaparecer de la escena.

Pero horas más tarde continuaba pensando en ello y preguntándose lo mismo.

Tina respiró hondo, ajustó el cronómetro y se centró en lo que debía.

Estaba llegando al puerto, cuando su concentración volvió a desviarse. El tío de Andy estaba en la esquina de la acera de enfrente junto a su hija y tres hombres jóvenes vestidos de cuero con quienes conversaba animadamente.

Uno de ellos estaba sentado sobre una moto muy grande.

Maldijo para sus adentros. Odiaba interrumpir el entrenamiento... Ojalá tuviera suerte y no la vieran.

Pero una mujer hermosa en mallas y camiseta de deporte no tenía la menor oportunidad de escapar a la mirada de los motoristas. Tampoco a sus cumplidos que se encargaron de alertar a padre e hija de su presencia.

Mierda.

Procedía darse por aludida, así que Tina los saludó con un movimiento de la mano. Una sonrisa cautivadora apareció en el rostro de su padre, pero fue la niña quien habló primero.

—¿Irás con Andy a entrenar esta tarde? —le preguntó Alba, interesada.

Desde la acera de enfrente sin dejar de hacer *footing* en el sitio, (y, por supuesto, sin mostrar la menor intención de cruzar al otro lado), Tina respondió.

—¡Por supuesto!

—¿Puedo ir con vosotras?

—¡Por supuesto, pequeña!... —volvió a decir—. Bueno, si a tu padre le parece bien, claro.

El padre de la criatura demoró unos instantes en darse por aludido. Los que le tomó dejar de mirar a aquella mujer vestida de negro con ribetes fucsia, que exudaba fortaleza y que a plena luz del día le seguía resultando tan impactante como la noche anterior, y atender a su hija que le estaba hablando.

Mirada que no pasó desapercibida a Tina. ¿Lo hacía por incomodarla? Si era así, llegaba diez años tarde. Estaba más que acostumbrada a esos repasos que le dedicaban sus compañeros de especie, con más o menos lascivia, pero siempre evidentes. Ya no tenían el menor efecto sobre ella.

—¿Puedo, papi, me dejas? *Porfi, porfi, porfi...*

—Claro, *peque* —repuso él. Su mirada regresó a la entrenadora y esta vez se quedó por encima de la línea del cuello.

—¡Biennnnnn! —exclamó la niña, dando palmas alegremente.

—Bueno, pues entonces, ¡hasta la tarde! —se despidió.

La mirada de Pau, que a diferencia de lo que pensaba la entrenadora no era ni remotamente parecida a las que estaba acostumbrada, la acompañó hasta que Tina desapareció al final de la calle.

Andy lucía exhausta cuando al fin llegaron a la pequeña cafetería. Tina llevaba los últimos diez minutos divirtiéndose a su costa. Bromeando acerca de que no era recomendable pasarse con el entrenamiento, refiriéndose sin hacer alusión expresa a ello, que Andy había tenido una noche agitada gracias a Dylan.

Aquella mañana tenía razón, pero no se trataba de cansancio. Andy estaba ansiosa por contarle a Tina lo que se traía entre manos y averiguar qué acogida tenía su loca idea. ¿Qué le parecería que fueran socias, volver a vivir en la misma ciudad, poder verse como antes? Estaba ansiosa por saberlo.

Las dos muchachas pidieron un succulento desayuno y se dispusieron a recargar energía. Tina, que no tenía la menor idea de la verdadera razón de que Andy se hubiera unido a su primera sesión de entrenamiento, disfrutaba de la compañía de su querida amiga y de lo bien que le sentaba el amor.

—Menos risa, que ya sabes que el que ríe último, ríe mejor y tú me debes muchas risas... —dijo Andy al volver a ver por enésima vez la expresión pícaro de Tina.

—Es que si pudieras verte... La felicidad te sale chorros por todos lados, Andy... Es fabuloso... ¡A ese irlandés hay que a hacerle un monumento! —

Tina apretó cariñosamente las manos de Andy y añadió —: No sabes lo feliz que me hace verte tan bien...

—Lo sé, sé que te alegra, Tina —dijo Andy—. Y creo que lo que te voy a contar ahora también te va alegrar... ¡Te va a encantar!

—Venga, ¿a qué esperas? Dispara cuando quieras —dijo la entrenadora al tiempo que se acomodaba en la silla con un zumo de naranja en la mano—, ya sabes que me encantan las buenas noticias en el desayuno.

—Voy a dejar el restaurante... —empezó a decir Andy, pero su amiga la interrumpió.

—Pues sé de alguien que no va a estar nada feliz si haces eso.

Y no precisó de quién se trataba porque las dos sabían perfectamente quién era. Andy asintió. Todavía no había hablado con su tío al respecto, había preferido no enturbiar el ambiente festivo propio de esas fechas, pero ya no demoraría en hacerlo. Sustituirla les tomaría tiempo y cuanto antes encontraran al candidato idóneo, antes podría dedicarse a su proyecto. Le extrañaría mucho que Pau lo tomara bien, pero no era de eso de lo que quería hablarle a Tina.

—Y como de algo tengo que vivir, he estado pensando en convertirme en mi propia jefa. — Andy hizo una pausa para mirar a su amiga. Le agradó ver esas dos cejas arqueándose al tiempo que se elevaban—. He estado

pensando que preocuparme por estar en forma y hacer deporte, ha sido mi tabla de salvación. No sólo en el sentido de estar mejor o de distraerme... En los peores momentos, esos en los que la impotencia puede contigo y lo único que quieres es liarte a puñetazos con todo el mundo, entrar en el gimnasio y saber que cuando me marchara volvería a tener la situación bajo control, fue un gran alivio... *Es un gran alivio...* He pensado que sería una estupenda manera de ganarme la vida, ¿qué te parecería que tu amiga abriera gimnasio aquí, en el puerto?

Una locura maravillosa y fantástica, eso le parecía Tina y era lo que mostraba su rostro.

—Sonríes, pero no dices nada... —comentó Andy.

—Es que me he quedado... No sé, *alucinada...* ¡Me encanta la idea, me encanta verte así! ¿Es esta reacción la que esperaba ver en mí? ¡Pues aquí la tienes! —Y con esas se puso de pie, rodeó la mesa y fue directamente a fundirse en un abrazo con ella.

Tras el momento de emoción, cada uno volvió a ocupar su sitio y Andy continuó.

—No sería un gimnasio corriente. Me gustaría que hubiera muchas actividades, terapias, tratamientos de belleza, un experto en nutrición que se ocupara de las dietas... Y en este barrio no hay nada de eso, así que creo que funcionaría bien... ¿Qué te parece?

—Creo que es una gran idea. Gran con mayúsculas, nena... y dime, ¿qué opina tu irlandés de esto?

Los ojos de Andy brillaron de amor.

—Él cree que puedo hacer lo que quiera y no deja de animarme... Anoche me dijo que estaría dispuesto a financiarme... —Las dos amigas se miraron sorprendidas—. Sí, eso mismo pensé yo, ¡que está loco!... Ay, Tina, estoy tan contenta...

—No me extraña nada. Hasta yo estoy contenta, y eso que es tu proyecto...

Andy miró a Tina con cariño y tras una pausa, desveló la verdadera razón de que estuvieran allí.

—Bueno, en realidad, lo que me gustaría de verdad es que fuera *nuestro* proyecto —vio que la entrenadora la miraba con cara de no entender ni una palabra—. Tú siempre has querido abrir tu propio gimnasio, llevas años ahorrando y sabes que en Londres lo tienes difícil. Pero aquí es posible y estaríamos juntas. ¡Juntas y haciendo lo que más nos gusta, ¿no te parece genial?!

Tina permaneció en silencio durante un instante. La idea le encantaba, el proyecto le parecía una maravilla, pero lo último que habría esperado era que lo que había empezado como una charla de amigas hablando del futuro, acabara convertido en un futuro que también la incluía ella. Se sentía

ilusionada y al mismo tiempo sorprendida. No sabía qué decir...

—Chica, esto sí que no me lo esperaba... ¿Lo dices en serio? ¿Quieres que sea tu socia, de verdad?

Andy vio a su amiga sacudir la cabeza, intentando aclararse, pero su sonrisa era inmensa.

—¡Claro que lo digo de verdad! Y sé que te he sorprendido, pero... ¡Dí algo! ¿Te parece bien, o te parece bien para mí pero no para ti..., o te parece una locura pura y dura, sin más? ¡Venga, dí algo, por favor!

—¡Me encantaría, Andy! Podríamos enseñar *kick-boxing*, crear una escuela y competir... ¿Existe alguna asociación deportiva aquí? —No había sido una pregunta, ya que la entrenadora, cada vez más emocionada, continuó ante la mirada divertida de su amiga—. Bueno, eso da igual, ¡si no hay, la creamos nosotras!

—Y no tendrías que seguir entrenando solo a principiantes... —terció Andy, alimentando la ilusión con más ilusión.

—Sí, y no tendría que seguir aguantando a monitores que se largan después de un mes, como si no supieran desde el principio lo que les espera. ¡Eh, qué alivio; tampoco tendría que aguantar a mi jefe! El pobre cada día está más pesado...

—¿Ves? Todo son ventajas... Eso por no mencionar que volveremos estar

juntas, ¿lo he dicho ya?

—Sería fabuloso... —Tina ya estaba disfrutando anticipadamente del regalo de volver a disfrutar de la compañía de gente a la que quería tanto. Pero como en todo sueño que es demasiado perfecto para ser real, una imagen apareció clara en la mente de Tina, diluyendo su sonrisa y devolviéndola a una realidad que no era tan fantástica. Andy no tardó en comprenderlo.

—Tu padre —dijo—. A él no podemos traerlo a Menorca.

Era hija única y había perdido a su madre siendo pequeña, por lo que siempre había estado muy unida a su padre. De hecho, había ejercido de “mujer de la casa”, ocupándose de todo, hasta hacía apenas cinco años que su padre había vuelto a casarse, y nunca había logrado cortar el cordón umbilical del todo. Recientemente, el hombre había empezado a tener algunos problemas de salud. Decía que se cansaba. A veces, sin venir a cuento, se quedaba dormido en el sofá... Al principio lo habían atribuido a los típicos achaques masculinos derivados de la edad, pero una revisión médica había confirmado que el diagnóstico era más serio, derivado de una insuficiencia cardíaca. No le daría problemas si se cuidaba, pero a pesar de que su esposa se desvivía por atenderlo, Tina no estaba tranquila.

La mirada de la entrenadora regresó a Andy. La ilusión había cedido su lugar a la preocupación.

—No —repuso—, a él no podemos traerlo a Menorca.

## **Episodio 9**

Viernes, 1 de enero de 2010.

Casa de la familia Estellés,

Ciudadela, Menorca.

Toda la familia excepto Danny, que estaba en casa de un amigo, se hallaba en el salón cuando Pau llegó con su hija Alba y una sorpresa para Anna. La pequeña fue la primera en entrar como una tromba, repartiendo abrazos y alegría. Por suerte, la añoranza provocada por la llamada de sus abuelos maternos no había ido a más. Tras ella, casi enseguida, llegó su padre.

—Familia, mirad a quién me he encontrado de camino —dijo al tiempo que se hacía a un lado para dejar pasar a Jaume Mayol en primer lugar—. Lo he invitado a que viniera conmigo... Bueno, en realidad, lo he sobornado con tus pasteles —le dijo a Neus— y no se ha podido resistir.

La *verdadera* realidad era que la presencia del antiguo amigo de la familia en aquella casa era un plan bien urdido. Había comenzado a fraguarse cuando Pau se había encontrado con él por casualidad en el almacén de materiales el día anterior, y Neus, en connivencia con su hermano, lo había rematado durante la cena de Nochevieja invitándolo a merendar.

—¡Bueno, bueno, bueno! ¡Pero mira a quién tenemos aquí! —repuso

Neus, más feliz que unas pascuas. Se levantó del sillón que ocupaba y fue a saludar al recién llegado con un beso en cada mejilla.

Anna seguía contemplando la escena con sorpresa. La noche anterior había dado por hecho que coincidiría con Jaume a menudo ahora que los dos volvían a estar en la isla, pero no había contado con que el encuentro tuviera lugar al día siguiente y en su propio salón.

—¡Hola, Jaume! ¡Qué bien! Pasa, pasa, por favor, siéntate —le ofreció Anna.

Él no se lo hizo repetir y fue a ocupar el lugar que quedaba justo frente a ella.

—Sí —comenzó a explicar, como si de pronto necesitara reforzar la idea de que el encuentro había sido casual—, estaba dando una vuelta por el puerto, que por cierto está precioso, y me encontré con tu hermano... —sonrió—. ¿Quién puede resistirse a unos pasteles el día de Año Nuevo?

Todos festejaron el comentario. Andy, la que más.

—Pues déjeme que le diga que lo disimula bastante bien, señor Mayol... Jaume pensó que lo habían descubierto y no supo muy bien cómo responder.

—Sí, está en forma —intervino Pau, salvando el momento—. Debería decir “sigue en buena forma”, porque es así desde que me acuerdo...

—Por favor, no me trates con tanta formalidad, Andy —repuso Jaume,

aliviado de que la cosa fuera por ahí—. Y no creas que es natural... La buena forma, digo. Desde que descubrí que si me duermo en los laureles la gravedad se impone, especialmente en esta zona —señaló su estómago—, salgo a correr todos los días. Así venzo la gravedad y no renuncio a los placeres de la vida, ¿no?

—Qué suerte, a mí la gravedad me la tiene jurada. La única forma de no desbordarme por los contornos es dejar de comer —apuntó Anna riendo—.

Oye, ¿qué te apetece tomar? ¿Sigues siendo tan cafetero como antes?

Jaume echó un vistazo con disimulo a las tazas que había sobre la mesilla; todas eran de café excepto una. Muchas cosas habían cambiado en su vida, ésta concretamente no, pero, por lo que sabía, las que habían cambiado en la vida de Anna eran muchas más. Los cambios se llevaban mejor en compañía.

—Me sigue gustando igual, pero según el médico he cubierto mi cuota, así que... ¿Qué tomas tú? Quiero lo mismo, ¿puede ser?

La sonrisa de Anna, enorme y brillante como la recordaba, le confirmó que no se equivocaba.

—Claro que puedes, la cuestión es si quieres. Es una mezcla de hierbas para... Bueno, lleva un poco de todo... Laxantes no, tranquilo —apuntó risueña—. Es muy sana y está rica, ¿te apuntas?

—Ah, ahora entiendo, ese es tu secreto de belleza, ¿eh? ¡Claro que me

apunto! Con un poco de suerte igual me hace el mismo efecto —repuso él con picardía.

Anna lo miró algo incómoda por el halago.

—Ya veo que sigues siendo el mismo zalamero de siempre. ¿Alguien quiere más café?

—Quédate que voy yo. Tú atiende a nuestro invitado —terció Neus.

El tono que empleó la mujer resultó natural para la mayoría de los presentes, no así para Roser que suspiró malhumorada y retomó su monólogo con la pequeña Luz. Desde hacía dos meses la casa era otra. No tenía nada en contra de Jaume, de todos los novios que había tenido su hermana, era el mejor con diferencia -decente, inteligente y de buena familia-, pero no entendía a santo de qué volvía a aparecer en escena pretendiendo que no habían pasado tres décadas desde la última vez. Cuando había estado en su mano evitar que Anna se fuera a tierras inglesas, no había intervenido más que para permitir que su orgullo herido hablara por él. ¿A qué venía ahora? A Anna lo último que le hacía falta era que un ex-novio viniera a complicar su vida más de lo que estaba.

En el otro extremo del sofá, Tina contemplaba la escena con asombro. En su caso, se debía a razones distintas de las de Anna. Era evidente que el

*bombonazo* no necesitaba que nadie lo convenciera de venir a verla; le había quedado clarísimo la noche anterior, dos segundos después de conocerlo, al

ver la insistencia con que sus ojos regresaban a la madre de Andy. Pero allí estaba Pau, con su habitual indumentaria de estilo informal pero elegante, todo sonrisas... ¿Haciendo de Celestina?

Increíble.

Le seguían resultando muy extraños los cambios de personalidad del tío de su amiga, y empezaba a sospechar que quizás tuvieran que ver con el regreso de la pequeña Alba a su vida. ¿Sería un intento de mostrarse como “super papá” ante la niña, y que ella no viera cómo era en realidad; un metomentodo controlador y déspota? Nadie podía cambiar tanto de la noche a la mañana.

—¡Hola, Tina, ¿te gusta mi conjunto?! —La voz de Alba sacó a la entrenadora de sus pensamientos que miró el precioso -y carísimo- conjunto rojo de chandal y sudadera.

—Mucho. Te queda genial.

—No está mal —admitió la niña con una coquetería que la hizo reír—, pero me gustaría más en rosa... Me lo regaló papi.

Ahora que lo pensaba, Tina tampoco podía imaginarse a Pau Estellés escuchando los consejos de la dependienta de una boutique infantil. Estaba claro que no lo había hecho, de otra forma habría salido de la tienda con algo igual de caro, pero en rosa. Era el color de moda.

—Bueno, dale tiempo, ya aprenderá... —repuso la entrenadora—. ¿Y el mío qué te parece?

16

—¡Guay ! —dijo Alba, hablando como si estuviera con otra niña de su edad—. ¡Todos tus conjuntos me encantan! Bueno, ¿nos vamos ya?

Tina asintió y le hizo un gesto a Andy de que era hora de que se despegara de su irlandés y fueran al gimnasio.

—¡Biennnnnnn! ¡Nos vamos, papi! —lo celebró la niña, y en plan tromba enfiló para la puerta.

—Eh, no tan rápido —dijo Pau, que la agarró por la capucha de su chaqueta, haciéndola regresar junto a él. Su hija no paraba de reír lo cual le dio tiempo a despegar su atención de Tina y centrarse en el tema.

Alba no era la única encandilada por la indumentaria de la entrenadora, su padre también.

—¿Os vais ya? —Había sido un comentario, ya que había detenido a la niña y todos, empezando por ella, lo estaban mirando.

Tina le echó una mirada displicente. Vaya pregunta, ¿acaso no era evidente que se iban? Al fin, asintió con la cabeza. Andy, que la conocía lo bastante como para leerle el pensamiento, sonrió. Intercambió miradas con Dylan.

—Vale. ¿Y a qué hora acabáis? —continuó el menorquín. Utilizó el

plural, pero sus ojos no abandonaron a la entrenadora en ningún momento.

“Ya estamos con el control”, pensó ella.

—Acabaremos cuando acabemos, ¿por? —repuso.

Andy sintió la necesidad imperiosa de agacharse a recoger algo del suelo cuando vio la expresión de Dylan; podía interpretarse perfectamente como un “¡toma carácter!”.

Las sonrisas dominaban por clara mayoría. Incluso se oyó alguna risa furtiva de la que el menorquín no se dio por aludido. Al contrario, su ceja derecha subió tan alto que podía peinarla con el resto del pelo, y su voz no sonó nada divertida cuando habló.

—Te llevas a mi hija. ¿Esperas que adivine cuándo ir a buscarla?

—No me la llevo, no es un paquete, viene porque quiere. Y cuando quiera que la vayas a buscar, te lo diré, ¿no, Alba? —replicó sin apartar sus ojos del menorquín.

—¡Sí, papi, yo te llamo! Venga, vámonos...

Pero nadie más que Alba se movió del sitio. Un silencio expectante se adueñó del salón y para asombro de todos, durante unos instantes, ninguno de los dos apartó la mirada.

A Pau le gustaban las personas con carácter, pero no estaba dispuesto a tolerar memeces. Los niños tenían horarios. Decírselo en aquel momento, sin

embargo, solo empeoraría las cosas...

Tina tampoco toleraba memeces, pero, a diferencia de Pau, le daba exactamente igual quién estuviera delante. Él era la clase de persona a la que, a menudo, hacía falta pararle los pies y ella era la única en esa sala que podía hacerlo sin atenerse a las consecuencias. No eran familia ni su economía dependía en modo alguno de él.

Dylan no conocía a Tina lo bastante para leerle el pensamiento, pero todo su lenguaje corporal era como un cartel luminoso en el que parpadeaba la palabra PELIGRO. La de él no se quedaba atrás. A pesar de haber dejado claro desde el primer momento su interés por comunicarse con ella dirigiendo la conversación en inglés y no en menorquín, su cartel luminoso decía claramente “NO TE PASES”. Estaba seguro de que sería una batalla digna de presenciar, pero solo disponía de unos pocos días para disfrutar de Andy, y quería tener la fiesta en paz. Que se batieran a duelo, si les apetecía, cuando él hubiera regresado a Niza.

—Yo también voy —dijo Dylan—. Puedo traer a tu hija en mi coche.

El primero en retirar la mirada fue Pau que puso su atención en el irlandés pensando que, por una vez, tenía algo que agradecerle.

—Claro, Pau, no te preocupes —intervino Anna—. En cuanto las chicas vuelvan de entrenar, te aviso para que vengas a buscar a Alba... Aunque... Si la niña no tiene programa con los abuelos, podríais quedaros a cenar. La

invitación también va por ti, Jaume, por supuesto.

—Muchas gracias... Esta vez no podrá ser, pero a la próxima me apunto con gusto —respondió él.

La pequeña ya estaba en el quicio de la puerta dando saltitos de alegría y Tina aprovechó el momento para recoger sus cosas y ponerse en marcha.

—Bien, entonces vámonos —dijo pasando por delante de Pau sin mirarlo.

—¿No se te olvida algo? —repuso él, disfrutando anticipadamente de lo que estaba a punto de suceder.

Tina se detuvo. Su lenguaje corporal indicó claramente que lo estaba haciendo a regañadientes, pero volvió la cabeza y lo miró.

Él puso su mejor cara de sorprendido.

—Ah, no... No te lo decía a ti. —Asomó la cabeza por el costado de la entrenadora para poder ver a su hija—. ¿No se te olvida algo, *peque*?

Alba corrió hacia su padre quien la esperaba con los brazos abiertos.

—Esto está mejor —dijo Pau recibiendo de buen grado una lluvia de besos por parte de la niña—. Me parece bien si te apetece venir en el coche con la prima Andy, pero si quieres que te vaya a buscar, me avisas y en un periquete me tienes ahí, ¿vale, princesa?

—Que sí, papi...

—De acuerdo. Entonces, ve.

—¡Vámonossssss! —exclamó la pequeña quien ya estaba corriendo otra vez hacia la puerta.

Él se enderezó, su mirada se cruzó con la de Tina que meneó la cabeza y no pudo evitar que una sonrisa traicionera le curvara los labios. No lo diría en voz alta, pero verlo interactuar con su hija era un verdadero espectáculo. Un ogro que se transformaba en papá oso ante la avalancha de cariño de la niña. Quien no se movió del sitio fue Andy, que seguía en su mundo, mirando a Dylan arrobada. Era la primera vez que salía con alguien que demostraba interés por formar parte de las otras cosas de su vida que no tenían que ver con él. Estaba en el Limbo.

—¿Vas a venir a buscarme? —preguntó en un tono acaramelado.

El irlandés acusó recibo de la intensidad de su mirada, y lo hizo a su manera.

—Voy a disfrutar viendo cómo pones en forma ese cuerpo serrano. —

Coronó la frase con un movimiento sensual de las cejas que derritió aún más a Andy y provocó sonrisas cómplices en todos, excepto en Pau.

—No eres cliente del *gym*. No sé si te dejarán entrar.

Los dos sonrieron al darse cuenta de que se estaban enredando en uno de sus juegos otra vez.

—Eso sería un problema... —admitió él—. Pero seguro que tú te ocupas de resolverlo.

Y tanto que lo resolvería. Como si tenía que encerrar a la recepcionista en las taquillas del vestuario. Andy asintió divertida.

Dado que la pareja continuaba a lo que estaba, Tina volvió sobre sus pasos.

—¡Os quiero chicos, pero qué pesados sois con vuestros jueguitos románticos! —exclamó al tiempo que tomando a Andy de la mano, se llevó a la muchacha consigo.

Para regocijo de dos de sus hermanas, la mirada de Pau no se despegó de la entrenadora hasta que desapareció del salón. La tercera exhaló un suspiro de resignación.

Con la cantidad de buenos partidos entre los que el más cotizado de los Estellés podía elegir, pensó Roser, ¿tenía que poner sus ojos justamente en una inglesa? ¿Qué demonios le sucedía a su familia con los hijos de la Gran Bretaña?

Poco después de que las deportistas se hubieran marchado, el salón había empezado a quedarse desierto. El primero en irse había sido Pau y como empresario le sobraban razones para hacerlo. Detrás de él, se habían marchado Neus y Roser llevándose a Luz, y en su caso, no había razones sino excusas; se trataba de una maniobra para dejar a Anna sola con Jaume. A él le resultó tan obvio que lo recibió como una mezcla de esperanza y ánimo.

Anna estaba tan sorprendida de tenerlo allí, en su salón, que no se dio cuenta de nada.

Jaume fue a sentarse junto a ella, la conversación empezó a fluir igual que antaño y muy pronto perdieron toda noción del tiempo. Se lo notaba ilusionado con su nuevo proyecto de instalarse en la isla y dedicarse a construir embarcaciones deportivas y de lujo.

—¿Y qué dijo tu familia?

Qué *no* le habían dicho era la frase correcta. Desde el moderado “eres un inconsciente” hasta el encendido “¡¿largarte a la aventura a diez de años de jubilarte? Estás loco!” había dónde elegir.

—¿En resumidas cuentas? Que estoy loco de atar. Y reconozco que algo de cierto hay en eso, porque estas cosas se hacen a los veinte, no a los cincuenta —Anna se echó a reír—, pero no tengo nada que perder...

Su mirada se ensombreció durante un instante y ella entendió que no se refería solo a la pérdida de su hijo, sino a la sensación de que ese ser, que había sido el principio y el fin de los propósitos de su vida, también se había llevado consigo el temor al fracaso. Simplemente porque ahora nadie más que él sufriría las consecuencias.

Pero la sombra se disipó con rapidez y Jaume continuó. Había cosas que necesitaba aclarar.

—En realidad no es un proyecto nuevo, lleva años entre mis pendientes,

pero el astillero me aseguraba un buen trabajo y al final, me acomodé a las circunstancias... El primer tiempo en Florida no sabía qué hacer con mi alma, de verdad. Éramos muy compinches Éric y yo, hacíamos muchas cosas juntos... —Jaume hizo una pausa tras la cual miró a Anna—. No me casé por amor. En mi descargo diré que ella tampoco. Pero mi hijo es lo mejor que me sucedió en la vida. Se vino a vivir conmigo a los siete años, al poco de que su madre y yo nos divorciáramos.

Anna no ocultó su asombro. Un matrimonio de conveniencia era lo último que se habría imaginado.

—A eso te referías anoche, cuando dijiste que lo habías tenido “contra todos los pronósticos familiares”...

Jaume asintió.

—Nos veíamos de tanto en tanto... El embarazo fue totalmente accidental, y dado que abortar no se nos cruzó por la cabeza a ninguno de los dos, decidimos casarnos. Habíamos cumplido los treinta ya y la boda convenía a ambas familias, así que... En casa dieron una fiesta... Imagínate, ya habían perdido las esperanzas y de pronto, no solo tendrían la tan esperada boda, sino que además iban a ser abuelos... ¡Nunca había visto a mi padre tan rebotante de felicidad, te lo juro!

La llegada de Danny interrumpió la conversación y, a diferencia de lo que el muchacho hizo parecer, no acababa de suceder; llevaba unos minutos

escuchando al otro lado de la puerta.

—¿Ya está en casa, mi niño? ¡Qué bien! Ven, dale un beso a tu madre.

Pero el muchacho en vez de acercarse para besar a su madre, tomó la manta que Anna había dejado a un lado y la extendió sobre sus piernas. A continuación, tomó el mando de la calefacción y subió la temperatura.

—Tu niño ya es mayor para que lo llames niño y este salón es una nevera.

¿También voy a tener que enfadarme contigo como hace Andy?

Anna tiró del borde de la manta y se cubrió hasta el cuello, mirando a su hijo con ternura.

—No, por favor, no te enfades conmigo, cariño... Anda, ven y dame un beso.

El muchacho obedeció a regañadientes. Ella aprovechó la cercanía para tirar de él y hacer que se sentara a su lado.

—¿Te acuerdas de Jaume? —dijo, pasándole un brazo alrededor del hombro.

El muchacho se la quitó de encima con suavidad, pero permaneció sentado junto a ella.

—¿Cómo no me voy acordar, mamá? —dijo—. Lo que te contaba debía ser la hostia de interesante porque os pasasteis toda la noche hablando y aquí seguís...

A Anna la llenó de ternura la reacción de su hijo. No sabía si reprenderlo

por tratar con tan poca gentileza a las visitas, o abrazarlo. Decirle que la enternecían sus celos, pero que él nunca dejaría de ser el hombre de su vida. Realmente, no lograba decidirse.

Jaume la libró de tener que hacerlo.

—Lo que sucede es que llevamos muchos años sin vernos y se nos han acumulado las noticias, Danny, pero si nos ponemos muy pesados, avísanos. Lo hacemos sin darnos cuenta.

—Tranquilo, que lo haré —repuso Danny sin mostrar la menor intención de dejarlos a solas.

Tina fue la última en entrar y en cuanto vio que el tío de Andy estaba allí, de pie con aquel aire de único gallo del corral, el casco de motorista en la mano y aún vistiendo la cazadora, no pudo reprimir la tentación.

—¡Ya estamos aquí, familia, todos sanos y salvos! —anunció.

Pau se volvió en la dirección que venía la voz. El rostro anguloso de Tina lucía relajado y mucho más atractivo de lo habitual. Por lo visto, no sólo la música amansaba a la fieras, dos horas largas de entrenamiento en el gimnasio también, pensó el menorquín.

Tina no le dio ocasión a que dijera en voz alta lo que estaba pensando y se limitó a pasar a su lado sin dejar de sonreír. Se fue a su habitación a cambiarse. En cualquier caso, Alba ya estaba trepando por las piernas de su

padre, acaparando su atención.

El salón estaba bastante despejado, notó Andy mientras iba hacia su madre a darle los dos besos de rigor. Hizo lo mismo con Danny, que a su lado jugaba con la PlayStation.

—¿Y el señor canoso tan guapo ya se ha marchado? —preguntó con picardía.

Pero no fue Anna quien contestó primero, sino su hijo.

—Gracias a Dios.... —comentó el muchacho.

—¿Por qué dices eso? —repuso su hermana—. Es un amigo de mamá y está claro que lo pasan bien juntos. Tú no te metas...

Anna levantó las manos en un gesto de rendición y le hizo un guiño a

Dylan. Para él era previsible que a Danny “ese señor canoso tan guapo” no le sentara demasiado bien, por lo menos de primeras. Celaba a su madre del mismo modo que las hijas mujeres celaban a su padre. Además, siendo el único hijo varón era el centro de atención de la familia y seguro que no le gustaba la idea de tener que empezar a compartir con otro su lugar de privilegio.

Sorteando las piernas de Alba que estaba junto a su primo, sentada sobre un cojín en el suelo, el irlandés ocupó el asiento que había al lado del muchacho.

—Construye yates y embarcaciones de recreo, incluidas motos de agua.

Yo que tú le daría una oportunidad —le dijo en tono de confianza y a pesar de que el muchacho no apartó la vista de la pantalla, a Dylan le resultó evidente que la información había captado su interés.

—¿Y las tías? —preguntó Andy, todavía de cuclillas frente a su madre.

—Tía Neus está cocinando...

Andy no la dejó acabar la frase.

—¡Y tía Roser, bañando a Luz, no me lo digas! —exclamó, risueña.

—Exacto —repuso Anna, riendo—. Y por el tiempo que lleva encerrada en ese baño, tendremos que llamar a los bomberos para achicar el agua.

—Bueno, me voy a cambiar para cenar —anunció Andy. Al pasar junto a Dylan, le frotó la calva cariñosamente a lo que él respondió con un guiño.

Transcurrió un rato hasta que las chicas regresaron al salón y para entonces, la mesa ya estaba puesta. Roser y Luz habían abandonado el baño, y la pequeña jugaba sobre la falda de Anna.

Su tío seguía allí, pensó Andy divertida. Los mensajes subliminales que, según Dylan, le enviaba a Tina, empezaban a parecerle carteles luminosos.

Ya había recuperado a su hija sana y salva, ¿por qué continuaba en el salón?

Pau reparó con disimulo en Tina. Vestía ropa casual -vaqueros y una camisa blanca-, y llevaba el cabello recogido en una coleta alta.

El menorquín apartó la vista justo en el momento en el que su hermana

Neus, que había detectado la mirada aunque no él lo supiera, le hablaba.

—Te quedas a cenar, ¿no?

—No, los abuelos nos esperan... En cuanto la señorita acabe su partida, nos iremos —dijo refiriéndose a su hija.

—Ya acabo, ya acabo, papi —repuso la niña que jugaba como Danny.

En aquel momento sonó el timbre.

—Dejad que voy yo —anunció Andy. Y cuando regresó, lo hizo acompañada de Ciro que venía a despedirse ya que se marchaba a Barcelona.

—Hola y adiós, lo siento pero me tengo que ir corriendo... —dijo el chef al tiempo que repartía besos entre la familia y explicaba—: Pau, te llamo mañana y hablamos con tranquilidad sobre lo que teníamos pendiente. Lo siento, pero mi segunda chef acaba de avisar que está con gripe. Todavía estoy dudando si era ella porque te juro que sonaba como un extraterrestre...

—¿Cómo que te vas? ¿Y cuándo vuelves? —intervino Neus, que ya se había puesto de pie, preocupada.

Él la rodeó con sus brazos.

—Tranquila, mamá... Aún no sé cuándo vuelvo, ya te llamaré.

—De eso, nada. Me llamas mañana y si la cosa va para largo, y por largo quiero decir más de dos días, el lunes me voy a Barcelona.

—¿Crees que conseguiré algo si te recuerdo que soy un chico muuuuy grande, ¡y soy chef, así que no me moriré de hambre... yupi, yupi, yupi!?

Vamos, que estoy bastante seguro de que sobreviviré un par de días sin ti...

—¿No deberías saber ya que eso es pedir un imposible, sobrino? Además, llegas tan rendido que te vas a la cama con un sandwich de jamón y un puñado de pipas, que yo te he visto —terció Roser. Siempre había visto con

buenos ojos la implicación de Neus con sus hijos.

Neus no pudo evitar reír ante el tono de resignada desesperación que había empleado su hijo.

—Ya, me lo imaginaba —concedió Ciro.

Para Pau su marcha era un trastorno importante que lo obligaría a reprogramar varias cosas, entre ellas la visita prometida a los abuelos maternos de la niña el día de Reyes.

—Me haces polvo —no pudo evitar decir.

—Lo sé, tío, lo sé... A mí también me mata, quería aprovechar estas mini vacaciones para unas cosas que tengo en mente, pero si ella no está y yo no estoy esa cocina será un caos...

Pau asintió con la cabeza.

—Sí, claro, disculpa... Es que tengo una semana de locos. No te preocupes, ya nos arreglaremos.

Le había llegado el turno a Tina y y Ciro se despidió al estilo español, con un beso en cada mejilla, haciéndola reír.

—“El deber te reclama”. Ya lo sé, no me lo digas...

—Si es que no puedo arriesgarme a dejarla ir a trabajar en el estado que está y que apeste a todo el mundo... ¿Cómo llevo una cocina sin segundo chef, sin ayudantes, sin pinches...? ¡Todavía no hago milagros! —dijo Ciro riendo aunque se notaba que aquella gripe en mitad de sus primeras

vacaciones en un año, no le había sentado nada bien.

—Bueno, no olvides darme un toque cuando vayas a esa reunión de cocineros... Podemos tomarnos un café o algo...

Ciro miró a Tina con una de sus caras cómicas, haciendo que ella empezara a desternillarse antes de que él pronunciara una palabra.

—Convención de Chefs —precisó él.

—Perdón —repuso Tina, risueña.

En aquel momento, a Ciro se le encendió la lamparilla.

—¿Tengo tu móvil? Me parece que sí, que me lo grabó la tía una vez, pero míralo a ver si está bien. Por las dudas...

Bingo.

Pau presenció con total atención cómo la entrenadora comprobaba el móvil de Ciro.

Neus se inclinó para tomar a Luz en brazos.

—La cosa se pone cada vez más interesante, ¿eh? —murmuró lo bastante alto para que solo su hermana la oyera. Lo que encontraba más divertido era que Pau no se estaba dando cuenta de nada. Ni de lo evidente que resultaba a los demás su interés por la amiga de Andy. Ni de que su sobrino, que se había percatado de dicho interés, se lo estaba pasando en grande a su costa, aprovechando cada ocasión que se le presentaba para hacer parecer que entre

Tina y él había algo.

—Interesantísima —susurró Anna mirando a su único hermano varón con ternura.

Mientras tanto, Tina le devolvió el móvil a su dueño tras verificar que el número era correcto.

—Avísame tan pronto llegues para que me dé tiempo a organizar la agenda, que ya sabes que mis días laborales son de locura...

Él asintió y continuó despidiéndose.

—Lo siento, Dylan, tendremos que dejar nuestras aventuras culinarias para otro momento. —Estrechó la mano del irlandés. A continuación, se inclinó a besar a Andy—. Querida prima, te dejo a cargo de mi aprendiz. Por favor, mantenlo entretenido en mi ausencia.

—Quédate tranquilo que intentaré que no se aburra demasiado —repuso Andy con picardía.

—Bueno, familia, buen comienzo de año para todos y nos vemos en unos días... Me voy, que tengo un taxi esperando fuera...

Ciro acabó la rueda de saludos y al pasar junto a Tina le indicó con un gesto que la llamaría. Ella asintió y fue a sentarse junto a Alba, en el suelo, donde se dedicó a atender la partida de los niños.

Neus y Anna sonrieron ante el guiño que les dedicó el chef antes de

desaparecer tras la puerta. Roser, en cambio, puso los ojos en blanco. No podía creer que Ciro también estuviera aportando su granito de arena a semejante insensatez.

Pau continuó mirando a la entrenadora mientras analizaba la situación.

Ciro y Tina se llevaban bien. No era algo nuevo. Pero ¿tanto para quedar a tomar café en uno de esos viajes supersónicos que el chef hacía cuando tenía que asistir a eventos fuera de España? ¿Desde cuándo Ciro demostraba interés por algo que estuviera fuera del ámbito de la cocina de autor? Por no hablar de Tina. ¿Una pedazo de mujer como ella con un genio despistado como su sobrino?

Imposible.

## **Episodio 10**

Viernes, 1 de enero de 2010.

Casa de Conor Finley,

Londres.

Conor estaba entrando en casa cuando el móvil comenzó a sonar. El motero rebuscó en su mochila y cuando al fin lo encontró vio que se trataba del padre de Nikki.

Joder.

Dudó entre atender o dejar que saltara el contestador. Siempre habían

tenido una buena relación y hablaban con frecuencia. Sabía que el hombre lo apreciaba sinceramente, pero aquel día lo último que le apetecía era hablar con el padre de su ex novia.

*Ex novia.* Qué raro le resultaba pensar en Nikki de esa forma. Le parecía irreal, pero el móvil seguía sonando y decidió atender.

—*Hola, hijo. Estaba a punto de colgar* —oyó que Fred le decía.

—Sí, perdona, es que tenía el móvil en la mochila y hasta que conseguí sacarlo... Feliz Año, por cierto. ¿Qué tal todo por ahí?

—*Bien, gracias. Disponiéndonos a empezar un nuevo año, por mi parte, que quede claro, sin pensar en jubilarme todavía... ¿Y tú? ¿Reponiéndote de la juerga de Nochevieja con tus colegas del club?*

Ya, menuda juerga, pensó el motero. Había estado hasta las tantas mirando carreras de motos por televisión en su salón y con apenas cinco horas de sueño, se había ido a hacer kilómetros en su Harley. Solo, por supuesto, ya que no tenía humor para nada. Razón que explicaba que hubiera enterrado el móvil al fondo de la mochila, en vez de llevarlo a mano como haría cualquier persona normal. Acababa de llegar y seguía sin estar de humor.

—Qué va. Vengo de trabajar —mintió—, en estas fechas siempre vamos atrasados con los pedidos y parte del personal está de vacaciones así que...

—*¿Y qué tal por tu casa, habéis pasado una buena noche?*

—Sí, bueno, ya sabes cómo son estas reuniones: comer, beber, y contar las mismas viejas historias de siempre...

Conor se encaminó a la cocina donde después de poner el móvil en modo altavoz, abrió la nevera e inspeccionó el contenido. La única copa de champán que había tomado en la cena le había sentado fatal. Todavía seguía teniendo mal cuerpo, así que no tenía mucho dónde escoger. Se sirvió una tónica de la que bebió pequeños sorbos mientras escuchaba al padre de Nikki.

— *¿Y Milo, sigue en la plataforma o al fin ha podido viajar?*

—Por los pelos. Llegó hace un par de días y se marcha el domingo, pero, sí ha traído un buen lote de historias nuevas, así que no hay quejas —dijo el motero, intentando poner una nota de humor.

— *Eso está muy bien* —repuso Fred—. *Me alegro mucho, Conor, sé cuánto disfrutas de tener a tus hermanos contigo...*

—Lo sé, lo sé, gracias...

Y, de pronto, no hubo más palabras. Como si hubiera presentido que aquella conversación tan social estaba a punto de cambiar, Conor dejó el bote de refresco sobre la cocina, cogió sus cosas y se dirigió al salón.

Fred no permitió que el silencio durara demasiado. Había llamado por una razón, aparte del interés personal que tenía por él, y decidió ir al grano de inmediato, esperando que Allá Arriba no le tuvieran en cuenta la mentira que

estaba a punto de contar.

— *Ya sabes que mañana se marcha Nikki...* —empezó a decir—. *Y como hubo un cambio de vuelo a última hora, he pensado en avisarte... A lo mejor ya lo hizo mi hija, pero por las dudas...*

*¿Su Majestad dignarse a llamarme otra vez? Eso jamás, su orgullo no lo soportaría.*

Él no respondió. Lo último que quería era ser desagradable con alguien que no se lo merecía.

— *Sale de Heathrow a las nueve menos cinco de la mañana. Es un vuelo directo de Swissair.* —Hizo otra pausa que Conor volvió a ignorar, así que el hombre fue directo al meollo de la cuestión—: *Es posible que pienses que me estoy metiendo donde no debo, pero nos llevamos bien y sé que me aprecias... Y espero que no tomes a mal que me aproveche de la situación en este momento...*

El motero soltó la mochila de mala gana y se sentó en el sofá. Continuó en silencio.

— *Sé que os habéis peleado. Y sé que ahora mismo estás muy enfadado, seguramente, más enfadado de lo que nunca has estado con mi hija... Pero la quieres, y ella a ti... Mañana se marcha por unos meses y estaría bien que fueras a despedirla, que os vierais. No por acercar posiciones, sino para*

*dejar claro lo que seguís sintiendo el uno por el otro... Ir al aeropuerto no supone ceder, Conor, sólo reconocer que Nikki es importante para ti. Sólo eso.*

Fred juzgó oportuno cerrar la boca y dejarlo procesar la información. Siempre había apostado por ellos. Esta vez, sin embargo, intuía que la reconciliación no sería sencilla y que, probablemente, Nikki necesitaría mediadores. En tal caso, ponerse pesado y que Conor rehuyera sus llamadas no sería de gran ayuda.

Fred Campbell tenía razón en un par de cosas, pensó el motero. Estaba más cabreado que un babuino con su hija. Y sí, la quería con todo el alma.

Muy a su pesar, seguía enamorado. Pero era *ella* quien se iba. Era *su* elección. Así que, en todo caso, lo que estaba en entredicho no eran sus sentimientos, sino los de Nikki. ¿Por qué debía ser él quien tomara la iniciativa *otra vez*? Estaba hasta la coronilla de ser quien siempre echaba el resto, quien se disculpaba, quien le ponía al mal tiempo buena cara... Harto.

El suspiro que exhaló sin darse cuenta fue suficiente respuesta para el padre de Nikki.

*— Bueno, ya he dicho lo que quería decirte. Ahora, te dejo seguir con tus cosas... Hasta mañana, hijo.*

El motero se despidió del hombre agradeciéndole la llamada y no hizo la menor alusión a si se verían al día siguiente o no. Milo había dicho que fuera

paciente, que era cuestión de tiempo que su “mente de ingeniero” se pusiera a funcionar y hallara la solución a todo aquel embrollo.

Pero el tiempo pasaba y la serenidad brillaba por su ausencia. Su mente de ingeniero aún no se había puesto a funcionar ni había visos de que fuera a hacerlo pronto.

Conor apoyó la nuca contra el borde del sofá y cerró los ojos.

Su mente estaba desbordada por las circunstancias.

Y muy agotada, como todo él.

Mientras tanto, en la casa de la familia Estellés, en Menorca...

La respuesta de Tina a Pau había dado que hablar desde que él se había marchado y la familia se había sentido libre de cotillear a sus anchas. En realidad, lo que las hermanas estaban haciendo era sondear a la entrenadora en busca de algo que explicara el repentino interés del único varón de los

Estellés por ella. Sin éxito, ya que Tina no solo se hacía la desentendida, sino que se las había arreglado para desviar el tema una y otra vez.

Dylan acababa de salir al patio para atender una llamada cuando Neus volvió a intentarlo.

—Creo que este será un gran año para la familia, porque ha empezado a pedir de boca. La pequeña Alba otra vez con nosotros, Andy enamorada de un hombre que la adora, su madre recuperando viejas amistades... ¡y para ponerle la guinda al pastel, Tina dándole a probar a Pau un poco de su propia

medicina! ¡Menuda cara se le quedó, ¿habéis visto?!

Tina sacudió la cabeza. Llevaba todo el día soportando estoicamente los comentarios con doble sentido. Ya estaba bien.

—Pero vamos a ver, ¿qué hay de particular en lo que le dije? Por favor, ¿no os parece que estáis exagerando un poquito? Os aseguro que no es la primera vez que le paro los pies a alguien.

Andy se reía sin el menor disimulo. Anna fue quien respondió.

—Eso no hace falta que lo aclares, cariño. Tienes tu buen genio, pero vas a tener que disculparnos la emoción porque aunque a ti no te lo parezca, para nosotras es una novedad. Es la primera vez que le plantas cara a mi hermano en ¿cuántos, quince años? ¡Lo has dejado pasmado!

—Que pasmado ni pasmado... Muchas veces ha dicho cosas que no me han gustado, pero no me las decía a mí y no estoy tan loca como para meter mis narices donde nadie me llama. Esta era la primera vez que el tema iba conmigo. Insisto, estáis exagerando. Dijo algo que me pareció fuera de lugar y se lo hice notar. Ahí acabó todo.

No era así. Al contrario, *allí había comenzado todo*. A las hermanas ya les había resultado sorprendente que Tina y Pau hubieran pasado tiempo juntos en la fiesta sin que corriera la sangre. Algo había cambiado entre los dos, aunque Tina lo negara. Pau ya no la miraba como a la amiga con mucho genio de su sobrina con quien había que contemporizar y en la actitud de

Tina hacia él había demasiado desafío para tratarse del tío de su mejor amiga.

—Es que después de veros bailando anoche, pensamos que habíais hecho

las paces... —intervino Neus. Estiraba la manta sobre Luz, que dormía plácidamente en el carrito de bebé, pero su tono denotó que estaba sonriendo.

Las dos cejas de Tina se arquearon al mismo tiempo. “¿Hacer las paces?”.

El asunto estaba tomando un cariz que no le gustaba para nada, y dado que no tenía intención de permitir que se convirtiera en tema de conversación, se puso de pie.

—¿Sabéis? Vuestra imaginación da mucho miedo, señoras. Me voy a dormir —anunció la entrenadora, y abandonó el salón seguida por las risas de las mujeres.

—¿En serio espera que creamos que no se da cuenta de nada? ¡Lo de Pau es tan evidente que hasta un ciego lo vería! ¿O acaso tú te lo crees? —dijo Neus que ahora centró sus sondeos detectivescos en Andy.

*Se daba cuenta.* Y la desconcertaba bastante. Andy lo sabía no porque ella se lo hubiera dicho, sino porque la conocía bien. Su amiga, en realidad, no hablaba de Pau más que para hacer algún comentario cáustico acerca de su autoritarismo y había sido precisamente tanta causticidad la que le había puesto la mosca detrás de la oreja. Tina no era así; tenía un carácter fuerte y era muy directa, pero no era rencorosa. Así que ¿cuándo había surgido esa antipatía hacia Pau? Y por qué.

—¿En serio esperáis que me vaya de la lengua? Ni hablar.

—¿Estás insinuando que no sabemos guardar un secreto, cariño? —apuntó Neus, lamentando que su sobrina le hubiera cortado el “momento cotilleo” de cuajo.

—Insinuar ¿qué? Noooooooooo, eso jamás —repuso Andy riendo.

Anna despeinó cariñosamente el cabello de su hija. Sospechaba que las razones de Andy para callar eran otras. Quería que Tina fuera su socia y sabía que el único obstáculo que había era su preocupación por los recientes problemas de salud de su padre. Era cuestión de tiempo que su amiga dejara de sobredimensionar las cosas y comprendiera que para él ninguna medicina podía ser más efectiva que verla prosperar y ser feliz. Sin embargo, el asunto Pau Estellés era harina de otro costal. Podía ser un apoyo si la pareja acercaba posiciones, o convertirse en un obstáculo insalvable, si no lo hacía.

Era hora de acabar con las bromas; el momento reclamaba prudencia.

—¿Y...? —le preguntó Andy a Dylan en cuanto regresó al salón.

Sus ojos mostraban tanta expectación como su voz. Dejaba claro que sabía con quién había estado hablando aunque él no lo hubiera dicho y que estaba ansiosa por saber, cosa que a Dylan le encantaba.

Pero también le encantaba pincharla...

—¿Y qué? —Le hizo un guiño con disimulo a Anna y tomó asiento junto a Andy.

Ella, que lo caló al vuelo, empezó a reír.

—¡Y qué va a ser, Dylan! Pregunto qué tal te fue con Clinton.

El irlandés sonrió y como hacía siempre, se tomó su tiempo. Cruzó una pierna sobre la otra formando un cuatro, descansó un brazo sobre el respaldo del sofá y miró a su chica (que seguía desternillándose) con sumo interés.

—¿Por qué das por sentado que era él? Me llama mucha gente...

Neus y Anna estaban tan abstraídas en la interacción de la pareja que era como si no estuvieran allí. La relación que mantenían avanzaba con rapidez, afianzándose de una manera que ninguna de las dos había esperado. Las maravillaba la forma en que congeniaban a pesar de las evidentes diferencias.

—Has salido a hablar al patio. O sea, eran negocios.

La mirada del irlandés se tornó pícaro.

—Bueno, también saldría al patio si fuera una conversación de tipo... privada, ya me entiendes.

Los ojitos de Andy brillaron.

—¿Quieres decir... *una ex*? —le preguntó en tono de confianza y comenzó a troncharse otra vez—. Has estado un cuarto de hora ahí afuera.

Eran negocios.

—¿Ah, sí, y eso por qué?

Andy se estiró y tomó el rostro de Dylan entre sus manos.

—Porque ninguna mujer aparte de mí conseguiría tenerte quince minutos helándote en el patio —sonrió y besó sus labios con dulzura—. Venga, cuéntamelo, ¿para qué llamaba el padre de Evel?

*Ay, qué ganas de comérsela entera empezaba a tener...*

—¿Tan bien crees que me conoces? —murmuró él, pero no la miraba a los ojos. Miraba aquellos labios delineados por el carmín que lo estaban tentando lo indecible.

—Ajá...

—Entonces, sabrás lo que estoy pensando ahora mismo...

Andy se acercó para hablarle al oído.

—Claro que lo sé, pero no estamos solos, mi amor.

—Qué pena... —dijo el irlandés.

Y regresó al planeta Tierra acompañado de las risas de Anna y Neus.

Clinton Rowley había llamado a Dylan para comunicarle que su conversación con Lucía Oriol había ido mejor de lo previsto y que la reunión con los saudíes ya tenía día, hora y lugar. La sugerencia de la empresaria de que se desarrollara en un “terreno neutral” había sido muy bien recibida en el despacho de Mukhtar al-Alabbar.

La alegría de Andy contagió a Anna y a Neus que pronto se sumaron a ella, haciendo planes para un futuro que daba por hecho que la reunión iría

sobre ruedas. Dylan las dejó soñar despiertas. Aunque en su fuero interno seguía prefiriendo no echar las campanas al vuelo hasta no tener un contrato firmado en su poder, disfrutaba de su ilusión y de su compañía mucho más de lo que jamás había esperado.

Pero era medianoche y aunque no le apetecía en absoluto, tocaba retirada. Hacía un rato que Anna y Neus se habían ido a dormir cuando Dylan consiguió reunir el ánimo suficiente para despegarse del sofá y se puso de pie.

—¿Te vas?

Llevaban media hora enredándose en besos cada vez más largos que anunciaban otra noche caliente en ciernes. Si no se iba ya, Anna los encontraría retozando en el sofá cuando se levantara por la mañana. Eso, si no despertaban a todo el mundo con sus gemidos.

Dylan asintió y para que a su chica, que lo miraba con el ruego en los ojos, no le cupiera ninguna duda, se cerró el abrigo hasta el cuello y la tomó de la mano. Andy se incorporó a regañadientes y también agarró un abrigo.

La pareja atravesó el patio, helado a esas horas, y salió a la calle.

Ella se acomodó contra la puerta y él, para asegurarse de que sus manos no decidirían ir por libre metiéndolo en un problema, las puso en los bolsillos.

—¿De verdad tienes que irte? ¿Por qué no te quedas a dormir?

—Porque no dormiríamos, preciosa.

Andy rió bajito.

—Claro que sí —mintió.

— *No dormiríamos.*

—Seré buena, lo prometo. Es que... ahora que sé cómo es dormir pegaditos, la cama me parece enorme... —dijo, haciendo pucheros.

—Dudo que quieras que tu madre conozca esa faceta tuya. A mí me da igual, pero, reconozcámoslo, es ruidosa.

—¿Ah, sí, y qué hay de los tuyos? Y eso de que te da igual, no me lo creo...

No le daba igual; lo volvía loco. Solo recordar sus gemidos le ponía el corazón a mil.

*Le puso el corazón a mil.*

Andy se dio cuenta y dejó de sonreír al instante. Su voz sonó a propuesta totalmente deshonesto cuando habló, haciendo que las manos de Dylan salieran de su seguro refugio y se posaran en sus caderas. Ella le pasó los brazos alrededor del cuello.

—Si te preparo la habitación que está junto a la despensa nadie nos oirá...

—murmuró.

De pronto, ya no se trataba solo de sexo. La idea de volver a amanecer junto a Andy empezó a cobrar una importancia inusitada. Necesitaba hacerle el amor hasta saciarse, sí, pero también necesitaba despertarse en mitad de la noche y sentir el calor de su cuerpo yaciendo junto a él, en *su* cama. Tras años de camas ajenas y compañías de unas horas, las cosas habían cambiado.

Por primera vez, le apetecía *su* casa, *su* cama y una mujer; ella.

—Si vienes a mi casa, tampoco nos oírás nadie... —murmuró él.

—¿Y qué hago con Luz? No puedo desaparecer otra noche y dejar que se ocupen los demás.

Él no necesitó pensar su respuesta.

—Tráela contigo.

—Tu casa no está equipada para atender las necesidades de un bebé... —  
repuso ella con dulzura.

La pareja permaneció mirándose en silencio durante unos instantes. No se trataba de un tema del que hubieran hablado. En parte, porque pasaban poco tiempo juntos, pero principalmente porque Andy no quería que sus responsabilidades familiares condicionaran la relación más de lo que ya lo hacían. Pero allí estaba, colándose entre los dos de la forma más inesperada...

E inoportuna.

Tampoco ahora Dylan necesitó meditar su respuesta.

—Pues habrá que resolver eso —dijo, y se quedó a contemplar el espectáculo que no tardó en comenzar.

La emoción de Andy se las arregló para alcanzar el borde de sus párpados antes de que ella consiguiera impedir que le aguara la fiesta. Él y sus maneras demoledoras de demostrar lo que sentía siempre entraban directas a su corazón, que se desbocaba impulsando una marea de emociones.

Andy respiró hondo, bajó la mirada el tiempo suficiente para recomponerse y cuando estuvo segura de que lo había conseguido, volvió a mirar a Dylan.

—Pero todavía no está resuelto. Así que ¿te vas y tienes la cama toda para ti, o... ?—Coronó su propuesta con un movimiento sensual de las cejas, imitándolo.

La respuesta del irlandés no llegó en palabras esta vez. Lo primero fue un beso de tornillo que la dejó sin aliento. Lo siguiente fue tomarla en brazos y desandar el camino hacia el interior de la casa, directos a la habitación que estaba junto a la despensa. Allí volvió a dejarla sobre el suelo y cerró la puerta. Encendió la luz y con un rápido vistazo alrededor comprobó que no se había tratado de una propuesta espontánea; había un juego de toallas sobre la cama y una botella y un vaso en la mesilla de noche. Lo tenía todo controlado. Era como si conociera sus movimientos de antemano y se

anticipara a ellos.

—Deduzco que te quedas —murmuró ella, desnudándolo con los ojos.

Dylan se situó frente a ella, tan cerca que Andy sentía su aliento acariciándole la cara.

“Me quedo” fue lo último que le escuchó decir antes de que se desatara la locura.

Sábado, 2 de enero de 2010.

Taller de customizados “Rowley Customs”,  
Londres.

Fred Campbell se había despedido de Conor con un “hasta mañana, hijo”, pero no había resultado así. Tras otra mala noche, Conor había llegado a la conclusión de que tal y como estaban las cosas entre Nikki y él, presentarse en el aeropuerto era ceder. Y no estaba dispuesto a ello. Esta vez, no.

La despedida de Nikki había sido lacrimógena. Dejar a su familia estaba resultando mucho más duro de lo esperado y que Conor no se hubiera presentado a despedirse de ella había contribuido a hacer que el momento fuera aún más negro.

Acababa de pasar el control de pasaportes y se dirigía a la puerta de embarque cuando una cólera inusitada se adueñó de ella. Sacó el móvil del bolsillo trasero de sus vaqueros y volcó en un mensaje los pensamientos que la estaban haciendo llorar de rabia:

"No puedo creer que no hayas venido. Quién coño eres tú?? Te juro que ya no te conozco, Conor!!!"

El motero estaba con la instalación eléctrica de un customizado cuando oyó sonar su móvil. Lo miró de reojo mientras una sensación extraña le llenaba el cuerpo. ¿Sería Nikki? Con el corazón acelerado y un nudo en el estómago, se limpió en el trapo que llevaba en el bolsillo del uniforme.

Consciente de que Niilo y los demás compañeros no le perdían pisada, dejó el trapo sobre el capó y agarró el móvil con aparente calma.

*Era Nikki.*

Y sus palabras entraron directamente al depósito de ira del motero haciéndolo volar por los aires.

Conor tecleó la respuesta sin pestañear y, desde luego, sin pensar.

"Hazme un favor, quieres? Olvídame de una puta vez!!!"

## **Episodio 11**

Sábado, 2 de enero de 2010.

En un lujoso hotel del centro de la ciudad,

Nueva York, Estados Unidos.

B.B.Cox estaba de pie frente al gran ventanal, con la mirada perdida en las vistas nevadas que ofrecía la ciudad aquel amanecer mientras escuchaba a su

madre darle el último parte médico de Hugo: había pasado una mala noche con náuseas y algo de fiebre gracias a un resfriado fuerte, pero ya estaba mejor. Con suerte el tema no se convertiría en una gripe. ¿Su ánimo?

Taciturno, como siempre.

—Ponme con él, madre, por favor.

Mientras atravesaba la suite hacia el salón donde le esperaba el desayuno, en Londres, Fay Cox lanzó un silencioso agradecimiento a Dios. Era cuestión de tiempo que Hugo se recuperara, pero le partía el corazón verlo tan triste y sabía que su hijo jugaba un papel clave en su recuperación.

—Hola, padrino... —La voz del niño sonó aún más apagada de lo que él esperaba y por un momento, el tatuador permaneció en silencio.

Puso el aparato en altavoz, lo dejó sobre la mesa del desayuno y se sujetó el pelo en una coleta baja en un intento de ganar tiempo y preparar su propio ánimo para enfrentarse a la tristeza del niño. Desde que Hugo había empezado a andar, Brandon cruzaba el globo dos o tres veces al año para visitarlo y hablaban con frecuencia. A pesar de que nunca se le habían dado bien los niños, Hugo era afable, cariñoso. Ahora se había transformado en una sombra que atravesaba la casa silenciosa, cuando no llorosa.

—Oye, tienes que ponerte bueno, o Fay no nos dejará hacer lo que tengo pensado —atacó el tatuador con brío. Él mismo se sorprendió de lo parecido

que había sonado su tono al que usaban los locutores de los programas infantiles que últimamente se veían en casa a todas horas.

Hugo, en cambio, sonó como si intentara comunicarse desde otra galaxia.

— *Estoy bien, no es nada... Me dolía la tripa, pero ya pasó... ¿Qué habías pensado?*

B.B.Cox dio un sorbo a su batido como si de aquella mezcla equilibrada de proteínas de alta calidad, carbohidratos y grasas dependiera convertirse en un superhéroe a ojos del pequeño.

—Mira, tengo que estar en Portsmouth un par de días y había pensando que como no tienes que ir al colegio, podías venir conmigo... La playa está descartada con este frío, claro, pero hay algo que creo que te va a gustar...

— *¿Qué?*

—Unos barcos antiguos muy especiales...

— *¿Barcos? ¿Cuáles?* —Ahora Hugo parecía interesado y eso animó a Brandon a continuar.

—Bueno, hay dos muy antiguos, uno es del almirante Nelson y otro es un acorazado de la reina Victoria... ¿Y sabes? También hay un submarino que estuvo en la Segunda Guerra Mundial...

— *¿Y se pueden ver por dentro?* —El interés del niño seguía creciendo.

—Sí, todos se pueden visitar y puedes preguntarle lo que quieras a la

tripulación... ¿Te gusta el plan?

— *Sí, sí... Es genial...*

—Entonces, ¿te apuntas? Pero tienes que ponerte bueno, ya sabes que si no, no nos van a dejar salir de casa a ninguno de los dos...

—¡Te juro que *ya estoy bien, padrino!*

BBCox sonrió complacido. El pequeño parecía haber vuelto a la vida.

—¡Fabuloso, Hugo! Entonces voy a organizarlo todo... ¿Me pasas con Fay?

— *¿Qué le has dicho que está tan contento?* —dijo la mujer tan pronto volvió a ponerse al teléfono.

—Lo he invitado a venir conmigo a Portsmouth la semana que viene. Por cierto, no llegaré mañana como estaba previsto. Ha surgido algo y me quedaré un día más en Nueva York, pero el lunes a primera hora me tienes allí.

— *Creo que este niño se merece un monumento. Porque si está consiguiendo curarte de tu adicción a la privacidad, qué menos...*

—No es una adicción, madre. Sé que para vosotros, tan sociables y extrovertidos, que yo desee no ser tan notorio, siempre ha sido un gran misterio. Sucede que me gusta mi vida tal como es, y me gusta saber que la vivo sin tener a todo el mundo mirándome en primera fila.

— *Pero llevarás a Hugo contigo en un viaje de negocios, así que algo está cambiando...*

Su vida entera se había visto abocada al cambio aquel terrible jueves de noviembre, no solo la del pequeño de diez años.

—Digamos que he asumido que más tarde o más temprano dejará de estar a la sombra. No puedo evitarlo. Pero intentaré que su vida sea lo más normal posible. La psicóloga ha dicho que necesitamos pasar más tiempo juntos y estoy poniendo los medios para ello. Eso es todo, madre.

Para Fay Cox era suficiente. Siempre había respetado el deseo de privacidad de su hijo mayor, pero las circunstancias habían cambiado y, en efecto, no había forma de evitar que los medios de comunicación se enteraran de la existencia de un niño en la vida de Brandon. Y ya que no podía evitarlo, le parecía una decisión muy inteligente intentar controlar los efectos para que la vida de Hugo se desarrollara en su nuevo hogar de la forma más normal posible.

— *Me parece una decisión a la altura de tu inteligencia, cariño... ¿Habrá alguna posibilidad de que también me invites a acompañarte a tu próximo viaje de negocios?*

Brandon esbozó una sonrisa. Desde que Hugo había llegado a Inglaterra, su madre había aparcado su vida personal para dedicarse por entero a él.

Atrás habían quedado sus partidas de cartas, sus reuniones sociales de media tarde, sus actividades benéficas... A excepción del cóctel que la familia solía ofrecer a sus amistades más cercanas el último viernes de cada mes, ahora la vida de Fay Cox se circunscribía al recién llegado y a sus necesidades, que debido a las circunstancias eran muchas. No conseguía imaginar cómo se las habría arreglado para hacer frente a la situación sin la ayuda incondicional de su madre.

—Por supuesto que estás invitada, cómo no. Aunque... Para ser totalmente franco contigo ya te había incluido en el plan sin consultártelo —admitió el tatuador haciendo sonreír a su madre.

— *Así me gusta, Brandon, que sepas que siempre puedes contar conmigo, y que lo hagas.*

Después de hablar con su familia en Londres, B.B.Cox había ido directamente al gimnasio. Viajar alteraba su rutina y la necesidad de comprimir diversas actividades en un tiempo tan limitado drenaba su energía de una forma que las horas de sueño, de por sí escasas, no lograban recuperar. Solo entrenar devolvía sus indicadores de energía al nivel habitual y aquel día una sesión de hora y media había sido la encargada de conseguirlo.

Algo más había sucedido durante aquellos noventa minutos aparte de recuperar la plena forma; había tomado una decisión. Confiaría en Harley para liberar tiempo de su agenda y dedicarlo a Hugo. Era la mejor forma de

que todas las partes obtuvieran lo que necesitaban y con un poco de suerte, su talentosa (y nada humilde) colega no fastidiaría las cosas volviéndose a encarar con un machista.

Pero primero lo primero, pensó el tatuador mientras envolvía su cuerpo desnudo en el grueso albornoz de ducha.

Harley, que estaba en el estudio de tatuaje haciendo una pausa entre cliente y cliente, dejó el sándwich sobre la mesa y se apresuró a tragar antes de atender. Una sonrisa curvó sus labios al ver de quién se trataba. Por una vez desde que se había marchado, no era Amy quien llamaba para pasar revista, sino el Dios del tatuaje en persona.

—Iba a decir que dichosos los ojos que te ven, pero no te estoy viendo...

Me conformaré con oírte —Fue su saludo de bienvenida.

El tatuador se arrellanó en el sofá de su suite del hotel. Tampoco pudo evitar que una sonrisa apareciera en su rostro.

— *Me alegra saber que te hace tan feliz tener noticias mías...* —repuso con coquetería— . *¿Qué tal va todo por ahí, Harley?*

Dejando a un lado la avalancha de recuerdos insoportables que se precipitaban sobre ella cada vez que volvía a poner un pie en la ciudad, las cosas estaban resultando mejor de lo esperado. Harley siempre intentaba abandonar el bar o la tienda de turno con algún cliente potencial en

perspectiva. Era de lo que vivía y nunca había marcado una frontera entre su vida personal y su vida profesional; toda ocasión era buena para ofrecer sus servicios. Este viaje a Londres, por supuesto, no había sido diferente. Pero también habían surgido otras ocasiones inesperadas. En teoría, solo estaba en el estudio de B.B.Cox para dirigirlo en ausencia de su dueño, pero una de las colaboradoras habituales de los fines de semana había avisado que estaba indispuesta, así que Harley se había hecho cargo de sus citas (y de sus comisiones).

—Va bastante bien, diría yo. Esta tarde espero al que creo que será un nuevo futuro cliente habitual de tu estudio. Lo conocí anoche en un bar. Es un loco de los tatuajes a quien le encanta tu arte, pero no puede pagarlo.

— *Bueno, confiaré en ti. Supongo que ya se te habrá ocurrido la forma de conciliar su buen gusto con su falta de liquidez* —apuntó el tatuador con humor. Disfrutó al oír las carcajadas de Harley.

—¿Sabes que él no tenía la menor idea de que puede lucir alguno de tus diseños por precios asequibles? ¡Estaba encantado! Me ha dicho que renunciará a un “B.B.Cox genuino” mientras sea yo quién se lo tatúe en la piel, ¿qué te parece?

Le parecía que era muy propio de Harley. Su talento como artista no era nada comparado con su ingenio para venderse y menos aún, con su capacidad para encandilar a la audiencia, en especial a la masculina.

— *Que el tipo no se conformará solo con que le tatúes la piel...* —apuntó, *desafiante.*

Harley disfrutó doblemente de aquel comentario. Pretendía sonar sexista, pero venía de alguien que no lo era en absoluto.

—Vaya novedad. ¿Acaso los tuyos se conforman solo con pagar cifras indecentes por que seas tú quien les proporcione dolor?

*Touché,* pensó él, pero respondió algo diferente .

—*Ya quisieras esas cifras indecentes para ti...*

—Bueno, volvemos a trabajar juntos... Digo yo que algo de ti se me pegará —concedió Harley, demostrando por enésima vez su gran talento para cautivar, y continuó sin darle tiempo a B.B.Cox para responder—. En serio, Brandon, deberías hacer más publicidad de los distintos sistemas que tienes en la tienda. Estoy segura de que muchos llevarían tus diseños si supieran que no necesitan pagar una fortuna por ellos. ¿Lo has pensado?

Se trataba de una idea interesante, aunque su problema era la falta de tiempo, no de dinero. Pero quizás, y dado que ella sonaba tan interesada, sería una alternativa más para ayudarla a salir de su bache financiero, así que no la descartaría.

— *¿Podemos hablarlo en otro momento? Ahora, te llamo por otra cosa.*

—Dispara.

— *¿Crees que podrías extender tu estancia en Londres un par de días más?*

Harley estaba bailando de alegría antes de que él acabara la frase. Su respuesta, sin embargo, sonó bastante contenida. Tampoco era cuestión de adular demasiado la de por sí bien nutrida vanidad del Dios del tatuaje.

—Supongo que sí. ¿Qué ha sucedido?

— *Me han ofrecido hacer un par de colaboraciones interesantes. No llegaré mañana como estaba previsto, sino el lunes y estaría bien no tener que preocuparme del estudio estos dos días. Espero no causarte muchos*

*problemas con Jana...* —dejó caer Brandon, que seguía intrigado por conocer los detalles de lo que sucedía en tierras holandesas.

Los ojos de Harley se iluminaron. Dos días más añadirían un buen dinero a sus hambrientas arcas. En cuánto a Jana... Las conversaciones con su socia eran telegráficas desde la última discusión a cuenta del negocio.

—No, qué va... Pensaba ir a ver a mi madre antes de volver a Ámsterdam, así que no hay problema. Siempre le parece poco el tiempo que paso con ella; un día más o menos no hará gran diferencia.

Brandon pensó que aquella respuesta resultaba bastante natural teniendo en cuenta los problemas que aquejaban a su sociedad con Jana. Lo cual, en cierto modo, lo llamaba a la cautela: estaba claro que, al menos cuando no estaban cara a cara, ella se las arreglaba para mentir de manera convincente.

— *Fabuloso, Harley. Te agradezco mucho el favor que me estás haciendo... Y como no me gusta deber favores, ¿qué te parece si cenamos juntos cuando llegue y hablamos de negocios?*

Una sonrisa iluminó el rostro de Harley que elevó su mano libre en un gesto victorioso. El enfado del tatuador que los había mantenido separados durante varios meses, parecía haber quedado definitivamente atrás.

—Me parece genial. Lo apunto en mi agenda para que no se me olvide — se permitió bromear con coquetería.

— *Sí, por favor, hazlo. No creo que mi vanidad pudiera soportar que me dieras plantón...* —bromeó él a su vez.

Varios minutos después de colgar Harley seguía sonriéndole a su sándwich. Era increíble. A lo largo de los años, aquel hombre se las había arreglado para aparecer cual ángel de la guarda en los momentos en los que ella se había sentido más acorralada por las circunstancias. Y para lo que ahora se le presentaba en perspectiva, toda ayuda que pudiera recibir era bienvenida.

Amy manoteó el móvil a ciegas y se las arregló para tirar la botella de agua que había sobre la mesilla de noche, volcando parte de su contenido.

Maldijo cuando también el aparato resbaló de sus manos, y se sentó en la cama intentando recuperar la conciencia plena. Al fin, tomó el móvil del suelo y al ver de quién se trataba, no pudo evitar pensar en voz alta: “¿Pero tú

cuándo duermes?”.

—¿Te has caído de la cama y necesitas ayuda para levantarte? —Fue la pregunta con la que abrió fuego haciendo que dos plantas más arriba, B.B. Cox frunciera el ceño.

— *Son las 8:00 de la mañana, Amy* —replicó el tatuador.

Ella saltó de la cama.

—Ay, joder... digo, perdón... Me he quedado dormida —Renegó con su bolso hasta que consiguió sacar la agenda. La consultó y maldijo, esta vez para sus adentros—. Tranquilo, que ahora pido un taxi y en veinte minutos estoy en el estudio de fotografía.

— *No. La sesión de fotos ha pasado a esta tarde. Estoy en el hotel.*

*Necesito que...*

Amy, que había empezado a dar vueltas por la habitación como un pollo sin cabeza, intentando hacer mil cosas a un mismo tiempo, paró en seco.

—Esta tarde estaremos volando hacia Londres —lo interrumpió.

— *No, seguiremos aquí. Oye, ¿qué tal si esperas a que acabe de hablar?*

—repuso el tatuador sin ocultar su molestia.

—Disculpa es que... Sigue, sigue, por favor...

— *Bien. Ya que vamos a quedarnos otro día aquí, voy aprovechar bien el tiempo.*

—¿Nos quedamos otro día más en Nueva York? —La muchacha se dejó caer sobre el taburete de la cómoda.

B.B.Cox exhaló un suspiro malhumorado.

— *¿Es el audio de tu móvil o tu oído el que no va bien? Sí, he dicho que nos quedamos otro día más en Nueva York. Venga, que hay mucho que hacer, nos vemos en media hora en el lounge.*

El tatuador cortó sin esperar respuesta y Amy demoró unos instantes en volver a ponerse en movimiento. Veinticuatro horas más en Nueva York significaban, entre otras cosas, que tendría que llamar a Niilo para cancelar su cita por enésima vez.

Se cubrió el rostro con las manos.

—Ay, joder... Me va a matar... —lloriqueó la muchacha.

Niilo había acabado su jornada laboral y estaba solo en el vestuario quitándose el uniforme cuando su móvil sonó. Sonrió al ver quién le enviaba un mensaje. Esto sí que era una sorpresa, pensó, ya que no había contado con volver a saber de Amy hasta el día D y para eso faltaban veinticuatro horas.

Pero la sonrisa duró poco.

“Mi jefe ha retrasado su regreso a Londres.

Habrà que dejar la colada para otro día. Lo siento :(“

Niilo volvió a dejar el móvil en el estante de su taquilla y continuó vistiéndose. Ser ocurrente no era nada sencillo cuando lo que sentía en

realidad era frustración por una situación que empezaba a parecerle inaceptable. De modo que se lo tomó con calma. Esperó a estar totalmente vestido, y siguió tomándose lo con calma mientras ataba los cordones de sus botines en cámara lenta. Recién entonces, volvió a agarrar su móvil. Tras varios intentos escribió una respuesta aceptable y la envió antes de volver a cambiar de idea.

“Entonces, mi plan de hoy será ir de tiendas.

Ya no tengo nada limpio que ponerme”.

En el estudio de fotografía donde esperaba que a su jefe acabaran de hacerle la milésima foto de la tarde, Amy puso un gesto de dolor. El mensaje había demorado un siglo en llegar y el contenido no era nada alentador. A Niilo no le había hecho ninguna gracia la nueva cancelación, lo que podía deducirse de su respuesta breve, carente de signos de exclamación o emoticonos.

*Mierda.*

Amy volvió a teclear.

“Te juro que no te estoy dando largas.

Quiero esa cita tanto como tú”.

Niilo sonrió con ironía. La quería tanto que llevaba semanas posponiéndola...

Por un momento pensó en pasar e irse a tomar el aire. O responderle en otro momento, cuando la sensación de fracaso no le pesara tanto, pero ¿a quién pretendía engañar? Se moría por verla.

El motero respiró hondo. Acomodó su espalda contra la taquilla y se concentró en maquinando una respuesta a la altura del interés que sentía por Amy. Lamentablemente, comprobó que su cabreo solo le permitió escribir dos palabras.

“Lo sé”.

A Niilo distaban mucho de parecerle buenas. En realidad, había empezado a llamarse “imbécil” dos segundos después de enviar el mensaje. Pronto descubrió que a ella no le habían parecido tan malas...

Amy sonrió. *¿Lo sabes, en serio?* Menudo farolero, pensó. Se quedó esperando que él continuara con algo más y al ver que pasaban los segundos sin noticias, insistió.

“Eres un poco creído, ¿no?”.

Niilo soltó una carcajada. En todo caso era un crédulo, porque hacía falta serlo para seguir cayendo en la misma trampa después de haber mordido el polvo tantas veces. Pero dado que los mensajes que le enviaba cuando estaba de bajón no eran tan mal recibidos como él había pensado, seguiría por esa línea.

“Quedamos, no apareces. Me dices que me llamas, no lo haces.

Y ahora esto. Una de dos: o estás jugando conmigo, o de verdad te intereso y es solo que tienes un trabajo muy cabrón.

Puestos a elegir, prefiero lo segundo.

Al menos, de momento”

La sonrisa radiante de Amy duró hasta que leyó la última frase. Entonces, frunció el ceño:

“¿Y eso?” —quiso saber.

Los dedos de Niilo volaron sobre el teclado. Sin embargo, demoró unos segundos en decidirse a enviar el mensaje. Era de una sinceridad aplastante y por esa misma razón, muy arriesgado. Al fin, lo hizo.

“La excusa del trabajo cabrón no valdrá eternamente”.

La respuesta de Amy fue inmediata.

“No es una excusa y sería largo de explicar por SMS, pero tomo nota”.

El gesto de dolor esta vez fue de Niilo. Acababa de tocar un área sensible, de las que envían a un posible candidato directamente a la puerta de salida con una nota de “no regreses”. Consideró durante unos instantes qué podía decir que volviera a ponerlo en carrera y asintió animado cuando la idea apareció en su mente.

“Y ahora viene la parte cuando piensas 'este tío es un gilipollas' y no me vuelves a llamar, ¿a que sí?”

*¿Gilipollas? Eres brillante, chaval.* Amy no tardó en enviar su respuesta:

“Lo diría si lo pensara. De eso puedes estar seguro”.

Niilo exhaló un suspiro aliviado. Por los pelos, pensó y empezó a reír.

“Es bueno saberlo”, respondió. Y esta vez, el mensaje vino acompañado de una carita guiñando el ojo.

Finalizado el intercambio de SMS, Amy volvió a guardar su móvil, pensativa. De modo que Niilo creía que ella le estaba dando excusas... ¿Qué mujer en su sano juicio no querría quedar con él? Aquello no era más que una forma de decirle que ya estaba bien de charlas telefónicas y tenía razón; ya era hora de tener una buena cita, de las que dejan con ganas de repetir.

La joven sonrió ante la idea que acababa de ocurrírsele.

El Caballero Jedi iba a alucinar en colores con la sorpresa que pensaba darle. Oh, sí.

## **Episodio 12**

Sábado 2 de enero de 2010.

Bar The MidWay,

Honslow, Londres.

Cheryl dejó las vueltas frente al nuevo cliente y echó un vistazo a lo que estaba haciendo Maverick. El MidWay había reabierto sus puertas después de dos días de descanso y la actividad habitual había regresado. Su jefe estaba

haciendo relaciones públicas con un grupo de moteros que era la primera vez que la camarera veía en el bar mientras servía pintas de cerveza. No era un tipo demasiado conversador con los empleados cuando estaba trabajando, normalmente estaba atento a lo que acontecía a su alrededor. Era la razón de que consiguiera resolver la mayoría de los posibles altercados antes de que estos acabaran produciéndose. Hoy, la conversación se había limitado a saludarla al llegar y ella empezaba a sospechar que tanto silencio estaba relacionado con haberse dejado llevar la noche de la fiesta. Pero, ¿cuál era el problema? Jamás lo había visto en compañía de una chica, así que no tenía pareja estable. La noche en cuestión, como muchas otras, había estado flirteando con una rubia despampanante, de modo que no había duda acerca de sus preferencias sexuales y, además, ¿quién se sorprendía hoy en día de que fuera la mujer quien tomara la iniciativa? No entendía su reacción.

En aquel momento, Maverick detectó la mirada de la camarera y comprendió que no se libraría de una conversación a solas. Vaya mierda de asunto, pensó. Si mantenía las distancias para evitar arrimar más leña al fuego no era bueno y si le ponía a Cheryl las cosas claras, tampoco lo sería. Ella no tomaría a bien saber que estaba moviendo ficha con el hombre equivocado. Maverick maldijo por dentro. Los clientes del bar competían por su atención, seducidos por sus pintas de motera y su trasero de foto ¿y ella quería tema

con el único hombre del MidWay que prefería viajar sobre cuatro ruedas?

*Vamos, no me jodas...*

La conversación a solas tuvo lugar más tarde, cuando la avalancha de clientes que venían a disfrutar de la “happy hour” de los fines de semana, estuvo servida. Al ver que su jefe iba a por más Coca-Cola, Cheryl aprovechó la ocasión.

Él estaba manipulando unas cajas apiladas y ella no pudo evitar tomarse unos momentos para disfrutar de las vistas. Qué brazos, qué espalda, qué todo, pensó.

—¿Tienes un momento, Mav?

El barman maldijo su suerte en voz baja. De todos los lugares del mundo para acorralarlo, había escogido justamente el que usaban los repartidores para descargar los pedidos. Aislado del bar por una puerta que requería clave de acceso, era también ruta de paso a la vivienda de Dakota y Tess, que pasaban el fin de semana fuera de la ciudad. En otras palabras, estaba a su merced.

—Depende de lo largo que sea el momento, la barra está hasta arriba, ¿qué pasa? —repuso sin darse la vuelta.

Cheryl toleró su indiferencia con deportividad.

—Están todos atendidos y no tardaremos mucho...

Cada vez que una mujer decía eso, pasaba una hora antes de que él pudiera volver con lo que estaba antes. Decidió que mejor prevenir que lamentar. Levantó una caja y se la puso sobre el hombro.

—Vale, cuéntame, pero no te alargues que esto pesa... —dijo y se volvió de frente a Cheryl que consiguió tragarse el suspiro, pero no pudo evitar que su mente empezara a desbarrar como hacía siempre.

Qué bien le quedaban esas patillas larguísimas, estilo Elvis. Y esa sombra de barba. Y esos ojos que Dios le había dado, capaces de desintegrar de gusto a cualquier mujer...

Esos ojos que ahora la estaban mirando con impaciencia.

—¿Poner nerviosas a las chicas es tu especialidad? Porque te advierto que no me estás facilitando nada las cosas...

Cheryl bromeaba, pero la procesión iba por dentro y Maverick deseaba estar en cualquier lugar menos allí, a punto de pararle los pies a una mujer a quien tendría que seguir viendo a diario.

—Bueno, convengamos en que tú tampoco me lo pusiste fácil la otra noche, y como imagino que es de eso de lo que quieres hablar, te voy a ahorrar el esfuerzo diciéndote que me basta con que no se repita. —Ya estaba, lo había dicho y de pronto, estaba sudando como si acabara de salir de una sauna.

Ella tuvo que sonreír ante lo sorprendente de la situación. No había esperado

que él fuera tan directo, ni tan desagradable, ni tan creído. O había oído mal, o acababa de descubrirle un defecto a Mr. Perfecto.

—¿Que no vuelva hacerme una foto contigo? —espetó ella, rezumando ironía—. Tranquilo, Mav, que no volveré a tener semejante ocurrencia. Cheryl ya estaba introduciendo la clave en la puerta con movimientos bruscos que denotaban que la ironía inicial se había transformado en enfado. Maverick meneó la cabeza, disgustado consigo mismo.

—Espera... Disculpa... —dijo—. No pretendía ser tan brusco, pero... Ella se cruzó de brazos. Tenía casi 30 años y era la primera vez que un hombre se mostraba molesto porque ella le hubiera tirado los tejos.

—¿Pero *qué*, Mav?

Él volvió a dejar la caja en el suelo y se acercó despacio a la camarera.

—No puedes flirtear conmigo —dijo, esforzándose por sonar conciliador, y al ver su cara de sorpresa, insistió—: Vale, puedes, pero no debes.

—¿Y eso lo dices tú, que le tira los tejos a cada mujer que pone un pie en el bar? ¿Me tomas el pelo?

Maverick continuó hondeando la bandera blanca. No deseaba herirla. No deseaba nada de lo que estaba sucediendo.

—No flirteo, solo les sigo el juego. Se llama hacer mi trabajo.

—¿Y con la vampiresa de la fiesta también hacías tu trabajo? Venga ya,

Mav...

Él respiró hondo y volvió a intentar que las cosas no se salieran de madre.

—No, a ella solo le estaba agradeciendo que hubiera intervenido en el momento justo.

—En el momento justo para evitarme sin que se notara demasiado, ya entiendo. El problema es que yo sí que me dí cuenta y, ¿sabes? Me hizo sentir fatal.

A él también lo había hecho sentir mal, y más que se sentiría en un momento.

Maverick detestaba lo que estaba a punto de decir, pero si no atajaba ese asunto de inmediato, acabaría convertido en un problema más serio.

—Trabajas aquí y resulta que soy tu jefe. No niego que mi forma de ser despista un poco al personal, pero eso es sólo lo que parece, ¿vale? La realidad es que todo lo relacionado con este bar es algo muy serio para mí.

—¡Sólo fue un beso! —se defendió ella, a sabiendas de que era su orgullo herido el que estaba hablando.

—Ligabas conmigo, Cheryl y no es de ahora. —Maverick le sostuvo la mirada—. Estuvo fuera de lugar. ¿Nos entendemos?

La camarera pasó del orgullo herido a la vergüenza más absoluta en una fracción de segundo. No respondió porque su indignación era tal que en un primer momento no atinó a nada más.

Pero Maverick no estaba dispuesto a dejarlo correr. Había tenido que pasar por el mal trago de decirlo en voz alta; ahora quería asegurarse de que no necesitaría volver a hacerlo.

—¿Está claro? —insistió.

*Lo que está claro es que eres tonto del culo. Aunque seas mi jefe.*

Esta vez Cheryl movió afirmativamente la cabeza.

—Perfectamente —repuso.

Conor había llegado más tarde de lo habitual al MidWay, y lo había hecho como último recurso para ver si conseguía centrarse de una vez. Después del

último intercambio de mensajes con su ex, su “mente de ingeniero”, en vez de serenarse, se había lanzado en picado a un mar muy revuelto, y su rabia, que ya estaba bastante descontrolada, se había disparado e iba camino de Marte.

Pensó que pasar un rato con los colegas hablando de motos y bebiendo unas cervezas le ayudaría a dejar de darle vueltas obsesivamente al mismo tema.

En el peor de los casos, si, como solía suceder, la cerveza se le subía la cabeza, acabaría liándose a puñetazos con otro humano, lo cual era una alternativa mejor a destrozarse los nudillos contra las paredes de su casa.

Y así fue. Encontrarse con los colegas del club de moteros le había ayudado a dejar de pensar un rato. Había que reconocer que la cerveza también estaba ayudando.

Pero entonces, cayó la gota que colmó el vaso.

Maverick estaba compartiendo anécdotas de la fiesta de Nochevieja, y todos estaban riendo a cuenta del espectáculo que el barman había ofrecido a la clientela femenina, cuando Conor vio al tesorero del club abriéndose paso entre la gente hacia la barra. No venía sólo, sino acompañado de la misma mujer que Dakota había echado del bar la última vez.

Sintió que la sangre empezaba a hervir en sus venas. Por lo visto, a Ike no le bastaba que los propios dueños del establecimiento le prohibieran la entrada. Él mismo le había dicho que no era buena idea que se apareciera por allí acompañado de alguien que irritaba a Dakota. Esto, mucho antes de que la sangre hubiera llegado al río y que los dos dueños del bar acabaran diciéndoselo palabra por palabra. ¿Qué coño hacía otra vez ahí con esa tía? Soltó su pinta de cerveza sobre la barra haciendo que parte del contenido salpicara la superficie, y que Maverick se pusiera en alerta, y fue directamente a por el tesorero del club. No se anduvo con rodeos y sin importarle en absoluto la presencia de Chelsea ni que, de pronto, se hubiera formado un corrillo en torno a ellos, fue directamente al grano:

—No pintas nada aquí con esa tía. Así que da media vuelta y lárgate ya.

A Ike se le borró la sonrisa de la cara, pero no fue quién reaccionó primero.

—¿Y tú quién eres para decir eso? —se quejó Chelsea—. Hemos venido a

beber y nuestro dinero es tan bueno como el de todos los que estáis aquí.

Conor la fulminó con la mirada.

—Tú a callar, que eres una lianta<sup>17</sup> y no pintas nada en esta historia.

—Eh, no te pases, tío —intervino Ike, y sin darse cuenta apoyó una mano sobre el pecho del presidente de los MidWay Riders.

Craso error. Conor apartó la mano bruscamente y agarró al motero por las solapas, y como si de pronto se hubiera infundido de la fuerza de Hércules, empezó a sacarlo del bar a empujones al tiempo que le decía:

—Eres un gilipollas. Montar semejante follón por esta tía... ¿Todavía no te has dado cuenta de que tú le importas una mierda, que te está utilizando? Está loca por Dakota, tío. ¡Y tú siguiéndole el juego como un gilipollas!

Entre las quejas de Ike que le gritaba a Conor que se metiera en sus asuntos y dejara de empujarlo, y Chelsea, a quien Maverick había sujetado por las manos para que dejara de pegarle a Conor, sumado al grupo de moteros que intervenían para evitar que la sangre llegara al río y estaban consiguiendo justo lo contrario, el espectáculo estaba servido.

Furioso, Conor agarró a Ike del pelo, abrió la puerta del bar y lo sacó fuera de un último empujón. Otro tanto hizo con Chelsea que, calzada con unos tacones altos, perdió pie y acabó de rodillas en el suelo.

—¿Quieres seguir en este club?! —espetó el motero de las rastas.

—¡Joder, tío, ¿pero a ti qué te pasa? Claro que quiero! —dijo el tesorero, a voz en grito, mientras otros dos moteros lo sujetaban para evitar que se enzarzara en una pelea con Conor.

—Pues entonces apunta, capullo, si vuelves a aparecer con esa tía por aquí o alguien me cuenta que te ha visto, se acabó. Expulsado en el acto, ¿te enteras? No voy a cargarme una amistad de años ni voy a tener problemas con mi jefe porque tú no sepas dónde meter la polla. ¡Estoy hasta los mismísimos cojones de tus idioteces!

Un grupo de clientes se ocupó de acompañar a la pareja hasta la moto de Ike, mientras Maverick intentaba calmar a Conor. Le costó lograr que entrara otra vez en el bar. De hecho, no lo hizo hasta que el tesorero del club y su acompañante se alejaron a bordo de una moto.

—Quédate otro rato, venga, Conor... —pidió el barman, cuando estaban camino de la barra.

El motero paró en seco, se quitó de encima el brazo que Maverick le había puesto sobre el hombro.

—No, por favor... No me toques, tío —dijo. Todo su lenguaje corporal indicaba con claridad que estaba al límite y Maverick se apartó, dejándole espacio. El grupo de miembros del club que los seguían hicieron lo mismo.

—Sí, claro, disculpa... Te vendrá bien un café, Conor.

Él respiró hondo varias veces intentando serenarse. Al fin, asintió.

—Te voy a hacer uno muy cargado, y ya verás como te sienta bien... —  
dijo Maverick que ya había pasado al otro lado de la barra.

Conor tenía tal subidón de adrenalina que le costaba respirar. No paraba de temblar. Sentía la sangre bullir en la cabeza.

Cheryl se sentó a su lado y le puso un paño frío sobre la nuca.

Instintivamente, él cerró los párpados.

—Sienta bien, ¿eh? —dijo al cabo de un rato.

Desde la cafetera, Maverick vio que Conor asentía y volvía a respirar hondo.

—¿Te cabreas mucho y ya te sabes el truco? —preguntó el motero por decir algo.

Cheryl miró de reojo a su jefe que continuaba atento a ellos.

—Menos de lo que debería —dijo con retintín. Pero no era intentando calmarse a sí misma que había aprendido las bondades de un buen paño frío —. Mi marido era de enfado fácil. También aprendí a coser heridas... por si alguna vez te hace falta —añadió en un intento de romper el hielo.

—Espero que no. —Conor tomó el paño y lo apoyó sobre su frente—.

Gracias, Cheryl, te debo una.

Ella se puso de pie justo cuando Maverick depositaba una taza humeante sobre la barra. Sus miradas se encontraron brevemente.

—Qué va, no me debes nada... Mira, ya tienes tu café.

Cheryl regresó a su trabajo y poco a poco el bar fue recuperando su ambiente habitual. Sin embargo, las miradas con las que Conor se cruzaba de tanto en tanto, hablaban de intranquilidad y también de sorpresa. En el fondo, no le extrañaba. Todos lo tenían por un tipo divertido, de sonrisa fácil. Y el energúmeno que había echado al tesorero de los MidWay Riders a empujones del bar era un desconocido hasta para sí mismo.

Conor se acabó su café y agarró sus cosas, decidido a marcharse.

—¿Ya te vas? Quédate otro rato, venga. Café no y cerveza tampoco, pero... un vaso de agua sí que te puedo servir —bromeó Maverick.

El motero de las rastas negó con la cabeza. Ni café, ni cerveza, ni nada.

Solo cerrar los ojos y dormir una semana seguida.

—Gracias, tío, pero paso. Me largo. Ya nos veremos...

Conor aún no había abandonado el MidWay cuando Maverick hizo una llamada.

—¿Evel? Soy Mav. ¿Puedes atenderme ahora? Es importante.

Casa de la abuela de Nikki.

Barrio en las afueras de Ginebra, Suiza.

Las cosas no estaban demasiado mejor para Nikki que ahora se arrepentía de no haber esperado un día más para viajar con Lexi y Chris. Llegar sola a

un caserón vacío en un país extraño no había contribuido a subirle el ánimo, precisamente, pero el lugar llevaba cerrado varios años y pensó que necesitaría emplearse a fondo para dejarlo medianamente habitable antes de empezar a trabajar. Sin embargo, lo único que había conseguido hacer había sido meterse en la cama. El sueño había llegado después de un buen rato mirando el techo, y al despertarse, con dolor de cabeza y un ánimo tan malo como antes, había ido a hacer la compra antes de que cerraran las tiendas. Acababa de pagarle al taxista cuando oyó que la saludaban. Era una voz masculina y ella, una recién llegada, así que miró al individuo con escepticismo. Estaba de pie junto a un cochazo mirándola como si la conociera. Treinta y poco, trajeado (¡un sábado por la tarde!) y pinta de VIP. Desde luego, el placer no era mutuo, pensó la muchacha y se disponía a ignorarlo con elegancia cuando él volvió a hablarle.

—Disculpa, ¿no eres Nikki Campbell? —Cuando acabó de decirlo ya había cruzado la calle y se dirigía hacia ella.

La joven ahora lo miró con interés. Estaba claro que se conocían aunque ella no lo recordara.

—Sí, soy yo... ¿Y tú eres...?

La reacción del hombre fue echar a reír.

—¿En serio no me reconoces? A ver así —dijo quitándose las gafas de

sol, que empujó sobre la cabeza a modo de diadema.

Tenía unos ojos bonitos y su rostro era muy masculino. Agradable de mirar, pero nada familiar.

—¿No? —dijo sonriendo al ver el gesto dudoso de Nikki—. Pues te advierto que acabas de dejar mi vanidad por los suelos.

*Pues qué gran problema.* Si el guaperas supiera qué mal día había escogido para entablar una conversación con ella, volvería a desaparecer para los restos sin decir ni mu.

—Soy buena fisonomista, así que o has cambiado mucho o yo llevaba pañales cuando nos conocimos. —O, en realidad, el conocimiento no era mutuo y el tipo estuviera intentando sacar partido de un encuentro casual.

Para dejar claro que no tenía el menor interés en continuar aquella conversación, Nikki se volvió dispuesta a recoger las bolsas de la compra.

—Permíteme —intervino él, adelantándose. Cargó todos los paquetes y los dejó junto a la puerta. Al volverse, vio que ella no se había movido del sitio. Seguía junto al bordillo con cara de pocos amigos—. También es posible que me miraras sin verme como soléis hacer las chicas enamoradas, que solo tenéis ojos para vuestro príncipe azul. Soy Xavier, Nikki.

Se conocían. Hacía siglos que no se veían y él había cambiado bastante, pero no tanto para justificar no haberlo reconocido. Era nieto de la mejor

amiga de la abuela Clarisse y durante los largos veranos que Nikki pasaba en Ginebra a principios de la adolescencia, formaban parte del mismo grupo de amigos. Por príncipe azul se refería a Conor, a quien también había conocido ya que Clarisse solía invitarlo a pasar unos días en vacaciones.

Nikki esbozó una ligera sonrisa y se dirigió hacia la puerta de casa.

—El Xavier que recuerdo pesaba una tonelada y llevaba gafas de culo de botella. ¿Seguro que eres tú?

—Lo que yo decía. No me hacías ni puñetero caso —dijo él, meneando la cabeza divertido—. Para tu información, dejé de usar gafas a los quince, cuando me operaron de la vista. Y para entonces hacía tiempo que era un atleta. O sea que debía tener doce la última vez que me miraste con intención de verme. Año arriba, año abajo.

—Creo que será mejor que me calle. No hago más que empeorarlo —admitió ella con incomodidad.

—No pasa nada.

—¿Sigues viviendo en el barrio?

—No, vivo en el centro —repuso Xavier—, pero mi abuela ha decidido vender la casa y hay que ponerla bonita... Ella ahora vive con mis padres.

—A ella sí que la recuerdo —concedió Nikki, intentando ser amable—.

Una señora encantadora.

—¿Y tú, qué? ¿Vacaciones o viaje de negocios?

—Trabajo. Estaré algún tiempo por aquí.

Él esbozó una gran sonrisa.

—Qué bien. Igual ahora tengo más suerte y empiezas a mirarme con intención de verme.

Pero Nikki ya estaba en otra galaxia. “Algún tiempo” le había sonado a una eternidad en cuanto lo había dicho y una sensación extraña se había adueñado de ella que se puso a buscar las llaves en su bolso, deseosa de acabar con aquella conversación de inmediato.

—Tranquilo, te reconoceré la próxima vez que te vea —dijo, ignorando la broma—. Ah, y gracias por ayudarme con la compra, Xavier.

Una vez dentro, Nikki se apoyó contra la puerta cerrada. Nada estaba resultando ser como había imaginado. Estaba hecha polvo, se sentía sola en un lugar extraño y aquel tipo acababa de poner sobre la mesa una realidad sobre sí misma que no hizo sino deprimirla más. Xavier tenía razón; miraba sin ver, por eso no lo había reconocido. Porque nadie conseguía mantener su interés el tiempo necesario para dejar un recuerdo. Porque solo tenía ojos para su príncipe azul que, a la sazón, era el mismo de entonces.

El mismo de siempre.

El único.

Aunque Conor ya no la amara, aunque la hubiera dejado, aunque ella

tuviera ganas de estrangularlo por ser tan egoísta y su último mensaje le hubiera partido el corazón, ella le pertenecía.

Nikki exhaló un suspiro cuando las lágrimas le empañaron la vista.

Era suya en cuerpo y alma.

Y sus ojos jamás *verían* a ningún otro hombre.

Restaurante Sa Badia,

Ciudadela, Menorca.

En cuanto Andy vio entrar a Dylan en el restaurante, giró en redondo y se dirigió a prisa hacia él, portando una bandeja con tres humeantes platos.

Junto con él también había llegado parte de su familia acompañada de Tina.

—Hola, amor. ¡Qué bien que ya estés aquí!, ¿*Guinness* con cacahuètes, como siempre? —Un beso tierno en los labios, que el irlandés se ocupó de hacer que fuera más largo de lo previsto, coronó aquel cúmulo de frases cortas dichas de carrerilla.

Pero Dylan no llegó siquiera a responder que su novia continuó con el reparto de besos al resto de los miembros de su familia. Al llegar a su madre, también le dedicó una regañina.

—Ay, mami, mami... ¿Sin bufanda y sin guantes? Vas a pillar una gripe.

Venga, siéntate en esa butaca, que enseguida te traigo algo bien calentito.

¿Dónde habéis dejado a Luz? ¿Y mi hermano? Ah, seguro que se habrá

quedado a cuidarla... —Tras lo cual, la muchacha se alejó tan veloz como había llegado hacia el salón comedor.

No, exactamente, pensó Neus mientras miraba divertida la silueta de su sobrina alejándose rápidamente de la barra. Danny tenía una cita con la chica de sus sueños. No lo había dicho, por supuesto, Anna lo había descubierto por casualidad. Quien se había quedado con Luz era Roser.

—¡Esperaremos tu siguiente ronda para contártelo! —exclamó.

Mientras los recién llegados se acomodaban en un extremo de la barra, Dylan echó un vistazo al lugar. Estaba completo, como siempre que había estado allí. Era como si el día anterior hubiera sido el típico cierre por descanso del personal en vez del comienzo de un nuevo año. Nada parecía haber cambiado.

O quizás, algo sí: la visión de Pau Estellés sentado en una pequeña mesa

para dos junto a la ventana, con el teléfono en la oreja y su agenda electrónica sobre la mesa, mientras controlaba a su hija que frente a él pintaba un dibujo,

era toda una novedad.

En aquel momento, la pequeña Alba alzó la vista de su dibujo y al ver a

sus tías en la barra, dejó lo que estaba haciendo y salió corriendo, alertando a su padre.

—¡Hola, tías! ¡Hola Tina! Estoy dibujando con papi, ¿os muestro el

dibujo tan chulo que estamos haciendo? —exclamó, repartiendo besos.

Neus se apuntó de inmediato a la clase de dibujo. Pau miró de soslayo a los recién llegados entre los cuales había alguien que llamó de inmediato su atención, pero continuó hablando por teléfono, con la vista puesta en su agenda para impedir que sus ojos se regodearan demasiado en lo que no debían, como hacían últimamente. No pudo evitar pensar que era un verdadero alivio que acabaran de llegar los refuerzos, porque la canguro demoraría un rato en llegar y la ausencia de Ciro había complicado las cosas sobremanera. La histeria del segundo chef de Sa Badia era aún mayor que cuando estaba su jefe, y los platos empezaban a salir con retraso.

Anna sonrió al darse cuenta de que, por una vez, Tina prestaba atención a lo que sucedía en la mesa junto a la ventana. Entonces, sus ojos se cruzaron con los de Dylan y él también sonrió. Ninguno de los dos dijo nada, pero les resultó evidente que sonreían por la misma razón.

No era para menos, pensó el irlandés. Resultaba incluso chocante ver al gran hombre de negocios compartimentar su vida con el cuidado de una niña de siete años.

—Quién diría que dirige el segundo grupo de empresas más importantes del país... —dejó caer Dylan, intrigado por saber qué provocaba una visión tan inusual en la temperamental amiga de Andy.

Tina miró a la madre de su amiga. Acomodaba el abrigo en el respaldo de

su butaca y parecía ajena a la conversación, pero la entrenadora decidió no arriesgarse a que volvieran a comenzar los comentarios con doble sentido.

—Es padre y trabaja. Tampoco es para tanto. Las mujeres llevamos haciéndolo desde el principio de los tiempos... —y al ver la sonrisa ladeada del irlandés supo que él no se lo había tragado. Anna, en cambio, la miraba con genuino interés.

Lo que se cocía en la mente de la entrenadora era muy diferente de lo que había dicho. Más allá de sus reticencias, tenía que reconocer que, en este caso, él se esforzaba por ejercer de padre tan bien como dirigía sus empresas. Pau había acabado de hablar por teléfono y tras hacer unas anotaciones en su agenda, se había unido al grupo de alumnos de dibujo de Alba. Participaba activamente en las sugerencias y, al mismo tiempo, atendía las consultas de los camareros que se le acercaban, o el teléfono, que volvió a sonar otras seis veces más antes de que llegara la canguro.

La pequeña había sido rotunda; quería quedarse jugando con él y con sus tías. Tina presenció cómo la convencía de que era hora de irse a la cama, y lograba que Alba volviera a ser la niña alegre que se despedía de todos con abrazos.

Y sin darse cuenta, la entrenadora se sintió transportada a su propia infancia. Recordó cómo era cuando su madre aún vivía, y de qué manera había cambiado con su muerte. La vida familiar se había convertido en una

especie de caos del que Tina sólo había sido consciente a medida que se hacía mayor, acaparando cada vez más responsabilidades dentro de la casa. Su padre había quedado devastado por la muerte de su mujer. Le había costado años recuperarse de la profunda depresión en la que había caído. Así que Tina, por necesidades del guión, había ido ocupando el lugar de su madre. Mal que le pesara, tenía que reconocer que al menorquín no le faltaba valor. Sabía por Andy cuánto había luchado por recuperar la custodia de la pequeña. Se había puesto manos a la obra desde el primer momento y ahora estaba allí, seis años más tarde, después de haber sentado un precedente legal, soltero codiciado donde los hubiera, ejerciendo de padre a tiempo completo por propia decisión. Y todo eso, a pesar de los denodados esfuerzos de la zorra de su ex mujer por alejar a la pequeña de Menorca y de todo lo que tuviera que ver con el apellido Estellés.

Era admirable.

Pero en aquel momento, cuando la admiración de Tina no podía subir más alto y aún no se había recuperado de la sorpresa de estar reconociéndole algo a un hombre al que llevaba combatiendo desde hacía años, descubrió que él la estaba mirando. Fue una fracción de segundo en la que se sintió descubierta -descubierta en el más amplio sentido de la palabra, ya que era de la clase de personas que se muestran sin filtros-, y se debatió entre apartar la mirada y que él se diera cuenta de que la había tomado desprevenida, o no

hacerlo. Aceptar que, por una vez, la había pillado con la guardia baja y plantarle cara a las consecuencias que eso pudiera traer aparejado. Tratándose de un perro de presa como el menorquín, no serían pocas.

Huir no era su estilo, de modo que mantuvo la mirada.

Los dos se miraron en silencio hasta que al fin, Tina inclinó ligeramente la cabeza en un gesto de aprobación al que Pau respondió con una gran sonrisa.

A Anna le encantaba lo que estaba viendo y llevaba diez minutos mordiéndose para no decir nada, pero ya no aguantaba más. Que la prudencia se fuera a la porra.

—¡Esta sopa está buenísima! —anunció—. ¡Pero no te preocupes, Tina.

Tú sigue disfrutando de las vistas que yo te guardaré un poco!

### **Episodio 13**

Sábado 2 de enero de 2010.

Piso de Conor Finley,

Londres.

Conor había regresado directamente a su casa después del follón del bar.

Se puso a ordenar el desastre en que se había convertido su piso mientras rezongaba en contra del tesorero del club y los problemas que le estaba creando con su tozudez. Pero no tardó mucho en darse cuenta de que estaba usando a Ike como chivo expiatorio. No era un mal tipo, un poco creído y

bastante pesado, pero era buena gente. Después de todo, su único problema era haberse enamorado de la mujer equivocada y creer que ella le correspondía. El que estuviera libre de pecado que arrojara la primera piedra...

Su mirada tropezó con una foto y eso fue el desencadenante. Eran Nikki y él sonriéndole a la cámara en medio de un gran paisaje nevado. Una de sus tantas excursiones retratada para la posteridad vino a recordarle que ella era la causante de todo. Se había largado. Había cambiado lo que tenían por un puesto de trabajo en la ONU, dejándolo allí con una casa llena de recuerdos. Totalmente dominado por la rabia, Conor empezó a retirar los innumerables rastros que Nikki había dejado tras su paso por ahí. Empezó con las fotos que había por todas partes. Después le llegó el turno a sus peluches, a sus cojines pintados a mano y, por supuesto, a su colección de imanes para nevera. El sonido del timbre detuvo la vorágine y para entonces, los objetos que había ido retirando, formaban montoncitos aquí y allí, dando al lugar un aspecto aún más caótico que antes.

Conor maldijo en voz alta. Pensó en ignorarlo, pero enseguida cambió de idea. Su moto estaba en la calle, ni siquiera había tenido ánimo para ir a guardarla al garaje. No responder sería peor.

—¿Sí, quién es? —preguntó deseando que se hubieran equivocado de timbre.

No tuvo esa suerte.

— *Soy Evel, Conor. ¿Puedo subir?* —respondieron desde abajo.

El motero apoyó la frente contra la pared, derrotado. El piso era un desastre. Su jefe pensaría que estaba sufriendo una crisis y no habría Dios que lo convenciera de lo contrario. Estaba jodido.

—Como me digas "pasaba por aquí", es muy posible que me olvide de que eres mi jefe y te zurre... —dijo Conor a modo de recibimiento cuando le abrió la puerta.

Evel se limitó a darle una palmada en el hombro.

Su ingeniero eléctrico llevaba varios días mal. Era hora de echarle una mano ya que él no lograba salir del atolladero por sí mismo.

—Bueno, ¿qué, no vas ofrecerme una cerveza? —dijo Evel después de acomodarse en el sofá, dejando claro que no pensaba irse de allí pronto.

Conor fue a la cocina. Cuando regresó traía dos botes de cerveza y un plato con cosas para picar.

—Si vienes por lo del bar, lo lamento. Sé que me he pasado, pero ese asunto me tenía muy hartado... No entiendo por qué Ike se empeña en cabrear a Dakota, de verdad. Ahora que sabe lo que le pasará si sigue en sus trece, espero que no vuelva a hacer idioteces. Pero sé que me he pasado, y lo siento. Evel no venía por lo del bar, exclusivamente. Eso sólo había sido una

alarma indicando que la situación de Conor iba cuesta abajo.

—Sí, te has pasado, pero eso es lo que menos me preocupa. Tú sí que me preocupas, chaval.

—Estoy bien.

Evel echó una ostensible mirada alrededor.

—Sí, es evidente —repuso.

Conor bajó la vista. Se conocían hacía varios años durante los cuales Nikki había sido una presencia constante. No tenía ningún sentido intentar evadirse del tema y, sin embargo, hablar de ello era lo último que le apetecía en aquel momento... Jodido círculo vicioso, pensó.

—Es Nikki. —Exhaló un suspiro—. Creía que estábamos bien, pero le han ofrecido un puesto en la ONU y ella no ha dudado en aceptarlo. Esta mañana se fue a Ginebra... Y yo sigo aquí con un cabreo del siete y una impotencia que me está volviendo loco. Supongo que este sería un buen resumen.

Evel sabía que tenía que ver con Nikki, pero no que ella se hubiera marchado del país. Le costó procesar la sorpresa, pero el sentido común lo llevó a formular la pregunta inevitable.

—¿Quieres decir que ha roto contigo y se ha marchado?

—Quiero decir que aceptó ese trabajo sin hablarlo conmigo y yo rompí con ella.

—¿Por qué? —repuso Evel asombrado. Enseguida rectificó—: Bueno, disculpa la indiscreción, pero lleváis años juntos... Supongo que si has decidido poner fin a la relación, que ella ahora trabaje en Suiza no será la razón. No queda en el fin del mundo.

—¿Por qué todos decís lo mismo? Parece que yo soy el único que ve un problema en que tu novia se largue a trabajar a otro país y ni siquiera tenga la decencia de preguntarte si te parece bien. Sí, ya sé que hay Internet, móviles, y aviones... *Pero esa no es la cuestión.* La cuestión es que yo vivo aquí. Mi trabajo está aquí. Y mi familia y mis amigos... ¡Si tengo que plantearme dejarlo todo porque a mi novia le ha salido un chollo de trabajo en otro país, espero que sea una decisión tomada por los dos y no una noticia que recibes en plan “si no te gusta, te jodes”!

El motero había coronado su encendido discurso saltando del sillón de pura rabia y ahora continuaba de pie, mirando a otra parte con las mandíbulas tensas y el rostro enrojecido. Evel esperó a que volviera a sentarse para decir en voz alta lo que hasta aquel momento nadie le había dicho.

—Qué va. La cuestión no es esa, Conor. Si fuera tú me estaría preguntando por qué razón la mujer junto a quien llevo media vida, ha tomado una decisión de esa naturaleza sin pedirme mi opinión. No conozco mucho a Nikki, pero una mujer sólo reacciona así por resentimiento.

—Por berrinche, querrás decir. Sí, eso es muy típico —espetó Conor,

airado.

—¿Y llevar la rabieta tan lejos... como hasta Suiza? Sé que estás enfadado y lo entiendo, pero si me lo permites, no creo que comparar lo que le pasa a tu novia con los intentos de un niño por conseguir lo que quiere sea la manera más inteligente de abordar este asunto.

El motero se dejó caer contra el respaldo del sillón.

—Llámalo como quieras, Evel. La verdad es que si lo nuestro le importara no habría hecho las cosas así.

—Disculpa, pero te equivocas. Cómo lo llames importa y mucho. Hablas de berrinche, pero ¿quién en su sano juicio deja todo atrás y hace los petates, poniendo kilómetros por medio debido a una rabieta? Y repito, entiendo que estés enojado por su proceder, pero creo que estás dejando de ver el bosque por ver el árbol. Yo estoy hablando de resentimiento, de despecho.

¿Nikki, despechada? Conor se quedó en blanco. Por un instante, no supo qué pensar, ni que decir.

*Despechada, ¿por qué?* Conor miraba a su jefe, sin apartar los ojos de él, mientras los engranajes de su cerebro de ingeniero chirriaban como una vieja maquinaria oxidada intentando ponerse en movimiento.

—Nunca la he cagado en eso. Siempre fue ella y solo ella para mí —

Aquel pensamiento en voz alta de Conor sorprendió a Evel en parte por la naturaleza de la confesión, en parte por lo simplista que resultaba.

—¿Y desde cuándo la infidelidad es la única forma de herir al ser amado, Conor?

En aquel momento volvió a sonar el timbre. El motero soltó un bufido.

—Es Niilo. Yo le avisé —dijo Evel con una sonrisa compasiva.

El dueño de casa se dirigió a regañadientes hacia la puerta. En cuanto descolgó el telefonillo, oyó la voz de Niilo que decía:

— *Amy canceló la cita por milésima vez así que hasta tú eres mejor plan que comerme el coco solo. Traigo cerveza.*

En cuanto abrió la puerta, Niilo le entregó un pack de seis *Coronita* y entró en el piso como perico por su casa.

—Solo tú bebes esta mierda, ¿lo sabes? Joder, tío, eres raro hasta para la cerveza —le dijo Conor a la espalda de su amigo.

Porque lo era. Durante años Niilo y él se habían limitado a compartir jefe y afición por las motos, ahora Anakin empezaba a convertirse en un buen amigo.

Evel se había marchado poco después de que llegara Niilo. A ninguno de los dos les extrañó. Su jefe no solía trasnochar demasiado cuando todavía estaba soltero y desde que se había convertido en “un hombre felizmente casado” era raro verlo sin Abby fuera del trabajo.

Al principio no habían habido muchas palabras. Niilo también había

traído una película y aparte de comentar alguna escena de acción, se habían limitado a mirarla y a beber, repantigados en el sofá. Pero allá por la sexta cerveza...

—¿La rubia volvió a cancelar? —Niilo asintió varias veces con la cabeza

—. Joder, qué putada.

Pero después de un instante pensativo, continuó.

—Bueno, no es de las que se cortan —al ver la mirada de Niilo, Conor se corrigió de inmediato—. Perdona, lo que quiero decir es que le va la marcha...

Otra mirada, esta vez de verdugo asesino a punto de cometer una fechoría, hizo que el motero de las rastas pusiera un gesto de dolor.

—Joder, perdona, tío. Estoy imbécil... Me refiero...

—Oye, ¿por qué no lo dejas? No haces más que cagarla cada vez que abres la boca —dijo Niilo.

—¡La culpa es de tu cerveza, vaya mierda! ¡Qué cosa más mala! —dijo

Conor riendo—. A ver, déjame que lo vuelva a intentar. Te prometo que esta vez no la cago, ¿vale?

Niilo lo dudaba mucho. Tampoco estaba especialmente interesado en lo que su colega tuviera que decir acerca de “la rubia”, pero lo alivió verlo reír.

Aunque la culpa la tuviera la cerveza...

—No es de la clase que se anda con miramientos. Si alguien le interesa va a por él y si no, pasa totalmente. Que sigáis en contacto dice mucho a tu favor.

Decir “mucho” no implicaba necesariamente decir “bien”.

—Ya. Suponiendo que eso sea bueno, no veo en qué me favorece. Han pasado dos meses y seguimos sin vernos las caras. Aparte de una factura de móvil carísima y la moral por los suelos, no he sacado nada más en claro.

— *Todavía* —apuntó Conor inesperadamente animado—. Yo digo que lo que le pasa a tu rubia es que esta vez el tío en cuestión le gusta de verdad y prefiere andarse con cuidado, no vaya a ser que se lo tome demasiado en serio y él no esté por la labor...

Era una posibilidad que a Niilo le encantaba. Había pensando en ella en una ocasión, pero se había apresurado a descartarla. Era demasiado perfecta y no quería hacerse ilusiones. Que Conor la trajera a colación, aunque fuera por influencia de alcohol, había hecho renacer su esperanza.

—Vale —repuso—. Y ya que hoy estás tan agudo, ¿a qué conclusión has llegado sobre lo que le pasa a la tuya?

Conor soltó un bufido.

—¡Joder, tío, con lo bien que estaba y tenías que venir a recordármela...!

—No hace falta que nadie te la recuerde, tío. Nikki está presente en tu

vida *siempre* y si todavía no te has dado cuenta de eso, tienes *otro* problema muy gordo.

Conor se cubrió la cara con las manos en un gesto mezcla de hartazgo y desesperación.

—Aparentemente, esperaba un anillo de compromiso en Navidad...

—Ah... Vaya tema.

—Sí, todo un tema. Y yo, aparentemente, le regalé lo que *no* esperaba; una semana romántica en una cabaña cerca de Berna... —continuó—. Y se le cruzaron los cables. Se le llenó la cabeza de idioteces... Que “si tenemos expectativas diferentes sobre nuestra relación”, que si mi vida es cojonuda tal como está y no quiero cambiarla, que “si necesitamos cosas diferentes”, blablablá...

—¿Aparentemente?

Conor se frotó la frente. No estaba *tan* borracho como para hablar del tema.

—Es una forma de decir... Total, que decidió que ya que se le había presentado la ocasión de conseguir el trabajo de su vida, no iba a someterlo a votación cuando el *capullo* de su novio tenía una vida perfecta, y claro, no estaría dispuesto a negociarlo. Así son ellas, tío... Si te enamoras estás jodido. Peeeeeeeeero, según nuestro jefe, mi chica está despechada. Y no porque se la haya pegado con otra, precisamente. ¿Te lo imaginas? ¡DESPECHADA!

¡Hay que joderse!

Niilo lo miró fijamente.

—Según yo, también. Puedo imaginar cómo se siente Nikki, lo que no consigo imaginar es por qué tú no lo imaginas, Conor. Te tenía por un tío listo.

El ingeniero eléctrico miró a su colega de muy mala uva.

—¿Se puede saber de qué coño hablas?

Niilo sacudió la cabeza. No lograba entender que algo tan evidente pareciera un código cifrado para Conor, y explicárselo con un nivel de

alcohol en sangre tan alto, tampoco le parecía una alternativa deseable.

—Solo digo que si después de tantos años no estás dispuesto a comprometerte con ella, no pasa nada. No es ningún delito, pero deberías dejarla seguir con su vida, tío. No es justo que intentes retenerla con promesas que no vas a cumplir.

Conor lo miró, encendido.

—¿Pero de qué hablas?! ¿Quién coño ha dicho que no vaya a cumplirlas, eh?!

—Tus actos, Conor. Desde llenarte la boca diciendo que “no piensas casarte todavía porque eres muy joven” a seguir siendo el novio eterno de una mujer con la que llevas saliendo desde que eras un crío, todo habla de lo mismo. No quieres comprometerte. Tú sabrás el porqué.

El dueño de casa se había limitado a enviarle maldiciones con los ojos, pero no había dicho ni una sola palabra más. Niilo lo había dejado estar. No había ido a su casa para provocarle una crisis existencial mayor que la que ya tenía.

Al fin, el alcohol había surtido efecto y Conor se había quedado dormido.

Por lo que Niilo sabía, su colega llevaba días sin dormir una noche completa.

Bien está lo que bien acaba, pensó.

Y después de cubrir a su amigo con una manta, abandonó el piso

silenciosamente.

Domingo 3 de enero de 2010, de madrugada.

Ciudadela, Menorca.

El resto de la familia se había marchado hacía mucho y Tina se había quedado en el restaurante con Dylan esperando a que Andy acabara su turno.

Habían tomado una cena ligera y habían reído bastante. Pau, que había seguido la interacción de la pareja desde la barra, había llegado a la conclusión de que congeniaban bien. Más de una vez había pensado en acercarse, pero el irlandés no era santo de su devoción, así que había tenido que conformarse con mirar desde la distancia.

Al fin dieron las doce, y Andy reapareció vestida de civil.

—¡Ya estoy aquí, preparada para irnos de marcha! —exclamó poniéndose de puntillas para besar a Dylan en los labios que, como era habitual, se ocupó de convertirlo en un beso de tornillo que hizo reír a la entrenadora.

Tina ya se estaba poniendo el abrigo.

—De marcha os vais vosotros, yo sólo me he quedado a hacerle compañía a tu Romeo.

Andy la tomó del brazo.

—De eso nada. Que te crees tú que te vamos a dejar sola.

Tina se liberó del brazo de su amiga, afectuosamente pero con decisión.

—Para una vez que tienes a tu enamorado a mano, no sueñes con que voy a estropear la fiesta. Id tranquilos y pasadlo bien que yo daré una vuelta por el puerto y luego me meteré en la cama. También madrugo para entrenar.

Lo que Dylan deseaba era decir que secundaba la moción, pero un ligero golpe en el trasero por parte de su chica seguido de una mirada con mensaje, lo impulsó a decir justamente lo contrario.

—Su Romeo te lo agradece mucho, pero como diga que estoy de acuerdo contigo, tu amiga me tendrá a dieta el resto de la semana. Así que ¡ven, por favor!

—¡Serás malo! —exclamó Andy, quejándose de mentirijillas.

—No es malo, es sincero —repuso la entrenadora—. ¿He dicho ya que tu chico me encanta? En serio, id tranquilos, chicos.

—¿Pero cómo vamos a dejarte sola? — se quejó Andy, esta vez en serio.

Pau, que llevaba toda la noche esperando su momento, no dudó en intervenir.

—Yo te acompaño —y al ver que todos se daban vuelta a mirarlo alucinados, matizó—: Bueno, si me dejas, claro... Los menorquines somos buenos anfitriones. Por favor, permíteme que te guíe por este paraíso.

Y así fue. Después de que Dylan y Andy se marcharan, Tina permaneció en el restaurante un rato más hasta que Pau pudo cerrar.

Una vez en la calle, él le expuso la ruta turística que tenía pensada, como

si se tratara de algo que hubiera repetido muchas veces antes. Tina lo dejó hacer. A bordo de su moto, recorrieron algunos de los bellos rincones situados al noroeste de la isla que lucían espectaculares aquella noche de luna llena, mientras él se explayaba a gusto contándole curiosidades y otros datos de interés de casi cada baldosa que pisaban. Luego de un recorrido de hora y media, habían regresado al casco antiguo de Ciudadela, a tiempo de tomar una copa antes de que cerraran los lugares de ocio nocturno.

El menorquín estuvo callejeando un rato por vías estrechas por las que no cabía un coche. Al fin, se detuvo frente a un local concurrido.

—¿Te he hecho pasar mucho frío? —El abrigo que Tina llevaba era grueso, pero las temperaturas bajaban bastante por la noche.

—¿Era a ti al que le comentaba la otra noche que a lo que tenéis en esta isla no se le puede llamar invierno? —repuso ella.

Pau sonrió para sus adentros. En ningún momento se había quejado.

Tampoco se había agarrado a él, sino al sillín. Pero por más inglesa que fuera, estaba seguro de que tenía que haber sentido frío.

—El paseo no ha sido largo porque no quería abusar, pero el resto me lo guardo para la próxima vez —comentó él mientras guardaba los cascos en la moto—. Hay miles de lugares fabulosos que estoy seguro que te van a encantar.

Tina no tenía la menor duda al respecto. Menorca le parecía un paraíso

terrenal.

Y había esperado que fuera así porque Andy no hacía más que hablar maravillas de la isla. Lo que encontraba novedoso era el interés de su tío. Que ahora empezaba a resultar bastante evidente.

—No sé qué me sorprende más de lo que has dicho. Si que des por sentado que habrá una próxima vez, o que te hayas ofrecido a seguir haciendo de guía turístico. —Miró hacia el local y preguntó—: ¿Es esta nuestra siguiente parada del tour?

Pau la siguió meneando la cabeza divertido.

—Qué dura eres... —dijo sin acritud—. Aquí hay gente que te quiere, ¿por qué no ibas a volver? Y en cuanto a lo otro... ¿Quién mejor que un menorquín orgulloso de su tierra para hacerte de guía?

Tina se detuvo brevemente. Lo miró a los ojos.

—No he dicho que no vaya a volver.

—Ah... Ya entiendo —dijo él, que tuvo que esforzarse por reprimir una carcajada.

—Y en cuanto a lo otro... —continuó Tina, imitándolo—. Un menorquín orgulloso de su tierra con una agenda muy apretada y muchos asuntos que atender. Por no hablar de una hija. Disculpa que me siga pareciendo sorprendente, pero no das la imagen de alguien que utilizaría parte de su

valioso tiempo en hacer de guía turístico de nadie.

Si la entrenadora había pretendido molestar al menorquín, no sólo no lo hizo, sino que consiguió el efecto contrario.

—Lo dicho, eres durísima.

—Solo sincera.

—Qué va—insistió Pau y como había descubierto que le encantaba meterse con ella, volvió a hacerlo—. Te gusta ponerle las cosas difíciles a tus contrincantes.

—¿Eso es lo que eres? —le preguntó desafiante. Él esbozó una gran sonrisa al comprobar que ella picaba—. Fíjate, y yo que creía que eras el tío mandón de mi mejor amiga...

La pareja entró en el local enfrascada en su conversación. Allí los recibió un hombre de mediana edad y porte de empresario, que enseguida estrechó la mano del menorquín.

—¡Bienvenido y enhorabuena, Pau! Ya me han contado que le has ganado el pulso a tu ex en los tribunales y vuelves a ser un papá feliz —y mirando con una sonrisa a la mujer que lo acompañaba, añadió —: Soy Víctor Baumann, bienvenida a Índigo.

—Gracias —repuso Pau en inglés—. Tina es una vieja amiga de la familia.

Ella miró de reojo al menorquín y estrechó la mano de Baumann.

—También sé hablar —apuntó con una sonrisa—. Me llamo Tina Murphy. Encantada.

Aquel corte de la entrenadora dirigido a Pau, tampoco tuvo el efecto esperado. El empresario lo había encontrado divertido y, a juzgar por el intercambio de miradas, el tío de Andy también.

—Y es una mujer de carácter —apuntó él sonriendo.

—Ya lo creo —concedió el empresario—. Un placer conocerla, señorita Murphy. ¿Los señores prefieren un reservado en la zona VIP o mezclarse con la gente en el salón de abajo?

—Las damas escogen —dijo Pau caballerosamente.

Tina no pudo evitar pensar que aquello, que en teoría parecía la típica postura masculina, no era más que otra forma de pincharla. Estaba claro que en el lenguaje masculino un reservado en la zona VIP era sinónimo de intimidad. Algo que, en según qué circunstancias, una mujer podía encontrar intimidante mientras que un salón concurrido suponía una alternativa más “segura”.

—Es mi guía y ha prometido hablarme de las maravillas de esta isla... Así que supongo que un reservado es el sitio idóneo. Tampoco queremos que acabe la noche afónico, ¿verdad?

—Reservado, pues. —Víctor Baumann se hizo a un lado gentilmente cediéndole el paso a Tina.

Cuando Pau pasó junto al empresario, éste lo retuvo brevemente por el brazo y se acercó a su oído.

—Apreciado amigo, creo que me debes una —le dijo.

Las cosas en el reservado habían resultado ser muy diferentes de lo que Tina había pensado. Pau no había echado mano de sus grandes dotes de comunicador para cautivarla, no había flirteado abiertamente con ella... Lo había hecho de una forma muy sutil.

Cumpliendo con su labor de guía, había empezado por contarle cómo el local en el que estaban había conseguido convertirse en uno de los más famosos de la isla. Con una facilidad pasmosa, había enlazado el tema con la historia de la familia propietaria, hablándole de cómo los tatarabuelos de Víctor habían llegado a la isla huyendo de los horrores de la Segunda Guerra Mundial y, poco a poco, se había integrado en la sociedad menorquina hasta el punto de que todos los Baumann trabajaban activamente por el progreso de la isla y de sus habitantes. Tina se había sentido identificada al momento con lo que oía. Y casi sin darse cuenta, se había encontrado hablando de su madre, una ciudadana de la Commonwealth que había llegado a Londres procedente de su país natal, la India. Ella había participado activamente en las asambleas vecinales donde había conocido al padre de Tina.

Eran cerca de las dos de la madrugada cuando Pau echó un vistazo a su reloj.

—Me encantaría seguir conversando contigo, pero no quiero espantar a la canguro apareciendo al alba su cuarto día de trabajo. —Sonrió—. El dinero no lo compra todo. Nadie sabe eso mejor que yo.

Regresaron a la casa familiar, y él la acompañó hasta la misma puerta.

Tina, que ya no recordaba la última vez que algo así había sucedido, sonrió.

—No me río de ti, que conste —aclaró—. Es que acabo de darme cuenta que hace siglos de la última vez que un hombre me acompañó hasta la puerta de casa...

Pau asintió enfáticamente. Sonrió al tiempo que meneaba la cabeza.

—No me río de ti, que conste. Es que acabas de poner el dedo en la llaga.

Tampoco recuerdo la última vez que acompañé a una mujer hasta la puerta de su casa...

—Espero que no te importe que no te crea... —dijo Tina. Después de todo, por más padre y empresario que fuera, también era un hombre soltero y atractivo.

Pau bajó la cabeza un momento sin dejar de sonreír, pensando cuánto habían cambiado las cosas entre los dos en apenas unos días. Le gustaba pincharla, y seguiría haciéndolo, pero ya no le apetecía enfrentarse a ella.

—Me tienes por un alfa, o al menos eso has dicho, pero te sorprendería saber qué lejos estoy de serlo. A años luz, te lo aseguro. Y sí, puedes creer cuando te digo que hace mucho tiempo que no hago algo como esto... Es la verdad.

—Los hombres sólo acudís a la verdad cuando sirve a vuestros propósitos.

Pau la miró directamente a los ojos, con esa mirada derrite-glaciares que no dejaba nada en pie a su paso.

—No lo niego, pero no es mi caso. Decir la verdad no es un problema cuando no se le tienen miedo a las consecuencias. Así que ahí va otra verdad: Me gustas mucho, Tina. Pienso que eres una mujer impactante y no me explico cómo no me he dado cuenta hasta ahora.

Ella se las arregló para mantener la mirada, pero no pudo evitar que un escalofrío la recorriera de la cabeza a los pies, dejándola momentáneamente sin palabras. Lo último que habría esperado del menorquín era semejante declaración de intenciones y no sabía qué responder.

Pero no tuvo que hacerlo.

—Gracias por este rato increíble... Tengo que marcharme. Dos besos, al estilo español —anunció, y depositó uno en cada mejilla de la entrenadora, que no atinó siquiera a respirar.

Él tampoco salió indemne del contacto. Se sintió aturdido por sus propias

emociones. No deseaba apartarse de ella y hacerlo fue un duro ejercicio de autodomínio.

—Felices sueños —le dijo al tiempo que daba un paso atrás.

Y un instante después, había montado en su moto y se alejaba calle abajo, dejando a Tina de una pieza.

## **Episodio 14**

Domingo 3 de enero de 2010, de madrugada.

Ciudadela, Menorca.

Tina permaneció inmóvil, mirando la calle desierta, hasta que de repente tomó conciencia de que seguía plantada allí como un pasmarote y entró en casa. Procurando hacer el menor ruido posible, se fue directamente a su habitación y cerró la puerta. Fue entonces, cuando se sintió a salvo de miradas curiosas, que su mente volvió a recuperar la actividad normal. No recreó sus sensaciones de los últimos instantes pasados junto al menorquín. Simplemente, no les prestó atención, y su primer pensamiento fue típico de alguien escéptico a las manifestaciones de interés masculino.

*¿Pero qué había sido eso?*

Ese loco había pasado de ignorarla durante años a... No sabía siquiera cómo definir lo sucedido. ¿Estaba *flirteando*? ¿Esperaba que creyera que su interés era genuino, después de tantos años pasando olímpicamente de ella?

Su cabeza no dejó de dar vueltas al tema mientras se cepillaba los dientes y

media hora después, ya metida en la cama, seguía erre que erre. No tenía sentido creer que lo sucedido había sido un intento real de acercar posiciones con ella. ¿De repente se había dado cuenta de que la mejor amiga de su sobrina era una *mujer impactante*? Venga ya. ¿Con qué se comía eso [18](#)?

Entonces, se le ocurrió que todo aquello, en realidad, no podía ser más que un pasatiempo. Un juego de poder. Era un alfa, aunque lo negara, y los de su especie eran adictos al poder; querían controlar el juego, y ganarlo. Él mismo había admitido que ella le ponía las cosas difíciles a sus contrincantes y ¿cómo sorprendes con la guardia baja a un adversario duro? Despistándolo. Eso era exactamente lo que el tío de Andy había intentado conseguir con su declaración de intenciones (y con sus “dos besos al estilo español”).

Tenía que admitir que él también era un duro adversario, pero su inflada autosuficiencia de macho dominante todavía no le había dejado ver con quién se estaba midiendo. Tina Murphy era la número uno en estrategias de distracción.

Cerca de allí, en la primera planta exterior de un lujoso edificio...

Después de acompañar a la canguro hasta el coche, Pau regresó a su casa.

Fue directo a la habitación de Alba. La pequeña estaba profundamente dormida y ni siquiera se movió cuando la arropó.

Una vez en el salón, se sirvió un *whisky* con hielo y se repantigó en su sillón con un suspiro. La sonrisa no tardó en aparecer al pensar en Tina.

Habían sido un par de horas verdaderamente increíbles las que había pasado con ella. Llevaba años entre las mujeres Avery, y para él, sin embargo, había sido como si acabara de conocerla.

Era directa, incisiva... Una mujer totalmente cautivadora. Desbordaba fortaleza y carácter por donde se la mirara. Cómo había conseguido pasarle desapercibida tanto tiempo era un misterio, pero ahora que la había descubierto, no pensaba perderla de vista. Lo malo era que a ella le quedaban horas en la isla y con Ciro en Barcelona, ni siquiera podía ofrecerse a llevarla al aeropuerto...

Lo cual, decidió en ese mismo instante, no evitaría que se vieran una vez más antes de que regresara a Londres, ni que siguieran en contacto.

Pau ya no recordaba la última vez que una mujer había logrado capturar su atención de manera tan definitiva como lo había hecho Tina, y no tenía ninguna intención de perderla de vista.

Tina llevaba ya un buen rato en el *gym* cuando Andy llegó y ocupó la bicicleta estática que estaba justo a su lado. Ella se limitó a hacerle un guiño a modo de saludo y continuó su pedaleo enérgico. Segura de que Tina no iba hablar de lo sucedido la noche anterior por propia iniciativa, decidió tirarle de la lengua.

—Qué tempranera estás hoy. ¿Significa eso que anoche te fuiste a la cama pronto?

A Andy le ilusionaba que “tuviera un plan” y Tina sabía que no iba dejarlo estar, pero había un pequeño detalle que estaba pasando por alto, y era que el caballero sobre quién su querida amiga intentaba sondearla, no era un señor cualquiera.

—¿No me oíste llegar? ¿Significa eso que la máquina de tu novio te tenía tan concentrada? —repuso sin apartar la vista del velocímetro de su bici.

—Claro, ahora el tema del día somos mi chico y yo... ¡Vamos, Tina! ¡No me tengas en ascuas!

—¡Y tú no seas cotilla y entrena, que para eso has venido!

Entrenar no era uno de sus intereses aquella mañana. Estaba allí por arañar cuantos más minutos mejor junto a Tina, ahora que podía. En unas pocas horas, su amiga regresaría a Londres y pasarían meses antes de volver a verla. También, por supuesto, para intentar conseguir respuestas.

—¡Eso es lo que tú crees! ¡He venido porque la curiosidad me está matando! Cuéntame, ¿habéis estado haciendo manitas o no? —exclamó riendo.

A la entrenadora, en cambio, no le hizo ninguna gracia.

—Por supuesto que no. Es tu tío, Andy.

La muchacha contempló divertida cómo Tina, incómoda, empezaba a pedalear con más fuerza.

—¿Y qué? Puede que no te hayas dado cuenta, aunque lo dudo porque te

diré que es *muuuuy* evidente, pero aparte de ser mi tío está de toma pan y moja.

Tina le dedicó una mirada cargada de ironía. Si era por hombres que estaban “de toma pan y moja” ya estaba bien servida con los especímenes que entrenaba a diario en el gimnasio.

—Es tu tío —insistió.

—Está como un tren —dijo Andy, con desparpajo.

—También es un alfa y, como sabes, los alfa no son mi tipo. —Decidida a cambiar de tercio, Tina esbozó una sonrisa y añadió—: ¿Qué tal tu máquina? ¿Sigue al cien por ciento de rendimiento? ¡Qué tío!

Andy no pudo evitar que su sonrisa la traicionara. Todo lo relacionado con Dylan siempre tenía el mismo efecto.

—Creo que será mejor que dejemos ese tema, no quiero que te mueras de envidia — y esta vez dirigió la conversación hacia otro asunto que también le interesaba—. Le pareció una idea genial que seamos socias en el gimnasio, ¿sabes? Anoche, precisamente, me preguntó que habías respondido. Y claro, sólo pude decirle que la idea te encanta... Y nada más.

Tina puso los ojos en blanco.

—Vamos a ver, Andy, ¿hablas o entrenas? Porque las dos cosas no se pueden hacer al mismo tiempo. No, si quieres hacerlas bien.

— *Vengaaaa*, Tina, dime algo... —se quejó la muchacha, haciendo

pucheros—. ¿Te lo has pensado?

La entrenadora respiró hondo. Entre el juego del tío y la propuesta de la sobrina empezaban a acumularse las cosas en las que pensar. Dejó de pedalear y miró a su amiga con cariño.

—Me encantaría que fuéramos socias y si me lo hubieras propuesto cuando vivías en Londres, ya nos habríamos puesto manos a la obra. Esto es diferente.

—¡Ya lo creo que es diferente! Esto es mucho mejor que Londres. Allí necesitaríamos una fortuna para ponerlo en marcha y muchísimo tiempo para recuperar la inversión —dijo Andy, animada, defendiendo su propuesta.

—No hablo de eso y lo sabes, *cari*.

—Hablas de tu padre. Pero él está bien, Tina, y estaría mucho mejor sabiendo que su única hija consigue su sueño, aunque eso implique verte algo menos... Y no me mires así porque sabes que es la verdad. Habláis a diario, pero trabajas tantas horas que apenas te queda tiempo para darte una vuelta por su casa los fines de semana, así que ¿qué sería tan diferente? ¿Que ahora necesitarías tomar un avión en vez del tren?

Tina exhaló un suspiro.

—No es solo por la enfermedad de mi padre, soy consciente de que son cosas derivadas de hacerse mayor y acabaré haciéndome a la idea... Es que no

sé si soy de la clase de persona que puede dejarlo todo atrás y empezar de cero en un país extraño...

—No empezarías de cero ni es un lugar totalmente extraño porque yo estoy aquí y mi familia también... Es más, estarías mucho más acompañada de lo que has estado desde que tu padre se casó. ¡Y tendrías el gimnasio de tus sueños, sin jefes ni tonterías que aguantarles! ¡Venga, Tina, sería la caña!

—Sí, y también tendría a mi única familia de sangre a cientos de kilómetros... A una conexión, mínimo, de avión. Me preocupa mucho saber que si sucede cualquier cosa, pasarán horas antes de que pueda llegar...

Necesito tiempo para pensarlo, ¿lo entiendes?

¿Cómo no entenderlo? Aún hoy, ese mismo pensamiento seguía torturando a Andy que asintió de mala gana. Tina le apretó la mano cariñosamente.

—Pero no sufras, *cari*. Cuanto tome una decisión, serás la primera en saberlo.

Después de eso, las dos amigas siguieron pedaleando.

La mente de la entrenadora, sin embargo, cayó en la cuenta de que había un factor añadido a considerar sobre la propuesta de Andy en el que hasta aquel momento no había pensado: también tendría a Pau Estellés a la vuelta de la esquina. Literalmente.

Desde la cima de la escalera metálica, Dylan miró alrededor, buscando algo que le permitiera mantener el panel en su sitio mientras lo fijaba al soporte. Hasta ahora había conseguido apañárselas solo, pero para acabar la estructura iba a necesitar otros brazos. El problema era que aquella mañana sólo contaba con los suyos. El único hombre de la familia Avery se había ido con su madre y la pequeña Luz al paseo matutino que Anna se había auto recetado.

En aquel momento sonó el timbre y Dylan se dirigió hacia la puerta a través de un patio sitiado por herramientas, sacos de cemento y paneles extra grandes de cristal de seguridad.

Jaume se mostró sorprendido al ver quién abría la puerta, pero enseguida saludó a Dylan.

—Hombre, qué tal... Buenos días. ¿Te han dejado a cargo de la casa? Pasaba por aquí...

Sí, claro, cómo no, pensó el irlandés. Desde que se había enterado de que su ex novia estaba en la isla, "pasaba por aquí" todos los días.

—Qué bien. Justo estaba pensando que me vendrían bien otro par de brazos —respondió él, haciéndose a un lado para dejarlo pasar.

Jaume siguió a Dylan hasta el patio y al ver que estaba todo manga por hombro, soltó un silbido.

—¿Ha caído un obús o algo así?

—Ya sabes que las obras son muy aparatosas... Lo que necesito es una tarea muy sencilla, así que no te preocupes, que no te vas a ensuciar —dijo Dylan. El hombre estaba hecho un pincel, otro dato que confirmaba que su paso por allí no había sido casual, y no quería ser el culpable de estropearle los planes.

Jaume echó un vistazo a la obra.

—¿Es un cerramiento? —y al ver que Dylan asentía, continuó—.

Entonces, eres firme candidato a la medalla del yerno del año. Anna adora este patio. Hemos estado aquí charlando incluso en pleno invierno. Decía que era lo mejor de la casa...

—Creo que esa medalla ya me la he ganado, ahora compito por la del mejor yerno de todos los tiempos —apuntó el irlandés mientras volvía a ponerse los guantes de trabajo—. Toma, tengo estos guantes de repuesto.

—Habla mucho de ti, te admira, y eso no es algo fácil de conseguir con Anna —repuso Jaume, y al darse cuenta de que hablaba de datos que tenían al menos treinta años, añadió—: Bueno, al menos, con la Anna que recuerdo. Jaume le caía bien. Le gustaba la gente que se mostraba sin filtros. El irlandés asintió a modo de agradecimiento y se puso a explicarle lo que harían a continuación.

Durante cerca de una hora, los hombres trabajaron de forma coordinada y

cuando al fin volvieron a estar sobre suelo firme, el cerramiento empezaba a tomar forma.

—La cosa pinta bien —dijo Jaume, satisfecho—. ¿Y para abrirlo?

Dylan hizo un gesto intrigante. Detestaba las obras previas a la domotización y, normalmente, sucedían sin su intervención. El caso de Anna era excepcional. A pesar de que dos trabajadores se habían ocupado de la mínima obra de albañilería requerida, él había preferido hacerse cargo del resto porque disponía de muy poco tiempo y el idioma habría sido un obstáculo. Ahora empezaba lo verdaderamente bueno.

—Ah, eso tendrás que esperar para verlo.

—Creo que sé por donde van los tiros. Anna comentó algo de que te dedicas a las casas inteligentes.

—Algo así.

—Dijo que eras muy bueno... —insistió el menorquín intentando obtener más información.

—Habrá que esperar a que esté acabado para saberlo —repuso el irlandés

—. Y por lo que me han dicho, tú construyes embarcaciones y también eres bueno.

El hombre esbozó una ligera sonrisa. A pesar de sus esfuerzos, no consiguió ocultar lo halagado que se sentía.

—¿Te lo ha dicho Anna?

—Me lo ha dicho su hija y seguro que no se lo ha inventado.

Jaume asintió complacido.

—Vengo de una familia de constructores de barcos y he vuelto a mi tierra natal con un proyecto: abrir mi propio astillero. En ello estoy ahora mismo, pero habrá que esperar a que esté funcionando para saber si soy tan bueno.

—Entonces, quizás puedas ayudarme... —dijo Dylan que tenía otro proyecto en la cabeza—. ¿Sabes de algún buen asesor empresarial en la isla que puedas recomendarme?

Jaume ya estaba buscando algo en su cartera.

—Claro que puedo ayudarte con eso —dijo entregándole una tarjeta de visita—. Son los mejores. Diles que vas de mi parte.

Tan enfrascados estaban en su conversación, que no se dieron cuenta de que ya no estaban solos hasta que oyeron la voz de Anna. Para entonces, la sonrisa de Jaume era tan grande que podía atarse los extremos en la nuca.

—¡Ay, mi patio bonito, que bien está quedando! —y un instante después, al ver a Jaume volvió a exclamar—: ¡Pero qué sorpresa más grata!

“¡Qué sorpresa más grata, ay, Jaume!”, farfulló Danny para sus adentros.

—Deja de sorprenderte tanto y vamos dentro que aquí hace frío para ti —dijo el muchacho ganándose una regañina de su madre.

—¿Desde cuándo no saludas, cariño?

El muchacho hizo un gesto de disgusto con la boca y miró de soslayo a la visita.

—Hola. —Había sido un saludo a secas tras el cual el joven siguió camino hacia el interior de la casa empujando el carrito de Luz bajo la mirada contrariada de su madre.

—Disculpad... Lo único que me consuela es pensar que todos hemos sido por el estilo a su edad... —Anna volvió a mirar a Jaume—. Cuéntame, ¿qué te trae por aquí? Por favor, no me digas que alguno de mis hermanos te ha invitado y se ha olvidado de avisarme...

El interés del hombre por la madre de Andy le resultaba tan evidente a Dylan, como su incomodidad por volver a estar allí sin una razón que lo justificara. Decidió echarle una mano.

—He sido yo. No me lo lées que ha venido ayudarme —intervino, haciéndole un guiño al menorquín con disimulo.

—¡Uy, sí, creo que gracias a mí ha podido poner dos tornillos...! —bromeó Jaume.

Anna rió genuinamente divertida.

—Bueno, pero dejarás que se tome un café, ¿no, Dylan?

No hacía falta más que mirarlo para darse cuenta de que el constructor de barcos estaba encantado. Dylan decidió seguir por esa línea.

—¿Piensas arreglarlo sólo con eso? Tendrá que reponer energías. Como mínimo invítalo a comer, ¿no te parece?

La pareja intercambió sonrisas, pero fue ella la que le puso la guinda al pastel cuando con su habitual gentileza y una doble ración de dulzura dijo:

—Será un placer.

Dylan miró de soslayo a su chica y sonrió para sus adentros. En teoría, estaba admirando la obra del patio; en la práctica, lo estaba admirando a él.

—¿Te gusta lo que ves... O tienes alguna objeción?

El tono de lobo asomando las orejas le informó a Andy que acababan de pillarla *in fraganti*.

—Ninguna objeción —concedió con una sonrisa pícaro—. Me encanta lo que veo.

Dylan dejó el destornillador en la caja de herramientas y decidió que había acabado por ese día.

—A mí también me encanta lo que veo —repuso él, que ya se había aproximado a ella, rodeándole la cintura con un brazo.

—¿Y para qué son esos cables de ahí?

—Para la instalación eléctrica.

—¿Y para qué necesita un toldo una instalación eléctrica?

Llamar *toldo* a secas a la obra de ingeniería que estaba llevando a cabo en ese patio era como llamar *coche* a secas a un Ferrari Testarrosa.

—Quizás porque no es un toldo cualquiera. Si lo fuera, no necesitaría una instalación eléctrica, ¿los has pensado, preciosa?

Andy ya se estaba partiendo de risa, haciendo las delicias de su chico.

—Disculpa, es que... Ya me conoces, no tengo la menor idea de cómo se llama lo que estás haciendo...

—Es un acristalamiento automatizado. Y tiene cables porque la idea es que el usuario pueda controlarlo desde el dispositivo que elija —explicó Dylan.

El rostro de la muchacha se iluminó.

—¿Quieres decir que no habrá más que apretar un botón para abrirlo o cerrarlo? — Era mucho más que eso lo que podía hacerse con el “botón”, pero Dylan obvió la explicación y se limitó a asentir—: ¡Mi madre te va a adorar! ¿En serio que podrá controlarlo así de fácil, calvorotas?

—En serio, preciosa.

Andy, más feliz que unas pascuas, se lo agradeció con un beso y durante un rato, la pareja permaneció abrazada en silencio.

El Dylan de siempre habría aprovechado el momento para llevar las cosas al terreno sexual. Este, en cambio, volvía a sorprenderlo con una reacción totalmente distinta. Junto a Andy estaba aprendiendo a disfrutar de otra clase de contacto físico, uno en el que el erotismo pasaba a un segundo plano y la

comunicación se establecía a un nivel diferente.

—Eres el mejor, Dylan —murmuró, acurrucándose contra su pecho—. Te agradezco tanto todo lo que haces por mi familia...

—Ya lo sé, nena —respondió el nuevo Dylan en una circunstancia en la que el antiguo habría intentado capitalizar de otra forma tanto agradecimiento de su chica—. Mira, una asesoría que te va a ayudar a dar forma sobre el papel a tu gran proyecto. Según Jaume son los mejores.

Andy tomó la tarjeta de visita y sus ojos regresaron a Dylan cargados de ilusión.

—¿Cómo no voy a estar loca por ti, eh? Eres... —en uno de sus arranques de amor, la muchacha tomó el rostro del irlandés y depositó en él una lluvia de besos agradecidos—. ¡Eres lo mejor que me ha pasado en la vida, Dylan! Él disfrutó a fondo de aquella explosión de sentimientos, mirándola atentamente para no perderse el más mínimo detalle.

—¿En serio? —Cada vez que lo oía se sentía en la cima del mundo. Y ella estaba dispuesta a repetírselo las veces que él quisiera.

—Totalmente en serio. Tú, señor Mitchell, eres lo mejor que me ha pasado en la vida —le dijo, rezumando dulzura, y tras ponerse de puntillas, dejó otro beso sobre sus labios.

Él exhaló un largo suspiro.

—¿Sabes? Eso ha estado muuuy bien.

—¿Repetimos? —propuso ella con picardía.

Dylan le apretó la cintura en un gesto sugerente.

—Si quieres acompañar a tu amiga al aeropuerto, mejor dejamos la repetición para luego... Dime, ¿tienes socia para tu gimnasio o todavía se lo piensa?

Andy puso morritos.

—Se lo piensa. Y tampoco ha soltado prenda sobre lo de anoche con mi tío. ¡Es una tumba!

—¿No te ha dicho ni pio? —y al ver que ella asentía con cara de "no me lo recuerdes", Dylan se echó a reír—. Pensé que eso era prerrogativa de los individuos con cromosomas XY.

—¡Y que lo digas! No es nada "chica" para sus cosas, te lo aseguro...

Cuesta muchísimo sonsacarle algo... Pero caerá, eso también te lo aseguro.

—¿Quién tiene que caer? —oyeron que decía una voz familiar.

Dylan saludó al recién llegado con un gesto de la cabeza, pensando que desde que Tina estaba en Menorca, el mandamás de los Estellés visitaba la casa con más frecuencia de lo que recordaba de viajes anteriores.

Andy se volvió hacia la voz.

—Ah, hola, tío... Nada, son cosas nuestras. Y tú ¿qué haces por aquí tan temprano?

—No sabía que hubiera horas para venir a esta casa. Por cierto, la puerta de calle estaba abierta de par en par —repuso él. Cuando acabó de decirlo ya se dirigía a la cocina.

Andy se volvió a mirar a Dylan con una sonrisa radiante.

—¿Te apuestas algo a que ha venido a despedirse de Tina? ¡Me encanta!

Neus dejó de hablar en cuanto vio a su hermano junto a la puerta.

—Dichosos los ojos que te ven... ¿A qué se debe esta sorpresa?

El menorquín ignoró el comentario de su hermana así como las miradas con mensaje de Anna y Roser.

—Hola, familia —dijo, y después de palmear el hombro de Jaume como si hubiera esperado verlo allí, fue al encuentro de Alba que jugaba con su primo en el otro extremo de la mesa. La niña lo recibió con uno de sus abrazos cariñosos. Durante los siguientes instantes, él se dedicó a hablar con los más pequeños de la familia y la conversación entre los adultos se reanudó con aparente normalidad.

Pero él no había venido a por su hija, y la persona que buscaba no estaba en la cocina. Así que le gustara o no, tendría que preguntarlo. Y soportar las bromas de rigor.

Pau se incorporó y regresó junto a la puerta, acompañado de la mirada de Anna.

—¿Puedo ayudarte en algo? —dijo ella con la risa a punto de salir.

—Sí, ya que te ofreces tan gentilmente, ¿podrías decirme dónde está Tina?

Excepto los más pequeños que seguían abstraídos en su juego, las miradas de los demás se centraron en él. Las risitas no tardaron en oírse. Neus, incluso, llegó a lanzar la pregunta que casi todos se hacían: “¿Pero, cómo? ¿El gran Pau Estellés ha venido a ver a Tina?”. Los pensamientos de Roser eran muy diferentes: su hermano debía dejarse de tonterías y procurarse una mujer a la altura de su apellido y de sus circunstancias, una buena madre para su hija.

A Pau no le preocupa el qué dirán ni las indirectas. Tenía muy claro lo que quería y en lo que a él concernía, podían seguir bromeando hasta el fin de los tiempos. Así pues, esperó pacientemente a que su hermana se dignara a dejar de burlarse de él y respondiera a su pregunta.

—En su habitación, supongo —repuso Ana con guasa y vio la ceja izquierda de su hermano elevarse ominosamente.

—Que es... —dijo él dándole pie a completar la frase con alguna referencia útil. ¿O acaso esperaba que comprobara todas las habitaciones, una a una?

Anna miró a su hermano con ternura.

—Junto a la de Andy.

—Bien. Gracias.

Un instante después, Pau había abandonado la cocina, disparando la curiosidad de sus hermanas, que ahora alcanzaba niveles históricos.

Tina volvió la cabeza al oír que golpeaban. Allí estaba él, de pie en el hueco de la puerta como si tal cosa.

En un primer momento, frunció el ceño pensando que el menorquín estaba llevando el tema demasiado lejos, yendo directamente a por ella en su habitación. Pero al instante cayó en la cuenta de que él seguía jugando al despiste. ¿Y qué mejor manera de hacerlo que presentándose allí?

El ceño fruncido se convirtió en una mirada expectante y Pau tuvo que sonreír al darse cuenta de que, en vez de mostrarse sorprendida, o *complacida*, ella se limitaba a mirarlo con expresión de "a ver qué se te ofrece ahora".

*Qué mujer más impresionante eres.* Pau avanzó hasta ella, sacó el móvil del bolsillo, y lo puso delante de su cara sin dejar de sonreír.

Los ojos de la entrenadora se desplazaron del menorquín a su carísimo móvil de última generación.

—Bonito. Me gusta —se limitó a comentar y volvió a centrarse en él.

Pau no se inmutó. Su sonrisa tampoco.

—Gracias, me encanta saber que algo mío te gusta. ¿Me grabas tu

número?

Claro, como Ciro lo tenía, él no iba a ser menos. Muy típico de un alfa.

La entrenadora enarcó una ceja.

—¿Y para qué quieres mi número?

—Para llamarte. ¿Algún problema?

Él continuaba sonriendo, pero menos, y la ceja de Tina se había enarcado todavía más. Se estaban midiendo mutuamente, calculando el próximo movimiento.

Tina pensó que negarle su teléfono no tenía mucho sentido en una casa en la que todos lo tenían. Conseguirlo no le supondría ningún problema. Y si decía que no tendría que explicar por qué, lo cual abriría la vía a una clase de conversación que no deseaba tener en aquel momento. Debía acabar el equipaje y salir para el aeropuerto. De hecho, era una conversación que no deseaba mantener *en ningún momento...*

Que era exactamente lo que él estaría pensando.

Tina tomó el móvil y grabó su número.

—Ningún problema —repuso, y alzó la vista para no perderse ni un detalle de la reacción del menorquín—. Con no atenderlo...

Pau asintió enfáticamente mientras volvía a guardar el teléfono, y se reía.

—Cierto. —Alzó la vista y enfocó en ella, imitándola—: No te preocupes, haré que quieras atenderme.

*¿Ah, sí? Menudo fanfarrón.*

Esta vez la entrenadora se rió abiertamente.

—Será divertido ver cómo lo intentas.

Los dos sonrieron durante un instante y el ambiente se relajó. Ambos tuvieron claro que pinchándose mutuamente estaban en su salsa.

—¿Intentar, dices? ¿Crees que así he llegado a ser quien soy? —Hubo un significativo intercambio de miradas tras el cual añadió—: Espero que lo hayas pasado bien entre nosotros.

Pau ya se había inclinado para despedirse con dos besos cuando se encontró con la mano extendida de Tina.

—Sí, gracias, lo he pasado fenomenal... No te importa si hoy nos despedimos al estilo inglés, ¿verdad? —repuso ella.

Entonces, él vio cómo una gran sonrisa de dura contrincante iluminaba aquel rostro de rasgos exóticos, tornándolo aún más hermoso.

—Claro que me importa. Hueles de maravilla —admitió. Hizo un gesto que podía interpretarse como un “lástima, otra vez será” y dio un paso atrás, dispuesto a marcharse—. Vuelve cuando quieras, y si es pronto, mucho mejor. Aquí siempre eres bienvenida, Tina.

Él también olía de maravilla. Recordaba perfectamente ese aroma delicado, dulce con un punto cítrico, tan suave que solo podía percibirse en las distancias cortas. Detestaba el rastro penetrante que la mayoría de los

hombres dejaba al pasar, le daba dolor de cabeza, pero el menorquín era diferente en eso. Probablemente también lo era en muchas otras cosas. Como por ejemplo, que a pesar de ser un yonqui del éxito, sabía aceptar la derrota con deportividad. Eso era algo que ella valoraba mucho y sabía reconocer adecuadamente a sus adversarios.

—Vale, te lo has ganado... —concedió la entrenadora.

Pau se volvió a mirarla sorprendido. Dudaba mucho que ella hubiera cambiado de opinión, pero de más estaba decir que deseaba que lo hubiera hecho. Se moría por volver a tenerla a la distancia de un beso, aunque no fuera a dárselo. Y no porque no estuviera loco por hacerlo... Dios, desde la noche anterior no pensaba en otra cosa... Pero era pronto para eso. No quería precipitarse y echarlo todo a perder. Era *muy pronto* para eso... ¿O no? La esperanza era lo último que se perdía.

Deseando que su expresión no lo delatara, el menorquín se enfrentó a la situación con una sonrisa expectante.

—Te enviaré un frasco de mi colonia para que la tengas a mano y puedas olerla cuanto quieras —dijo Tina.

Y completó la frase con un guiño que hizo reír de buena gana al menorquín. Había sobradas razones para celebrar porque a pesar de haber hecho trizas sus esperanzas románticas de ese momento en particular, el marcador arrojaba un resultado muy diferente.

Pau Estellés no solo seguía en la carrera, era el que iba en cabeza.

## **Episodio 15**

Lunes, 4 de enero de 2010.

Casa de la familia Estellés.

Ciudadela, Menorca.

Jaume Mayol se detuvo frente a la casa de los Estellés. Para variar, esta visita tampoco estaba planificada. En realidad, ya debería estar camino del aeropuerto, pero quería verla otra vez antes de irse. Era consciente de que todos se daban cuenta de su interés por ella, pero le daba igual. Ya no quedaba rastro en él del imbécil que tres décadas atrás la había perdido por orgullo. La vida le estaba ofreciendo una segunda oportunidad y esta vez, no lo estropearía.

Se echó un vistazo para comprobar que todo estaba como debía y respiró hondo.

Dylan sonrió al abrir la puerta y volver a encontrarse a Jaume al otro lado.

Si el día anterior se había presentado hecho un pincel, hoy era uno de coleccionista con incrustaciones de cristal de Swarovski.

—Buenos días. Deduzco que hoy no vienes a echarme una mano.

—Me temo que hoy no. —Sonrió con picardía—. Me marcho de viaje, así que he venido a despedirme.

—¿Y es muy largo ese viaje?

Larguísimo. Ahora estar una semana fuera de la isla le parecía una eternidad.

—Según se mire. A veces, unos días pueden parecer un siglo —repuso Jaume, logrando que Dylan se sintiera extrañamente identificado. Nadie mejor que él para comprender la irritante lentitud con la que pasaban las horas cuando estaba lejos de Menorca.

El irlandés se hizo a un lado para dejarlo pasar y juntos atravesaron el corredor. Al llegar al patio, igual que había hecho el día anterior, Jaume soltó un silbido de admiración.

—¡Cómo ha cambiado esto en unas horas!

Dylan le hizo un guiño.

—Con tu ayuda, somos imparables —bromeó.

El lugar estaba irreconocible. Era agradable ver cómo cambiaba bajo el sol que atravesaba los enormes paneles, bañándolo todo con su luz. Cuando estuviera acabado, sería el rincón escogido por Anna los trescientos sesenta y cinco días del año.

—Lo tienes casi terminado... Qué velocidad. Es increíble —comentó Jaume.

Dylan asintió. Las agujetas que tenía en todo el cuerpo daban fe de que

llevaba tres días trabajando a destajo.

—Hoy, con un poco de suerte, lo dejaré acabado... —La aparición de Danny interrumpió la conversación y Dylan, al comprobar la cara que se le había quedado al ver al menorquín, intentó la vía de la broma—. ¿Qué, vienes a ayudarme? Fenomenal, así acabamos antes. Se lo diré a tu madre, a ver si te suelta más pasta el finde...

Pero no hubo suerte. Ni la sombra del muchacho esbozó siquiera un intento de sonrisa, dejado patente que ver al antiguo novio de su madre otra vez allí no le hacía ninguna gracia.

—No, no vengo a ayudarte. Me esperan —le dijo a Dylan.

Jaume, en cambio, le ofreció una sonrisa conciliadora. El disgusto del chaval era tan evidente como el interés que él tenía por su madre. Prefería que las cosas fueran diferentes, pero no lo tomaba a mal. Podía entender su recelo.

—Hola, Danny...

—Hola... de nuevo —repuso él sin cortarse.

Dylan también entendía sus sentimientos, pero sabía que las mujeres de la casa, especialmente su madre, no se mostrarían tan comprensivas si se enteraban de lo desagradable que estaba empezando a ser con el menorquín. Había que acabar con ese momento tan incómodo antes de que las cosas

pasaran a mayores.

—Pasa, Jaume, la familia está en el salón. Y tú, ven un momento.

Necesito que me ayudes con esto, será solo un minuto —le dijo a Danny.

En cuanto el menorquín se marchó, Dylan llevó aparte al muchacho.

—Así, no. Vas a cabrear a tu madre y con razón —dijo buscando su mirada.

—¡También es mi casa y estoy hasta las pelotas de ver a ese gilipollas baboso! —escupió Danny, sacando a relucir su porción latina que, quisiera o no, llevaba en los genes.

—¿Y eso por qué? Es un buen tío y tu madre le interesa. No hay nada de malo en eso, al contrario.

—¡Y si le interesa tanto, ¿por qué la dejó?!

—Pero qué dices, Danny...

—Digo lo que dice todo el mundo. Que la dejó porque no quería que se fuera a estudiar a Londres, el muy gilipollas.

Dylan meneó la cabeza. Qué familiar le resultaba eso: la cagabas una vez y “todo el mundo” se ocupaba de recordártelo el resto de tu vida.

—Eran unos críos... Y además, ¿qué importa eso ahora? Pasó hace siglos.

—A mí me importa... Y me da igual quién se cabree. Nadie va a hacerla sufrir otra vez —sentenció el muchacho. A continuación dio media vuelta y puso rumbo hacia el salón.

—Oye, ¿no te ibas?

—Ya no —respondió Danny. No podía evitar que el tipo se presentara en la casa cuando le diera la gana, pero no se iría de rositas. Cada paso que diera, cada palabra que dijera, él estaría allí, vigilándolo.

Dylan continuó mirando asombrado el lugar que antes ocupaba el adolescente. Por lo visto, en esa familia todos eran de armas tomar, pensó. Andy no le había hablado de su progenitor ni de cómo era la vida familiar cuando sus padres vivían juntos, pero el chaval, con sus palabras, acababa de pintarle un cuadro bastante revelador.

En el salón, Roser daba de comer a Luz mientras Neus cubría las piernas de Anna con la manta.

—Que te crees tú que te voy a dejar ir a preparar la comida. De eso nada, bonita. Tú te quedas aquí, bien calentita, como ha dicho el médico.

Acababan de llegar de la primera sesión de acupuntura después de las vacaciones de Navidad. El médico había notado menos mejoría de lo esperado a esas alturas del tratamiento, pero aunque lo había atribuido a los desarreglos propios de esas fechas, le había recetado una medicina y más reposo.

—Si por él fuera, no haría nada más que descansar en todo el día —se quejó Ana.

—Deja de rezongar —intervino Roser—, y haz lo que te dicen, niña.

—¿Qué es eso de no hacerle caso al médico, señorita? —Esta vez fue una voz masculina la que se oyó, y las hermanas se volvieron a mirar al recién llegado. Una sonrisa apareció en el rostro de Anna de inmediato.

—Te agradezco el cumplido, Jaume, pero hace mucho que he dejado de ser una señorita —bromeó.

Jaume no acertaba a decidir si haberla llamado así se debía a que la seguía viendo como a la quinceañera de la que se había enamorado, o al amor, que conseguía hacerlo sentir como si nada hubiera cambiado.

—Que va. Los años no pasan para ti, Anna.

—¡Jaume, buenos días! Venga, siéntate, que te traigo un café —dijo Neus.

Roser, en cambio, se limitó a saludarlo con parquedad tras lo cual continuó ocupándose de la pequeña como si él no estuviera allí.

Él fue a sentarse frente a Anna.

—No, Neus, gracias, esta vez me voy enseguida... —Volviendo a mirar a Anna preguntó—: ¿Has ido al médico hoy?

Anna se dio cuenta de que Neus estaba a punto de responder por ella, pero su salud era un tema del que no había hablado con él y no planeaba hacerlo en un futuro próximo.

—Lo dicho, no soy una señorita... ¡Tengo mis achaques! —intervino, dejado a su hermana con la palabra en la boca—. Pero estoy bien, no te

preocupes. ¿Así que hoy te quedas poquito tiempo?

Jaume asintió con una sonrisa que a punto estuvo de borrarse al ver que Danny entraba en la estancia.

—¿Qué te has olvidado esta vez? —dijo Neus. Su sobrino estaba en Babia desde que el amor había tocado a su puerta en el cuerpo de una chica pecosa de su misma edad, compañera de estudios.

—¿No ibas a casa de Patrick, cariño? —quiso saber Anna.

El muchacho pasó por delante de sus tías y se sentó junto a su madre.

—Tuvo que ir con su viejo a no sé dónde... —mintió Danny.

—Ah, bueno... Disculpa, Jaume, ¿decías...?

El constructor de barcos era consciente en todo momento de que desde que había puesto un pie en el salón, los ojos de Danny no se apartaban de él, algo que el muchacho estaba haciendo para molestarlo y que, en cambio, no tenía ese efecto en él. Le gustaba que siendo tan joven se tomara las cosas de forma tan seria, que quisiera proteger a su madre.

—Sí, salgo ahora mismo para el aeropuerto. Me voy unos días a Mallorca y he venido a despedirme.

Anna asintió. Pensó que se había acostumbrado demasiado rápido a volver a tenerlo en sus días porque ahora la idea de que él se marchara le resultaba extraña. Se esforzó por mostrar su mejor sonrisa.

—¿Ah, sí?

—Sí, serán unos días nada más. Con suerte, en una semana estaré de vuelta. La verdad es que no me apetece nada irme... —admitió, esperando que Anna comprendiera que se refería a ella. Lo habría dicho con todas las palabras, pero no estaban a solas y la pertinaz mirada de Danny no se apartaba de él.

Anna no estaba segura del significado de las palabras de Jaume, pero deseó que se refiriera a ella y descubrirse haciéndolo la hizo sentir aún más extraña que antes. Hacía tantos años que había dejado de experimentar esa clase de interés por un hombre que no sabía qué decir. El silencio empezaba a resultar tremendamente incómodo.

—Bueno... —Anna no completó la frase y Jaume se dio cuenta de que se habría quedado allí el resto de su vida a esperar que lo hiciera. Lo cual sería el plan perfecto si no fuera porque debía coger un avión.

Él echó un vistazo a su reloj.

—Tengo que irme o lo perderé... ¿Puedo llamarte, Anna?

—Claro que sí. ¿Por qué lo preguntas? —dijo ella, asombrada.

Las reacciones ante la inocencia de la dueña de casa fueron variadas.

Mientras Neus intentaba infructuosamente reprimir la risa y Roser sacudía su crítica cabeza, el más joven de la familia Avery tuvo que conformarse con fulminarlo con la mirada y desearle cosas fabulosas como que le diera una

diarrea de las buenas y se pasara todo el vuelo sin poder salir del baño.

Jaume la besó con la mirada.

—Es una forma de pedirte tu número —aclaró con ternura.

Y el rostro de Ana se convirtió en una paleta de pintor que exhibía todas las gamas de rojo. Ella meneó la cabeza, incómoda.

—Qué mayor estoy... —atinó a decir, completamente ruborizada.

Mientras tanto, en Londres...

Tina iba camino de su segunda clase de *kick-boxing* cuando su móvil empezó a sonar. Ya había llegado a la sala donde tres de sus alumnos estaban haciendo el precalentamiento y al ver de quién se trataba, volvió a alucinar.

Sábado, paseo turístico por Menorca. Domingo, despedidas varias. Lunes por la mañana, y allí estaba él otra vez, erre que erre. ¿Qué se le ofrecía ahora al rey de los alfa? Pronto descubrió que la expresión de su cara debía ser muy evidente ya que uno de sus alumnos, que siempre estaba pendiente de ella, se empezó a reír.

—Uhhhh... No quisiera ser él... —comentó el veinteañero con guasa.

Tina no pudo evitar pensar que, evidentemente, Pau Estellés no lo veía de la misma manera. Estaba encantado de haberse conocido y se había ocupado de dejarlo meridianamente claro con el mensaje con el que había estrenado su número de móvil el día anterior. Ella ya había pasado el control de pasaportes y se dirigía a la puerta de embarque, cuando lo recibió. "Para que no te

olvides de mí", decía. Iba acompañado de una foto en la que podía verse al menorquín con su envidiable melena y su no menos envidiable sonrisa de hoyuelo luciendo unas enormes gafas rosas en forma de corazón. Era como si le estuviera diciendo al mundo "mirad, soy tan fabuloso que hasta puedo permitirme hacer el ridículo sin perder garbo". Y si se había librado de que ella le respondiera llamándolo memo, era porque no aparecía solo en esa foto, sino con Alba, que también lucía una supersonrisa y las *RayBan* de su padre. ¿Cuánta seguridad en sí mismo necesitaba tener un hombre para enviarle a la mujer con quien flirteaba una foto de esa clase? Muchísima. Dado que no estaba dispuesta a admitirlo ni deseaba enredarse en otro de tete a tete con él, Tina se había limitado a ignorar el mensaje.

Y ahora lo tenía en su móvil otra vez. El asunto empezaba a tomar un cariz que no le gustaba nada.

—No puedo atenderte ahora —fue la frase lapidaria que utilizó la entrenadora a modo de saludo.

A muchos kilómetros de ella, una sonrisa brilló en el rostro del menorquín.

—¿Cómo sabías que era yo?

Tina no respondió de inmediato. Lo sabía porque tras haber recibido aquel mensaje que la había dejado todo el viaje dándole vueltas al tema, había guardado su número con un nombre muy ilustrativo en la agenda: "Míster

Alfa". La idea era que no volviera a sorprenderla. Cuando trataba con él necesitaba tener todas sus antenas funcionando a pleno rendimiento. Algo que, lógicamente, no pensaba decirle.

—No lo sabía, pero la respuesta es válida para cualquiera excepto mi padre y por el tono de la llamada sabía que no eras él. Estoy entrenando. Hablamos en otro momento —“O mejor, en ninguno” tenía ganas de decir, pero su clase ya empezaba con dos minutos de retraso.

La forma en que lo había dicho daba a entender que Tina colgaría tras acabar la frase. Sin embargo, continuaba en línea. La sonrisa de Pau se hizo mucho más grande.

—¿Me llamas? —la desafío.

Escuchó como ella tomaba aire ruidosamente.

—No. Me llamas tú.

Él se cubrió la boca con una mano, aguantando la risa. Esperó a recuperar la seriedad para hablar.

—En ese caso, voy a necesitar saber a qué hora acabas de entrenar...

Pau se estaba relamiendo de gusto. Le encantaba Tina, le divertía ponerla contra las cuerdas porque le enloquecían sus reacciones, su genio, toda ella... y después de lo sucedido el día que Alba había ido con ella al gimnasio, a esta reacción en particular la esperaba como agua de mayo.

Tina no estaba nada encantada. Había dado por hecho que, ya que él tenía su número, alguna vez lo usaría. Pero no tan pronto... Ni con una insistencia que empezaba a ponerla de muy mal humor.

*Tienes suerte de que me estén esperando, que si no...*

—En una hora —repuso, a regañadientes.

—Muy bien. Hasta dentro de una hora, entonces —se despidió Pau.

Y ella supo, aún sin verlo, que a pesar de su comedida respuesta, el más alfa entre los alfas estaba celebrando por todo lo alto haberle ganado la mano.

*Otra vez.*

Después de dejar a su madre en casa tras la sesión de acupuntura, Andy había ido al gimnasio, pero no había pasado ni diez minutos pedaleando cuando la ansiedad pudo con ella. Tenía que hablar con su tío, decirle que pensaba dejar el restaurante. Llevaba días poniéndose excusas para no hacerlo porque, en realidad, pensaba que él no lo tomaría bien y acabarían discutiendo *otra vez*, pero ya no podía seguir posponiéndolo.

Era lunes, el día de descanso semanal en el restaurante, por lo que probablemente si se daba prisa, aún lo encontraría en su casa.

Decidida, Andy dejó el entrenamiento a medias, se cambió de ropa, y puso rumbo a la casa de Pau Estellés.

Él se mostró sorprendido de verla al otro lado de la puerta. Cuando su

novio estaba en la isla, la familia le veía muy poco el pelo.

—¿Eres tú, realmente, o es que estoy viendo visiones? —la saludó.

—En todo caso, es la misma visión que tienes en Sa Badia de martes a domingo, tío. ¿Puedo pasar?

La comunicación había mejorado entre los dos, pero después de enterarse de sus intentos por mantener a Dylan alejado de ella, la relación no había vuelto a ser como antes.

—Claro —dijo él, haciéndose a un lado—. ¿Está todo bien por casa...?

—Sí, no te preocupes. He venido porque quiero hablar contigo.

Pau asintió aún más sorprendido que antes. Ambos se dirigieron a la cocina y una vez allí, la conversación continuó.

—¿Y Alba?

—Con sus abuelos —dijo él haciendo sonreír a Andy con aquel tono que mostraba sin tapujos que aquello no era de su agrado.

En efecto, todo era muy reciente y Pau no quería pasarse de duro, pero era cuestión de días que les pusiera los puntos sobre las íes a su familia. No había luchado cinco largos años en los tribunales para acabar viendo a su hija en fotos, esta vez gracias a sus abuelos paternos que no dejaban de acapararla.

—Están felices de volver a tener a su nieta, tío. Ya se les pasará.

*No se les pasaría.* Los dos habían sido unos padres cariñosos y extremadamente ocupados, que ahora sufrían de abuelitis aguda. Esa

enfermedad no se curaba sola.

—Estaba a punto de servirme un café, ¿te apetece uno?

Andy negó con la cabeza. El café se lo tomaría después, para celebrar que las cosas habían ido bien. *Suponiendo que fueran bien.*

—No quiero nada, gracias.

—Pues tú dirás...

Andy se acomodó en uno de los taburetes de la barra de la moderna cocina americana. Frente a ella, su tío continuaba atento a la cafetera automática.

—Estoy pensando en dejar el restaurante y como sé que sustituirme llevará algún tiempo, he querido decírtelo... Cuanto antes lo sepas, mejor para todos.

Ya estaba. Ya lo había dicho. Ahora sólo quedaba esperar la explosión atómica.

Pau había perdido todo interés por el café. Sus ojos ahora se centraban en su sobrina, como si necesitara mirarla para que las palabras que acababa de oír cobraran sentido en su cabeza.

El primer pensamiento fue de disgusto. Tenía planes a futuro para ella, que pasaban por dejar la dirección del restaurante en sus manos. Que ella estuviera pensando en marcharse, suponía no solo un revés importante, también lo obligaría a dedicarle a Sa Badia aún más horas de las que ya le dedicaba.

El siguiente pensamiento fue de sorpresa. Nadie en su sano juicio dejaría así como así un puesto de jefe de sala en el restaurante más famoso de la isla. Entonces recordó que unos días atrás, Anna le había comentado que Andy echaba de menos el bar de moteros de Londres. Él dudaba mucho que fuera por el trabajo, así que quizás Anna estuviera al tanto y decírselo no hubiera sido más que una forma de ir preparando el terrero.

Pronto, sin embargo, cayó en la cuenta de que su sobrina había cambiado mucho desde que llegara a Menorca... Y mucho más aún desde que estaba con Dylan. Ese tipo otra vez. Como el asunto tuviera alguna relación con él, ardería Troya.

—¿Estás pensando en dejar uno de los trabajos en hostelería mejor pagados de la isla? Asombroso. Espero que no tomes como una intromisión en tu vida privada que te pregunte por qué.

*No tan asombroso como tu reacción,* pensó Andy. No había habido ninguna explosión atómica. Al contrario, su tío se lo estaba tomando con una calma inusual en él. *Demasiado inusual.*

—Sería largo de explicar... Digamos, que necesito un cambio —replicó con cautela.

—¿Te refieres a más dinero, a trabajar menos horas...?

—¿Por qué, me lo darías si te lo pidiera? —lo pinchó, en parte por

curiosidad y en parte porque no acababa de creerse tanta calma.

—Todo puede hablarse.

—¿Lo dices en serio?

Pau asintió varias veces con la cabeza.

—No eres jefe de sala por ser mi sobrina, Andy. Te lo has ganado. Ciro no concibe el servicio en los salones sin ti a la cabeza del equipo de camareros y ayudantes, y yo opino lo mismo. Queremos conservarte motivada, así que sí, todo puede hablarse.

Andy sonrió ligeramente. Venía preparada para defenderse, pero no para este hombre conciliador que no solo no se enojaba, sino que le ofrecía alternativas. Ahora, la hacía sentir mal haber desconfiado de él.

—Gracias, tío... Te lo agradezco de verdad... Claro que estaría bien ganar más y trabajar menos, ¿a quién no le gustaría? Pero no voy a engañarte, necesito un cambio. Antes, cuando estábamos en Londres, no podía ni siquiera planteármelo, pero ahora que ya no tenemos una soga al cuello, me gustaría buscar alternativas...

En el mundo de Pau Estellés, muy pocas cosas se resistían al inmenso atractivo del dinero. Andy era muy joven, pero solo en los papeles. No se lanzaría a la aventura sin más. Algo tenía en mente, pensó él. Algo que le resultaba más estimulante que su cuenta bancaria.

—¿Qué clase de alternativas?

Ella podía haberle hablado de su proyecto, de todas formas acabaría enterándose, pero tenía la sensación de que si lo hacía en ese momento cuando todo estaba aún por definir, dejaría de ser *su proyecto* para convertirse en el proyecto de toda la familia. Les hablaría de ello cuando tuviera un plan de empresa viable y un banco dispuesto a financiarlo.

La joven se encogió de hombros.

—Lo sabré cuando las encuentre, supongo.

Pau ya no tenía ninguna duda al respecto. Esa necesidad de cambio de su sobrina tenía que ver con independencia, con no depender de la familia. Con hacer las cosas a su antojo y no tener que darle cuentas a nadie. En otras palabras, tenía que ver con Dylan Mitchell.

Intentando que la rabia que empezaba a calentarle la sangre no fuera evidente, Pau volvió a poner la atención en la cafetera, que ya había dispensado un *espresso*.

—Como quieras, Andy —Bebió un sorbo y continuó—: Me gustaría que lo pensaras detenidamente. Y también me gustaría pedirte que antes de aceptar otro trabajo, nos permitieras mejorar la oferta. Hay muchas empresas en el grupo, muchas otras alternativas, que si te interesan, podrían ser tuyas. Quiero que esto te quede claro.

—Gracias, tío, lo tendré en cuenta —dijo ella cada vez más asombrada con su actitud—. Para que te organices, me gustaría estar libre para la primavera. Por supuesto, no hay problema si necesitaras algún tiempo más...

—No te preocupes, Andy. Me pondré con el tema ya mismo.

Ella sonrió aliviada.

—Bueno, pues eso era todo... Ahora me voy al gimnasio, que tengo que entrenar.

Pau mantuvo el tipo hasta que su sobrina se machó. Entonces, regresó al salón a por las llaves de la moto y el abrigo, y abandonó la casa.

Si el impresentable de Dylan Mitchell pensaba que él se quedaría mirando cómo intentaba apartar a Andy de su familia sin hacer nada al respecto, se equivocaba de medio a medio.

Andy se sentía ligera como una pluma. Todavía seguía alucinando con la reacción de su tío, pero la alegría de haberse quitado de encima aquel peso tremendo empezaba a competir por el primer puesto en sus emociones y, con ella, unas ganas insoportables de correr a contárselo a Dylan a las que no opuso la menor resistencia.

Cuando llegó a su casa, encontró a todo el mundo laborioso en el patio. A todo el mundo, menos al causante de la algarabía. A Anna la habían acomodado con sillón y todo en un rincón desde el que ella intentaba dirigir las labores de reacondicionamiento de su bonito patio, mientras el resto iba y

venía colocando los tiestos, quitando las fundas de plástico que protegían los muebles de jardín y recogiendo los últimos restos de la obra.

—¿Has visto qué bien ha quedado?! —exclamó Anna tan pronto su hija apareció en el patio —¡Mira, mira, mira... ! —y con cada "mira" apretaba un botón en su móvil que ponía en marcha una acción diferente en el cerramiento del patio, abriéndolo y cerrándolo por sectores, a placer.

Estaba como una niña con un juguete nuevo, pensó Andy al ver a su madre tan feliz.

—¡Tu novio vale su peso en oro! —intervino Neus, ubicando el último tiesto de helechos junto a la rosa trepadora.

—Bueno, no sé si tanto... —empezó a decir la gruñona de la familia, que con la pequeña Luz en los brazos, inspeccionaba las labores con ojo crítico —. Pero, sí, ha quedado bien.

De pronto, los comentarios y las risas cesaron, y todos los presentes miraron a Roser.

—¿Qué pasa, tengo monos en la cara? —rezongó al sentirse observada.

Anna sonrió satisfecha, su querido patio tenía que haber quedado espectacular para que alguien como su hermana, que tenía los ojos entrenados para ver siempre el lado sombrío de las cosas, lo reconociera. Andy y Danny se echaron a reír de pura incredulidad. Fue Neus quien le puso el punto cómico al momento.

—Anna, venga, dale al botoncito para que esto se cierre, porque la tormenta será de aúpa. ¡De esta, morimos ahogados! —exclamó, rezumando ironía.

—¿Crees que no sé reconocer cuando algo está bien? —repuso Roser, airada—. Las obras han sido una molestia y el momento del año no fue el más adecuado, pero el patio ha quedado muy bien. Para que veas que sí se reconocerlo.

—Déjalo, anda. No lo estropees —dijo Neus, y ya no sonreía cuando lo hizo. Además de crítica y amargada, ¿ahora su querida hermana también era una desagradecida? Le parecía el colmo de los colmos.

—Me ocuparé de decírselo, tía —intervino Andy en un intento de aplacar las cosas—. A Dylan le encantará saberlo.

Roser hizo un gesto peyorativo con la boca.

—Me subestimáis, como siempre. Para que conste, ya se lo he dicho personalmente—remató para mayor asombro de todos, especialmente de Andy que, sencillamente, no podía imaginarla reconociéndole algo a alguien que detestaba tanto.

—¿Dónde se ha metido, por cierto? —preguntó la muchacha—. Pensaba que estaría aquí toda la mañana...

—¿Y dónde quieres que esté, Andy? —repuso Neus—. Acaba de irse a su

casa. Dijo que regresaría a la hora de comer. Ese lobo solitario que tienes por novio estaría desesperado por disfrutar de un rato tranquilo sin señoras cacareando todo el tiempo a su alrededor.

Andy asintió. No le faltaba razón. Por más que él parecía estar adaptándose mucho mejor de lo que ella había esperado a un entorno familiar permanentemente concurrido, no le extrañaba en absoluto que, de tanto en tanto, huyera en busca de un poco de soledad. Decidió dejarlo disfrutar un rato a solas.

Mientras iba a su habitación a poner un poco de orden, llamó a Tina para contarle lo de su tío. Era un buen augurio que lo hubiera tomado con tanta tranquilidad y pensaba utilizarlo para seguir intentando arrancarle el “sí”.

Pero el móvil sonó varias veces hasta que saltó el buzón de voz. Andy le dejó un mensaje.

—Tengo noticias. Llámame, Tina.

La muchacha volvió a guardar el móvil y miró el caos imperante en su habitación. Le había costado semanas que las hermanas Estellés entendieran que no deseaba que nadie más que ella se ocupara de limpiarla. Y lo había conseguido, pensó desalentada. Menudo desastre.

Un instante después decidió que el irlandés tendría que disfrutar de su soledad en otro momento. Se moría de ganas de contarle las buenas nuevas.

Andy volvió sobre sus pasos, sonriéndole a las baldosas.

—¡Voy de embajadora de las hermanas Estellés a comunicarle al señor Mitchell lo contentas que estáis con su trabajo! —exclamó alegremente al llegar al patio.

Y no se quedó a esperar respuesta.

Andy estaba feliz. Le parecía increíble el giro que había dado su vida en tan solo cuatro meses. Habían sucedido tantas cosas... Momentos durísimos y también de esos de tocar el cielo con las manos. Años contando hasta el último centavo, matándose a trabajar para llegar a fin de mes, sin ningún otro plan a la vista que continuar igual.

*Dando gracias por poder hacerlo.* La vida le había quitado muchas cosas; Sonia, la peor de todas con diferencia. El vacío que su hermana había dejado era gigante y eso no cambiaría jamás.

Pero, a veces, últimamente, le daba la impresión de que era como si Alguien Allá Arriba intentara compensarles, a ella y a su familia, por la pérdida. El nuevo tratamiento había ralentizado el avance de la enfermedad de Anna, la pequeña Luz crecía sana y se convertía cada día más en la alegría de la casa, Danny volvía a tener la vida de un adolescente, tenía amigos, le iba bien en el colegio...

Bajo el casco, una sonrisa iluminó el rostro de Andy al pensar que para ponerle la guinda al pastel, ella tenía al hombre más increíble de la galaxia en su vida, ¡y el proyecto de abrir su propio gimnasio! ¡¿Cómo no iba a estar

loca de alegría?!

Se levantó el visor y dejó que los rayos del sol le calentaran la piel. Había dado varios rodeos a bordo de Lola para disfrutar de las vistas de aquella mañana soleada, pero apenas habían transcurrido unos minutos y ya había llegado a su destino.

Rodeada de ese halo de persona feliz que le impedía dejar de sonreír, desmontó y guardó el casco en la alforja. Fue entonces, al alzar la vista, cuando vio la moto que estaba aparcada en la entrada de garaje del irlandés. —¿Qué haces en casa de Dylan, tío Pau? —pensó Andy en voz alta.

Y un instante después, se le había hecho un nudo en el estómago y estaba helada de frío.

## **Episodio 16**

Lunes 4 de enero de 2010.

Casa de Dylan Mitchell,

Cala Morell,

Ciudadela, Menorca.

Dylan se sumergió en el baño de espuma con un suspiro y dejó que aquella combinación de agua a temperatura ideal y aroma a almizcle lo envolviera completamente. Notó como poco a poco cada músculo de su dolorido cuerpo empezaba a relajarse y su cerebro disfrutaba a fondo de aquel momento de soledad. Menorca era sinónimo de Andy, de amor, sexo y planes

en pareja, todo lo cual le encantaba. Pero también de compañía constante, de ojos observándolo, y de muy poco tiempo para sí mismo. Realmente, echaba de menos momentos como este, con la casa vacía y nada que hacer, excepto disfrutar de estar solo con sus pensamientos.

Y de un buen vaso de *bourbon* como el que tenía al alcance de la mano, pensó con una sonrisa. Acompañado, por supuesto, de un buen cigarrillo que, casualmente, también tenía a mano. Después de secarse la punta de los dedos con la toalla, tomó un pitillo de la caja y lo encendió. Dio una profunda calada que saboreó a gusto y exhaló el humo despacio.

Estaba en la Gloria. Con un poco de suerte, la reunión del día siguiente iría sobre ruedas. Menorquines, ingleses y árabes alcanzarían un buen acuerdo, y el único irlandés del evento conseguiría tener un trabajo ideal y una novia en el mismo país, como las personas normales. Tuvo que sonreír ante sus ocurrencias. Llevaba meses como un Correcaminos, de aeropuerto en aeropuerto, y muchas veces, al despertar, no estaba seguro de dónde se encontraba. Por supuesto, no lo lamentaba. Todo lo contrario, se sentía agradecido de que Andy se hubiera cruzado en su camino. Había aparecido de la nada con su talante alegre y su sonrisa, arrancándolo del atroz aburrimiento en el que se había convertido su vida, para llevarlo a otra llena de luz, palpitante de energía. Una vida colmada de sentido, de infinitas posibilidades.

El timbre lo devolvió a la realidad con un gruñido. Descartó de inmediato ir a atender. Andy tenía llaves, no podía ser ella. En tal caso, que volvieran más tarde.

Pero siguieron insistiendo y el último timbrazo duró como si el mecanismo se hubiera atascado. Un instante después, su móvil empezó a sonar con la misma obstinación.

Adiós tranquilidad.

Dylan maldijo al ver de quien se trataba. Salió de la bañera y se secó rápidamente. A continuación, se puso una bata y unas pantuflas, y se dirigió a la puerta.

La abrió de muy mal humor y se limitó a mirar a Pau Estellés esperando que dijera a qué puñetas venía a su casa.

Y vaya si lo hizo.

—Tenemos que hablar. Y será mejor hacerlo dentro porque aunque a ti todo “te importa un carajo”, yo soy alguien en esta isla.

Sí, *alguien* muy cargante, pensó Dylan. ¿Sería realmente consciente de lo mal que le caía desde el minuto cero? Por lo visto, no. De otra forma procuraría no cruzarse en su camino tan a menudo. La archiconocida practicidad del irlandés volvió a ganar la mano y él se apartó de la puerta sin hacer el menor comentario.

Una vez en el salón, Dylan permaneció de pie, mirándolo sin decir nada.

Esperó pacientemente a que el menorquín acabara de inspeccionar la estancia.

—¿En mes y medio no has acabado de desembalar tus cosas? Asombroso.

—Eso parece —se limitó a responder.

Tras un breve intercambio de miradas, Pau fue al grano.

—Andy ha venido a verme.

Dylan no lo sabía, ella no le había comentado que lo haría.

—No hace falta que finjas —continuó el menorquín—. Sé que estás detrás de esto y por eso he venido.

—¿Detrás de qué?

—Detrás de lo que le pasa a Andy. Eres de la clase de tíos que solo traen problemas. Ni domótica ni leches, esto es lo que se te da mejor.

—Joder... Tú alucinas —se quejó Dylan, acortando instintivamente la distancia que los separaba. Todo tenía un límite, y lo que acababa de decirle lo rozaba peligrosamente.

Pau también avanzó hacia él. En un momento, estaban cara a cara y el tono de la conversación había vuelto a elevarse.

—Ten cuidado con lo que dices.

—Te presentas aquí por las buenas, me insultas en mi propia casa ¿y el que tiene que tener cuidado con lo que dice soy yo? Mira, que seas familia de mi novia no te da carta blanca conmigo. Así que si quieres algo, suéltalo de

una vez.

Estaban tan concentrados en su discusión que ninguno de los dos se dio cuenta de que ya no estaban a solas. Andy había usado sus llaves para entrar procurando que ni la cerradura al girar ni el choque de las múltiples llaves que llevaba en su llavero la delataran. Quería pasar inadvertida porque deseaba enterarse de lo que sucedía de primera mano y sin filtros, pero haber conseguido recorrer todo el pasillo sin que lo notaran a pesar de sus ruidosos tacones, era un claro indicador del nivel de abstracción de los dos hombres.

—Dice que deja Sa Badia porque necesita algo tan ambiguo como “un cambio”. ¿Esperas que crea que tú no tienes nada que ver? —espetó Pau.

A pesar de lo caliente que estaba, Dylan se percató de un detalle: Andy no le había hablado del proyecto a su tío, solo le había avanzado que dejaba su trabajo. Por eso estaba allí, creyéndolo la raíz de todos sus males.

—Ni siquiera sabía que había ido a verte —se defendió el irlandés.

Pau tenía que reprimirse para no pasar de las palabras a los puñetazos y el impresentable no hacía más que jugar con las palabras. Que no supiera que había ido a verlo, no implicaba en absoluto que no fuera el instigador del asunto. ¿Acaso lo estaba tomando por tonto?

—Quiero saber lo que os traéis entre manos, ya. Andy no es así, esas no son *sus* ideas. Son las tuyas.

A un par de metros de la puerta del salón, la aludida cerró los puños con fuerza. A la cara, su tío le hacía la pelota diciéndole lo valiosa que era y en cuanto se daba la vuelta, la ninguneaba como el mejor. ¿"No son *sus* ideas"? Y una mierda. Por supuesto, que eran sus ideas.

Dylan apagó la calefacción de un manotazo. Con el mafioso que tenía en el salón y lo mal que le caía, había fuego suficiente para competir con el infierno.

—Claro, y eso lo dices porque tú la conoces mucho, ¿no? —ironizó el irlandés.

—Por supuesto que sí; Andy no dejaría el trabajo que pone el pan en su mesa sin un plan alternativo. Llevo ocupándome de ella y de su familia desde mucho antes de que tú aparecieras en escena —escupió el menorquín, que a estas alturas ya todo lo decía en el mismo tono: alto y peyorativo.

—Pues por lo que se ve no lo estabas haciendo demasiado bien —replicó Dylan, mirándolo fijamente.

—Y seguro que tú te aprovechaste de eso... ¿Sabes lo que pienso? La necesidad de cambio de mi sobrina no es otra cosa que querer ir por libre. *Tú* la has convencido de que puede hacerlo y la verdad es que no, no puede hacerlo.

Dylan no pudo evitar soltar una risotada irónica.

—¿Y quién va a impedírselo? ¿Tú? Por si no te has dado cuenta todavía,

Andy es muy inteligente y muy capaz, y solamente tiene veintitrés años.

Puede hacer lo que le dé la gana, tío.

Andy odiaba lo que estaba sucediendo, pero recibió las últimas palabras de Dylan con agrado. Al menos, algo bonito entre tanta mierda... Detestaba estar escuchando a escondidas. Detestaba haber comprobado que su tío tenía dos caras y que seguía entrometiéndose en su vida con la excusa de no fiarse de Dylan. Lo que su tío no soportaba en realidad era que Dylan no se sintiera intimidado por el influyente y todopoderoso Pau Estellés. Bien por su chico, pensó, que le estaba dando ración doble de desdén.

Dentro del salón, Pau replicó con tanta ironía como Dylan.

—¡Acaba de hablar el Señor Todo Me Importa Un Carajo! Qué típico.

Precisamente porque Andy es todo eso que dices, su lugar está con nosotros, con las empresas del grupo. Porque, *por si no te has dado cuenta todavía*, si Andy no está con nosotros, está con la competencia. Y eso es algo que no nos podemos permitir. No somos una familia corriente, todos trabajamos para el grupo de empresas y todos somos accionistas. Hay planes para ella que, lógicamente, no son malgastar sus aptitudes dejándola como Jefe de Sala el resto de su vida. Pero todavía es pronto para eso porque, como bien señalas, solo tiene veintitrés años.

Dylan dudaba mucho que nada de lo que le ofrecieran la hiciera cambiar de opinión, pero si aquel tipo tuviera la decencia de bajar del pedestal y

contarle a Andy qué planes tenía para ella, como mínimo, la relación familiar mejoraría.

—¿Se lo has dicho? —Preguntó por preguntar, sabía que no lo había hecho y la expresión de la cara de Pau se lo confirmó—. Qué típico. En ese caso, tenéis un problema. Ha ido a verte, ergo su decisión está tomada. Si quieres que lo reconsidere, tendrás que poner todas las cartas encima de la mesa. Que por otra parte, es lo que haría cualquier persona normal; hablar y llegar a un acuerdo en vez de manipular y retorcerlo todo. Pero claro, ese no es tu estilo. Te voy a dar un consejo, tío; no te guardes nada en la manga. Si algo la cabrea de verdad es que le mientan.

El rostro del menorquín rezumaba ironía cuando habló.

—Tiene gracias que seas tú quien lo diga. ¿Sabe Andy de nuestro encontronazo en Niza? No se lo has dicho. No sabe nada de tus tejemanejes con Clinton Rowley. Así que baja los humos porque tú también le has mentido y no quiero imaginar lo que podría suceder si se entera... —Disfrutó al ver cómo a Dylan se le cambiaba la expresión de la cara—. Tranquilo, a mí tampoco me interesa remover viejas historias... Lo digo porque la cuestión aquí no es un “tenéis”, sino un “tenemos”. Los dos tenemos un problema. Te voy a dar un consejo; habla con ella. Ayúdale a ver que jugar en equipo es más inteligente y más rentable a largo plazo, que ir por libre.

En algún momento entre la referencia a que Pau y Dylan se habían visto en Niza y la que implicaba al padre de su ex jefe en toda aquella historia de locos, Andy había dejado de respirar con normalidad. Contenía el aliento y el resto de la frase le llegó como en una letanía. Su mente solo parecía interesada en una cosa; Dylan le había mentado. Y ella había tenido que enterarse de la forma más patética de todas; escuchando a hurtadillas.

—¿Me estás amenazando?! —oyó que Dylan decía a voz en grito cuando ella estaba a un tris de plantarse en mitad de la sala y encararse con los dos—. ¡Lo tuyo es de psiquiatra, tío! Mira, esto va a ser así. Andy hará lo que le dé la gana, yo le facilitaré las cosas todo lo que pueda y tú te vas a largar ahora mismo de...

El estruendo de un portazo interrumpió la pelea. Los dos giraron la cabeza en la dirección del sonido. Uno de ellos ató cabos en una fracción de segundo y corrió hacia la puerta, llamando a Andy sin obtener respuesta.

Cuando llegó a la calle, ella se alejaba en su moto a todo gas.

—Joder —Dylan hizo el ademán desesperado de sacar el móvil del bolsillo hasta que recordó que no lo llevaba encima. Dio una vuelta sobre sí mismo sin acabar de decidir qué hacer. Las llaves del todoterreno estaban dentro. *Su ropa estaba dentro.* ¿Dónde pensaba ir en bata y pantuflas?—.

¡Joderrrrrrrr!

El irlandés volvió a entrar en su casa como un alma que llevaba el diablo.

Se cruzó con Pau en el pasillo y el primer impulso fue pasar de largo, pero cambió de idea.

—Empieza a rogar por que la sangre no llegue al río, tío —le advirtió con los dientes apretados a quince centímetros de su cara.

Dylan había llamado a Andy varias veces, pero ella no respondía.

Tampoco había respondido a sus mensajes. En el gimnasio averiguó que había estado ejercitándose un rato, pero se había marchado diciendo que volvería más tarde a completar su sesión. Tras una ruta por sus rincones favoritos sin encontrarla, solo le quedaba comprobar si estaba en casa, pero se trataba de una maniobra que tenía que pensar con calma.

Bebió el último sorbo de su cerveza considerando sus opciones. El enfado de Andy tenía que ser muy grande para haberse marchado de su casa sin intervenir. Y su pertinaz falta de respuesta dejaba claro que no quería hablar de ello. Ni con él. Probablemente, lo habría oído todo y ya no pensaría que el “Señor Mitchell era lo mejor que le había pasado en la vida”.

Mierda.

¿Qué opciones tenía? Presentarse en su casa sin previo aviso y que pasara lo que tuviera que pasar o... Llamar a Anna con la excusa de que el móvil de Andy no daba señal. Si estaba allí, pedir hablar con ella. Con suerte, no se

negaría para no dar que hablar a su familia. Si no estaba allí, quizás Anna supiera su paradero. Descartó la primera opción de inmediato y sacó su móvil.

— *¿Te he dicho ya que adoro cómo has dejado mi patio y que eres mi yerno favorito?* —lo saludó la alegre voz de Anna.

—Soy el único que tienes — *Y tal como están las cosas, igual no te duro mucho tiempo más*—, pero gracias por el cumplido. Oye, ¿está tu hija en casa? Se debe haber quedado sin batería porque no logro hablar con ella.

— *¿No está contigo? Qué raro. Dijo que iba a verte. Hace un buen rato ya.*

*Fue a verme. Y he tenido tanta suerte que, en vez de encontrarme solo y desnudo en un baño de espuma, me pilló discutiendo con el mafioso de tu hermano que, para variar, se fue de la lengua. Así que ahora,*

*probablemente, Andy estará pensando en formas dolorosas de asesinarme.*

—¿Sí? Ah, entonces, estará en mi casa —dijo él en el tono más casual que fue capaz de poner, dadas las circunstancias—. Yo me he entretenido comprando unas cosas. Gracias, voy para allá.

Después de hablar con Anna, Dylan pidió otra cerveza. Volvió a llamar al móvil de Andy, sin suerte. En esta ocasión no dejó ningún mensaje. Era obvio que en lugar de enfrentarse a él y decirle a la cara lo que pensaba, prefería dar la callada por respuesta, igual que una quinceañera bajo los

efectos de su primer berrinche amoroso.

Sacudió la cabeza, disgustado. Le resultaba raro tener que admitir que había algo de Andy que le calentaba la sangre en el mal sentido de la palabra, pero así era. No le gustaba nada esa reacción de adolescente enfurruñada. Lo peor era que, conociéndose, sabía que tarde o temprano acabaría soltándose.

La reacción de Andy, sin embargo, no tenía que ver con quinceañeras enfurruñadas sino con alguien que sabe que está a punto de explotar y pretende reducir los daños colaterales. No se estaba escondiendo de Dylan, solo digería la desilusión y el consecuente enfado lo mejor que sabía; dando puñetazos a una bolsa de arena en el gimnasio.

Su halo de persona feliz se había estrellado contra una realidad que le había hecho mucho daño y todo había sucedido en un abrir y cerrar de ojos. En un instante, no solo había vuelto a desengañarse de su tío, también había descubierto que el hombre de quien estaba enamorada, le había mentado. Y lo peor, había comprendido que algo había cambiado en su interior, porque la idea de hacer sus petates y volver a Londres con su familia, como habría hecho apenas un mes atrás, ya no era una opción. A la desilusión y el enfado se había sumado la peor de las emociones para Andy; la impotencia. Y era ella, precisamente, la que la mantenía frente a la bolsa de arena a pesar de que sus músculos se habían rendido hacía ya un buen rato.

La imagen que proyectaba consiguió que Dylan se detuviera. Llevaba más de una hora subiéndose por las paredes y no venía en plan de hombre enamorado intentando hacer las paces, precisamente, pero... ¿cuánto llevaba aporreando esa bolsa?, pensó. Andy apenas podía sostenerse en pie y la usaba a modo de apoyo, pero mientras se agarraba a ella con el brazo izquierdo, seguía pegando con el puño derecho. Una mezcla de pena y de ternura embargó al irlandés, sin que nada pudiera evitarlo.

Andy no fue consciente de su presencia hasta que oyó la voz de Dylan.

Giró la cabeza para mirarlo y al hacerlo fue como si toda su rabia recobrara brío, algo de lo que él se dio cuenta al instante y, a pesar de todo, intentó la vía pacífica.

—¿Te has quedado sin batería? Me tenías preocupado. He perdido la cuenta de las veces que te he llamado...

*¿Para qué me llamabas? ¿Para volver a mentirme haciéndome creer que todo fue un malentendido, que lo que oí estaba sacado de contexto y que lo estoy interpretando mal?*

El lenguaje corporal de Andy se ocupó de mostrar el tenor de sus pensamientos.

—No te atendí porque no quiero hablar contigo y tampoco quiero que vayas a mi casa...

El asombro en la expresión de Dylan fue tal que ella se removió por

dentro. ¿Qué esperaba? ¿Arreglarlo con un par de besitos?

—Necesito digerir esta mierda sin que salpique a mi madre —añadió—.

Ella no puede llevarse este disgusto.

Dylan estaba mucho más que asombrado. Así que todo se reducía a que

Anna no se enterara de que su hermano había vuelto a hacer de Don Corleone

y de que su yerno favorito había perdido el estatus de novio preferido de su

hija. Sin posibilidad alguna de explicarse, sin importar las razones.

Sentenciado al destierro, sin más.

—¿Y ya está?

—Y ya está —repuso ella, sus ojos brillantes de rabia.

Dylan asintió repetidas veces con la cabeza. A pesar del asombro y de lo inconcebible que le resultaba la reacción de Andy, quizás fuera mejor que ella siguiera aporreando la bolsa de arena y él se metiera en la cocina a picar cebolla hasta que le sangraran los dedos. La impotencia sacaba lo peor de los dos; él se convertía en un pésimo negociador y a ella, evidentemente, su porción latina le jugaba muy malas pasadas. Quizás lo mejor era dejarlo estar porque como abriera la boca y dijera lo que de verdad pensaba, las cosas iban a acabar fatal.

—Muy bien, como quieras —concedió el irlandés. Tras lo cual, dio media vuelta y se marchó ante la mirada desconcertada de su novia.

*¿Y ya está? ¿Así de fácil?*

Andy soltó un bufido airado y volvió a arremeter contra la bolsa con toda su rabia.

Después del desastre, Pau regresó a su casa maldiciendo en todas las lenguas que conocía. Tendría que hablar con Andy, aclarar las cosas sin que lo sucedido fuera *vox populi* en la familia, de otra forma estaría jodido para los restos. Pero si algo había demostrado ser su sobrina era firme en las decisiones que tomaba y después de lo sucedido, iba a ser muy difícil convencerla de seguir trabajando para las empresas del Grupo. Un ascenso o más dinero, ya no sería suficiente. De hecho, iba a ser complicado que ella

volviera a dirigirle la palabra.

Qué mal había salido todo, joder. Intentando evitar un problema, había acabado provocando uno mayor. O quizás varios, pensó al recordar que tenía que llamar a Tina. ¿Qué probabilidades había de que siendo tan amigas, Andy no la hubiera puesto al día de su monumental metedura de pata?

Pau se sentó a la barra de la cocina, apartó el café que continuaba allí, a medio tomar, y sacó el móvil. Le daba igual si Tina estaba al tanto o no. Nada impediría que él siguiera al pie del cañón.

Sonó varias veces hasta que finalmente saltó el buzón de voz, confirmando sus sospechas. Durante un instante consideró la alternativa de dejarle un mensaje, pero la descartó. Quizás había sido un inesperado golpe de suerte no haberla encontrado. Después de lo sucedido, enfrentarse a ciegas a una mujer tan dura de pelar como Martina Murphy probablemente hubiera resultado en otra gran metedura de pata, y con una ya era más que suficiente por el día.

Necesitaba pensar con calma su siguiente movimiento.

Mientras tanto, en Londres...

Tina se envolvió en la toalla y salió de la ducha. Fue hasta su taquilla a por sus cosas. Se estaba vistiendo cuando el móvil empezó a sonar. Lo sacó del brazalete deportivo que usaba cuando entrenaba y al ver el nombre que parpadeaba en la pantalla, soltó un bufido. Mister Alfa otra vez.

La entrenadora no tuvo que pensar si lo atendía o no. Suponiendo que le interesara hablar con él, que no era el caso, le tocaban las próximas dos horas como monitora de *fitness* y apenas disponía de unos minutos.

No iba a negar que lo había pasado inesperadamente bien en su compañía ni que encontraba sorprendente que los mismos atributos que espantaban a los de su género, a él no solo no lo espantaban sino que los encontraba “impactantes”, pero seguía sin creerse su repentino interés. Lo dejó sonar y continuó vistiéndose. Cuando acabó, tomó el móvil y escuchó el mensaje que le había dejado Andy.

Su amiga sonaba la mar de feliz y se moría por saber cuáles eran esas “noticias”, pero, lamentablemente, tampoco tenía tiempo para eso en aquel momento.

Ajena al temporal que azotaba las tierras menorquinas, Tina Murphy puso rumbo a la sala de aparatos del gimnasio.

En el taller de customizados Rowley Customs...

—Es tu móvil el que está sonando, Conor. ¿Quieres que te haga de secretario y lo atienda? —anunció Maddox, risueño.

—Como lo toques, te zurro —fue la respuesta del dueño del aparato de quien solo sus piernas estaban a la vista, ya que asomaban por debajo del Lamborghini Murciélago en el que estaba trabajando.

—¿Y qué más te da, tío? Seguro que no es ningún ligue del fin de semana.

¡Con esa cara de mustio que llevas, chaval, hasta los gatos se cruzan de acera cuando te ven!

Una colleja por parte de Niilo puso fin a las carcajadas de Maddox que se encogió de hombros y siguió trabajando.

—¿Te lo doy o lo dejas sonar? —ofreció Niilo.

—Depende. ¿Qué pone en la pantalla? Si es de mi casa, paso de atender.

Niilo echó un vistazo.

—No pone nada —dijo. Al ver que él salía de debajo del coche, dispuesto a atender la llamada, depositó el aparato sobre el techo del Lamborghini.

Conor lo puso en altavoz mientras se limpiaba las manos con un trapo.

—¿Sí? Dígame...

— ¿Señor Finley?

—Sí, soy yo...

— *Buenos días, señor. Soy Matthew Hart de la joyería Daniel Prince. Le llamaba para recordarle que...*

Conor se olvidó de sus manos sucias de grasa y tomó el aparato de inmediato. Tras quitar el altavoz, se lo acercó a la oreja justo en el momento que el amable empleado decía:

— *¿Está todo en orden, señor Finley? Le esperábamos la semana pasada...*

Un vistazo a sus colegas le informó a Conor que todos estaban pendientes de él, de modo que les dio la espalda y se alejó varios pasos para que no lo oyeran hablar.

—¿Tío, ganas tanta pasta como para comprar en esa joyería finolis? — intervino Maddox con su peculiar sentido del humor—. Esto no puede ser. Me parece que voy a tener una conversación al respecto con nuestro querido jefe.

—Ni se te ocurra —repuso el aludido, que apareció en aquel momento de la mano de Abby procedente de la sala de aerografías—. Vuestro querido jefe no quiere oír hablar de aumentos de sueldo. Este año necesita ahorrar mucha pasta porque se casa con la chica de sus sueños, ¿verdad, bomboncito?

—Por segunda vez con la misma chica, sí —repuso Abby, acaramelada.

—No hace falta que nos lo recuerdes, Evel —rezongó AJ, medio en broma medio en serio—. Estás en Babia desde que Abby te ha dicho que sí y no dejas de dar el coñazo, perdona que te lo diga.

—¿Cómo no voy a estar en Babia? ¿Sabes lo que me ha costado convencerla? —repuso el motero, sin apartar sus ojos de su chica.

—No era por ti y lo sabes —ronroneó ella—. Volvería a casarme contigo cien veces más.

—¡Ay, pero qué romántico! ¡Que se besen, que se besen! —se burló

Maddox hasta que otra colleja por parte de Niilo le hizo cambiar el objetivo de sus bromas—. Joder, ¿la joyería Daniel Prince? ¡Tenemos un millonario en la pandilla y no nos hemos enterado, colegas! ¿Eh, Conor? ¡Venga, no te hagas el desentendido y cuéntanos en qué ganga te has dejado los dos riñones y el hígado!

Evel y Abby empezaron a troncharse de risa ante la innegable gracia del ingeniero más joven de la plantilla. AJ, aunque a regañadientes, también pero no demoró en sacar a relucir su vena mandona de jefe de taller.

—Calla ya, Maddox, basta de juerga y al tajo, que hay mucho que hacer —y dirigiéndose a Evel, añadió—: También va por ti. Necesito que revises unos documentos.

—Eso tendrá que esperar a la tarde, *jefe* —bromeó Evel—. El bomboncito y yo tenemos una cita con un cliente que, toquemos madera, si sale nos dará mucha, mucha pasta.

—¿Has oído? —Maddox codeó a Niilo—. ¡”Mucha, mucha pasta”!

¡Mmm, ya puedo oler los billetes! ¡Ese cliente es el que nos traerá un aumento de sueldo, ya verás!

Él no respondió. En realidad, no estaba prestando atención a lo que sucedía allí, sino a la conversación que su amigo mantenía con el empleado de la joyería.

Lo vio asentir con la cabeza y después de unos instantes, guardarse el móvil en el bolsillo. Después de eso, Conor atravesó el taller en dirección a la puerta que conectaba con los vestuarios y la cafetería y no regresó al trabajo hasta un rato más tarde. Venía serio y algo más “mustio” que antes. Pasó junto a ellos sin mirar a nadie.

—¿Qué? —dijo, malhumorado, al notar que Niilo lo observaba. Y fue precisamente esa reacción bravucona tras la cual Conor intentó ocultar la evidente incomodidad de creerse descubierto por todos, la que le dio la pista. Desde el principio, Niilo había sospechado que tenía que haber algo más en el enfado de Conor que las razones que él había esgrimido.

Ahora tenía claro que aquel “aparentemente” de su amigo no había sido, en absoluto, una forma de hablar.

## **Episodio 17**

Lunes 4 de enero de 2010, a primera hora de la tarde.

En una cafetería de la ciudad.

Londres.

—Gracias por hacer tiempo para poder venir, Fred. Sé que son fechas complicadas —dijo Owen, que había llegado a la cita con diez minutos de adelanto—. Acabo de pedir té, ¿te parece bien?

El padre de Nikki asintió al tiempo que tomaba asiento frente a él.

—Sí, está perfecto... ¿Sabes? Me has leído el pensamiento, Owen;

pensaba llamarte esta noche para proponerte que nos viéramos.

—¿Sí? Me has quitado un peso de encima... No estaba seguro de que esto no te pareciera un atrevimiento, pero estoy muy preocupado por Conor...

—Yo también. Le llamé el viernes porque sé que suele tener en cuenta lo que le digo y, francamente, me asombró que ni siquiera fuera al aeropuerto a despedir a Nikki.

Owen se quedó helado.

—Dios mío... ¿Pero qué ha sucedido?

—¿No lo sabías? —repuso el padre de Nikki.

—Qué va, ni una palabra. Me has dejado de piedra.

Fred sacudió la cabeza.

—Muy mal están las cosas si ni siquiera a ti te lo ha dicho —y comenzó a relatarle lo acontecido desde el día de Navidad.

—Total, que Nikki se marchó a Ginebra el sábado. He hablado con ella porque, honestamente, creo que ha procedido mal tomando esa decisión sin decírselo a tu hijo, pero no he conseguido hacerla recapacitar. Esperaba un anillo de compromiso como regalo de Navidad, no es lo que recibió, y se sintió estafada. Por lo visto, era su condición para volver juntos —Owen asintió con la cabeza. Al menos de eso estaba al tanto—. Y luego, llegó esa llamada de la ONU y se desató el huracán. Detalle más, detalle menos este es el panorama —concluyó Fred, apesadumbrado.

La camarera, que se acercó a servirle el pedido, impuso una pausa en la conversación. A Owen le permitió recuperarse y atar cabos. Ahora las piezas empezaban a encajar y el cuadro era de lo más desalentador.

—Conor no ha dicho ni una sola palabra de esto —explicó—. De hecho, apenas le hemos visto estos días.... —Owen hizo un gesto de disgusto—.

Disculpa, qué falta de cortesía por mi parte no darte la enhorabuena por ese fabuloso puesto de Nikki. Es una gran chica y se lo merece, estaréis orgullosos.

—Gracias, Owen. Como para enhorabuenas estamos... —Una sonrisa triste apareció en su rostro—. Se parecen tanto... Si no fuera porque la escuché hablando con su mejor amiga, tampoco me habría enterado... Ay, estos chicos, cuánto les cuesta sentarse y hablar a corazón abierto...

Owen podía entender perfectamente que Conor no estuviera preparado para hacerlo. Sencillamente, no podía hablar a corazón abierto. No, sin dejar salir a sus demonios. A uno, concretamente, con el que llevaba batallando toda su vida adulta y aún no había conseguido derrotar. Dado que no podía hacer referencia a ello, se limitó a asentir y continuó.

—Llegó solo a la cena de Nochebuena, excusando la ausencia de tu hija por problemas de última hora de los que no dio detalles y no ha hablado del tema ni siquiera con su hermano Miles.

—A mí me escuchó, pero no me dijo gran cosa aparte de “hola” y “adiós”.

—Para colmo —siguió diciendo Owen—, Susan perdió los nervios ayer al enterarse de que tampoco vendría a comer, y discutieron. Ahora él no atiende nuestras llamadas. He procurado mantenerme al margen porque su madre ya lo agobia bastante, pero no podemos seguir así... Pensé que lo mejor era conseguir alguna pista de lo sucedido antes de ir a verlo, para estar preparado... Como imaginarás, no esperaba encontrarme con algo así.

Los dos hombres permanecieron en silencio mientras echaban un chorro de leche al té y pensaban en la manera idónea de ir al meollo de la cuestión. A diferencia de sus esposas, ellos siempre habían visto con buenos ojos a la pareja y deseaban colaborar para que la relación de sus hijos llegara a buen puerto.

Owen fue quien decidió tomar la iniciativa. Nikki había obrado mal no buscando el acuerdo de su pareja sobre una decisión tan importante, pero llevaba años esperando que Conor tomara otra, mucho más importante aún, y nadie podía culparla por que la desilusión hubiera podido con ella.

—Conor está... Bueno, te haces una idea, pero sé que adora a tu hija, la quiere con locura. No hay ninguna estafa, Fred. Eso también lo sé —admitió, escuetamente.

El padre de Nikki asintió con la cabeza, satisfecho. Confiaba en Conor y

era un alivio comprobar que no se había equivocado.

—Para Nikki tu hijo siempre ha sido el amor de su vida y lo sigue siendo —concedió—. Pero no voy a engañarte. Se siente muy herida; no quiere ni oír hablar de él y que ahora esté en Ginebra es una complicación añadida.

Owen expresó su alivio con un gran suspiro que hizo sonreír a Fred. Si no había terceros en discordia, entonces las cosas tenían solución. Las heridas sanaban con tiempo y los cuidados adecuados.

—Suerte que nos tienen a nosotros, ¿verdad?

—Si me permites la franqueza, no sé cómo nos las arreglaremos para que vuelvan a verse las caras —señaló el padre de Nikki.

—Tranquilo, hombre, ya se nos ocurrirá algo... Por cierto, Susan no sabe que estoy aquí contigo y no pienso decírselo.

Fred elevó su taza de té y fingió un brindis con su consuegro.

—¿Tú y yo, juntos? ¿Cuándo? No sé de qué me estás hablando.

Mientras tanto, en Rowley Customs...

AJ fue el primero en ver a Amy. Se dio la vuelta para verificar si Abby estaba en la oficina con Evel y él no se había enterado, pero su jefe estaba a pocos metros, trabajando en la joya de un coleccionista amigo de su padre.

—Qué raro tú por aquí... —comentó en voz alta. Evel alzó la vista de inmediato y su sonrisa hizo que AJ frunciera el ceño.

Para entonces, todos los demás seguían con la mirada a la atractiva rubia platino que avanzaba por el medio de la zona de trabajo.

Todos menos Niilo, pensó Amy, que no estaba a la vista. Pronto descubrió unas piernas que asomaban por debajo de la carrocería de un enorme coche con forma de bala y dedujo que, por descarte, tenían que ser las suyas.

—Poco habitual, pero no raro —aclaró Evel con una sonrisa. Entonces, vio que Amy se llevaba el índice a los labios en un gesto de silencio y obedeció.

Ella se detuvo frente al bólido rojo. Era perfectamente consciente de las miradas jocosas, pero las ignoró. Se agachó junto al coche.

—¿Todo bien por ahí abajo? —preguntó.

Niilo reconoció la voz al instante. Levantó la cabeza tan rápido que se golpeó la frente con la chapa y soltó un taco. Ella esperó con una sonrisa imposible hasta que el dueño de las piernas apareció de cuerpo entero frente a sus ojos para añadir:

—Hola... Me preguntaba si tendrías tiempo para un café.

Él demoró en responder. Apenas había tenido lucidez suficiente para quedarse sentado, mirándola. No era solo que no acababa de creer del todo que estuviera allí, además Amy estaba...  
*Fabulosa.* No podía dejar de mirarla.

A ella le encantaban esa clase de miradas y acababa de descubrir que si

eran de Niilo le gustaban mucho más. Pero dado que prefería disfrutarlas en privado, hizo un mohín triston.

—¿Te he pillado en un mal momento? Por favor, dime que no...

Niilo miró la maleta de Amy, luego a ella. *¿Has venido directamente desde el aeropuerto para verme?* La sangre regresó a su cerebro como impulsada por una bomba hidráulica y el motero se levantó de un salto.

—¡Qué va! Aunque, ahora que lo pienso, no hay bares por aquí...

—Si mal no recuerdo tenéis una bonita cocina. Y el café es bueno, ya lo he probado. Yo creo que servirá... —miró a Evel y le hizo un guiño—.

Bueno, si a tu jefe le parece bien, claro.

—A su jefe le parece perfecto —respondió él.

Niilo tomó la maleta, luego le indicó el camino con un gesto galante, y la pareja se puso en marcha. No habían desaparecido de la vista, que los comentarios jocosos habían comenzado y Evel ya estaba contándole las buenas nuevas a Abby.

—Me parece que yo también voy a por un café —dijo Maddox.

—Tú te quedas donde estás hasta que Amy se haya ido —ordenó Evel sin cortarse y oyó por el auricular a su mujer desternillándose de risa.

Una vez en la cocina, el motero fue directo a la piletta a lavarse las manos a conciencia. Notó que tenía grasa en la camiseta y que sus pintas dejaban

bastante que desear. Para una vez que podía pasar diez minutos en compañía de la mujer más preciosa del universo, él estaba hecho una birria. Seguro que olería a gasóleo. Genial.

Amy no reparó ni en lo uno ni en lo otro. Seguía con interés los movimientos pausados de Niilo mientras reconocía que aquel tipo, de alguna manera que ella todavía ignoraba, se las había ingeniado para ocupar un espacio cada vez mayor en sus pensamientos. Algo que tenía mucho mérito habida cuenta de que el único contacto físico entre los dos había sido aquel roce casual de los dedos cuando él le entregó el *Manhattan* en la boda de Dakota y Tess. Y de eso hacía casi dos meses.

Su voz la devolvió a la realidad.

—¿Cómo tomas el café?

—Dulce y frío porque siempre me quemo con el primer sorbo, lo dejo para que se enfríe un poco y luego se me olvida.

Él asintió. Enfrió la taza bajo el chorro de agua unos instantes y luego sirvió un café corto. Se lo entregó con una sonrisa, procurando que el tembleque de sus manos no fuera evidente, y repitió el proceso, esta vez para él.

A continuación, se volvió de cara a Amy, pero no se acercó. Se recostó contra la encimera que tenía detrás y permaneció en silencio, mirándola con una sonrisa, mientras bebía su café a pequeños sorbos. Disfrutando a fondo

de esa mezcla de ansiedad y excitación que lo mantenía en vilo.

—Te he sorprendido, ¿eh? —dijo ella.

Niilo asintió enfáticamente sin dejar de sonreír. No habría podido hacerlo aunque quisiera, así que ni siquiera lo intentaba. Estaba en la cima del mundo y las vistas desde allí eran grandiosas. ¿Cómo no iba a sonreír?

—Mucho —concedió.

Ella se apoyó contra la mesa, justo frente a él.

—Ya, aparecer por aquí era lo último que esperabas que hiciera.

Amy dio un sorbo a su café y decidió despejar el asunto que la aguijoneaba desde hacía diez días.

—Tú también me sorprendiste mucho la víspera de Navidad —él se estremeció cuando la intensa mirada de Amy se posó en él—. Sabías que estaba en un italiano, cenando con Abby.

No había sido una pregunta. Tampoco había sonado a una recriminación.

Niilo podía haberlo negado. Evel no era de los que se iban de la lengua y menos en temas de esa naturaleza. De hecho, probablemente, quedaría mejor si mintiera al respecto. Pero no estaba dispuesto a hacer o dejar de hacer por quedar bien.

—Evel me lo comentó antes de marcharse.

No se le podía negar que era sincero, pensó Amy. ¿Tendría alguna idea de

lo mal que le sentaba a una mujer enterarse de que él “podía, pero no quiso”?

—Pero tú decidiste no aprovechar la ocasión de quedar como un campeón ante mí.

Esto sí que había sonado a algo bastante parecido a una recriminación. A Niilo le gustó por lo que implicaba; Amy no estaría allí “recriminándolo” si él no hubiera conseguido despertar su interés.

—Supongo que esa es una forma de verlo, sí.

Amy elevó una ceja y sus ojos desafiantes le dijeron que estaba al borde del precipicio, a punto de despeñarse, sin necesidad de pronunciar una sola palabra. Niilo movió la cabeza afirmativamente un par de veces. Había captado el mensaje; decía con claridad que había llegado la hora de mostrar sus cartas.

—¿Sabes cuánto hace que espero el momento de invitarte a salir, de tener una cita contigo?

Ahora las dos cejas femeninas eran arcos perfectos que coronaban unos ojos de mirada sorprendida. Él continuó sin esperar respuesta.

—Desde que te conocí en la carrera de *MayDay*.

¿*Siete meses? ¡Woow!* Una sonrisa halagada volvió a brillar en el rostro de Amy que a Niilo le encantó ver.

—Puede que congeniemos o puede que no, pero espero que a estas alturas tengas claro que no estoy jugando. Dijiste que me llamarías cuando

estuvieras en Londres y pudieras quedar, Amy. Y yo cuando digo que voy a hacer algo, lo hago.

—¿Siempre? —El tono de Amy sonó mitad a broma mitad a flirteo, pero sus ojos le hablaron a Niilo de otra cosa; quería saber si podía confiar en él. Su respuesta fue rotunda.

—Siempre.

Ella respiró hondo y asintió. Sus ojos volvieron a posarse en él haciéndolo sentir como si flotara a dos palmos del suelo.

—Me gustas muchísimo, Niilo... —Amy esbozó una sonrisa seductora— y no quiero que se te suba a la cabeza, pero estoy bastante segura de que nunca he conocido a alguien como tú.

Por supuesto, Niilo sabía positivamente que no se parecía a ninguno de los que habían pasado por la vida de Amy. Él era EL hombre.

*Espera a conocerme de verdad, pensó. Tú espera y verás.*

—¿“Bastante segura”? —repitió él con un gesto cómico—. ¿Piensas que ese “bastante” va a poder remontar mis casi dos metros? Tranquila, que no conseguirá pasar de las rodillas. Eso sí, ¡serán las rodillas más creídas de aquí a Saturno! —y se echó a reír confirmándole a Amy que, definitivamente y sin *bastantes* que lo desmerecieran, aquel guapísimo ejemplar masculino era único en su especie.

Ella se acercó hasta él con la excusa de dejar la taza en el fregadero. Lo

miró.

—Segura, sin el bastante. Estoy segura —se corrigió.

—¿Sí?

Ella asintió ligeramente sin apartar los ojos de él.

—En ese caso —murmuró—, que sepas que se me va a subir a la cabeza y no me va aguantar nadie.

Él era único. ¿Qué otro hombre sería capaz de tenerla al alcance de la mano, devorarla con los ojos y no hacer el menor intento de tocarla?

—Me parece bien. Te lo has ganado.

—Ya lo creo —afirmó Niilo y vio cómo una ligera sonrisa curvaba los labios femeninos, tornándolos aún más deseables.

—Fanfarrón. —Lo dijo en un susurro y volvió a mover ficha; tomó la taza de manos de Niilo y la puso en el fregadero junto a la suya.

Él sintió que hasta sus pensamientos se estremecían de deseo.

—Eh, que no me lo había acabado —se quejó.

Su tono de voz que se dulcificaba por segundos, sus maneras deliberadamente pausadas en las distancias cortas, sus ojos... Ay, esos ojos que la desnudaban lentamente... ¿Se daría cuenta de lo al límite que la ponía?

—En un minuto querrás tener las manos libres, confía en mí.

Ella avanzó otro paso. Él inspiró profundamente. Con el último gramo de

coherencia que le quedaba pensó que no solo congeniaban; encajaban a la perfección.

—Te mueres por que te bese —susurró Niilo.

No había sido una pregunta y tampoco tenía sentido negarlo ya que era evidente, pero esa no era la única verdad. Había otra.

—Y tú te mueres por que sea yo quien te bese a ti. Por eso me estás haciendo este trabajo tan fino.

—Vaya, me has pillado —y cuando acabó de decirlo ya se estaba inclinando hacia Amy.

—La cuestión es quién sucumbirá primero. ¿Apostamos? —propuso con malicia al tiempo que se echaba un poco hacia atrás, apartando el rostro de su alcance.

Los fuegos artificiales que destellaban en los ojos de Niilo le confirmaron que también en el plano físico hablaban el mismo idioma. Ahora tenía la

certeza de lo que hubiera entre los dos sería mágico. Desde una tarde de *peli* y palomitas hasta el sexo más salvaje.

—Vale. ¿Qué apostamos?

El rostro de Amy se iluminó con una sonrisa que habló claro de la clase de pensamientos que había en su mente y él se relamió de gusto con solo imaginarlo.

Pero ella no llegó a ponerlo en palabras porque en aquel momento su

móvil empezó a sonar.

Amy soltó un bufido.

—Es el tono de mi jefe. Tengo que atender.

Niilo apretó los párpados, dejó caer la cabeza hacia atrás y respiró a todo pulmón. Sentía como si el corazón estuviera a punto de salir despedido fuera de su pecho.

—Joder... Me vas a matar de un infarto...

—Ay, lo siento —dijo ella, frotándole suavemente el brazo.

La joven salió al pasillo y a pesar de que no cerró la puerta, él apenas pudo oír nada.

La conversación fue breve, luego hizo otra llamada corta, y cuando Amy regresó traía una sonrisa radiante que animó a Niilo a preguntar:

—¿No tendrás que irte a China para desaparecer otras dos semanas?

Ella negó graciosamente con la cabeza, pero en vez de retomar la escena donde la habían dejado, la vio volver a coger su bolso. No se iría a la China, pero se iba, pensó desanimado.

—Hay cambio de planes. ¡Me quedo! —exclamó agitando sus brazos como si estuviera bailando una canción de los años setenta.

—Pues a mí me da la sensación de que estás a punto de irte —dijo él mirándola con un ojo entornado.

—Sí... ¡Digo no! A ver... Me quedo en la ciudad hoy y mañana —Niilo imitó el mismo baile sesentero y los dos echaron a reír a carcajadas—, pero ahora me tengo que ir al estudio de tatuaje, ya he pedido un taxi. Dame un par de horas y estaré lista para nuestra segunda cita.

Él tomó la maleta y salió de la cafetería detrás de Amy.

—¡Qué bien me ha sonado eso! Oye, ¿no volverás a dejarme plantado en La Vinatería, no?

Los dos habían llegado hasta la puerta que comunicaba con el área de trabajo del taller, cuando ella respondió.

—No vamos a quedar allí.

—¿No?

Ella negó con la cabeza con ese gesto que a él le encantaba.

—Quedamos en mi trabajo. A las ocho y media, ¿te parece bien?

¿Que si le parecía bien? ¡Estaba tan feliz que podría pasar perfectamente de todo el mundo y bailar el repertorio completo de “Las mejores canciones de los '60, '70 y '80!

—Me parece perfecto.

Ella sonrió satisfecha y se puso de puntillas.

—Genial —repuso.

Y le dejó un beso en la mejilla que al motero le hizo palpitar el corazón.

Niilo estaba saludando a Amy que se alejaba a bordo del taxi cuando Conor se detuvo a su lado. Se había cambiado y llevaba el casco en una mano.

—¿Ya te marchas?

—Sí, le dije a Evel que tengo una cita en la zona de Haton Garden y a esta hora llegar a tiempo será un triunfo.

Conor apartó la mirada. Los dos sabían a qué cita se refería y no hacía falta aclaraciones, pero a Niilo le sabía mal dejarlo ir solo.

—Si me esperas quince minutos, te acompaño.

Conor le palmeó el brazo agradecido. Niilo se estaba comportando como un buen amigo, pero él estaba más hecho polvo que antes si cabía, y no quería testigos del momento de bajón que le esperaba en el distrito joyero de Londres.

—Tranquilo, estoy bien. Nos vemos mañana.

El motero de las rastas se alejó unos pasos, pero se detuvo y se volvió a mirar a Niilo.

—Te dije que le interesabas y hoy lo ha dejado claro. Me alegro mucho por ti, de verdad.

Él exhaló un suspiro. Seguía flotando a dos palmos del suelo. Le parecía increíble que algo que llevaba esperando tanto tiempo estuviera al fin

sucediendo.

Permaneció allí, junto a la verja forjada en hierro con la forma de un dragón alado que daba acceso al taller mientras su colega guardaba las cosas en la alforja de la moto y se ponía el casco.

*Superarás este bache, tío, pensó. Nikki y tú haréis las paces pronto y todo este mal rollo quedará en el olvido. Tú aguanta firme, chaval.*

Conor puso en marcha su Harley Davidson plateada y se alejó rápidamente. Cuando la silueta de su amigo desapareció de la vista, Niilo volvió al trabajo.

Entonces ninguno de los dos sabía que gracias al despiste de un conductor novato y a una mancha de aceite en el asfalto, Conor no llegaría a Haton Garden aquella tarde.

FIN DE LA PRIMERA TEMPORADA

<<< >>>

**TEMPORADA 2**

**Episodio 1**

Lunes 4 de enero 2010, por la tarde.

En un gimnasio.

Ciudadela, Menorca.

Cuando el móvil empezó a sonar, Andy lo miró con furia contenida. Si sus ojos pudieran emitir rayos, el bonito dispositivo que le había regalado su

novio, habría quedado reducido a partículas en un instante.

Desde que el dueño del regalo se había marchado, la rabia de Andy tenía un segundo objetivo del que ocuparse. Si la intromisión de su tío y descubrir por accidente que los dos le habían mentado había empezado a calentarle la sangre, la facilidad con que Dylan se había retirado con aquel “como quieras”, le había puesto la guinda al pastel. ¿Quién reaccionaba de esa forma ante una monumental metedura de pata? Sólo se le ocurrían dos alternativas y ninguna de las dos eran buenas. O alguien muy culpable, o alguien que se cree demasiado hombre para que su novia veinteañera pretenda ponerle los puntos sobre las íes.

Descubrir que la llamada no era de Dylan no hizo sino revolverla aún más.

La muchacha exhaló un suspiro, se quitó los guantes de entrenamiento y tomó el móvil que había dejado en el suelo, junto a su toalla.

— *Chica, ya estaba a punto de colgar...* —oyó que Tina le decía.

—Sí, disculpa... —repuso Andy al tiempo que se sentaba en el suelo—.

Es que estaba entrenando y no lo oía sonar...

— *Bueno, cuéntame cuáles son esas noticias que decías en tu mensaje.*

Andy dobló la rodilla y apoyó el codo en ella mientras sostenía la cabeza sobre la palma de la mano. Se restregó el cabello como si esa acción

instintiva tuviera el poder de clarificarle las ideas. No sabía qué responder.

Estaba allí, aporreando una bolsa de arena, en un intento de rebajar su enfado a niveles tolerables para poder regresar a casa sin alarmar a su madre, y lo último que le apetecía era reflotar la rabia hablando de lo sucedido unas horas antes. Pero le había dejado a Tina el bendito mensaje y no podía dar la callada por respuesta.

—Eran buenas, ya no tanto —dijo la muchacha.

— *¿Cómo es eso?*

Andy respiró hondo procurando no volver a perder los nervios.

—Cuando te llamé acababa de salir de casa de mi tío —empezó a relatar

—. Fui a decirle que no pensaba seguir en Sa Badia para darle tiempo a buscar un sustituto. No le hablé de mi proyecto, por supuesto, y estaba muy contenta porque él se lo había tomado tan bien... Pero resulta que sólo me estaba haciendo la pelota. En cuanto me marché, fue volando a casa de Dylan y se encaró con él.

— *¿Cómo dices? ¿Que hizo qué?*

—¡Se encaró con él, como lo oyes, sí! Lo acusó de que la idea de dejar el restaurante era cosa suya y no mía. ¡Imagínate qué cara más dura!

— *¡No me lo puedo creer!* —exclamó Tina, empezando a sentirse tan enfadada como Andy.

—Pues créetelo. Y no contento con eso, lo amenazó para que me hiciera

recapacitar. ¡¿No te parece alucinante?! ¡Te juro que...! —Andy soltó el aire por la nariz como si fuera un toro a punto de embestir—. Mejor me callo.

La perplejidad de Tina hizo que el silencio fuera largo. El suceso le parecía alucinante, pero, realmente, no era inesperado. De Pau Estellés podía esperarse cualquier cosa. Lo que no lograba entender era que hubiera involucrado a Dylan. Era ridículo pensar que la idea provenía de él. Tanto como esperar que el irlandés se dejaría avasallar por el tío de su novia. Y, mal que le pesara admitirlo, Pau era lo bastante inteligente como para deducirlo él solito.

— *¿Amenazarlo? Menuda estupidez. Perdona que te diga, pero tu “máquina” no me parece de la clase de hombre que se deja amenazar así como así... En fin, me gustaría decirte que me extraña, pero es tu tío. De él no me extraña nada.*

—Sí, eso fue lo primero que pensé pero, por lo visto, sí que tiene con qué amenazarlo...

— *¡¿Pero qué dices?! Será otras de sus maniobras, Andy. ¿Cómo va a tener razones para amenazarlo si apenas se conocen?*

Andy sacudió la cabeza. Cada vez que tomaba conciencia de lo estúpida que había sido, la invadían impulsos homicidas.

—Se conocían de antes, Tina. Resulta que mi querido tío fue a verlo a Niza donde, al parecer, intercambiaron amenazas en las que según creo

también está metido el padre de mi jefe... —Andy soltó un bufido. Sentía el rostro ardiendo y los ojos le quemaban por dentro—. Dylan me ha mentado, Tina. Ha estado mintiéndome todo el tiempo.

Tina se quedó en blanco, sin saber qué decir ni qué pensar sobre lo que estaba oyendo.

—¿Y sabes lo más gracioso? —continuó Andy, cada vez más furiosa—.

Que cuando ha venido a verme después de que yo me fuera de su casa, y le he dicho que no quería hablar del tema, se ha limitado a responder “como quieras” y a largarse sin más. ¡¿Te lo puedes creer? Estoy que muerdo!

— *Nena, no entiendo nada... ¿Qué dices de que te ha mentado? ¿Cómo sabes tú eso? Explícamelo con calma, por favor...*

Durante los siguientes instantes Andy le relató a su amiga lo sucedido aquel día. Con cada palabra que oía, una parte de Tina se sentía cada vez más estúpida por haberle dedicado su atención a alguien que, evidentemente, no se lo merecía. Estúpida y crédula.

Pero la otra parte de Tina, la que llevaba entre los Avery muchos años y quería a Andy como si fuera de su propia sangre, no podía hacer algo distinto de lo que hizo; decirle lo que necesitaba oír.

—*Te estás precipitando, Andy. De lo de tu tío no voy a decir nada porque... Bueno, es tu familia y no quiero pasarme de sincera, pero no estás*

*manejando bien el tema con Dylan...*

—¿No?! ¡Suerte tiene de que me haya ido sin decir ni mu!

— *Mira, no sé qué ha sucedido entre tu tío y él. No sé qué hay de cierto*

*entre lo que has oído y lo que realmente pasó, pero lo que sí sé es que Dylan lo ha dejado todo y se ha ido a Menorca por ti. Y de que le importas, no creo que a estas alturas tengas dudas ni siquiera tú. Sé que estás cabreada, nena.*

*Te ha mentado, o eso parece, y no lo soportas, pero se merece que le des la oportunidad de explicarse. Si no se lo merece él, después de todo lo que ha hecho para que podáis estar juntos, ¿quién, Andy?*

Mientras tanto, en Londres...

Niilo se despidió del dependiente de la joyería y volvió a guardar el móvil. Golpeó una vez más la puerta del piso de Conor sin obtener ninguna respuesta.

Después de acabar de trabajar, el motero había ido directamente a casa de su colega cuando el primer intento de llamarlo había dado por resultado que saltara el buzón de voz. Llevaba allí un buen rato, ya que al principio había pensado que él estaría dentro lamiéndose las heridas en privado y que por eso no abría. Pero ante la continua falta de respuesta, había llamado al MidWay. Así se había enterado de que no habían vuelto a verlo desde su discusión con Ike. Cada vez más alarmado, Niilo había conseguido el número de teléfono de la joyería y los había llamado. Estaba a punto de colgar,

cuando atendieron; Conor no había acudido a su cita con ellos ni había llamado para cancelar.

Llegados a este punto, Niilo empezaba a estar seriamente preocupado.

Pero se resistía a caer en el tremendismo. Lo más seguro era que su colega estuviera ahogando las penas en algún bar donde nadie lo conocía, y que no se hubiera dado cuenta, como era habitual en él, de que sus huidas en busca de soledad dejaban tras de sí a mucha gente preocupada.

Volvió a intentarlo con la puerta de su casa una vez más.

—¡Venga, Conor. Ya sé que no estás de humor, pero tío, así no puedes seguir! —exclamó al tiempo que pegaba su dedo al timbre.

Entonces, oyó que alguien le hablaba.

—Oiga, joven, me parece que su amigo no está —dijo la vecina que vivía en el piso de enfrente.

Niilo, algo incómodo, miró a la mujer que tenía pinta de saberse vida y obra de todos los habitantes del edificio.

—¿Está segura? Es que tampoco responde al móvil...

—Sí, estoy bastante segura de que no está, joven. Su amigo suele llegar más tarde y, perdone que le diga, no es precisamente silencioso —repuso la mujer, con una sonrisa de viejecita amable.

Tras agradecerle la información, Niilo entró en el ascensor. No se fiaba

de Conor ni de su humor, pero aquella mujer daba la impresión de saber de lo que hablaba. Volvió a sacar su móvil para efectuar una nueva llamada.

Evel todavía seguía en su oficina aunque ya no estaba solo, Abby estaba con él.

—*¿Qué hay Niilo?*

—No sé qué decirte —repuso el motero sin molestarse en ocultar su preocupación. Evel frunció el ceño, extrañado de oírlo hablar así—. Conor no atiende el móvil. En su casa no está y tampoco ha acudido a la cita que tenía en la joyería...

Al dueño de Rowley Customs tampoco le daba buena espina que, de pronto, Conor pareciera haberse borrado del mapa, pero, al igual que Niilo, se resistía a pensar en lo peor.

—*A lo mejor ha ido al MidWay...*

—Acabo de llamar y según Maverick no ha asomado sus rastas por allí desde el sábado.

—*¿Le habrá pasado algo?*

El motero exhaló un suspiro.

—Tío, espero que no, pero ¿dónde coño se ha metido? ¿Tienes el teléfono de sus padres? A lo mejor ellos saben algo.

—*¿Y si no lo saben? Vamos a ser más los que están de los nervios por la falta de noticias...*

En eso tenía razón, pensó el motero, pero algo había que hacer.

—Bueno, si llamas tú quizás se preocupen, pero si llamo yo haciéndome el despistado, a lo mejor cuela... Podría intentarlo —ofreció Niilo.

Para entonces la lista de personas intranquilas había ascendido a tres ya que Abby seguía con atención la conversación de su marido. Lo vio negar con la cabeza y ponerse de pie.

—No, llamo yo —dijo Evel—. *Ya se me ocurrirá alguna excusa.*

Para los padres de Conor, sin embargo, no habría sido ninguna sorpresa recibir la llamada de Evel. Tras el accidente, la policía se había puesto en contacto con el número marcado para emergencias del móvil de su hijo. La llamada había pillado a Owen en medio de una reunión que él había convocado y de la que se marchó a toda prisa sin tiempo para explicaciones. Camino del hospital le había avisado a Susan quien había tomado un taxi. Prácticamente, habían llegado al mismo tiempo. Y ahora estaban allí, en una sala atestada de gente que iba de un lado a otro esperando lo mismo que esperaban ellos, alguna noticia sobre su ser querido.

Susan apenas había hecho algún comentario, se la veía pendiente del ir y venir del personal sanitario y Owen sabía que era cuestión de tiempo que perdiera los nervios y empezara a exigir información a gritos. De modo que se acercó por cuarta vez al mostrador de información. Esta vez estaba dispuesto a no regresar con las manos vacías.

La conversación con la persona de turno se inició de la misma manera que las otras veces.

—Señor, ya le he dicho que en cuanto tenga alguna información se la daré. Lo están atendiendo, es todo cuanto puedo decirle.

Pero en esta ocasión no acabó igual, ya que sin que Owen tuviera tiempo para darse cuenta, la respuesta llegó desde algún punto, detrás de él, y no fue cordial.

—¿Pero qué clase de monstruo insensible es usted, señora?! Tienen a mi hijo allí dentro desde hace rato y nadie ha dicho ni pio. No sabemos nada. Ni detalles del accidente ni si está vivo o muerto. ¡Nada!

Susan gritaba y gesticulaba. Pronto, se vieron rodeados de varias personas reclamando que también se les negaba información, que se les atendía de mal talante, como si molestaran. A pesar de los intentos de Owen por calmar a su esposa, Susan continuó cada vez más ofuscada.

—¡Y que sepa que si usted no me responde, ahora mismo me pondré a abrir cada puerta de esta planta hasta dar con mi hijo y alguien que me explique lo que está pasando. Así que le recomiendo que empiece hablar ya mismo!

—¡Y lo mismo le digo yo! —intervino el hombre de una pareja de ancianos que llevaba horas esperando que le dejaran ver a su nieta. Y así se

sucedió una queja tras otra hasta que la enfermera, resignada, tomó el auricular. Cuando colgó, miró a los padres de Conor muy seria.

—Están con él en este momento. Lo están atendiendo, señora. Me han dicho que su hijo estaba consciente cuando lo trajeron. Lo lamento mucho, no he podido averiguar nada más.

Para Susan aquellas palabras fueron el oxígeno que la devolvió a la vida. Se llevó las manos al pecho dándole gracias a Dios por esas mínimas noticias y muy pronto, las primeras lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas.

Owen la estrechó con fuerza.

—Tranquila, tranquila —le dijo al oído—. Tu hijo es fuerte, ya verás como todo sale bien...

En aquel momento, el móvil de Owen empezó a sonar. La primera de muchas llamadas que recibiría en las próximas horas cuando la noticia del accidente empezara a circular entre amigos y familiares. Él miró la pantalla del móvil y luego a su esposa.

—Es el jefe de Conor, cariño... —anunció, y se apartó a un rincón menos concurrido para poder hablar con tranquilidad.

Casa de Dylan Mitchell.

Cala Morell.

Ciudadela, Menorca.

“No quiero hablar del tema y tampoco quiero que vayas a mi casa”.

Claro, cómo no.

*“Y de paso, si cae un rayo y te parte al medio, mejor. Así me ahorro el trabajo de hacerlo yo”.*

Andy no lo había dicho, pero de que lo pensaba, Dylan estaba totalmente seguro. Apretó los dientes en torno al filtro del cigarrillo, lo encendió y exhaló el humo de golpe.

Que ella tenía su genio no era ninguna novedad, pero le estaba costando encajar su reacción.

Dejó el cigarrillo en el cenicero y añadió el tomate picado finamente a la sartén. Tras la no-discusión con su chica (¿o ya era *ex* chica por decisión unilateral?), se había puesto a desembalar las cajas de la mudanza que quedaban. Y dado que al terminar estaba tan cabreado como antes de empezar, se había refugiado en su santuario personal, a ver si el aroma de las especias obraba el milagro de siempre. Pero, de momento, tampoco estaba funcionando. Su mente seguía erre que erre martilleando el mismo clavo. Y lo peor, su enfado crecía con la misma insistencia.

¿Quién reaccionaba de esa forma? De pronto, había tenido la sensación de estar lidiando con una adolescente consentida y marcharse le había resultado casi una necesidad. Si se quedaba, habría acabado diciendo en voz alta lo que pensaba y eso habría empeorado las cosas. En ese momento le

había parecido lo mejor, pero ahora...

Dylan soltó un bufido. Dio otra calada al cigarrillo y lo aplastó con fuerza contra el cenicero de cristal. Sacudió un poco la sartén. Lo único que le faltaba era que se le estropeara el plato por estar pensando en mujeres adultas que tienen pataletas como si fueran jodidas crías de quince años.

¿Acaso pensaba que él había mantenido la boca cerrada porque le tenía miedo al mafioso de su tío? ¿Que había estado tramando algo a sus espaldas?

¿Que intentaba manipularla? Ni siquiera le había dado la oportunidad de explicarse, joder.

*Pero claro, “una mentira es una mentira para una amante de la verdad absoluta”. Hay que joderse con los arranques de cría, pensó rabioso.*

El olor a quemado vino a completar el cuadro. Dylan arrojó la sartén dentro del fregadero haciendo que parte del contenido salpicara las relucientes superficies metálicas de la ultra moderna cocina.

Tomó su cazadora y avanzó por el pasillo con la actitud de un ejército en plena carga.

*¿Quieres verdades? Muy bien, tendrás verdades.*

Abrió la puerta con fuerza y se encontró con Andy al otro lado. Ella intentó disimular su sorpresa apartando la vista. Retiró la mano con la que sostenía la llave y se la puso en el bolsillo. Cuando el silencio se le hizo insoportable, alzó la mirada. Pudo comprobar que él estaba tan enfadado

como ella. Las pupilas estaban tan dilatadas que sus ojos parecían negros y no grises. Nunca la había mirado con tanta dureza.

A Andy le pesaba esa mirada y deseó que nada de todo aquello hubiera ocurrido, pero había ocurrido.

Y no era ella quien había mentado.

Los ojos de Andy mostraron tanta dureza como los de Dylan cuando rompió el silencio.

—¿Podemos hablar?

*¿Así que esas tenemos?* Fue como si Dylan lo hubiera dicho en voz alta.

— *Por favor* —repuso el irlandés. Tras lo cual retrocedió al tiempo que abría la puerta del todo para dejarla pasar.

## **Episodio 2**

Lunes 4 de enero de 2010.

Casa de Dylan Mitchell.

Cala Morell.

Ciudadela, Menorca.

En medio de su rabia, Andy fue consciente de dos cosas. Primero, había un cierto tufillo a quemado que provenía de la cocina. Segundo, el salón adonde él había conducido, lucía bastante diferente que en días anteriores: al fin había acabado de desembalar sus pertenencias y las últimas cajas de

cartón vacías estaban en un rincón, plegadas y listas para reciclar. Ambas cosas en conjunto confirmaban su primer pensamiento al verlo: Dylan estaba enfadado.

Pero ella lo estaba aún más.

Se detuvieron al llegar al centro del salón y permanecieron de pie, mirándose con ojos tormentosos. Si Andy había esperado algún tipo de sentimiento de culpa por parte de él o algún intento de suavizar las cosas, ver cómo transcurría el tiempo sin que él hiciera el menor ademán de iniciar la conversación, volvió a confirmarle que, con razón o sin ella, el enfado de Dylan alcanzaba niveles históricos.

—¿Vas a decirme de motu proprio lo que te traes entre manos con mi tío, o voy a tener que interrogarte?

—Yo no me traigo entre manos nada con nadie.

—¿Ah, sí? Pues no es esa la impresión que me dio esta mañana cuando os escuché hablando. Algo debéis traer entre manos desde el momento que puede venir y amenazarte en tu propia casa. Y que sepas, que me parece increíble que no hayas sido capaz de decírmelo tú mismo.

Dylan respiró hondo. A sabiendas de que ella detestaba verlo fumar, agarró la cajetilla de tabaco que había sobre la mesilla, sacó un cigarrillo y lo encendió. La miró a los ojos.

—Tu tío cree que puede amenazar a todo el mundo, pero yo no soy todo

el mundo. A mí me la trae floja su gran apellido y sus muchos recursos. Y tú lo sabes.

—¡Y entonces, ¿de qué estabais hablando? ¿De la última película de Quentin Tarantino?! Dylan, no me fastidies. Quiero la verdad y la quiero ahora mismo.

Él volvió a darle una calada rabiosa al cigarrillo. Se quitó la cazadora con la misma furia y volvió a mirarla.

—Pues espero que puedas aguantar la verdad, guapa, porque no pienso guardarme nada.

Por supuesto que podía con la verdad. Andy alzó la barbilla, en el fondo, herida por su comentario. Dylan continuó.

—Tu tío no me puede ver ni en pinturas, eso ya lo sabes. Y no, no solamente se ocupó de no darte mis recados, también se presentó en Niza. Montó un espectáculo y me amenazó con dejarme sin trabajo si se me ocurría la idea de volver a verte.

—¿Por qué?

Dylan dio otra calada furiosa al cigarrillo.

—¿Porque está loco? ¡Y yo qué sé! Será que no le gustan mis tatuajes...

—Hablo en serio, Dylan.

Él la fulminó con sus ojos de pupilas dilatadas que le daban aspecto de

felino.

O de diablo, según las circunstancias, y aquellas no eran buenas.

—Yo también —espetó.

Andy bajó la mirada y se cruzó de brazos. Sentía como si una corriente eléctrica le recorriera el cuerpo, impidiéndole quedarse quieta. De hecho, a pesar de ser consciente de que golpeaba el suelo con el tacón de su bota, no podía dejar de hacerlo.

Él soltó el aire en un suspiro.

—No sé por qué se presentó en Niza. Ni por qué me dijo todo eso. Yo ya había renunciado al puesto y le había comunicado mi decisión a Clinton Rowley dos o tres días antes.

Vio que ella lo miraba con el ceño fruncido, pero decidió ignorarlo y continuar. Quería acabar con ese tema de una vez.

—Me tomó por sorpresa, sí. Pero como el mundo está lleno de locos, no me preocupé. Cuando se enteró de que yo estaba en Menorca contigo, me llamó. Fue cuando tú estabas con la abuela de Evel y yo salí a atender una llamada.

Andy asintió y continuó mirándolo atentamente. No podía creer que mientras ella estaba caminando por la séptima nube, su tío y él estuvieran fraguando cosas a sus espaldas.

—Tu tío estaba histérico. Me cabreé. Le dije que si no se calmaba le iba

a colgar y eso fue lo que sucedió. Lo que viene después, ya lo sabes. Fue al hospital, se enfrentó conmigo creyendo que yo utilizaría su comportamiento para ponerte en contra de él y ya sabes lo que respondí porque estabas ahí. Dylan dio varias caladas al cigarrillo. Guardó silencio. Nunca había tenido intención de hablar del tema y seguía resistiéndose a hacerlo. Quizás, con un poco de suerte, con lo dicho hasta el momento fuera suficiente para calmar las aguas, pensó.

Pero no fue así. Andy había dicho muy en serio que quería toda la verdad.

—¿Y qué más? Algo más tuvo que haber para que él pueda seguir amenazándote.

El irlandés sacudió la cabeza, contrariado.

—Clinton Rowley no se creyó mis razones para abandonar el proyecto.

Mandó a sus investigadores que, lógicamente, destaparon el asunto de Niza, y como estamos hablando de muchos millones y de accionistas importantes, nada dados a aguantar gilipollices, se presentó en Menorca, en tu casa.

Quería comprobar si la razón de que me fuera tenía algo que ver con que tu tío se hubiera presentado en Niza. Lo negué, pero él me dijo que ya había presentado la queja al Consejo. En realidad, más que para hablar conmigo, vino a Menorca para asegurarse de tener toda la información bien atada antes

de hablar con los accionistas españoles, o sea los Martí. A nadie le interesaba que esa queja siguiera adelante, así que negocié con él para que parara el proceso. Le dije que pusiera el precio y él lo hizo.

La realidad cayó como un cubo de agua helada sobre Andy que miró a Dylan perpleja.

—Que siguieras en el proyecto... —murmuró.

Él asintió.

—Después de eso hablé con tu tío. Le dije lo que había pasado y volví a asegurarle que ni pensaba decírtelo ni pensaba hacer nada al respecto. Pero él, como has visto, no me creyó. Me tiene por un diablo vestido de motero. La peor opción posible para ti, y hagas lo que hagas, siempre pensará que yo estoy detrás. Por eso vino hoy. Por eso pasó lo que pasó.

Andy lo miraba con los ojos desorbitados. Porque ya no se trataba solamente de que le hubiera mentido, había mucho más. La tortura de vida que llevaban desde el principio de la relación era culpa de Pau Estellés. ¿Y todo por qué? ¿Porque Dylan no le gustaba como candidato? Le parecía indignante que alguien que se suponía que la quería bien, hubiera estado tejiendo semejante trama a sus espaldas.

—Me siento como una completa idiota. Te juro que no sé si reírme o llorar. ¿Hemos estado viviendo este calvario de vernos a cuentagotas por mi tío? Me lo voy a cargar. ¡Me lo voy a cargar! —Pero no solo a Pau, para

Dylan también tenía lo suyo. Andy alzó la vista—. ¿Sabes qué es lo que más me alucina de todo? Que no pensaras que esto me concernía lo bastante como para decírmelo. Mi propio tío, con quien yo he seguido bromeando todo este tiempo, como si nada hubiera pasado.... Me costó días recuperarme de la última bronca, pero es mi familia, y está mi madre de por medio, e hice el esfuerzo de contemporizar, ¿y resulta que él viene sabotando mi relación contigo desde el principio? ¡¿Cómo puedo confiar en alguien que sabe todo esto y aún así se lo calla?! —Y rubricó el momento de furia, soltando un bufido.

—Si estás esperando que me justifique, no va a pasar. No tengo porqué. Hice lo que consideré oportuno, lo sigo considerando oportuno, y si no te gusta, lo lamento.

—¡¿Lo dices en serio?! ¡Eres increíble!

Dylan sacudió la cabeza. Desde el principio había tenido claro que no sería capaz de morderse la lengua y ahora había llegado el momento.

—Exacto. Y esto que te voy a decir también lo digo completamente en serio: no estoy acostumbrado a los arranques de adolescente, Andy, y no me gustan.

—Pues si esperas que me justifique, lo lamento, tampoco va a suceder.

La inmadurez también forma parte del paquete —repuso herida doblemente

por una observación que provenía de alguien que conocía perfectamente sus circunstancias.

—No me vengas con esas. Has manejado mal las cosas y ya está.

—¿Esperas que me disculpe por tener 23 años?! ¡Era lo que me faltaba por oír! —exclamó ella, airada.

—Espero que seas coherente.

—¿Y eso qué es lo que quiere decir? ¿Que echemos un tupido velo?

¿Que dé por bueno que hay mentiras que son necesarias, y lo deje correr?

¡Odio la mentira, odio que me mientan, y tú lo has sabido desde el principio!

—Soy tu hombre, Andy. Si estás cabreada conmigo, plántame cara.

Tranquila, que lo soportaré. Y si, como espero, estás cabreada con tu tío, trágate el enfado y conviértelo en algo de provecho. Eres inteligente, Andy, y él la ha cagado; aprovecha esa ventaja. Es lo que hacen las personas inteligentes. *Esto es lo que quiero decir.*

—Así que quieres que te plante cara... —repuso ella, al tiempo que recortaba la distancia que los separaba, situándose a un palmo de su rostro—.

No. Vuelvas. A. Mentirme.

— *No vuelvas a ignorarme* —repuso él, sin arredrarse.

Se miraron largamente a los ojos, y como siempre les había sucedido cuando estaban en las distancias cortas, la magia volvió a suceder. A pesar

del enfado, de la desilusión de la primera discusión de pareja, a pesar de lo que implicaban todas las verdades que habían puesto sobre la mesa, lo que sentían el uno por el otro se ocupaba de equilibrar la balanza, y la enorme química que siempre había existido entre los dos, se ocupó del resto.

Él se acercó a sus labios. No los besó, pero el calor de su aliento empezó a derretir la fortaleza de Andy.

—Tontita...

—Mentiroso.

—No te mentí. Sólo elegí callar lo que no tenía ningún sentido decir —

murmuró él y empezó a jugar con sus labios, rozando los de Andy,

tanteando la situación. Cuando creyó que ella estaba receptiva, intentó

besarla. Ella no se dejó. Capturó el labio inferior de Dylan entre los dientes y apretó la mordida sin dejar de mirarlo a los ojos. Presionó lo bastante para

provocarle dolor.

Pero ese mínimo dolor no hizo sino encenderlo. Para él era el fin de un

día eterno cargado de tensión y de vacío. Porque no tenerla lo dejaba así,

vacío y ansioso. Forcejearon, ella todavía se resistía a ceder. Más por rabia

que por falta de deseo. Pero él se impuso con su cuerpo, avanzó obligándola a

retroceder de espaldas hasta que la pared les impidió continuar, y él colocó

las manos a cada lado de ella, cerrándole el paso.

—¿Y ahora? Diría que estás a mi merced.

—Lo que estoy es cabreada.

—Conozco un método infalible para eso. Lo usé contigo la noche que zurraste a Conor. Y creo que te funciona a las mil maravillas. —Se inclinó sobre ella y rozó sus labios con la punta de la nariz—. ¿Quieres probar? Igual funciona otra vez. Soy mucho mejor que la bolsa de arena.

Los recuerdos de aquella noche tórrida, en la que ella había utilizado a Dylan para liberar la frustración por otro hombre del que entonces creía estar enamorada se situaron en la mente de los dos, haciendo que la temperatura se disparara hasta salirse del termómetro. Era la primera vez que un hombre le daba el control de la situación, aún a sabiendas de que no era él con quien deseaba estar en esos momentos.

—Esta vez no sé si funcionaría.

—Probemos... —susurró Dylan, y para entonces, ya se había adueñado de su boca.

Andy se dejó besar y, a su debido tiempo, también se dejó llevar. Para ella también había sido un día largo, y más allá de las diferencias que hubieran podido tener sobre este tema, lo amaba y estar entre sus brazos otra vez volvía a poner su mundo del derecho.

Se besaron largamente, acariciándose sin límites, y cuando ya habían empezado a desnudarse, ella cayó en la cuenta de que llevaba todo el día fuera de casa, evitando las llamadas de su madre. Si seguían allí, haciendo las

paces, no volvería a su casa hasta el día siguiente. Con suavidad, empezó apartarlo. Dylan la miró interrogante, con los ojos ardiendo de deseo.

—Llevo todo el día dándole excusas a mi madre. Estará preocupada.

Tenemos que ir para casa.

Él dejó caer la cabeza hacia atrás, cargado de frustración.

—Me vas a matar...

—Bueno, la verdad, ganas no me faltan... —dijo ella, demostrando que todavía quedaban restos de enfado removiéndole la sangre.

—Claro que quieres matarme, a polvos —repuso él, volviendo a atarse la camisa con desesperación.

—¿Sabes? Te lo tienes muy creído tú.

—Porque es cierto —volvió a decir él con desparpajo.

Se miraron y, de pronto, desaparecieron las sonrisas.

—No vuelvas a mentirme, Dylan. Va muy en serio.

Él la rodeó con sus brazos y la atrajo hacia su cuerpo con cierta brusquedad disfrazada de pasión que Andy no se creyó. En él también quedaban restos de enfado removiéndole la sangre.

—No vuelvas a ignorarme, Andrea. Va muy en serio.

Los dos se mantuvieron las miradas, sumando tensión a un momento de por sí muy tenso. Al fin, fue ella la que rompió a reír, contagiando a Dylan.

—¿Andrea?! —repitió poniendo voz de hombre y enseguida siguió

partiéndose de risa—. ¡Ni mi madre me llamaba así cuando se enfadaba!

¡Qué rebuscado!

Entonces, el móvil de Dylan sonó anunciando que había recibido mensaje. Un instante después recibió otro y así hasta tres veces. El irlandés fue hasta la cazadora que había quedado en el suelo a mitad del salón, sacó el móvil del bolsillo y miró el primero los mensajes. Frunció el ceño.

—Es de Evel —dijo—. Conor está en el hospital. Ha tenido un accidente.

Estudio de tatuaje de BBCox,

Soho, Londres.

Amy recogió su abrigo y su bolso. Echó un vistazo alrededor para asegurarse de que todo estaba en orden. Hacía un buen rato que Gabs se había marchado e incluso le había dado tiempo para poner las cosas al día con Harley, quien también acababa de marcharse. Y Niilo seguía sin aparecer. Le resultaba raro porque si algo tenía claro era el interés del motero por volver a verla, pero estaba bastante segura de que le había dicho sobre las ocho y media, y de eso hacía ya un rato. Amy se encaminó a la salida apagando las luces y cerró la puerta de la tienda aplicando los cierres de seguridad.

Pensando en si llamarlo o marcharse a casa y esperar a ver qué sucedía, se abotonó el abrigo y se puso el bolso en bandolera. Fue en aquel momento cuando oyó el característico sonido del motor de una Harley Davidson, y se

volvió a mirar. Él se levantó el visor del casco y ella se dirigió hacia él con una sonrisa.

—Ya pensaba que me ibas a dar plantón —bromeó. Él se quitó el casco

—Sí, disculpa el retraso, pero...

Amy lo miró extrañada. Aquel rostro habitualmente sonriente, de pronto, estaba inusitadamente serio.

—¿Ha sucedido algo?

—Sí, bueno, vengo del hospital... No te preocupes... Es que Conor se ha dado un castañazo con la moto... Bueno, en realidad no sabemos muy bien qué ha pasado, pero lo han llevado al hospital.

—Vaya manera de empezar el año... Qué mal, cuánto lo siento —dijo Amy que lo último que esperaba como razón de su tardanza era algo tan preocupante.

—La verdad es que no lo acabó muy bien, ya sabes, asuntos el corazón... Pero esto... Qué mala suerte.

El motero se mostraba preocupado y esto era nuevo para Amy.

—Bueno, ¿se sabe algo?

Niilo negó con la cabeza.

—Nada. Su madre está histérica. Y su padre aguanta la tensión como buenamente puede.

—Entonces será mejor que vayamos para allí cuanto antes. En esos momentos, aunque la gente diga que prefiere estar sola, no hay que hacerle caso. Lo sé por experiencia.

Niilo la miró sorprendido. Ella sonrió al ver que su rostro parecía recobrar vida.

—¿Qué, prefieres que...? —propuso Amy, en realidad, sin acabar de formular la pregunta. No se le había cruzado por la imaginación hasta aquella cara de sorpresa que quizás el motero no quisiera que su noche de cita se convirtiera en una noche en vela en un hospital londinense.

La sorpresa de Niilo, sin embargo, no tenía nada que ver con eso.

Realmente, no había esperado que ella se sumara a acompañarle por las buenas. Mucho menos que fuera ella quien lo propusiera.

—¿En serio quieres venir?

—¿Cómo voy a dejarte sólo en un momento así?

El motero sintió unas ganas tremendas de abrazarla. Y de besarla. Y de todas las cosas que podían hacerse con una mujer por la que cada vez estaba más loco, teniéndola a veinte centímetros de su cuerpo. Una sonrisa traicionera apareció en su rostro y consciente de que sus pensamientos podían llegar a ser demasiado evidentes para el momento y la circunstancia, volvió a intentarlo con algo que se le daba muy bien; la broma.

—¿Tan mal estoy? —dijo con cara de desolación.

—Nada que no arregle un buen rato en compañía de tu chica favorita —  
repuso ella al tiempo que le frotaba el hombro cariñosamente.

Niilo le dio un casco extra que llevaba en la moto, ella montó de  
paquete y la pareja puso rumbo al hospital.

A pesar de todo lo sucedido aquella tarde, del malestar y la duda, del  
temor a que su mal presentimiento hubiera resultado ser real, y el temor por  
el bienestar de Conor, Niilo iba en su moto, pero, a la vez, no estaba allí.

Estaba en un plano diferente, en el que era consciente de que la mujer que  
llevaba a la grupa era alguien que le quitaba el sueño desde hacía muchos  
meses. Consciente de la proximidad, de que eran sus brazos los que le  
rodeaban la cintura, de que era su voz la que hablaba animadamente a través  
del intercomunicador...

Era casi como tocar el cielo con las manos.

Mientras tanto, en el hospital...

El rostro de Susan enrojeció al reconocer la figura fornida y rubicunda  
que avanzaba con paso rápido por el corredor. Seguían sin saber nada de  
Conor y ya se sentía lo bastante descompuesta de los nervios para andarse  
con cortesías. Fred Campbell era un buen hombre, el único al que soportaba  
de toda aquella de familia de “finolis”, pero no entendía qué hacía allí y,  
desde luego, lo último que deseaba era tener que atenderlo.

—Ya que ha sido cosa tuya llamarlo, Owen, serás tú quien lo atienda porque yo no pienso hacerlo. Conor y Nikki ya no están juntos y me juego la cabeza a que esa niña caprichosa tiene mucho que ver con el estado de ánimo de mi hijo de los últimos días. Este señor no tiene nada que hacer aquí.

—Cariño, cómo dices eso...

—Diciéndolo. No pienso atenderlo.

Dicho lo cual, dio media vuelta y echó a andar en la dirección contraria, haciendo imposible que Owen intentara disimular. Incómodo, fue al encuentro de Fred, quien a pesar de haberse dado cuenta de que su presencia no era bienvenida, le ofreció una sonrisa compasiva.

—Lo siento mucho, Owen. Qué mala suerte. ¿Sabéis algo, cómo está?

—se interesó el padre de Nikki, estrechando afectuosamente la mano de su consuegro.

Él lo animó a que se apartaran un poco del gentío para conversar con más tranquilidad.

—Gracias por venir, Fred. Y disculpa a Susan... Sólo sabemos, y no ha sido nada fácil conseguir que nos lo dijeran, que cuando llegó al hospital estaba consciente. No es mucho, pero nos animó bastante. Conor es un chico duro y si siguió consciente a pesar de todo, quizás...

Owen sacudió la cabeza. Era aferrarse a un clavo ardiendo con tal de no

ceder a la desesperación. Pero cada minuto que pasaban sin noticias, la brecha entre la esperanza y la desesperación se acortaba peligrosamente.

—Bueno, eso es más de lo que crees, Owen... Si estaba consciente, quiere decir que el accidente no ha sido tan grave... ¿Sabéis que pasó, cómo fue?

Él negó con la cabeza.

—Cuando me llamaron, estaba en medio de una reunión y fueron bastante parcos en explicaciones. Sólo sé que tuvo que hacer una maniobra brusca porque un coche lo encerró, que una mancha de aceite en el asfalto hizo que acabara de perder el control de la moto... Y que está aquí —y rubricó la frase con una mueca de disgusto.

—Bueno, amigo mío, lo importante ahora es mantener la calma. No precipitarnos. Y no pensar cosas que no nos van a ayudar. Hay que confiar y mantenerse lo más sereno posible.

Owen asintió repetidas veces con la cabeza. Eso intentaba, pero cada vez le costaba más.

—Tengo que decírselo a Nikki —comentó Fred.

El tono había sonado casi a una disculpa, como si tuviera que disculparse por hacer algo que era consciente que traería consecuencias. Unas consecuencias que no serían bienvenidas por parte de ninguna de las familias.

Owen pensó que tenía gracia que aún en aquellos momentos, el interés por ayudar a la pareja a resolver sus conflictos siguiera presente, y que fueran precisamente los hombres de la familia los que hicieran de celestinas.

—Claro, por supuesto. Debe saberlo. Da igual lo que opinen nuestras esposas.

Fred abandonó la sala de espera mientras el número de su hija sonaba sin que nadie atendiera. Cortó y esperó unos momentos mientras sacaba un café de la máquina y lo bebía haciendo tiempo. Hablaban a diario. Nikki no estaba llevando bien la ausencia de su familia. Lo último que habría imaginado era que la segunda llamada que hacía aquel día a su hija, sería para darle una noticia tan mala. La pobrecilla ya tenía suficiente con su corazón partido y con su nuevo trabajo en otro país, lejos de los suyos.

Volvió a intentar el número, otra vez sin éxito.

A muchos kilómetros de Londres, Nikki silenció el móvil. Llevaba desde primera hora de la mañana en entrenamientos para personal recién incorporado. Sólo habían parado media hora para comer, y vuelta a empezar. Tenía la cabeza como un bombo y la agenda llena de notas, pero su ilusión crecía cada hora que pasaba, así como crecía la certeza de que estaba en el lugar correcto. Algunos sueños resultaban ser perfectos solo en la imaginación, pero este no había sido el caso.

Cuando el móvil se iluminó por tercera vez, Nikki decidió enviar un pequeño mensaje a su padre para que dejara de insistir. Aprovechó un momento que el instructor se giró de frente a la pizarra electrónica, para teclear rápidamente un mensaje diciéndole que lo llamaría tan pronto acabara el curso en el que estaba.

Fred estuvo tentado de dejarlo correr y esperar a que el curso terminara, ya que sabía que Nikki le devolvería la llamada de inmediato. Pero la noticia que tenía entre manos no era de las que podían esperar para darse.

Así pues, se puso a escribir.

El instructor hablaba de los fallos habituales en las sesiones de interpretación que causaban momentos embarazosos, y en cómo salir al paso de ellas. Las doce nuevas incorporaciones reían, deseando interiormente que eso no les pasara jamás. Nikki tenía momentos como esos de su propia cosecha, eran inevitables, y también rió. Entonces, vio que la pantalla de su móvil volvía a iluminarse y prestó atención.

Las nueve palabras del mensaje entraron como una lanza, abriéndole la carne, y los ojos se le llenaron de lágrimas. Volvió a comprobarlas, deseando intensamente haber leído mal.

"Conor ha tenido un accidente. Estoy en el hospital".

No había ningún error. Mientras el mundo se desmoronaba a su

alrededor, Nikki se puso de pie, mareada por las náuseas, y salió a toda prisa de la sala.

### **Episodio 3**

Lunes 4 de enero de 2010, por la tarde.

Piso de Pau Estellés.

Ciudadela, Menorca.

Pau había regresado a casa tras su discusión con Dylan y se había sumergido en el trabajo. Que Andy los hubiera oído había sido lo peor que podía suceder. Conociendo el genio de su sobrina, su reacción era imprevisible.

Se había puesto a hacer llamadas a las distintas agencias de empleo con las que trabajaba el grupo con la idea de empezar a entrevistar candidatos para sustituir a Andy. Estaba bastante seguro de que ahora, más enfada que nunca antes, era perfectamente capaz de dejarlos tirados sin preaviso, y eso era algo que no podían permitirse.

Pero en medio de la actividad en la que intentó sumergirse, Tina siguió siendo un pensamiento recurrente. No haber podido hablar con ella lo tenía en vilo. La razón podía ser el trabajo, pero también podía deberse a que hubiera hablado con Andy, estuviera al tanto de todo, y ya no quisiera verlo ni en fotos. Estaba acostumbrado a hacerle frente a las situaciones por más

duras que fueran, lo que no toleraba era la duda. Volvió a tomar el móvil, esta vez para hacer una llamada de naturaleza personal.

Nadie respondió.

Pau cortó y volvió a dejar el móvil sobre la mesa. Dio un sorbo a su *espresso* e hizo un gesto de disgusto. Estaba helado, pero era el tercero del día y no habría un cuarto. El menorquín exhaló un suspiro y continuó trabajando.

En Londres, Tina cerró la puerta de casa y se quitó el abrigo. Sacó el móvil y al ver de quién se trataba, dudó por un instante. Desde que había hablado con Andy, las ganas de decirle al más alfa entre los alfas lo que pensaba de él crecían imparables. Pero la conciencia de que era el tío de su mejor amiga y de que tenía que intentar evitar que la sangre llegara al río, crecían igual de imparables.

El sentido común volvió a ganar la mano. Tina dejó el móvil sobre la mesilla y siguió a lo que estaba.

En la casa de las hermanas Estellés, la familia estaba reunida en el salón. Incluso la más pequeña estaba allí, jugando con Danny en el sofá.

Anna, sin embargo, no se sentía del todo a gusto. Andy se había marchado por la mañana y desde entonces no habían vuelto a verle el pelo.

La había llamado varias veces, pero sólo había conseguido hablar con ella en dos ocasiones y en ambas su hija le había dado vagas razones que a Anna le

habían sonado a excusas. Volvió a echar un vistazo a la hora, y suspiró. Neus, que no había dejado de seguirla con atención, consciente de que algo le preocupaba y bastante segura de saber de qué se trataba, intervino.

—Estará con Dylan, Anna. Ya sabes que cuando el señor de los tatuajes está en la isla, tu hija se deja ver muy poco por aquí.

—Lo que no sé si es bueno o malo —intervino Roser.

—Calla, mujer, que si de ti dependiera, la niña no saldría a la calle hasta que encontrara a su príncipe azul, uno rico, educado, y por supuesto, menorquín. No te hagas ilusiones, no sé por qué me da que tendrás que conformarte con que su príncipe azul sea un armario tatuado y, encima, irlandés —dijo Neus, riéndose de buena gana del disgusto de su hermana.

—Yo no tengo tan claro que esté con Dylan. Él también me llamó, preguntaba por ella, y ahora que lo pienso, que no supiera que Andy iba camino de su casa, me resulta tan sospechoso como no haberle visto el pelo a mi hija en todo el día —repuso Anna. Y esta vez ya no sonreía.

—Que no, mujer, no seas tan dramática. La niña se lo está pasando en grande. Tú piensa eso y deja de preocuparte —sentenció Neus—. ¿No es cierto, Danny?

El joven, que hasta ese momento había estado abstraído jugando con la pequeña, alzó la cabeza y miró a su tía con cara de no entender.

—Seguro que Andy está con Dylan pasándose bien —repitió Neus mientras su ojo izquierdo repetía el guiño haciendo parecer como si tuviera un tic.

—Y qué sé yo. Mi hermana es más rara que un perro verde y él...  
Bueno, no hay más que verlo.

—Gracias, Danny. No sé qué haríamos sin tu ayuda —dijo Neus, reprendiendo a su sobrino de mentirijillas.

No sería su hijo, ni sus hermanas lo que consiguieran distraer a Anna, sino una llamada telefónica.

— *¿Cómo está la mujer más hermosa del mundo?* —oyó que Jaume le decía.

—Hola, qué sorpresa...

— *Dije que te llamaría* —repuso él.

—Hombre, acabas de marcharte...

La sonrisa de Anna era tan grande que Neus tocó el hombro de su hermana Roser indicándole con un gesto de la cabeza que la acompañara, e hizo otro tanto con Danny, quien tomó a Luz en brazos. Pronto todos abandonaron la habitación

La sonrisa de Anna se hizo más grande al escuchar sus risas.

— *Bueno, el que avisa no es traidor... Venga, cuéntame cosas...*

Ella se arrellanó en el sofá y se cubrió bien con la manta, pensando en lo agradable que resultaba escuchar su voz, grave y pausada.

—¿Que te cuente cosas? —Y se echó a reír contagiando a Jaume—. No me ha dado tiempo a tener cosas nuevas que contarte...

— *Entonces, cuéntame qué estabas haciendo.*

—No mucho, estoy aquí en mi sillón favorito, con mi manta favorita, y hasta hace un momento estaba acompañada. Pero, por lo visto, debe haber alguien regalando millones en la calle porque todos se han ido de repente, y me han dejado sola. Estaba leyendo. ¿Y tú? ¿Qué tal te ha ido con tu familia?

— *No ha estado mal. Se alegraron de verme, claro. Pero cuando les hablé de mi proyecto, como siempre, intentaron disuadirme. Les expliqué en qué consistía, les conté que tengo socios capitalistas y que el tema del dinero no sería un problema, pero no sé... Creo que están divididos, la facción más joven parece dispuesta a dejarse convencer. La facción menos joven no quiere saber nada del tema.*

—Te refieres a tu padre y a tus tíos...

— *Sí, y si te digo la verdad, contaba con eso. Habría sido bonito escucharles decir “¡adelante con eso, Jaume!”, que por una vez me animaran a sacar los pies del tiesto y hacer algo por mi cuenta, pero para los Mayol la empresa es mucho más que una forma de ganar dinero. No conciben que un miembro de la familia pueda tener otros planes que no*

*pasen por el astillero. Ya no hablemos si además se trata de crear otro astillero con un proyecto completamente diferente. En fin, no ha sido una sorpresa... ¿Y tu precioso patio? Imagino que ya estará acabado.*

—Sí, ha quedado fabuloso... Ese hombre es un manitas. ¿Sabes que puedo controlarlo todo desde mi móvil? ¡Estoy como una niña con zapatos nuevos! Ahora solo falta que instalemos la climatización en el patio y ya se podrá usar todo el año...

— *Cuánto me alegro, Anna. Y me alegro también mucho por tu hija, él me parece un buen hombre, alguien sólido, ya sabes... Quizás te dé la impresión de que me estoy anticipando, porque realmente la conozco hace muy poco, pero a pesar de su juventud, no me imagino a Andy con uno de estos muchachos de ahora, más preocupados por su atuendo o su corte de pelo... Necesita un hombre de verdad y ese señor irlandés lo es de los pies a la cabeza. Me cae muy bien, no puedo negarlo.*

La sonrisa de Anna daba dos vueltas enteras a su cabeza. Era lo que sucedía cuando alguien halagaba a alguno de sus hijos, y a Andy en especial, porque por cosas del destino, era de sus tres hijos quién había soportado la mayor carga. Y también le gustaba lo que decía de Dylan. Desde el primer momento había tenido la sensación de estar frente a un buen hombre, a pesar de su apariencia y de las habladurías, y le agradaba que Jaume opinara lo

mismo.

—Sí, lo es. Tienes razón en cuanto a Andy, no ha tenido muchos novios... Al menos, que yo conociera. Ha tenido sus amigos, claro, y yo creo que ha intentado llevar una vida normal, rodearse de gente de su edad, pero es como si, sin proponérselo, siempre acabara con gente mayor. Fíjate en Tina, es su mejor amiga. Hablando de Andy, imagino que debe estar pasándose muy bien porque se ha ido por la mañana y todavía no ha vuelto...

— *Seguro que sí. ¿Cuándo se marcha Dylan a Niza?*

—El domingo, es increíble lo rápido que pasa el tiempo...

— *Suenas preocupada. ¿Estás bien?*

—Sí... Bueno, es que me resulta raro que lleve tantas hora fuera de casa... Estoy mal acostumbrada. Desde que llegamos a Menorca, con eso de que todo está tan cerca, me he acostumbrado a que entre y salga a cada rato. La he llamado varias veces y me ha contado que está bien, que está en el gimnasio con no sé qué cosas pero, no sé, si está en el gimnasio no está con Dylan, y eso me resulta más raro todavía...

— *Venga ya, mujer* —la voz de Jaume le llegó suave y hasta cierto punto tierna. Él estaba sonriendo al hablar—. *Seguro que sabes lo que está sucediendo...*

—Pues no...

— *Habrán reñido. Es lo normal.*

Anna se quedó cortada.

—¿Reñir? No sé... Si siempre están acaramelados... —Y enseguida se dio cuenta de que lo que acababa de decir no tenía ningún sentido. Por supuesto que podían haber reñido. Y por supuesto que sería normal si eso hubiera sucedido—. Vaya, claro... No se me había ocurrido pensar en eso. Es que siempre parecen tan a gusto el uno con el otro... No puedo imaginarlos discutiendo.

— *Pues ahí lo tienes. ¿Ves? En algo te he aliviado llamándote, te he dado una explicación en la que no habías pensado. Seguro que tendrá que ver con algo de eso y tu hija, muy inteligentemente por cierto, ha preferido darte excusas para que no te preocupes. Todas las parejas tienen riñas aunque a ti te parezca tan raro. Hasta nosotros las teníamos, ¿recuerdas?*

Después de un buen rato conversando, Jaume se despidió con un “hasta mañana”. Si de él hubiera dependido, se habría quedado hablando el resto de la noche, pero tampoco quería resultar un pesado.

—¿Vas a llamarme mañana otra vez?

— *Claro. ¿Te parece bien?*

Una sensación extrañamente agradable invadió a Anna y una sonrisa apareció en su rostro. Agradeció estar sola y que nadie la viera porque, de

otra forma, las bromas no tendrían fin. Le gustaba la atención que Jaume le brindaba y no porque no se sintiera atendida, todo lo contrario. Pero la suya era una clase diferente de atención, la de un hombre hacia una mujer con la que tenía una historia en común, y le resultaba tremendamente reconfortante.

—Sí, es muy agradable saber que mañana hablaremos otro ratito —  
admitió.

En la isla vecina, Jaume no pudo evitar un gesto de victoria. Cada pasito que lo acercaba a ella era importante y este era un gran paso; que Anna admitiera que veía de buen grado que la llamara a diario era una forma de admitir que deseaba que él siguiera dándole atenciones. Un gran paso, sin duda.

— *Me encanta oír eso. Hasta mañana, entonces. Te mando un beso.*

Poco después de que Anna acabara su conversación con Jaume, como por arte de magia, todos los que habían huido del salón, regresaron. Y a renglón seguido, la razón de sus desvelos hizo su aparición triunfal acompañada de su príncipe azul, repartiendo besos y carantoñas.

Anna los observó con disimulo. Parecían los mismos de siempre, habían entrado tomados de la mano, después de los saludos y las gracias a la pequeña Luz, se habían sentado uno junto al otro. El brazo de Dylan reposaba sobre el borde del sillón, y la mano de Andy, como era habitual, descansaba sobre la rodilla masculina. Todo parecía como siempre, pero había algo

diferente en el lenguaje corporal, que le confirmó que Jaume estaba en lo cierto. Habían reñido. Le provocó cierta ternura pensarlo, pero como no quería parecer la típica suegra metomentodo, apartó la vista con disimulo y volvió a centrarse en lo que decía Andy en aquel momento.

—¿Sabéis de lo que nos hemos enterado? Parece que Conor ha tenido un accidente... ¿Te acuerdas de él, mamá?

—Ay, pobre... ¿Y cómo está? —dijo Anna

—No sabemos nada, porque nos enteramos a raíz de un mensaje que mi ex jefe le envió a Dylan, pero no hemos conseguido hablar con él —repuso Andy buscando la confirmación con Dylan.

—No —dijo él—. Su móvil no deja de comunicar, le envíe un mensaje pero todavía no ha respondido.

—¿Pero fue un accidente de moto? —quiso saber Anna.

—Imagino que sí. Aunque lo único que sabemos es que lo han llevado al hospital... Esperemos que esté bien.

—¿Conor es ese muchacho...? —dijo Neus, y no completó la frase porque enseguida se dio cuenta de que hacerlo habría sido una metedura de pata. Pero su sonrisa la traicionó.

—Sí, a tu sobrina no le gustan normales. O están cubiertos de tatuajes como si fueran *yakuzas* o llevan esas trenzas en el pelo que sólo de verlos me da repelús... —intervino Roser.

Dylan soportó el comentario estoicamente. Que Conor hubiera tenido un accidente le preocupaba y también le preocupaba no tener noticias, pero nunca lo había querido como tema de conversación. Además, aunque eso que las parejas llamaban “hacer las paces” estuviera en curso, todavía seguía teniendo un regusto amargo por lo sucedido. A pesar de que habían aclarado posiciones, a pesar de que Andy ya no estaba dando la callada por respuesta, él no se había quedado a gusto. Consciente de que la atención de todas las mujeres estaba sobre él, decidió que lo mejor era quitarse de en medio.

Dylan se puso de pie. Andy lo miró algo sorprendida.

—Hoy mi lado chef ha salido a relucir, así que, con vuestro permiso, me voy a cocinar para las damas.

—Pero si la cena ya está hecha... —intervino Roser que al instante se ganó un codazo de parte de su hermana.

—Claro, Dylan... Aduéñate de la cocina y maravilla nuestros paladares.

Las damas estaremos encantadas —dijo Neus.

—Uy, qué bien... ¿Podemos saber lo que vas a hacer? —lo animó

Anna, siguiéndole la corriente a Neus.

Dylan, que ya estaba en la puerta, se volvió con una sonrisa que le costó más de lo esperado poner.

—Lo siento, señoras. Tendréis que esperar para averiguar eso.

Cuando él desapareció de la estancia, todas las miradas se volvieron

hacia Andy. Lo hacían con disimulo, pero a ella no le preocupaban las miradas. Le preocupaba él.

La muchacha también se puso de pie.

—Bueno, parece que me toca trabajar... Un chef siempre necesita ayudantes —dijo Andy sin mirar a nadie, y se fue tras él a la cocina.

Se detuvo junto al marco de la puerta sin decir nada. Después de atarse el delantal, Dylan disponía los utensilios aparentemente concentrado en lo que hacía. Para Andy aquel había sido un mal día. Y más allá de la responsabilidad que su tío tuviera en el asunto, tenía que reconocer que, en parte, también había sido suya. Sentirse defraudada, saber que él se había callado cosas... Seguía sin gustarle que hubiera procedido así, pero ahora, varias horas más tarde, no sólo podía entender que lo hubiera hecho, también tenía que reconocer que ella misma lo hacía constantemente. ¿Cuántas cosas no le había dicho a su madre sólo por protegerla, sólo por evitarle sufrimiento?

Andy avanzó hasta él en silencio y le rodeó la cintura con los brazos.

Apoyó la mejilla contra su espalda y cerró los ojos, sintiendo cómo la invadía un sentimiento de paz. Dylan, que no la había oído entrar, se sorprendió, pero enseguida respondió a sus muestras de afecto, acariciando las manos que se entrelazaban sobre su estómago.

—No te oí llegar —susurro él.

—Perdí los nervios y lo siento muchísimo, Dylan.

Él respiró hondo. De pronto, se sentía ligero, a gusto, relajado. Volvía a tener la sensación de que su vida era completa y no pudo evitar pensar en lo importante que esa mujer menuda, que apenas le llegaba al pecho, se estaba volviendo para él.

—Lo sé. Pero gracias por decírmelo.

Él se volvió despacio y puso los brazos de Andy alrededor de su propio cuello, la estrechó fuerte, y buscó su mirada.

—Estoy loco por ti. Totalmente loco.

Ella le obsequió la mejor de sus sonrisas.

—Lo sé. Pero gracias por decírmelo —repuso con sensualidad.

Y un beso de película rubricó el momento, confirmando que la pareja había hecho las paces.

Dado que no podía quitársela de la cabeza aunque quisiera, Pau volvió a intentarlo con Tina. Y otra vez acabó dialogando con su buzón de voz, tras lo cual dejó el móvil sobre la mesa con brusquedad y se sirvió el cuarto *espresso*.

Aquel asunto empezaba a enervarlo porque desde que había conseguido hablar con ella, habían pasado varias horas y que ni siquiera respondiera a sus

mensajes, no le gustaba. Pero entonces, el aparato volvió a sonar. El corazón de Pau se aceleró cuando vio el nombre que parpadeaba en la pantalla y, de pronto, se sintió como un flan. Atendió con una sonrisa.

—Hola, Tina, parece que no nos encontramos hoy... —Fue todo lo que consiguió decir antes de que ella empezara a hablar.

— *¿Y que no haya respondido a tus mensajes ni a tus llamadas no te parece todo un mensaje en sí mismo? Mira, no sé qué bicho te ha picado*

*conmigo. Porque, que yo recuerde y tengo muy buena memoria, llevas años pasando por mi lado sin prestarme atención. Y está bien, oye, lo entiendo.*

*Que sea la mejor amiga de tu sobrina no implica que yo tenga que gustarte.*

*Claramente, no doy el tipo. —*

*Tina enseguida se arrepintió de haberlo dicho y continuó hablando aún más rápido que antes—.*

*Lo que no entiendo es que, de*

*pronto, parece que no puedas vivir sin mí. Es evidente que tampoco eres*

*como el común de los mortales, ya que no entiendes el mensaje implícito en*

*que alguien no responda a tus llamadas, así que te lo voy a decir claro: somos dos personas totalmente diferentes. Para ti, todo vale cuando se trata de tus intereses. Para mí, importan las personas. No somos compatibles. Esto quiere decir que ni he atendido tus llamadas ni atenderé las que hagas en el futuro. No sé si me he explicado con claridad...*

*Pau tardó unos segundos en recuperarse del shock.*

*—Escucha, Tina... Somos mucho más compatibles de lo que tú crees, y en cualquier caso lo que dices no es correcto. Hay decisiones que tomo como empresario, y muchas otras que tomo como persona. En cualquier caso, ninguna de ellas está en tela de juicio ahora, ¿o sí? Me interesas, creo que te lo dejé claro cuando estuviste aquí y...*

*— No, escucha tú. Me dan igual tus razones y me da igual lo que digas.*

*Para que haya una relación es necesario dos personas interesadas en mantenerla y yo no tengo ningún interés en mantener una relación contigo.*

*Del tipo que sea. Ningún interés, ¿me explico?*

Como si las cosas no estuvieran ya lo bastante mal, en medio de su confusión y de su disgusto, Pau vio que su hija entraba corriendo en la cocina con su habitual “¡hola, papi, papi, papi, ya estoy aquí!”, seguida por uno de sus abuelos. Concretamente, su madre, por lo que además ese momento tan sumamente incómodo, sería público.

—Tina, no estás siendo razonable... —intentó decir, pero no consiguió acabar la frase ya que su interlocutora volvió a tomar la palabra y esta vez fue definitiva.

— *Y tú parece que no me estás escuchando. Así que te lo voy a decir una última vez. No quiero que me llames. No voy a atender ninguna de tus llamadas. Y cuando yo digo que no es no.* —Tras lo cual, cortó la comunicación.

El rostro del menorquín pasó del rojo al violeta en fracción de segundos.

Y como no tenía ningún sentido fingir que no sucedía nada, se limitó a dejar el móvil sobre la mesa y puso su atención en la pequeña, que ahora se abrazaba a sus piernas alegremente.

—¡Hola, preciosa, ¿te lo has pasado bien con los abuelos?! Qué bien que ya estés en casa con papi... —exclamó tomándola en brazos.

Muy pronto, padre e hija conversaban, aparentemente ajenos al mundo.

Pero no estaban solos, Lucía Oriol estaba allí, contemplando la escena

muy interesada. Desde el principio había tenido la sensación de que la conversación que su hijo mantenía, aunque ignoraba con quién, no era una conversación relajada. Al entrar en la estancia tuvo claro que su interlocutor llevaba la voz cantante en lo que fuera que estuvieran discutiendo. Y si ya le resultaba extraño pensar que, por una vez, no era su hijo quien llevaba la voz cantante en una conversación, descubrir, cuando él la llamó por el nombre, que se trataba de la amiga de Andy, le pareció sumamente curioso. Que ella le interesaba, a Lucía le había resultado evidente en Nochevieja. Sabía perfectamente que el tiempo que Pau le había dedicado a la joven de rasgos exóticos, no tenía nada que ver con ser el anfitrión. Lo sucedido en días siguientes, aunque él no hubiera hablado del tema ni ella se lo hubiera preguntado, no había sino confirmado el interés de su hijo por ella. Por último, la discusión, que no se suponía que ella hubiera escuchado, le decía alto y claro algo que como madre llevaba esperando desde la adolescencia de su hijo: Pau había encontrado la horma de su zapato.

En Londres...

Nikki no había dejado de llorar en ningún momento. Sin embargo, no parecía dispuesta a cambiar la decisión que había tomado en su momento y Fred acabó despidiéndose de ella sin añadir más leña al fuego.

—¿Siguen sin decir nada? —le preguntó a su consuegro, aunque la expresión de su rostro había respondido a su pregunta hacía ya rato.

Lo vio afirmar con la cabeza y su preocupación le resultó incluso dramática. Cada minuto que pasaba, la tensión crecía en relación inversamente proporcional a la esperanza.

—¿Has podido hablar con Nikki? —Fred asintió con la cabeza—. ¿Y, cómo están las cosas?

La verdad era que a pesar de su llanto, Nikki no le había dado la impresión de estar dispuesta a mover ficha. No podía culparla, ya que razones no le faltaban, pero, de alguna manera, había albergado la esperanza de que este suceso volviera a reunirlos. Por desgracia, no había sido así. Nikki estaba destrozada, pero no había dicho que vendría.

—Está complicado, Owen.

—¿Lo dices en serio? ¿No va a venir?

Fred sacudió la cabeza contrariado.

—Te entiendo, créeme. Pero también entiendo a mi hija. Por lo visto, las últimas palabras que guarda de él no son buenas.

Cuando Fred pronunció en voz alta las palabras del mensaje que Conor le había enviado a su novia, la reacción de Owen fue echarse las manos a la cabeza.

Ni en un millón de años lograría entender que alguien que amaba a una mujer pudiera hacerle semejante regalo de despedida. Ni que decir que ese alguien fuera Conor.

## **Episodio 4**

Lunes 4 de enero de 2010, por la noche.

En un hospital londinense.

A las diez de la noche, en la sala de espera del hospital la lista de gente preocupada no paraba de crecer. Los amigos del club de moteros Los MidWay Riders y compañeros de Conor estaban allí: Dakota, Evel, Niilo con sus respectivas acompañantes. Incluso Ike, el secretario de los MidWay Riders, que había llegado solo. Formaban corrillo e intentaban animarse mutuamente con sus típicas conversaciones de moteros. La madre de Conor seguía tan afectada por la falta de noticias que pasaba de la gente y era Owen quien se ocupaba de las cortesías. Fred se había presentado como el padre de la novia de Conor y había soportado estoicamente algunas miradas reticentes, uniéndose a la conversación con el mejor ánimo posible.

—Yo, con perdón de los moteros aquí presentes, debo decir que odio las motos y en días como estos mucho más —comentó Fred, de buen talante.

Owen ratificó lo dicho por su consuegro.

—Ya somos dos. Si de mí dependiera, hace mucho tiempo que le habría prendido fuego a esa Harley.

Evel que estaba junto a Owen, palmeó su hombro afectuosamente.

También había escuchado ese tipo de comentarios muchas veces.

—En su defensa, diré que encima de una moto sabe lo que se hace —  
intervino Dakota para calmar los ánimos con su estilo macarra—. Es en lo  
único, porque en lo demás no se encuentra el ombligo en el medio de la  
panza, pero en la moto sí. Es un campeón. Además, es de los que no van ni  
hasta la esquina sin ponerse el equipo completo. Es un tío listo.

El comentario de Dakota fue muy bien recibido por todos los presentes,  
arrancó una sonrisa al padre de Conor, lo que no era poco dadas las  
circunstancias, y Fred también asintió, dándole la razón.

—Ya lo creo —confirmó Evel.

—Es cierto. Conduce con cabeza y hoy llevaba el equipo completo,  
como siempre —intervino Niilo, que de pronto se sintió aliviado al tomar en  
cuenta esos puntos que sumaban tanto en los accidentes de moto.

Owen miró al compañero de trabajo de su hijo, de quien él le había  
hablado innumerables veces, y asintió con la cabeza.

—Gracias, Niilo. Tienes razón. Qué alivio.

En momentos como aquel todo contaba. Cualquier observación,  
cualquier detalle, cualquier cosa que aportara un poco de esperanza era de  
agradecer y a Niilo le gustó saber que su comentario había contribuido a eso.  
Entonces, por fin apareció un médico y todas las miradas se centraron  
en él.

—¿Señores Finley?

—Sí, somos nosotros. ¿Como está Conor? —dijo Susan.

—Acompañenme, por favor.

Los padres de Conor se habían ido con el médico, y de eso ya hacía un buen rato. Las conversaciones se reiniciaron poco después, más como una forma de combatir el nerviosismo que por interés de cháchara. Fred Campbell se había alejado para hacer unas llamadas, y el tesorero de los MidWay Riders aprovechó para hacer la pregunta que a todos les rondaba por la cabeza.

—¿La novia de Conor sabe que él está aquí?

—Sí, creo que su padre ha estado hablando con ella... —dijo Evel mirando a los demás en busca de confirmación.

—Yo no tengo ni idea —respondió Dakota—, pero si su viejo está aquí, lo normal es que le haya avisado.

—Tanto como normal... —intervino Ike nuevamente—. Porque si ella lo sabe y no está aquí... Lo normal sería eso ¿no?

—No, eso sería meter las narices en donde no debemos —repuso Evel

—. Quizás está en camino. O quizás se han peleado y no viene. No es asunto nuestro.

—Hombre, por lo que sé llevan juntos desde que eran niños. Si no está

aquí es para matarla —dijo Ike—. Aunque, ahora que lo dices, la última vez que vi a Conor no estaba nada bien.

Dakota y Evel intercambiaron miradas. Ver a Ike y estar bien eran opuestos irreconciliables. Evel no pensaba decir tal cosa, pero Dakota no se cortó.

—Y seguramente tú tendrías algo que ver en eso, ¿no te parece? No le caes bien a la gente, tío —dijo Dakota haciendo que Tess se sonrojara y mirara para otro lado incómoda por esa sinceridad de la que siempre hacía gala en los momentos menos oportunos. Dakota la apretó contra sí cariñosamente.

—¿Qué? Es la verdad —se defendió.

Tess miró a Ike y comprobó que no le había gustado nada aquel comentario.

—Ya, cariño, pero no hace falta que lo digas.

—Ya lo creo —intervino Evel, y no se explayó porque con Maverick habían acordado no decirle a Dakota que Ike había vuelto a aparecerse por el MidWay en compañía de Chelsea, y no quería delatarse.

—Bueno, no sé, si saliera con una chica y me pasara algo, esperaría verla junto a mi cama de hospital al despertarme. Y no creo que Conor sea tan diferente a mí.

Niilo había presenciado en silencio el intercambio de opiniones sobre

un tema que claramente no les incumbía. Pero ya estaba bien.

—Y digo yo, ¿qué os parece si dejáis el tema, tíos? —intervino—. ¿A qué hemos venido aquí? Lo que importa es que Conor se recupere. Ya se encargará él de resolver sus asuntos sentimentales cuando esté en condiciones.

—Vale, vale, tío... Era un comentario —se defendió Ike.

—Sí, un comentario fuera de lugar —sentenció Niilo.

Evel intervino para calmar los ánimos.

—Bueno, venga, tranquilos todos. Por favor, no añadamos más historias a este momento.

Por suerte, las chicas se habían ofrecido a traer café para todos y pronto regresaron repartiendo pequeños vasitos.

—Toma, aunque supongo que ahora te vendría mucho mejor un vodka doble —dijo Amy entregándole a Niilo su café.

Él sacudió la cabeza incrédulo por cómo se estaban desarrollando las cosas. No sólo por Conor, también por Amy y él. No podía creer que un día de cita hubiera acabado de esa forma.

—Tienes razón. No estoy en mi mejor día y no sabes cuánto lo lamento... Conor es un buen tipo y me jode muchísimo lo que le está pasando —admitió el motero.

Amy lo miró con cariño y cierta admiración. Le gustaba ir descubriendo

lo que se escondía detrás de aquel rostro supermasculino.

—No lo lamentes por mí. Te lo digo en serio. Es en momentos como este cuando las personas muestran de qué madera están hechas y la tuya, chico, es de primera. Tú sí que eres un buen tipo —repuso Amy.

Niilo se quedó cortado. Agradablemente cortado.

—Mmm, no sé yo si ese es el mejor calificativo para decirle a un hombre en una primera cita.

La pareja intercambió miradas pícaras y Amy acabó riendo. En realidad, se reía de sí misma, porque él acababa de dar en el clavo otra vez. En otros tiempos, probablemente no habría sido un buen calificativo. En esas épocas, Amy no buscaba un “buen tipo” sino un buen candidato con quien tener una noche loca. Ahora las cosas eran muy diferentes. Y él, definitivamente, le gustaba.

Amy frotó el brazo del motero en lo que a él le pareció una caricia encubierta que le puso el corazón a latir aceleradamente.

—Segunda cita —lo corrigió.

Y fue ese tono de voz, a mitad de camino entre un flirteo y un avance sensual, lo que le confirmó a Niilo que el contacto físico había sido, en efecto, una caricia.

En un barrio exclusivo de Londres.

Harley se llevó una sorpresa al ver el sitio que Brandon había escogido para la cena. Ubicado en el corazón de un barrio caro de la ciudad, el local mezclaba modernidad y lujo dado que tenía aparcacoches y portero. Pensó por un momento en cuánto le gustaba Londres y cuánto había llegado a detestar estar allí. Pero, en muchos sentidos, lo echaba de menos.

Cuando ya había llegado a la puerta del restaurante y el portero le estaba abriendo amablemente la puerta, una limusina negra se detuvo frente al local y de ella emergió, cual estrella de cine, un rubio alto y fornido, completamente vestido de negro. Harley lo recibió con una sonrisa y una observación.

—Llegas tarde —le dijo con guasa.

Sus varoniles labios realzados por un carmín de color burdeos oscuro, casi negro, se curvaron en una sonrisa galante.

—Tú también —repuso él.

Ambos rieron y ella continuó.

—Aunque, que yo recuerde, tú eres bastante irritante con eso de la puntualidad. ¿Esto no será una cita y yo no me he enterado todavía? —soltó Harley con toda su espontaneidad.

—¿Quieres decir que ese tremendo escote que llevas no es para mí? —repuso él, siguiéndole el juego.

—¿Tú qué crees?

Los dos intercambiaron miradas cargadas de picardía. Él le ofreció su brazo con galantería.

—Convengamos en que sería un poco... perturbador —dijo BBCox mientras la miraba sonriente—. Que yo recuerde me tienes por gay.

La pareja conversaba mientras se dirigía hacia la mesa dispuesta para ellos, acompañados del metre. Harley rió al recordar la observación que databa de hacía años.

—Cierto. También recuerdo que pensaba que era una auténtica putada

—Harley sonrió con sensualidad y añadió—: *Es.*

BBCox asintió caballeroso al cumplido. Interiormente, su corazón acusó recibo lanzándose a latir como un loco.

El lugar estaba concurrido. La media de edad rondaba los treinta y el tipo de público era diverso.

Dado que los dos miembros de la pareja eran llamativos, varios ojos seguían con atención lo que sucedía en la elegante mesa situada junto a uno de los ventanales.

Harley siempre llamaba la atención. No sólo tenía que ver con su aspecto, también con su carácter y con la energía que fluía de ella; la sensación de sentirse a gusto consigo misma que hacía inevitable que

repararan en ella.

Brandon Baxter-Cox era un personaje en sí mismo, daba igual si vestía de persona normal o, si como hoy, sacaba del armario al famoso tatuador. Su cuerpo fornido y su cara rabiosamente varonil atraía todas las miradas femeninas. El personaje que había creado para sí, el que se hacía llamar BBCox, con su indumentaria mezcla de gótico y *steampunk*, su cabello rubio enlazado en una coleta baja sujeto con una cinta de terciopelo negra, y su rostro íntegramente maquillado, cautivaba a hombres y mujeres por igual. Ajenos al interés que despertaban, Harley y BBCox conversaban animadamente. Después de un breve intercambio de información acerca de cómo les habían ido las cosas mientras él estaba en Estados Unidos y ella a cargo de su estudio del Soho, Brandon dirigió la conversación hacia el punto de interés.

—Hablemos de negocios, ¿te parece bien?

Harley se pasó la servilleta por los labios, bebió un buen sorbo de vino con actitud teatral y volvió a dejar la copa. A continuación, apoyó los codos sobre la mesa y lo miró con una sonrisa.

—Soy toda oídos.

Durante los siguientes minutos, Brandon le explicó que debido a cuestiones familiares que no detalló, necesitaba tomarse uno o dos años sabáticos. Entendiendo por sabático, reducir sus actuaciones internacionales.

No podía deshacerse de todos los compromisos adquiridos, pero en algunos era posible que otra persona tomara su lugar.

—Como te imaginarás, no puedo proponer a cualquiera, pero he pensado que tú podrías encajar... Si te interesa, claro. Tendrías que dejarte ver conmigo en los círculos europeos primero, quizás yendo juntos a un par de festivales. Ayudándome en las actuaciones. —Brandon alzó la vista para verificar qué aceptación tenía la idea y le encantó descubrir que ella no sólo lo escuchaba atentamente, sino que además sonreía—. Tú como invitada mía, por supuesto, no sueñes con que vas a tocar mi máquina.

—No puedo prometerte que no lo vaya a intentar —repuso ella, riendo. Y no sólo reía porque estaba feliz ante la perspectiva económica que se abría ante ella, sabiendo que llegar a fin de mes ya no sería un problema, también le encantaba la propuesta. Siempre habían conectado muy bien. Tanto a nivel artístico como a nivel personal. A pesar de que eran dos personas con carácter fuerte y en más de una ocasión chocaban, él la inspiraba. Siempre la había ayudado a crecer profesionalmente. Él parecía haberse recuperado del disgusto por el estúpido error que ella había cometido con aquel patrocinador, la historia parecía haber quedado atrás y lo que se abría ante sus ojos era un año de bienestar económico y éxito profesional. Mejor imposible.

—Sonríes, así que supongo que mi propuesta es de tu agrado, pero me gustaría oírtelo decir.

—Me encanta tu propuesta, Brandon. Poder colaborar contigo es un honor para mí. Esto ya lo sabes, pero te lo repito porque sé que te encanta que te halaguen —repuso ella con su tono sensual habitual.

Notó que él la miraba con cara de hombre vanidoso al que acaban de alegrar la noche, y no pudo evitar echarse a reír.

En efecto, Brandon había recibido con gran satisfacción sus alabanzas.

Y no sólo porque fuera de la clase que agradecía ese tipo de cumplidos, también porque venían de ella. Harley siempre había sido alguien especial para él.

—Muy bien. Entonces, tenemos un acuerdo. Y como también me gusta halagarte los oídos porque sé que te encanta, te diré que esta noche estás espectacular. Algo de lo que, evidentemente, no sólo yo soy consciente —dijo varonil al tiempo que le señalaba con la mirada al treintañero de la barra que no le quitaba los ojos encima.

Harley echó a reír al tiempo que sacudía la cabeza ligeramente.

—Que va, Brandon. Esta vez, el tanto es todo tuyo —repuso ella. Y señaló con sus ojos a un Adonis moreno con pinta de modelo de Armani que estaba devorando al tatuador con los ojos.

Brandon se quedó cortado. Un agradable cosquilleo lo recorrió de la

cabeza a los pies ante algo que fue como una especie de revelación. Recordó que la primera vez que ella había insinuado algo parecido, él lo había tomado a broma. Ahora, sin embargo, después de siete años y toda el agua que había corrido bajo el puente, estaba claro que no se trataba de ninguna broma. Invadido por una renovada energía, BBCox levantó su copa y tocó la de Harley.

—¡Por un feliz y próspero 2010, princesa!

Mientras tanto, en la sala de espera del hospital...

Tras hablar con el médico, Owen dejó a Susan en la planta esperando que le permitieran ver a su hijo, y regresó para informar de las novedades a los amigos y familiares allí presentes.

—Bueno, al fin tenemos noticias y son mucho mejor de lo esperado.

Fred expresó el gran alivio que sentía abrazando a su consuegro.

—Qué buena noticia. No sabes cuánto me alegro. Ahora sólo se trata de que Conor se recupere...

—¿Pero cómo está, está bien? —intervino Niilo

Owen comenzó a explicar lo que les había dicho el médico.

—Está bien, bueno... No fue nada para lo que podría haber sido, pero necesitará quedarse aquí unos cuantos días. Además, quieren tenerlo en observación —reconoció, aliviado—. Hay una herida abierta en el muslo

izquierdo que se hizo al chocar contra la marquesina, golpes por todo el cuerpo y muchas abrasiones, especialmente en los brazos y en la pierna derecha porque parece que recorrió varios metros sobre ese costado del cuerpo contra el asfalto. Pero le han hecho una resonancia y, de momento, no han encontrado nada más.

El alivio era tal que podía sentirse en el ambiente. Hubo risas, abrazos y pronto comenzaron las bromas.

—¿Y por qué tardaban tanto en dar noticias? —preguntó Evel.

—Por lo visto, la herida en la pierna afectó la arteria femoral y tuvo un gran hemorragia. Perdió mucha sangre... El equipo de emergencia que lo trajo dijo que Conor había tenido mucha suerte de que un motorista que se detuvo al ver el accidente, se acercara a ayudar. Era médico y le dio los primeros auxilios.

—Es que esa es la suerte que tenemos los moteros —intervino Niilo animado, bajo la mirada de Amy—. Somos un colectivo muy solidario y si vemos a un colega en problemas, no nos acercamos a curiosear, vamos a ayudar. Ya lo creo que ha sido una suerte, seguro que, de otra forma, las cosas habrían sido muy distintas... ¡Si es que ser motero es lo mejor del mundo! —exclamó de pura alegría. Y enseguida se sumaron varias manos que chocaron los cinco con Niilo, tan alegres como él de que lo de Conor

hubiera quedado en unos cuantos golpes y una cicatriz.

En medio de la algarabía, Evel reparó en la joven vestida de negro con gafas oscuras que acaba de entrar en la sala. Codeó a Niilo.

—¿Esa no es Nikki?

Pálida bajo la luz de los fluorescentes, con su cabello plagado de mechass sujeto en una coleta, y su inconfundible estilo de vestir ultramoderno y muy femenino era la mismísima Nikki Campbell en persona.

—Sé de un motero que va a salir de la anestesia en tiempo récord — repuso Niilo con una sonrisa.

—¡Nikki, cariño...! —exclamó Fred al verla.

Un instante después, padre e hija se fundieron en un abrazo.

## **Episodio 5**

Lunes 4 de enero de 2010, por la noche.

En un famoso horno de Brick Lane,

Londres.

Dado que el paciente no podía recibir visitas, los moteros se marcharon del hospital. Demasiado tarde para casi todo, Niilo le propuso a Amy una cena sorpresa. Los dos llevaban a café desde el mediodía, y el cuerpo les pedía algo de combustible para seguir funcionando. Sentada de copiloto en su Harley Davidson, lo vio atravesar media ciudad y detenerse en Brick Lane,

frente a una tienda atestada de gente. *Beigel Bake* permanecía abierto las veinticuatro horas desde su fundación, en 1974, y allí podían degustarse beigels horneados al estilo tradicional judío con distintos rellenos. Era el punto de encuentro de noctámbulos, taxistas y, cómo no, turistas. Amy recordaba haber estado allí apenas un par de veces en toda su vida, ambas cuando era adolescente, y le pareció increíble que él lo hubiera escogido como opción aquella noche.

Él pidió un beigel relleno de salmón y ella uno de carne con pepinillos y mostaza, y mientras se los comían de pie, no paraban de reír y de coquetear, cada cual a su estilo.

—No puedo creer que me hayas traído a este sitio. ¿Eres judío?

—No, soy un motero hambriento —repuso él, muerto de risa.

Amy bebió un sorbo de su refresco de lata. Estaba feliz de estar allí, ese lugar le traía tantísimos recuerdos.

—Creo que tenía dieciséis años la última vez que estuve aquí —admitió ella.

—Pues yo no hace ni un mes... No siempre me apetece una cena en toda regla, ¿sabes? A veces, me gusta circular por Londres de noche, me encanta esta ciudad después de que se encienden las farolas, y cuando me entra hambre, vengo aquí.

—Me parece una idea fenomenal. Me encantan los beigels y es justo lo

que me apetecía comer.

—Entonces, me alegro de haber acertado... Ha sido un día complicado.

Me alegra que por lo menos el final, que es lo que recordarás, te pille con el estómago lleno y una buena sensación en el cuerpo.

Amy le obsequió una sonrisa y no dijo lo que estaba pensando en ese momento porque no quería adular su vanidad demasiado pronto. No había sido una típica cita. En realidad, hasta el momento, nada había sucedido estando con él de la forma que había sucedido cuando estaba con otros. “Lo típico” parecía no tener cabida cuando se trataba de Niilo y eso le gustaba.

Amiga de fiestas desde la adolescencia, tenía que reconocer que estos encuentros empapados de realidad de Niilo la cautivaban porque él se mostraba sin filtros, permitiendo que lo conociera de una forma que jamás había llegado a conocer a ninguno de los hombres que habían pasado por su vida. Y lo que descubría, le gustaba muchísimo.

—No sólo me alegra, estoy alucinada. Me alucina pensar que mi segunda cita contigo tiene lugar en una panadería comiendo una cena de tres libras. Chico, eres un campeón —dijo Amy, y consiguió que Niilo sintiera que aquel día espantoso, al fin de cuentas, acabaría por resultar uno de los mejores de su vida en lo que al tema romántico se refería.

Tras su cena, Niilo la había conducido hasta el aparcamiento en el Soho

donde ella había recogido su Mini y se habían despedido, esta vez con un abrazo.

En el fondo, no era como ninguno de los dos habría esperado que aquella noche acabara, pero, por otra parte, la experiencia de los momentos que habían compartido les había dejado con la sensación de que aquello había sido mucho más que una cita, que habían compartido cosas importantes.

Pero cuando Amy aparcó frente a su casa, lo vio detener su moto junto a ella. Sin bajarse ni apagar el motor, Niilo levantó el visor del casco y empezó hablar al tiempo que se reía.

—No te preocupes, no pasa nada...

—No acostumbro a traer hombres a mi casa en la segunda cita, motero

—dijo ella, risueña.

Los dos rieron. Amy porque mentía. Con descaro, además. Niilo de pura incredulidad ante lo que acababa de hacer.

—Me lo imagino —repuso él—, pero aunque no lo creas, y que conste que no te culparía si no lo haces, he venido para asegurarme de que llegabas a casa sana y salva. No suelo ser así, pero lo de Conor me ha trastocado un poco, y creo que no soportaría otra mala noticia esta noche. No me lo tengas en cuenta, ¿vale?

Amy se quedó mirándolo con curiosidad. Normalmente, no le habría creído. Si eso lo hubiera dicho cualquier otro hombre del universo, ella se le

habría reído en su cara. Pero no era cualquiera otro hombre, era él, el Caballero Jedi. No se había bajado de la moto, no había apagado el motor, ni siquiera se había quitado el casco. No hacía el menor ademán de intentar que ella, aunque fuera por gentileza, lo invitara a su casa. ¿Hasta qué punto era realmente así?, pensó.

—¿No quieres subir conmigo? —ofreció ella, tanteándolo con desparpajo.

Niilo soltó una carcajada.

—¡Claro que quiero, ¿estás de broma?! No sabes las ganas que tengo...

—hizo una pausa y miró hacia otra parte—. Me encantaría subir, esa es la verdad. Y cualquier otro día aceptaría tu invitación corriendo... Qué digo corriendo... ¡Volando! Pero hoy... Hoy soy medio hombre, apenas rozo el cincuenta por ciento de mí, y tú te mereces el cien... Los dos nos lo merecemos... Si me dices que me lo tendrás en cuenta, subiré. Pero me encantaría que me dijeras que no te importa que hoy me vaya.

La pareja permaneció mirándose. Él, intentando capear su propia desazón como mejor podía. Ella, alucinando cada vez más. La verdad era que Amy también se moría por que él subiera. La verdad era que desde hacía cuatro días él se las había arreglado para ocupar un espacio cada vez mayor en sus pensamientos. *La verdad era que cada vez que él había movido ficha,*

*la había dejado más cautivada, más interesada, más convencida de que de verdad era tan único y tan especial como le había parecido.* Y ahora, con su declaración de intenciones, y a pesar de lo frustrante de la situación, había conseguido hacerla sentir la Octava Maravilla del Mundo.

—No me importa, Niilo. —El motero exhaló un suspiro de alivio, haciéndola sonreír.

—Gracias, te lo compensaré con creces. Te lo prometo.

Amy se acercó. Apoyó su mano sobre la pierna del motero y alzó la vista hasta él.

—Si te quitas el casco, puedo darte un beso de despedida. Ya sabes, para animarte en el viaje de regreso.

El estremecimiento de Niilo fue grande y evidente.

—Si me quito el casco, no me iré —repuso él.

Y esta vez quien se estremeció fue Amy.

Madrugada del martes 5 de enero de 2010.

En un hospital de la ciudad.

Londres.

Aún era noche cerrada cuando Nikki reapareció en el hospital acompañada de su padre. Solamente un familiar podía permanecer en la UCI y Susan estaba tan alterada, que el padre de Conor y su propio padre la había convencido de que lo mejor para evitar problemas era que viera a Conor en el

turno de Owen. En otras palabras, que lo viera a escondidas. De esa forma, todos ganaban y ella podía pasar un rato sin sobresaltos con él antes de regresar a Ginebra en el vuelo de las 7:00 de la mañana.

Así que Nikki había regresado a casa donde la esperaban su madre y su abuela con los brazos abiertos y un millón de preguntas que no deseaba responder. Apenas había probado bocado y aunque se había retirado a su cuarto relativamente temprano, tampoco había conseguido pegar ojo. No hacía más que dar vueltas en la cama pensando en Conor, en cómo estaría... Quería ser racional, después de todo él lo había dejado, no ella. Pero la noticia del accidente la había conmocionado y allí estaba, otra vez en Londres. La razón de semejante locura volvía a ser el mismo hombre que la había defraudado una y otra vez a lo largo de diez años.

Nikki apartó ese pensamiento de la cabeza y se estiró a saludar al padre de Conor, que los esperaba en la cafetería del hospital.

—¿Cómo está? —preguntó ella tras los saludos.

La sonrisa de Owen anticipó la naturaleza de su respuesta, arrancándole un suspiro de alivio.

—Está bien... Ahora duerme, los efectos de la anestesia ya han pasado.

Despertó en mitad de la noche, así que ya ha recuperado la conciencia.

—¿Despertó? —preguntó Nikki sorprendida. Y se volvió a mirar a su

padre. Habían quedado en que él la llamaría para avanzarle cualquier novedad. Fred se encogió de hombros.

—No, Nikki, no he querido llamar a tu padre... Sabía que ibas a venir y me pareció inoportuno despertaros en mitad de la noche... Además, apenas estuvo despierto un par de minutos y siguió durmiendo. Pero está bien, eso es lo que importa, y ahora mismo vas a comprobarlo con tus propios ojos.

Los tres se pusieron en marcha hacia el área de cuidados intensivos mientras Nikki sentía como el estómago empezaba a anudársele de los nervios. Había esperado poder verlo y comprobar que estaba bien, y luego, marcharse sin ser vista. No estaba preparada para hablar de nada, tampoco para que él la viera.

—¿Pero ahora está despierto?

—No, cuando bajé a acompañar a Susan a tomar un taxi, hace un cuarto de hora, dormía profundamente... No creo que se haya despertado.

Nikki asintió. Eso la tranquilizó un poco, quizás todavía su plan tendría alguna ocasión de salir bien. Entrar en la habitación, ver que seguía estando de una pieza, pasar un par de minutos a su lado porque siempre había sido una adicta a él y llevaba una semana con el síndrome de abstinencia, y luego marcharse, sin más.

—¿Pero ha dicho algo al despertar? —preguntó Fred.

Una sonrisa divertida apareció en el rostro de Owen.

—Sí, cuando Susan le preguntó cómo estaba, él hizo un gesto raro con la boca y murmuró “como si me hubiera estampado contra una marquesina”.

—Eso quiere decir que recuerda lo que le ha sucedido. Es bueno —  
apuntó Fred.

Cuando llegaron frente a la puerta de la habitación, Owen tomó a la joven por los hombros.

—Te agradezco que estés aquí, y sea lo que sea lo que haya sucedido entre vosotros, sé que lo solucionaréis. Te quiero como si fueras mi hija, Nikki.

El brillo en los ojos de la muchacha denotó que las palabras de Owen la habían emocionado. Se limitó a asentir con la cabeza y cuando él abrió la puerta, ella echó una última mirada a su padre, respiró hondo y entró.

Como la mayoría de las personas en el mundo, Nikki detestaba los hospitales. Odiaba ese olor a desinfectante y el sonido de las máquinas que volvían tan real la línea que separaba la vida de la muerte. Conor tenía los párpados cerrados y su torso estaba desnudo, cubierto por una ligera sábana y todo lo que estaba a la vista era un conjunto de hematomas sanguinolentos y abrasiones.

Parte de las quemaduras estaban al descubierto y esa era la razón de que hiciera tanto calor en la habitación. Nikki se quitó el abrigo, avanzó despacio junto a la cabecera de la cama. Se sentía descompuesta. Verlo cubierto de

heridas estaba resultando más duro de lo que había esperado. Porque, de pronto, había tomado conciencia de lo real que resultaba todo aquello: él podría haber muerto mientras ella estaba a miles de kilómetros. La sola idea le resultó insoportable. Tuvo que sentarse un momento. Pasó del calor a los escalofríos y las náuseas se adueñaron de ella. Apretó los párpados en un intento de apartar aquella sensación de su cuerpo, y recuperarse. Tras unos minutos, volvió a abrir los ojos y decidió no apartar la vista del rostro de Conor. Siempre le había parecido hermoso, tremendamente atractivo y varonil. Excepto por unos moretones que tenía en la frente y en los laterales de la cara, era de lejos lo que estaba en mejores condiciones.

Él podía haber muerto, y ella seguía sin entender cómo habían llegado hasta ese punto. De caminar por la séptima nube, a vivir separados por miles de kilómetros. La vida jugaba sus cartas de manera muy extraña, pensó. Y a pesar de todo, ella seguía allí, con su desilusión a cuestas, sintiendo por él lo mismo que había sentido siempre. En su corazón nada había cambiado.

Permaneció en silencio contemplándolo hasta que al fin él movió una mano. Nikki saltó del asiento. Si despertaba, la vería, y no estaba preparada para eso. Procurando hacer el menor ruido posible, Nikki volvió a ponerse su abrigo, agarró el bolso y se acercó a la cama.

“Deseo que te recuperes pronto y que puedas seguir con tu vida, Conor”. Puso todo su corazón en ese pensamiento que no formuló en voz

alta. Sin animarse a tocarlo, se alejó de la cama dispuesta a marcharse, pero, al fin, retrocedió. Acarició los dedos lastimados que descansaban sobre la sábana de forma casi imperceptible.

Susan se había dejado convencer por su marido porque, en el fondo, sabía que él también quería pasar tiempo junto a Conor y ella lo estaba acaparando. Pero la idea de que su hijo despertara y ella no estuviera allí, le resultaba insoportable. De modo que a mitad de camino, le había pedido al taxista que regresaran al hospital. Pero al llegar y abrir la puerta, se dio de bruces contra una realidad que no le gustó. Por lo visto, su marido había insistido tanto en que ella se marchara porque había planeado que esa otra mujer pasara un rato con su hijo, y no él.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —exigió, a quemarropa, al tiempo que abría la puerta de par en par.

Nikki la miró sobresaltada.

—Oh, Susan, hola... He venido a ver a Conor... —atinó a decir. Algo que resultaba estúpidamente obvio, pensó un segundo después de haberlo dicho.

—Pero vamos a ver, Nikki, ¿es que tú te crees que puedes venir e irte cuando te dé la gana? Ya no sois niños, ya no hay lugar para tantas dudas y tantos cambios de opinión. Si lo habéis dejado, lo habéis dejado.

En aquel momento, Conor abrió los ojos. No supo qué lo había

despertado, porque lo primero que notó fue que le dolía todo, pero en medio de las oleadas dolorosas que lo recorrían de arriba abajo, supo que no estaba solo. Había más gente allí. Se esforzó en centrar la vista. Todo estaba borroso.

—¿Mamá?

Las dos mujeres volvieron la cabeza para mirar al enfermo. Susan corrió junto a la cama de su hijo y se acercó a besarlo.

—Conor, cariño, sí, soy yo... Qué bien que te hayas despertado...

Él se quejó varias veces. Cada movimiento de su madre, cada caricia, le provocaba un dolor insoportable.

—Llama a la enfermera... Me muero de dolor...

—Ya voy yo —dijo la muchacha.

—¿Es Nikki? ¿Está aquí? —murmuró Conor entre quejidos, y sus ojos ya la buscaban por la habitación.

Ella no se quedó a aclarárselo, salió a prisa en busca de una enfermera.

Fue Susan quien se ocupó de responder la pregunta de su hijo.

—Sí, es Nikki. Pero ahora, en lo que tienes que concentrarte es en ponerte bien para poder salir de aquí lo antes posible.

A Conor se le disparó el corazón. Era gracioso, pensó, que la mitad de su mente se revolviere, agitada por el dolor mientras a la otra mitad todavía le quedaba energía suficiente para ponerle el corazón en fuga haciéndole tomar

conciencia de que Nikki había venido de Ginebra para verlo.

La enfermera entró unos instantes después.

—Qué bien, si nuestro príncipe Rastafari ya ha regresado al mundo de los vivos... —dijo mientras habilitaba el suministro de analgésico de una de las vías—. Me alegro mucho de verte despierto. Y sé que ahora tú no te alegrarás tanto, porque te debe doler hasta la raíz del pelo. En un rato empezarás a sentirte aliviado. Y no sufras, cuando veas que vuelve el dolor, me avisas y volvemos a darte otra dosis, ¿de acuerdo?

Conor no estaba atento a la enfermera. La miró brevemente, pero todo su interés estaba en que la mujer despejara su campo visual para poder comprobar si Nikki aún seguía allí. Dado que ella se estaba tomando su tiempo, Conor estiró el cuello, intentando alcanzar con su vista la puerta.

Entonces, la enfermera frunció el ceño y al darse cuenta de lo que sucedía, se apartó con un movimiento ostensible.

—Que sí, que sigue aquí, mírala qué guapa está... —Y fue en ese momento cuando sus ojos volvieron a entrar en contacto, que se dio cuenta de que ella, en efecto, seguía allí, con cara de pajarito que se había caído del nido. Le estrujó el corazón pensar que llevaría horas preocupada y, al mismo tiempo, un intenso alivio se adueñó de él; que ella estuviera allí quería decir que todavía quedaban esperanzas.

—Ven, acércate, está demasiado dolorido para tocarte, así que no corres

peligro —dijo la cuarentona haciéndole una seña con la mano—. ¿Cómo te llamas, preciosa?

Quien respondió fue Conor, sin apartar los ojos de su chica.

—Nikki por Nicole, el nombre más bonito del mundo —repuso él, haciendo pausas para respirar hondo y aliviar su dolor.

Susan puso los ojos en blanco. Qué rabia le daba que él siguiera suspirando por la misma mujer que sólo veía en él lo criticable, los errores, lo malo. Qué injusto.

—Bueno, hijo, eso es cuestión de gustos...

La enfermera, que captó al instante que las relaciones entre suegra y nuera no eran felices, sonrió a Conor con picardía.

—Mientras te guste a ti, y está claro que te gusta, no hay ningún problema. Bueno... Yo he acabado aquí, así que te dejo con Nikki —dijo la enfermera con picardía.

Y acto seguido, empujó suavemente a la muchacha para que tomara su lugar junto a la cabecera de la cama.

La pareja intercambió miradas, entonces Conor desplazó sus ojos hasta su madre.

—Déjanos solos, mamá, por favor... —Y al ver que ella lo miraba de mala gana insistió—: Por favor.

Susan abandonó la habitación y la pareja volvió a quedar a solas, esta

vez con Conor en uso de todos sus sentidos. Sólo con pensarlo Nikki se sentía como un flan.

—Hola... —dijo él—. Abrir los ojos y verte aquí es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo...

—Qué exagerado. Me viste hace una semana.

—¿Y te parece poco? —Conor cerró los ojos. Apretó los párpados y se movió ligeramente intentando encontrar una posición en la que el dolor de la pierna se aliviara—. No sé cuánto tiempo estaré despierto, así que quiero decirte algo...

Tanteó con cuidado en busca de la mano de Nikki y cuando la encontró, la rozó suavemente con la yema del único dedo que no estaba en carne viva. Un escalofrío recorrió Nikki que no hizo ningún intento por apartarla.

—No hace falta que digas nada, Conor. No estoy aquí para hablar.

—Sí, supongo que lo que querías hacer era entrar a hurtadillas para asegurarte de que seguía vivo y volver a marcharte sin decir ni hola. Muy típico de ti.

Conor volvió a rozar la mano femenina con su dedo, suavemente.

—Me hace mucho bien que estés aquí... Pensé que no querías volver a verme en tu vida...

Ella lo miró con fingida ironía.

—Teniendo un cuenta tu último mensaje, yo creo que era precisamente al revés...

Conor apretó los párpados, y esta vez no era el dolor físico sino el recuerdo del contenido del mensaje que le había enviado a modo de despedida.

—De eso, justamente, quería hablar... —Sus ojos buscaron los de Nikki

—. Lo siento. Por favor, perdóname.

—Conor, no he venido a hablar. Sólo quería saber que estabas bien. Y no ha cambiado nada.

Él asintió.

—¿Te quedarás un rato?

—Solamente si no hablamos de lo nuestro.

—Tenemos que hablar, Nikki —rogó él.

—Tendríamos que haber hablado hace mucho. Ahora lo que tienes que hacer es recuperarte. Lo demás no importa.

—Sí que importa —Conor hizo una pausa cuando una dolorosa puntada lo atravesó de parte a parte, apretó los párpados y respiró hondo. Volvió a abrirlos cuando el dolor empezó a ceder—. Lo demás eres tú y me importa. Nikki soltó un suspiro.

—No sé si alguna vez querré hablar de este asunto, Conor. Lo que sí sé

es que ahora no es ese momento —dijo, definitiva.

Conor volvió a asentir. De pronto, era como si lo más importante fuera hablar con ella y resolver la situación. Durante una semana había estado sumido en una rabia infernal que se lo estaba comiendo vivo. Al parecer, había necesitado estrellarse contra una marquesina para darse cuenta de lo que verdaderamente le importaba. Pero ella no estaba dispuesta hacerlo de momento y prefería tragarse lo que sentía, a sacrificar esos minutos en su compañía.

—Vale, pero prométeme que te quedarás hasta que me duerma —pidió él en un susurro. Volvió a rozar la mano femenina.

—Te lo prometo.

Él cerró los ojos. Los analgésicos habían empezado a hacer efecto y la conciencia lo abandonaba lentamente. Un instante antes de ceder al sueño, pensó en lo reconfortante que resultaba volver a tenerla cerca, saber que la mano que rozaba era la suya. Esta vez no sería fácil volver a llevarla a su terreno, pero que ella estuviera junto a su cama de hospital quería decir que aún lo amaba. Y si todavía estaba enamorada de él, entonces, había esperanza.

## **Episodio 6**

Madrugada del martes 5 de enero de 2010.

Casa de BBCox, en un barrio exclusivo.

Londres.

Tan pronto BBCox puso un pie en su casa, vio aparecer la cabeza del mayordomo al final del pasillo.

—Buenas noches, Sigfried. Lamento haberte despertado —dijo el tatuador.

—No se preocupe, señor... Se le ve muy animado, por lo visto ha ido bien su noche...

Brandon pasó a su lado con una sonrisa que comunicaba que, en efecto, su noche había ido muy bien.

—Sí, gracias, pero vuelve a la cama, por favor. Es tarde.

—¿No necesita nada, señor?

Brandon lo descartó con un gesto de la mano y el cincuentón que llevaba a su servicio desde que Brandon había regresado a Londres, hacía siete años, hizo una reverencia cortés y desapareció de la misma manera silenciosa que lo hacía todo.

Había sido una noche agradable, de las que hacía mucho tiempo que no pasaba en buena compañía. Últimamente no hacía más que trabajar, y cuando no estaba ocupado en el trabajo, su mente no dejaba de darle vueltas al tema de Hugo y a cómo ayudar al pequeño a salir a flote de la situación tan dura en la que lo había puesto la vida. Esta era la primera vez desde noviembre, que

Hugo había llegado a Londres, que realmente tenía una noche para él. Un noche sin preocupaciones.

Brandon abrió la puerta de la habitación de su ahijado con sigilo y asomó la cabeza. La luz de emergencia continuaba encendida. El niño todavía seguía necesiéndola para poder dormir. Su cabeza rubia, tan clara que casi parecía albino, reposaba sobre la almohada mientras el pequeño respiraba rítmicamente.

Volvió a cerrar la puerta sin hacer ruido y se encaminó al salón quitándose la elegante chaqueta *steampunk* que había estrenado aquella noche, aunque hacía meses que su sastre se la había entregado. Sus ojos buscaron la acostumbrada nota de su madre y no tardaron en hallarla, sobre la mesa ratona, pisada por la figura abstracta de cristal que decoraba el centro de la misma. Con su característica brevedad, a su madre le habían bastado dos líneas para informarle de que el pequeño estaba ansioso por el viaje que emprenderían la mañana siguiente, que le había dejado un trozo de su pastel favorito en la nevera por si volvía con hambre, y que ella estaría de regreso a las siete de la mañana, lista para unirse a la aventura. Brandon se repantigó a gusto en el sofá. A continuación, sacó el móvil para hacer una llamada.

— *Dichosos los oídos que te escuchan, amigo mío* —lo saludó Lau, en Holanda.

—¿Es que tú no duermes nunca?

— *Qué más quisiera yo que poder dormir por las noches, pero se ve que esto no es lo que me toca en esta vida. Por cierto, qué animado te oigo. Imagino que eso quiere decir que has tenido una cita y que te ha ido muy bien.*

—Yo lo llamaría reunión de negocios. Y sí, ha ido muy bien —repuso  
BBCox

—*¿Era hoy que habías quedado con Harley? Que bien. Pues fíjate que justamente hoy, he estado con Jana.*

—*¿Y qué has averiguado?*

—*Averiguar, lo que se dice averiguar, no mucho. Pero me he encontrado a una Jana muy distinta de la última vez. Estaba muy animada, oye, tan animada como tú, ahora que lo pienso, y la tienda también estaba cambiada... Había movimiento, bastante género... Como en los viejos tiempos, vamos. Me comentó que estaba muy contenta con la nueva colección en la que está trabajando. Estará lista antes de primavera. Me la estuvo mostrando y, la verdad, son unas prendas preciosas...*

A Brandon todo eso le parecía muy bien, pero no era lo que realmente quería saber.

—*¿Ha aceptado tu ayuda o no?*

—*No seas impaciente, hombre... Eso iba contarte ahora. No, la ha*

*declinado muy amablemente y me ha explicado que le acaban de devolver un dinero que no esperaba, así que todo parece estar en orden...*

—¿Un dinero que no esperaba? ¿Se refiere a que ha prestado dinero cuando no tenía ni para mantener la tienda? —dijo Brandon.

— *Amigo mío, si la tienda está en orden y una de sus dueñas dice que le han devuelto un dinero que ha prestado, como comprenderás, no había razón para seguir hablando. Te recuerdo que son asuntos privados. Además, si este bienestar es solo temporal, no tardaremos en averiguarlo.*

Brandon exhaló un suspiro. No le gustaba la idea de tener más sobresaltos sobre ese tema, pero tampoco había mucho más que pudieran hacer por el momento.

—¿Y dices que la tienda vuelve a tener stock?

—*Que sí, hombre... De hecho, parece otra tienda. Nada que ver con lo que me encontré cuando estuve allí antes de Navidad. Y ella también parecía estar muy bien... No desconfíes, Brandon. Ya sé que es un tema que te preocupa, pero tú piensa que Jana y Harley son amigas, y que Jana es buena gente. Si hubiera algún problema serio, seguro que acabaríamos enterándonos.*

—Sí, supongo —concedió Brandon.

—*Claro que sí, hombre... ¿Y tú, qué tal? Cuéntame qué tal te ha ido con Harley...*

—He seguido tu consejo y le he propuesto que se ocupe de algunos eventos comprometidos en mi lugar, y le ha parecido perfecto. Estaba encantada, cosa con la que ya contaba, claro.

—*Tan encantada como tú, imagino, aunque no vayas a admitirlo en voz alta.*

Brandon no pudo evitar un gesto irónico que agradeció que su buen amigo Lau no pudiera ver.

—Tienes una imaginación hiperactiva. Para mí solo son negocios.

—*Sí, claro...* —apuntó Lau y al percibir el silencio se apresuró añadir

—. *Creo que es la mejor solución. Tú necesitas tiempo para tus asuntos. Y ella necesita rehacerse en su profesión, y el dinero, por supuesto, que nunca viene mal. Me alegro mucho de que me hayas hecho caso. Suelo darte buenos consejos* —añadió con una sonrisa.

—Eso debo admitirlo. Y agradecértelo. Bueno, mañana me toca madrugar para salir de viaje con mi ahijado, así que la cama me reclama...

Oye, Lau, por favor, sigue atento al tema de Jana, ¿de acuerdo?

—*¿Sin que se entere Harley?*

—Por supuesto —respondió BBCox.

Lau sacudió la cabeza.

— *Eres un benefactor de lo más humilde, amigo mío, y en este caso, no tengo claro que sea algo bueno. Son asuntos personales de Harley, Brandon,*

*y no creo que vaya a verlo con buenos ojos si se entera.*

—Doble razón para que no lo haga, ¿no te parece? —sentenció el tatuador.

Mientras tanto, en el corazón del barrio londinense de Bloomsbury...

Hacía un rato que Harley había regresado de su cita con BBCox. Estaba apenas achispada, lo cual era en sí mismo todo un acontecimiento, ya que no recordaba la última vez que había pasado un tiempo en Londres sin tener que acudir al alcohol para dormir por las noches. Todavía no acababa de creer la propuesta que él había hecho y cada vez que el pensamiento regresaba a su mente, se descubría celebrándolo como una loca feliz.

Esa conversación que había tenido lugar entre bocados apetitosos y bebidas exquisitas, había sido muy importante para ella. No sólo por la cantidad de problemas económicos que le permitía resolver, sino por las perspectivas profesionales que le ofrecía. Desde que había abandonado Londres apresuradamente, llevaba siete años luchando por abrirse paso nuevamente en el mundo del tatuaje en un lugar donde salir adelante era aún más difícil que en Londres. Las penurias financieras le habían obligado a tener que centrarse en abrirse camino localmente, y era complicado volver a tomar parte en eventos internacionales sin contar con la ayuda de un buen padrino, o un colchón de dinero lo bastante grueso para soportar los gastos de

ir por libre. BBCox acababa de ponerle esa oportunidad en bandeja. Más aún, aparecer en su compañía como alguien en quien él había puesto sus ojos profesionales, le abriría las puertas de inmediato. Sencillamente, no podía creer que estuviera sucediendo.

Ya se había metido en la cama cuando al revisar su móvil vio que tenía un mensaje en el que Jana le decía que la llamara en cuanto pudiera. Lo hizo de inmediato y ella atendió tan despejada como si fueran las cinco de la tarde y no las tres de la mañana.

—*¡Hola, Harley... ¿Cómo estás?!*

Jana sonaba como siempre, pero su situación no era la de siempre. De hecho, era la primera vez que hablaban desde la discusión.

—Yo muy bien, ¿y tú? ¿Todo bien por ahí?

—*Sí, fenomenal... Oye, siento mucho lo que pasó el otro día.*

*Discúlpame. Lo estaba pasando mal por asuntos personales y la tomé contigo.*

—Eso no me preocupa y lo sabes, lo que me preocupa es otra cosa —  
respondió Harley.

—*Mira, no voy a entrar en detalles porque son asuntos míos, pero tenías razón... El problema lo causé yo gestionando mal nuestros recursos, y te pido que me perdones. Pero te llamo porque creo que hemos empezado el*

*año fenomenal... —Jana hizo una pausa esperando que Harley añadiera algún comentario, pero el silencio continuó y ella reanudó su explicación—. Tengo una colección nueva para primavera, y estoy deseando mostrarte los diseños porque estoy segura de que te van a encantar. Y como si esto fuera poco, ¿sabes qué ha pasado? ¡Me han devuelto un dinero con el que no contaba! Tenemos suficiente para cubrir parte de las deudas y para sacar adelante la nueva colección, ¿qué te parece?*

*—¿Un dinero que no esperabas? —Harley no lo dijo en voz alta, pero fue como si al final de la frase hubiera dicho “¿has estado prestando dinero mientras yo me partía la espalda buscando trabajo en otros locales para cubrir las deudas?”.*

*— Es una larga historia, muy vieja, por eso ya no contaba con ese dinero. ¡Pero me lo han devuelto! —explicó Jana.*

*—Espero que no me mientas. Ya sabes que puedes contar conmigo para lo que sea. No voy a dejarte tirada, pero somos amigas además de socias, y la confianza es fundamental para seguir adelante. Si te cargas mi confianza, se acabó...*

*— Que no, Harley, ¿cómo puedes pensar eso? Soy una tonta, me encariño con la gente, y abusan de mí. No es una historia nueva y tú lo sabes mejor que nadie, pero jamás te haría daño a conciencia. Jamás te engañaría. Tienes que creerme, porque si no me crees, entonces nada de lo que hacemos*

*juntas tiene sentido...*

Harley respiró hondo. Jana era una buena persona, y una buena amiga.

Era cierto que por ser tan buena, nunca le habían faltado interesados que se aprovechaban, pero también lo era que ella siempre se había hecho cargo de sus responsabilidades, y había ido de frente. Quizás estuviera llevando las cosas demasiado lejos dudando de su honestidad.

—Vale, Jana. Vale. Me alegro mucho de que volvamos a tener pasta...

¡No sabes cómo me alegro!

El momento de distensión fue recibido con alivio y carcajadas por parte de Jana. De pronto, las dos amigas volvieron a recuperar sus antiguas conversaciones, y lo bien que siempre lo habían pasado estando juntas.

— *Bueno, y ahora cuéntame cosas, ¿qué tal te ha ido con tu tatuador favorito?*

—Muy pero que muy bien —fue la explícita respuesta de Harley que hizo reír a Jana.

— *¡Eso ha sonado a muchísima pasta!*

Y tanto. En el sobre blanco que el tatuador le había entregado durante la cena, había más dinero del que había ganado en el último mes de trabajo y eso no era nada comparado con lo que vendría cuando empezara a asistir en su lugar a los distintos eventos de los próximos meses.

—Ya lo creo que sí. Pero además ¿sabes qué? Por cuestiones personales

no va a poder asistir a algunos eventos a los que ya se había comprometido, y como no puede cancelarlos, me ha propuesto una colaboración. ¡Una colaboración con BBCox! ¡Imagínate, estoy que no toco tierra desde que me lo dijo! —exclamó Harley, exultante como sólo podía mostrarse con su mejor amiga.

—¡*Esa es mi chica! ¡Si es que eres buenísima en lo tuyo y él lo sabe! Y ahora nadie va a poder ponerlo en duda, ¿te lo imaginas? ¡Vas a tener al mundo entero a tus pies!* —celebró Jana, sinceramente feliz de que a su amiga las cosas empezaran a irle tan bien.

No era solamente que se mereciera salir adelante porque desde el principio había trabajado muy duro, *era buena*. Realmente buena. Se merecía volver a brillar. Se merecía volver a recuperar todo lo que se había visto obligada a dejar atrás al abandonar Londres. Y ahora, estaba al alcance de su mano.

—Gracias Jana, no sabes lo bien que le hace a mis oídos escucharte...

¡Se avecinan buenos tiempos!

—*Y yo me alegro de que sea así, Harley. Te lo mereces.*

—Oye, he pensado que ya que será un buen dinero y que tener que asistir a estos eventos me obligará a ausentarme de la tienda varios días, lo suyo sería que el treinta por ciento de lo que gane lo deje para las cuentas

comunes. ¿Te parece bien?

A Jana se le llenaron los ojos de lágrimas. Si había algo que la hacía sentir culpable era saber lo mal que había tratado a alguien que siempre se había portado como una amiga con ella.

—*Me parece perfecto, Harley. Gracias.*

Las dos amigas se emocionaron. Estar enfadadas se les daba muy mal, pero Harley no deseaba otra cosa que celebrar su buena estrella de aquella noche.

—Te habría encantado ser un pajarito hoy... Me llevó a un sitio de locura, y entre lo que comimos y lo que bebimos, que estaba todo buenísimo, y escucharlo proponerme algo que llevo tanto tiempo esperando que suceda... ¡Te juro que no lo podía creer!

—*Y será genial para tu carrera, Harley, porque además tiene una doble ventaja.*

—¡Qué dices, tiene muchas más que dos...!

—*¡Nooooo, tonta! A lo que me refiero, es a que te dará relieve que el tatuador mejor pagado de Europa te tome como ahijada artística, y además, como las tías no son lo suyo, tú no acabarás jodiéndolo todo mezclando trabajo y placer como haces siempre... ¡Más perfecto, imposible!*

Las dos amigas se rieron a carcajadas.

De una u otra forma, la actitud despreocupada de Harley hacia las relaciones sexuales siempre se había ocupado de fastidiar sus planes profesionales. Porque por más independientes y liberales que parecieran los hombres del mundo del tatuaje, en realidad, no lo eran tanto.

—Sí, en este caso no voy a poder meter la pata —concedió Harley.

—*Lo cual, si lo piensas, es una putada...* —añadió Jana, tronchándose de risa—. *¿Por qué los mejores tíos tienen que jugar para el equipo contrario? ¡No es justo!*

“¡Cuánta razón tienes, pequeña!”, pensó la tatuadora.

## **Episodio 7**

Martes 5 de enero de 2010.

Casa familiar de los Estellés,

Ciudadela, Menorca.

Cuando Dylan, que había vuelto a quedarse a dormir en casa de Andy, despertó, notó que estaba solo. Se puso los pantalones y una camiseta y fue a su habitación. Tampoco estaba allí. Se asomó al salón y vio a Danny acunando a Luz.

El joven alzó la vista hasta el grandullón calvo que su hermana tenía por novio e hizo un gesto divertido con la boca.

—Te diría que buenos días, pero tienes pinta de estar hecho polvo...

—Acabo de despertarme, ¿qué esperas?

—Especialmente si no duermes... —dejó caer sin mirarlo al tiempo que se ponía de pie y empezaba a andar por la habitación para que Luz se durmiera. Los dientes le habían dado una mala noche.

Dylan miró a Danny con una ceja alzada.

—Que tengas claro, chaval, que todavía eres muy niño para hacerme según qué bromas —repuso el irlandés en plan de burla y como no quería el asunto de sus noches allí como tema de conversación antes de haberse tomado un café, continuó—: ¿Has visto a tu hermana?

—¿Qué, ya la estás echando de menos? Según me dijo —continuó, sin darle tiempo a que alzara su ceja otra vez—, después de entrenar se iba a casa de mi tío. Ha quedado con él.

—¿Dices que ha ido a ver a tu tío Pau?

—¿Es que acaso tengo muchos otros tíos? Sí, mi tío Pau. Ese que a ti te cae tan bien... —añadió, ganándose otra mirada de advertencia por parte de Dylan.

En realidad, le gustaba que el muchacho se sintiera lo bastante a gusto en su presencia como para bromear con él como lo hacía con el resto de su familia. Pero en aquel momento, no tenía tiempo de ocuparse de eso.

Dylan regresó a la habitación junto a la despensa. Llamó a Andy y con creciente ansiedad esperó los cinco timbres que ella demoró en atender.

— *¡Buenos días!* —lo saludó ella, anticipándose.

—Sí, buenos días y todo eso... A ver, Hermosa, ¿tengo que preocuparme de que hayas ido a ver a tu tío?

— *No, el que tiene que preocuparse es él.*

Genial. O sea que iba a verlo para ponerle los puntos sobre las íes y esperaba que él no se preocupara.

—¿Sabes? Eso que has dicho no tranquiliza nada al señor Bola de Billar.

Andy, que estaba guardando el casco en la alforja de su moto cuando el teléfono empezó sonar, sonrió y puso rumbo a la casa de su tío.

— *Tranquilo, ya sé que puedo contar con el señor Bola de Billar para lo que necesite, pero él sabe que yo sé arreglármelas solita, ¿no?*

Dylan sacudió la cabeza. A veces le encantaría no tener una novia tan perspicaz.

—Lo sabe.

— *Genial. Entonces no hay de qué preocuparse. En cuanto acabe, te llamo.*

—Si quieres voy llamando a la ambulancia... —dejó caer Dylan en un tono fingidamente festivo.

— *Bueno, quizás no sería una mala idea...* —repuso la muchacha antes

de colgar.

Pau no había demorado nada en atender. Estaba claro que la esperaba.

Abrió la puerta para dejarla pasar y apenas intercambiaron saludos. Al volver a verlo, Andy se dio cuenta de que todavía estaba tan enfadada con él que le costaba mantenerle la mirada. Las cosas no pintaban bien.

—¿Te apetece un café o algo?

—No, gracias. Estoy bien.

Los dos estaban de pie en medio del salón. Pau le señaló el sofá, pero ella también declinó sentarse.

—No estaré mucho tiempo. Intentaré ser breve.

Pau se encogió de hombros y fue a sentarse sobre el apoyabrazos del sillón que estaba justo frente a su sobrina.

—Antes de que empieces a ponerme verde, ¿puedo decir algo? —

preguntó. En realidad, lo que intentaba, era calmar los ánimos. Conocía a su sobrina lo bastante para saber que esos ojos tormentosos traerían cola.

—¿No te parece que es un poco tarde para decir algo?

—Ya sé que doy la impresión de saberlo todo y de controlarlo todo.

Pero también soy humano y, a veces, me equivoco.

—¡Vaya! El Gran Pau Estellés reconociendo que ha metido la pata hasta el fondo. ¡Esto es de récord Guinness!

El tono de Andy crecía en ironía y en enfado cada minuto que pasaba.

—Claro que me equivoco, como cualquiera. El problema es que cada vez que yo me equivoco es el fin del mundo.

Tenía gracia que después de haberse comportado como un mafioso a sus espaldas ahora viniera a quejarse de que quizás el castigo era demasiado gordo.

—¿Y eso no te dice nada? Vives como si las personas que quieres fueran de tu propiedad y el resto del mundo intentara arrebátártelas.

—Vivo como si mi familia fuera importante para mí y estuviera dispuesto a hacer todo lo que hace falta para evitar que sufran.

—¿Y cómo encaja eso que dices con que después de haber venido a contarte, de buena fe, que pensaba dejar Sa Badia para encontrar mi propio camino, hayas acabado amenazando a mi novio? ¿Cómo cuadra eso que dices con haberme enterado de que lo tienes en el punto de mira desde hace mucho? A mis espaldas, claro. Entre lo que dices y lo que haces hay una gran distancia.

—No me gusta Dylan.

—Dime algo que no sepa —repuso Andy, irritada—. ¿Y qué? No tiene que gustarte a ti. Y que no te guste no lo convierte en una mala persona. Pau respiró hondo.

—Si no es una mala persona, ha vivido como alguien a quien todo le

importa un carajo y no se ha tomado la menor molestia en disimularlo. ¿Qué sabes tú de su pasado?

—¿Y qué te importa a ti su pasado? —escupió Andy.

—Me importa y mucho. Porque lo que uno es va con uno a todas partes.

No es posible ser un impresentable la mitad de tu vida y de pronto, por arte de magia, convertirte en un buen samaritano. No funciona así en la vida real, Andy. Y en la vida de Dylan hay muchas zonas oscuras...

Andy lo miró alucinada. ¿Lo había estado investigando? Al instante, se dio cuenta de que, en efecto, debía saberse vida y obra de Dylan. Desde mucho antes, incluso, de que ella se hubiera enamorado de él.

—¿Te refieres a su pasado pendenciero, a que no se habla con su padre?

—La mirada de Andy se tornó iracunda cuando añadió—: ¿O a esas acusaciones de haber dejado embarazada a una adolescente?

Pau apartó la mirada y no respondió, lo cual fue suficiente respuesta para Andy.

—Lo único inaceptable de todo esto es que, en nombre de un amor que no me creo, hayas tenido el atrevimiento de investigar en la vida de una persona, solamente por el hecho de que esa persona está conmigo. Que en nombre de ese mismo amor, te arroques el derecho a decidir cómo han de hacerse las cosas. Escúchame bien, tío Pau: nada de lo que hagas va a alterar

el hecho de que yo estoy enamorada de Dylan y él lo está de mí. Déjanos en paz.

—Que tú estás enamorada de él, no lo dudo. Lo demás...

—No es asunto tuyo —lo interrumpió Andy— y no quiero que vuelvas a intervenir. Lo que has hecho me parece inaceptable. *Lo que ha sucedido entre Dylan y tú me parece inaceptable.* Y que conste que no se lo he dicho a mi madre, no por ti, lógicamente, pero no voy a tolerar más interferencias, tío Pau.

—¿Es esto lo que has venido a decirme? —preguntó, molesto.

—No. He venido a decirte que quiero que hables con tu madre porque quiero que en la reunión que va tener Dylan con los árabes, los Martí y los Oriol apoyen ese proyecto.

Pau la miró sorprendido. De las acusaciones y el enfado por sentirse herida, a la coacción. ¿Esto también sería influencia de la buena persona que decía tener por novio?

—No es mi empresa, no puedo influir en los resultados de esa negociación.

—¿En serio? Pues sí que has podido influir, según tú, para que Dylan se quedara con ese puesto en Niza y así apartarlo de Londres y de mí...

Pau sacudió la cabeza. Estaba claro lo que había sucedido; Andy se había largado sin enfrentarse a Dylan, y él para recuperarla, se lo había

contado todo. A pesar de jurar y perjurar que no lo haría, lo había hecho. Para salvar su propio culo.

—No es mi empresa.

—Pero es tu madre. Te venera, escuchará lo que le digas e intentará darte el gusto como hace siempre. ¿O crees que no sé que no traga a Dylan por solidaridad contigo? No soy tonta. *Quiero* que hables con ella y con tus tíos, porque *quiero* que ese proyecto salga adelante y Dylan pueda seguir teniendo su trabajo ideal aquí, en Baleares. Conmigo.

—¿Y por qué tendría que hacer eso?

Andy esbozó una sonrisa irónica. Habían llegado al meollo de la cuestión y empezaba a disfrutar anticipadamente de la cara que se le quedaría cuando supiera que intentando fastidiar a Dylan, se había fastidiado a sí mismo.

—Porque me lo debes —sentenció Andy—. Y porque lo tienes muy difícil con Tina.

Andy se deleitó viendo como el rostro de su tío Pau subía de color hasta tornarse rojo.

—¿Qué tiene que ver ella con esto?

—Hay algo que no te dije. Y no lo hice por razones muy distintas a las que tú crees. Verás, dejo Sa Badia porque voy abrir un gimnasio en la isla.

¿Adivinas a quién le he pedido que se asocie conmigo?

Pau se quedó sin habla. Mirándola, sin acabar de entender lo que acababa de oír. Andy sacudió la cabeza.

—Crees que me conoces, pero no es así. Que haya sido camarera todos estos años era simplemente una forma de ganarme la vida. Y a mucha honra, porque siempre he sido capaz de ayudar a mi familia. Pero tengo aspiraciones, aunque tú, evidentemente, no lo crees, y ahora estoy junto a alguien que me anima a hacer esas cosas con las que antes solo podía soñar. No te hablé de esto porque tenía claro que en cuanto abriera la boca, iba a dejar de ser mi proyecto para convertirse en el de toda la familia. Y no es que me importe, pero quería disfrutar de tener esta idea sólo para mí durante un tiempo más. Así que esto es lo que hay. Ella te interesa, eso está claro. Y la has cagado bien, eso está mucho más claro todavía. Pero resulta que Tina es mi mejor amiga. Si me ayudas, te ayudo. ¿No es así como funcionan las cosas en tu mundo?

En el hall de entrada, Francesc Estellés hizo gesto de aprobación con la boca.

*Bien dicho, pensó.*

Cuando su padre apareció en el salón, Pau apartó la mirada. Lo que le faltaba. Andy fue a darle los buenos días de inmediato.

—Hola, abuelo, ¿cómo estás? —dijo, poniéndose de puntillas para besar

su mejilla.

El hombre se tomó su tiempo para analizar la situación. Andy estaba como siempre, con la mirada quizás algo revuelta, pero nada más. Su hijo, en cambio, tenía el aspecto de alguien a quien acababa de salirle el tiro por la culata. Lo cual sumado a la conversación que había escuchado sin ser visto, confirmaba el diagnóstico: su hijo había cometido un gran error, y ahora era presa de las consecuencias.

—No tan bien como tú, pequeña, pero marchando, que a mi edad no es poca cosa —repuso el menorquín.

—Que va, abuelo, estás estupendo. —Andy echó un vistazo a la hora un poco por formulismo. Podría haber seguido poniendo verde a su tío el resto de la mañana, pero ya no estaban solos, y no quería avergonzarlo delante de su padre.

—Bueno, quedamos en eso ¿no, tío Pau?

Él asintió. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Lo intentaré —repuso.

Andy se permitió bromear al respecto.

—Entonces, seguro que está hecho. Según tengo entendido “tú no eres de los que lo intentan”.

A Pau se le subieron los colores. Recordaba perfectamente haberle

dicho a Tina esa misma frase hacía muy poco. Claro, qué esperaba, eran amigas... Seguro que Andy conocía todo lo que él había hablado con Tina, palabra por palabra. Intentando sobreponerse al apuro que le daba que su faceta de hombre estuviera en conocimiento de su sobrina, Pau asintió.

—Gracias por el voto de confianza —repuso.

Francesc esperó a que Andy se hubiera marchado para hablar con su hijo. Porque desde luego, pensaba hacerlo. Entre lo que le había contado Lucía el día anterior y lo que acababa de escuchar, había tema para rato.

—Tienes a tu asistente con un ataque de nervios —empezó a decir al tiempo que se desabrochaba la chaqueta del traje y se ponía cómodo en el sofá de tres plazas, frente a su hijo—. Me gusta que seas innovador, pero esta idea tuya de que tu oficina esté en cualquier parte menos en el despacho, trae complicaciones, hijo.

Desde que Pau había sustituido a su padre en la dirección del grupo, apenas había pasado tiempo en las oficinas centrales de la empresa en la capital menorquina. No era de la clase de directivo que se pasaba el día recluido en su despacho.

—Ya te lo he dicho, padre. Mientras no resuelva la gerencia del restaurante, no voy a ir a trabajar a la capital. Necesito el tiempo que me tomaría sólo el desplazamiento en ir y volver de Mahón. Además, ese es tu asiento, no el mío —señaló con un punto de humor que hizo gracia a su

padre.

—Lo último que me faltaba por oír era que a estas alturas del partido, todavía pienses que mi sillón te queda grande.

—No te subas a la parra, Francesc —repuso Pau, sonriendo—. Soy bueno, mejor que tú en la gestión del negocio, y tu sillón me queda perfectamente, pero es tu sillón... A mí me gustan más las sillas ergonómicas.

—Me parece bien... —concedió Francesc en un tono bromista, pero enseguida cambió de tema—. Lo que no me parece tan bien es que sigas metiendo tus narices en la relación de esa muchacha y su novio.

Fantástico, pensó Pau. Hoy los rapapolvos venían a pares.

—Alguien tiene que prestar atención y ocuparse de estos asuntos, padre.

Ya sé que tú formas parte del grupo de encandilados por Dylan Mitchell, pero yo sigo pensando que el movimiento se demuestra andando. Y hasta que no lo vea...

—El movimiento lleva moviéndose desde hace dos meses, hijo, y empieza a parecerme que eres tú el que está ciego y no lo ve —lo interrumpió Francesc—. Está clarísimo que a ese hombre sólo le interesa mi nieta por lo que es, y no por nosotros. No tiene el menor interés en nuestros asuntos. Y además, si me lo permites, no le hace falta. Gana una fortuna.

Pau respiró hondo. Como si eso fuera suficiente para alguien ambicioso y sin escrúpulos.

—El dinero no le hace falta, eso está claro. Pero es un tío de contactos, y los Estellés tenemos muchos. En cualquier caso, a mí no me parece tan evidente lo que para vosotros está tan claro...

—Sí, eso ya lo veo. Pero también veo que si sigues por este camino, lo único que vas a conseguir es crearnos problemas. Andy sabe cuidar de sí misma. Y si por una de esas casualidades de la vida, Dylan demostrara ser alguien diferente de lo que hoy creo que es, siempre estaremos a tiempo de ajustarle las clavijas. Ahora no es el momento, Pau. Ahora es momento de dejarlos tranquilos de una vez.

—No era así como había planeado las cosas, padre. No me importa que Andy siga su camino si ese camino es un camino voluntario. Pero no era así como estaba previsto, ella es parte de esta familia, y aunque no lleve nuestro apellido, tiene la capacidad y el talento suficiente para triunfar dentro del grupo Estellés. No quiero que se vaya. Y me da igual cuál sea el proyecto que se trae entre manos, es de la familia. Y si no trabaja con nosotros, trabaja con la competencia.

—Si no quieres que se vaya, ofrécele que se quede. Ayúdala con ese proyecto. Hay mil formas de conseguir que ese gimnasio también forme parte de las empresas del grupo —repuso Francesc mirando a su hijo a los ojos—.

Como tú, pienso que el mejor lugar para Andy es aquí, entre nosotros. Pero gracias a la tozudez de su madre y al orgullo de su abuelo, no ha crecido entre nosotros. No nos conoce. Y no nos necesita. Está acostumbrada a la independencia, a hacer y deshacer a su antojo, un derecho que, por otra parte, se ha ganado y bien ganado. Si quieres conservarla, tendrás que demostrarle que estar con nosotros es mejor, más seguro y más bueno para todos, que ir por libre. Y eso no lo vas a conseguir con imposiciones.

Pau bajó la cabeza, exhaló un suspiro. Mientras, su padre continuó cada vez más animado.

—Mira, hijo, sé que tus intenciones son buenas, pero debes ser realista.

Es joven, es emprendedora y es pujante. Y no necesita nuestro dinero.

Dejando aparte que cualquier banquero de esta isla la financiaría sin más sólo por pertenecer a la familia, tiene a Dylan. Si quieres que su gimnasio forme parte del grupo, tendrás que darle algo diferente: confianza y mano libre para hacer lo que le plazca. Esa es la forma. Si no, la perderemos.

Pau asintió. Andy no necesitaba a los Estellés, ahí residía la clave de todo aquel asunto. Con lo cual, seguir entre ellos o no hacerlo, sería una decisión basada en cosas diferentes que el interés o la familia.

—Sí, supongo que tienes razón, padre.

Francesc asintió complacido.

—Bien, y que dejes de meter tus narices en los asuntos de tu sobrina, tiene la ventaja de que te dejará tiempo libre para dedicarte a tus propios asuntos. Ya me ha dicho tu madre que las cosas no van muy bien en ese sentido.

Pau alzó la vista hasta su padre.

—Creo que os voy a quitar las llaves. Esto de que entréis como si tal cosa y escuchéis mis conversaciones a escondidas, empieza a resultar muy incómodo... —repuso, haciendo sonreír a su padre.

—En eso también tengo algo que decirte —señaló Francesc—. Espero que no te importe, pero si te importa me da igual, lo diré de todas formas.

Pau exhaló un suspiro. Miró a otra parte sintiéndose como si acabara de quedarse desnudo delante de una multitud.

—Me gusta Tina. Y como tu madre, pienso que es la horma justa de tu zapato.

—¿Así que eso es lo que piensa mi madre? —dijo Pau. Quiso sonar recriminatorio, pero estaba bastante seguro de que no había sonado de esa forma. En realidad, era un alivio que viera a Tina con buenos ojos.

—Sí, eso piensa. Y como he dicho, yo también. Ahora bien, precisamente porque es la horma de tu zapato y ella aún no lo sabe, tendrás que prestar mucha atención a lo que dices y a cómo lo dices.

—Te aseguro que no necesito consejos sentimentales, padre.

—No, no son consejos sentimentales. Vivís en países diferentes y si estás interesado en que la relación prospere, tendrás que ser más explícito. Y también tendrás que medir muy bien lo que haces en relación a Dylan. Te va a resultar muy difícil llegar a Tina si además de interferir en los asuntos de su mejor amiga, atacas directamente a alguien que ella ve con agrado. Son tus asuntos, lo sé, pero yo que tú me andaría con ojo.

—No voy a fingir que pienso lo que no pienso, padre. No es mi forma de ser —repuso Pau un tanto confuso. De pronto, un tipo que toda su vida había hecho lo que le había dado la gana, sin ninguna clase de miramientos, le aconsejaba que “se anduviera con ojo”. ¿Pero de qué demonios iba todo aquello?

—Nadie te pide que finjas, pero eres muy frontal, Pau. Y eso no sé hasta qué punto es bueno en los inicios de una relación romántica.

—Creí que habías dicho que no eran consejos sentimentales —señaló él, cáustico.

—Y no lo eran, ahora sí. —Francesc Estellés esbozó una gran sonrisa que denotaba lo mucho que estaba disfrutando de la incomodidad de su hijo —: Si quieres tener algo con esa mujer, y no tengo la menor duda de que es así, tendrás que afinar muchísimo tu puntería. No es como las mujeres de las que te has rodeado hasta el momento y cuanto antes lo entiendas, mejor para ti.

## **Episodio 8**

Martes 5 de enero de 2010.

En un hospital,

Londres.

Conor no había querido desayunar y había seguido entre el sopor y el sueño hasta la hora de la comida que tampoco había tocado. Su madre continuaba allí, perenne, desde que había abierto los ojos por la mañana y eso lo ponía nervioso. Más nervioso de lo que ya estaba con todo lo que se le venía encima. Haber visto a Nikki lo había removido profundamente, trayendo a la superficie no sólo una renovada necesidad de estar con ella, sino la certeza de que tenían que intentar resolver sus problemas. La medicina que le daban rigurosamente cada cuatro horas, lo tenía pendulando entre la somnolencia y las náuseas, confundiéndolo más. Y lo peor era que no conseguía aliviar completamente el dolor. Tenía la piel hecha jirones, la herida de la pierna le obligaba a mantenerse en la misma posición poniéndole muy difícil conciliar el sueño, y le ardía todo el cuerpo... Y dado que también sus manos estaban heridas, ni siquiera podía enviarle un mensaje a su padre para pedirle que viniera. Estaba pendiente el asunto de la joyería y necesitaba hablar con él a solas.

Pero para alivio del motero, el primero en abrir el turno de visitas fue

precisamente su padre.

—¿Ves? Aquí lo tienes. Por Dios, hombre, parece que fueras tú el que lo hubiera parido... —se quejó Susan de mentirijillas. Owen la miró preocupado. Ella se apresuró a quitarle importancia al asunto—. No pasa nada, cariño, supongo que es lo que hay cuando los hijos varones se hacen mayores... Ya no necesitan a mamá, sino a papá —añadió con retintín dejando una caricia sobre la cabeza de su hijo—. Me voy a por un café.

Owen se quitó la chaqueta que dejó sobre el respaldo de la silla, y se acercó a su hijo sonriendo.

—¿Qué le pasaba a tu madre? Te dije que vendría más tarde...

Conor intentó incorporarse un poco, pero el dolor lo obligó a pedir auxilio. Owen le acomodó mejor las almohadas.

—Gracias, papá... Tenemos que hablar y también necesitaba un respiro... La adoro, pero cuando está preocupada es pesadísima...

Owen esbozó una sonrisa. Susan era muy protectora con sus hijos y con este en particular siempre había sentido una necesidad especial de cuidar de él.

—Bueno, tu madre se ha marchado así que ya no tienes que preocuparte. Te aseguro que yo no voy a insistirte para que comas.

—Te lo agradezco. Entre ella y las enfermeras me han dado la mañana.

—Bueno, cuéntame... ¿De qué querías hablar conmigo?

A Owen lo había ilusionado mucho el viaje relámpago de Nikki y sabía por Susan que a Conor también. Ahora confiaba en que fuera de eso de lo quería hablarle.

—¿Qué sabes de mi Harley?

Que costaría unos cientos de libras volver a ponerla en forma, algo que no pensaba decirle en aquel momento.

—Necesitará unas pocas reparaciones, pero ya la tiene tu jefe. La llevaron al taller anoche mismo.

—Ah, bueno... Mamá me ha dicho que llamó Milo. Hablaremos por videoconferencia esta noche así que... Necesito que vayas a mi casa a por mi portátil... —repuso el motero exhalando un suspiro. Si un puñado de palabras lo dejaban tan exhausto, la videoconferencia duraría lo que un suspiro.

Owen le dio a beber un poco de agua pensando que algo no estaba funcionando bien en aquella extraña conversación. Entendía la preocupación de Conor por su moto, pero esa información podía habérsela dado su madre por la mañana. Más aún, podía haberle pedido a ella que fuera a buscar el portátil y de esa forma también se habría librado de su insistencia.

—Sí, no te preocupes. En cuanto vuelva Susan, me ocupo del portátil.

Después de beber varios sorbos pequeños con la pajita, Conor se sintió preparado para acometer la parte delicada de sus peticiones.

—Necesito que hagas algo por mí... Cuando tuve el accidente, iba camino del distrito joyero...

Owen frunció el ceño. Estaba al tanto del verdadero regalo de Navidad que Conor le había preparado a Nikki, pero pensaba que eso ya estaría resuelto.

—Tú dirás...

—Bueno, tenía una reunión por el asunto del anillo...

—¿Todavía está en la joyería? —preguntó Owen, cada vez más confuso.

Conor respiró hondo y apartó la mirada. Finalmente, asintió.

—Sí, no fui a recogerlo...

—A ver, hijo, me he perdido... La última vez que hablamos del tema, me dijiste que estaba pagado... ¿Qué es lo que ha pasado?

Que *no* había pasado habría sido una pregunta más adecuada, pensó el motero. Dudas, enfado, confusión, ira... Había pasado de todo, hasta le había dado tiempo de estamparse contra una marquesina.

—Es que con el tema de la pelea, no me preocupé de ir a buscarlo... Y ayer me llamaron por la mañana... Quedé en ir a hablar con ellos. Necesito que llames y expliques lo que ha pasado. Iré a verlos cuando me den el alta.

—¿Hablar de qué?

La expresión en el rostro de Conor fue suficiente respuesta para Owen.

—¿Ibas a devolverlo? —preguntó asombrado.

Que Conor no respondiera a la pregunta hizo las veces de respuesta a las mil maravillas.

—¿Pero por qué? —continuó Owen, sin poder evitarlo.

Conor tampoco respondió esta vez. Cerró los ojos y respiró hondo varias veces.

—Diosss... Me duelen hasta las pestañas, papá, ¿sería mucho pedir que hicieras lo que te digo, sin más?

Owen se tragó su disgusto y mostró las manos en un gesto de rendición.

—Como quieras, Conor.

—Gracias —repuso el motero, que exhaló un suspiro y cerró los ojos, agotado.

En Ginebra...

Nikki apenas dio un sorbo al café y de inmediato, lo vertió por el sumidero de la máquina. Entre el susto, la noche sin dormir, y las exigencias del nuevo trabajo se sentía completamente superada. Hasta el agua le provocaba náuseas. Lexi, que estaba al tanto de los sucesos acaecidos en la vida de su amiga, había aprovechado la hora de la pausa para el café para acercarse a ver qué tal seguía. Le bastó con verla a distancia para saber que estaba incluso peor que cuando la había visto por última vez esa mañana, al llegar al trabajo.

—Te preguntaría qué tal estás, pero me da miedo conocer la respuesta

—dijo Lexi al tiempo que besaba la mejilla de su amiga.

Nikki esbozó una sonrisa de compromiso.

—Hola, Lexi... ¿Qué haces aquí?

—He venido a tomar un café con mi amiga y a ver qué tal está...

—No sé, el café no te lo recomiendo, y en cuanto a la amiga... Creo que está tan mal como el café.

—¿Has sabido algo más de Conor?

Se mantenía al tanto de cómo evolucionaba el paciente a través de su padre, al que estaba volviendo loco a llamadas y mensajes, porque aunque lo que se moría de ganas de hacer era hablar con Conor, sabía que no podía ceder a la tentación.

—Está mejor. Dolorido, pero parece que las heridas están bien y los estudios que le han hecho no muestran más daños... Por lo visto, si sigue así, el lunes lo dejarán volver a casa.

Lexi apretó cariñosamente la mano de su amiga.

—Eso es bueno. Me alegro mucho de que todo se haya quedado en un susto, aunque el pobre debe estar superdolorido... Esas abrasiones que se hacen los motoristas son muy dolorosas...

Nikki asintió, pero no añadió nada más.

—¿Y aparte de muerta de sueño y medio descompuesta, como estás, cielo? —le preguntó Lexi con cariño.

—En resumidas cuentas, hecha un lío. Ese es el problema.

—¿Y eso por qué?

—Porque a nivel emocional es como si hubiera retrocedido una semana —admitió Nikki con la voz quebrada, provocando que Lexi le tomara una mano y la apretara cariñosamente—. Y lo sabía... Sabía en el momento en el que me subí a ese avión, que el regreso sería muy malo. Y quise hacerme la dura, de hecho, le dije a mi padre que no viajaría a Londres... Pero se me venía el mundo encima pensando en que podía pasarle cualquier cosa y que yo estaba a miles de kilómetros... —la muchacha exhaló un suspiro y guardó silencio.

—Pero él está bien, Nikki. Ya ha pasado el mal trago...

—Para mí, no. Para mí, no... Volver a verlo lo ha removido todo...

Todo. Lo echo muchísimo de menos y ahora con esto, más... Pero también sé que nuestros problemas son reales y que es mi amor por él lo que me hace sentir de esa manera. En realidad, no ha cambiado nada... Si cedo y lo llamo, volveremos a estar igual que antes, y eso ya no me vale. Pero la verdad es que aquí me estoy volviendo loca...

Lexi estrechó a su amiga.

—Cálmate, *cari*, se te pasará. Sea lo que sea que decidas, bien decidido está, pero ahora es mejor que no pienses en nada... Estás sin dormir, sin comer, con los nervios de un trabajo nuevo y el susto que te has llevado con el accidente... Déjalo estar, ya verás como todo se va a resolver...

Nikki, al borde del llanto, recibió con alivio el cariño que le ofrecía su amiga.

—Ahora concéntrate en lo más inmediato. Te quedan dos horas por delante para acabar el día de hoy. Y cuando llegue la hora, yo te estaré esperando en la puerta y nos iremos para casa. Chris está trabajando y hoy el plan es noche de sofá y peli para chicas, de esas bien lacrimógenas —Lexi buscó la mirada de su amiga—: ¡Recuérdame que paremos a comprar Kleenex?

A Lexi la alivió ver que su ocurrencia hacía sonreír a su amiga.

En el hospital donde estaba internado Conor, mientras tanto...

Amy y Niilo se habían pasado toda la mañana enviándose mensajes. El accidente de Conor suponía un importante retraso en la atención de los pedidos, que Dakota había venido a ayudar a resolver. Y aunque no lo hacía tan bien como Conor, Niilo tenía que reconocer que el tipo era muy apañado. Amy había tenido un día tranquilo, con papeles y gestiones telefónicas que se habían quedado retrasadas por el viaje a Estados Unidos. Pero el hecho de que la cosa fluyera entre los dos, los animaba a ambos. Él, definitivamente, había conseguido acaparar la atención de Amy, que ahora estaba decidida a descubrir si él era tan bueno en realidad como parecía

El móvil de Niilo volvió a sonar indicando que tenía un mensaje.

Suponiendo que sería de Amy, lo agarró con una sonrisa. Leyó:

"¿Qué haces, motero?"

"Estoy a punto de ir a buscarte", tecléo Niilo con rapidez. Dejó el móvil sobre la máquina, echó la moneda en la ranura, hizo su selección, y se quedó esperando que la máquina le dispensara el café, al tiempo que espiaba la pantalla del móvil con una sonrisa.

La respuesta, sin embargo, no le llegó en forma de un mensaje.

—Mmm... Café, qué rico, ¿me puedo pedir uno? —dijo Amy, asomando su cabeza por el costado del motero, que se echó a reír.

—Vaya, qué sorpresa... Claro que te puedes pedir uno, ¡marchando un café!

Se miraron sonrientes, expectantes. Ninguno de los dos se preocupaba ya por disimular lo mucho que disfrutaban sorprendiéndose mutuamente.

—¿Con que ibas a buscarme, eh?

Niilo le entregó el café que iba a ser para él, y volvió a meter una moneda en la ranura.

—Sí, iba a buscarte después de tomarme el café, para ir bien espabilado...

Amy lo miró por encima del borde del vaso, su mirada pícaro lo hizo sonreír y menear la cabeza.

—¿Qué, anoche no pudiste dormir pensando en la estupidez que habías

hecho marchándote sin subir e intentar seducirme? —lo pinchó ella.

Mejor que no se lo recordara. Todavía ahora tenía ganas de darse la cabeza contra la pared.

—Fue muy estúpido, ¿a que sí? —admitió Niilo, y la vio asentir con una sonrisa que acabó en carcajada.

—Ayyyyy, motero... Eres un caso clínico.

—Pero te gusto. Y en el fondo, también te gustó que no subiera —dijo él, tanteándola.

Mientras Niilo sacaba su café de la máquina, ella aprovechó para mirarlo a gusto. Tenía esa expresión divertida, como el que está siempre a punto de sonreír. Y sí, claro que le había gustado. Era la primera vez en toda su vida que un hombre declinaba una invitación para subir a su casa, en vez de echarse encima, como hacían todos. Admitirlo en voz alta era otra cuestión.

—Anda, tómate el café y vámonos a cenar, que estoy muerta de hambre... —Fue la respuesta evasiva de Amy, que a Niilo le confirmó que, en efecto, estaba en lo cierto.

Tras acabar sus respectivos cafés y despedirse de los amigos que estaban allí visitando al accidentado, la pareja puso rumbo al centro de la ciudad a bordo de la moto Niilo.

—Me disculpo por haberte traído a un italiano, con todo lo que hay para elegir en esta ciudad, pero tantos años junto a Abby me han aficionado a la comida italiana. Hasta el punto que cuando tengo mucho hambre, lo primero que aparece en mi mente es una lasaña... Es que no sabes lo bien que cocinan la madre de Abby y sus tías. Esas mujeres tienen una mano...

—Sí, lo sé. La he probado.

—¿En serio?

Niilo asintió.

—Si, Abby también cocina muy bien.

—Pues yo no, a mí la cocina se me da fatal.

—¿Por qué tendría que dársete bien? Yo también soy horrible en la cocina, pero habiendo restaurantes o sitios de comida para llevar, ¿dónde está el problema?

—Me gustas, chico —dijo ella sonriendo.

—A pesar de que no haya intentado seducirte...

Ella continuó sonriendo, pero no respondió a la pregunta.

—Lamento haberte seguido hasta tu casa y también lamento que el motero que te siguió fuera la mitad de lo que normalmente es...

La mirada de Amy se tornó interesada. No esperaba que él volviera a sacar ese tema y no pudo evitar preguntarse por qué lo estaba haciendo.

—Estabas preocupado por Conor. Es normal. No tienes que disculparte. Por no intentar seducirme sí, eso no fue nada normal, pero ya tendrás tiempo de ganarte mi perdón en ese tema —Amy le obsequió una sonrisa *sexy*—. Espero...

Los ojos del motero brillaban como dos antorchas en la oscuridad. Los de Amy no se quedaban atrás. Intercambiaron miradas intensas durante un momento y él decidió sincerarse con ella.

—Mi padre murió hace poco más de un año... Pasó en ese hospital cerca de dos semanas, en las últimas —explicó—. Me removió que a Conor lo llevaran justamente ahí... Otra estupidez, está claro.

—Ay, lo siento —dijo Amy al tiempo que se llevaba la mano a la boca, lamentando haber tomado a broma algo que, en realidad, tenía razones mucho más profundas.

Él se apresuró a quitarle hierro al asunto.

—No, qué va, no lo sientas. Ahora estoy perfectamente. Dispuesto a ganarme tu perdón —dijo, haciéndole un guiño.

Y le encantó ver como aquellos labios rojo carmín se curvaban en una sonrisa hermosa y muy, muy cómplice.

Madrugada del miércoles 6 de enero de 2010.

Casa de Pau Estellés,

Ciudadela, Menorca.

Incapaz de dejar vueltas en la cama, Pau se repantigó en el sofá frente al gran ventanal que daba al casco antiguo, a oscuras. Sin darse cuenta, un instante después seguía dándole vueltas al mismo tema que le estaba impidiendo dormir. Su mente, obsesivamente, volvía una y otra vez a la última conversación que había mantenido con Tina, provocándole sentimientos que no deseaba tener.

Según su madre, Tina era la horma de su zapato. Y ya tenía mérito viniendo de alguien que jamás había visto con buenos ojos a ninguna de las mujeres que se le habían acercado a lo largo de los años. Su padre también opinaba lo mismo. Y ambos estaban convencidos de que era él quien no estaba manejando bien el asunto. “Eres muy frontal”, le había dicho su padre. Pau no entendía a qué se refería. Le había fastidiado sobremanera lo que ella le había dicho. Y todavía más, las formas que había empleado para hacerlo. Su tono, sus palabras, haberlo interrumpido... ¡Si hasta le había colgado! Sencillamente, le parecía inaceptable y cada vez que lo pensaba, su indignación subía un poco más alto.

Para seguir, lo que decía no era cierto. Posiblemente, estuviera falto de entrenamiento en las lides amorosas, pero seguía siendo un hombre capaz de darse cuenta cuando despertaba el interés de una mujer. Y como a toda mujer,

a Tina le agradaba recibir sus halagos y sus atenciones. Pero era amiga de Andy, seguramente estaría al tanto de su monumental metedura de pata, y había respondido de esa manera.

Craso error.

Pau se puso de pie decidido y fue a su habitación a buscar el móvil.

“No puedes tratarme así”, pensó el menorquín, “y si has creído que te lo voy a permitir, estás muy equivocada”.

## **Episodio 9**

Miércoles 6 de enero de 2010.

En un centro de negocios,

Mahón, Menorca.

Dylan todavía no acababa de creer que aquella reunión estuviera teniendo lugar. Desde la mañana temprano, que se había levantado harto de dar vueltas en la cama, tenía la sensación de que en cualquier momento iba a sonar su móvil para anunciarle que algún problema de última hora cancelaría la reunión. O la pospondría indefinidamente. Intentaba restarle importancia al asunto diciéndose que si las cosas no salían bien, daría igual; él continuaría con su vida, media semana en un país y el resto en otro, hasta mediados de marzo.

Pero no había habido cancelación ni retraso y, en cambio, sí había

habido una asistencia inesperada; con quince minutos de adelanto, tres limusinas se habían detenido frente a la entrada del centro de negocios de las que Dylan, que miraba desde la ventana del primer piso, había visto salir un nutrido grupo de túnicas blancas escoltando al jeque Mukhtar al-Alabbar, cuya presencia en Menorca no había sido anunciada. Entre la comitiva estaba el único hombre vestido al estilo europeo, que reconoció al instante. Se trataba del representante legal del grupo, el abogado Zaquib Abdul Wahid, una de las personas con las que había mantenido la reunión en Barcelona, el domingo siguiente a la boda de Dakota.

Tampoco había habido malos entendidos, ni reticencias por ninguna de las partes. La reunión, que se desarrollaba en inglés sin la intervención de intérpretes, estaba exponiendo en detalle el proyecto balear de los saudíes en un ambiente distendido en el que fluían las preguntas y las respuestas. El jeque Mukhtar al-Alabbar seguía con atención las distintas exposiciones, y de tanto en tanto, hacía consultas en voz baja a su secretario personal, otro hombre de gran envergadura ataviado al estilo árabe, sentado a su lado.

Tal como le había avanzado Clinton, el proyecto saudí en suelo español reproducía a pequeña escala el que Dylan había conocido durante la reunión en Barcelona, y dado que él ya le había dado el visto bueno desde un punto de vista técnico, en esta ocasión las consultas habían versado sobre aspectos

legales y de logística.

Había habido gentileza en todo momento, alguna que otra broma por parte del equipo español representado por Lucía Oriol Martí y dos de sus hermanos, directivos del Grupo Inmobiliario Martí, respecto a que las dimensiones en Baleares no eran ni de cerca las habituales en Arabia Saudí. Clinton Rowley, por su parte, había intervenido en los momentos adecuados para evitar que la conversación se desviara del propósito principal —que saudíes y españoles llegaran a un acuerdo lucrativo ya que eso aseguraría sus propios beneficios—, y con su elegancia habitual había sido el moderador perfecto.

Excepto por el traje con chaleco que no veía la hora de quitarse, Dylan se había sentido en su salsa. Lo que allí se exponía era de la clase de proyectos que le interesaban porque suponían un desafío tecnológico y, además, sucedería en Baleares, lo cual implicaba que si salía adelante, lo tendría todo: a su chica y a su trabajo ideal en el rincón más fabuloso del mundo.

—Sugiero que nos tomemos un mes para estudiar a fondo la propuesta y su viabilidad legal en territorio español —propuso Lucía Oriol.

—Por supuesto. Mientras tanto seguiremos en contacto. Estoy a su disposición para cualquier consulta —dijo el abogado, extendiéndole su

tarjeta de visita.

—Lo mismo por mi parte —añadió Clinton Rowley.

Dylan decidió en aquel momento que no se arriesgaría dejando en el aire un asunto tan importante para él. Confiaba en el padre de Evel, pero quería oírlo con sus propios oídos.

—A mí me gustaría decir algo antes de que todos los implicados se pongan a trabajar...

Notó de inmediato que la mirada del jeque, que lo había seguido intermitentemente durante toda la reunión, volvía a centrarse en él, esta vez sin pausas.

Y no fue la única; las miradas de todos los presentes en la sala confluyeron en Dylan ya que sabían que, a pesar de haber intervenido en contadas ocasiones, el hombre de cabeza rasurada y gran envergadura era una pieza clave en las negociaciones.

—El proyecto original me interesó en cuanto supe de él, hace unos meses, en Barcelona. El que Zhaquib nos ha presentado hoy es casi idéntico, así que también me interesa y me gustaría tomar parte en él siempre y cuando se desarrolle aquí, en las Islas Baleares. No tengo previsto cambiar de residencia ni ahora ni en el futuro. Si esto queda claro y ambos grupos llegan a un acuerdo, por mi parte podemos seguir hablando. De otra forma, les ayudaré a encontrar otro ingeniero que se encargue de la domótica.

—Por supuesto, Dylan, me pediste que lo dejara claro y lo he hecho, ¿verdad? —intervino Clinton Rowley, mirando al representante legal del grupo saudí quien asintió con la cabeza. A pesar de su sonrisa, Dylan tuvo la certeza de que al padre de Evel no le había gustado que sacara ese tema a relucir.

“Lo lamento, colega, pero para mí la pasta no es lo único que cuenta”, pensó el irlandés.

—En efecto. Clinton nos lo ha dejado muy claro, pero, imagino que usted contará con el hecho de que intentaremos hacerle cambiar de idea — repuso Zaquib Abdul Wahid amablemente.

—No soy de los que cambian de idea, pero allá ustedes. Les deseo suerte —señaló el irlandés con humor.

Cuando ya había sonrisas entre los asistentes y el ambiente había empezado a relajarse nuevamente después del comentario de Dylan, se oyó, por fin, la voz del jeque.

—¿Por qué?

La pregunta tomó a todos desprevenidos. El hombre a la cabeza del grupo inversor más importante de Arabia Saudí acababa de formular la pregunta más directa y, a la vez, más simple de todas cuantas se habían hecho aquella mañana.

Dylan no tuvo que pensarse su respuesta. En otros tiempos se habría reído de sí mismo ante la idea de decirlo en voz alta, pero ya no.

—Por la mejor razón del mundo, una mujer —repuso, y presencié como el asombro iba pasando de unos a otros. El jeque, en cambio, sonrió.

—Ay, el amor... —dijo el anciano.

Dylan asintió.

—Por cuestiones familiares, ella no podría acompañarme, aunque seguro que le encantaría, y ni todo el oro del mundo conseguirá hacerme cambiar de idea. Quiero que este tema quede absolutamente claro desde el principio.

Entre los hombres había sonrisas y alguna mirada pícara. También alguna molesta, como la de Clinton Rowley para quien los negocios y el dinero ocupaban dos de los tres lugares más importantes de su vida. Pero la mayor asombrada, con mucho, había sido la única mujer presente en la sala de reuniones. Lucía Oriol Martí pertenecía al mundo de los negocios y aunque esa posición que Dylan defendía la había visto en algunas ocasiones, siempre habían sido mujeres las que la defendían. Altos cargos directivos, empresarias, mujeres que se esforzaban por conciliar su vida profesional y su vida personal, haciendo grandes sacrificios y renunciando. Pero en sus cuarenta años como empresaria, esta era la primera vez que lo veía en un hombre. Y que se tratara de aquel hombre en particular había supuesto una

gran sorpresa.

Dylan fue totalmente consciente de su mirada. Pensó que de haber sabido antes el efecto que tenía en ella que él reconociera indirectamente que no había nada más importante que Andy, lo habría dicho mucho antes, sólo con tal de ahorrarse problemas.

Sin embargo, la nota final volvió a correr a cargo del jeque, quien tras ponerse de pie, obligando a que todos los demás hicieran lo mismo al instante, estrechó la mano de Dylan.

—En ese caso, voy a pedirle algo. Quiero conocerla. Quiero conocer a esa persona que es tan importante para usted —sentenció el anciano.

Dylan pasó de la sorpresa a la carcajada en un momento sólo con imaginar la cara que se le quedaría a Andy cuando se enterara.

Neus siguió con la mirada a su sobrina de la puerta que comunicaba con la cocina a la puerta que conectaba con las habitaciones, y vuelta. Llevaba así desde hacía hora y media.

—¿Quieres hacer el favor de dejar de ir de aquí para allá como un pollo sin cabeza?

Andy paró en seco, se dio la vuelta con cara de circunstancias y fue a tomar asiento junto a su tía y su madre en el sofá.

—Ay, lo siento... Es que estoy tan nerviosa...

Anna le pasó un brazo alrededor de los hombros y la estrechó contra ella.

—No estés nerviosa, cariño. Verás como todo sale bien.

—¿Cómo no voy a estar nerviosa? ¿Te has dado cuenta de lo que has dicho? Es fundamental que esa reunión vaya bien, mamá... Es la forma de que deje de sentirme culpable por ser la causa de que Dylan tire por la borda la oportunidad de su vida...

—Eh, ¿qué dices?... —la reprendió su madre—. De eso nada. No tienes por qué sentirte culpable, porque él, está claro, no tiene ningún problema con la decisión que tomó. Además, si no es esta ocasión, será cualquier otra. Cuando hay talento, más tarde o más temprano, las oportunidades llegan. Así que, por favor...

Andy exhaló un suspiro, y justo en ese momento el móvil vino a rescatarla de su desesperación.

—Ay, calvorotas, por favor, dime que todo ha ido sobre ruedas...

Todavía en el centro de negocios, y todavía con la sonrisa en la cara, Dylan tranquilizó a su chica.

— *Sí, de momento la cosa marcha...* —Un ataque de alegría en forma de exclamaciones y risas lo interrumpió. Dylan esperó hasta que ella se calmó para volver hablar—. *Pero hay un problemita.*

—Ya estamos... ¿qué *problemita*?

Dylan ya estaba sonriendo antes de decirlo.

— *Quiere verte.*

Andy se quedó en blanco. Frunció el ceño y dijo lo primero que le pasó por la cabeza:

—¿A quién?

Las carcajadas le anunciaron que su novio se estaba partiendo de risa en su oreja.

En efecto, el irlandés se estaba tronchando porque aunque no la estaba viendo, podía haber descrito con lujo de detalles lo que estaba sucediendo a dos horas en coche de donde se hallaba.

— *¿Cómo que a quién? A ti. El jeque quiere conocerte a ti* —vocalizó

Dylan, haciendo las debidas pausas.

—¿Estás de broma? ¿Quién quiere verme? —logró decir Andy al tiempo que saltaba del asiento ante las carcajadas de Anna y Neus.

— *El jeque en persona, preciosa. Admito que es una petición de lo más rara para hacerla en una reunión de negocios, pero no es ninguna broma.*

*Quiere conocerte.*

—Joder. —Fue todo lo que salió de la boca de Andy antes de que Dylan empezara carcajearse otra vez.

Los siguientes veinte minutos fueron una locura. Mirarse como iba

vestida, correr a su habitación seguida por su madre y su tía, abrir el armario y darse cuenta de que seguía igual de perdida que antes. Al final, Anna se había ocupado de poner sobre la cama unos vaqueros, un jersey coqueto y unas botas de caña alta, prendas con las que al final había aparecido en el restaurante Sa Badia, lugar propuesto para el encuentro.

Pero no lo hizo sola, las mujeres de la familia fueron con ella. En el intermedio habían llegado Danny y Roser de pasear a Luz y se les habían unido. La comitiva de empresarios menorquines y saudíes lo hicieron poco después, acompañados de Dylan y Clinton Rowley.

Habían comenzado las presentaciones mientras Andy planeaba con su tío cómo hacer frente a un grupo de dieciséis invitados en un restaurante que todo el año tenía la agenda de reservas al completo. Pau demostró nuevamente que era el verdadero hacedor de milagros del grupo Estellés, decidiendo habilitar la terraza climatizada para cuyo servicio organizó rápidamente al personal. Andy se dirigía al baño a dar rienda suelta a su nerviosismo en privado, cuando se cruzó con Danny.

—¿Dónde estabas? Dylan lleva rato buscándote —El muchacho le entregó a Luz—. Quédatela un momento que tengo que ir al baño.

—¡Hola, hola, hola, ¿cómo está la cosa más preciosa del mundo?!

¿Vamos a buscar a Dylan? ¿Te vienes conmigo? —le dijo a la pequeña que

enseguida enseñó sus encías.

Cuando Andy regresó al salón, Dylan fue a su encuentro.

—Te daría un morreo en condiciones, pero a estos árabes no les gustan los tocamientos públicos —bromeó, intentando quitarle tensión al momento.

Andy estaba pálida, parecía a punto de desmayarse de los nervios.

Acarició la cabecita de Luz y ella intentó agarrarle la mano.

—Dios mío, Dylan... Creo que tengo hasta taquicardia... ¿Estoy bien?

—le preguntó en voz baja.

A la mierda el sentido del pudor saudí, pensó él, que se inclinó y la besó en los labios.

—Preciosa, creo que no se lo preguntas a la persona indicada. Para mí, siempre estás para comerte.

Luz estropeó el momento romántico intentando darle un manotazo a la calva del irlandés.

—¡Eh!, ¿tan pequeña y ya zurrando a los pretendientes? —dijo Dylan tomando la pequeña manita y depositando sobre ella un beso que hizo reír a

Luz.

—Venga, pasemos ya por el mal trago y quitémoslo del medio, preséntame a tu jeque —lo animó Andy.

La pareja se dirigió hacia donde estaba el jeque conversando con Pau y con Lucía Oriol, rodeado por su séquito. Andy lo distinguió al instante.

Además de su edad, era el de aspecto más mayor, vestía un sobre-abrigo color crema con ribetes dorados encima de su impecable túnica blanca. Tan pronto Dylan se acercó al grupo, la mirada del anciano se centró en la joven que le acompañaba portando una niña en brazos.

—Quería conocerla y aquí la tiene, ella es Andy —Dylan no se molestó en disimular el orgullo que lo llenó en aquel momento—. Él es el jeque Mukhtar al-Alabbar, preciosa.

—Encantada de conocerlo —dijo ella. El anciano inclinó la cabeza en una reverencia gentil.

Y como solía suceder cuando había niños de por medio, fue Luz quien puso el momento de distensión, manoteando el pañuelo de la cabeza del jeque, esta vez con éxito.

El “momento pañuelo del jeque” había sido violento en un primer momento, y sumamente divertido los siguientes, ya que el anciano había acabado riéndose el primero mientras acomodaba su *ghutra* con la ayuda de su secretario. El siguiente momento de tensión lo produjo el nerviosismo de Andy que, a pesar de su sentido del humor, se sentía bastante superada por la situación. Tenían a doce árabes en la planta terraza, todo el servicio alborotado, una cocina de autor especializada en platos mediterráneos y sin la menor idea de qué comían y bebían los árabes ya que no eran la clientela habitual.

—Joder, es que hoy no hay nada vegetariano en la carta... El plato del chef es de ternera, ¿no es eso lo que no pueden comer los árabes? —dijo Andy, totalmente atacada de los nervios.

Dylan soltó una carcajada y la abrazó sin poder evitarlo.

—Oye, no te rías, que esto es un problema... Vienen a comer al restaurante más icónico de la isla, y se van a ir a base de cacahuets y patatas fritas de bolsa... ¡Vamos a hundir el prestigio del Sa Badia en una sola comida!

—Que no, preciosa, que lo que no pueden comer es el cerdo.

—¡Ah, Dios, menos mal! —exclamó Andy—. Vale. Que no cunda el pánico... Me voy a la cocina a decirles que vayan sacando los aperitivos.

Al final, los árabes habían comido, habían bebido, la conversación había fluido como si no existieran diferencias sociales tan grandes entre un grupo y otro, y a los postres, el jeque y su representante legal en Europa, se las habían arreglado para monopolizar a Andy.

A Dylan también lo habían monopolizado. En su caso, los Martí y el propio Clinton Rowley que se habían puesto a comentar diversos aspectos del proyecto saudí. Él estaba ansioso por encontrar el momento de apartarse de la conversación.

—Si me permites, voy a rescatar a Andy —dijo Dylan en cuanto vio la ocasión al tiempo que señalaba con la vista al grupo que todavía sentado a la

mesa le daba conversación a su chica.

—Sí, claro, ve —dijo Clinton.

Lucía esbozó una sonrisa. La primera que Dylan recordaba haber visto en aquel rostro dueño de tanto carácter como belleza.

—Yo que tú no me preocuparía mucho. Si algo sabe hacer muy bien nuestra querida Andy es desenvolverse con la gente. Es una artista en ese tema.

Dylan agradeció el comentario con un gesto de la cabeza y puso rumbo hacia al extremo de la mesa donde estaba Andy. Ella no disimuló su alivio al verlo aparecer.

—Hola, Dylan... Ya te echaba de menos... —le dijo con una sonrisa nerviosa.

—Sí, lo siento, es que estaba resolviendo unas dudas técnicas... —Y dirigiéndose al jeque, añadió—. Bueno, y ahora que ya la ha conocido, ¿qué opina?

Andy pasó de la palidez al color rojo gamba cocida.

—¡Pero Dylan, cómo haces esa pregunta!

El anciano esbozó una sonrisa paternal. Asintió repetidas veces con la cabeza.

—No, no se apure... Si yo estuviera en su lugar, también querría

conocer la respuesta... —El jeque miró a la pareja con una sonrisa pícar—. Es una muy buena razón, sin duda. Y ahora, si me lo permite, voy a aclararle a su novia a qué me refiero.

Desde luego, no le vendría nada mal que alguien le aclarara de qué iba todo aquello, pensó la muchacha. Vio que Dylan asentía con la cabeza. —¿Sabía usted que le hemos ofrecido una fortuna por ir a Dubái para hacerse cargo de un proyecto que le daría renombre internacional, y que él ha declinado? —Los ojos de Andy se desplazaron, visiblemente afectados, a Dylan que le hizo un guiño. El jeque continuó—: Lo ha hecho, señorita. Lo ha hecho por usted. Por eso quería conocerla. Le aseguro que no es nada frecuente que recibamos este tipo de respuestas, así que imaginé que debía tratarse de una razón muy importante. Sin duda, lo es.

Los ojos de Andy brillaban de forma perceptible. De pronto, se le había cerrado la garganta y la emoción subía en oleadas sin que ella pudiera evitarlo. Sus ojos ya estaban vidriosos cuando se posaron sobre los de él. “Te amo”, decía el mensaje que Dylan leyó en ellos.

## **Episodio 10**

Sábado, 9 de enero de 2010

Restaurante Sa Badia

Ciudadela, Menorca.

Ciro se dirigió a la barra en la que Andy y Dylan disfrutaban de una cerveza como si fueran un cliente más, dejó caer la cabeza hacia adelante, al tiempo que exhaló un suspiro.

—Os juro que cuando llegue el lunes estaré de vacaciones sí o sí. Ya no puedo más. Menuda semanita, menudo mes de diciembre, menudo año... — exclamó el chef, haciendo que Andy le frotara cariñosamente la cabeza.

En efecto, la semana de vacaciones previstas se había truncado en Año Nuevo debido a la persistente gripe de su primer chef, lo que lo había obligado a viajar a Barcelona con urgencia para sustituirla. Y ahora, que el restaurante catalán volvía a la normalidad, su querido tío viajaba a Barcelona para cumplir la promesa que le había hecho a su hija Alba de ir a visitar a sus abuelos maternos a quienes echaba mucho de menos. Eso, unido a que había dejado a su padre a cargo del restaurante menorquín, completaba un cuadro desesperante.

—Bueno, no te quejes, te ha dejado a tu abuelo supervisando el restaurante —se burló Andy, que sabía que la relación de Ciro y Francesc no era buena, sobre todo a nivel laboral. Según Francesc Estellés, Ciro Montaner era un gran chef pero, como la mayoría de los creativos, carecía de ímpetu empresarial.

Ciro le echó una mirada a Dylan.

—Mírala, qué divertida está hoy tu novia.

—Es una broma, Ciro, no te lo tomes a mal... —dijo Andy.

Mientras el chef se servía una cerveza, recordó que había oído algo en la cocina.

—Oye, ahora que me acuerdo, ¿sabes tú de qué van las entrevistas de Pau?

Dylan y Andy intercambiaron miradas, pero ella prefirió jugar a hacerse la desentendida a ver si averiguaba lo que sabía su primo sobre el tema.

—¿A qué entrevistas te refieres?

—No lo sé. Por lo visto, le ha pedido a Pere que doble turno la semana que viene mientras yo estoy de vacaciones y lo sustituya en la barra porque él estará ocupado haciendo entrevistas.

—Bueno, quizás esté intentando sustituirme a mí —dejó caer Andy al tiempo que le hacía un guiño a Dylan.

Ciro volvió a apoyar la jarra de cerveza y miró a su prima fijamente.

—Si es una broma, te advierto que es de muy mal gusto —sentenció el chef para quien aquel restaurante sería sencillamente una casa de locos si no fuera por las dotes organizativas de su prima.

La expresión en el rostro de la muchacha le informó que no se trataba de una broma.

—Acabas de joderme las vacaciones —dijo el chef con cara de

desesperación—. Porque me las pasaré pensando en el desastre que encontraré cuando regrese y tú ya no estés. ¿Lo dices en serio, te vas?

Andy asintió con una sonrisa porque, a pesar de que para su primo supusiera un sufrimiento, para ella era un sueño.

—Sí, tengo mi propio proyecto, y aunque recién he empezado con él, la cosa marcha. Nos hemos pasado toda la mañana pidiendo presupuestos, ¿no, Dylan?

—¿Se puede saber de qué estás hablando? —dijo Ciro, apoyando los codos sobre la mesa, sumamente interesado.

Andy le relató en qué consistía el gran proyecto que la tenía ilusionada desde hacía varios días. El chef, que no salía de su asombro, seguía cada vez más interesado el relato de aquella noticia inesperada.

—¿Un gimnasio? ¡Me parece una idea fantástica! Aunque... no puedo imaginarme cómo se lo habrá tomado Pau —dijo, como si hablara consigo mismo, pero al instante se corrigió—: Qué digo, claro que puedo imaginármelo... Seguro que organizó un show.

—Bueno, sí, está claro que no fue una buena noticia para él, pero todos somos reemplazables. Seguro que encontrará a alguien mucho más capaz y deseoso de ocupar ese puesto que yo.

—Me tienes alucinado, chica. Si te digo la verdad, pensé que te dejarías

seducir por las ventajas de ser miembro de una familia tan importante como la nuestra. Especialmente, después de lo dura que fue tu vida en Londres...

—Ciro apretó la mano de Andy. Vio que Dylan asentía enfáticamente, mostrando su acuerdo—. Mira, al margen de cómo se lo tome el tío Pau, creo que haces muy bien abriéndote paso por ti misma. Es una idea fabulosa lo del gimnasio y aunque no lo fuera, da lo mismo. La cuestión es hacer lo que a uno le apasiona. Me alegro un montón por ti, Andy... —Hizo un mohín tristón—. Pero no por mí, esto se convertirá en una locura cuando no estés...

—Seguro que quien escoja para sustituirme lo hará genial, Ciro.

—¿Y cómo planeas financiarte?

—Según Dylan hasta las lagartijas conocen mi abolengo, así que algún banquero encontrará que quiera financiarme.

—Seguro que sí —concedió Ciro—. Y seguro que al tío le interesa estudiar tu plan de negocio.

La joven torció la boca en un gesto dudoso. En su opinión, a ninguno de los dos le quedaban ganas de tener que vérselas con el otro. Ella, de hecho, seguía teniendo impulsos asesinos cada vez que se cruzaba con él. Sin embargo, dado que nadie de la familia estaba al tanto de lo sucedido en casa de Dylan, se guardó las reticencias para sí misma.

—¿Tú crees?

—Sí, deberías dárselo cuando lo tengas. Primero, eres de la familia y

para él eso es sagrado, y segundo, un gimnasio encaja con el tipo de negocios que interesan al grupo.

Andy miró a Dylan.

—Estoy de acuerdo —dijo él. En aquel momento su móvil empezó a sonar.

—Bueno chicos, os dejo, vuelvo a mi cárcel particular. Sed buenos. Que hoy está el gran cacique aquí. —Ciro echó una mirada a su abuelo que conversaba animadamente con un cliente antes de volver a perderse entre sartenes.

Dylan le enseñó el móvil a Andy con una sonrisa al descubrir que se trataba de su hermana. Ella lo celebró dando palmitas, feliz de que los hermanos siguieran en contacto.

La hermana de Dylan estaba tan ansiosa por compartir su noticia, que apenas oyó que él la saludaba, la soltó de carrerilla:

— *¿Estás sentado, hermanito? Porque la noticia que tengo que darte es de las que tumban.*

Dylan puso la llamada en manos libres para que Andy pudiera escuchar lo que decían.

—¿Una noticia de las que tumban? Uy, qué miedo me das... Venga, suéltalo.

— *¡Estoy en Londres!* —exclamó Shea.

—¿Cómo que estás en Londres?, ¿quieres decir por trabajo?

Shea le dijo que en efecto así era, y empezó a relatarle los acontecimientos de la semana. La última vez que habían hablado, aunque la familia estaba al tanto de sus planes, el tema todavía estaba en una nebulosa ya que la oposición era fuerte. Pero con el comienzo del nuevo año, ella había tomado la decisión de seguir adelante. Así se lo había comunicado a la familia e, inesperadamente, su hermana Erin se había subido al tren por lo que a su padre no le había quedado más remedio que dar el visto bueno. Cuarenta y ocho horas más tarde, las dos hermanas estaban en Londres y los papeles de constitución de la filial ya estaban en mano de los abogados.

—Chica, esto sí que es una sorpresa —dijo Dylan, animado. En realidad, él no tenía claro que su hermana lograra sobreponerse a la falta de consenso, menos aún que se lanzara en solitario. De alguna forma, siempre había tenido la impresión de que a sus dos hermanas les costaba tomar decisiones si no contaban con el apoyo paterno.

— *Ya lo creo, y te diré que haber estado contigo tiene mucho que ver en esta decisión. A mí desde el principio me ha parecido un plan perfecto, los asesores dicen que lo es, y cuando estuve contigo, a ti también te lo pareció... Creo que es hora de dar el salto y ver dónde nos lleva.*

—¡Muy bieeeeeen! Se supone que yo no estoy escuchando, pero lo estoy,

¡me alegro mucho por ti, Shea! —exclamó Andy.

— *Ya sabía que estabas escuchando... ¡Gracias, Andy!*

—Pero ¿donde estáis? ¿En un hotel? —preguntó Dylan.

— *Sí, de momento, sí. Esta semana nos pondremos a buscar algún piso o, quizás, una casita...*

—¿Os acordáis de que tenéis un hermano? —dijo Dylan.

— *Claro que nos acordamos, tonto... Pero no hace falta que invadamos tu casa... Es cierto que no me gustan los hoteles, pero no estoy sola, estoy con Erin.*

—Lo que no hace falta es que estéis en un hotel cuando mi casa está disponible. Hablaré con mi vecina para que os haga una copia de la llave.

— *Te lo agradezco mucho, hermanito... Gracias.*

—Vais a necesitar contactos —continuó Dylan—. A ver, ¿tienes dónde apuntar?

— *Ahora no, estoy conduciendo... Pero en cuanto pueda, te llamo y me das los datos. Me vendrán de perlas.*

—¿Está Erin contigo?

— *No, ella se quedó hablando con los asesores, yo me he ido a recoger el coche de alquiler. A ver si luego podemos pasear un poco por la ciudad...*

—Perfecto. Te va a encantar pasear por Londres.

— *Bueno, antes de dejaros, ¿me puedes pasar con Andy? Necesito*

*consultarle una cosita en privado* —dijo Shea.

Dylan le hizo un guiño Andy.

—¿Tramando cosas a mis espaldas con mi chica?

— *Que no, hombre, no te preocupes...* —Se rió Shea.

Andy tomó el teléfono y quitó el altavoz. Se alejó unos cuantos pasos para que él no pudiera oírla.

—Ya estamos a solas, cuéntame.

— *Hola, cuñada. ¿Todavía sigue en pie vuestro viajecito a Londres para Semana Santa?*

—Por supuesto. No pienso perdérmelo por nada. No sabes las ganas que tengo de volver a mi ciudad.

— *Genial. He estado pensando... ¿Qué tal si convenzo a mi padre para que venga a pasar la Semana Santa con nosotras y arreglamos, secretamente, claro, para que padre e hijo vuelvan a verse las caras? ¿Qué te parece? Voy a necesitar vuestra agenda al minuto porque se trata de darles una sorpresa... Seguro que si se lo decimos, alguno intentará evitarlo.*

Andy era todo una sonrisa. Le encantaba la idea de que padre e hijo volvieran a verse, especialmente después de saber cómo había sido su separación. Y estaba dispuesta a hacer todo lo que estuviera en su mano para que el encuentro tuviera lugar.

—¡Me parece una idea perfecta, Shea! ¡Ay, qué ganas...!

Tras acabar la conversación, Andy regresó junto a su chico a aprovechar las últimas horas que le quedaban con él, ya que al día siguiente Dylan regresaba a Niza para reincorporarse al trabajo.

Él le pasó el brazo alrededor de la cintura, acercándola a su cuerpo, y la besó ligeramente en los labios.

—Supongo que será perder el tiempo intentar averiguar de que habéis estado hablando, ¿no?

Andy asintió varias veces con la cabeza, se puso de puntillas, y le dio un beso en toda regla tras el cual, mirándolo a los ojos, añadió: “pero te va a encantar”.

Casa familiar de los Estellés,

Ciudadela, Menorca.

Mientras Andy y Dylan intentaban animarle el día a Ciro Montaner,

Anna también había tenido su sorpresa. Estaba sola en casa cuando sonó el timbre de la calle. Que tocaran el timbre descartaba que fuera alguien de la familia, pero lo último que Anna esperaba era encontrar a Jaume al otro lado de la puerta. Entre otras cosas, porque si no recordaba mal, él le había dicho que no regresaría hasta el domingo por la noche o el lunes. Y era sábado por la mañana.

—¿Me he perdido dos días y he amanecido en lunes sin darme cuenta?

—Fue el recibimiento de Anna.

Al hacerse a un lado para dejar entrar a Jaume, vio el vehículo que estaba parcialmente subido a la vereda.

—¿Es tuyo?

Él asintió, pero en vez de responder a la pregunta, se inclinó y depositó un beso en su mejilla.

—Vaya... Hola —dijo Anna un poco cortada.

—Dios, ¡qué ganas tenía de verte! —exclamó él y acto seguido, continuó con total normalidad—: Hola, sí es mi coche... Son mis cosas, y no, no te has perdido días, soy yo el que ha salido huyendo, desesperado por volver a Menorca.

Todo eso lo había dicho mientras entraba, volvía a cerrar la puerta y, tomando del brazo a Anna, empezaban a dirigirse hacia el interior de la casa bajo la mirada sorprendida de su dueña, que se preguntaba qué habría desayunado él para mostrarse tan locuaz y tan decidido.

—Hombre, dicho así, casi es una obligación que te diga que yo también tenía ganas de verte.... Sería una descortesía de mi parte no hacerlo —apuntó Anna con una sonrisa.

—¡Una descortesía imperdonable! —bromeó él.

Llegaron a la cocina, donde Anna se disponía a preparar café y él se

quitó su elegante cazadora y la colgó del respaldo de una silla.

—Bueno, cuéntame cosas —Y con esas, se apoyó contra la pared que formaba ángulo con la cocina mientras la miraba totalmente interesado.

—¿Que te cuente cosas? ¡Si llevamos hablando toda la semana! —dijo Anna riendo.

Se inclinó a buscar el café en el armario que había junto a la cajonera, pero no estaba allí. Continuó abriendo puertas hasta que al fin lo encontró en uno de los estantes de la hilera de muebles colgantes, donde lo había dejado su hijo que era quien se había ocupado del desayuno esa mañana.

Jaume, que no había apartado sus ojos de ella en ningún momento, se acercó y estiró el brazo para agarrarlo. Y Anna, de pronto, se sintió rodeada por aquel aroma inconfundible que la transportó treinta años atrás, trayendo a su recuerdo las emociones de entonces. Quiso disimular, quiso apartar sus ojos de aquel brazo fuerte, cuyos músculos se perfilaban a través del tejido de algodón. Él llevaba uno de sus polos de manga larga de estilo marinero, que realzaban el gran atractivo de un cuerpo que había ganado en fortaleza y en solidez con los años. Pero no pudo, y él se dio cuenta.

Jaume esbozó una ligera sonrisa cuando depositó el tarro de café sobre la superficie de fórmica, junto a la mano de Anna. La rozó deliberadamente, y los dos se estremecieron.

—Tu tarro —murmuró y al ver aquellas mejillas arreboladas y el brillo en los ojos de ese ser hermoso que llevaba media vida amando en la distancia, no pudo evitarlo. Se inclinó y besó su frente con ternura—. Eres una mujer increíble.

Ella no hizo el menor ademán de apartarse y durante un instante sus miradas se encontraron. Los dos fueron conscientes de que el tiempo había retrocedido, que no eran este Jaume y esta Anna, sino los de entonces. Él empezó a inclinarse lentamente hacia aquellos labios con una delicada capa de brillo rosado, que siempre lo habían atraído poderosamente. Anna no habría podido apartarse aunque hubiera querido. Y la verdad era que tampoco deseaba hacerlo. Los recuerdos habían regresado con tal fuerza que simulaban perfectamente la realidad. Hasta el punto de que Anna empezaba a pensar que era este Jaume, el de ahora y no el de entonces, quien estaba haciendo palpar su corazón.

Pero en esa casa, la del presente, Anna nunca estaba sola mucho tiempo. Las voces de Danny y de las hermanas se oían cada vez más claro a medida que se acercaban. Algo los había hecho regresar pronto.

Anna apretó cariñosamente la mano que se posaba sobre la suya.

—Ya vienen —murmuró un tanto incómoda.

Él respondió con una sonrisa tierna tras lo cual los dos volvieron a sus

posiciones originales justo antes de que los recién llegados entraran en la cocina.

Mientras tantos, a muchos kilómetros de Menorca...

Pau se echó un vistazo en la vidriera del edificio antes de continuar hacia el interior. Atravesó la gran recepción decorada con grandes pósters enmarcados de mujeres y hombres en plena forma, y fue directamente hacia la joven recepcionista, tan en forma como las mujeres de las fotos, que alzó la vista del teclado y le dio la bienvenida con una sonrisa.

—Buenos días, me llamo Pau Estellés, ¿podría avisarle a Tina Murphy que he llegado? —dijo el menorquín en su perfecto inglés.

—Sí, por supuesto. Si no le importa esperarla unos minutos, está acabando su clase, el señor también la espera —repuso la joven con mucha más amabilidad de la requerida para su trabajo al tiempo que señalaba a un hombre corpulento, entrado en años y en kilos, que de pie a escasos metros, lo miraba con interés.

Pau agradeció a la joven. Y vio que el hombre se acercaba.

—¿Estellés de los Estellés de Menorca? —le preguntó.

—Sí, soy Pau Estellés, de los de Menorca —repuso amablemente, ofreciéndole su mano al hombre—. ¿Nos conoce? ¿A quién tengo el gusto de saludar?

El hombre le estrechó la mano con fuerza.

—Claro que los conozco. Usted es el tío de Andy. Yo soy el padre de Tina, Ron Murphy, encantado.

Pau tuvo que esforzarse para mantener su asombro a niveles tolerables. Desde luego, era providencial que él se hubiera presentado en el gimnasio para encontrarse, nada más y nada menos, que con el padre de la entrenadora. Casi no podía aguantar las ganas de ver qué cara se le quedaría a Tina, cuando acabado su entrenamiento, llegara a recepción y los viera conversando animadamente. Qué pequeño era el mundo.

—Encantado de conocerlo, señor Murphy. Vaya coincidencia. ¿Ha venido a buscar a su hija? La semana pasada la tuvimos con nosotros en Menorca.

—Ya lo creo. Aunque parezca increíble, todavía no nos hemos podido ver más que un rato. Mi hija trabaja muchas horas los fines de semana. La pobre, no da abasto para organizar el resto de las cosas en su vida. Así que mi mujer y yo hemos venido para llevarla a comer.

—También mi sobrina me comentó que trabaja muchas horas... Pero eso puede estar a punto de cambiar muy pronto, ¿no? —El hombre asintió sonriendo—. Aunque a la hora de la verdad, cuando uno se convierte en empresario trabaja mucho más. Es duro, pero tiene muchas ventajas.

Al ver que el hombre fruncía el ceño, Pau se dio cuenta que Tina aún no

le había dicho nada a su padre de la propuesta de Andy.

—Yo me refería a que a principios de semana fue a hablar con sus jefes y les dijo que ya basta de horas extraordinarias y de sustituir todas las bajas. Era hora de que se plantara, porque desde hace seis meses la están volviendo loca... Pero ¿a qué se refiere usted con lo de convertirse en empresaria? — dijo Ron, intrigado.

—Por lo que veo, su hija todavía no se lo ha contado... En tal caso, por favor, no le diga que se lo he dicho —repuso Pau y comenzó a relatarle someramente la propuesta que Andy había hecho a Tina.

Justo cuando Ron Murphy, gratamente interesado por el tema, había lanzado su primera pregunta, intentando saber más, apareció su hija. Tina venía vestida de calle y acompañada de la nueva esposa de su padre. Se quedó cortada al ver quién estaba con él. Pau le regaló su mejor sonrisa y fue Ron quién hizo los honores.

—¡Hola, cariño, ¿pero has visto a quien tienes aquí?! —dijo el hombre alegremente.

Pau disfrutó como nunca de ver cómo aquellos preciosos ojos negros echaban chispas y el rostro de la entrenadora perdía la sonrisa. Casi pudo leer sus pensamientos y, en efecto, adivinó correctamente:

"Sí, mira qué suerte... Dadme un minuto que voy a vomitar y vuelvo".

## **Episodio 11**

Sábado, 9 de enero de 2010.

En un gimnasio de la ciudad,

Londres.

Después de dejar a su padre esperando en recepción, Tina condujo a Pau a un despacho vacío. Él no había perdido en ningún momento su papel de caballero, abriendo puertas y dejándola pasar primero, calentando el humor de la entrenadora.

Era su forma de ser, pero además Pau sabía que el efecto que causaba en ella era solo aparente. En el fondo, le gustaba. Era solo cuestión de tiempo que se diera cuenta. Ninguno de los dos era inmune a los encantos del otro. Tampoco a los sentimientos que despertaban en el otro. Se había presentado en Londres dispuesto a ponerle los puntos sobre las íes y había sido verla y aplacarse como por encanto. Lo que había sentido al tenerla ante sus ojos lo había desbordado. Y, en cierto sentido, lo había desarmado comprender que lo que en realidad deseaba con todas sus fuerzas era disfrutar de su compañía.

A Tina le había sucedido algo similar. Pero en su caso, le provocaba confusión. De ahí su reacción de llevarlo a un lugar donde estuvieran a solas. Llevaba deseando matarlo desde que se había enterado de lo que él le había

hecho a Dylan. Sus sensaciones físicas al volver a verlo, sin embargo, no se habían correspondido con el ambiente hostil de su mente. Había reparado en el innegable atractivo del menorquín, en su elegancia en el vestir, y en lo bien que le quedaba el cabello algo revolucionado por el aire de aquella mañana. Cosas que no había esperado sentir y a las que no sabía cómo enfrentarse. Se suponía que estaba enfadada con él, pero en aquel preciso momento lo estaba mucho más consigo misma.

Cuando Pau cerró la puerta y se quedaron a solas -y libres de gritarse a la cara lo que les viniera en gana sin que nadie los oyera-, en cambio, Tina se cruzó de brazos y permaneció en silencio.

Algo que él encontró de lo más divertido.

—¿Me cedés la palabra? ¿Así, sin más?

—Todo lo que tenía que decirte lo dije hace días.

—Muy bien. Entonces, empiezo yo —dijo Pau con una sonrisa que a

Tina no le hizo la menor gracia—. Lo que pasó con Dylan fue un error, pero él nunca me pareció trigo limpio. Hice lo que hice porque lo que a Andy se le venía encima iba a ser muy duro y lo último que necesitaba era enamorarse de un mujeriego. No conté con la insistencia de Dylan y reconozco que me sigue resultando demasiado sospechosa. De un adolescente, no me extrañaría tanto, pero tiene casi cuarenta y mucha vida a sus espaldas para hacer algo así.

La expresión de Tina no reveló asombro porque no quería darle ninguna ventaja, pero lo sentía. Escucharlo admitir un error le parecía increíble; que a su cacareada inteligencia se le estuviera escapando algo tan evidente, mucho más increíble todavía.

—¿No se te ha pasado por esa cabeza... —iba a decir “de chorlito”, pero se contuvo a tiempo— *tan llamativa* que la culpa de que Dylan se comporte así la tiene tu sobrina, y no él? ¿No crees que ella es la clase de mujer de la que un hombre con “muchacha a sus espaldas” se enamoraría como un loco? Porque yo creo que sí. Andy es divina. Es divina como mujer y como ser humano. Quizás seas tú el que tiene un problema si ya no sabes reconocer una joya cuando la ves, si te parece *sospechoso* que otro hombre lo tenga tan claro como para dejarlo todo por estar junto a ella. ¿No lo has pensado?

—Reconozco una joya cuando la veo. Por eso estoy aquí. En cuanto a Dylan, ¿de verdad es esa la impresión que te da cuando lo ves? Convengamos en que tiene el aspecto y la actitud de alguien a quien todo le importa un pimiento. Cuando le vi por primera vez, estaba borracho y en medio de una pelea que ocasionó daños al local por miles de euros. Imagínate encontrarte a semejante espécimen seis meses después tonteando con tu sobrina veinteañera. ¿Qué habrías hecho tú?

—¿No meter las narices donde nadie me llama?

Pau negó con la cabeza.

—¿Es eso lo que hiciste cuando tu padre te dijo que había conocido a alguien especial?

Los ojos de Tina brillaron de enfado y también de incomodidad.

Detestaba que él intentara comparar situaciones que no eran comparables para justificar su argumento, y mucho más aún, que sacara ese tema a colación. Ignoraba que estuviera al tanto.

—Me aseguré de que no fuera una viuda negra, nada más. No son situaciones comparables ni en el fondo ni en la forma.

Él frunció el ceño.

—A ver, explícame eso.

—No intentaba proteger mis intereses, sino los de mi padre. Lorraine no necesitó mi aprobación en ningún momento y jamás he intervenido ni en su noviazgo ni en su matrimonio. Tú no puedes decir lo mismo.

—No protejo mis intereses. —Al ver que la entrenadora le volvía a obsequiar una mirada cargada de ironía, matizó—: Somos una familia importante que tiene negocios en común. Eso supone que, a veces, la frontera entre lo personal y lo comercial se difumina, pero existe una frontera.

Intervine por razones personales, no comerciales. Lo del lunes, en cambio,

fueron cien por ciento negocios. Creí que él estaba detrás, intentando alejarla del negocio familiar. Porque sí, si Andy no trabaja para las empresas del grupo, lamentablemente, trabaja para la competencia. Es lo que hay. En ese momento, no sabía lo del proyecto de abrir un gimnasio, Tina. Andy no me lo dijo cuando vino a hablar conmigo. ¿Qué habría sucedido si lo que averiguabas de la segunda esposa de tu padre hubiera despertado tus sospechas?

Tina no lo sabía. Nadie podía decirlo a ciencia cierta, pero algo estaba claro; habría sido muy malo. Dado que seguía sin estar por la labor de conceder, guardó silencio.

—No me gusta Dylan Mitchell —continuó él con sus modos seguros—.

Sé que te cae bien y que a mi sobrina, evidentemente, la obnubila, pero me marcan las primeras impresiones, y la suya no ha podido ser peor.

—¿Y qué es lo que ha cambiado para que alguien cómo tú admita que fue un error?

Algo que todavía Pau no sabía bien cómo catalogar: que Dylan hubiera rechazado públicamente una oferta que nadie en su sano juicio descartaría.

—Pudo haberse ido a Dubai con un contrato millonario, y lo declinó.

Por tercera vez, según tengo entendido. Dice que no tiene previsto cambiar de residencia.

—¿Y eso no te convence de que de verdad besa el suelo que pisa Andy?

¿Con tantos millones en juego? En absoluto.

—Por el momento, de lo que me convence es de que no piensa irse, lo cual implica que me tocará lidiar con él, me guste o no. Como empresario me habla de que no le importa el dinero ni el prestigio que ese contrato traería consigo. Eso lo convierte en alguien diferente, no sé si muy tonto o muy lúcido. Como hombre respeto que tenga claras sus prioridades y lo demuestre, aunque, la verdad, no acabo de creerme todavía que son las que él dice que son.

—Qué típico —repuso ella.

—Como ya te dije una vez, cuando se trata de mi familia, prefiero equivocarme por exceso que por defecto. Si me equivoco, pediré perdón e intentaré subsanar mi error, pero no me quedaré de brazos cruzados, Tina. Es lo que hay. Protejo a los que quiero. Lucho por ellos y siempre voy hasta el final. Con todas las consecuencias.

—Aunque te equivoques —precisó ella.

—Aunque me equivoque.

Tina respiró hondo. Él continuó.

—Y ahora te toca a ti el rapapolvo. —Ella alzó una ceja, gesto que no pareció tener el menor efecto sobre él ya que continuó como si tal cosa—.

Que seas amiga de Andy no tiene nada que ver con la forma en que reaccionaste. Es mi sobrina, mi familia, y tan seguro como de que me llamo Pau Estellés, habrá más problemas que ella y yo nos ocuparemos de resolver sin tu intervención. No me gustó lo que me dijiste ni el tono que empleaste ni, por supuesto, que me colgaras el teléfono, y he venido para aclarártelo mientras te miro a la cara y...

—Ya lo veo —lo interrumpió ella, molesta.

Él no se dio por aludido de su molestia.

—...Y para que sepas que no soy de los que se sienten intimidados cuando una mujer con un buen par de ovarios les pone, equivocadamente o no, las cosas difíciles. Y ya que estamos, aprovecho para decirte que, por más que te empeñes, tú tampoco eres de la clase de...

—¿De las que te dan calabazas? —volvió a interrumpirlo, desafiante.

—De las que evitan hacerle frente a lo que sienten por un hombre, recurriendo al genio para intentar alejarlo de su vida. No eres así.

—Y eso lo sabes porque me conoces mucho, ¿verdad?

Él avanzó un paso que ella retrocedió por puro instinto. Ambos continúan mirándose sin apartar la vista.

—Hay cosas en mí que disparan un mecanismo de rechazo visceral en ti. Estamos bien y, de pronto, digo o hago algo que, no sé por qué, te pone en posición de ataque. Y pasas de estar a gusto conmigo a querer matarme.

Él intentó avanzar nuevamente, pero una mano perfectamente situada a la altura de su pecho le comunicó sin necesidad de tocarlo ni de acudir a las palabras que no debía continuar. Exactamente el mismo mensaje le comunicaron sus ojos.

Pau permaneció donde estaba, cautivado por la situación, por su proximidad, por lo que sentía junto a ella.

—No sé qué es —continuó el menorquín con un tono íntimo—, pero te prometo una cosa; lo voy a averiguar.

Y acto seguido, en vez de ceder al remolino de emociones que lo agitaban por dentro, dio un paso atrás y concentró toda su energía en recuperarse.

—La pregunta ahora es ¿me atenderás cuando te llame o tendré que seguir dándome paseítos hasta Londres día sí y otro también?

Pau sacó el móvil y marcó su memoria. El de Tina sonó varias veces en el bolsillo de su abrigo sin que ella hiciera ademán de atenderlo.

—Es la típica situación en la que el supuesto castigo es tan apetecible que resulta imposible resistirse a la tentación, ¿verdad? Reconozco que mi pregunta no ha sido nada caballerosa. Discúlpame, por favor —y ya se había alejado el móvil de la oreja cuando ella atendió.

Se miraron intensamente. Él con una gran sonrisa desafiante; ella con

una expresión muy seria.

—Con atender no basta. —Pau intentaba pincharla, hacerla reaccionar.

Sacarla de sus casillas, si hacía falta.

—Tendrá que bastar —espetó ella—. Puede que te hable o puede que no. Incluso puede que ni siquiera te atienda.

—No esperes que me conforme —dijo él con decisión.

—Y si vuelves a darte otro paseíto a Londres sin haber sido invitado — continuó ella, recortando la distancia que los separaba como él había hecho antes—, es bastante posible que en vez de tomarlo como un flirteo lo tome como un acoso y vaya más allá de ponerme en posición de ataque. No vengas a dártelas de “matador” conmigo. Tumbo a tíos como tú en el *ring* todos los días.

—Como yo, no. No hay nadie como yo, y lo sabes.

Apenas los separaban veinte centímetros y a los dos les resultaba increíble la cantidad de cosas que estaban sucediendo en un espacio tan pequeño. Se medían y a la vez se deseaban, al tiempo que, conscientes de la talla del adversario, movían ficha con extrema cautela.

—Si quieres mi atención, demuéstrame que eres alguien digno de tenerla.

Sus miradas continuaron enganchadas durante algunos instantes y cuando la tensión parecía a punto de arrojarlos a los brazos del otro, Pau

respiró hondo. Lentamente una sonrisa fue abriéndose paso en su rostro varonil de la que ella tuvo serios problemas para apartar sus ojos.

—Tomo nota —se limitó a decir él en un murmullo, y tanteó el pomo de la puerta para abrirla.

Cuando ella pasó a su lado, tan visiblemente afectada como él mismo lo estaba, pero con aquella dignidad de campeona, Pau le hizo un gesto caballeroso con la cabeza y la siguió hasta la recepción donde Ron Murphy y su esposa estaban esperándolos.

La intención de Pau era marcharse, pero el padre de Tina había insistido y a él le pareció una descortesía no aceptar al menos acompañarlos a un aperitivo, algo a lo que finalmente y de mala gana Tina había dado su conformidad. Si podía tomarse como tal que ella mirara a otra parte y exhalara un suspiro, claro.

Y allí estaba, pensó el menorquín con humor, en el típico pub inglés de mediados del siglo pasado, con la mujer que le tenía el coco sorbido enviándole mensajes asesinos con la mirada a cada rato mientras hacía relaciones públicas nada menos que con su padre y la esposa de éste.

Una de las razones que Ron Murphy había argumentado para insistir en que Pau se quedara era que siempre había querido conocer a la familia española que acogía a su hija todos los veranos cuando Sonia y Tina eran

niñas.

—Siempre le digo a Lorraine que tenemos que ir a Menorca uno de estos veranos, ahora que toda la familia está allí.

—Así es —repuso Pau—. Me ha costado lo mío reunirlos, pero ya está.

Mi hermana Neus es la que sigue yendo y viniendo de Barcelona. Dos de sus hijos están allí, a la cabeza de la empresa de su padre que también pertenece al grupo, y el tercero, Ciro...

—El chef —precisó Ron. Pau intercambió miradas con la entrenadora, y asintió—. Tina habla mucho de él... Bueno, habla mucho de todos vosotros...

—Sí, el chef... Bueno, él adora Barcelona. Dudo que alguna vez lograra convencerlo de que se quede definitivamente en Menorca.

—Pero no dejarás de intentarlo —apuntó el padre de Tina, sorprendiendo a Pau que volvió a asentir.

—No dejaré de intentarlo, no. Soy muy apegado a los míos. —Sus ojos acariciaron los de Tina con disimulo cuando dijo—: A las personas de mi vida quiero tenerlas cerca.

Ron palmeó el hombro de Pau más que satisfecho, lo cual no hizo sino confirmarle a Tina que el alfa entre los alfas acababa de llevarse de calle también a su padre.

—Eres exactamente como te imaginaba.

—¿Me imaginaba? —preguntó Pau, riendo.

—Uy, claro... Sonia, que en paz descanse, y mi hija vivían hablando de ti cuando eran adolescentes. Eras su príncipe azul.

El codazo que recibió de Lorraine lo tomó por sorpresa y miró disimuladamente a su mujer con cara de “¿qué he hecho?”.

—Calla, cariño —dijo la mujer en voz baja, y al ver la incomodidad del rostro de Tina y la forma en que la miraba su marido, recurrió a una artimaña para desviar el tema—. No hables de Sonia, pobrecilla.

El menorquín no se dio cuenta de nada. Estaba demasiado concentrado en su propio mundo. ¿Era su príncipe azul? Tuvo que echar mano de todo su saber estar para contener las ganas de ponerse a bailar en el medio del pub. Su mirada risueña se posó apenas un instante en la tormentosa mirada de Tina.

—Y del hijo del pescadero —aclaró ella—, y de Nick Carter, de los *BackStreet Boys*, que nos traía loquitas... ¿Te acuerdas cuando tuviste que esperarnos hora y media en Wembley Arena a que nos firmara la camiseta? A esa edad, cuando todavía crees en cuentos de hada, ves príncipes azules por todas partes. Por suerte, pasa —sentenció la entrenadora.

—Bueno, ahora que Andy y Tina tienen un proyecto entre manos, seguro que podré hacer ese viaje a Menorca —dijo Ron mirando a su hija con un punto de regañina—. ¿Cómo es que no me has dicho nada de eso, cariño?

Tina acribilló con los ojos a Pau que hizo un gesto de dolor e intentó aclarar las cosas.

—Lo siento... Fue un malentendido. Creí que estábamos hablando de lo mismo, pero tu padre se refería a la conversación que mantuviste con tus jefes.

—No te lo he dicho porque no he tenido tiempo más que de respirar desde que he llegado, papá. Además, el proyecto es de Andy, no mío. Quiere que sea su socia, pero yo aún me lo estoy pensando.

—¿Por qué? —dijo Ron asombrado.

Tina bebió un sorbo de su refresco con evidente disgusto. Sacudió la cabeza. Odiaba que el tema saliera de esa forma y en aquel preciso momento.

—¿Alguna vez me has visto tomar una decisión sin sopesarla largo y tendido?

Él esbozó una sonrisa.

—No te enfades, cariño. Es que te conozco e intuyo que los tiros no van por ahí. Y, ¿sabes?, estoy bastante seguro de saber por dónde van, y si estoy en lo cierto me va a dar mucha pena. Si hay algo que un padre no desea es convertirse en una carga para sus hijos.

Pau no entendía por qué razón el hombre había dicho aquello. Creía recordar que se había jubilado anticipadamente y no sabía hasta qué punto el matrimonio era libre de cambiar su residencia, pero aquella situación estaba

resultando muy incómoda, especialmente para Tina, y decidió dejar caer la idea.

—Es natural. Son decisiones importantes y hay que meditarlas bien. De todas formas, no tienes que comprometerte a nada de antemano; puedes hacer una prueba. Un mes o dos por ejemplo, y ver qué tal —esbozó una sonrisa—. Y así, tu padre y su esposa tendrán la ocasión de ir a Menorca y conocer a mi familia, ¿no?

El primer pensamiento de Tina fue de naturaleza violenta; unas ganas irreprimibles de saltar por encima de la mesa y estrangularlo, pero entonces, notó la sonrisa de Lorraine y la expresión de “¡Eureka!” de su padre. ¿Estaría dispuesto a cambiar de residencia e irse con ella a Menorca? Hasta el momento era una alternativa que no se le había cruzado por la cabeza. Al final, acabaría teniendo que agradecerle a Pau su indiscreción. Eso decían sus ojos cuando lo miraron. Él acusó recibo con un leve asentimiento de la cabeza y decidió que había llegado el momento de irse.

—Bueno, será mejor que corra o perderé el avión —dijo el menorquín al tiempo que empezaba a despedirse.

Cuando le llegó el turno a Tina, él no hizo el menor ademán de acercarse.

—Nos hablamos, ¿de acuerdo?

Ella no dijo ni que sí ni que no, pero el brillo de aquellos enormes ojos negros le informaron a Pau que la próxima vez que la llamara era bastante posible que lo atendiera.

Ese mismo día.

En un hospital de la ciudad,

Londres.

Como todos los días desde el accidente, Niilo había ido a visitar a Conor al hospital después de salir del trabajo. Le sorprendió encontrarlo solo. Su madre, especialmente, no se separaba de su cama, algo que al enfermo conseguía sacarlo de sus casillas.

—Qué raro que estés solo.

—No lo digas en voz alta, colega, por favor —repuso el enfermo y para asombro de Niilo coronó la frase con una ligera sonrisa que le confirmó que su ánimo mejoraba por días. No había vuelto a ser el tipo alegre de siempre - de antes de que su novia se fuera del país-, pero estaba repuntando.

Niilo se acercó a inspeccionar a su amigo.

—Te veo mucho mejor —dijo, sentándose sobre la cama—. ¿Qué dicen los médicos?

—El lunes me dan el alta.

—¡Qué bien! No veo la hora de que vuelvas al trabajo, tío. Dakota se

las apaña, pero no es como tú.

—Para eso tendrás que esperar dos semanas más, mínimo —repuso

Conor con un suspiro—. Me dejan volver a casa, pero no me dan el alta para trabajar. Quince días más para subirme por las paredes, qué suerte la mía.

En otros tiempos, Conor le habría respondido con un “por supuesto que Dakota no es como yo. Yo soy único, chaval”, y que no lo hubiera hecho, confirmaba que todavía distaba mucho de ser el mismo de siempre.

—O para idear una estrategia que resuelva tu situación con Nikki — sugirió Niilo, consciente de que quizás estuviera tensando demasiado la cuerda.

—Ja. Como si fuera tan fácil...

—Es tan fácil o tan difícil como tú te propongas que sea.

Conor volvió a mirarlo, esta vez con un gesto malhumorado.

—¿Tú me has visto bien? Doy pena, Niilo. Apenas puedo pararme derecho, me tiran todas las costuras. Y donde no hay costuras, estoy en carne viva... —miró el antebrazo izquierdo y soltó un bufido—. Me va acostar un riñón que reconstruyan los tatuajes y eso sin contar con que tendrán que pasar meses hasta que la zona se recupere y puedan hacer algo.

—Sí, claro. No olvidemos que a tu novia lo que de verdad le gusta de ti son tus tatuajes... Si te ve así, seguro que huye despavorida y no vuelves a

cazarla en tu vida.

—Capullo.

—Capullo, tú. ¿La has llamado o le has enviado un mensaje?

Conor negó con la cabeza.

—¿Por qué no?

—No quiere hablar de lo nuestro.

—Normal.

—¿Normal? Tenemos que hablar de muchas cosas y vivimos en países distintos, tío —exhaló un suspiro—. Aunque, si te digo la verdad, no puedo culparla. Yo tampoco creo que esté preparado para hablar de... —En lugar de completar la frase, volvió a suspirar.

Niilo sacudió la cabeza.

—Ha tomado el primer avión y ha venido a verte. ¿Todavía tienes alguna duda de lo que siente por ti? ¿Qué más da lo que haya pasado? ¿Qué más da todo? Has estado a punto de no contarla, joder. Haced borrón y cuenta nueva... Conor, en serio, lo que tienen que hacer dos personas enamoradas es intentar pasar juntas el mayor tiempo posible. Lo demás no importa, se resolverá por sí mismo.

Conor bajó la vista. No tenía nada claro que intentar restablecer el contacto tuviera la acogida que Niilo sugería por parte de Nikki. La conocía

muy bien y lo que había dicho el día que había ido a visitarlo, no había sido ningún farol. Hablaba en serio. En realidad, no tenía ni siquiera claro que fuera una buena idea. Probablemente, él acabaría haciéndose ilusiones y estrellándose contra la realidad al descubrir que seguía siendo el mismo imbécil de siempre, que lo echaba todo a perder en el último momento. Defraudándola. *Otra vez.*

Niilo tomó el móvil que había sobre la mesilla y lo puso en la mano de Conor.

—Sabía que había algo más detrás de tanta rabia, pero no pensé ni por un momento que fuera... Bueno, lo que es. Y ojo, no creas que justifico tu cabreo. Ni mucho menos. Lo que intento decir es que encargaste ese regalo y no estabas borracho ni drogado, estabas feliz de la vida. Vuelve a ser ese hombre, tío. Como mínimo, inténtalo.

Conor respiró hondo y tomó el móvil.

—Así me gusta —dijo Niilo poniéndose de pie superanimado—. Te dejo hablando con tu chica, que yo voy a darle una sorpresa a la mía.

—¿Ya es tu chica? ¿Tanto camino has hecho mientras yo me debatía entre la vida y la muerte? —bromeó el motero de las rastas.

—No te debatías, hombre. Qué exagerado. Y no, todavía no es mi chica oficialmente —le hizo un guiño—. Pero de este *finde* no pasa.

Cuando la puerta se cerró y Conor se quedó a solas, volvió a respirar

hondo. Notó que le temblaba la mano que sostenía el móvil. Después de tantos años, seguía sintiéndose como un adolescente enamorado. Con esfuerzo, seleccionó la memoria de Nikki, puso el sistema manos libres y dejó el móvil sobre su pecho, esperando con el corazón acelerado que ella respondiera.

Rogando que al comprobar que era él quien llamaba, no lo dejara hablando con su buzón de voz.

Deseando intensamente que Dios, o quien fuera que estaba Allí Arriba, le diera otra oportunidad.

## **Episodio 12**

Sábado, 9 de enero de 2010.

Casa de Lexi y Chris,

Ginebra, Suiza

Nikki recriminó a Lexi con la mirada al descubrir que había un comensal del que no le había hablado sentado a la mesa. Su amiga salió al paso haciendo algo que se le daba muy bien.

—¿No te lo había comentado? ¡Perdón! Qué cabeza la mía...

—Hola, Nikki ¿qué tal? —la saludó Xavier—. No he vuelto a verte estos días, y eso que he estado varias veces por el barrio. Cuéntame, ¿qué tal es trabajar para la ONU?

La joven dudó un instante entre quitarse el abrigo y entregárselo a su amiga para colgarlo en el armario, o dar media vuelta y largarse por donde había venido. La compañía de Lexi y de Chris siempre era de su agrado, pero la encerrona no le había gustado nada. Y en cuanto a Xavier... El pobre tenía razón, sus ojos jamás habían reparado en él.

Y seguían sin hacerlo.

Que él estuviera allí solo conseguía enrarecer el ambiente y ponerla de mal humor. Pero la otra alternativa era estar sola y pensar en Conor... Y debatirse trescientas cincuenta veces por día entre llamarlo para escuchar su voz, a sabiendas de que eso era una malísima idea, o no hacerlo, y seguir conformándose con las noticias que recibía a través de su padre, que solo le servían de consuelo los primeros treinta segundos.

—No me quejo —se limitó a responder al tiempo que le entregaba su abrigo a Lexi.

Tenía mucho que contar acerca de la experiencia de trabajar en la ONU, pero no quería dar lugar a ninguna clase de malentendido con quién se lo estaba preguntando intentando darle conversación. No tenía ojos para Xavier -ni para nadie, por lo visto-, y lo último que deseaba era tener que lidiar con más corazones rotos aparte del propio.

Nikki se las había arreglado para mostrarse sociable a secas durante la comida hasta que finalmente dejó de ser el centro de atención. Recién

entonces empezó a relajarse y a disfrutar de la reunión. El excelente vino con el que habían regado la comida había ayudado lo suyo, todo había que decirlo. Se le había subido un poco a la cabeza y se sentía floja. Pensó que le vendría bien refrescarse la cara y fue al baño.

—Me parece que tu idea de no contarle que me habías invitado, no le ha caído muy bien —dijo Xavier en voz baja, a pesar de que Nikki ya había desaparecido del salón.

Chris le hizo un gesto de “te lo dije” a su prometida que ésta se apresuró a descartar.

—Si se lo digo no viene. Y no por ti —mintió, haciendo que Chris se concentrara en su solomillo para evitar que su rostro lo delatara—, es que está con el ánimo bajo y no quiere hacerte pasar un mal rato. Pero ya ves, le hace bien estar con gente. Además, no puede pasarse toda la semana del trabajo a casa y de casa al trabajo. Tiene que salir y empezar a relacionarse. De otra forma, no lo va a aguantar y es una pena. Sueña con este puesto desde que era una adolescente. Hay que tenerle un poco de paciencia, nada más. *Tú* —dijo señalándolo con un dedo— tienes que tenerle paciencia, guapo.

Xavier levantó las manos como si se rindiera.

—A la orden, señora —bromeó.

En ese momento, sonó uno de los móviles que estaba sobre la mesa. A Lexi se le iluminaron los ojos al ver de quién se trataba y atendió sin pensárselo dos veces, a pesar de que no se trataba de su móvil, sino del de Nikki.

—Hombre, qué sorpresa... No te pregunto como estás porque ya me he enterado de que has liquidado una de tus siete vidas —dijo Lexi. No se molestó en disimular lo que sentía.

— *Me alegra que te alegre* —repuso Conor. Él tampoco se molestó en disimular lo que sentía; a saber, ningún deseo de hablar con ella. Y no porque no la quisiera, ni porque ese sentimiento no fuera correspondido, sino porque tanto como ella lo había defendido durante años, su último mensaje a Nikki, el día que se marchó a Ginebra, había herido a Lexi casi tanto como a la destinataria. Hasta el punto de que lo había llamado para ponerlo verde—.

¿Anda Nikki por ahí?

—Claro que está aquí, pero...

Chris puso su mano sobre el brazo de su prometida, haciéndola desistir en el acto de la idea de darle alguna excusa para no pasarle la llamada.

Muy bien, pensó Lexi, no haría eso, pero de alguna forma tenía que desquitarse. Miró al tercero en discordia y sonrió cuando la idea perfecta apareció en su mente.

—Xavier, por favor, ¿te ocupas de servir más vino mientras yo voy a por Nikki? Gracias, eres un cielo—. Se encaminó hacia el baño y cuando nadie podía oírla, se desquitó—: Por cierto, ¿te acuerdas de Xavier, ese que era tan gordo cuando éramos niños?

¿Ese que babeaba solo con ver la sombra de Nikki? Sí, lo recordaba perfectamente.

— *Vagamente* —repuso Conor.

—Sí, hombre, el que no veía una vaca en un baño... Menudos culos de botella llevaba... Bueno, da igual. Le diré a Nikki que te mande una foto y ya verás que lo reconoces enseguida. Se lo encontró el sábado cuando venía del supermercado. Ya no está gordo, claro. Ni lleva gafas. Qué pequeño es el mundo, ¿verdad? Bueno, chico, hasta otra. Te paso con Nikki —dijo con una sonrisa que no le entraba en la cara.

Nikki entreabrió la puerta. Tenía el rostro húmedo, una toalla en la mano y gesto de no entender qué hacía su amiga allí.

—Conor —dijo Lexi al tiempo que le ponía el móvil delante de la cara. Le dio rabia ver cómo se iluminaban los ojos de su amiga y su boca se abría en una expresión de asombro.

—¿Es él? —preguntó moviendo los labios sin emitir sonido.

Un segundo después, Nikki ya le había quitado el móvil de las manos.

—De nada —respondió Lexi a la puerta cerrada.

Y regresó al salón.

Mientras tanto, en el baño...

Nikki se echó un vistazo en el espejo y al tomar conciencia de lo que estaba haciendo, respiró hondo intentando calmar los nervios. Tras una pausa, se sentó en el banco que había junto a la bañera.

—Hola, Conor... ¿Estás mejor? —dijo, iniciando el diálogo con el tono más tranquilo que fue capaz de poner.

En un primer momento, él solo atinó a cerrar los ojos, aliviado. Era ella, se había puesto al teléfono, lo cual quería decir que la vía de comunicación estaba abierta y su voz le había sonado dulce.

— *Hola, preciosa... Sí, sí, gracias, estoy mejor... El lunes me dan el alta...*

Nikki también se sentía aliviada. No solo porque él estuviera recuperándose, también porque oírlo la había devuelto a su ser, de alguna manera extraña, la hizo sentir en casa.

—¿Tan pronto? Qué bien, Conor. Me alegro mucho de que todo haya quedado en un disgusto y unos cuantos moretones.

— *Tampoco exageremos...* —intentó reír, pero el intento se quedó a medias cuando sus costuras le recordaron al unísono que todavía no estaba de una sola pieza, aunque lo pareciera—. *Soy un morado con piernas que está*

*lleno de remiendos y necesita ayuda para ponerse de pie. Cada vez que intento enderezarme veo las estrellas.*

Ella sonrió. Todo su cuerpo se relajó bajo el calor de la primera sonrisa auténtica que aparecía en su rostro en días.

—Quejica.

— *Mira quién fue a hablar... Te recuerdo que la única vez que tu precioso trasero mordió el asfalto, tuve que cargarte durante una semana porque según tú no podías ni subir un escalón* —repuso Conor y al oír las risas femeninas se olvidó de todo... El dolor, la incomodidad, la incertidumbre... Todo desapareció en un solo instante.

—¡Me dolía mucho! —se defendió Nikki entre risas.

— *O te encantaba que te llevara en brazos a todas partes y nunca has querido admitirlo* —matizó él.

—Bueno, tampoco exageremos —repuso ella, imitándolo, y los dos rieron.

— *¿Puedes hablar ahora o quieres que te llame más tarde? Me pareció que había más gente allí* —tentó Conor.

Nikki ignoraba la jugada de Lexi y, aunque era cierto que no estaba sola, le daba igual. Quería quedarse tal cual estaba, hablando con él.

—Claro que puedo. Estoy en casa de Lexi y Chris, pero seguro que pueden seguir sin mí por un rato.

— *Perfecto. Entonces, cuéntame, ¿qué tal tu primera semana en la ONU? ¿Impone tanto como en las películas?*

Nikki sonrió, ilusionada.

—¿Quieres que yo te cuente cosas? ¿Qué hay de ti?

— *Llevo una semana encerrado entre estas cuatro paredes, ¿estás de broma? Lo más excitante de mis días es el dolor que me provoca la enfermera que viene a limpiarme las heridas por la mañana. Y tranquila, que*

*NO es de las que pasaría la audición para una peli porno, así que...* —Ella soltó una carcajada. — *No me hagas reír que me duele todo...*

—Bueno, a ver, te cuento cosas... —empezó a decir Nikki.

Conor se puso lo más cómodo posible, preparado para disfrutar a fondo de los siguientes minutos. Era cierto que deseaba saber cómo le estaban yendo las cosas. Más cierto aún era que necesitaba tanto oír su voz que le habría dado igual si le hablaba en ruso.

En el pasillo, Owen descartó la idea de mostrarse y volvió a cerrar la puerta sin hacer ruido. Con una sonrisa, puso rumbo a la cafetería mientras sacaba el móvil del bolsillo. Tenía que hablar con su consuegro sin demora. Mientras tanto, en algún lugar del sureste de Inglaterra...

La noche de la cena en el italiano, Niilo y Amy se habían despedido en el aparcamiento donde ella tenía su coche. Había habido mucha complicidad, pero ningún acercamiento. Ella le había dejado un beso en la mejilla

diciéndole en plan de broma que por favor no la siguiera, a lo que él había negado con la cabeza sonriendo.

—Tranquila, la locura sólo me duró un día.

—Qué alivio. Porque ya que hemos estado compartiendo confesiones, te diré que los hombres protectores no me van nada de nada.

—Me lo imagino.

Cuando ella ya había cerrado la puerta del coche, él le había hecho un gesto de que bajara la ventanilla para hablar.

—¿Y si te pido que me mandes un mensaje cuando llegues a casa para quedarme tranquilo...? ¡Es broma! —le había dicho, riendo.

Y ahora lo tenía allí, frente a sus ojos, después de volver a sorprenderla otra vez.

Él estaba echando el resto y de qué manera. Amy volvió a mirar a Niilo y sacudió la cabeza con incredulidad, exactamente igual que había hecho las diez veces anteriores. Había conocido a locos de todas las clases, pero a ninguno que echara el resto una y otra vez por estar con ella y alardeara tan poco de ello.

Niilo se había presentado en medio del trabajo, una galería de arte con algo de pub y bastante de discoteca, que dos horas antes de la hora señalada, se parecía a cualquier cosa menos a un negocio a punto de ser inaugurado, con empleados moviendo bultos de aquí para allí y ella intentando,

infructuosamente, aclarar con el equipo de relaciones públicas cómo se iban a desarrollar los sucesos de aquella noche en la que su jefe era uno de los invitados principales.

A las dos de la tarde todavía seguía con el café del desayuno como único alimento en el estómago, viendo pasar el tiempo sin que aquello lograra enderezarse. Luchando contra sus ganas de ponerse a gritar o, peor aún, de arremeter a martillazos contra todas aquellas sensuales esculturas. Y, de pronto, allí estaba él: su brillante Caballero Jedi, con un café del Starbucks en una mano y una bolsa de papel en la otra, avanzando en medio del caos. No sólo no lo había esperado, horas después continuaba con la misma sensación cada vez que sus miradas se encontraban; la de que aquello, en realidad, no estaba sucediendo. Era un producto de su imaginación.

—He visto a hombres hacer las cosas más locas que te puedas imaginar, pero es la primera vez que uno consigue dejarme con la boca abierta.

Niilo, que se había arrellanado en la silla junto a ella mientras hacían una pausa, se encogió de hombros.

—¿Llévate un café y un *brownie*? Me sorprendería mucho que me dijeras que a ninguno se le había ocurrido... Es lo primero, ¿no?

—Es el café, es el *brownie*, que estaba buenísimo y no sabes lo bien que le cayó a mi hambriento estómago, son los kilómetros que has hecho para venir a verme, las horas que llevas esperándome mientras yo organizo este

desastre y apenas te atiende... Nunca un hombre había hecho algo así por mí antes, y me has dejado alucinada.

—Pensé que te apetecería un café... Bueno, en realidad, pensé que a lo mejor te apetecía verme; el café fue una excusa.

—Pensaste bien, y me sorprendiste, Niilo. En serio, hoy has anotado diez tantos en una sola jugada —admitió ella.

—No puedo imaginármelo. Para mí, eres de esa clase de chica por la que un tío hace locuras. Muchas y muy locas.

—Quizás no escogía a los hombres idóneos, a los que hacen este tipo de cosas... O, quizás, no sabía que existieran hombres capaces de hacerlas.

—¿En serio?

Amy reconsideró lo dicho y cayó en la cuenta de que, en realidad, conocía a un hombre detallista; el que se había casado con su mejor amiga. Así que, claramente, la cuestión tenía que ver con la clase de hombres con los que ella se relacionaba.

—No sé... —empezó a decir—. Supongo que tiene mucho que ver conmigo. Mi vida ha cambiado tanto en los últimos meses... Antes vivía de fiesta, no paraba en casa... Y ahora tampoco, pero por trabajo. Esto es nuevo para mí y creo que todavía no sé encajar bien las piezas.

Niilo la observaba atentamente mientras ella hablaba. La escuchaba con

todo su ser y eso también era algo nuevo para Amy.

—¿Ves? Tampoco estoy acostumbrada a esto.

—¿A que te miren? Eso no me lo creo. —Era la mujer más mirable del universo, la miraban todos y a todas horas. Mujeres y hombres. Y, especialmente, él.

Amy le agradeció la galantería con un ligero movimiento de la cabeza.

—De esta forma, no. Los de tu especie van a lo que van, lo cual está muy bien, pero cuando una mujer les habla, realmente, no la están escuchando... Sólo están pensando de qué manera pueden utilizar lo que oyen para llevársela a su terreno. Lo tuyo es diferente.

—¿Ah, sí?

—Sí. Te interesa lo que digo, me analizas. Me gusta.

—Pero no te gustó desde el principio...

Amy se removió incómoda en el asiento. Podía darle mil excusas, cosas que probablemente tendrían parte de verdad, pero sólo parte.

—No estoy acostumbrada a que me dejen. Tampoco a que el mismo hombre ocupe mis pensamientos durante más de dos días.

Niilo captó de inmediato que no se refería a él, sino a otro motero; Dylan.

—Y como todo tiene una primera vez en la vida, esto también lo tuvo

—continuó ella—. Me costó asimilarlo porque creo que nos parecemos mucho. Hay quien dice que los polos opuestos se atraen, pero la cuestión es que también se repelen... Y justo coincidió con muchos cambios en mi

vida... Mi mejor amiga se casó y me quedé sola. Por ser testigo de su boda, me quedé sin trabajo, y luego, empecé a trabajar para el tipo más creativo y más loco que he conocido en toda mi vida, pero que, increíblemente, ha visto en mí todas esas aptitudes que sé que tengo, pero que nadie había valorado hasta el momento. Él no sólo las hace salir, las paga a precio de oro... Es la primera vez desde que soy independiente, que dedico más energía a trabajar que a pasarlo bien, la primera vez que tengo un trabajo que realmente me apasiona y que me deja un montón de dinero... Supongo que me ha costado asimilar tantas cosas.

—¿Quieres decir que no lograbas saber cómo alguien como yo, tan diferente a Dylan, podía encajar en tu plan de vida?

Amy alzó la vista hasta Niilo. No había habido acritud en su voz y tampoco la había en su rostro. Se trataba de una pregunta sin segundas intenciones, sólo buscando conocerla mejor, acercar posiciones. De modo que no había lugar para una mentira.

Amy asintió.

—Supongo que estábamos en frecuencias diferentes, y cuando apareciste con el *Manhattan* en la mano esa noche, me tomaste completamente desprevenida. No voy a decir que no me hubiera fijado en ti, no eres de los que pasan desapercibidos y seguro que lo sabes, pero no creí

que yo fuera tu tipo...

—Ni que yo fuera el tuyo —apuntó él, librándola de tener que ser quien lo decía.

Amy respiró hondo al tiempo que sonreía.

—Digamos que me tomó tiempo darme cuenta de lo que me estaba perdiendo —repuso y vio que una gran sonrisa iluminaba el rostro el mortero.

—Casi estoy a punto de poner la grabadora y pedirte que lo repitas —bromeó él, encantado.

—Y ahora te toca ti... No creas que vas irte de rositas... —dijo Amy, dando inicio a lo que sería un largo interrogatorio sobre la vida y obra del Caballero Jedi.

—No hay mucho que contar. Lo que ves es lo que hay.

Niilo no era de los que gustaban de hablar sobre sí mismos. Pero en aras de acercar posiciones con ella, estaba dispuesto a explicar lo que hiciera falta.

Durante los siguientes minutos, las preguntas llovieron sobre Niilo, de las más generales a algunas de naturaleza más personal, pasando por dónde había nacido y por qué lo llamaban “Niilo”. En apenas un rato, había recopilado buena información acerca del motero.

—Así que Nicholas... —dijo Amy, sonriendo—. A mí me parece un nombre bonito, muy varonil.

—Prefiero la versión finlandesa.

—También es bonito —repuso Amy y apoyándose sobre los codos, se inclinó más hacia él, a través de la mesa—. ¿Y qué hay de las novias?

—Tampoco hay gran cosa que contar... Nunca he tenido novia.

—¡Qué modesto! Ánimo, yo te he abierto mi corazón... Esto no funciona si no es en los dos sentidos... Venga, cuéntame, te juro que no se lo diré a nadie.

—Lo digo en serio. Nunca he tenido una novia. Vamos, a menos que cuente la que tuve en el colegio... Fuimos novios un mes. Es mi relación más larga —repuso el motero, riendo.

En realidad, se reía de la expresión de Amy.

—¿Lo dices en serio? —dijo ella al ver la naturalidad con que él negaba algo que a todas luces no podía ser cierto.

Niilo asintió repetidas veces con la cabeza.

—¿Pero dónde has estado todo este tiempo? ¿En Marte? ¡No te creo! —sentenció. Y se quedó mirándolo, esperando a que dejara de bromear.

—No he dicho que sea célibe, solo que nunca he tenido una relación sentimental.

—¿Y te parece poco?!

—¿Por qué te sorprende tanto, Amy?

—¿Pero tú te has mirado al espejo?

Niilo se puso rojo y, aunque salió al paso echando mano de su sentido del humor, la procesión fue por dentro.

—Qué remedio. La única vez que intenté afeitarme sin mirar, me dejé la cara como un mapa... —La miró con los ojos brillantes y una sonrisa algo tímida—. Será que cubierto de espuma no me encuentro muy cautivador que digamos...

Si la imagen de aquella barbilla ideal cubierta de espuma ya le resultaba inspiradora, la de él desnudo sobre una cama mientras ella, con un bote de espuma en la mano, decoraba aquel cuerpazo a placer, directamente despertó todos sus sentidos al unísono.

—¿No? ¡No sabes lo que dices, chico! —exclamó sin ocultar el doble sentido de su frase.

Tras una pausa en la que los dos se miraron con complicidad mientras Amy se desternillaba, Niilo le ofreció la verdadera razón.

—Soy un friki de los motores, del diseño industrial, de la customización. Es algo que me enloquece y me llena... Estoy metido en ese mundo desde que era un crío y para colmo, trabajo en el paraíso de los amantes de los motores, así que... Es complicado atraer mi atención, ya no digamos mantenerla. Si no me mueve por dentro, para mí no tiene sentido ir más allá.

—Y a ti ninguna chica "te ha movido por dentro" —bromeó ella.

Claramente, una broma a medias.

Él la miró a los ojos intensamente.

—Hasta que te conocí, no —fue su respuesta.

### **Episodio 13**

Domingo, 10 de enero de 2010.

Casa de la familia Estellés,

Ciudadela, Menorca.

Las hermanas ya estaban en el pasillo de salida cuando sonó el timbre.

Neus se adelantó a Anna y abrió la puerta. La visión era digna de una sonrisa y ella no se resistió.

—¡Dichosos los ojos que te ven! —exclamó, y tras abrir la puerta de par en par para que su hermana pudiera ver lo que había al otro lado, añadió—: Míralo qué guapérrimo luce, y eso que no son ni las nueve.

A la sorpresa de que él hubiera vuelto a presentarse en su casa, había que añadir, en efecto, "lo guapérrimo" que lucía. Puede que su hermana no fuera la persona más objetiva cuando se trataba de Jaume Mayol -siempre había militado en su equipo, incluso después de que Anna y él rompieran-, pero en este caso no se equivocaba. La preferencia de él por los colores oscuros y su estilo elegante con un toque informal, contrastaba a las mil

maravillas con las canas que plateaban su cabello y su barba, logrando el curioso efecto de quitarle años. Muchos. De hecho, podía pasar perfectamente por alguien que acababa de inaugurar los cuarenta.

—¡Hola, qué temprano!, ¿sabes que es domingo, el día de remolonear en la cama hasta más tarde, no?

—¿Y perderme tu paseo matutino? Ni hablar —repuso él y en esta ocasión no guardó las distancias; se inclinó hacia Anna y depositó un beso en cada mejilla con total naturalidad—. Estoy preparado así que si tú también lo estás, la ciudad es nuestra.

Anna que se había quedado cortada con los dos besos (aunque, claramente, le habían gustado) no tuvo ni que pensárselo, ya que Neus intervino rápidamente para zanjar la cuestión.

—Estupendo. Entonces, Luz y yo nos vamos a buscar a Roser. No es que hayamos quedado ni nada, pero para una vez que puedo fastidiarle el domingo sacándola de la cama a estas horas, no pienso desaprovechar la oportunidad. ¡A más ver, pareja! —dicho lo cual, salió de la casa empujando el carrito de paseo.

Jaume miró a Anna con picardía, pero no hizo comentarios acerca del súbito rubor que se había adueñado de sus mejillas, ni de la forma en que ella había intentado disimularlo, preocupándose de quitar una pelusilla imaginaria

del precioso abrigo color piedra que vestía.

—¿Me permite, señorita? —dijo él, ofreciéndole su brazo.

Su galantería le había hecho cosquillas en el corazón, tanto o más que la ingenuidad de llamarla por ese nombre que Anna había dejado atrás hacía tanto tiempo que ya ni siquiera lo recordaba.

Ella aceptó su brazo y se pusieron en marcha. Callejearon por el casco antiguo de la ciudad mientras conversaban. Siempre le había gustado pasear, pero en este caso lo hacía por prescripción médica. Dicha actividad -y su constancia- habían conseguido detener en gran medida el deterioro de su capacidad motriz, pero no era un beneficio gratuito. Había sufrimiento implícito en algo que antes era solo ocio, se cansaba y por la mitad del recorrido empezaba a acusar el esfuerzo de una forma que resultaba imposible de disimular. Ahora, Jaume iba con ella y lo que sucediera, sería en su presencia. Disimular resultaría imposible y se vería obligada a hablarle de su salud, algo que detestaba con todas sus fuerzas. Lo cual era una auténtica tontería, pero allí estaba, intentando parecer lo que hacía mucho tiempo había dejado de ser, frente a un hombre que había sido mucho más importante para ella de lo que jamás había estado dispuesta reconocer. Ironías de la vida.

—¿Nos sentamos allí un rato? —propuso Jaume, señalando un banco en pleno casco antiguo.

Anna no se lo hizo repetir.

—¿Cansado tan pronto?

—Estoy falto de entrenamiento. En Estados Unidos no vas a pie ni a comprar el periódico. Es imposible —sonrió—. Pero seguro que tú me entrenas enseguida.

—Claro, pero para eso tendrías que acompañarme a menudo.

—¿Es una invitación? —bromeó él.

—Podría ser, pero has dejado claro que no necesitas invitaciones —dijo ella riendo.

La vista de Jaume se perdió en el paisaje, pero su sonrisa no lo abandonó.

—Esta isla se te mete en la piel. Puedes irte a ver mundo y estar en los lugares más idílicos, pero una parte de ti sigue echándola de menos, convencida de que no hay un sitio igual en todo el universo.

Anna asintió.

—Será por eso que los que hemos tenido la fortuna de nacer en esta tierra, siempre hablamos de ella con tanta pasión. Y siempre la echamos tanto de menos —reconoció—. Nunca se lo dije a mis hijos, siempre intenté que no se dieran cuenta de cuánto extrañaba todo esto, pero a ti puedo decírtelo porque lo entiendes.

—Bueno, ahora estás aquí... Por suerte —enfaticó—. Y a ellos parece que también les gusta, ¿no?

—Si no tenemos en cuenta los dos meses largos que Danny me hablaba en plan telegrama, creyéndome la culpable de alejarlo de sus amigos para traerlo a esta “cáscara de nuez”... —comentó Anna, y coronó la frase con un gesto de dolor a cuenta de lo mal que se lo había hecho pasar a su hijo.

—Es natural, pero es muy joven y seguro que acabará adaptándose.

Mira, tu padre —dijo señalando al septuagenario que acababa de doblar la esquina y se dirigía hacia ellos con paso decidido.

—Qué raro a estas horas. Desde que se retiró, suele amanecer más tarde —comentó Anna.

—No, no te levantes —dijo Francesc, inclinándose a besar a su hija tras lo cual estrechó la mano de Jaume—. ¿Qué tal, disfrutando de la mañana en buena compañía?

Por segundo vez en el día, Anna volvió a quedarse cortada. La relación padre hija había mejorado mucho aunque, todo había que decirlo, antes era inexistente con lo cual que se hablaran ya suponía una mejoría, pero recordaba a un Francesc Estellés bastante más cáustico con los acompañantes masculinos de sus hijas, fueran quienes fueran.

—Sí, señor. Hay que aprovechar las oportunidades cuando se presentan

—respondió Jaume, consiguiendo que Anna lo mirara asombrada. ¿Era cosa suya o Jaume había sonado a soldado raso hablando con su superior? Tuvo que esforzarse para que los músculos de su cara se mantuvieran firmes.

—Así me gusta. Me alegro de veros, pero no me entretengo que tengo que ir a abrir el restaurante —dijo cuando ya se estaba alejando.

—¿Y Pau?

El gran cacique Estellés sacudió la cabeza en un gesto irónico.

—La versión oficial es que tu hermano está en Barcelona con su madre y su hija porque le había prometido a la pequeña princesa que vería a sus otros abuelos este fin de semana. Pero me ha contado un pajarito que su avión hizo una escala “no oficial” en Londres —apuntó con comicidad, y a continuación hizo el gesto de ponerle cremallera a su boca—. Yo no he dicho nada.

El ceño de Anna permaneció fruncido unos instantes hasta que juntó las piezas y el resultado fue obvio, entonces abrió la boca.

—¡Ahhhhhhh... ! —exclamó y se echó a reír—. ¡Yo tampoco he dicho nada!

Cuando Francesc era una silueta lejana, Anna le explicó en confidencia a Jaume a qué se había referido su padre.

—Te voy a decir una cosa, Anna... Al verlos en la cena de Nochevieja,

pensé que eran pareja... No se lo digas a tu hermano, ¿eh? Que no quiero que piense que me meto en sus asuntos, pero sí, esa fue mi primera impresión.

Ella asintió varias veces con la cabeza.

—Mi hermano es un buen hombre, se merece que la vida le sonría en el amor porque ha tenido muy mala suerte en eso. Y ella... Bueno, ¿qué puedo decirte de Tina? La quiero como si fuera una hija. Pero no, no son pareja —sonrió con picardía—. De momento, al menos.

Jaume esbozó una gran sonrisa al notar que a Anna se le había iluminado la cara. Era evidente que estaba deseando que Tina se convirtiera en un miembro de la familia.

—Oye —dijo Anna—, a lo mejor me equivoco, pero hace un momento parecía que estabas hablando con el Rey de España.

*Casi*, pensó el menorquín con humor. Francesc Estellés era el hombre más importante de la isla además del “padre de la chica”; podía hacer que su cabeza rodara después de besar el filo de la guillotina.

—Pasados los setenta sigue imponiendo muchísimo respeto con su sola presencia.

—Ya veo.

—Respeto... —repitió él—. Por no decir, pánico.

Jaume empezó a reír hasta que acabó haciendo que ella también riera a

pesar de no saber por qué.

—¿Seguimos paseando? —volvió a proponer él al cabo de un rato y cuando ella se incorporó añadió—: ¿Puedo llevarla del brazo, señorita?

—Será una pérdida de tiempo intentar que dejes de llamarme así, ¿verdad?

Sus ojos de mirada cálida la acariciaron lentamente halagándola sin necesidad de palabras, haciéndola sentir como entonces, como siempre se había sentido cuando estaba a su lado: venerada.

Mensaje recibido, pensó Anna emocionada, y le ofreció una sonrisa.

Entonces, él tomó la mano que descansaba sobre su brazo y depositó sobre ella un beso tan cálido como lo había sido su mirada.

Ese día, por la tarde.

Casa de Dylan Mitchell.

Cala Morell,

Ciudadela, Menorca.

Andy apretó el jersey de Dylan contra su nariz y aspiró aquel aroma tan familiar que ya estaba echando de menos. Acto seguido, se lo puso y se dejó caer en el sofá abatida. Le quedaban cuatro largos días por delante para soportar su ausencia y en aquel preciso momento le parecía una eternidad.

Después de acompañarlo al aeropuerto, y de la consiguiente despedida

romántica, Andy no había regresado a su casa, sino a la de Dylan. Lo habían dejado todo manga por hombro y la idea original era ordenar un poco antes de cerrar la casa hasta el fin de semana siguiente, pero había sido entrar y que la ausencia del irlandés le cayera encima como una loza. De modo que allí seguía, con la casa igual que estaba hacía una hora, porque cada sábana que estiraba y cada prenda que recogía la devolvían a la calidez de su cuerpo y a la añoranza de los momentos compartidos.

Reuniendo todo su valor, Andy se trasladó a la mesa donde habían estado trabajando en su proyecto. Abrió la carpeta y hojeó las primeras páginas cargadas de tachones y notas marginales hechas por Dylan. Sonrió ante la brevedad de sus comentarios. Su lenguaje escrito era mucho menos florido que su lenguaje hablado, que ya era decir. Muy pronto, se encontró sumergida otra vez en el plan de negocio de su futuro gimnasio y la idea que la había traído hasta allí, quedó en el olvido. Había montones de datos que aportar, cifras que precisar y cálculos para los que necesitaría la ayuda de un experto. Notó que varias notas acababan con un nombre: “Tina”, y decidió que era el momento de llamarla. En realidad, quería aportar su granito de arena para convencer a su amiga de que abandonara el gimnasio donde trabajaba y abriera uno propio en Menorca, pero las notas de Dylan le servirían de excusa para involucrarla.

El móvil apenas había sonado un par de veces cuando oyó la voz de la

entrenadora.

— *¿Y ahora que te codeas con la aristocracia emiratí, cómo te sienta saber que tus vacaciones han acabado y mañana vuelves al trabajo igual que el resto de los mortales?*

—No me lo recuerdes... La cuestión será cómo me mirarán los compañeros y los clientes después del espectáculo. Sus caras de alucine al ver entrar la procesión de túnicas blancas era de foto —repuso la muchacha riendo. Pero enseguida su mente regresó a Dylan y a lo que había sentido al saber que era la razón de que los árabes se hubieran presentado en Sa Badia, y empezó a derretirse de amor—. Que va... *La cuestión* es que ahora estoy mucho más loquita por Dylan que antes y él ha vuelto a Niza y yo... — exhaló un suspiro—. No sé qué hacer conmigo misma, te lo juro. ¿Puedes creer que me he puesto su jersey? Ni que tuviera quince años...

— *Claro que puedo imaginarte. También puedo imaginarme cómo se pondrá "tu máquina" cuando se lo digas. ¡Piensa en lo inspirado que volverá de Niza y en lo calentito que será tu próximo fin de semana! Seguro que eso te ayudará a sobrellevarlo con ilusión* —repuso Tina, divertida.

Andy miró el auricular espantada.

—¡Cómo se lo voy a decir! ¿Te has vuelto loca? La diferencia de edad es bastante grande ya para quitarme años con estas tonterías de cría. ¡Pensaré que su novia ha vuelto a los dulces dieciséis y se sentirá como un

asaltacunas!

— *Tú díselo, hazme caso. Ya me lo agradecerás después.*

Las dos amigas festejaron risueñas la ocurrencia de Tina y pronto, en un intento de desviar la conversación del ataque de amor que estaba sufriendo, Andy volvió sobre el tema del gimnasio, planteándole los distintos asuntos en los que Dylan había escrito “Tina” en sus notas marginales.

—Chica, tendría que haber pensado en llamarte antes en vez de romperme la cabeza yo sola con temas que no controlo para nada —dijo Andy al comprobar que con una llamada telefónica había resuelto asuntos en los que llevaba toda la semana dando vueltas—, pero, claro, no quería me tomaras por una pesada que no entiende las palabras “tengo que pensármelo”.

— *Y ahora es cuando viene la pregunta del millón: “¿Te lo has pensado, Tina? Vengaaaaa, di que sí”* —repuso la entrenadora, imitando la voz de su amiga que no tardó en empezar a reír.

—No, esta vez estás equivocada. De mis labios no saldrán esas palabras... —hizo una pausa dramática que ambas mantuvieron con una sonrisa aunque no se estuvieran viendo, y Andy finalmente añadió—:  
¡Todavía!

— *Ya decía yo que no me libraría... Me lo sigo pensando, ¿de acuerdo? Es todo lo que puedo decirte por el momento.*

—De acuerdo —repuso Andy satisfecha. No era la respuesta que quería

oír, pero era una respuesta esperanzadora. Cada día que Tina pasaba “pensádoselo”, inclinaba la balanza a su favor—. ¿Y de mi tío... has vuelto a saber algo?

— *¿Por qué hablamos de él, nena?*

—¿Y por qué no? ¿Te parece que no me muero por saber qué sigue después del “chica manda a hacer puñetas a chico”? ¡Has mandado a la mierda a Pau Estellés, Tina! ¡Por favor, necesito saber!

— *Yo no he mandado a la mierda a nadie.*

Mandarlo a la mierda, cerrarle la boca, colgarle el teléfono... Daba igual qué, lo que importaba era *a quién*. Nadie trataba de esa forma a Pau Estellés, y, tan seguro como de que se llamaba Andrea Avery, su tío no se habría quedado de brazos cruzados.

—¡Llámalo como quieras, pero suelta por esa boquita ya!

Tina inspiró profundamente, pero si Andy hubiera estado frente a ella, viéndola, habría notado cierto brillo extraño en sus ojos que hablaba de una emoción diferente de la que comunicaba su bufido.

— *Y tanto que he vuelto a saber de él. Estuvo aquí ayer.*

—¿Aquí, dónde?

— *¿Y dónde va a ser, Andy? Estoy en Londres, ¿no? Se presentó en el gimnasio.*

Durante un instante Tina solo oyó el sonido del silencio; al siguiente, las

carcajadas de su amiga y un “¡woooooooooooooooooow!” tan apasionado que obligó a la entrenadora a apartar el móvil de su oreja.

—¡Lo tienes coladito por ti! —exclamó Andy.

— *¡Pero qué dices!* —se defendió Tina por puro instinto—. *Le pierden los desafíos, especialmente si encuentra resistencia.*

—¿En serio? ¡Ni tú te crees eso, Tina!

— *Mira, es tu tío, como empresario será el no va más y no quiero que tomes a mal lo que te digo, pero como hombre en lo que a mí respecta sigue siendo el mismo imberbe impulsivo que...* —Tina consiguió morderse la lengua en el último instante. Aún así, no pudo evitar que Andy se preguntara qué estaba sucediendo.

—El mismo imberbe impulsivo que ¿qué?

Tina respiró hondo.

— *Que nada. Disculpa, es tu familia, Andy, y no soy quien para criticarlo. Perdóname, por favor.*

Las disculpas solo sirvieron para confirmarle que a Tina también le importaba Pau y que, tal como siempre había intuido, algo había sucedido en el pasado cuando Tina era adolescente.

—¿No tiene ninguna esperanza contigo? —Una pregunta cargada de toda la ternura que Tina le inspiraba y la ilusión que le provocaba la idea de

que ella tuviera su propio final feliz, nada menos que con su tío.

Tina, en cambio, se revolvió rabiosa por dentro y por fuera; se puso de pie y se dirigió a la cocina con pasos enérgicos.

— *Eso ni se pregunta* —respondió a quemarropa. Llenó el vaso con tanto brío que parte del contenido se derramó sobre la mesa de la cocina. Tina elevó la vista al cielo, soltando maldiciones mentales—. *Dame un momento, que necesito las dos manos.*

Limpió el desastre con una bayeta y a continuación bebió un buen trago de su batido. Luego, regresó al salón.

— *Ya. Sigamos... ¿Podríamos cambiar de tema? De verdad, Andy, no me apetece tu tío como tema de conversación.*

—Vale, solo una cosa más... Es que tiene que ver con el gimnasio y me gustaría saberlo... ¿Puedo?

— *Vaaaaaaale. Una cosa más.*

—Ya has dejado claro lo que piensas como hombre, pero como empresario tu opinión es diferente, ¿no? O eso deduzco con lo de “es el no va más”.

— *No soy una experta en el tema, cari, pero todo el mundo cree que es un as de los negocios así que...* —Tina sonrió en un intento de relajarse consciente de que en un segundo se había puesto tensa— *le concederemos el*

*beneficio de la duda. ¿A dónde quieres llegar con esto?*

—Es que tanto Dylan como Ciro me han aconsejado que le presente el plan de negocios cuando esté listo. Según ellos, si a mi tío le parece un buen negocio y decide financiarlo, tendría grandes ventajas, sobre todo en el arranque. Los primeros cinco años de cualquier empresa son duros y más si es la primera vez que ejerces de empresaria...

— *¿Y por qué me lo preguntas? ¿En plan quiero conocer tu opinión de amiga o...?* —dejó caer Tina.

—Como amiga y como socia.

— *Andy...*

—Oye, que te lo sigas pensando no cambia nada. En mi mente eres mi socia, la persona junto a quien quiero sacar esto adelante, y vale, puede que estés tan loca como para decirme que no y puede que tenga que acabar saltando a la piscina en solitario. Pero insistiré.

*Ya, cómo no.*

— *Viene de familia, ¿eh?*

Andy se echó a reír imaginando la cara de Tina al ver al “insistente” de su tío en la recepción del gimnasio.

—No te vayas del tema.

Tina consideró la alternativa de que el proyecto no fuera totalmente independiente, sino que estuviera integrado en un gran grupo comercial. A

priori, todo eran ventajas, excepto por la cuestión del control. ¿Sería Andy libre de hacer y deshacer a su antojo, o sus decisiones tendrían que pasar por el filtro del consejo de dirección del Grupo Estellés?

— *Con probar no pierdes nada. A lo mejor, lo que te dijo el día del terremoto iba en serio y conservar tu talento dentro de la marca comercial que dirige es lo bastante importante para que te haga ciertas concesiones a la hora de la toma de decisiones.*

—¿Y si llegamos a un acuerdo?

— *Mejor para ti.*

Andy puso los ojos en blanco.

—Quiero decir si sería un obstáculo para nuestra sociedad, Tina. ¿Me dirías que sí igual si el gimnasio fuera un negocio más del Grupo Estellés?

Tina volvió a exhalar un suspiro.

"Todos los caminos conducen a Roma", pensó. O a Pau Estellés.

Últimamente se lo encontraba hasta en la sopa.

— *Mientras no me toque a mí lidiar con él...* —concedió.

Y a mil kilómetros de ella, Andy lo celebró con un baile de la victoria, feliz de la vida.

Tina soltó un bufido y dejó caer sobre el sofá, a su lado, el libro en el que llevaba media hora intentando concentrarse. Había tenido tiempo de aprenderse el primer párrafo de memoria de tantas veces que lo había leído.

Su mente volvía obsesivamente sobre los dos mismos temas, a saber: el asunto gimnasio y el asunto Pau. No deberían estar relacionados, pero el más alfa entre los alfas había conseguido, con la brillantez que caracterizaba sus movimientos últimamente, que ambos temas se volvieran inseparables. Como dos amigos del alma.

Después de que Pau se marchara, el padre de Tina y su nueva esposa habían vuelto sobre el asunto. Ron Murphy no solo estaba encantado de que Andy le hubiera ofrecido convertirse en su socia en un "proyecto tan bonito y lucrativo", sino que incluso la había reprendido por no contárselo de inmediato y que él hubiera tenido que enterarse por el bocazas mayor de Menorca. Insistía en que era "la oportunidad de su vida", que no debía dejarla pasar y que él mismo estaba dispuesto a considerar un cambio de residencia, si con eso le facilitaba las cosas. Solo con recordarlo Tina volvía a alucinar. ¿Su padre, pensando en disfrutar de su retiro en España? Verlo para creerlo. Lo que más le preocupaba era la forma en que se estaban dando las cosas: la propuesta de Andy, su discusión con los dueños del gimnasio a principios de semana, y ahora, su padre que, de pronto, se había convertido en un aventurero... Todo parecía conducirla inexorablemente al momento de hacer los petates y marcharse a Menorca.

Pero ella, cauta por naturaleza, seguía resistiéndose.

La entrenadora sacudió la cabeza ante lo incomprensible que estaba

resultando todo aquello, a sabiendas de que no tenía ningún sentido mentirse a sí misma. Era de las que gustaban de analizar las cosas detenidamente antes de tomar una decisión, pero, en este caso, había más razones para tanto comecocos. Concretamente una, que tenía nombre y apellido: Pau Estellés. A Tina no le gustaba el cariz que estaban tomando los acontecimientos. No le agradaba que hiciera movimientos inesperados que la ponían en un brete. No le seducía la idea de tener que plantearse la posibilidad de que él estuviera flirteando con ella y qué hacer al respecto, porque, aunque hablando con Andy lo hubiera calificado de juego, que él se hubiera presentado en Londres había servido para quitarle las telarañas de los ojos. No estaba jugando al desafío; estaba flirteando. Y lo hacía abiertamente, casi con descaro. Así que la cuestión de qué hacer al respecto estaba sobre la mesa, mal que le pesara, y de ahí que no dejara de darle vueltas al tema.

Hablando del Rey de Roma, pensó al ver que era su nombre el que parpadeaba en la pantalla de su móvil. Después de comprobar lo que había sucedido la última vez que no había atendido su llamada, no dudó en hacerlo. "¿Ves?", pensó, "esto tampoco me gusta".

—No me apetece hablar, pero puedes tomar el que te haya atendido como una muestra de buena voluntad —se adelantó ella.

— *No te llamo para eso, me están esperando. Solo tenía curiosidad por saber si con un paseo a Londres había sido suficiente, o tendré que planear*

*más. Veo que ha bastado, así que te dejo seguir con lo que estabas.* —Hizo una pausa deliberada tras la cual añadió—: *Me ha encantado hablar contigo.*

Tina sonrió y, un instante después, al darse cuenta, puso los ojos en blanco. Detestaba que él fuera tan ocurrente, que siempre se las arreglara para robarle una sonrisa cuando lo último que quería era mostrarse agradable. Le fastidiaba sobremanera.

—Dudo que alguna vez te vaya a responder lo mismo, pero, ya sabes, la esperanza es lo último que se pierde. Sigo con mis cosas. Adiós. —Y acto seguido, se dio el enorme gusto de colgarle por segunda vez.

En Barcelona, Pau volvió a guardar el móvil con una sonrisa.

Qué peligro, pensó. Esa mujer le gustaba cada día más.

## **Episodio 14**

Domingo, 10 de enero de 2010.

En algún lugar al sureste de Inglaterra.

Amy estaba comprobando que todos los implementos de trabajo de su jefe estuvieran dispuestos y perfectamente ordenados de la forma que él quería. Su mente, sin embargo, no dejaba de darle vueltas al asunto “Niilo”. Ya no conseguía dejar de pensar en él. Y había muchas razones para que eso fuera así. La primera y más evidente de todas era que, a pesar de las confidencias que habían compartido, y de la evidente conexión que sentían, ella había vuelto a irse a la cama sola, sin siquiera un beso. Lo curioso del

caso era que no lo había echado de menos hasta que llegó a su habitación y tomó conciencia de cómo se estaban desarrollando las cosas.

Lo más normal en la Amy de siempre habría sido pasar la noche con él.

Y la expectación acerca de algo que sabía positivamente que estaba a punto de suceder, le añadía más pimienta al asunto. Si lo que había ocurrido hasta el momento era diferente de todo lo que había vivido, seguir invicta con él era algo que la asombraba tanto como la excitaba. Esa lentitud de movimientos por parte de Niilo tenía un efecto definitivo sobre ella, porque llegados a ese punto, Amy tenía muy claro que él no querría que fuera ella quien tomara la iniciativa. Y ella, desde luego, tampoco quería hacerlo; lo que deseaba intensamente era verlo suceder ante sus ojos en todo su esplendor.

En aquel momento, un vaso de humeante y apetitoso café se materializó frente a su nariz. Amy aspiró profundamente y su mente se regodeó en el doble placer al alcance de la mano; el café que estaba a punto de tomar y su portador, a quien también degustaría muy pronto.

Se trataba de un movimiento de ficha muy estudiado por parte de Niilo, quien con la excusa del café, encubría lo que realmente estaba sucediendo en esos momentos, a saber: que una de sus manos, concretamente la que no estaba ocupada sosteniendo el vaso de café para que Amy pudiera olerlo, se hallaba estratégicamente situada sobre la cintura femenina, y que en el espacio que separaba sus cuerpos no cabía ni una hoja de papel de liar.

Nunca habían estado tan cerca antes y los dos cuerpos respondieron al estímulo, antes incluso de que las palabras tomaran el relevo. A Amy se le erizó la piel; a Niilo se le aceleró el corazón. Ambos eran plenamente conscientes de lo que estaba sucediendo, aunque bromearan.

Amy volvió a aspirar el aroma a café y exhaló un suspiro. A continuación, bebió un pequeño sorbo y tras dejar el vaso sobre la mesa, volvió a su antigua posición, solo que esta vez se reclinó contra el cuerpo de Niilo, apoyando la espalda contra su pecho. Él respondió estrechando el abrazo. Continuaba siendo en apariencia un brazo que rodeaba parcialmente la cintura femenina, pero ahora estaban aún más cerca y, aunque sonreían, hablaban en murmullos.

—Te gusta, ¿eh? —le dijo Niilo al oído rozando su piel al hablar. Aquel roce casual lo dejó cautivado y deseoso de repetir.

Evidentemente, no hablaba del café, aunque lo siguiera usando como excusa.

—Ya lo creo —respondió Amy, y apoyó su mano sobre la mano masculina, confirmándole que ella tampoco se refería al café.

Niilo volvió a buscar su oído y antes de hablar, lo besó suavemente, haciendo que un estremecimiento la recorriera de la cabeza a los pies.

—Entonces, lo tendré en cuenta. Ya sabes, para repetir.

Amy giró su rostro hacia él. Los dos se miraron, se sonrieron y se estudiaron.

—Repíete siempre que quieras —murmuró ella.

—¿Siempre que quiera, en serio? ¿No será mucho café?

Teniéndolo tan cerca era difícil decidir sobre preferencias. Sus ojos, grandes y vivaces, que a veces eran azules y otras verdes, siempre habían puntuado alto. Pero su boca... Le parecía perfecta, casi femenina, y no podía dejar de mirarla y hacerse un millón de preguntas.

—Nunca es mucho café. —Los ojos de Amy abandonaron los ojos del motero y regresaron a aquel punto cautivante que suscitaba en ella tantas preguntas.

—Entonces, repetiré —murmuró él, y esta vez acarició la barbilla femenina con sus labios.

Y a los dos les encantó. Y la siguiente parada estratégica fue la comisura de la boca de Amy, que respondió humedeciéndose los labios y, de paso, rozando los del motero con la lengua tras lo cual murmuró un “perfecto” que lo puso a cien.

—¿Siempre me lo vas a agradecer así? —ronroneó Niilo sobre los labios de Amy.

—Todavía no te he dado las gracias —repuso ella en un suspiro, y separó sus labios invitándolo a seguir.

Se miraron, encendidos, y él aceptó la invitación. Tal como esperaba Amy, no fue al grano. Continuó volviéndola loca de deseo con sus caricias furtivas y sus exploraciones superficiales hasta que al fin, la lengua del motero se internó en su boca brevemente, seguida de otra incursión más profunda y más larga, que la llevó a pensar que como hiciera igual con cierta otra parte de su cuerpo, compartirían noches muy largas y muy, muy calientes.

La mano que le había llevado un café, ahora le acariciaba el vientre y Amy, decidida a no darle más juego, usó una de las suyas para fijar la posición del rostro de Niilo exactamente donde lo quería; su boca a dos centímetros de la suya, preparada para devorarla.

Y sucedió.

Los labios del motero se abrieron sobre la boca femenina. Amy lo recibió apasionadamente, forzándolo a abrirla al máximo para contener la suya. Haciendo que esta vez fuera él quien se debatiera entre el placer de tener el control del momento, o ceder y averiguar qué sentía cuando era ella quien lo besaba a él. Antes de que consiguiera decidirse, su lengua arremetió. Entró con fuerza hasta el fondo de la boca de Amy, quien se retorció de placer contra el cuerpo del motero, buscando que él profundizara aún más el beso. Algo que él se moría por hacer...

Pero la voz del anfitrión del evento los dejó con las ganas.

“¡Ya está aquí nuestra estrella! ¡Por favor, recibamos con un gran aplauso al maravilloso artista ecléctico, el mundialmente aclamado Dios de la Tinta, BBCox!”.

Tras el primer instante de inmovilidad y de sorpresa, Niilo exhaló un suspiro, y siguió jugueteando como quien sabe que tiene que dejarlo, pero se resiste. Ella no se quedó atrás en jugueteos.

—Con lo rico que estaba ese beso... No puedo creer que tengamos que parar —y dado que no quería hacerlo, su lengua volvió a colarse entre los labios del motero.

—Tranquila, repetiremos.

—Eso espero —repuso ella, tomando el rostro del motero con las dos manos—. Que sepas que ahora mismo *odio* a mi jefe.

—Que sepas que yo también—. Niilo retiró las manos de Amy de su rostro, instándola a que volviera al trabajo. Ella torció la boca en un gesto de desánimo que lo hizo sonreír—. Vamos, vete y no te lo pienses más.

Amy siguió a BBCox a corta distancia a través del gentío que se abría a su paso, lamentando que quedaran horas por delante antes de que pudiera volver a saborear los besos del Caballero Jedi.

La mirada de Niilo no se apartó de ella. Siempre la había encontrado adictiva, como ella al café, pero descubrir lo bien que se sincronizaban en las

distancias cortas, había disparado su interés a niveles insospechados. Amy no solo lo movía por dentro, lo agitaba, intensamente.

Y lo enamoraba sin remedio.

Tal como Niilo había advertido, repitieron. Esta vez, de madrugada, en la puerta de la casa de Amy. Los besos de película, sin embargo, no fueron lo más sonado de la noche, sino que él volviera a marcharse después de quedar en ir al cine al día siguiente, sin hacer la menor insinuación de subir.

Esa dosis de normalidad que el motero traía a su vida era peligrosamente adictiva, pensó Amy mientras lo miraba alejarse a bordo de

su

*Harley*. No solo había conseguido que todos los demás hombres le pasaran completamente desapercibidos; se las había arreglado para acaparar su

tiempo y su interés incluso cuando no estaba de cuerpo presente.

Simplemente, ya no podía dejar de pensar en él.

Miércoles 20 de enero de 2010.

Casa de la familia Estellés,

Ciudadela, Menorca.

Había sido una reacción instintiva. Tanto como la que había impulsado a Ana en primer lugar y seguidamente a Jaume a apartarse como si quemaran, al oír que alguien se acercaba por el corredor. Sin embargo, y por más que los labios masculinos apenas habían llegado a rozar la comisura de los de Anna,

el proceso se había puesto en marcha. Ese proceso que se había iniciado tres semanas atrás sin que ninguno de los dos fuera consciente de ello, reflatando emociones de hacía tres décadas, como si el tiempo no hubiera transcurrido.

La pareja intercambió miradas incómodas, la de ella más que la de él, y

Jaume regresó a su sitio original, en el sillón contiguo, a distancia prudencial de Anna.

Ninguno de los dos tuvo tiempo de decir nada y, en realidad aunque lo hubieran tenido, probablemente tampoco lo hubieran hecho. La emoción y las sensaciones vibrantes de haber estado tan cerca del primer beso eran imposible de explicar.

El primero en aparecer en el salón fue Danny con su despiste habitual.

Últimamente estaba más atento a lo que sucedía en su móvil —léase, a comprobar si había recibido algún nuevo mensaje de su novia—, que a lo que sucedía a su alrededor. Pero al ver quién acompañaba a su madre, otra vez, su expresión cambió de Limbo a disgusto.

—Hola —saludó. Sabía que si no lo hacía, su madre lo regañaría. Por suerte, había conseguido parar a tiempo la pregunta que estaba en su mente cada vez que veía al constructor de barcos: “¿otra vez aquí?”.

Enseguida, aparecieron las hermanas de Anna, una empujando el carrito de paseo de Luz mientras la pequeña, en brazos de Neus, jugaba a tirarle del cabello.

—Hombre, Jaume, buenos días —y acto seguido se dirigió a su hermana—: Esta niña me va a dejar calva, ¿has visto la fuerza que tiene en los puños?

Roser aparcó el carrito en el rincón de siempre y se limitó a saludar con un gesto al antiguo novio de su hermana. Lo tenía tan visto ya, que a veces tenía la impresión de que era como si él se hubiera mudado de casa.

—Buenos días, chicas —repuso Jaume poniéndose de pie—. Ahora que ya venís a relevarme en el cuidado de la enfermita, puedo irme tranquilo. Roser miró a la pareja con ironía.

—¿Esa es tu excusa? Tiene un resfriado, Jaume. Que enfermita ni enfermita.

Anna se puso roja. Si ya se sentía incómoda después de aquel intento fallido de beso, el comentario de su hermana vino a completar el cuadro.

—No, era una broma. No necesito excusas para venir a ver a Anna, ¿verdad que no? —repuso el menorquín con una sonrisa amable.

Probablemente fuera la única persona en todo el planeta que toleraba bastante bien la ración extra amarga que Roser ofrecía a todo el mundo.

—Puedes irte tranquilo —dijo Neus—, pero si prefieres quedarte, por nosotros no hay problemas...

Jaume tomó su parka marinera color azul marino y la cerró hasta arriba con una sonrisa varonil que no se molestó en ocultar y que logró que la paleta

de rojos en la que se había convertido la cara de Anna añadiera una tonalidad más.

—Muchas gracias, me alegra saberlo. Y me quedaría de mil amores, ya sabes que tu hermana me tiene cautivado —añadió sin cortarse, y vio que Anna directamente bajaba la cabeza como diciendo “tierra, trágame”—, pero hoy que tengo a mis dos socios en tierra los voy a hacer trabajar, a ver si conseguimos lo que nos hace falta para ponernos en marcha.

Danny no esperó a que él se marchara para ocupar su sitio en el sillón junto a su madre, algo que al menorquín le provocó ternura. El muchacho no sólo se había sentado en su sitio, sino que además estiraba la manta sobre las piernas de su madre.

—Así me gusta, Danny. Que estés pendiente de tu madre, aunque ella diga que no le hacen falta mimos, no le creas... —dijo Jaume.

Danny miró al hombre con la misma cara de pocos amigos de siempre.

—Ya lo sé. Es mi madre, la conozco desde que nací —dijo en un intento de hacerle frente, que acabó provocando sonrisas compasivas entre sus tías.

—Es que sería un poco difícil que la conocieras de antes, cariño —dijo Neus despeinando la cabeza de su sobrino cariñosamente—. Pero me encanta que la mimes.

—Y a mí también —dijo Anna pasando un brazo alrededor del hombro de su hijo, que como siempre intentó librarse.

—Bueno, señoras y señores, me marchó. Luego te llamo, Anna. —Los ojos de Jaume acariciaron el rostro de ella, que después de aquel intento de beso furtivo, todavía seguía con la emoción a flor de piel.

—Muy bien, hasta luego entonces —se despidió.

Poco después, Anna y Neus se quedaron a solas en el salón. Anna intentaba seguir la conversación de su hermana, pero su mente divagaba. Lo que había empezado como una reunión de amigos hacía tres semanas, se había ido volviendo cada vez más íntimo. Aquellos paseos, aquellas charlas, aquellos momentos de silencio compartido... Se estaban acercando demasiado y lo que se abría ante sus ojos era incierto. No podía negar lo que sentía estando a su lado, eso que él definía como que “segúan siendo los mismos y el tiempo no había pasado”, era muy real en su piel. Sin embargo, sus circunstancias habían cambiado y mucho. Eso por no mencionar la realidad más dramática de su vida, que él ignoraba. ¿Qué iba a hacer al respecto? No podía engañarlo. Pero, al mismo tiempo, se resistía a estropear los buenos momentos que pasaban juntos trayendo a colación una realidad que era irrelevante para dos amigos. El problema era que siempre habían sido más que dos amigos.

—Me fastidia que no me escuches, hermana, pero en tu defensa diré que

si tuviera la atención de un bombón como Jaume, también estaría en las nubes —dijo Neus, sondeándola una vez más sobre ese asunto del que su hermana se negaba en redondo a hablar.

—Disculpa, cariño... Tengo la cabeza en otra parte, es cierto. ¿Qué decías?

Neus se cambió de lugar y fue a sentarse junto a su hermana.

—Olvídate de lo que te decía y cuéntame lo que yo quiero saber. ¿Qué es lo que te preocupa, Anna?

Ella abrió su no-discurso con un suspiro que arrancó una sonrisa a Neus.

—No es evidente... —se limitó a decir.

—Sé en dónde tienes la cabeza, lo que no entiendo es tu preocupación.

Eres libre. Puedes hacer y deshacer a tu antojo. ¿Qué es lo que te preocupa?

Anna volvió a suspirar. En realidad, no era así. No era libre porque tenía una familia, dos hijos hermosos de los que ocuparse, y una nieta recién nacida que necesitaba la atención de todo el mundo. No era libre porque sus circunstancias ya eran lo bastante duras para la gente que la quería como para añadir nada más. ¿Pero cómo explicarle eso a su hermana?

—Hoy, cuando llegasteis, estaba a punto de besarme —reconoció en un murmullo. Ver la enorme sonrisa que se dibujó en el rostro de su hermana no consiguió sino hacerla sentir aún más incómoda.

—¿He dicho ya que adoro a ese hombre? —dijo Neus—. ¿Por qué te sonrojas, cuál es el problema? Ni que te besara todo el mundo todos los días...

—Precisamente. Hace años de la última vez. La verdad, no sé si estoy preparada para este giro de los acontecimientos.

—¿De qué giro hablas? A otro perro con ese hueso. Tú, señorita, has tenido meridianamente claro cuáles eran sus intenciones desde que él volvió aparecer con su formidable figura frente a tus ojos. Y perdona que te lo diga, pero también creo que todos tenemos claro que Jaume no te es indiferente.

Anna sacudió la cabeza. Por supuesto que no le era indiferente. Nunca lo había sido. Él había sido su primer amor, su primer novio formal. Y seguía siendo, igual que entonces, un hombre perfectamente capaz de robarle el aliento. No sólo por lo evidente, al fin y al cabo, la belleza física se iba desdibujando con el tiempo y a esta altura de la vida, pasaba a un segundo plano; era él y su permanente atención, su ternura, la forma en que la tocaba, casi como si tuviera miedo de romperla, esa forma sencilla y sin ostentación de demostrarle lo importante que era para él. Nadie había conseguido hacerla sentir de la misma manera. Ni siquiera Chad Avery.

—Es que esto es un problema, Neus. Danny no lo soporta, ya ves cómo se pone cada vez que lo ve. Así que, aunque fuera una mujer libre como tú

dices, no sería nada fácil mantener una relación con él. Los últimos años han sido muy duros para mis hijos y ahora que parece que todo se está encarrilando, no quiero ser yo y una supuesta relación romántica, la que venga a dar por traste con todo. Y ese es el menor de mis problemas.

—¿Te refieres a tu enfermedad?

—Claro que me refiero a mi enfermedad... No es justo. Él ha perdido un hijo, ¿qué va a suceder si seguimos adelante con esto? Me parece una locura.

Neus apretó cariñosamente la mano de su hermana. Podía entender sus preocupaciones, pero, objetivamente, siempre apostaría por la felicidad; ya que nada podía evitar el avance de su enfermedad, por lo menos, que disfrutara el tiempo que le quedara.

—Así es la vida, Anna. Y lo que hay que hacer es vivirla a fondo, aprovechar cada minuto de felicidad. Deja de preocuparte y disfruta. Tus hijos no tendrán nada que decir, quieren ver a su madre feliz, y Jaume tiene un peso muy importante en tu felicidad. De hecho, en tu mejoría... ¿Has visto lo bien que estás ahora? ¿Crees que son las medicinas? Esas, ya las tomabas antes —aseveró Neus consiguiendo que su hermana, al menos, la escuchara.

—Mira, cariño —continuó Neus—. Es tu vida, y harás lo que te parezca oportuno, pero que sepas que, en lo que a mí respecta, tienes todas mis

bendiciones. Me encantaría que salgas con Jaume, no sabes lo feliz que me hace veros juntos.

Anna le ofreció una sonrisa tristonza a su hermana a modo de agradecimiento. Se sentía muy confusa y, por una vez en su vida, no sabía qué hacer al respecto.

Bar The MidWay,  
Hounslow, Londres.

—¿Es cosa mía o en este bar empieza a haber más mujeres que de costumbre? —le dijo Evel a Dakota.

La que respondió fue su esposa, a quien él se había ofrecido gustoso a hacer de taxista mientras en el taller ponían a punto su preciosa Triumph Thunderbird negra y plateada.

—Qué observador, motero —dijo ella—. A ver si me tengo que poner celosa.

El comentario de Abby había dado lugar a una de las habituales sesiones de arrumacos que a Dakota le daban risa.

—No creo que haga falta que te pongas celosa, cuñada. Desde que tenemos a Elvis sirviendo birras detrás de la barra, no nos miran ni las moscas.

—No te mirarán a ti —precisó Evel espiando con picardía a Abby por el

rabillo del ojo, quien respondió dándole un pellizco en la cintura.

Dakota soltó una risotada.

—Sí, claro... Anda, no me hagas hablar que no quiero dejarte en mal lugar delante de tu *bomboncito*.

—Es increíble. ¿Cómo se las arregla para llevarse de calle a todo el mundo? —comentó Evel después de que Abby y él ocuparan sus respectivos taburetes en la barra.

—Pues hay distintas teorías. Está quien dice que el secreto es su cortesía, algo que ya sabemos que al gremio de moteros en general no se nos da muy bien. Y hay otra teoría, con la que yo estoy más de acuerdo, que dice que no se queda sólo en cortesías.

Abby carraspeó de forma ostensible. Sabía cómo había empezado aquella conversación, pero tratándose de Dakota, lo último que le apetecía era escuchar el final. Evel le pellizcó la nariz cariñosamente.

—¿Y con Cheryl? —preguntó su socio en un tono más bajo.

Desde que el barman le había dado calabazas, ella lo trataba con frialdad premeditada. De palabra era deliberadamente cortante sin llegar a ser descortés. Pero cada vez que lo miraba, sus ojos le lanzaban misiles imaginarios. Él, por su parte, procedía como si nada hubiera ocurrido.

Mantén las distancias, era amable sin pasarse, y se dedicaba a llevarse de

calle a todos los clientes, especialmente si eran mujeres, procediendo como si Cheryl no estuviera allí. Lo cual, era evidente, sentaba fatal a la camarera, cuyo interés por Maverick ya nadie ponía en duda.

—Pues creo que la tiene a pan y agua —dijo Dakota, haciendo que Abby se pusiera de pie después de echarle una mirada de disgusto.

—Bueno, motero, me voy a ver a mi hermana. —Depositó un beso sobre los labios de su marido. —Te dejo con tu socio, espero que no se te pegue nada —añadió en un susurro para que solo Evel la oyera, lo que originó otra sesión de mimos.

A Dakota le divertía espantar a Abby porque, aunque la relación con ella había mejorado desde que se había disculpado con su hermana, para él seguía siendo una mujer irritante. Pero su socio la adoraba, y eso le daba ocasiones de meterse con él, que Evel solía soportar con bastante humor.

—¿Has visto que fácil? —comentó Dakota—. Ya sabes lo que tienes que hacer cuando quieras quitártela de encima.

Evel miró a su socio de mala uva al tiempo que sacudía la cabeza.

—Tío, uno de estos días te la vas a ganar...

Dakota le sirvió una cerveza.

—Anda, Romeo, bebe.

—Y tú, ¿no decías que me ibas a echar una mano, colega? —intervino

Mav, pasando veloz a su lado con tres pintas en cada mano.

Cuando el aludido giró la cabeza dispuesto a responder, el barman estaba en la otra punta de la barra con un nutrido grupo de clientes (de sexo femenino) y ya se había puesto el traje de “encantador de moteras”.

Evel y Dakota se dedicaron a observarlo con genuino interés. El tipo era todo un personaje. Resultaba imposible no reparar en él ya que era el único ser humano de aquel espacio dominado por el cuero y las tachuelas plateadas, que no lucía ni lo uno ni lo otro. Lo suyo eran las camisetas ceñidas de colores chillones a juego con las deportivas y los vaqueros lavados a la piedra. De tanto en tanto, cambiaba las camisetas por camisas vaqueras con las mangas arremangadas hasta el codo y las deportivas por botas de cowboy, pero lo que nunca se dejaba en casa era el pañuelo de la cabeza, puesto al estilo pirata, que después de varios meses en el MidWay, se había convertido en una seña de identidad.

Sin embargo, a esas alturas, todos tenían claro que no era su atuendo, ni su evidente buen estado físico, ni siquiera su gran juventud lo que resultaba tan atractivo al público femenino. Era su *sexappeal*, esa combinación de modos de niño bueno y descarado de estriper cuando la ocasión lo permitía, lo que las atraía irremediabilmente. Desde que Maverick se había unido a las filas del MidWay, la clientela femenina se había duplicado, convirtiéndose en un gran reclamo para la clientela masculina que había aumentado en

consecuencia. Y dado que el barman, que además de vistoso era hábil en los negocios, había diversificado la carta de aperitivos y tentempiés que ahora incluía una gran variedad de dulces, e incluso se había atrevido con los cócteles los fines de semana, el bar estaba generando dinero a mansalva. Maverick acababa de arrancar aplausos femeninos con uno de sus movimientos de caderas en los que las bailarinas de la danza del vientre eran expertas y que el resto de la humanidad, moteros del MidWay incluidos, eran totalmente incapaces de imitar sin parecer un muñeco (mal) articulado. Cerca, Cheryl contemplaba el espectáculo con la misma cara de desdén que los moteros con los que conversaba, y bastante más recelo.

—¡Baila para nosotras, Mav! ¡Vamos, sé bueno y mueve esas caderas!

—exclamó la treintañera del pelo violeta.

A su petición no tardaron en unirse otras, cada vez más animadas, que el barman descartó con un gesto de “luego”. En realidad, rara vez había un “luego” y, aunque ellas lo sabían, lo celebraron con gritos y aplausos.

—¿Veis por qué no necesito vestirme de cuero? —dijo Mav al pasar nuevamente junto a Dakota y Evel con una bandeja repleta de canapés— ¡Ni siquiera voy en moto, tíos! ¿No es genial? Cuando queráis os doy unas clases —y se alejó, tronchándose de risa.

—Este cabrón nos va a destronar —comentó Evel, risueño.

Dakota soltó una risotada.

—Como si alguna vez hubieras estado en el trono... En todo caso, me destronará a mí, ¿y sabes qué? Con la pasta que nos está haciendo ganar, por mí como si decide reemplazar las actuaciones musicales por él bailando en gayumbos.

Evel asintió enfáticamente.

—O sin gayumbos —apuntó con su corrección habitual, y enseguida se echó a reír cuando la imagen del barman revoleando sus calzoncillos frente a un público en éxtasis acudió a su mente.

—¡Joder, tío, qué idea más buena! —exclamó Dakota— ¡Entonces sí que nos forramos!

## **Episodio 15**

Miércoles 20 de enero de 2010.

En un gimnasio de la ciudad,

Londres.

La vida de la entrenadora de *kickboxing* se había normalizado bastante después de la última conversación con sus jefes. Excepto un par de días en los que había tenido que sacarles las castañas del fuego, los horarios de Tina eran aceptables. Ahora, llegaba a casa en días de diario con tiempo suficiente para ocuparse de sus cosas, y por segundo fin de semana consecutivo había

podido ir a visitar a su padre y quedarse a comer con él.

Los estudios que le habían hecho confirmaban la mejoría que ya había notado Lorraine. No se cansaba tanto, ni se quedaba dormido en cualquier parte, y no era raro que se presentara por sorpresa en el gimnasio para llevarla a tomar un café. Por lo que Tina sabía de su segunda familia, las cosas también iban bien en Menorca. Anna se encontraba mejor desde que había empezado lo que su hermana Neus llamaba “tratamiento romántico”, refiriéndose a los paseos diarios que daba junto a Jaume Mayol. Ciro finalmente se había visto obligado a cancelar su asistencia a la convención de chefs por lo que no habían podido verse, pero aparte de agobiado y falto de vacaciones, parecía estar bien. Según Andy, su vida iba camino de convertirse en “perfecta”. Metida de lleno en intentar sacar adelante su proyecto, era una mujer feliz.

Y en cuanto al tío de su mejor amiga... No había vuelto a saber de él.

—Me parece que te buscan en recepción —dijo el nuevo monitor de fitness al pasar junto a Tina, sacándola de sus pensamientos.

—¿Te parece o lo sabes? —repuso la entrenadora desde el banco de pesas donde ejercitaba sus bíceps.

—Es un guaperas y escuché algo de fitness.

Una sensación extraña recorrió el cuerpo de Tina, que depositó las pesas en los soportes y se incorporó.

—¿Preguntaban por mí?

—Sí, me pareció que decían tu nombre...

En aquel momento, una llamada por megafonía le confirmó que, en efecto, era ella a quien buscaban.

Se dirigió hacia la recepción con paso rápido. Se ajustó la coleta y se echó un vistazo para comprobar que todo estaba en orden con su equipo de deporte. Durante los instantes que el individuo permaneció de espaldas, el corazón de Tina se disparó. Y mientras su cerebro se negaba a reconocer nada de lo que estaba sucediendo en su cuerpo, una parte diminuta de ella, secretamente, deseó algo que no le convenía desear.

—¿Me buscaba? —dijo Tina.

En aquel momento, el hombre se dio la vuelta y aunque ella jamás lo reconocería ni siquiera a la otra mitad de su propio cerebro, un punto de decepción la recorrió entera.

—Edward Hurt, encantado —dijo el hombre ofreciéndole su mano—.

Quiero ponerme en forma y mis amigos me han dicho que tengo que hablar con usted.

—¿Sus amigos?

El treintañero, casi cuarentón, asintió.

—Son alumnos suyos, o lo eran —precisó con una sonrisa seductora.

Los amigos sin nombre de siempre, pensó ella. Otro imbécil que venía a ligar.

Tina le indicó con un gesto que la acompañara y se encaminó hacia el sector de prácticas. Durante todo el camino, fue plenamente consciente de que tenía los ojos del individuo pegados a cierta parte de su anatomía. La misma que todos miraban sin ningún disimulo, un pensamiento que la llevó a reconocer que “todos”, no; había un hombre que no la miraba de esa forma. El que había esperado ver en la recepción.

“Bien está lo que bien acaba”, se dijo, y tras apartar aquel desconcertante pensamiento de su mente, empezó a explicarle al ligón de turno el programa que le proponía.

Casa de Nikki Campbell,  
Ginebra, Suiza.

Lexi se sorprendió al llegar a casa de su amiga y, en vez de encontrarla en la cocina preparando las cosas para la cena con amigos que habían programado, la encontró en el sofá, con una caja llena de recuerdos sobre la falda y un puñado de pañuelos de papel arrugados sobre la mesilla. Nikki intentó disimular, guardó a prisa el contenido dentro de la caja, la cerró y la puso a un lado al tiempo que saludaba a su amiga, a quien no había oído entrar.

—Lexi, ya estás aquí... Me vas a matar, no he hecho nada —dijo Nikki

y se puso de pie con la intención de ir a la cocina. En realidad, pretendía tener el tiempo suficiente para recuperarse y que no se diera cuenta de que había estado haciendo algo: llorar como una magdalena.

Pero una mano la detuvo.

—Un momento, no vayas tan rápido... —Lexi tomó a su amiga por el codo y la hizo girar hasta tenerla de frente. Al ver sus ojos enrojecidos y su nariz de payaso, sacudió la cabeza—. Pero será posible... ¿Has estado hablando con Conor otra vez?

Nikki asintió. Desde que había ido a verlo al hospital aquella noche, las llamadas se habían sucedido cada vez con más frecuencia. Siempre acababa de la misma manera, ella pidiéndole que no volviera a llamarla porque aquello no tenía ningún sentido, y él disculpándose y mostrando su acuerdo para al día siguiente volver a llamar o a enviarle un mensaje que ella atendía sin dudarle un instante... Era como si ninguno de los dos encontrara la forma de poner fin a aquella historia.

—Me ha llamado para contarme que ya puede ponerse de pie y mantenerse derecho —explicó Nikki con la voz entrecortada, como si aquel parte médico fuera a modificar en algo lo que sabía que su amiga estaba pensando.

—Pero vamos a ver, *cari*, ¿hasta cuándo vas a seguir con esto? No es

sano, Nikki. Fuiste lo bastante fuerte para aceptar este puesto de trabajo sabiendo lo que implicaría y, a pesar de todo, y por todo quiero decir Conor, seguir adelante y venir a Ginebra. ¿Por qué quieres estropearlo ahora manteniendo estas conversaciones de medio amigos medio pareja que no conducen a nada?

Nikki asintió. No había nada que añadir porque todo cuanto Lexi estaba diciendo eran verdades del tamaño de templos. La cuestión era que él volvía a llamarla y ella se sentía incapaz de no atender la llamada cuando veía su nombre parpadeando en la pantalla del móvil. Era como una adicción mortal, algo que sabes que te perjudica, que acabará contigo, pero a lo que no puedes resistirte.

—Tienes razón. Esto tiene que acabar... —Sin embargo, fue decirlo y su voz quebrarse otra vez. Las lágrimas comenzaron a rodar incontroladamente sobre sus mejillas, y la joven dio media vuelta y salió corriendo hacia el baño, incapaz de pronunciar una palabra más.

Lexi exhaló un suspiro. Le parecía muy cruel por parte de Conor que, sabiendo lo difícil que estaba resultando para Nikki adaptarse a sus nuevas circunstancias, él insistiera en seguir adelante con aquella historia. ¿Acaso se proponía una relación de eterna amistad viviendo cada uno en un país distinto? Era de locos.

Llevada por la rabia, Lexi buscó el número de Conor y lo llamó. Salió a

la calle para evitar que su amiga oyera la breve pero contundente conversación que pensaba mantener con él.

Lunes, 25 de enero de 2010.

Casa de la familia Murphy-Finley

Londres.

Conor llevaba con el portátil encendido, esperando a que Milo se conectara, desde hacía un buen rato cuando al fin vio que la pantalla se activaba y oyó la voz de su hermano dándole las buenas noches. Dejó lo que estaba haciendo y se dedicó esos minutos que compartían a diario desde que él había tenido el accidente y que aquel día, especialmente, necesitaba más de lo habitual. Hacía casi una semana que había dejado de llamar a Nikki, y no tenía noticias de ella. Y eso que según Lexi era lo mejor, a él lo estaba destrozando. No había querido decírselo a su padre, su madre estaba descartada desde el principio y el rato que Niilo pasaba a verlo después del trabajo, su madre lo pasaba con la oreja pegada a la pared, así que nadie lo sabía, y necesitaba soltarlo.

—¿Qué tal las cosas por ahí? ¿Dispuesto a comenzar el día? —lo saludó Conor. Milo estaba en la otra punta del mundo.

—Qué remedio. Todavía me quedan dos meses para convertirme en un ciudadano normal y corriente, así que habrá que aguantarse —fue la

respuesta de Milo, que encendió el que seguramente no era el primer cigarrillo del día. —Bueno, ¿qué te cuentas, chaval?

—No mucho, la verdad. Mamá me sigue agobiando igual que siempre, papá intenta hacer de mediador y casi nunca lo consigue, también como siempre, y yo estoy harto de estar atado a un sofá, haciendo nada. No veo la hora de volver a mi casa y empezar a trabajar

—Sí, tienes cara de mustio —repuso Milo, haciendo sonreír a su hermano—. No te rías, lo digo en serio. Tienes una cara de mustio increíble... A ver, Conor, tómatelo con calma, son solo unos días más. Pronto, estarás dando por saco como siempre.

—Ya. —Eso deseaba con una desesperación rayana en la locura, pero aunque volviera a su vida normal, al taller, a los colegas, a su piso, seguiría viviendo a kilómetros de Nikki.

—Oye, llevas unos días más mustio que tras el accidente, cuando no podías ni rascarte solo si te picaba, ¿ha pasado algo?

—Han pasado cosas, sí. —El suspiro le indicó a Milo que dichas “cosas” eran muchas y complicadas.

—Bueno, si quieres contármelo, los próximos cuatro minutos son tuyos.

—Conor vio a su hermano ponerse cómodo contra el respaldo de la silla de su oficina, aspirar el humo del cigarrillo y soltarlo haciendo volutas.

Se removi6 inc6modo en el sof6. No le hab6a hablado de sus

conversaciones con Nikki porque, de partida, no le había explicado lo sucedido en Navidad. De hecho, ni siquiera le había contado que ella estaba en Ginebra, con un nuevo trabajo al que no pensaba renunciar. Y como desde el principio había sido una historia de locos, y se lo seguía pareciendo, le daba cierto reparo contárselo. Por otra parte, si no hablaba con alguien, iba a reventar. Estaba solo en casa, sus padres habían salido y no tardarían en volver, así que era entonces o nunca.

—Nos peleamos.

—¿Lo dices en serio? Hermanito, hasta ahí llega mi perspicacia.

Tenía razón. El humor de perros, que no había sabido esconder ni siquiera en Año Nuevo, dejaba claro que había una tormenta en el paraíso.

—Sabes que ella es intérprete. —Vio que Milo asentía con la cabeza y continuó—. La llamaron para un puesto en la ONU.

—Joder con tu chica. ¿Está trabajando en la ONU? —Tras una pausa, pensativo, añadió—: ¿Pero la sede no está en Ginebra?

Conor asintió varias veces con la cabeza.

—Acabáramos... —dijo Milo—. Así que los tortolitos están uno en cada país.

—Ex tortolitos —precisó él con disgusto.

Eso no sólo le aclaraba el panorama a Milo, también hacía que todas las

impresiones que había tenido últimamente sobre su hermano encajaran a la perfección.

—¿Por eso habéis peleado?, ¿porque a ella le salió un trabajo en Ginebra?

—No. Las cosas venían calentitas desde Navidad —y no hizo más aclaraciones porque no le daba el ánimo para remover el tema en cuestión—, pero no fue por el puesto. Fue porque lo aceptó sin decírmelo, por puro despecho, y eso me puso frenético —repuso Conor. Por una vez, decirlo en voz alta no trajo consigo esa sensación de obviedad de otras veces. Ahora, le sonaba a excusa, no a razón.

—Vaya, vaya —fue todo lo que salió de la boca de Milo.

Conor asintió repetidas veces con la cabeza. Desde luego, era toda una historia.

—Yo me pasé muchísimo, ni siquiera fui a despedirla cuando se fue y ella me escribió muy dolida y yo le respondí igual de frenético que el día que me contó lo de Suiza. Total, que la cosa acabó muy mal. —Hizo una pausa—. Pero vino a verme el día del accidente.

—¿En serio, tomó un avión y se presentó en el hospital?

—Sí... Volver a verla fue... —Conor sacudió la cabeza—. No sé. La adoro y lo que quiero es estar con ella, eso fue lo que sentí al verla... Y ya sé

que suena ridículo teniendo en cuenta que llevamos juntos media vida, pero no es algo que pienso, ¿sabes? Es como...

—Una certeza.

—Sí, eso; una certeza.

—Bueno, yo estoy en el culo del mundo y hablamos todos los días...

—Ya. Nos seguimos hablando después del accidente. Bueno, ella sigue dolida conmigo, así que era yo quien la llamaba.

—Pero ya no lo haces...

—No, ya no lo hago. Desde hace una semana, concretamente. Y me estoy volviendo loco —dijo en un ataque de sinceridad.

Milo no pudo evitar sonreír.

—¿Y qué te lo impide?

—Lexi, su amiga. Bueno, no ella sino lo que me dijo.

Conor relató en grandes titulares la última conversación que había mantenido con la mejor amiga de Nikki.

—Lexi tiene razón, pero Nikki y yo tenemos que arreglar las cosas, ¿y cómo vamos a hacerlo si nos separan miles de kilómetros? ¿Con señales de humo? Me mata darme cuenta de que, a pesar de quererla con toda el alma, la estoy haciendo sufrir. Si hablamos, sufre. Y si no hablamos, estoy seguro de que también sufre y yo, además, me vuelvo loco... Joder, qué difícil es todo...

—¿La echas de menos?

—No sabes cuánto —concedió él.

—Bueno, en unos días te darán el alta médica. Podrás ir a buscarla, y seréis felices y comeréis perdices —dijo Milo, sonriendo afectuoso.

—Ojalá fuera tan fácil.

—Ahora sabes que no quieres estar sin ella. El siguiente paso es encontrar la forma de resolver ese insignificante detalle de los kilómetros que os separan. Pero como eres un tipo muy inteligente, darás con ello. Tranquilo, no pasa nada.

—Sí pasa. Está muy dolida conmigo, Milo. Los dos estamos dolidos.

Tenemos que hablar, *tengo que hablar*, pero... —Exhaló un suspiro—. A veces, te juro que quisiera ser como tú.

—¿Moreno y bien parecido? —bromeó Milo.

—Seguro de cada paso que das, aunque te equivoques.

Conor lo había puesto en un pedestal y lo consideraba un superhéroe, pero la realidad, como suelen serlo todas, estaba mucho de lo que creía, algo que él y el resto de la familia no tardarían en descubrir.

—¿Y qué hay de malo en dudar? Mira, yo tengo una teoría sobre el tema de las dudas. Aparecen cuando intentas hacer caso a esa vocecita de tu cabeza que te dice que lo normal y lo que se espera de ti es que hagas equis,

lo que sea, y tus entrañas responden que “ni hablar”. No tiene que ver con el coraje, ni con la determinación, ni con algún gen atrofiado. Tiene que ver con la lucha entre tu deseo inconsciente de tener la aprobación de las personas que quieres y esa parte de ti, que se resiste a vivir según otras pautas que no sean las tuyas... Eres buena gente, Conor, y las buenas personas siempre tenemos razones de peso para hacer o no hacer, pero también tenemos la malísima costumbre de preocuparnos más por no defraudar al mundo, que por defraudarnos a nosotros mismos.

—¿Y si la persona a la que no quieres defraudar es la misma con la que quieres arreglar las cosas? Nikki espera cosas de mí y yo quiero dárselas, pero al mismo tiempo me... —Soltó un bufido cargado de frustración—.

Joder.

*Te asusta no estar a la altura, ser un fiasco y que todos lo descubran.*

*Ver la decepción en sus ojos. Bienvenido al club, hermanito.*

—No quieras ser yo ni ninguna otra persona en el mundo, ficticia o real.

Sé tú, Conor. Contra viento y marea. Con tus certezas y tus dudas, con tus zonas de luz y tus sombras. Respeta lo que sientes. Cuando llegue el momento, tendrás las respuestas que necesitas. Tiempo al tiempo, chaval.

Milo siempre conseguía despejar los nubarrones, infundirle confianza, hacer que se sintiera poderoso. Era un tipo increíble, al que por suerte pronto tendría a este lado del mundo en carne y hueso.

—Ser yo mismo. O sea, desordenado, cabeza hueca y coladito por una “niña caprichosa”. Ja. Menos mal que mamá no te está oyendo, que si no... ¡menuda charla nos tragaríamos los dos!

—¡Ya lo creo! —repuso Milo, aliviado de volver a ver una sonrisa en el rostro de su hermano.

En Ginebra, Nikki apagó la televisión y se fue a la cama. Cinco días, pensó. Cinco días sin saber de él. Sin oír su risa, sin oírlo llamarla “preciosa”. Por momentos le parecía un castigo divino que su mejor etapa a nivel profesional coincidiera con su peor etapa a nivel personal. La peor, de lejos. Era como si fuera una cosa o la otra, como si no le estuviera permitido en esta vida tener el trabajo de sus sueños sin renunciar al hombre de sus sueños. Se preguntó si Conor se sentiría igual de perdido, de hueco por dentro.

Puso un brazo debajo de la cabeza y fijó la vista en el techo de la habitación. Las cosas no podían ir mejor en el trabajo. El tiempo que pasaba allí conseguía sobrellevar su patética vida sentimental. A ratos, el recuerdo de sus tiempos felices con Conor volvían a su mente mientras hacía cualquier cosa. A veces, cuando iba sacar un café de la máquina; otras, cuando salía del trabajo y veía al permanente e incombustible Xavier esperándola en la puerta. Le recordaba que no era él a quien quería ver y, de inmediato, su mente regresaba a Conor. A sus momentos juntos. A sus risas. A sus besos. Seguir en contacto con él había demostrado no ser bueno; la entristecía y la

frustraba. Pero desde hacía cinco días era como un zombi.

Nikki sintió que empezaban a arderle los ojos, indicio de que se acercaba otra llorera. Estaba harta de llorar, de echarlo de menos, y mucho más harta todavía de su ausencia; era como una loza que no la dejaba respirar.

Apagó la luz y cerró los ojos con fuerza deseando que el sueño la envolviera pronto y pusiera en pausa su tristeza, al menos, durante unas horas.

## **Episodio 16**

Martes, 26 de enero de 2010.

Ciudadela, Menorca.

Andy salió del banco y esperó a torcer la esquina para ponerse a dar saltitos de alegría. No solamente los bancos le respondían en tiempo récord, sino que además le daban todas las facilidades. A todos les había parecido un proyecto interesante, bien planificado, le aseguraban que tenía el préstamo concedido. Le parecía tan increíble que, por momentos, tenía la sensación de que no era ella a quien le estaba sucediendo. Conseguir plasmar sobre un papel la idea que estaba en su cabeza no había sido fácil. Cuando se trataba de poner un sueño en términos fiscales y financieros, las cosas se complicaban. La ayuda de Tina en este caso había sido providencial. Dada su larga experiencia en establecimientos de esa clase, la había dirigido

exactamente a los lugares y contactos idóneos. Andy estaba satisfecha, pero, a pesar de lo que dijera Dylan, ella albergaba dudas de que los bancos, que sólo entendían de pérdidas y beneficios, consideraran que su propuesta tenía la suficiente credibilidad estando a la cabeza alguien tan joven y carente de experiencia.

Pero había funcionado a la perfección; las dos entidades a las cuales había presentado su proyecto en busca de financiación, habían respondido con rapidez y de forma positiva. Casi se sentía tentada de dejar de buscar y escoger alguna de las dos. Pero, ya que las personas más importantes de su vida le habían sugerido que hablara con su tío antes de tomar una decisión, lo haría.

Cuando consiguió regresar al planeta Tierra, Andy echó un vistazo al reloj. Todavía le quedaba una hora por delante antes de incorporarse al turno de comidas y lo aprovecharía para ir a hablar con su tío. Volvió sobre sus pasos al recordar que *Lola* estaba aparcada frente a la entidad bancaria. Estaba a punto de ponerse el casco cuando el móvil empezó a sonar. Se anticipó con una sonrisa.

—Parece que supieras que tengo buenas noticias.

— *La verdad es que no, te llamaba porque... Bueno, aparte de por las razones de siempre, o sea, que estoy contando las horas que me quedan para*

*volver a comerte a besos, me acaba de llamar Clinton.*

—¡No! —exclamó Andy, que en un segundo se había olvidado de su propia novedad

— *Sí, ya lo creo que sí* —dijo Dylan—. *¿Estás sentada? Porque es un notición de los que tumban.*

—¡Venga, venga, cuenta! ¡No me tengas en vilo!

— *Espanoles y saudíes acaban de dar luz verde al proyecto* —y no acabó de decirlo que empezó a oír los gritos de alegría de Andy—. *Espera, espera, que eso no es todo... ¿Preparada?*

—¡Que sí, por favor, dímelo! ¡Ay, qué nervios! —exclamó ella al tiempo que reía.

Dylan se tomó unos instantes para disfrutar de la algarabía feliz de su chica sabiendo que no era nada comparado con lo sucedería cuando se enterara de la segunda noticia.

— *Mi labor en Niza acaba con un mes de antelación a lo previsto; en veinte días me tienes en Menorca definitivamente.*

Andy no se había sentado, pero sabiendo que la emoción sería fuerte,

había tenido el tino de acercarse hasta la pared del edificio para aprovechar el solecito matutino. Y, a pesar de tener algo que la sostenía detrás, sintió que el suelo se movía bajo sus pies. Durante unos instantes, sencillamente, no fue

capaz de articular una palabra. Llevaba tanto tiempo deseando que llegara el

momento en que Dylan no tuviera que marcharse, de que pudieran dejar de verse a cuentagotas... Veinte días más y ya no tendrían que volver a separarse.

— *¿Sigues ahí, Hermosa? Al señor Bola de Billar empieza a preocuparle tanto silencio...*

—Dame un momento —pidió Andy.

Respiró hondo varias veces, intentando que el corazón regresara a su sitio y que su mente pudiera volver a funcionar con normalidad.

—Es que de todas las noticias que podrías darme, ¡esta es la mejor de todas...! —exclamó emocionada—. ¡Este día es perfecto! ¡Perfecto, perfecto, perfecto! —y acabó, tal como esperaba Dylan, dando rienda suelta a su alegría.

— *Sí, que lo es... En realidad, hace un buen rato de la llamada, pero es que me he puesto tan eufórico... He esperado a calmarme un poco para llamarte...*—reconoció, riendo—. *Pero bueno, cuéntame tus noticias.*

Andy se explayó a gusto contándole la conversación que había mantenido con el director de la entidad bancaria. En este caso, las condiciones eran incluso mejores que los de la primera entidad, pero tanto una como la otra tenían enormes ventajas y realmente daba igual con cuál se quedara.

—*¿ Te lo dije o no te lo dije? Es un buen proyecto, Andy. Y no porque lo*

*diga yo, está muy bien planteado. Además, eres hija de quien eres y eso cuenta.*

—Ninguno de los banqueros mencionó siquiera a mi familia... Y yo tampoco hice hincapié en eso.

— *¿Te acuerdas lo que te dije la primera vez, ese día que volvimos a vernos? Todos saben quién eres.*

Andy sonrió. Estaba demasiado feliz para no hacerlo. Le daba igual si las entidades conocían a su familia y esa era la razón que estaba detrás, o si, sencillamente, habían estudiado el proyecto, lo consideraban una buena inversión, y querían financiarla. Lo que verdaderamente le importaba era que su vida y la de Dylan empezaba a ser como ambos deseaban.

“Solo veinte días más”, pensó eufórica.

— *¿Y ahora qué? ¿Qué va a decidir al respecto la jovencísima y hermosísima directora del centro de fitness?* —quiso saber Dylan.

—Todavía nada. Me has dicho que estaría bien que hablara con mi tío, Ciro opina lo mismo, y Tina... Bueno, creo que ella también, así que es lo que haré en un rato. A ver con qué se despacha ahora el imprevisible hermano de mi madre —repuso Andy.

Dylan entendía perfectamente sus reticencias. Andy había quedado muy afectada tras la última metedura de pata del menorquín y, aunque pretendía

manejar aquel asunto como una cuestión de negocios sin más, estaba claro que le costaba. No obstante, sabía que no debía saltarse ese paso. Él estaba convencido de que Pau Estellés conocía la gran capacidad de su sobrina y que haría lo imposible por mantenerla dentro del grupo. Sólo esperaba que alguna estupidez por exceso de celo del menorquín no volviera a echarlo todo a perder.

— *Me parece perfecto, Andy. ¿Me llamas cuando acabes? No hace falta que te diga lo nervioso que voy a estar hasta que te oiga...* —dijo el irlandés.

—Sí, calvorotas, no te preocupes; en cuanto acabe de hablar con mi tío, te llamo. Un beso. Y Dylan..

— *¿Qué, preciosa?*

—Te adoro. Te quiero tanto, tanto, tanto... Voy a tener que inventar palabras nuevas, porque, ¿sabes?, siento que las que hay ya no me valen. Se quedan muy cortas...

Dylan, que había cerrado los ojos dedicando hasta la última de sus neuronas a deleitarse en la intensidad de lo que aquellas palabras le hacían sentir -poderoso, afortunado, locamente enamorado por primera vez en su vida-, necesitó tiempo para recuperarse del huracán emocional. Lo primero que salió de su boca fue un largo suspiro que derritió el corazón de Andy. Lo segundo, en cambio, fue una expresión muy al estilo de Dylan que la derritió mucho más:

— *Aishhhhhh, preciosa...*

Después de hablar con Dylan, Andy había ido directamente a casa de su tío, pero él ya estaba en el restaurante, en una de las habitaciones del fondo que originariamente dedicaban a guardar trastos y que ahora hacía las veces de oficina fuera de las horas de apertura.

Pau sirvió dos cafés con leche y puso un plato con pequeños sandwiches variados sobre el escritorio tras lo cual la invitó a tomar asiento con un gesto.

—Todavía no he tenido tiempo de desayunar así que estoy muerto de hambre... —explicó el menorquín a modo de introducción después de darle un bocado a un mini sandwich—. ¿Qué te trae por aquí tan temprano? Tu turno no empieza hasta dentro de una hora...

—Negocios —respondió Andy que antes ocupó la silla de enfrente y se dedicó a su café. De comer, pasaba. Tenía el estómago cerrado de los nervios. Estar con él seguía despertando en ella cierto enfado, y quería mantenerse serena porque el tema que se traía entre manos era sumamente importante para ella. Quería que las cosas salieran bien.

Pau miró de reojo la gruesa carpeta que Andy había dejado sobre el escritorio.

—¿Es para mí?

Ella asintió.

—Es una copia de lo que he presentado a los bancos. Ya tengo sus respuestas y las dos son positivas.

—¿Y por qué me lo das?

A Andy le costaba reconocer a lo que había ido allí. Y él no se lo estaba poniendo nada fácil.

—Me dijiste en su momento que antes de aceptar una propuesta, hablara contigo porque el Grupo Estellés siempre estaría interesado en mejorarla. Ya sé que entonces creías que me refería a trabajar para otra empresa, pero esto es mucho más importante que un trabajo cualquiera. Imagino que el grupo tendrá algo que decir al respecto y me gustaría saberlo antes de tomar una decisión.

—Me parece muy bien lo que has hecho, pero no necesito estudiarlo. —

Y al ver que Andy fruncía el ceño, hizo las aclaraciones pertinentes—: ya estoy al tanto del contenido. Ferrán González me hizo llegar una copia. Fui yo el que le recomendé que te financiaran. Así que si quieres escuchar mi contraoferta, te la cuento.

Andy no salía de su asombro, ¿cómo era posible que el director de una entidad financiera le enviara información confidencial a otro empresario de la isla por más Pau Estellés que fuera? Empezaba a entender el nivel de poder que manejaba la familia en esa isla.

—Disculpa, estoy alucinando. ¿Es que aquí no se puede dar un paso sin que tú te enteres? —Su tono de voz denotó más asombro que molestia, pero Pau consideró oportuno dejar las cosas claras.

—Puedes hacer lo que quieras, Andy. Fui yo el que pedí que me enviaran el plan de negocio. Si tengo que recomendar que se te dé un tratamiento especial como miembro de la familia, necesito saber que el proyecto reúne las condiciones idóneas. Has hecho un trabajo excelente y tengo una contraoferta, si quieres escucharla...

Andy le indicó con la mirada que continuara. Pau dio un sorbo a su café y otro bocado al sandwich, tras lo cual consultó varias páginas. Al fin, se limpió la boca con una servilleta.

—OK. El grupo financiará el proyecto. Hay dos opciones y tú escoges. La primera, financiamos el cien por cien de la inversión y durante los primeros cinco años tú mantendrás el diez por ciento de las acciones. Para entonces, el gimnasio debería haber amortizado los gastos de puesta en marcha y dar beneficios. Si este es el caso, tu porcentaje de acciones subirá al treinta y tres por ciento, e irá aumentando cada año en positivo, después del quinto, hasta alcanzar el cincuenta y uno por ciento. Si no es el caso, es decir, si no hay beneficios tras el quinto año, el grupo será libre de replantear el proyecto acudiendo a la incorporación de nuevos inversores si fuera necesario, o de liquidar la empresa. ¿Está claro hasta aquí?

Andy asintió y el menorquín continuó después de comer otro mini sandwich.

—Bien. Segunda opción. El grupo financia el sesenta y seis por ciento de la inversión y tú, el treinta y tres por ciento restante. Tras el quinto año, si el gimnasio ha amortizado gastos y empieza a dar beneficios, tu porcentaje de acciones subirá al cincuenta y uno por ciento. En caso contrario, negociaríamos el futuro de la empresa sometiendo las propuestas a votación de los socios como en cualquier sociedad anónima. ¿Te parece bien hasta aquí?

Andy estaba alucinando. Lisa y llanamente. Tenía un millón de preguntas, porque, de partida, cualquiera de las dos opciones le parecía demasiado buena para ser real, pero la más importante de todas es la que formuló a continuación.

—¿Y qué hay del control? Las decisiones deben ser mías.

Pau asintió repetidas veces con la cabeza.

—Te daremos total libertad en cuanto a la dirección técnica del gimnasio. Las decisiones económicas requerirán aprobación del Consejo.

—¿Libertad total? ¿Y qué pasa con las contrataciones, serían decisiones económicas?

—No. En este plan de negocios has desarrollado todo lo necesario para poder gestionar la empresa en el arranque. Aquí has establecido la gente que

vas a necesitar, las herramientas, los horarios de funcionamiento... Mientras te manejes dentro de lo estipulado en esta carpeta, tus decisiones no necesitan pasar por el Consejo. Si hay algún requerimiento extra no contemplado en lo que aquí has desarrollado, en ese caso, estaría sujeto a la aprobación del Consejo. En todo lo demás tienes vía libre. Entendemos que tú eres la persona idónea para gestionar el proyecto, no vamos a cuestionar tus decisiones —dijo el menorquín para mayor asombro de su sobrina.

—Vaya... Gracias por el voto de confianza, y por la oferta. Es mucho mejor de lo que esperaba —concedió la muchacha sin ocultar su asombro.

—Te dije en su momento cuánto valoro tu capacidad de trabajo.

Dejando a un lado que seas mi familia, eres inteligente y capaz. No bromeaba cuando te dije que haríamos lo que estuviera en nuestra mano para mantenerte dentro del grupo. Y yo cumplo mi palabra. Así que, piénsatelo, y ya me dirás algo...

—Sí, gracias... Voy a estudiar lo que me has propuesto... Quiero hablarlo con Dylan y también con Tina.

Pau dudó si preguntarlo o no. Intuía que su sobrina estaba al tanto de los últimos acontecimientos entre Tina y él, eran amigas, pero Andy, además, era su sobrina, por lo que le resultaba un poco violento sacar el tema.

—¿Qué pasa con ella? ¿Te ha dicho algo sobre el proyecto?

Tina había dicho muchas cosas. Acerca del proyecto, acerca de su

padre, y aunque no se había explayado hablando de lo sucedido con Pau, Andy sabía que estaba muy revuelta con ese asunto.

—Digamos que se lo sigue pensando —concedió Andy.

El menorquín asintió con la cabeza como si estuviera hablando de negocios, y no de un tema que le tocaba de lleno. Sabía lo que su sobrina estaba pensando y le resultaba muy incómodo dejar traslucir que su interés por la decisión de Tina no era sólo de tipo empresarial. Pronto, sin embargo, se dio cuenta de que no le hacía falta añadir nada más, que Andy ya se había dado cuenta.

—¿Sabes, tío? —dejó caer la muchacha—. Creo que mi amiga necesita un empujón.

Y Pau se lo dio aquella misma tarde. Después de varios días sin saber de él, cuando Tina regresó del gimnasio, se lo encontró junto a la puerta de su piso, apoyado contra la pared.

Le habría gustado desquitarse con él, no sabía muy bien por qué, pero la primera sensación al verlo había sido de enfado. Sin embargo, en cuanto sus ojos repararon en su llamativa cabellera, en su abrigo azul marino con el cuello subido, y en su enorme bufanda que le daba dos vueltas alrededor del cuello, el enfado pasó a un segundo plano, y ella se regodeó en las vistas.

Él hizo otro tanto. Tina no vestía ropa deportiva, pero aquella cazadora

corta con relleno de corderito y sus calzas embutidas dentro de unas botas de caña alta mantenían su aire de mujer en plena forma física. Lo que le resultó más notable, sin embargo, fue que llevara el cabello suelto y un gorro blanco de lana calado hasta las cejas. Pau adoraba el exotismo de aquel rostro de rasgos afilados.

—Te gusta sorprender —dijo Tina procurando que su voz sonara natural. Puso la llave en la cerradura y abrió la puerta con la misma naturalidad.

Él sonrió para sus adentros y aceptó la tácita invitación de la entrenadora, que se había limitado a entrar y dejar la puerta abierta.

—Sorprenderte —precisó.

De eso nada. Era un alfa, su posición de dominio dependía de su capacidad para mantenerla fuera de toda discusión, lo cual implicaba hacerse valer. Sorprender a sus adversarios con la guardia baja era su táctica favorita. Tina le dedicó una mirada irónica, tomó el abrigo que él acababa de quitarse y la bufanda, y los guardó en el armario. Hizo lo mismo con el suyo y, por último, se quitó el gorro. Tras acomodarse el cabello con los dedos, tomó asiento en el sillón frente a él sin hacer el menor comentario, esperando que ya que estaba allí sin mediar invitación, continuara con lo que había venido a hacer, sin más. El punto irónico continuaba reluciendo en el fondo de sus ojos y el menorquín esbozó una sonrisa.

—Quizás sería bueno que te dijera que cuando haces estas cosas me gustas mucho más. Lo que ya es decir, porque me gustas muchísimo sin necesidad de hacer nada. —Una frase de apertura categórica que recibió otra aún más categórica por parte de la entrenadora.

—Lo sé —y al ver que él asentía divertido, matizó—: Pero no lo hago por ti, quédate tranquilo. Soy así.

—Vaya... Y yo que creía que esa era tu forma de darme a entender que te encanta que un hombre recorra la milla extra por ti... Menudo chasco —repuso él con la misma clase de naturalidad que ella había empleado.

Acto seguido, tomó asiento frente a ella.

—¿Es eso lo que haces, recorrer la milla extra por mí?

—¿No es obvio? He recorrido las que separan Menorca de Londres dos veces para ser exactos.

Ella asintió y entró directamente al meollo de la cuestión con sus modos seguros.

—En ese caso, quizás sería bueno que te aclare un par de cosas.

Primero, esta Tina que ves hoy es la que saco del armario cuando un hombre que conozco y que alardea de conocerme tan bien, hace algo que me sienta

como una patada en la boca del estómago, y a quien no puedo ignorar -o

tumbar de un puñetazo- porque resulta que es el tío de mi mejor amiga, el

hermano de una mujer a quien considero mi segunda madre. No me halaga que estés aquí, me jode y mucho que te tomes atribuciones que yo no te he

dado como presentarte en mi casa o en mi trabajo, intentando aprovecharte de

los lazos que me unen a las Avery, que no a ti. Segundo, no sé qué esperas

que suceda entre tú y yo, aunque evidentemente algo esperas, y eso tampoco

me gusta. Si me ves como una aventura, deberías saber, ya que dices tenerme tan calada, que ni borracha escogería correrme una juerga contigo. Ni aunque fueras el último hombre del planeta. Eres el tío de Andy y para mí llevas un rótulo inmenso en la frente con las palabras “no tocar”. Y si lo que pretendes es que crea que me ves como una prometedorá candidata a tu segunda esposa... —Tina respiró hondo, sintiendo como una columna de fuego ascendía por su cuerpo, desparramando ira a diestra y siniestra—. Bueno, por ponerlo en palabras amables, no me interesa el puesto.

Pau mantuvo la mirada y el talante a pesar de que acababa de recibir una seguidilla de directos a la mandíbula que no lo habían tumbado de puro milagro. Aunque la herida no fuera evidente, estaba sangrando a raudales. Pero el menorquín la conocía mucho mejor de lo que Tina estaba dispuesta a admitir, y, en cualquier caso, él sabía reconocer una contraofensiva cuando la veía, aunque en este caso, hubiera preferido otra clase de bienvenida. Pau tenía muy claro lo que esperaba que sucediera entre ellos, lo que quería y cómo quería que sucediera. Tina, fiel a su instinto combativo, se resistía.

—Me gusta sorprenderte, *me encanta*, pero, en realidad, he venido a hablar de negocios.

—Existe algo llamado teléfono.

—Yo no hablo de negocios por teléfono, Tina. Además, no quería arriesgarme a que atendieras, me pidieras que lo tomara como un gesto de buena voluntad, y volvieras a colgarme, ¿o esperabas que cayera en la misma trampa dos veces?

¿Acaso intentaba decirle que esa era la razón de que llevara días sin dar señales de vida? ¿Era por eso que había desaparecido del mapa? ¿Porque aunque lo hubiera tomado con aparente deportividad, en realidad, le había sentado como un tiro? A veces, le costaba descifrar al menorquín.

Las cejas de Tina se curvaron y Pau casi pudo sentir como el ejército imaginario obedecía a la voz de “¡alto!”. Sintió sus ojos examinándolo con desconfianza unos instantes hasta que, al fin, ella se puso de pie.

—En ese caso, supongo que no me quedará más remedio que ofrecerte un café —se limitó a comentar.

Pau tenía ganas de dedicarse un “¡toma ya!” por todo alto -bien merecido se lo tenía-, pero juzgó más conveniente mantener su alegría bajo control. Manejarse con ella era como ir a ciegas por un campo minado sin saber en qué momento oiría el “click” y saldría volando por los aires.

—Gracias, me encantaría —repuso con una sonrisa.

Los ojos de Pau siguieron con sumo interés a la entrenadora hasta que desapareció de la vista.

La conversación se reanudó poco después, café mediante.

—Bueno, soy toda oídos —dijo Tina después de que los dos tuvieran sendas tazas de café.

—¿Por qué te lo sigues pensando?

Ella lo miró un tanto desconcertada.

—Te diría que porque soy de las que se piensan las cosas con calma, pero creí entender que eras tú quien venía a hablar. De negocios, no de mí.

—Sé que sabes que Andy ha venido a presentarme su proyecto y que estás al tanto de lo que hablamos. Por mi parte, podemos ponerlo en marcha mañana mismo, pero ella prefiere tenerte a bordo y tú te lo sigues pensando, así que la pelota está en tu tejado.

—Y tú quieres bajarla del tejado, ya entiendo —Tina respiró hondo—.

Hablaré con ella... de nuevo y aclararemos este asunto. No te preocupes.

—No me preocupo, me ocupo. Es diferente. Algo te está impidiendo involucrarte en un proyecto que te enamoró tan pronto supiste de él. Y es normal que te enamore, lo que ha parido la cabecita de mi sobrina es fabuloso, el sueño dorado de cualquier profesional del fitness. Y sé que varias ideas recogidas en esa carpeta son tuyas porque me lo ha dicho.

Tina apartó la vista y volvió a ponerla sobre tu taza de café, pero no hizo el menor ademán de cogerla de la mesilla donde la había dejado.

—Sé que haríais un equipo fenomenal —continuó Pau— porque lo sois a nivel personal y también sé que tienes las bendiciones de tu padre, que incluso ha llegado a decirte que iría contigo a Menorca. Así que solo se me ocurren dos motivos para que sigas sin tomar una decisión: uno es de naturaleza económica y otro es de naturaleza sentimental.

Los ojos de Tina se desviaron de la taza del café a los de Pau, brillantes.

Que alguien le recordara que tenía que cerrarle la boca con una cremallera a su querida amiga y, de paso, también a su tío.

Pau continuó como si tal cosa.

—Si es por el dinero, pon la cifra. Sabes lo que vales, yo también lo sé, y Andy no dejaría jamás que esa fuera la razón que os separe.

Tras una pausa premeditada durante la que la entrenadora permaneció tan callada como hasta el momento, el menorquín abordó el tema que sabía que estaba en la raíz del problema.

—Si es sentimental... No voy a mentirte, me interesas. Mucho. Y aunque pueda haberte dado esa impresión, no he perdido de vista en ningún momento ni quién eres tú ni quién soy yo. Lo que sucede es que soy un hombre intenso con lo que me interesa. “No es no”, sin ninguna clase de discusión ni de matiz. Estoy totalmente de acuerdo contigo. Pero, corrígeme si me equivoco, yo no he sentido en ningún momento que tú me rechazabas. Otra pausa deliberada que obtuvo la misma respuesta que antes;

ninguna.

—Tú también eres una mujer muy intensa, Tina. Somos dos personas de carácter, que si pueden elegir, prefieren llevar la voz cantante, pero que también saben aflojar la cuerda cuando está demasiado tensa. La verdad es que me siento muy a gusto contigo, algo que llevaba años sin sentir junto a una mujer. No voy a negar que la cabeza se me va cuando te miro... Se me va, y no sabes cuánto, pero ya no soy un crío. Tengo una vida complicada, un montón de responsabilidades y una hija preciosa que al fin está conmigo y a quien jamás haría daño permitiendo que se encariñara con alguien que solo está de paso. Juego fuerte, es mi forma de ser, pero soy muy consciente de que no lo tengo fácil contigo.

Esta vez algo cambió en la actitud de la entrenadora: sonrió. De todo lo que el menorquín había dicho, lo último era lo único que le chirriaba y la sonrisa salió sola.

—No te lo esperabas, ¿eh? —dijo él, complacido. Y muy aliviado de ver alguna reacción distinta de aquel rostro neutral después de haber puesto sus cartas sobre la mesa.

—Es un farol.

—¿Tú crees?

—No creo, lo sé. Y tú sabes que lo sé.

Siempre había sido un gran candidato a futuro marido, dentro y fuera de Menorca. Reunía todo lo necesario para ello, sin añadir la posición social que ostentaba como miembro de una gran familia y, por supuesto, su innegable atractivo.

Pau la miró largamente y decidió poner su última carta sobre la mesa.

—No hablamos de lo mismo, Tina. Las cualidades, las ventajas... Eso solo cuenta si significa algo para la persona a quien quieres deslumbrar. A ti no te impresiona lo que represento, te da igual. Y por contra, lo que no te da igual es la actitud protectora, digamos, que tengo hacia mi familia, hacia la gente que quiero. Te saca de quicio. Si hacemos las cuentas, podría decirse que te he cabreado mucho más de lo que te he deslumbrado.

A Tina no le quedó otra alternativa que asentir con la cabeza. Era tan cierto lo que decía, que si no fuera porque no quería hacerle concesiones, habría tenido que reconocerle que ningún hombre había conseguido enfadarla tanto en tan poco tiempo como él. Jamás.

—¿Y sabes lo peor? Seguiré cabreándote. Porque aunque meta la pata un millón de veces más, si creo que alguien que quiero va a sufrir, siempre elegiré intervenir a quedarme de brazos cruzados. Y también seguiré echando mano de la única baza que tengo contigo.

Ella lo miró con una mezcla de interés e ironía.

—Te da igual mi apellido, mi familia, mi dinero —aseveró Pau—, pero

tengo la suerte de ser el único hombre que has conocido al que no le asusta lo que eres. Al contrario, le encanta. Respetas eso. *Te gusta*. Aunque por momentos quisieras matarme.

Tina respiró hondo y apartó la mirada. Pau rubricó su declaración con una advertencia que consiguió que a ella le palpitara el corazón.

—Me parece justo que sepas ahora, antes de que decidas -o no- probar suerte en Menorca, que seguiré usando esa baza a discreción.

El corazón de Tina hizo más que solo palpar; experimentó intensamente un aluvión de sentimientos y emociones, a cual más conmovedor, a cual más alarmante.

Como era de esperar su lenguaje corporal no mostró apenas lo que sucedía en su interior cuando alzó la vista y lo miró directamente.

—¿Hemos acabado?

Pau no había esperado un discurso, pero tampoco una invitación a marcharse tan irreprochable. Permaneció mirándola en silencio unos instantes consciente de que su admiración por ella acababa de atravesar la estratosfera e iba camino de Marte. Sentía el corazón latiendo desaforadamente y unas ganas locas de fundirse con ella y hacerle el amor. De derretir a base de pasión esa bellísima caparazón de acero con la que Tina se protegía y dejar al descubierto el ser aún más hermoso que había en su interior. Por Dios, pensó,

cuánta locura conseguía despertar en él sin mover un dedo. Siendo ella misma, simplemente.

El menorquín sacudió la cabeza ligeramente y, al fin, sonrió.

## **Episodio 17**

Miércoles, 27 de enero de 2010.

Casa de la familia Estellés,

Ciudadela, Menorca.

Todo el asunto del astillero de Jaume se había desarrollado con celeridad. Sus dos socios capitalistas, uno de los cuales además era socio de trabajo, llevaban una semana en Menorca y la empresa había pasado de ser un sueño dorado a un proyecto realizado y firmado sobre el papel. Tanto era así que habían logrado cerrar un buen trato por un inmueble próximo al puerto de Mahón que sería ahora el hogar de su proyecto y los tres socios estaban tan eufóricos, que habían planeado celebrarlo dando una gran fiesta en un par de semanas.

Jaume se había presentado en casa de Anna tan excitado, que nada más verla la había tomado por la cintura y la había levantado en volandas, arrancándole un quejido a cuenta de sus doloridos huesos por la enfermedad.

—Pero, hombre, que me matas... —dijo Anna, sorprendida.

—Vaya, perdona, ¿es que estoy tan contento!

—Ya lo veo —murmuró ella, consciente de las manos que todavía le rodeaban el talle; él había vuelto a dejarla en el suelo con delicadeza, pero no la había liberado.

—¡Tenemos sede social y vamos a montar una fiesta por todo lo alto! Ay, Anna, te va a encantar cuando la veas. Y hemos conseguido un trato buenísimo. ¡Buenísimo, de verdad! —y con esas volvió a pegarse a ella, estrechándola fuerte, pero cuando volvió a hablar, a pesar de su alegría, su voz fue como un susurro—. Estoy que no me lo creo, te lo juro.

Ni ella. Anna no podía creer que estuviera entre sus brazos. Ni tampoco el huracán de emociones que su proximidad le hacía sentir.

—Eso hay que celebrarlo. Neus ha hecho tarta —dijo Anna, intentando poner fin a aquella situación que no sabía cómo manejar.

Pero Jaume ni se movió del lugar ni permitió que ella lo hiciera.

—¿Vamos a la cocina? —invitó Anna cada vez más nerviosa hasta el punto de no poder sostenerle la mirada.

Por toda respuesta, él empezó a inclinarse hacia ella.

—Jaume... Deberíamos... —murmuró, apartándose un poco, en un último intento de evitar lo que a todas luces era inevitable.

Primero fue su nariz, internándose en su cabello y aspirando profundamente. Después, su aliento calentando la delicada piel de su cuello, junto al oído, extendiéndose a través de las terminaciones nerviosas de su

cuerpo como una deflagración. Por último, sus labios, firmes y a la vez delicados, abriéndose sobre los suyos...

Retrocediendo el tiempo treinta largos años.

Un minuto o un siglo, ninguno de los dos lo supo a ciencia cierta, pero cuando abrieron los ojos y se miraron, tuvieron la certeza de que seguían sintiendo lo mismo que entonces.

Él volvió a la carga. La empujó suavemente contra la pared y se impuso con su cuerpo, buscándola nuevamente. Ella, al principio, respondió, pero un segundo de cordura le hizo tomar conciencia de dónde estaban -en pleno pasillo de entrada- y de lo que implicaba.

—Para. Por favor, para —murmuró Anna, al tiempo que lograba colar sus manos entre la casi inexistente distancia que los separaba y usarlas a modo de barrera.

—No quieres que pare —dijo él, lloviendo besos en su cuello mientras intentaba vencer la resistencia femenina.

—Sí que quiero —se las arregló para responder y exhaló un suspiro cuando los labios masculinos dejaron una huella húmeda debajo de su barbilla—. Vale, no quiero, pero para, por favor —rogó.

—Te haría el amor ahora mismo, aquí, sin importarme nada más. Por favor, no me pidas que pare. Bastante hago con solo besarte —y volvió a

adueñarse de su boca.

La besó con toda el alma y ella se dejó besar, embriagada por lo que sentía, por él, por los recuerdos que regresaban al presente con fuerza inusitada.

Cuando la mano de Jaume bajó por el perfil de la silueta de Anna, acariciando cada centímetro que tocaba con la avidez de un quinceañero, ella abandonó toda idea de resistirse y le pasó los brazos alrededor del cuello.

Todo su cuerpo despertó de golpe, ardiendo, deseando intensamente y él respondió a su silencioso llamado pegándose a ella, dejándole sentir que no estaba sola en su arrebató. Que, como siempre les había sucedido, eran almas afines.

—Dios, ¿sabes los años que hacía que...? —murmuró ella con los ojos cerrados.

Él volvió a besarla una vez y otra y otra más mientras sus manos la acariciaron ya sin ningún límite.

—¿Sabes los años que llevo imaginando este momento, soñando despierto? Fui un imbécil. Fui un imbécil y llevo treinta años lamentándolo, Anna.

Se miraron a los ojos intensamente, conscientes de que el deseo iba de la mano de los sentimientos que resurgían del pasado como si el tiempo se

hubiera detenido.

—Voy a morirme de un infarto aquí mismo si no puedo hacerte el amor... —admitió él en un susurro, totalmente encendido.

Pero cuando se miraban devorándose mutuamente y Anna se debatía entre hacer lo que le pedía el cuerpo o poner fin a aquel momento, la voz de Danny llamando a su madre los dejó helados.

Durante unos instantes cundió el pánico. Se apartaron y comenzó una carrera frenética para arreglarse la ropa y acomodarse el pelo, procurando disimular lo que acababa de suceder entre los dos.

—¡Sí, estoy en la puerta, conversando!—exclamó Anna, sobreponiéndose a su nerviosismo.

“Ah, vale. Nada, ya lo encontré” —lo oyeron decir, y a continuación oyeron que se ponía a hablar por el móvil.

La atención de Anna regresó a Jaume justo cuando él apoyaba la nuca contra la pared y exhalaba un suspiro larguísimo.

—Por Dios... —susurró él, casi sin aire.

Anna se apoyó contra la pared, a su lado, y apretó los párpados, roja como un tomate.

Mientras tanto en el bar The MidWay, en Londres...

Después de disculparse por milésima vez con Shea Mitchell por llegar tarde a la cita, Tess, que acababa de salir de la consulta del médico, subió al

taxi que la esperaba en la puerta para llevarla a casa. Era exasperantemente puntual, pero la circunstancia y la gran noticia que había traído aparejada, bien merecía haber pasado por el bochorno de tener que disculparse por ser impuntual por primera vez en toda su vida.

En Hounslow, Shea Mitchell guardó el móvil y miró a través del cristal el interior del bar donde la editora Theresa Gibb-Taylor le había sugerido que la esperara. Era el típico establecimiento que tendría a su hermano como cliente habitual, pero, desafortunadamente, no era el estilo de sitio en el que a ella le apetecía sentarse a tomar un café. Dado que por los alrededores no había visto ningún otro, Shea decidió entrar.

Había varios clientes en la barra, y un grupo de cuatro en una de las mesas junto a la ventana. Todos hacían juego con el local: vestían de negro, llevaban alguna clase de ornamento metálico decorando sus prendas y calzaban botas de motorista. Desde luego, no eran su tipo. Aunque quedaba claro que ella sí que era el suyo, ya que en su camino hacia la barra la acompañaron varios pares de ojos. Pensó que quizás no eran ganas de ligar, sino genuino interés en un espécimen de una clase tan diferente a la suya lo que justificaba dichas miradas. Seguramente, no habían visto a una mujer con traje de ejecutivo en toda su vida.

Shea ocupó uno de los taburetes que hacía esquina en la barra, desde la cual tenía una visión amplia de la puerta de entrada. Mientras esperaba que la

atendieran, sacó la agenda electrónica de un elegante bolso de cuero en color burdeos que simulaba la piel de una serpiente, a juego con los zapatos.

Pero no sólo los ojos de los moteros la habían seguido con interés, los de Cheryl también. Sin ningún género de dudas, era la primera vez que veía a alguien (distinto de Tess) entrar en un bar de moteros con esas pintas. El traje de chaqueta y pantalón estilizaba su figura alta y esbelta, y le daba un aire interesante. Con su melena corta rubio plateado, sus altos tacones y sus enormes ojos claros cargados de rímel, no pasaba desapercibida. Al acercarse para atenderla, algo en su rostro le resultó extrañamente familiar.

—¿Sirven café aquí?

Cheryl asintió con amabilidad.

—Sí, de máquina o instantáneo, lo que prefiera.

—Un *espresso* estará bien

—Marchando un *espresso* para la señorita, entonces —dijo Cheryl que en aquel momento estaba sola en la barra.

Shea había llegado hasta Tess gracias a la lista de contactos que le había dado su hermano hacía un tiempo. Era, según le había contado, una editorial de nueva creación con alguien interesante a la cabeza, lo cual la convertía en un cliente ideal para una imprenta ya establecida en Irlanda que intentaba abrir una filial en la capital inglesa. Apenas llevaba un mes en la ciudad, y había abierto varias líneas de comunicación con posibles futuros clientes, de

modo que Shea estaba bastante satisfecha de cómo se estaban desarrollando las cosas hasta el momento. Todo lo demás en su vida iba cuesta abajo después de que su ex marido decidiera que, a pesar de haberle sido infiel desde siempre, aún seguía queriéndola y que intentaría por todos los medios recuperarla.

Recuperarla, qué gracia le hacía esa palabra. Jamás le había prestado la menor atención, y ahora no paraba de llamarla y enviarle mensajes que, básicamente, insistían sobre la misma cuestión: “por favor, perdóname”.

No le daba la gana perdonarlo. Nunca pensó que llegaría el momento en el que sentiría algo semejante, pero realmente había acabado con Ian. Durante muchos años había estado a su lado, convencida de que él era el amor de su vida. Ahora, empezaba pensar que si eso era todo lo que se podía esperar del amor, entonces prefería estar sola el resto de su vida.

Cheryl le trajo su café acompañado de unas pastas que Shea devoró sin darse cuenta mientras hacía anotaciones en su agenda electrónica.

En el interior de la bodega, Maverick, que había dedicado gran parte de la mañana a poner orden en esa madriguera de conejos, apiló la última caja de *whisky*. Se sacudió el polvo de las manos y al hacerlo se dio cuenta de que tenía la camiseta y los pantalones manchados. Soltó un taco pensando que la próxima vez que se le ocurriera dedicarse a la limpieza, se traería una muda para poder cambiarse.

Salió de la bodega con la idea de ir al baño a adecentarse un poco, y en cuanto se dio la vuelta, su mirada quedó cautiva de una visión totalmente inusual. Dudó de si no se habría colado por un agujero negro y reaparecido en un universo paralelo, ya que la preciosa mujer del cabello plateado no encajaba para nada en aquel entorno dominado por el cuero y las tachuelas.

¿Quién sería?

De pronto, se sintió como un estúpido, allí, clavado al suelo, totalmente incapaz de apartar la mirada, sin entender lo que estaba sucediendo.

Pero en aquel momento, como si hubiera presentido que él la observaba, ella alzó la vista, y sus ojos se encontraron por primera vez.

Tess pagó al taxista y entró en el bar con paso rápido. Reconoció a su cita al instante y se dirigió hacia ella con una sonrisa.

—¿Es Shea Mitchell? —preguntó la editora con suavidad.

La mujer asintió con la cabeza.

—Sí, la misma.

—Encantada de conocerla... Lamento haberla hecho esperar. Me surgió un compromiso. Pero vamos, si ha acabado su café, ya podemos subir —ofreció Tess.

Shea se puso de pie y miró a Cheryl.

—¿Cuánto es?

Tess se apresuró a intervenir.

—No, por favor, invito yo.

—Muchas gracias. En ese caso, ya estoy lista —dijo la irlandesa con amabilidad.

Las dos mujeres se dirigieron hacia la puerta de uso sólo para empleados que conectaba el bar con el pasillo de entrada al edificio donde vivía Tess. Al comprobar que no estaba abierta, la editora se volvió a mirar hacia la barra dónde Maverick continuaba igual que antes, con la mirada clavada en la elegante rubia, sin atinar a nada.

Cheryl lo miró con desdén, y estirándose de forma ostensible por delante de él, apretó el botón que estaba frente a su jefe.

—Despierta, ¿quieres? Pareces un idiota —no pudo evitar decir, airada.

El sonido de la apertura de la puerta devolvió a Maverick a la realidad de sopetón justo en el momento en el que Tess y la preciosa rubia desaparecían del bar.

No muy lejos del MidWay, ese mismo día por la noche...

La idea era cenar en un restaurante pequeño de un barrio londinense.

Pero allí estaban, tirados en mitad de la nada, donde los había dejado el Mini

Morris de Amy antes de exhalar su último aliento.

Y allí estaba él, el Caballero Jedi, manchado de grasa después de intentar en vano que aquel trasto centenario los condujera, al menos, hasta

Rowley Customs donde Amy había ido a buscarlo, para así poder recoger su moto.

Amy, por su parte, había lamentado el suceso durante los primeros cinco minutos. Ver aquella espalda de cine mientras el motero husmeaba en el motor, bien merecía la pena haberse quedado tirados, e incluso, sin comer.

—¿Llevas alguna herramienta en el coche? —dijo Niilo desde debajo del capó.

Amy inspeccionó la guantera. Quizás, en otro momento de su vida que no recordaba, algún alma caritativa o ella misma hubiera dejado algo que le sirviera al motero para hacer un apaño.

—Herramientas, lo que se dice herramientas de mecánico, no —dijo ella asomando la cabeza por la ventanilla y ofreciéndole lo único que había encontrado—. Pero si te sirven, puedo ofrecerte estas dos cosas.

Niilo se acercó a la ventanilla y tomó lo que ella le daba. Uno, era claramente una lima de uñas y lo otro, una especie de brocha con mango largo.

—¿Quieres que le haga la manicura a tu motor?

—Hombre, la lima es de acero del bueno... Seguro que algo puedes hacer con ella.

Niilo se puso a reír. Detestaba estar allí pringado y sin esperanzas de

salir de la situación medianamente rápido, pero su compañía, no. Cada momento que pasaba con Amy era mejor, más valioso, más divertido... Y su desparpajo, junto con sus ocurrencias, siempre se las arreglaban para arrancarle una carcajada.

—Gracias, pero no. Me refería a herramientas. Un destornillador, una pinza... No tienes de eso en tu coche, ¿verdad?

Amy sonrió como si él estuviera hablando en algún idioma desconocido.

—Las tendría, seguro, si supiera cómo usarlas...

Niilo se agachó e introdujo la cabeza por la ventanilla, robándole un beso.

—Entonces, lamento informarte de que no puedo hacer nada por tu enfermito —murmuró sobre sus labios.

Ocasión que Amy aprovechó para servirse de sus besos a placer.

—¿Se va a morir?

La respuesta demoró en llegar porque la pareja se enredó en uno de sus toma y daca que cada vez eran más largos.

—No, qué dices, en mecánica todo tiene arreglo, pero no será esta noche ni aquí. ¿Llamas a un taxi mientras yo acabo en el capó?

Amy lo dejó apartarse de mala gana e hizo lo que le pedía.

Después de cerrar el coche, mientras esperaban que el taxi los recogiera,

Amy se pegó a él con la excusa de que "estaba muy frío aquella noche". Niilo la rodeó con los brazos.

—Voy a necesitar asearme un poco. Me he puesto perdido, así que propongo que pasemos por mi casa y así, de paso, nos llevamos mi coche. ¿Te parece una buena propuesta?

El corazón de la joven había empezado a latir a destajo en cuanto él había pronunciado las palabras “mi casa”. Probablemente, y a pesar de lo diferente que había demostrado ser a otros hombres hasta el momento, para él también llevar a una chica a su casa significara lo mismo que para el resto de los mortales.

Amy esbozó una sonrisa sensual.

—¿Me vas a llevar a tu casa? Uy, qué excitante suena eso...

La pareja se miró largamente mientras sonreían cada cual festejando a su manera aquel momento. Amy, que llevaba esperándolo desde hacía semanas, no pensaba poner ninguna clase de objeciones. Todo lo contrario.

Niilo, que no le había dedicado muchos pensamientos a su propuesta antes de decirla en voz alta, tuvo que concentrarse para no soltar una carcajada y estropearlo todo.

—¿A que sí? —murmuró él, y la pareja volvió a enredarse en un nuevo intercambio de besos apasionados.

Amy creyó reconocer el barrio por el que el taxi los llevaba. Habían

rodeado los jardines Kew haciendo la misma ruta que Abby y ella solían hacer cuando salían del colegio e iban estudiar a casa de Abby. ¿Eran vecinos?

El taxi se detuvo frente a un edificio de poca altura, corriente en la zona.

Después de pagar la carrera, el motero la tomó de la mano y juntos se

dirigieron hacia la puerta frente a la cual el taxi los había dejado,

intercambiando sonrisas insinuantes. Niilo la abrió permitiéndole pasar

primero, pero no se apartó del marco. Los dos sabían que no había espacio suficiente para que ella entrara sin rozarlo, pero Amy se las arregló para que

el roce se convirtiera en algo más.

Continuaron intercambiando sonrisas mientras él la tomó de la mano

nuevamente y se dirigió hacia las escaleras. Cuando estaban subiendo el

segundo tramo, Amy, que había tenido la ocasión de comprobar que el

edificio contaba con un ascensor, soltó una pulla.

—¿Esta es tu manera de mantenerte en forma, o es que tienes miedo de

meterte en un ascensor conmigo?

Él la miró de reojo, sonriendo, y al llegar al rellano de la primera planta,

entró en el hall y continuaron andando hasta la puerta identificada con la letra

“b”.

—Es sólo un par de escaleras, vivo aquí. El viaje sería demasiado

rápido para darnos tiempo a nada... —Echó una mirada a Amy que se había

puesto a su lado, apoyada contra la pared—. Aunque, quizás, la próxima vez podemos aprovechar y tocar el botoncito que pone “stop”. A ver qué pasa.

—Es una idea —concedió ella sin dejar de mirarlo. Su sonrisa seguía presente pero ya no era una sonrisa pícaro. Había insinuación y sensualidad, como siempre que lo miraba últimamente.

—Y digo yo... ¿No te preocupa que quizás nos entretengamos mucho dentro y nos perdamos esa cena sorpresa que habías preparado para hoy? —la tanteó Niilo, que se puso frente a ella y le rodeó la cintura con un brazo.

—Depende de lo largo que sea el entretenimiento... —murmuró ella jugando con los labios del motero—. ¿Cuánto te propones que nos demoremos?

La pareja se enredó en otro beso apasionado. Últimamente, era su deporte favorito cada vez que se veían. Ella encontraba adictivos los besos del motero. Y él la encontraba a ella adictiva, hiciera lo que hiciera.

—Podemos entretenernos lo que tú quieras. Soy todo tuyo.

—Ay, chico, creo que diciéndome eso te has metido en un problema...

—¿Sí?

—Ya lo creo —concedió ella, resistiéndose a abandonar los labios masculinos—. Podría convertirte en mi esclavo y no dejarte salir en una semana...

—Perfecto. Pero, es mi casa; en todo caso, la esclava serías tú... —Se miraron con intensidad y los dos supieron que era el momento de abrir la puerta—. ¿Preparada para entrar en tu prisión?

Amy asintió enfáticamente. Si él tuviera la menor idea de cuánto tiempo hacía que ella esperaba ese momento...

—Preparadísima.

El motero abrió la puerta y se hizo a un lado para cederle el paso.

Entre las muchas cosas sobre las que Amy había tenido tiempo de fantasear en las eternas semanas que llevaban en el estadio "solo besos", estaba precisamente esta, su casa. Cómo sería, dónde estaría, qué impresión se llevaría al conocerla. Estaba claro que él no era de la clase de hombres que había conocido hasta el momento, pero, precisamente porque era único, se había hecho mil ideas distintas y todas, a su manera, encajaban.

Lo primero que notó fue que había un orden inusual, no ya para un hombre, sino en general; todo brillaba como una patena y no parecía haber nada fuera de su sitio. El mobiliario era claro, el espacio diáfano, las paredes de un blanco refulgente, todo estaba impoluto. No parecía la casa de un hombre. Durante un instante, Amy barajó la posibilidad de que todo aquello fuera un montaje, algo prefabricado con algún fin que ella aun desconocía, y se volvió a mirarlo con cara de "esto no me lo creo". Pero entonces una voz de mujer dándoles la bienvenida, la devolvió a la realidad completamente

anonadada.

—Pero Niilo, ¿qué ha pasado?, ¿qué haces aquí otra vez? —La voz se oía cada vez más cerca y enseguida apareció una mujer delgada, alta y de aspecto más joven que sus casi cincuenta años—, ¡pero si vienes acompañado! ¿Es Amy?

Niilo disfrutó de esos instantes intensamente. La cara de su chica era un poema. Era una mezcla de asombro, “quiero salir corriendo”, y “te voy a matar”, todo al mismo tiempo.

—Claro, mamá ¿quién va a ser? Amy, te presento a mi madre.

Ella miró alternativamente a uno y a otro, y enseguida se dirigió hacia la mujer que le apretó la mano cariñosamente.

—¿Tu madre? ¡Pero si podría pasar por tu hermana! —dijo echando mano de su espontaneidad para disimular el shock del primer momento—. ¡Me tiene que dar la receta! Encantada de conocerla, señora.

—Ay, muchas gracias... Por favor, llámame Agnes.

—¡Hermanito, pero si nos has traído a tu chica! —dijo en aquel momento una segunda voz femenina, que a Amy le sonó a quinceañera. De inmediato se encontró entre sus brazos cuando la muchacha se acercó a darle un beso como si la conociera de toda la vida—. ¡Bienvenida a casa, Amy!

—Ella es mi hermana Lea —explicó Niilo a Amy, quien lo miraba con un punto de desesperación en la mirada—. No te preocupes, enseguida nos

vamos, ¿vale? Me aseo, cojo las llaves y nos vamos...

—De eso, nada —intervino su madre tomando a Amy por el codo con suavidad—. Llegáis justo a tiempo, estábamos poniendo la mesa para cenar...

—Mamá, tenemos una reserva, es que el coche nos ha dejado tirados. No nos podemos quedar.

—Claro que os podéis quedar, ¿le has preguntado a Amy si prefiere quedarse o irse? —dijo la mujer.

Niilo miró a Amy y luego a su madre.

—Mamá, quizás no te hayas dado cuenta, pero Amy tiene ganas de salir corriendo de aquí... —dijo riendo—. Me temo que se la he jugado, no le he dicho que vosotras estabais aquí...

Agnes se tapó la boca y Lea empezó a reír, haciendo imposible que nadie se mantuviera serio.

—Hombre, tanto como querer salir corriendo... —intervino Amy con una sonrisa de desesperación—. Parecen muy agradables, seguro que no me quieren comer,

—¿Ves? —dijo Agnes, tomando a Amy del brazo—. Venga, Niilo.

Cámbiate que estás horrible con esas manchas, y luego ven a la cocina.

## **Episodio 18**

Miércoles, 27 de enero de 2010.

Piso de Amy,

Londres.

La cena sorpresa había sido cancelada y, en su lugar, la pareja disfrutó de una cena casera con una cocinera de excepción, Agnes Jarvi, una inglesa de Manchester, que antes de cumplir los veinte se había enamorado perdidamente de un finlandés con quien acabó mudándose a Londres donde tuvo a sus dos hijos.

Amy lo había pasado bien. Superado el shock del primer momento, había disfrutado de la cena y de la compañía. Se notaba que la familia estaba muy unida, lo cual resultaba toda una novedad para ella. Única hija de un matrimonio de clase media alta, ambos ejecutivos que dedicaban mucho tiempo a sus negocios y poco tiempo a la vida familiar, nunca se había llevado bien con ellos. De hecho, había acabado marchándose de casa antes de acabar la educación secundaria.

Sin embargo, además de lo novedoso de la situación, también el mensaje encerrado en la botella era digno de destacar. Niilo volvía a sorprenderla, haciendo con total naturalidad algo que la mayoría de los hombres postergaban hasta que la situación era insostenible: presentarle a su familia. Algo que también añadía una nota cómica a su historia con Niilo; la

de haber conocido a la familia del chico, antes de conocer (carnalmente) al propio chico.

Tras una larga sobremesa, la pareja había puesto rumbo a casa de Amy.

Después de aparcar, como siempre, él la había acompañado hasta el portal.

—Porque el coche es mío y sé que no tuviste nada que ver, pero la noche te ha salido tan redonda que durante un momento no pude evitar pensar que lo habías planeado todo —reconoció Amy.

—Nunca planearía algo así. No estoy tan loco como para estropear tu cena sorpresa de esta forma. Espero que no te haya importado...

—Bueno, quitando el primer momento en el que quise matarte... Y el siguiente en el que quise salir corriendo y que me duró como un cuarto de hora... —admitió Amy, risueña.

Ahora podía reírse, el mal trago había pasado y, por suerte, las otras dos mujeres de la vida de Niilo eran encantadoras, se habían desvivido por hacer que se sintiera a gusto, y lo habían conseguido. Pero los primeros instantes habían sido horribles.

—Lo siento, de veras... Es que no aguanto estar pringado. Tenía que cambiarme.

—No te disculpes, lo he pasado muy bien. Una vez que me sobrepuse a la sorpresa de averiguar que mi chico, al que todavía no conozco íntimamente, vive con sus padres... Eso sí que me resultó de lo más

inesperado. Supongo que será porque yo abracé mi independencia antes que mi mayoría de edad... —dijo Amy, ya que no pensaba mentirle.

Niilo era del tipo de hombre que daba la sensación de tener una vida independiente, y haber descubierto que todavía vivía con su familia la había hecho sentir algo confusa.

—Bueno, es que, en realidad, son ellas las que viven conmigo.

El rostro de Amy adquirió seriedad inmediata.

—¿Qué quieres decir? No entiendo...

—Vivo sólo desde los veintidós, pero... ¿te acuerdas que te comenté que mi padre murió tras una larga enfermedad? —Amy asintió sin dejar de mirarlo con suma atención—. Fue terrible para mí, para todos, pero mi madre quedó desolada y mi hermana no levantaba cabeza. Hubo que ponerla en tratamiento psicológico y supongo que la situación sobrepasó a mi madre. Una tarde vinieron a casa, estaban fatal. A Lea le dimos un somnífero y la metimos en la cama. Mi madre me dijo que había que vender la casa familiar, que esas paredes cargadas de recuerdos se le venían encima, que se estaba asfixiando y no podía seguir adelante... Les pedí que se quedaran a pasar el fin de semana conmigo... Y allí siguen, un año después... Ninguno nos propusimos que fuera algo definitivo, pero la verdad es que nos hacemos falta. La ausencia de mi padre sigue pesando mucho, ¿sabes? Juntos estamos

mejor.

Amy permaneció mirándolo en silencio. Niilo había vuelto a hacerlo.

Con esa magia rara que tenía, acababa de transformarse ante sus ojos *otra vez*. Acababa de abrirle su corazón, hablándole de lo que había supuesto para él y su familia la muerte de su padre, de cómo ese suceso había cambiado sus vidas. Los hombres que había conocido se desentendían de la familia cuando se independizaban, la mayoría mucho antes. Se dedicaban a vivir su vida sin mirar atrás. El ejemplar único que tenía frente a sus ojos, en cambio, sacrificaba una independencia que había conquistado hacía años, abrazando a su familia y acogiéndola en su espacio personal porque “juntos estaban mejor”. Verlo para creerlo, pensó. Se sentía absolutamente deslumbrada por Niilo Jarvi. Por el ser, no solo por el hombre.

Él esbozó una ligera sonrisa, se inclinó a depositar un beso sobre la frente femenina.

—Está fresco aquí —murmuró—. ¿Me invitas a subir?

Amy exhaló un suspiro. Sacudió la cabeza, inundada por un cóctel de emociones intensas y nuevas. Muy diferentes de las que había experimentado en otros momentos cuando el sexo era inminente.

Su respuesta no hizo sino confirmar lo especial y único de *este* momento.

—Pensé que nunca ibas a pedírmelo, Niilo.

Pero si Amy había esperado, de alguna manera, que el Caballero Jedi continuara con su ritmo pausado de las últimas semanas, se equivocaba de medio a medio.

Niilo empezó a besarla tan pronto atravesaron el umbral del edificio, y continuó haciéndolo mientras avanzaban a trompicones hasta llegar a la puerta del piso. Allí continuó besándola sin liberarla más que el tiempo suficiente para permitirle buscar la llave. Amy lo dejó hacer, tan entregada a aquel momento como el motero.

—Por mí, podemos seguir aquí toda la noche, pero si quieres entrar vas a tener que dejarme que abra la puerta... —murmuró sobre sus labios.

La respuesta le llegó en forma de una embestida, no demasiado fuerte pero si lo bastante para comunicarle el mensaje, que estimuló a tope todos sus sentidos. Esta vez fue ella quien rodeó los labios masculinos y lo besó ardientemente.

—Por mí, puedes seguir besándome así el resto de la noche, pero te advierto que si sigues, no vas a poder abrir la puerta —se las arregló para decir el motero, mientras continuaba robándole besos entre palabra y palabra.

Amy exhaló un suspiro. Aquello empezaba ser una auténtica locura de la que no quería liberarse.

—Vaya, Caballero Jedi, esto sí que no me lo esperaba...

—¿Qué es lo que no te esperabas? —dijo él reanudando las incursiones en su boca—. ¿Que te empotrara contra una pared? Como ves, soy perfectamente capaz de hacerlo.

Y tanto que lo era, pensó Amy. Estaba alucinando con la nueva faceta que él le estaba dejando conocer. Porque aunque en el fondo nunca hubiera acabado de creerse del todo ese ritmo lento y esos modos caballerosos, a fuerza de constancia, el motero había conseguido que aceptara que formaban parte de su personalidad. Pero este hombre, que la devoraba y la tocaba y se rozaba contra ella, insinuándose, no tenía nada que envidiarle a ninguno de los otros hombres que ella había conocido en su vida, Dylan incluido. Lo cual ya era mucho decir.

—Si te digo la verdad, podría quedarme exactamente así el resto de la noche... —reconoció Amy, con la voz entrecortada por la excitación. Niilo respiró hondo, apoyó su barbilla sobre la frente femenina, e intentó recuperar la compostura.

—Dos minutos, no creo que pueda reprimirme mucho más —concedió y volvió a mirarla. Sus ojos se encontraron durante un instante y Amy se apartó de él como si quemara, introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta. A continuación, lo tomó por las solapas y se lo llevó consigo al interior, al tiempo que volvía a adueñarse de su boca.

—Estamos a tope —murmuró él.

La pareja ni siquiera había encendido las luces. Avanzaba a trompicones, quitándose la ropa, y era ella quien guiaba el camino a oscuras a través de su diminuto piso.

—Estamos a tope —reconoció ella.

Las prendas continuaron volando por los aires hasta que los dos estuvieron completamente desnudos. Entonces, ella lo empujó, arrancándole un grito de sorpresa.

—¡Eh... ¿qué haces?! —Niilo no acabó de decirlo, que rebotó contra el colchón y empezó a reír—. Tu piso es una caja de cerillas, ¿no?

—Es muy pequeño, sí —murmuró Amy, reptando sobre el cuerpo masculino—. Pero creo que es lo único pequeño que hay por aquí —añadió, insinuante, al tiempo que encendía la luz.

La pareja se miró largamente, regodeándose en su mutua desnudez, disfrutándola. Y cuando Amy había acabado de consolidar su posición dominante, situándose a horcajadas sobre él, Niilo la sostuvo por las nalgas y se puso de pie.

—Vaya... —murmuró, sorprendida.

Él solo tuvo que avanzar dos pasos para alcanzar la pared. Entonces, hizo que ella apoyara la espalda y le abrazara las caderas con sus piernas, consolidando su posición dominante.

—Vaya, vaya —volvió a decir Amy. Un gesto de agradable asombro a la par que de total aprobación.

—Donde haya una buena pared... —murmuró Niilo, insinuante.

—Y que lo digas...

Amy exhaló un suspiro ardiente y la pareja dio rienda suelta a su locura.

Jueves 28 de enero de 2010.

Casa de Tina Murphy.

Londres.

Tina miró su móvil con desconfianza. Era una especie de tic que cuando sonaba y ella tenía el día libre, el primer pensamiento era que sus jefes volvían a las andadas. Sin embargo, no eran ellos quienes llamaban, sino Andy. Y dado que sabía la razón de la llamada, tampoco se sentía muy inclinada a atenderla. Pero debía resolver ese asunto cuanto antes.

—Hola, cari, ¿que tal te trata tu máquina?

— *Mi máquina me trata muy bien, como siempre. ¿Que tal tú? ¿Estás en casa, o estás en el gimnasio comprobando una vez más que esos jefes que te has echado no te valoran nada?* —repuso Andy.

—No mentes al diablo. De momento, siguen firmes con las promesas que me han hecho. Vamos a ver cuánto les dura el bienestar.

— *Yo que tú, no me haría muchas ilusiones. ¿Cuántos años llevas en ese*

*gimnasio? ¿Y cuántas veces has tenido la misma conversación con tus jefes?*

Era cierto. Tina llevaba muchos años trabajando para el gimnasio y los primeros meses la cosa había funcionado muy bien. Pero se había añadido un tercer socio al negocio con una visión muy diferente, mucho más enfocada hacia el aspecto económico.

—Bueno, espero que esta vez haya sido la definitiva porque les he dejado claro que si tenía que volver a quejarme, me buscaría otro trabajo.

Andy sonrió para sus adentros y aprovechó la ocasión que Tina le servía en bandeja.

— *Tienes una oferta que te permitiría no tener que buscarte otro trabajo...* —dejó caer.

También era cierto, pensó la entrenadora. Después de hablar con su tío, Andy la había llamado para contarle la oferta que le había hecho y habían hablado durante un rato largo. Su familia y Dylan le habían aconsejado que la aceptara, pero ella había querido consultárselo, y dado que se trataba de una oferta realmente interesante, Tina había acabado recomendárselo también. Lógicamente, Andy había aprovechado la ocasión para volver a recordarle que la oferta seguía en pie. Pero aquella propuesta, que de provenir de otra persona habría sido algo a considerar muy seriamente por ella, en este caso había perdido todo atractivo. Las circunstancias habían cambiado entre Pau y ella. Él se había ocupado de dejarlo claro en su última visita a Londres sin

invitación.

Y eso lo había cambiado todo.

La naturaleza de la oferta había venido a completar el cuadro, convenciendo a Tina de que lo mejor para todos era dejarlo estar. La cuestión era cómo explicárselo a su amiga del alma sin herirla y, al mismo tiempo, evitar los rumores que tendrían lugar en cuanto abriera la boca. Todo un problema. Por eso no la había llamado para comunicarle su decisión.

—Las cosas no son tan fáciles como parecen —empezó a decir la entrenadora y Andy tuvo la primera sensación de que aquella conversación no acabaría como ella esperaba—. No digo que la idea de que seamos socias además de amigas no me encante, sabes que sí, pero implica cosas que, por el momento, veo dudosas. Así que mi recomendación es que aceptes esa oferta y sigas adelante como te lo habías planteado originariamente. Es tu sueño, Andy, tu gimnasio. Nada impide que cuando las cosas se aclaren, podamos plantearnos algún tipo de asociación, pero ahora, no. Lo siento, *cari*.

— *Joder, Tina. No puedes estar hablando en serio.*

La entrenadora hablaba muy en serio. No estaba preparada para enfrentarse a la posibilidad de regresar a Menorca sabiendo que el interés del tío de su amiga no era de puro desafío, sino de algo mucho más importante. Había demasiadas cosas en juego, entre ellas su corazón, aunque hasta el

momento Tina nunca se hubiera atrevido a mencionarlo.

—Me hiciste una propuesta, te dije que me lo pensaría y lo he hecho, *cari*. Por favor, no hagas que las cosas sean más difíciles de lo que ya son para mí.

El tono de Tina denotó que lamentaba estar haciéndole pasar ese mal rato a alguien que quería tanto, y enseguida cambió de tema.

—Venga, dime, ¿elegirás que tu treinta y tres por ciento lo cubra el grupo o pedirás un crédito personal?

Andy no estaba sola, parte de la familia estaba en el salón, junto a ella.

También Dylan, que hasta entonces programaba códigos en su portátil y al oír su última frase había levantado la vista de la pantalla para comprobar que, en efecto, su mejor amiga, había declinado la oferta. Sentía la mirada de todos sobre ella y mucha desilusión. Sin embargo, el drástico corte que Tina había impuesto a la conversación, le había dejado claro, como tantas otras veces, que aquella era su última palabra y que no tenía sentido regresar sobre el tema. Así pues, se limitó a responder la pregunta.

— *Aún no lo he decidido... Antes quiero hablarlo con mi chico* —dijo apretando cariñosamente la mano de Dylan que le dedicó una de sus sonrisas ladeadas, intentando animarla.

—Bien pensado, Andy —dijo Tina—. Dale saludos de mi parte. Bueno,

ya que estamos, dale dos besos. Es un tío genial y se los merece.

—*¡Marchando dos besos para mi chico de parte de Tina!* —repuso

Andy riendo y se inclinó a besar la mejilla de Dylan. Él los recibió de muy buen grado.

A pesar de la risa, Andy tenía la sensación de que habían sucedido más cosas de las que Tina le estaba diciendo. Abandonó el salón para escapar de las miradas curiosas de su familia y se dirigió a la cocina.

— *Tina, tengo que preguntártelo. Y luego, si quieres, enójate, pero necesito saberlo.*

—¿Qué es lo que quieres saber, Andy?

— *¿Tus razones son de tipo familiar o están relacionadas con mi tío?*

Tina puso los ojos en blanco. No deseaba hablar del asunto, pero la pregunta había sido directa y conociendo a Andy, sabía que no lo dejaría estar.

—Tiene que ver con tu tío, ¿contenta?

— *Vale. ¿Y tiene que ver con mi tío a nivel personal o a nivel profesional?*

—Mucho preguntas tú —fue la respuesta de la entrenadora.

— *Mira, Tina, si te sirve, jamás me creí que tus razones para no querer ni verlo estuvieran relacionadas con su forma de ser. Y márame si quieres,*

*pero apostaría la cabeza a que él no te es indiferente. Por mi tío no apuesto; tengo clarísimo que tú le interesas. La cuestión es...*

Tina no la dejó continuar. Hasta ahí podían llegar las cosas.

—A ver, Andy, me da igual lo que tú creas sobre este tema. Sólo necesitas saber una cosa y es que vosotros sois mi segunda familia. No voy a asumir ningún riesgo. *Ninguno*. Y es todo lo que voy a decirte al respecto.

Cuando las amigas se despidieron, Andy regresó al salón. Había puesto muchas expectativas en que Tina aceptara ser su socia. Había soñado despierta con todas las ideas que sacarían adelante teniendo una empresa en común.

Y ahora, esa parte del sueño quedaba en suspenso, quizás para siempre.

Viernes 29 de enero de 2010.

Casa familiar de la familia Mayol.

Ciudadela, Menorca.

Después de aquel primer beso entre Jaume y Anna había habido más.

Era como si aquel primer contacto hubiera quitado las cadenas a una necesidad de amar y ser amado que llevaba prisionera demasiado tiempo. Los pensamientos de preocupación y culpa ya no la abandonaban.

Por más que Jaume insistiera en que seguían siendo los mismos de antes, la realidad era muy diferente. En el hipotético caso de que su salud no fuera motivo de preocupación, exponer a sus hijos a que su madre mantuviera

una relación con otro hombre era, por sí mismo, lo bastante serio como para plantearse.

Pero además, *su salud era una preocupación.*

El traslado a Menorca, la cercanía con la familia, la mejoría de su estado anímico, junto con el tratamiento de medicina china utilizado como complemento del tratamiento médico, habían logrado enlentecer el avance de la enfermedad, pero el deterioro físico, aunque lento, sucedía día a día.

Y ahora Jaume esperaba que ella acudiera a su fiesta de inauguración del astillero y todo el mundo se daría cuenta de que volvían a ser pareja.

¿Cómo iba a exponer a sus hijos a una situación de la que ni siquiera les había hablado? Más aún, ¿qué pensaría Jaume cuando se enterara de que ella sufría ELA y que no se lo había contado? Seguir adelante era tremendamente injusto, cruel. Ese pensamiento le había dado el ánimo suficiente para presentarse en casa de Jaume, y aclarar las cosas.

Era la casa familiar de los Mayol, donde al fin y después de mucho darle vueltas, Jaume había decidido instalarse de forma definitiva. Llevaba veintitantos años en desuso, ya que la familia rara vez estaba allí más que un fin de semana de tanto en tanto. Los recuerdos de los días pasados allí en su adolescencia, regresaron a Anna al atravesar el pequeño jardín de la entrada. Lucía muy descuidado, lleno de hierbajos y matas secas. Él le había comentado que la semana siguiente iría un jardinero para adecentarlo. Anna

tocó el timbre y esperó con las manos heladas por los nervios.

Jaume la miró sorprendido y enseguida le ofreció su mejor sonrisa.

—Pero mira a quién tenemos aquí... —dijo y ya la había rodeado con sus brazos al tiempo que reía.

Anna se lo quitó de encima con suavidad y se acomodó la ropa con aquel pudor que a él lo enternecía.

—Ven, pasa —invitó Jaume abriendo la puerta de par en par.

Ella entró en aquella casa intentando sobreponerse a su creciente nerviosismo. Conocía el camino, así que continuó hasta el salón mientras él comentaba que con tantas habitaciones necesitaría meses para ponerse al día en lo que él llamaba “las tareas de rehabilitación de la vieja casa de su niñez”.

—Jaume... Tenemos que hablar —dijo Anna interrumpiendo aquel monólogo feliz, en aras de poder aclarar las cosas cuanto antes y quitarse el enorme peso que sentía.

El rostro masculino se tornó algo más serio. Le mostró con un gesto el sofá para que tomara asiento y se acomodó a su lado, mirándola atentamente.

—Creo que esto que tenemos tú y yo se nos está escapando de las manos —empezó a decir con suavidad.

Un brillo pícaro iluminó los ojos del constructor de barcos haciendo que ella sacudiera la cabeza.

—Estoy hablando en serio. Hay muchas más implicaciones de las que crees en esos besos maravillosos que nos damos. Cosas que ignoras y que no deberías ignorar... Por eso estoy aquí.

Él esbozó una sonrisa tierna. Apoyó el codo sobre el respaldo del asiento y se sostuvo la cabeza con una mano, mirándola con la misma ternura que la miraba siempre.

—Entonces, cuéntame eso que dices que no puede esperar.

Anna bajó la vista. Toda la energía y la determinación que la habían llevado a casa de Jaume se habían evaporado en un instante.

—Nunca imaginé que volveríamos a vernos y que pasaríamos tan buenos momentos juntos. Así que lo primero que quiero decirte es que para mí este tiempo ha sido un regalo, de los más preciosos que he tenido. Ya sé que para ti somos los mismos de entonces...

—Es que lo somos —la interrumpió él, su voz rezumando dulzura.

—No, no lo somos. Yo tengo dos hijos que todavía están recuperándose del giro dramático que dio nuestra vida hace unos meses, que nos trajo a este país y nos hizo conocer el dolor tan inmenso de perder a un hijo, a un hermano. Su padre, desgraciadamente, no ha sido un buen padre, pero ellos se han acostumbrado a vivir con su ausencia y exponerlos, de pronto, a que su madre tenga a otro hombre en su vida... Ya ves lo mal que lo está

llevando Danny, y eso que cree que sólo somos amigos... No sé si estoy preparada para que ellos vean esa faceta de mí, Jaume. Para ellos soy su madre, no una mujer. Y también está Luz, no sé cómo cuadrar esto que tenemos con el mundo de responsabilidades que supone este ser pequeñito en mi vida. Todo lo que necesita, todo el camino que necesitará que recorra a su lado cuando a mí ya me deja sin aliento una caminata hasta el puerto... — Anna bajó la cabeza, el sentimiento de culpa la estaba asfixiando—. Lo que me lleva a algo que debí decirte desde el principio...

Jaume tomó la mano de Anna, la acarició suavemente. La acercó hasta sus labios y depositó sobre ella un beso.

—Sé todo lo que necesito saber, créeme.

—Esto no.

—Sí, eso también. Tienes ELA, lo sé, Anna —repuso Jaume con ternura.

Ella se quedó helada. No podía entender cómo lo sabía. Tampoco que sabiéndolo jamás le hubiera dicho nada. Ni un comentario, ni una mirada compasiva. Nada.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde antes de volver a verte.

La consternación de Anna creció ante su respuesta. Porque, de pronto,

tomó conciencia de que el hecho de que Jaume se hubiera involucrado en su vida a pesar de saber que ésta tenía fecha de caducidad, constituía una prueba irrefutable de sus sentimientos hacia ella. Y como le había sucedido en innumerables ocasiones con el mismo hombre, la sensación de sentirse adorada por él volvió a invadirla, llenándole los ojos de lágrimas.

—Dios... No puedo... —Anna se cubrió los ojos con una mano y sollozó en silencio, mientras él la rodeaba con sus brazos, acunándola con ternura.

—No te preocupes, amor. A mí no me preocupa. A tu lado me siento poderoso y sé que tú también te sientes igual.

—¿Y el futuro, Jaume? No quiero ser yo la causa de que vuelvas a sufrir. Tu pérdida ya es demasiado grande para añadir otra. No quiero ser yo.

—¿Qué tonterías dices, mujer? ¿Cómo puedes llamar pérdida a lo más grandioso que me ha pasado después de mi hijo? Prefiero una hora contigo, a una vida sin ti.

Anna quiso contener el llanto, pero aquellas palabras habían calado demasiado hondo en un corazón necesitado de esa clase de amor, una que jamás había recibido de parte de Chad Avery. La emoción la embargó y durante un rato no pudo sino llorar en silencio mientras Jaume la acunaba entre sus brazos.

—¿Cómo lo has sabido? ¿Quién te lo dijo? —quiso saber Anna, al cabo de un rato, cuando el llanto cesó. Se sentó mejor en el sofá y se acomodó la falda bajo la atenta mirada masculina que ya no se apartaba de ella.

—Me lo dijo tu hermano cuando nos encontramos en el almacén de materiales. Y tu padre volvió a decírmelo después. Ya sabes, para asegurarse de que me quedaba claro —repuso él, divertido.

Anna lo miró asombrada.

—¿Mi padre?

—Sí, señorita, tu padre. Entenderás ahora por qué me inspira tanto respeto... —Jaume se echó a reír.

—No me lo puedo creer. De verdad que me asombra saberlo.

—Tienes a un ejército de gente custodiando tus preciosas espaldas. No debería asombrarte; es lo que te mereces. Que te adoremos y te cuidemos y te demostremos cada día lo importante que eres para nosotros. —La emoción volvió a hacer acto de presencia en Anna y Jaume se apresuró a aquietarla—.

No, no, no, no... Basta de lágrimas, señorita. Ahora que te tengo en mi territorio, sin moros en la costa... —y añadió un sugerente movimiento de cejas que consiguió cambiar el tono del momento.

Los ojos de Anna, cargados de emoción y de agradecimiento, recorrieron las facciones masculinas.

—Abrázame fuerte —le pidió en un susurro.

Él no se lo hizo repetir y Anna se acurrucó contra su pecho.

—¿Podrías hacer que el tiempo se detenga en este minuto, por favor?

Quiero quedarme exactamente así el resto de mi vida —volvió a decir ella.

Jaume buscó su mirada y sus labios ya acariciaban los de Anna cuando susurró: “Amor, haría cualquier cosa por ti”.

## **Episodio 19**

Viernes 29 de enero de 2010.

Casa de Pau Estellés,

Ciudadela, Menorca.

La noticia del rechazo de Tina había circulado con rapidez en la familia.

Cuando Francesc Estellés fue a recoger a Alba para acompañarla durante la excursión del colegio programada para aquella mañana, la expresión del rostro de su hijo le informó alto y claro que él ya estaba al tanto.

Pau le había ofrecido un café, como de costumbre, que él había preferido declinar. Habían hablado de las novedades de la empresa y hasta habían tenido tiempo de comentar acerca del nuevo proyecto inmobiliario que acometerían los Martí con los emiratíes como socios. Su hijo pretendía hacer parecer que era el de siempre, pero no consiguió engañarlo.

—Así que el grupo tiene un nuevo proyecto en vista... —comentó

Francesc, decidido a sacar el tema.

—Sí, la verdad es que es un buen proyecto. En cualquier caso, era eso o perder a Andy. Y no estaba dispuesto —repuso Pau, al tiempo que se sentaba frente a su padre con un *espresso*.

—Por supuesto, Andy es demasiado valiosa. Había que intentar retenerla entre nosotros —concedió Francesc, que cada vez que hablaba de Andy no podía ocultar su orgullo de abuelo.

Pau asintió y bebió otro sorbo.

—Ciro ha estado entrevistando a algunos de los candidatos que yo le he pasado. A ver si alguno lo convence y conseguimos contratar a un sustituto lo antes posible. De otra forma, como llegue la primavera y no hayamos resuelto este tema, va a ser un problema.

—Sí, acabo de pasar por el restaurante y he echado un vistazo a un par de expedientes. Hay uno que a Ciro le interesa.

—¿El alicantino que entrevistó anoche? —preguntó Pau interesado.

Francesc asintió con la cabeza varias veces.

—Sí. Es un poco joven, pero también lo es Andy, para el caso. A Ciro le gustó y a mí me pareció que tiene un buen currículum.

Pau volvió a asentir.

—Sí, a mí también me gustó. Tiene muy buena experiencia y es alguien

inusualmente desenvuelto en el trato directo.

—Ya sé lo de Tina —dijo Francesc, entrando directamente al tema que le interesaba. Vio que su hijo volvía a tomar un sorbo de café tras lo cual permanecía mirándolo, sin más—: ¿Y ya está? ¿Es todo?

—¿Desde cuando mis asuntos personales son de tu incumbencia?

—Desde siempre —repuso Francesc con desparpajo.

—Hace mucho que dejé la adolescencia atrás, padre. No pienso hablar de mi vida privada contigo.

—Me da igual si hablas conmigo de tu vida privada o no. Lo que quiero es que hagas algo al respecto.

—¿Algo como qué?

—Luchar —fue la respuesta de su padre.

Tenía gracia. “Luchar”.

—Ya lo hago.

—Parece que no muy bien.

Pau pasó de la incomodidad a la mala uva sin solución de continuidad.

Era sorprendente viniendo de alguien que se había pasado la vida dándole toda su energía a los negocios y negándosela a la gente que, supuestamente, le importaba.

—¿Qué sugieres, padre, que me instale en Londres y me dedique a

perseguirla hasta que diga que sí?

Francesc volvió a sorprenderlo.

—Si hace falta...

Pau resopló. Dejó la taza de café sobre la mesilla. Era lo que le faltaba por oír.

—No sé si es porque te estás haciendo mayor, o qué. Mi realidad no es como tú supones. Tengo una hija, un millón de responsabilidades. No puedo hacer eso. Suponiendo que quisiera hacerlo, no puedo —repuso, dando la conversación por acabada.

Francesc vio como su hijo se levantaba y abandonaba el salón. Sabía lo que Pau pensaba al respecto, pero el transcurso de los años se había ocupado de poner las cosas en su justo contexto. Seguía siendo un hombre que le concedía mucha importancia a los negocios, en ese sentido Pau y él se parecían mucho. Sin embargo, ahora que toda la familia volvía a estar en Menorca, permitiéndole mantener una relación cercana con sus nietos más jóvenes, ahora que su carrera profesional había pasado a un segundo plano, las cosas simples de la vida que antes había desdeñado, se habían vuelto mucho más importantes. Y tenía tan claro que Pau necesitaba rehacer su vida como que su hija necesitaba a alguien que ocupara el lugar que su madre biológica nunca había ocupado. Tina era la primera mujer en casi una década que había conseguido despertar el interés de Pau y no quería que su hijo

cometiera los mismos errores que él había cometido, centrándose en sus responsabilidades, en sus ambiciones, a costa de las relaciones personales. Al fin y al cabo, no sólo de dinero vivía el hombre.

Pero esa conversación que los hombres pensaron que mantenían a solas, había sido presenciada por la benjamina de la familia. Con apenas seis años, Alba no entendía lo que realmente estaba sucediendo, pero comprendía el lenguaje de las emociones. Su padre estaba triste y, de alguna manera, la pequeña sintió que tenía que ver con ella.

Cuando Pau regresó al salón, la niña, que se había quedado detrás de la puerta sin acabar de decidirse a entrar, fue directamente hacia su padre.

—¡Eh, qué abrazo más bueno! ¿Repetimos? —dijo Pau meciéndola como hacía siempre. Fue entonces cuando se dio cuenta de que la niña lloraba.

—¿Qué pasa, princesa?!

—No quiero que estés triste, papi —dijo la pequeña entre sollozos.

—¿Pero de dónde has sacado eso? ¿Cómo voy a estar triste si tú estás conmigo? Venga, mírame, Alba. Por favor, mírame.

Y cuando la pequeña al fin mostró su rostro, y él vio sus mejillas bañadas en lágrimas, comprendió que la niña los había escuchado hablar.

—No quiero que te preocupes, Alba. Papá está perfectamente.

—¿Me lo dices en serio?

Los hombres intercambiaron miradas preocupadas.

—Claro, princesa, totalmente en serio. Venga, vamos a por el abrigo, que el abuelo te está esperando y os lo vais a pasar genial en esa excursión.

—¿No vas a venir con nosotros? —el rostro de la pequeña volvió a oscurecerse.

—Ahora no puedo, pero en un par de horas cuando hagáis la pausa para el tentempié, os alcanzo, ¿de acuerdo?

—Te quiero mucho, mucho, mucho, papi.

—Y yo a ti, princesa.

La niña esbozó una sonrisa un poco tristonera, pero para alivio de su padre el sol pronto volvió a brillar en su rostro.

Bar The MidWay

Hounslow, Londres.

Ike miró la pinta que Maverick acababa de servirle y luego a él.

—¿Desde cuando bebo *guinness*? Ese era el irlandés, lo mío es la cerveza rubia, pero a estas horas, café, gracias.

Maverick regresó al planeta Tierra de golpe.

—Disculpa, tío, tengo la cabeza en otra parte...

“Sí, efectivamente, la tienes en otra parte, pero no es de ahora”, pensó

Cheryl que sirvió el pedido de Ike y lo puso delante del motero con un pequeño sandwich de aperitivo.

—Discúlpalo, el jefe lleva en Babia un par de días. ¿Me pregunto si la llegada de cierta rubia tuvo algo que ver? —dijo la camarera con retintín.

El asunto interesó inmediatamente a Ike, no solo porque le ofrecía la ocasión de meterse con el socio más reciente del bar, sino por de quién venía. Dejar de tener el coco sorbido por Chelsea le había ayudado a abrir los ojos y ver que había cosas muy interesantes que se estaba perdiendo en ese bar, a pesar de que acudía allí todos los días.

—No me digas... ¿Una rubia? —se interesó el motero, y fijó sus ojos en el barman.

Ya estaban con las bromitas otra vez, pensó Maverick.

—Que rubia ni rubia. Ojalá... Estaba despistado, nada más, ¿a ti no te pasa? —comentó el barman, alejándose de la pareja en un intento de dar por terminada la conversación.

No le gustaban las bromas, pero tenía que reconocer que de haber estado en su lugar habría hecho lo mismo. Estaba en Babia. Intentando dejar de pensar en la mujer preciosa que había acaparado toda su atención, a la que no había vuelto a ver, y de la que no sabía absolutamente nada. Se sentía un estúpido, un crío en plena pubertad, incapaz de dejar de pensar en la chica de

sus sueños.

“La chica de sus sueños”, pensó con sorna. Menos mal que los pensamientos no podían oírse, que si no se libraría de las bromas hasta el final de sus días.

Desde que la había visto, no había podido dejar de pensar en ella. Era como un pensamiento recurrente. Se hacía mil preguntas porque, en el fondo, buscaba una razón que explicara por qué alguien como él, más concentrado en el trabajo que en ninguna otra cosa, de pronto se había quedado paralizado como si acabara de ver un ser de otro mundo.

No había encontrado ninguna razón que explicara el porqué. No tenía la menor idea de qué había sucedido en esos instantes en que sus ojos habían descubierto su atractiva figura sentada a la barra. No había vuelto a verla, no sabía nada de ella y quería, *necesitaba*, saberlo todo. La cuestión era cómo.

Dakota apareció en el bar con el habitual sonido de cadenas que lo precedía y se dirigió a la barra saludando moteros a su paso. A Maverick se le encendió la bombilla.

—Pásame el casco, anoche me lo dejé en el despacho —pidió Dakota y notó que Ike estaba al final de la barra conversando con la camarera—. ¿Otra vez ese tío aquí?

El barman depositó el casco del motero sobre la barra.

—Te lo dejaste en la barra, tío. Últimamente tienes la cabeza en cualquier lado. Y sobre el otro asunto... Dijiste que no querías verlo con Chelsea y ha roto con ella hace unos días. Y sí, es él, el tesorero de Los MidWay Riders y este es el bar donde se gasta la pasta. A mí me parece bien. Espero que a ti también.

Dakota le regaló una de sus miradas sardónicas.

—Me vale que se deje aquí la pasta. Pero él no. Nunca me ha gustado. Y para tu información, a Evel tampoco.

—Tranquilo, tío... No tiene que gustarnos, sólo tiene que gustarnos su billetera, y por si no te has dado cuenta, es abultada.

Dakota se limitó a asentir. Ike no era de su agrado y nunca lo sería, pero estaba forrado. Y mientras no trajera a esa zorra al bar le parecía perfecto. Además, él ya rara vez servía cervezas detrás de la barra con lo cual le resultaba más fácil ignorar a los infaltables gilipollas que aparecían por el bar.

—Por cierto, ya que has venido... Quizás puedas echarme una mano con algo...

Dakota miró a su socio con cara de “no me fastidies, tío”. Desde que el motero de las rastas se había dado un leñazo con su moto a principios de año, él llevaba trabajando a destajo en el taller. Como le dijera que la mano tenía que echársela detrás de la barra iba a haber un terremoto.

Maverick leyó entrelíneas y sonrió.

—Tranquilo, tío, es facilito... El miércoles, Tess tuvo una entrevista sobre las once y media de la mañana.

Dakota miró al barman con expresión divertida.

—¿Y qué? ¿Se supone que tengo que saberlo?

—Venga ya, hombre... Te sabes de memoria la agenda de tu mujer — bromeó Mav, aunque por dentro la ansiedad se lo estaba comiendo vivo.

—Bueno, que la sepa de memoria no quiere decir que quiera compartirla contigo. ¿Qué interés tienes tú en saber con quién estaba mi mujer anteayer a las once y media, si se puede saber? —preguntó Dakota. Ya no había sonrisas en su cara.

El barman soltó un bufido. No obtendría lo que deseaba a menos que ofreciera cierta información a cambio.

—Es la mujer más bestial que he visto en mi vida, tío, y quiero saber quién es —admitió después de acercarse a Dakota para que la conversación fuera privada.

—¿Me estás preguntando por una tía? —preguntó el motero asombrado.

Maverick asintió varias veces con la cabeza

—Si la hubieras visto, lo entenderías.

Dakota conocía la agenda de su esposa al dedillo. Aunque no hubiera sido así, habría sabido a quién se refería el barman porque Tess le había hablado de dicha visita. Habían hecho buenas migas y, de hecho, era bastante posible que acabaran haciendo negocios juntas.

—¿Y qué es lo que quieres saber?

—Lo que puedas decirme.

—Dependerá de cuánto estés dispuesto a pagar por esa información.

—El precio que sea —repuso él dejando a Dakota más asombrado que antes.

—Sí que te ha dado fuerte —siguió bromeando el motero, pero entonces se dio cuenta de que Maverick ya no lo hacía. Le resultaba increíble y, a la vez, divertido que un tipo que vivía concentrado en lo que sucedía en el bar, de pronto, tuviera semejante interés en algo que no estaba relacionado con esas cuatro paredes.

—Se llama Shea —empezó a decir Dakota y vio como la expresión de su socio cambiaba completamente—. Dirige una imprenta, me pareció oír que está disponible, y...

El motero dejó de hablar a propósito.

—¿Y...? —repitió Mav, ansioso por oír el final de la frase.

—¡Es la hermana de Dylan, tío!

Dakota disfrutó al ver cómo la expresión del barman volvía a cambiar, esta vez a consternación.

—¿Es la hermana del irlandés?

El motero asintió con la cabeza sin poder parar de reír.

—Jo-der —dijo Maverick, alucinado.

Un poco más tarde ese mismo día.

Zona de Piccadilly Circus,

Londres.

Tenía que estar loco de remate, pensó el barman del MidWay al tomar conciencia de lo que estaba haciendo. Un momento fugaz de realidad durante el cual sintió unas intensas ganas de dar la media vuelta y salir corriendo de allí antes de que fuera demasiado tarde.

Después de su conversación con Dakota, Maverick se había lanzado a la aventura. Creer saber dónde encontrarla había disparado sus ganas de verla. Así que después de convencer a Dakota de que aquella mañana se ocupara de la barra del bar durante una hora y de pedirle a Ike que le prestara su moto, estaba allí, en pleno Piccadilly, frente al edificio donde Dylan vivía cuando estaba en Londres. Juntando coraje para cruzar la calle, tocar el timbre y salir de dudas.

Era una auténtica estupidez lo que estaba haciendo. Que ella fuera hermana del irlandés, no implicaba en absoluto que estuviera viviendo en su

casa. Por otra parte, y suponiendo que viviera allí, ¿qué iba a decirle? ¿Cómo iba explicar su presencia?

Maverick sacudió la cabeza. Era un asunto de locos. Al fin, cruzó la calle y tocó el timbre sin darle más vueltas al tema. Tenía que verla, eso era todo lo que sabía.

Transcurrieron varios segundos y nadie respondió. Él volvió a tocar pensando que la falta de respuesta no era más que una confirmación de la tamaña estupidez de desatender el trabajo para intentar ver a la chica en la que no había podido dejar de pensar, como si fuera un quinceañero.

Pero justamente en ese momento, cuando la estrepitosa sensación de vergüenza y de sentirse un extraño para sí mismo, se estaba adueñando de él, la puerta se abrió y Mav se quedó helado.

Era ella, la mujer más preciosa de la galaxia.

Shea lo reconoció, aunque en un primer momento, no tuvo claro dónde lo había visto antes. Enseguida, la imagen del hombre de patillas al estilo Elvis Presley y los ojos impresionantes que la miraban con inusual insistencia, regresó a su mente trayendo consigo la misma familiaridad y, por qué negarlo, la misma sensación de halago que entonces.

Durante unos instantes ninguno dijo nada. Shea, porque todavía no acababa de entender qué estaba sucediendo. Mav, porque lo entendía demasiado bien; volver a verla había confirmado que, en su presencia, hasta

el cerebro se le convertía en gelatina.

Sin embargo, era él quién había tocado el timbre. Gelatina o no, le tocaba a él abrir fuego.

—Soy Maverick McCrae, Mav, nos conocimos anteayer, en ese bar de moteros de Hounslow...

Shea asintió con la cabeza, pero no añadió nada más. Maverick se puso las manos en los bolsillos y volvió a respirar hondo.

—Bueno, en realidad, no tuvimos la ocasión de conocernos, así que la palabra “coincidimos” lo describe mejor... Tú estabas allí, tomando un café mientras esperabas a Theresa Gibb-Taylor y yo salí de la bodega y te vi... —

Mav hizo un gesto gracioso con las cejas al darse cuenta que había hecho bastante más que verla—. No te quité los ojos de encima y seguro que pensaste qué bicho me había picado...

Maverick hizo una pausa porque realmente no sabía cómo continuar.

Esa situación era de lo más incómoda. Lo peor era soltar toda esa parrafada procurando no mirarla porque como lo hiciera... Esos inmensos y preciosos ojos grises de pestañas tupidas eran adictivos.

—Discúlpame, venir ha sido una estupidez por mi parte. Soy amigo de tu hermano y lo último que quiero es que te sientas acosada —dijo él pensando “vaya mierda de presentación”.

Shea, en cambio, ni se sentía acosada ni tenía nada que objetar a su presentación. Él la había impresionado desde el primer momento. No sabía muy bien por qué. El persistente interés del barman la halagaba.

—¿Así que eres amigo de Dylan? —preguntó—. ¿Os conocéis del bar?

Maverick sintió que el alma regresaba a su cuerpo. Volvió a respirar a todo pulmón mientras pensaba que la vida daba unas vueltas increíbles.

—No, en realidad, no nos conocemos del bar. Fue en una fiesta. Tu hermano intentaba arreglar el audio, que se había estropeado, y yo... —No había otra forma de decirlo así que la verdad pura y dura tendría que valer—.

Yo salía de dentro de una tarta.

Mav disfrutó al ver cómo aquellas cejas tan rubias, que coronaban los ojos más hermosos que había visto jamás, se curvaban.

—¿De una tarta? ¿Eres estriper?

*Había sido estriper.* Para él era una profesión como cualquier otra, pero, en aquel momento, tuvo la sensación de que algo había cambiado en la mirada femenina.

—Sí, bueno, era estriper. Ya sabes, en mis locos años adolescentes...

Shea analizó aquel rostro varonil con interés. Era joven, muy joven, a pesar de esas enormes patillas y esa barba recortada al máximo que le quedaban tan bien.

—De eso no hace tanto tiempo...

—Qué dices. No soy tan crío como parezco. Ahora soy uno de los dueños del bar —dijo Maverick.

Y le encantó ver cómo aquel rostro precioso se iluminaba con una sonrisa.

## **Episodio 20**

Viernes 29 de enero de 2010.

Bar The MidWay,

Hounslow, Londres.

—Míralo qué contento viene —dijo Dakota.

Se refería al nuevo socio del bar a quien, por lo visto, las cosas le habían ido bien.

Cheryl echó un vistazo de soslayo al individuo que avanzaba hacia la barra como si viniera dispuesto a comerse el mundo (o de habérselo comido ya), y no pudo evitar que el estómago se le retorciera de rabia. Primero, se había quedado como un pasmarote mirando a esa tía estirada y blanca como un papel, y ahora, se había ido a por ella sin saber más que su nombre.

*Hombres.*

—Menos mal que me dijiste que volvías en una hora —se quejó Ike, atrapando al vuelo las llaves de su moto—. Un poco más y echo raíces aquí.

—Si, tío, lo siento... Me he retrasado un poquito. Pero no me lo tengas

en cuenta, te invito a un café.

Dakota, con los codos apoyados sobre la barra, miraba la interacción de los dos moteros con sumo interés. A su socio le habían crecido hasta las patillas de la alegría. Estaba claro que las cosas le habían ido mejor que bien y se moría por averiguar los detalles. En cuanto a Ike, seguía pensando que era de la clase de personas a la que había que ponerle de comer aparte, pero le había gustado el gesto que había tenido con Maverick de dejarle las llaves de su Kawasaki. Era el primer gesto de Ike que veía en años que le gustaba. Para tenerlo en cuenta.

—Mientras lo pagues de tu bolsillo y no lo cargues a la cuenta del bar

—dijo Dakota mirando de reojo a Ike—. Yo a este no le invito ni a un vaso de agua.

—Ni falta que hace —repuso Ike. Bromeaba, por supuesto, porque viniendo de alguien que apenas le dirigía la palabra, esa observación tan al estilo Dakota, le resultó una novedad.

A Maverick normalmente no le sentaban bien las observaciones excesivamente sinceras de su socio, pero esta vez estaba demasiado contento para tenérselo en cuenta.

—Claro, hombre, no te preocupes... Lo que gano aquí me da para invitarle a un café. Más, no —bromeó.

—Por tu buen humor deduzco que a ella le han gustado esas patillas tan Elvis que llevas —dijo Dakota, que ya no podía aguantar las ganas de saber. Maverick pasó al otro lado de la barra con un salto atlético, y se dirigió hacia la máquina a servirle un café al alma caritativa que le había librado de los atascos londinenses, cediéndole su moto durante un rato. Por el camino se cruzó con Cheryl, quien se limitó a dedicarle un parco "hola".

—Me ha ido mucho mejor de lo que esperaba —reconoció en cuanto la camarera estaba lo bastante lejos para oírlo—. Hasta nos tomamos un café.

—Con razón me has tenido aquí dos horas...

—Si hoy tocó café, lo siguiente será mojar. Ya era hora, tío. Nos tenías bastante preocupados —se burló Dakota.

Maverick controló con la vista lo que hacía Cheryl. La relación laboral con ella era un poco tensa todavía, pero había mejorado las últimas semanas. Ahora, claramente, empezaba a ir cuesta abajo. Y eso iba a ser un problema porque, después de haber estado con Shea, tenía mucho más claro que antes que seguiría viéndola. Todo lo que pudiera, cuanto más mejor.

—¿A quiénes te refieres? —preguntó Mav.

Se refería a Evel, y no por las razones que había expuesto, sino por lo que había sucedido la fiesta de Nochevieja. Los dos sabían que Cheryl estaba interesada en Mav y aquella noche él había demostrado que no era recíproco.

—Tranquilo, hombre, era una broma. Con esos estriptis que gastas de tanto en tanto, tienes el suministro femenino asegurado. Si te las follas o no es tu problema. Como no entra en el contrato, no tenemos nada que decir.

—¿Como eres tan bestia, tío? —se quejó Mav—. De verdad, Dakota, lo paso fatal cuando te oigo hablar así.

El motero pelilargo le palmeó el hombro al pasar a su lado. No era el primero ni sería el último en decirlo.

—Ya te acostumbrarás —repuso. Ike y Maverick intercambiaron miradas mientras Dakota se alejaba hacia el otro extremo de la barra donde estaban las escaleras que conducían al ático.

—Así que la hermana de Dylan... —dijo Ike con cara de “ve con cuidado”.

A pesar de lo feliz que se sentía, Maverick no pudo evitar asentir con la cabeza.

Tenía gracia, pensó Dakota, que de todas las mujeres del mundo el nuevo socio del bar hubiera ido a poner sus ojos justamente en la hermana del irlandés. Grande tenía que haber sido el impacto que ella le había causado para que, a pesar de saberlo, Maverick no hubiera dudado en seguir adelante con su locura. Qué rabia que el día en cuestión, él no estuviera en el bar para ver su momento “pasmado”. Por lo que le habían contado, se había quedado

como si lo hubieran clavado al suelo. Le habría encantado ver como alguien que era capaz de hacerle la pelota hasta a una monja se quedaba mudo.

El motero llegó al pie de la escalera y abrió la puerta de su casa. Para entonces Maverick y su aventura habían quedado atrás. Ahora, su interés se centraba exclusivamente en la preciosidad con piernas de infarto que había conseguido hacerle sentar la cabeza, a quien pensaba darle un morreo en condiciones antes de poner rumbo al taller.

Dakota avanzó por el ático llamando el nombre de Tess en voz alta, al tiempo que miraba hacia cada estancia que pasaba a izquierda y derecha, buscándola. La falta de respuesta le hizo fruncir el ceño. Miró la hora y la cotejó con la imagen mental que guardaba de la agenda de su mujer. Tenía que estar en casa, ¿por qué no respondía?

Dakota empujó la puerta de la habitación que, al final del ático, habían dedicado a la sede social provisional de la editorial, y allí estaba ella. Sentada frente al escritorio, rodeada de papeles, con el teléfono en la mano...

Y llorando a mares.

El motero pasó de la alegría al pánico en fracción de segundos. Se arrodilló frente a Tess.

—Eh, bollito, ¿pero qué pasa? —dijo mientras intentaba calmarla—.

Oye, nena, me estoy acojonando...

Tess intentó explicar lo que sucedía, pero la emoción se había adueñado

de ella y no le permitía articular una sola palabra. A Dakota empezó a írsele la cabeza, y dado que siempre que había habido crisis, su suegra estaba en medio, sus sospechas apuntaron en esa dirección.

—¿Qué pasa, Tess? No me digas que tu madre está dando por culo otra vez porque te juro que me voy a tu casa ahora mismo y monto la de Dios — advirtió.

—No... no....

Al fin, la editora empezó a calmarse y lo primero que dijo le devolvió el alma al cuerpo al motero.

—No... No pasa nada... —dijo Tess de forma entrecortada. Tragó saliva, intentando dejar de llorar—. Estoy bien... No pasa nada... O mejor, pasa algo fa... fabuloso...

La voz de Tess volvió a quebrarse y sus lágrimas rodaron nuevamente mientras ella se abanicaba con una mano como si aquel movimiento tuviera alguna conexión secreta con sus glándulas lagrimales. Él tomó su rostro entre las manos, cada vez más nervioso.

—¿Has dicho “fabuloso”? ¡Joder, bollito, por favor deja de llorar y dime lo que pasa!

Dakota la ayudó a ponerse de pie, ocupó el sitio de Tess, y acto seguido la hizo tomar asiento sobre sus piernas.

—Uno de estos días me vas a matar de un infarto, nena... A ver, por favor, cálmate y cuéntamelo.

—Es que estoy tan contenta... —consiguió decir la editora y volvió a quedarse muda de la emoción—. ¡Dios, no puedo parar!

Tess se cubrió la boca con una mano y respiró profundamente intentando serenarse.

—¿Contenta? Te juro que no se nota... ¡Menudo susto...! —Dakota la estrechó entre sus brazos cariñosamente al tiempo que reía.

—Verás... —empezó a decir la editora, que hizo otra pausa para respirar profundamente. Tras secarse las lágrimas, continuó—: el miércoles tuve un sueño, no me preguntes qué, no lo recuerdo bien, solo sé que cuando me desperté tenía que hacer algo. Busqué una clínica de ginecología que me quedara cerca de dónde iba a estar esa mañana, llamé y pedí cita para una ecografía.

—¿Has ido a hacerte una ecografía y no me has dicho nada? —Fue todo lo que consiguió decir Dakota, asombrado.

—Sí, lo sé, lo sé... Pero es que fue un palpito. Me daba miedo decírtelo, que te ilusionaras, y que luego las cosas siguieran igual, que no hubiera cambios...

El corazón de Dakota se saltó un latido. ¿Quería decir que las cosas *no*

seguían igual?

—Pero han cambiado —dijo el motero en un susurro.

Tess asintió con una sonrisa inmensa.

—Mi tumor está por debajo del límite de seguridad. —Una frase que la pareja había acuñado para referirse a un estadio en el que un embarazo bajo estricta supervisión médica empezaba a ser factible.

Dakota estrujó a Tess entre sus brazos, concediéndose unos instantes para procesar aquella noticia que lo había sacudido hasta lo más recóndito de su ser. Después de meses de tortura presenciando el sufrimiento de Tess, su frustración y su desesperanza, de pronto, convertirse en padres volvía a ser una posibilidad.

—Vaya sorpresa te he dado, amor —murmuró ella al ver su reacción.

La emoción lo había dejado mudo.

Él asintió con la cabeza al tiempo que sonreía, todavía turbado por la emoción.

—Estaba tan sorprendida —continuó Tess—, y tan ilusionada, que quise asegurarme el siguiente paso antes de decírtelo. Ya sabes que el médico no es partidario de esta idea que para nosotros es tan importante, así que en cuanto salí de la clínica, fui a su consulta. Me colé en su despacho —admitió, riendo sorprendida de sí misma y al ver que Dakota abría los ojos

desmesuradamente, asintió con la cabeza—. Como lo oyes, ¡qué vergüenza!

Pero no podía esperar y, claro, él tuvo que salir para atenderme.

—¿Y?

Tess río de pura alegría.

—No le gustó nada. Ni que le interrumpiera, ni que me hiciera una ecografía por mi cuenta, ni, por supuesto, que apareciera de forma tan intempestiva en su consulta con la clarísima intención de obligarlo a replantearse el tratamiento. Supongo que me vio tan desesperada que conseguí arrancarle un “me lo pensaré” —Tess esbozó una sonrisa triunfal—.

Quedamos en que él estudiaría la posibilidad de dar luz verde al tema embarazo, y me llamaría.

Para Dakota había dejado de existir todo lo demás, sólo estaban él, esa mujer a la que amaba con locura, y el hijo que ahora los dos deseaban tan intensamente.

—¿Y? —murmuró él, ansioso.

—¡Ha dicho que sí! —exclamó Tess—. ¡Ha dicho que sí!

La pareja volvió a abrazarse, dando rienda suelta a su alegría.

—Nos espera el lunes a las diez de la mañana para hablar del tema “nuestro hijo”.

—O hija —matizó Dakota, robándole besos.

Tess sonrió enternecida.

—O hija. Claro, amor. ¿Podrás acompañarme? —pidió con su vocecita dulce.

Él se coló en su boca en un beso pleno.

—No me lo perdería por nada del mundo —murmuró.

El “proyecto bebé” estaba a punto de ponerse en marcha y él era el tipo más feliz del mundo.

Casa de Conor Finley.

Londres.

"Hogar, dulce hogar", pensó Conor. Cómo sería lo harto que estaba de los cuidados maternos, que hasta volver a aquella casa que olía a Nikki, le resultaba un alivio.

Le habían dado el alta del hospital el lunes siguiente al accidente, y desde entonces, había estado en casa de sus padres. Había intentado convencerlos por activa y por pasiva de que estaba lo bastante bien para irse a su propia casa, sin éxito.

Pero ya estaba en sus dominios otra vez, listo para que las paredes y el techo volvieran a caérsele encima, algo que no tardaría mucho en suceder.

Con una cojera ostensible y sujeto al hombro de su padre, Conor se las arregló para llegar al sofá donde Owen lo ayudó a tomar asiento.

—Tú insistes en que estás bien, pero yo creo que deberías haberte quedado en casa otra semana más.

Conor se movió en el sofá con cuidado buscando una posición en la que el dolor fuera más tolerable. Tenía prescritas una serie de medicinas que debía tomar respetando los horarios y, en este caso, llevaba casi tres horas aguantando el dolor.

—El médico me ha dado el alta. Me incorporo al trabajo el próximo lunes. Es lo que hay, papá.

—Pero los dos sabemos que no estás bien para volver al trabajo. No va a pasar nada porque hables con tu jefe y lo retrases otra semana más.

¿Y quedarse en casa subiéndose por las paredes mentalmente, ya que su físico no estaba para mucho movimiento? Ni hablar.

—No puedo hacer eso. Y no porque Evel vaya a decirme que no, es que tenemos trabajo, me necesitan... Niilo me ha contado que Dakota está ayudando y que se apaña muy bien, pero soy su ingeniero de montaje, tengo que estar ahí... No te preocupes, por favor, que para eso ya me basto solito...

—Deberías haberte quedado en casa. Ya sé que no te gusta que te lo diga, ya se que no te gusta que tu madre te esté encima, pero lo necesitas, hijo. Mira cómo andas, mira cómo te mueves, no te imagino yendo hasta la cocina a prepararte la comida.

—Hay restaurantes de comida rápida. En serio, no te preocupes. Esto es más aparatoso de lo que parece, en cuanto tome el analgésico, estaré como nuevo...

No estaría como nuevo a base de medicinas. Sólo había algo en todo el universo capaz de devolverlo al hombre risueño que siempre había sido y, lamentablemente, no estaba en Inglaterra.

—Bueno, aquí te dejo tus cosas. —dijo Owen, y sacando la pequeña caja de terciopelo del bolsillo, añadió—: Y aquí te dejo el anillo.

Conor desplazó su mirada del televisor que acababa de encender a su padre y de ahí a la pequeña y elegante caja de terciopelo rojo que él acababa de depositar sobre la mesa. Sintió que el estómago se le tensaba en una mezcla de recuerdos, rabia, y nervios.

—Te pedí que les dijeras que iría a verlos cuando me dieran el alta.

—Sí, pero yo no lo hice —repuso Owen—. Te conozco mejor de lo que crees y sé lo que pensabas hacer. Ibas a devolverlo.

Vio que Conor volvía a cambiar de posición en el sofá por enésima vez al tiempo que sacudía sus rastas, disgustado. El maldito anillo no le había traído más que desgracias. No quería ni verlo.

—¿Y piensas que de esta forma conseguirás hacerme cambiar de opinión?

—¿Pero por qué, Conor?

—¿Porque soy incapaz de comprometerme, quizás? —respondió el motero con ironía.

—No digas tonterías... Que hayáis discutido, que os hayáis separado temporalmente, no cambia lo que sentís el uno por el otro. Y sí que eres capaz de comprometerte. Fuiste tú el que me dijo lo que pensabas hacer, el que me pidió consejo, el que escogió la joyería... Claro que eres capaz de comprometerte.

Conor se removió en el sofá todo lo que le permitió el dolor, que fue poco, porque al menor movimiento su cuerpo le recordaba lo resentido que había quedado después del accidente.

—Déjalo, papá... Si de mí dependiera seríamos novios eternamente, esa es la verdad. Y algo va muy mal conmigo si queriéndola como la quiero, siempre me las arreglo para echarla de mi vida cada vez que escucho la palabra “compromiso” —reconoció ante la mirada estupefacta de su padre.

—No me gusta lo que dices... ¡Eso no es así en absoluto, Conor!

—Claro que es así. Hizo falta que Nikki se fuera lejos y yo me estrellara contra una marquesina para darme cuenta, pero... Así soy yo. Por lo visto, nunca aprendo por las buenas... Supongo que lo que se hereda no se roba.

Owen salió de la perplejidad al instante. Se inclinó hacia él, enfrentándolo directamente.

—De eso, nada. Mírame Conor —Owen no esperó a que él obedeciera y empujó su barbilla con la mano obligándolo a hacerlo—. No te pareces a tu padre en nada, ¿me oyes? En nada.

La mirada del motero centelleó en una mezcla de vergüenza y de rabia.

—No lo llames así. Tú eres mi padre, el único que he tenido. Él no es nadie.

Owen se pasó los dedos por el pelo de pura desesperación. Apoyó la mano en el hombro de Conor, mirándolo muy serio.

—Crear que tienes algo que ver con él es el problema, ¿acaso no te das cuenta? Estás permitiendo que eso controle tu vida y la verdad es muy diferente. El parecido con él acaba en lo físico. Soy yo el que ha estado aquí, junto a ti, todos estos años. Te he visto crecer y convertirte en la persona que eres. Alguien noble, generoso, fiel, que siempre ha estado al lado de la gente que quiere. Por dentro, que es lo que cuenta, no tienes absolutamente nada que ver con tu padre biológico, Conor. Nada.

Susan irrumpió en el salón como si allí se hubiera declarado un incendio y su hijo, el pequeñín desvalido, hubiera quedado atrapado dentro. Había ido a hacer la compra para llenar la despensa, pero al llegar a la tienda había comprobado que con las prisas no había cogido más que las llaves. Llevaba unos instantes en el pasillo de la entrada, con el corazón en un puño al conocer la existencia de un anillo que, sabía, más tarde o más temprano,

devolvería a esa niña caprichosa a la vida de su hijo y, de pronto, otro terrible descubrimiento había tomado forma ante sus ojos.

—¿Padre biológico?! ¿De qué diablos estáis hablando vosotros dos?!

—exclamó, mirándolos alarmada.

FIN DE LA SEGUNDA TEMPORADA

<<< >>>

### **TEMPORADA 3**

#### **Episodio 1**

Viernes, 29 de enero de 2010.

Casa de Amy Pearson,

Londres.

Niilo se dio la vuelta en la cama en busca del calorcito que emanaba del cuerpo que yacía a su lado. Fue un movimiento inconsciente, igual que lo fue pegarse a él, piel contra piel. Disfrutó de la calidez, de la desnudez, de aquel inconfundible olor a....

El motero abrió los ojos. La habitación estaba en penumbras, pero se veía lo bastante para saber que ya había amanecido. Y si era de día....

Saltó de la cama y corrió al baño recogiendo sus cosas por el camino. Si era de día quería decir que era tarde. Rebuscó en el bolsillo de su abrigo hasta que encontró el móvil donde varias llamadas perdidas lo esperaban. Alzó la vista intentando centrarse. Respiró hondo. Le costaba pensar con claridad.

Decidió que lo mejor era un SMS que escribió rápidamente, diciéndole a su jefe algo obvio: se había quedado dormido y estaba de camino.

El baño era tan pequeño que alguien de su envergadura apenas podía moverse sin chocarse con algo. En realidad, todo era diminuto en casa de Amy. Dabas un paso y estabas en la cocina, dos pasos a la derecha y estabas en la puerta de su habitación que, por cierto, estaba a medio metro de la cama.

Pero, al igual que sucedía con todo en el mundo de Amy, la distancia que separó los pensamientos risueños de los calientes también demostró ser muy corta.

Había sido otra noche de locos. Habían dormido a ratos y él todavía estaba en casa de Amy cuando debería llevar dos horas trabajando. Lo más alucinante de todo era que a pesar de haberse pasado media noche haciéndolo, evidentemente, no había tenido bastante.

Se agachó sobre el lavabo pero enseguida descartó la idea. Tendría que doblarse por la mitad para alcanzar la altura del grifo, así que descolgó la flor de la ducha y puso la cara bajo chorro de agua fría. La excusa, lavársela. La auténtica razón; enfriarse. Tenía una erección en ciernes y, dado que debía irse a trabajar y ya llegaba tardísimo, no podía arriesgarse a que Amy la detectara, o volverían a enredarse en otro cuerpo a cuerpo.

Lo que Niilo no sabía entonces, mientras el frío del agua contra su piel

lo devolvía a la conciencia plena, era que Amy ya la había detectado. Algo de lo que informó al motero tomándole el miembro con una mano que no se quedó quieta.

Tras el primer sobresalto, él intentó mantener la calma. Cerró el grifo y devolvió la ducha a su sitio. Pero la mano volvió a moverse y él exhaló el aire con fuerza al sentir la suave fricción. La miró y se encontró con su sonrisa.

—Guau. Qué duras están las cosas por ahí abajo. Me pregunto si es una de esas erecciones espontáneas que tenéis los tíos o está relacionada conmigo... —susurró Amy, insinuante.

Niilo volvió a suspirar. El agua goteaba de su rostro, el corazón había emprendido una carrera loca y *no* se trataba de una erección espontánea... Pero él tenía que irse. Mierda.

—Perdona, te he despertado... ¿Me alcanzas la toalla? —se las arregló para decir.

La sonrisa de Amy se hizo más grande. Niilo entendió el porqué en cuanto sintió que su otra mano lo acariciaba entre las piernas.

—Perdonado. Tengo las manos ocupadas, pero a ver si te puedo ayudar.

—Se puso de puntillas y capturó una de las gotas que caían del rostro masculino con su lengua, que deslizó sobre el borde de la mandíbula suavemente.

—Joder, Amy, que me tengo que ir —murmuró él con un punto de desesperación, apoderándose de su lengua.

El beso se convirtió en voraz, un condón apareció de la nada y dos minutos después, estaban arrancándose gemidos el uno al otro.

—Uno rápido y te vas —lo azuzó, haciendo que él la elevara. Sus piernas se cerraron en torno a las caderas del motero.

La estrechez de la estancia tenía sus ventajas, pensó Niilo cuando se sintió literalmente encajado entre sus piernas, sin margen de maniobra más que para embestirla.

—Joder.... Joder, Amy... Me voy a pasar el día deseando acabar para poder volver a verte...

—Si solo quieres verme, quedamos en un bar —murmuró ella, tan excitada como él.

Él tardó en responder porque volvió a adueñarse de su boca.

—Vale, no solo por verte —reconoció al tiempo que la embestía con fuerza por última vez.

Los dos gimieron.

—Ven al mediodía, a comer conmigo... —murmuró ella, bebiendo de sus besos apasionadamente.

Con su frente aún apoyada sobre la de Amy, Niilo intentó recuperar la

respiración.

—¿Tú crees que comeremos? —dijo, entrecortado.

Ella lo estrechó fuerte y una sonrisa apareció en su rostro.

—Claro... Después de un buen aperitivo. —Los dos rieron bajito y

Amy remató la faena—. Hay un rincón en el estudio que te va a encantar... Y vamos a estar solos.

Niilo la espió de reojo con una sonrisa traviesa en la cara.

—¿Quieres que nos enrollemos en tu trabajo?

—¿Tú no? —repuso Amy.

Su mirada cargada de promesas húmedas lo hizo estremecer.

Las cosas en casa de Conor acababan de empeorar. Su madre los miraba con los ojos desorbitados. Su padre intentaba calmarla utilizando esa palabra que conseguía justo el efecto contrario.

—¡¿Que me calme, dices?! ¿Alguno de los dos va a empezar a hablar por propia iniciativa? —dijo a voces, avanzando hacia el centro de la estancia

— ¿O voy a tener que presentarme en su casa, dondequiera que viva ahora, para averiguarlo?

Conor sacudió la cabeza. A buenas horas venía a pedir explicaciones sobre un asunto que ella debió haber explicado hacía mucho tiempo.

—No hay nada que decir, mamá. Y por si se te ocurre tomarla con papá

como haces siempre; él no tuvo nada que ver. —El asombro en la cara de Owen contradujo las palabras de su hijo y Susan no se anduvo por las ramas. —¿Qué es lo que ha pasado, Owen? Y, por favor, no se te ocurra mentirme —le advirtió.

—Están pasando muchas cosas, cariño —repuso él.

Conor lo miró alucinado.

—¡Papá! Ay, joder... —Lo último que deseaba era que él sacara a relucir ese tema. Lo conocía y sabía que ocultarle algo a su mujer le dolía en el alma y que no pararía hasta vomitarlo todo; anillo de compromiso incluido, lo cual daría lugar a que tres días después siguieran discutiendo sobre el tema.

—¡Esa boca! —se quejó Susan y volvió a centrar sus ojos en Owen, esperando que él continuara.

—Siempre he sabido que tarde o temprano, Conor no se conformaría con tanto silencio sobre su padre biológico, pero entendía tus razones. Era tu decisión y la respeté. Pero él empezó a investigar por su cuenta... Consiguió encontrarlo y quedar con él —Susan abrió la boca atónita—. Yo me enteré y no quise dejarlo ir solo.

—¿Cuándo fue eso? ¿Por qué me lo has ocultado? ¡Owen... Dios mío, Owen, ¿cómo me has hecho algo así?!

—No podía decírtelo, cariño. Habrías intervenido y tu hijo habría acabado haciendo las cosas a espaldas de los dos. Así, al menos, pudo contar conmigo. De eso, no me arrepiento. Pero igual que entonces, sigo creyendo que fue un error. Conocerlo no le trajo más que...

—¡Papá, basta! —intervino Conor con tono definitivo y miró a su madre—. Tenía derecho a saber quién era él, y como papá ha dicho, se enteró y me acompañó, algo que le agradeceré toda la vida. Si no te hubieras pasado la mitad de la tuya cerrando a cal y canto todo lo relacionado con él, yo no habría intentado averiguarlo por mí mismo. Y ojo, que no te culpo, mamá. También entiendo por qué lo has hecho, créeme. Ese tipo... —Conor respiró hondo y fue al grano—. Pero ya está hecho, mamá, y no hay más que hablar sobre este asunto. Punto final.

Susan se quedó mirando a los dos hombres, atónita. Intentaba digerir aquel trago tan amargo y, al mismo tiempo, adivinar qué ocurría en realidad. Tenía la sensación de que eso era solo la punta del iceberg. Que padre (adoptivo) e hijo le estaban ocultado lo más gordo. Pero le resultaba muy complicado pensar con claridad cuando todo su ser estaba lleno de indignación.

—¿Y qué es lo que has ganado conociéndolo, Conor? ¿"Creer que eres igual que él"? —hizo el gesto de ponerle comillas a la frase de Owen que

había oído al llegar—. Puede que sea tu padre biológico y tuvieras derecho a conocerlo, pero NUNCA debiste haberme dejado al margen de esto. Yo también tenía derecho a saberlo, ¿no crees? ¡Soy tu madre!

Tras lo cual, abandonó la casa dando un portazo.

Padre e hijo se miraron llenos de impotencia.

—Lo que faltaba para acabar de complicar las cosas —dijo Owen, restregándose la cabeza.

—Papá, ve con ella y no dejes que suba como la espuma, que luego ya sabes lo que pasa.

En efecto, Susan era una buena madre, muy entregada a los suyos, pero sus enfados podían durar semanas.

Había conocido al padre biológico de Conor cuatro años después de que el amor de su vida muriera repentinamente dejándola con dos hijos adolescentes. Conocer al joven y apuesto músico le había devuelto la sonrisa.

Al final, habían acabado manteniendo un tórrido romance y un tiempo después, se habían ido a vivir juntos en contra de la voluntad de la familia.

Todo había ido bien hasta que un año más tarde, el bohemio joven se enteró de que ella estaba embarazada. Entonces, sin mediar palabra, un buen día desapareció para nunca más volver, dejándola sumida en una gran depresión de la que tardó mucho tiempo en recuperarse.

El escarnio público sumado a la tristeza, y a la incomprensible reacción

de un hombre que tras sus promesas de amor eterno, la había dejado sin la menor explicación, habían llevado a Susan a borrar de un plumazo toda alusión a su existencia. Y ahora, él reaparecía de la peor forma posible.

—Y tú llama a tu madre. Dame una hora a ver si puedo calmarla, y llámala. ¿Has entendido, Conor? —dijo Owen antes de marcharse.

El motero asintió. Sus ojos regresaron a la pequeña caja de terciopelo que abrió, dejando expuesto el anillo. Era fabuloso y, sin embargo, no le había traído más que desgracias. Lo miró con rabia.

—Debería quemarte. Fundirte en el Monte del destino como el anillo único de Sauron —Conor soltó un bufido.

Lo último que deseaba era hablar con su madre. De hecho, no deseaba hablar con nadie, pero el motero hizo lo que su padre le había pedido. El teléfono sonó varias veces antes de que alguien atendiera. Conor sonrió de mala gana al darse cuenta de que a pesar de que su madre había atendido, no había dicho ni media palabra.

—Mamá, ¿estás ahí? Si es así, por favor, di algo.

Dado que lo que sentía ganas de decir no era una opción, Susan se limitó a decir “hola” y permaneció a la escucha.

—¿Así piensas manejar esta situación? Era inevitable, mamá.

— *De eso nada. Podías haberme evitado este disgusto. Podías haber*

*pensado que si lo mantuve alejado de tu vista durante tanto tiempo debía tener mis razones para ello. ¿No se te ocurrió pensarlo? Evidentemente, no.*

—Mamá, no se trata de eso. Tenía que conocerlo. Saber quién era. Y de paso saber por qué razón me abandonó.

— *Me abandonó a mí, Conor* —replicó, herida—. *A ti ni siquiera se molestó en conocerte.*

—Vale, tienes razón... Aún así quería verle la cara.

— *Y ahora que se la has visto, dime, ¿estás contento?*

No lo estaba en absoluto. Había sido lo más decepcionante que le había sucedido en la vida, pero ni tenía ganas de hablar del tema ni deseaba prolongar el sufrimiento de su madre, dándole detalles.

—Si te lo hubiera dicho, habrías intentado impedírmelo, y francamente, puedes llegar a ser muy pesada cuando algo no te gusta, lo que me lleva al asunto de Nikki.

Como una confirmación de que, en efecto, el tema no le gustaba, Susan rezongó.

— *No cambies de tema.*

—Nunca te gustó.

— *Yo jamás he dicho eso* —se defendió Susan.

—No hace falta que lo digas.

— *No cambies de tema* —repitió ella. Tenía un millón de preguntas respecto del encuentro secreto de su hijo con su progenitor. Quería saberlo todo.

—Paso de hablar de ese tipo, mamá. No tengo nada que decir. Y sobre lo que sí tengo que decir es sobre Nikki. Nos queremos. Sé que hemos tenido muchos problemas y que desearías verme con otra persona. Pero se te olvida algo, mamá, Nikki y yo llevamos juntos desde que éramos unos críos. ¿Te haces una idea de lo que ha tenido que aguantarme esa mujer?

— *Has tenido tus cosas, como cualquier adolescente, pero siempre has sido un buen chico, y ella no hace más que criticarte. No dudo de que haya pasado algunos momentos malos a tu lado. ¿Qué mujer no los pasa? Pero estoy tan segura de que has sido tú el que ha pasado los momentos más malos, que estoy dispuesta a apostar mi cabeza por eso. Nikki siempre ha hecho lo que le ha dado la gana y cuando estáis juntos, siempre veo a uno de los dos pendiente del otro; a ti. Ahora ella está en Ginebra. Me pregunto qué es lo que hace allí si te quiere tanto, Conor.*

—Estás siendo muy injusta con ella. Algún día entenderás por qué te digo todo esto. Pero de partida, lo que tienes que entender es que sigo enamorado de Nikki. No importa dónde esté, ella sigue en mi vida, mamá.

— *¡Perfecto!* —replicó Susan—. *Por lo que se ve, hoy es mi día...*

*Bueno, Conor... Con tu permiso, voy a prepararme un café y a ver la tele.*

*Porque hoy estoy de los hombres de mi vida ;hasta la mismísima coronilla!*

Tras lo cual, cortó la comunicación, dejando a su hijo con la palabra en la boca.

Conor tensó las mandíbulas de pura frustración.

Y pensar que se había pasado días loco de ilusión sabiendo que al fin iba a conocer al hombre que lo había engendrado... Alguien que había resultado poseer un talento sin precedentes para causar discordia, decepción y dolor sin siquiera estar de cuerpo presente.

Mientras tanto, en Rowley Customs...

—¿Y si lo limamos un poco? —propuso Dakota desde debajo del coche donde intentaba infructuosamente acabar de montar la carrocería de un customizado de encargo.

—No, déjalo. Niilo va a querer ajustar los planos y volver a fabricar la pieza, y si tiene que trabajar sobre una limada va a poner el grito en el cielo.

Es muy tiquismiquis —repuso Evel, impulsando con las piernas la camilla de mecánico sobre la que estaba echado, para salir de debajo de la carrocería.

Dakota apareció un instante después.

—¿Tiquismiquis? ¡Es más raro que un perro verde! Joder, es más raro que tú, tío, y eso ya es decir —repuso el motero pelilargo con una sonrisa.

Algo que a Evel le resultó especialmente inusual en su socio y a esas

horas de la mañana. Frunció el ceño.

—Estás... ¿contento? Chaval, se me hace raro usar esa palabra en relación contigo, pero sí, estás contento. ¿Qué pasa? —Evel se arrepintió un segundo después de preguntarlo. Lo último que deseaba era escucharlo hablar de su vida sexual un viernes por la mañana—. Bueno, creo que no me hace falta saberlo. Tranquilo, no me lo cuentes.

—Mira que eres moñas —repuso Dakota y se echó a reír a carcajadas.

—Es que te conozco, tío. Y es muy temprano para empezar a hablar de según qué cosas...

—¿Qué te preocupa, que te ponga los dientes largos sin tener a tu bomboncito a tiro? —se burló Dakota y enseguida cambió de tema—. Estoy supercontento y no tiene del todo que ver con lo que piensas... Bueno, tendrá, cuando volvamos del médico... ¿Quieres te lo cuente o me lo sigo guardando?

—Como acabes diciendo una salvajada, te zurro —le advirtió su socio.

—Que no. Mi mujer fue a hacerse una ecografía —bajó un poco la voz— y el tumor se ha reducido. Está por debajo del límite de seguridad que le puso el médico para empezar a hablar de embarazos. ¡Consiguió que volviera a estudiar su caso y que le dijera que sí! ¡El lunes tenemos una cita para hablar del tema!

Dakota estaba exultante y Evel lo abrazó afectuoso.

—¡Cuánto me alegro, hombre!

—Y yo... Joder, qué alivio.

—¿Qué, te apetece ya convertirte en papá? —bromeó Evel con un punto de ternura.

Vio como a Dakota se le iluminaban los ojos y una sonrisa de hombre realizado se abría paso en aquel rostro anguloso.

—Sí, mucho... Bueno, no es algo en lo que hubiera pensado antes de conocer a Tess, pero —el motero se encogió de hombros —, ella se muere por ser madre y yo... Joder, es algo muy contagioso. Basta que uno de los dos lo quiera, para que el otro empiece a darle vueltas y ya no pueda dejar de pensar en eso. Así que tú ten cuidado...

Evel lo miró sorprendido. Hasta el momento, el asunto no había surgido entre Abby y él.

—No me preocupa que Abby quiera convertirme en padre, chaval. Me parecerá perfecto los hijos que quiera tener, mientras no sean gemelos... — añadió como si le hubiera salido del alma.

Dakota asintió con la cabeza y palmeó el hombro de su amigo.

—Bueno, como mi ingeniero de diseño está desaparecido en combate, habrá que seguir con otra cosa —continuó Evel, reanudando la conversación

después del momento incómodo.

—Tu ingeniero de diseño está aquí. Lamento el retraso —dijo Niilo dejando su mochila sobre la mesa de trabajo.

Notó que todos lo seguían con la mirada.

—¿Qué? Joder, me he dormido.

Niilo no tenía cara de dormido, sino de hombre que se ha corrido una buena juerga. Cuando se quitó la cazadora y una porción de su cuello quedó expuesta, las pruebas del delito lo confirmaron. Evel bajó la cabeza aguantando la risa. Dakota, en cambio, no tuvo piedad.

—Qué coño dormir. ¡Te acaban de echar un polvazo, por eso llegas tarde, cabrón!

En medio de su incomodidad por el tema y por las risotadas que le dedicaron sus colegas, Niilo no pudo evitar sonreír de gusto.

"Polvazos, en plural, querrás decir", pensó el motero.

Por supuesto, no lo dijo en voz alta.

## **Episodio 2**

Sábado, 30 de enero de 2010.

Ginebra, Suiza.

Nikki no había podido desembarazarse de Xavier. Era un buen tipo, servicial y paciente, pero empezaba a cansarse de verlo hasta en la sopa.

Aquella mañana, como todos los sábados, había ido al súper a hacer la compra de la semana, y, coincidencias de la vida, allí estaba él, husmeando en el pasillo de las conservas. Desde ese momento, no había conseguido separarse de él.

Ahora iban en el coche, ya que él había insistido en llevarla a casa.

Nikki había aceptado porque ya había tenido tiempo de comprobar que negarse no tenía ningún sentido. Aunque teóricamente ella estuviera “disponible”, Xavier nunca le había interesado. Así que decidió que aquel momento, era el momento idóneo para dejar las cosas claras.

—Xavier, te agradezco mucho todo lo que haces por mí...

—Pero qué dices, mujer, ¿por traerte a casa con la compra? Eso no es ninguna molestia —la interrumpió él, con amabilidad.

—Oye, sé de qué va todo esto. Lexi está preocupada por mí, y sé que te ha pedido que me animes. Y os lo agradezco a los dos, de verdad, pero las cosas no funcionan así. No estoy interesada en que seamos más que amigos, Xavier.

—Sé lo que pasó con tu ex, Lexi me lo contó. Y sí, admito que me gustas, eres preciosa y buena compañía, pero hasta ahí, ¿vale? —dijo Xavier, quitándole en importancia al asunto.

Había usado un tono bastante convincente, pero Nikki no mordió el

anzuelo. Sabía que su interés iba más allá de lo que decía.

—Sé que no es así, pero no importa. Mientras te quede claro cuál es mi posición en este tema, me parece bien lo que digas.

—Vale, no voy a mentirte, me encantaría que hubiera algo entre tú y yo. Siempre me has parecido una chica increíble, y si te digo la verdad nunca entenderé cómo un tío puede ser tan imbécil de dejarte marchar... Pero no espero que te olvides de tu ex y te enamores de mí perdidamente. Eso solamente pasa en las películas. Me conformo con que me dejes disfrutar de tu compañía y, mientras tanto, si te puedo ayudar a sobrellevar el mal trago, pues mejor que mejor. Eso es todo, Nikki, quédate tranquila.

Ella asintió. No tenía claro si creerle o no. Pero le había dejado las cosas claras, así que lo que sucediera a partir de allí, no sería su responsabilidad.

Cuando llegaron a casa de Nikki, Xavier le ayudó con las bolsas.

—Si me ofreces un café no te voy a decir que no —sugirió él, todo sonrisas.

—Ya. Primero un café, luego la comida, y luego la peli con palomitas.

Ya me conozco esa historia.

—Que va, te prometo que esta vez, me voy después del café —dijo

Xavier risueño, pero entonces se dio cuenta de que ella ya no sonreía.

De hecho, ni siquiera lo estaba mirando.

Sus ojos observaban con total concentración algo que sucedía detrás de él. Giró la cabeza y vio lo que ella estaba mirando: un taxi que acababa de detenerse detrás de su coche y del que un hombre con rastas y pinta de motero se estaba apeando con evidente esfuerzo.

Conor pagó al taxista y se encaminó hacia la casa procurando disimular su cojera.

—Hola, preciosa.

Nikki había empezado a temblar un segundo después de reconocer la figura que se bajaba del taxi. Una sonrisa se abrió paso hasta su rostro.

—Hola, Conor.

Xavier los miró alternativamente a uno y a otro. De pronto, parecía que se hubiera desdibujado el mundo y sólo estuvieran ellos dos. Y de pronto, se dio cuenta de que conocía esa cara aunque en un primer momento no la hubiera reconocido.

—¿Este es tu ex? —preguntó con sorna.

No podía creer que ella siguiera enamorada del mismo imbécil fanfarrón con el que salía cuando era adolescente.

Obviamente, nadie respondió a la pregunta de Xavier.

Para Conor, el franchute con ascendencia hispana que llevaba enamorado de Nikki desde que era un crío, ya había ocupado bastante tiempo

en su mente mientras estaba convaleciente. Detestaba pensar que él hubiera estado junto a Nikki mientras él no podía ni siquiera darse la vuelta solo en su cama de hospital. Pero ahora había dejado de importarle. Ella estaba allí, era su Nikki, y volver a verla había borrado de un plumazo todo lo demás.

—¿Puedo pasar? —le preguntó.

Ella no respondió en palabras, pero asintió varias veces con la cabeza.

Abrió la puerta con manos temblorosas y entró en la casa, dejándola abierta.

Pronto, Conor la siguió al interior.

Xavier se quedó mirando la puerta cerrada con incredulidad y disgusto.

—A lo vuestro, chicos. No os preocupéis por mí que yo ya me iba — dijo el francés, airado. Y volvió a meterse en su coche con el que salió quemando ruedas.

Casa de Dylan Mitchell

Cala Morell,

Ciudadela, Menorca.

Andy no pudo evitar sonreír y como no quería que él lo viera, se concentró en su móvil, como si estuviera revisando a ver si tenía mensajes nuevos. Le gustaba esa nueva rutina que Dylan había propuesto de reservar momentos para pasarlos juntos y a solas, lejos de la habitual algarabía familiar de los Estellés. Y una de las primeras propuestas que había surgido casi por casualidad, había sido precisamente esta: los sábados, la pareja

compartía en casa de Dylan una comida tardía entre el turno de comidas y el turno de cenas de Andy en el restaurante. Él se ocupaba del menú, que siempre era secreto, y ella se ocupaba del postre que la mayoría de las veces no tenía nada que ver con la repostería.

A veces le resultaba curioso cómo algo tan simple como que él cocinara para ella y disfrutaran del plato a solas, podía cambiarle completamente el tono a sus fines de semana laborales que por lo general solían ser agotadores. El plato, en esta ocasión, había sido una delicia que Ciro le había enseñado a preparar hacía unas semanas: codorniz rellena de foie al Oporto con guarnición de champiñones salteados. Andy lo había devorado, pero el disfrute había empezado bastante antes de cortar el primer trozo del ave.

Concretamente viendo al monumento de hombre que vistiendo una de sus camisetas ceñidas con las mangas arremangadas hasta el codo, unos vaqueros de tiro bajo, y un delantal de chef, daba los últimos toques al plato antes de servirlo. Solo la visión de esa espalda imponente le había disparado la imaginación. No podía dejar de reparar en los otros detalles, ajenos a la comida, que tenían que ver con el chef, con sus modos, con sus tatuajes y con esos ojos increíbles que cada vez que se posaban sobre ella la hacían estremecer.

De modo que así estaba, desnudándolo con los ojos, sonriendo sin poder evitarlo al darse cuenta y un segundo después, apartando la mirada para no

sobreestimar a un hombre que estimulación era lo último que necesitaba.

Ahora, él servía el café, aparentemente ajeno a las miradas de su chica, quien aprovechó el momento para regodearse en la parte baja de su espalda.

—Estoy bueno, ¿eh? —comentó el irlandés sin darse la vuelta.

—Eso ni se pregunta, pero ¿por qué lo dices?

Sus preciosos ojos grises la miraron de refilón, rezumando picardía y sensualidad.

—¿Quizás porque no me has quitado los ojos de encima desde que has llegado? Chica, me estás poniendo a mil.

Andy sacudió la cabeza sonriendo. Cada vez se sentían más a gusto juntos, la relación prosperaba de una manera inesperada teniendo en cuenta cómo habían comenzado las cosas entre ellos, y todo lo acontecido en las últimas dos semanas la tenía caminando sobre nubes.

—Si te dijera que todavía no me creo que estés aquí, que a veces cuando te miro me parece increíble lo que tenemos, ¿me creerías?

—No —repuso haciendo reír a su chica.

—Pues es verdad... Y lo más increíble de todo es que en un mes, te tendré en Menorca los trescientos sesenta y cinco días del año. Estoy en las nubes.

—¿Así que mi *sexappeal* y mis tatus no tienen nada que ver?

—No, hombre, tampoco te lo tomes así... Ya sabes que estás bueno —  
reconoció Andy con picardía.

Las cosas mejoraban.

—Vale, y ahora que Tina está fuera del proyecto y tu tío te ha hecho esa  
propuesta, ¿cuál es el siguiente paso? —preguntó Dylan, dando un giro de  
noventa grados al momento que sorprendió a Andy.

—¿Qué pasa, quieres que te deje hacer la digestión primero? —sugirió  
ella con todo el retintín del mundo.

—Sabes que no me hace falta. Yo, en cambio, creo que lo que a ti te  
hace falta es un empujón. No esperabas que Tina se bajara del barco.

—No, no lo esperaba —dijo Andy pensando en que él la tenía más que  
calada—. Y el siguiente paso es aceptar la propuesta de mi tío, supongo.

—¿Supones?

—Me pareció una buena propuesta y a ti también, a pesar de saber que  
el consejo de dirección tendrá arte y parte en mis decisiones.

—Sólo en la financieras, según dijiste —precisó Dylan.

—Según dijo él. Habrá que ver qué dice el contrato.

—Estoy de acuerdo, pero si quieres ver ese contrato, tendrás que tomar  
una decisión sobre el tema y comunicársela a tu tío.

Andy volvió a asentir con la cabeza, un gesto que no mostró toda la  
alegría que Dylan esperaba encontrar.

—¿Qué te preocupa, Andy?

—Siempre al grano ¿eh? —dijo ella mirándolo con ternura—. Me preocupan dos cosas. La primera es que su propuesta es mucho más buena de lo que esperaba, lo cual me hace pensar. Y la segunda es que no sé como enfocar el tema del treinta y tres por ciento.

—¿Desconfías de él?

Andy se removió incómoda en su asiento. Dylan era siempre directo en sus preguntas. ¿Desconfiaba de Pau? Tenía muchas razones para hacerlo, pero en lo relativo al proyecto no desconfiaba de él. No hacerlo, sin embargo, la ponía en la tesitura de tener que admitir que las razones que movían a su tío eran generosas, y eso... Le fastidiaba muchísimo. Todavía seguía enfadada con él. Aunque hubiera intentado convertir ese suceso en algo positivo tal y como le había sugerido Dylan, en el fondo, se lo seguía teniendo en cuenta.

—No, no quiere estafarme. Cómo voy a pensar eso... Pero, si no hay dobles intenciones, entonces lo que brilla es oro. Y me jode un montón tener que admitirlo...

—Bueno, tiene su lado bueno, si te facilita tanto las cosas en la puesta en marcha de algo que para ti significa mucho, la relación entre tú y él necesariamente mejorará.

—Sí, supongo. Pero resuelto el primer asunto, digamos que me fío, no tengo claro cómo proceder, cuál de las dos opciones escoger.

—Es natural. Es tu primer negocio y es normal que tengas dudas. Pero también tienes la capacidad y los recursos para hacer que las cosas sean como tú quieras, así que ¿cómo quieres proceder?

Andy se recostó contra la silla y consideró un momento lo que Dylan le decía.

—Creo que lo mejor será mantener un poco de independencia y pedir un crédito para cubrir ese treinta y tres por ciento. Así también me exigiré más, porque sé que a final de mes tendré que generar ingresos suficientes para seguir ayudando a mi familia y para pagar el crédito.

Dylan sacudió la cabeza. Llevaba toda su vida adulta partiéndose la espalda, ¿y todavía creía que necesitaba ponerse las cosas difíciles para no dormirse en los laureles?

—Discrepo. Creo que te has esforzado suficiente para tus próximas siete vidas. Y también creo que no necesitas ningún tipo de estímulos para ponerte en marcha.

Andy estiró el brazo por encima de la mesa y apretó afectuosamente la mano de Dylan.

—Es que tú me ves perfecta, calvorotas —le dijo con ternura—. Pero no

creas, sí que necesito estímulos.

Él negó con la cabeza.

—Te digo más, si me lo permites, me gustaría ser tu banquero.

Andy abrió desmesuradamente los ojos al tiempo que un montón de mariposas echaban a volar en su estómago. Adoraba a ese hombre.

—Ay, Dylan... ¿En serio? No hace falta. Puedo pedir ese crédito.

Ahora sé que me lo dan.

—Sí, en serio. Soy así de fantástico —repuso él, quitándole emoción al momento cuando se dio cuenta de que los ojos de su chica brillaban sospechosamente.

—¿Sabes, mi amor? Tú eres el típico ejemplo de que las apariencias engañan.

A Dylan lo conmocionaba oírle hablar de esa manera. Un halago, un reconocimiento a cómo era él en realidad, y se ponía blandito como un flan.

Sin embargo, no fue eso lo que dejó traslucir.

—Según se mire —apuntó con su sonrisa cautivadora—. También tengo pinta de ser un pichabrava<sup>19</sup> y eso no es ningún engaño, ¿a que no?

Ese mismo día por la noche, en Londres.

Shea conectó la manta eléctrica y volvió a acomodarse en el sofá. Se la puso sobre el vientre y unos segundos después, cuando el dolor empezó a aliviarse, exhaló un suspiro. Se cubrió mejor con la manta y encendió la

televisión. Vaya manera de pasar un sábado por la noche en Londres, pensó. Pero tenía la regla y lo único que le apetecía cuando estaba así era quedarse en el sofá con el mando de la tele en la mano. Qué frustrante era que ese proceso natural que a ella ni siquiera le había permitido engendrar un hijo, la torturara mes a mes desde los doce.

Su ex tenía una vida demasiado ocupada y nunca había estado interesado en ocuparla más teniendo que educar un hijo. De modo que así había llegado a la treintena, con su dolor menstrual auestas y ningún hijo. Y a la sazón tampoco un marido.

Esta vez, sin embargo, había más causas que justificaban su malestar.

Habían sido unas semanas muy estresantes, adaptándose a vivir en un país extraño, ocupándose de la puesta en marcha de la filial de la imprenta sin amigos ni familia cerca... También había tenido su dosis de imprevistos, pensó Shea cuando la imagen del guaperas de patillas al estilo Elvis Presley regresó a su mente. Una sonrisa iluminó su rostro pecoso de inmediato. Cada vez que pensaba en eso se sentía muy rara. Llevaba siglos fuera del mercado y la forma en que habían surgido las cosas con él le parecía de película, algo que no sucedía en la vida real. ¿Entrar a un bar cualquiera y que el barman se quede tan impresionado por su belleza, nótese la ironía, que fabrique un encuentro casual en la puerta de su casa tres días más tarde? Ficción total.

Por otro lado, tenía que reconocer que él había logrado ponerle un punto especial al día con su galantería y su permanente atención... La verdad era que ella también había pensado al verlo que era un tipo imponente. No había esperado que se fijara en ella, mucho menos que acabara moviendo ficha de la forma en que lo había hecho. No estaba acostumbrada a ese tipo de reacciones. Su ex no le hacía ningún caso, ahora lo veía claro. Ahora que las telarañas del amor ya no la cegaban, cada vez que miraba atrás y recordaba los desaires de Ian, sus olvidos, sus groserías, le daban ganas de darse la cabeza contra la pared por haber estado tan ciega. Las cosas en casa tampoco habían sido muy estimulantes; que recordara, de su querido padre pocas veces había recibido más que reprimendas o críticas. Podía entender que Dylan, harto de él, se hubiera largado a hacer su vida por su lado. Brennan Mitchell era de la clase de personas que daba por hecho que los demás sabían que los amaba sin necesidad de tener que decírselo. Los hombres más importantes de su vida se habían ocupado de hacerla sentir cualquier cosa menos especial, ¿cómo no iba a sorprenderse de que un desconocido joven y apuesto le dedicara un interés tan cerrado y tan obvio?

Si no estuviera tan baja de forma lo llamaría, pensó Shea. Después de todo, para algo le había dado su móvil. Además, era libre. Ahora sí que lo era; podía hacer lo que le diera la gana.

La treintañera, sin embargo, no hizo el menor ademán de agarrar el

móvil. En cambio, volvió a tomar el mando de la tele y se puso a cambiar de canal.

Mientras tanto, en el MidWay...

El bar estaba a tope de gente, como todos los fines de semana, y a pesar de que los tres que estaban detrás de la barra no daban a basto, las manos de Maverick se ocupaban del trabajo mientras su mente no dejaba de pensar en Shea. Se moría por llamarla, pero le parecía un poco excesivo proponerle una cita a la una de la madrugada que era cuando quedaría libre del bar. Estaba tan desesperado por pasar un rato con ella que incluso había llegado a sacar el móvil para hacerlo. En el último momento lo había vuelto guardar. Cerca de la medianoche, sin embargo, su voluntad cayó en picado. Los clientes estaban servidos y hacía un buen rato que había dejado de entrar gente. Así que el barman se acomodó en el rincón junto a la caja registradora, sacó su móvil y empezó a teclear.

“¿Haces algo mañana por la mañana?” —escribió.

Controló con la mirada que las cosas seguían en orden y volvió su vista al móvil, con los nervios a flor de piel. Ella pensaría que estaba loco, que era un osado, y en realidad no se equivocaba en lo más mínimo, pero no estaba seguro de querer darle esa impresión de partida. Los instantes sin respuesta se le hicieron eternos.

En su piso de Piccadilly Circus, Shea estiró la mano hasta la mesilla y

tomó el móvil. Una sonrisa inmensa apareció en su rostro al comprobar que era de Mav.

"Footing en St. James Park", escribió y envió el mensaje. La respuesta le llegó de inmediato.

"¿Puedo acompañarte?"

Si Shea hubiera podido ver a Maverick en aquel momento, habría descubierto que la sonrisa que iluminaba su rostro supervaronil era tan grande como la suya.

Mav estaba encantado. Ni había esperado una respuesta tan rápida ni que las cosas estuvieran yendo tan bien entre los dos, a pesar de que apenas se conocían.

Su sonrisa se hizo más grande al recibir el siguiente mensaje:

"¿Estás en forma? No voy a bajar mi ritmo para adecuarlo al tuyo".

Él soltó una carcajada. ¿Que si estaba en forma? Era un adicto al gimnasio, claro que estaba en forma. Por lo visto, Shea no lo había mirado bien, circunstancia que se encargaría de corregir cuanto antes. Su lado exhibicionista ya estaba maquinando formas sutiles de permitirle apreciar su buen estado físico.

"Más que en forma. ¿Te recojo a las nueve?".

Shea se incorporó en el sofá de pura excitación. ¿Iba a tener una cita

con ese tío bueno por la mañana?

"8:30" tecleó, y envió el mensaje.

Maverick no se cortó en sus manifestaciones de alegría. Soltó un puñetazo al aire que atrajo varias miradas, entre ellas la de Cheryl, y respondió de inmediato.

“¡Hecho!”.

Unos metros más adelante, la camarera devolvió el cambio a un cliente, sintiéndose revuelta por dentro. Se decía que tenía que pasar de su jefe, que debía olvidarse de él. Pero no podía evitarlo; cada vez que lo veía coqueteando con alguien, se le hacía un nudo en el estómago. Y desde que había aparecido esa rubia escuálida por el bar, él era otro. Seguro que era ella con quien estaba intercambiando mensajes. ¿Qué se dirían?

Llevada por la curiosidad y por los celos, aprovechó un despiste del barman para fisgar en su móvil, lo que le permitió enterarse de que había quedado con ella al día siguiente. Su rabia subió tan alto que tuvo que concentrarse con todas sus fuerzas para no estrellar el aparato contra el suelo.

—Mañana abriré Dakota porque yo llegaré un poco más tarde. Será una hora más o menos, ¿te importa venir un rato antes? —le dijo él cuando ya se marchaban, después de cerrar.

—Intentaré llegar más temprano, no te preocupes —repuso ella.

Maverick se lo agradeció y tras despedirse, cruzó la calle hasta donde

estaba su coche. La mirada de Cheryl no se apartó en ningún momento. Tenía ganas de ponerse a gritar de la rabia que sentía.

*Claro, hombre, faltaría más. No te preocupes, que yo te cubro las espaldas mientras tú te tiras a la rubia.*

### **Episodio 3**

Sábado, 30 de enero de 2010.

Casa de la abuela de Nikki.

Barrio en las afueras de Ginebra,

Suiza

Conor siguió a Nikki hacia el interior de la casa, sin ser capaz de apartar sus ojos de ella. Tenía que ver que llevara casi un mes sin verla (las pocas horas que la había tenido junto a su cama de hospital no contaban), pero sobre todo tenía que ver con ella. Mucho antes de enamorarse como un loco de ella, ya le parecía una preciosidad. Siempre le había gustado. De la cabeza a los pies. Adoraba ese estilo suyo, entre cañero y elegante. Hoy vestía pantalones de cuero, una camiseta que dejaba sus preciosos hombros al aire, y un chaleco de motorista, también de cuero. Calzaba botas de caña alta y tacón altísimo, y su cabello, más poblado de mechones que la última vez que se habían visto, caía en rizos grandes sobre su espalda. Era la mujer más preciosa del universo.

Ella tampoco lo tuvo mejor. Conor siempre había sido su príncipe azul.

A pesar de las distancias, de las discusiones, de las veces que se habían separado a lo largo de los años... Nada había cambiado en relación a lo que sentía por él, solo a las expectativas que tenía sobre su propia vida.

Y ahora él estaba allí otra vez. Con sus buenas vistas de siempre, y un estilo algo inusual, con ropas más holgadas debido a sus heridas, y pantalones de vestir, en lugar de sus inseparables vaqueros.

Después de que Nikki sirviera dos cafés, se sentó frente a él en el salón.

—Bueno, tú dirás...

—Hablar parece lo más fácil del mundo, pero cuando se trata de decir cosas que verdaderamente te importan, es un mal trago —dijo el motero, a modo de apertura, mientras sus ojos la miraban con ternura buscando su consenso.

Nikki asintió, pero no añadió nada. Era él quien insistía en que tenían que hablar, algo que ella le había rogado antes de aceptar su nuevo puesto en Ginebra y a lo que él se había negado en redondo. Si ahora quería hablar, que hablara.

—Me cabreó que aceptaras este puesto. No por aceptarlo, sino por no haberlo hablado conmigo. Ya sé —dijo anticipándose a la retahíla de recriminaciones que brillaban en los ojos de su chica—, ya sé que llevas intentándolo hace mucho tiempo, ya sé que este era tu sueño. Lo sé, Nikki.

Pero tú sabes tan bien como yo que la forma en que manejaste este asunto no tenía nada que ver con eso. Estabas resentida, y por eso reaccionaste así.

Nikki torció la cara. Había pasado casi un mes, vivían en países distintos, pero el meollo de la cuestión no había cambiado.

—Si no somos sinceros el uno con el otro, vamos a seguir dando vueltas sobre lo mismo. No me preocupa que estés aquí, Nikki. Por supuesto, preferiría que siguieras en Londres, pero ese no es el problema. Jamás le he puesto cadenas a tus alas y lo sabes muy bien. Llevamos juntos toda la vida y siempre has hecho lo que has querido, igual que yo.

Nikki asintió de mala gana. Aunque le pesara tener que concederle algo en aquel momento, lo era. Conor nunca había sido el típico novio receloso del éxito o de la libertad de su pareja. Todo lo contrario, quizás por eso le había hecho tanto daño su reacción de cortar cuando supo que ella había aceptado el puesto en Ginebra. Ahora, él insistía en que no había sido la decisión en sí misma lo que lo había escamado, sino la forma en que ella lo había gestionado.

—No sé dónde nos conduce esta conversación, Conor. Queremos cosas distintas y eso no ha cambiado. Y no voy a quedarme esperando de brazos cruzados y eso tampoco ha cambiado.

—No queremos cosas distintas, nena. En el fondo, no.

—¿Lo dices en serio? Tú no quieres que nos casemos, no querías que lo que teníamos cambiara de estatus.

El motero meneó la cabeza. Dios, qué difícil. Qué complicado era hablar de un tema cuando realmente no podías hablar del fondo de la cuestión.

—No es cierto, Nikki...

Ella enarcó una ceja. ¿Acaso la estaba llamando mentirosa?

Conor se apresuró a hacer las aclaraciones oportunas.

—Dios, qué complicado es todo... Me resistía a dar el paso, pero no era por ti, era por mí.

—Como argumento es malísimo. Que lo sepas —repuso Nikki con ironía.

—Lo sé... Me daba miedo no estar preparado... No estar a la altura.

Fallarte y hacerte sufrir. No me preguntes por qué, ¿vale?

—Sigue siendo un argumento patético. Especialmente, porque *me has fallado. Y me has hecho sufrir.*

—¿Crees que no lo sé? —dijo él, visiblemente afectado.

Ella inspiró profundamente y soltó el aire de golpe.

—No voy a volver a Londres —dijo.

—Ni yo te lo estoy pidiendo.

¿Y si no se lo estaba pidiendo, que narices hacía allí?

—Creí que no querías tener novia por Skype —repuso la muchacha, con retintín.

—Y no quiero, pero estoy dispuesto a hacer lo que haga falta para seguir siendo parte de tu vida, Nikki. Me vuelvo loco cuando no te tengo. Ella lo miró con toda la rabia y toda la frustración que venía acumulando desde hacía un mes.

—¿Y he tenido que irme de Londres para que te dieras cuenta? ¡No sé si reírme o retorcerte el pescuezo!

—Te juro que no mentía cuando fui a buscarte. Que nos des a los dos otra oportunidad es todo lo que te pido.

—No sé, Conor... Ya es muy duro tal y como es.

Él tomó su mano a través de la pequeña mesa. Los dos se estremecieron con el contacto.

—Más duro es estar separados. Míranos, estamos hechos polvo.

—No voy a volver a Londres —repitió—. ¿Seguro que serás capaz de sobrellevar esto con unas cuantas llamadas o una escapada algún fin de semana? —Nikki sacudió la cabeza—. Estás loco.

Conor se sintió revivir, el muro estaba empezando a ceder y eso para él lo significaba todo. Asintió enfáticamente una y otra vez, mientras una sonrisa brillaba en sus labios.

—Totalmente loco. Por ti, Nikki.

Ella lo miró con los ojos brillantes.

—¿Y si soy yo la que no puedo?

—No lo sé, preciosa, no tengo todas las respuestas. Sólo sé que te quiero más que a mi vida y que no te he mentado.

Conor podría haber mentado, venderle la idea de que todo iría sobre ruedas, que se acostumbrarían, igual que tantas otras parejas en el mundo, y que el tiempo que pasaran juntos compensaría con creces el que tenían que pasar separados. Pero no lo hizo, y eso fue lo que inclinó la balanza en su favor.

—¿Ah, no? Volvimos porque fuiste a buscarme, y lo hicimos con dos premisas muy claras. Yo cumplí la mía, ¿qué hay de la tuya?

Él apretó la mano que aún conservaba entre las suyas, amorosamente.

—Dijimos un año. No puedes crucificarme porque pasaran dos meses y no te dijera nada sobre el tema. El pacto fue un año —insistió, buscando su mirada.

Nikki respiró hondo. En el fondo, y aunque detestara tener que admitirlo, era cierto.

—¿Por qué todo siempre acaba de la misma manera entre tú y yo, dando vueltas y vueltas y más vueltas?

— *No tengo todas las respuestas...* Pero no te mentí, esa es la verdad. Y si *por ahora* tú puedes tomar lo que te digo sin más, darlo por bueno, entonces... podemos conseguirlo. Borremos esa semana de Navidad e intentemos seguir adelante. Solo te pido eso; que nos des una oportunidad. —

Buscando su mirada, le preguntó—: ¿Puedes creerme, Nikki?

Ella exhaló un largo suspiro. Se sentía igual de confusa que siempre.

Por un lado, aliviada; estaba enamorada y jamás se resignaría a perderlo. Pero por otro, la carga de desilusión y dudas era inmensa...

—En tal caso, hasta que no tengas todas las respuestas, esto solo será una prueba a ver qué pasa. Dejando a un lado lo desilusionada que estoy, personalmente, no creo que sea capaz de mantener una relación contigo en la distancia. Sé que lo dije, pero entonces era entonces y ahora las cosas han cambiado. Y en cuanto a ti... Ya puedes asegurarme lo que te dé la gana, te conozco y sé que no lo aguantarás. Empezarán las recriminaciones y...

—No, Nikki —la interrumpió con dulzura—. Te lo prometo.

—Vale. Probaremos un tiempo. Sin presiones ni promesas ni exigencias de ninguna clase. Es todo lo que puedo ofrecerte.

Conor se apresuró a asentir con la cabeza. Le valía lo que fuera, cualquier cosa, con tal de mantenerla en su vida, cualquier acuerdo que le concediera tiempo para poder resolver las cosas de una vez.

—Gracias, preciosa. Te juro que no te vas a arrepentir.

—Eso espero. Y te lo digo muy en serio.

Él volvió a asentir varias veces con una sonrisa que no le entraba en la cara.

—Dame un segundo que llamo a mi padre para contárselo. Estará en el hotel caminando por las paredes.

—¿Has venido con Owen? —preguntó, alucinada.

Conor sacudió la cabeza. Su padre ya se había quedado afectado por lo sucedido con Susan. Cuando al llegar por la mañana para ayudarle con las curas lo había encontrado preparándose para salir de viaje, por poco le había dado un infarto. “¿Cómo que te vas? ¿Has cambiado de opinión, así de repente? Conor, empiezo a estar muy preocupado por ti”, le había soltado y se había negado en redondo a dejarlo viajar solo. Había sido una decisión repentina, desde luego, pero muy bien fundada y dado que explicárselo solo habría complicado las cosas, Conor se había limitado a dejarlo hacer.

—Lo tengo pegado como una sombra desde que salí del hospital, imagínate.

Una sonrisa al fin apareció en el rostro de Nikki. Era leve, casi una mueca, pero Conor sintió que volvía a haber esperanza. Se quedó mirándola, sonriendo como un tonto feliz, sin decir nada.

—Dile que venga y comemos todos juntos —ofreció ella.

Bastante más recuperado, él la miró rezumando picardía.

—Tenía otros planes para nosotros esta tarde...

—Ya, ni lo sueñes. Cancelad el hotel que hoy sois mis invitados.

Restaurante Sa Badia,

Ciudadela, Menorca.

La madre de Andy todavía seguía dándole abrazos y diciéndole "ay, qué contenta estoy" sin venir a cuento, cada vez que se cruzaba con su hija. Andy había tomado la decisión de aceptar la propuesta de su tío Pau y la familia lo había celebrado por todo lo alto, pero el interesado seguía sin saberlo.

La ocasión llegó por la tarde, cuando Andy fue al restaurante a hacerse cargo del turno de las cenas, acompañada de Dylan, Anna y Neus.

Pau estaba en la barra preparándose un tentempié que le ayudara a aguantar las siguientes cuatro horas de un día que se le había hecho eterno y complicado.

—Ah, antes de ir a cambiarme tengo algo que decirte —explicó Andy, y

Dylan miró hacia otro lado para esconder su sonrisa. Seguía intentando manejarse con él como una mujer inteligente, pero se notaba a la legua que los errores cometidos habían hecho mella en ella. No los había perdonado y probablemente jamás lo haría. Lo que acababa de quedar muy claro, cuando en vez de concederle al tema la importancia que, en efecto, tenía para ella, se

lo comunicaba a su tío como algo casual, que casi había estado a punto de olvidársele.

Pau alzó la vista del bocadillo que estaba preparando y miró a su sobrina.

—Mientras no me digas que hoy te marchas antes... —dijo el menorquín, que ya no se sentía capaz de soportar ninguna otra mala noticia.

—Que va. Lo que tengo que decirte es que he decidido aceptar tu propuesta y que el treinta y tres por ciento lo pondré yo. —Tío y sobrina permanecieron mirándose unos instantes y Andy añadió—: Y ahora me voy a cambiar, que se hace tarde.

Pau tuvo que esforzarse para que su sonrisa no lo traicionara. Que ella acabara de confirmarle que el Grupo Estellés conservaría al miembro más joven de la familia era un notición. Sin embargo, consiguió sobreponerse a la emoción y cuando habló resultó bastante natural.

—¿Vas a pedir un crédito?

—No. Dylan será mi banquero —repuso y se estiró a besar la mejilla de su novio, quien en un movimiento rápido puso su boca a su disposición—. Ha dicho que no me cobrará intereses, aunque véte a saber...

—Muy bien. En tal caso, hablaré con los abogados para que preparen los documentos —Andy ya se había puesto en marcha cuando él la detuvo

con su comentario. Se trataba de algo a lo que llevaba dándole vueltas desde hacía unos días—. Espera, tengo algo que decirle a Dylan y quiero que los escuches.

El irlandés se encomendó a todos los dioses del Olimpo.

Anna y Neus, que estaban al tanto del tema, miraron a su hermano con evidente orgullo.

—Nunca me has caído bien —empezó a decir el menorquín mirando directamente a Dylan—. Y no puedo asegurarte que esto vaya a cambiar, pero lo que has hecho con el proyecto saudí y lo qué estás haciendo por mi sobrina con su proyecto... Te honra. Conozco a muy pocas personas capaces de algo así. Es lo que pienso y quería que lo supieras.

Dylan notó que las hermanas del menorquín estaban tan anchas que no cabían en la silla. Con lo que no contaba, era con la sonrisa que apareció en el rostro de su novia. En parte, le alegró ya que desde el principio había tenido claro que jamás dejaría que Pau Estellés estropear un solo minuto de su vida, pero por otra parte, si Andy esperaba que las palabras del menorquín tuvieran en él el mismo efecto, se equivocaba de medio a medio.

Siempre le había dado igual lo que el tío de Andy pensara de él, y que ahora tuviera la decencia de reconocer que no toda la gente tenía las malas intenciones que él creía ver en todo el mundo, no marcaba la menor diferencia. Eso, suponiendo que lo hiciera por honestidad, y no por sumar

puntos frente a su familia.

Dylan se limitó a asentir con la cabeza y volvió a poner su atención en quien le importaba de verdad.

—Me he dejado los cigarrillos en el coche. Ahora vuelvo —le dijo.

Andy entendió al instante lo que sucedía. No era tabaco lo que quería, sino aire fresco. Dylan toleraba a Pau tanto como el menorquín lo toleraba a él.

—No tardes, ¿eh? Que tu Guinness con cacahuetes viene de camino —le dijo con dulzura.

Más tarde aquel día...

Toda la familia estaba en el restaurante cuando Jaume Mayol entró por la puerta con aspecto de hombre feliz.

La mirada sumamente interesada de Anna lo acompañó todo el camino.

Le parecía increíble la forma en que se habían dado las cosas entre los dos.

Había ido a su casa a poner fin al tema antes de que se les escapara de las manos y no solo había acabado entre sus brazos, sino en su cama. Su primera vez con un hombre después de catorce años. Y nada menos que con *ese* hombre. Dios santo. Todo había sido tan natural y a la vez tan intenso, que ahora los dos se morían por repetirlo. Y vaya si lo hacían; cada vez que se les presentaba la ocasión. Anna se esforzaba por disimular, pero Jaume era como

si lo llevara escrito en la frente. Algo que quedó confirmado cuando el constructor de barcos intercambió saludos con toda la familia y a ella le besó una mejilla, tan despacio y tan cerca de la comisura de los labios, que Anna se quedó tiesa.

Hubo miradas pícaras, pero ningún comentario. Pronto comenzaron a salir los aperitivos y las raciones y la velada transcurrió con normalidad.

Jaume tenía muchas razones para estar exultante. Los asuntos relacionados con el nuevo proyecto iban viento en popa, pero la razón principal de su alegría incombustible estaba allí, con un elegante *chemise* color gris perla, mujer preciosa donde las hubiera, sentada a su lado, jugando con Luz que se resistía a quedarse dormida en su carro de paseo.

Jaume pinchó una aceituna y la acercó a la boca de Anna, que la tomó, pero le comunicó un mensaje bastante diferente con sus ojos. Un mensaje que decía "delante de la gente, no, ¿te has vuelto loco?".

El mismo mensaje que él se había acostumbrado a ver los últimos días, cada vez que se le ocurría algún gesto de hombre enamorado cuando no estaban a solas. Un mensaje que a él le arrancaba tanta risa como ternura.

La mano del menorquín se posó suavemente sobre la de Anna, un gesto que no pasó desapercibido a Danny, quien intentó evitarlo preguntando a su madre qué hora era.

Ella retiró su mano del contacto masculino como si quemara y se acercó

la muñeca a los ojos.

—Las nueve y media pasadas, cariño, ¿has quedado con alguien?

—Si, tendría que marcharme... He quedado en la bolera.

—Bueno, ve, ¿a qué esperas?

El muchacho miró de reojo al constructor de barcos y se agachó a hacerle una carantoña a Luz.

—No me fío yo de dejarte sola últimamente... —dejó caer Danny.

Anna miró a Jaume la mar de incómoda. Fue como si le hubiera dicho “¿ves lo que provocas?”.

—No te preocupes, sobrino, yo me ocupo de tu madre —intervino Pau.

El gesto del muchacho, que no dijo ni media palabra, vino a traslucir un pensamiento muy parecido a “tampoco me fío de ti”.

—Que no, Danny. Vete ya, que ya sabes que no puedes llegar más tarde de las once. No te preocupes que aquí nos bastamos solos para ocuparnos de tu madre —dijo Neus, empujando suavemente a su sobrino en dirección a la puerta.

El joven se acercó a Anna y le besó la mejilla de mala gana.

—Diviértete, cariño y no vengas tarde —dijo Danny, imitando la voz de Anna. Sus ojos, sin embargo, sobrevolaron la cara del menorquín, en una velada advertencia.

Las hermanas se derritieron de ternura y Anna no se pudo aguantar,

tomó el rostro de su hijo entre las manos y le besó cariñosamente la frente a pesar de los intentos del adolescente por evitarlo.

—No te preocupes, Danny —le aseguró Jaume—. En un rato, tu madre estará descansando tal como ha dicho el médico.

Poco después de que el muchacho se marchara, Pau se acercó a Neus, aprovechando un rato de tranquilidad. Ella se había sentado en la barra donde hojeaba un periódico.

—Parece que va bien la cosa —comentó él.

—Están enamoradísimos —repuso Neus, en voz baja—. Ella intenta disimularlo, pero se le nota un montón, ¿a que sí?

En efecto, se le notaba. Su hermana había mejorado mucho desde que estaba en Menorca, pero a nadie le cabía ya ninguna duda de que el golpe de gracia final, lo había venido a dar aquel hombre atractivo y elegante. El viejo sentimiento que los había unido entonces, había renacido. Las llamas se habían reavivado. Y todo parecía indicar que habría un final feliz. El único obstáculo parecía ser su sobrino, y por supuesto, él no pensaba permitir que lo siguiera siendo mucho tiempo más.

—Hablaré con Danny, no te preocupes, Neus.

—¡Qué dices! Ni se te ocurra meterte, Pau. Deja que Anna sabe lo que tiene que hacer.

—No dudo de que lo sepa, pero le cuesta pararle los pies a su hijo y él, como buen adolescente que es, se aprovecha.

Neus miró a su hermano con expresión de incredulidad.

—¿De verdad piensas eso?

Pau hizo un gesto ambiguo con la boca. En realidad, no era eso lo que pensaba, sino que su hermana se estaba tomando todo aquel asunto con demasiada cautela. Jaume la adoraba, era *el hombre*, alguien capaz de hacerla feliz, y ella también lo quería. ¿A qué tanta cautela? Anna procedía como si tuviera todo el tiempo del mundo, como si cada minuto que pasaba no fuera precioso para ella.

Neus le ofreció una sonrisa cariñosa a su hermano.

—Ya me parecía. Calma, hermanito. Todo llega en esta vida.

#### **Episodio 4**

Domingo, 31 de enero de 2010.

En algún lugar de Saint James Park.

Londres.

Cuando Shea llegó al lugar de encuentro, Maverick ya estaba allí esperándola. Si ya lo había encontrado atractivo vestido de calle, en ropa de deporte, de colores tan fuertes y contornos tan ceñidos, estaba de infarto.

¿Quedar con un tipo al que acababa de conocer en un bar y que su primera

cita, por llamarlo de algún modo, fuera ir a hacer *footing* por la mañana? Era cierto que nunca había estado especialmente entrenada en tema de citas, pero empezando por el protagonista masculino, que a todas luces debía tener una larga lista de candidatas esperando a la puerta de su casa, y siguiendo por la forma en que se estaban desarrollando las cosas, o alguien la había tocado con la varita mágica, o aquello era el típico programa de cámara oculta y ella todavía no se había enterado.

Lo más curioso del caso era que, en realidad, él no estaba flirteando. O, al menos, si lo hacía, lo hacía de una manera que a ella le resultaba casi indetectable. No había largas miradas con mensaje ni intentos de acercarse. Desde el primer momento había quedado claro que él intentaba ocupar su tiempo y su atención, pero lo hacía de una forma diferente.

Y si Shea esperaba, —y así era—, que en cualquier momento él mostrara sus auténticas intenciones, otra vez volvió a llevarse una sorpresa. —Buenos días, tardona —la saludó Maverick al tiempo que le hacía un guiño. Había sonado natural, como si en vez de un tipo al que acababa de conocer, se tratara de una amiga del colegio.

Shea esbozó una ligera sonrisa. Era exasperantemente puntual, pero todavía no se había acostumbrado a calcular bien las distancias en una ciudad en la que su ciudad natal cabía trece veces.

—Sí, lo siento, todavía no consigo adaptarme a las distancias. En esta

ciudad, me cuesta no perderme.

—Ah, no te preocupes, no pasa nada. Soy hombre, estoy acostumbrado a esperar —dijo él.

Sin guiños, ni sonrisas. Otra vez, había sido el típico comentario de una amiga, no de un hombre en una cita. Algo que quedó más que confirmado, cuando él elevó la muñeca donde llevaba el reloj de fitness.

—¿Cinco kilómetros?

Shea asintió. Los dos cronometraron sus respectivos relojes y de la misma manera que había sucedido todo entre ellos hasta aquel momento, se pusieron en marcha.

Que los dos estaban entrenando, y no ligando, quedó claro a medida que el tiempo pasaba y los dos mantenían el mismo ritmo, pero no hablaban. Así siguieron, a través de las sendas del parque, rodeando el gran lago, y adentrándose en los jardines hasta que el cronómetro sonó y ambos se detuvieron, intentando recuperar el resuello.

—Buen entrenamiento —dijo él, y esta vez sonrió.

—No creí que me fueras a seguir el ritmo, veo que no mentías...

—¿Y por qué iba a mentirte?

¿Porque ese era el deporte favorito de los ejemplares macho de la especie *Homo sapiens*, tal vez?

Shea no respondió. Se limitó a sonreír a modo de respuesta. Después de descansar unos minutos, aceptó la propuesta de Maverick de ir a desayunar. La pareja entró en una cafetería próxima, y ocupó una de las mesas junto a la ventana. Estaban casi solos, pero a los efectos habría dado igual si hubieran estado rodeados por un mundo de gente. Rápidamente, los dos se pusieron a conversar de cosas cotidianas, él de sus anécdotas en el bar de moteros, ella de los percances de una irlandesa en la gran ciudad, y entre tazas de café y tortitas con sirope, la conversación fluyó con toda normalidad. Reían, compartían historias, era evidente que se sentían a gusto el uno con el otro. Pero al igual que le había sucedido a Shea más temprano, esta vez fue Maverick quien lo puso en palabras.

—Dime que no estoy loco y que tú también tienes la sensación de que nos conocemos de antes...

Shea miró al hombre de las grandes patillas por encima del borde de su taza de café. No pudo evitar pensar en lo guapo que era, en lo atractivo que le resultaba. Tuvo ciertos problemas para conseguir centrarse y responder a la pregunta, pero si él se había dado cuenta de ello, no lo dejó traslucir.

—Ya, pero la realidad es que no sé nada de ti —concedió ella.

—Ni yo de ti, pero...

Él sacudió la cabeza incapaz de explicarse. El primer momento había sido atracción pura y dura. Pero eso sólo había durado un instante, al

siguiente, había sido como si todo él hubiera tomado conciencia de que algo lo conectaba a ella. Una sensación que, de primeras, pensó que era solo cosa suya... hasta que ella levantó la vista y sus miradas se encontraron por primera vez. Entonces, tuvo la certeza de que lo que estaba sucediendo era recíproco. Fuera lo que fuera. Y esa certeza lo había empujado a buscarla, a mantenerse en contacto. Y ahora estaba seguro de que esa sensación crecía cada minuto que pasaban juntos. Estaba allí en cada gesto, en cada mirada, en cada sonrisa. Era como si, de alguna manera, pudiera anticipar lo que ella haría o diría. Era ofrecerle uno de sus azucarillos porque algo le decía que era así como tomaba el café; muy caliente y extra dulce. Era sugerir tortitas y no tostadas o cualquier otra cosa, porque sabía que le encantaban aunque no tuviera la más remota idea de cómo lo sabía. Era así, sin más. Pero... ¿Cómo explicarlo?

Pronto comprendió que a ella no le hacían falta explicaciones.

—Pero no somos dos extraños —dijo Shea completando la frase que Maverick había dejado a medias—. Bueno, sí pero no...

Los dos se echaron a reír; ella al darse cuenta de lo que acababa de decir, y él por pura inercia.

—Vaya lío... —continuó—. Pero me entiendes, ¿verdad?

Los impactantes ojos grises de la irlandesa buscaron los de Maverick con cierta timidez. Él asintió enfáticamente.

—Ya lo creo que te entiendo.

En la buhardilla de Dakota y Tess.

Tess consiguió liberarse del abrazo de oso de su compañero en la vida, e intentó buscar refugio en el baño. Si lograba llegar antes que él y cerrar la puerta, quizás tuviera alguna oportunidad de que los dos consiguieran hacer algo productivo aquel día. Algo productivo, que no estuviera relacionado con el sexo.

Pero no tuvo suerte. Dakota saltó de la cama detrás de Tess y la alcanzó dos pasos antes de que llegara al baño. Se metió con ella en el baño, buscando sus besos, seduciéndola como siempre hacía cuando se despertaba con ganas de (más) sexo, cosa que sucedía con mucha frecuencia.

—Que no, amor. Nos tenemos que ir. Mis padres nos esperan —dijo ella, a sabiendas de que esa información no era del todo exacta.

—Si pretendes enfriarme con eso, no funciona.

—Eres insaciable y me encanta, pero tenemos que salir de la cama ya

—insistió Tess. Sin embargo, lo que decía y lo que hacía eran cosas diferentes. Sus palabras intentaban enfriar a Dakota; sus manos, hacía rato que se habían perdido en la entrepierna masculina.

Y en ese momento, cuando Dakota estaba afianzando su posición dominante sobre ella, dispuesto a empezar las mañanas de la forma que le encantaba, sonó el timbre. La pareja lo ignoró, pero la insistencia fue tal que

Dakota liberó a Tess de muy mala gana y se dirigió a la puerta soltando toda clase de improperios.

—¿Qué pasa? Es domingo —dijo al telefonillo, sin molestarse en preguntar quién estaba al otro lado.

—Hola, jefe, siento molestarte, pero necesito que me ayudes a abrir las persianas. No sé que pasa, que no puedo con ellas.

—¿No hay ningún musculoso de esos amigos tuyos para que pueda echarle una mano? —dijo con fastidio.

—Jefe, si lo hubiera, no te estaría llamando...

Total que Dakota acabó poniéndose unos pantalones y una camiseta, y bajando a la calle para ayudar a Cheryl.

La camarera no tuvo más que ver su cara de malhumor para comprender el tamaño del rapapolvo que se llevaría Maverick cuando volviera de su cita con la rubia. Sonrió complacida para sus adentros, y miró a Dakota con cara de “lo siento”.

—¿Dónde está Mav? —dijo él, empujándola suavemente para que se hiciera a un lado. Acto seguido, agarró el borde de la persiana y la empujó hacia arriba con fuerza para que rodara sobre las guías. La fuerza fue tal que la persiana alcanzó el tope con un estruendo. Repitió el proceso con las otras dos y cuando estaban entrando en el bar, volvió a interesarse por el tercer

socio que, en teoría, debería estar allí y brillaba por su ausencia.

—¿Dónde has dicho que está Mav?

—No lo sé. Vendrá más tarde. Yo iba a venir antes, pero mi moto no arrancaba... —dejó caer la camarera.

—En cuanto sus patillas aparezcan por aquí, le dices que me llame.

Quiero hablar con él —exigió Dakota.

A Cheryl no le dio tiempo a responder que su jefe ya había cerrado de un golpe la puerta que comunicaba el bar con el acceso a su casa.

Casi una hora más tarde, Maverick apareció por el MidWay. La camarera notó que él había entrado silbando. Evidentemente, su cita había ido muy bien y ahora estaba allí, como si tal cosa.

La sonrisa estúpida se le iba borrar muy pronto, pensó Cheryl y procedió a comunicarle lo que Dakota había dicho.

En efecto, así fue. La sonrisa de Maverick había desaparecido después de hablar con Dakota. Pero la razón no era él, sino Cheryl. Dakota se había limitado a recordarle que era su responsabilidad asegurarse de que el bar estaba abierto cuando debía y de que nadie abusara de que él vivía justo encima recurriendo a él cada vez que había algún problema. Había sido un recordatorio y no le había molestado. Lo que sí le había molestado había sido la doble intención que había movido a la camarera a acudir a Dakota.

Primero, no se creía que hubiera tenido problemas con la moto y segundo, tampoco se creía que no hubiera podido con unas persianas que abría y cerraba sin problemas al menos dos veces a la semana.

Así pues, un rato después, cuando todos los clientes del bar estaban atendidos, él llevó a la camarera al despacho.

—Si hay algo que me jode, es la gente que no come ni deja comer. He sido claro contigo, Cheryl, y lo que has hecho esta mañana estuvo mal.

—Yo no he hecho nada —se defendió la camarera—. La moto no arrancaba. No es ningún delito.

—Vaya mañana de accidentes, ¿no? Primero no puedes arrancar la moto, y luego no puedes levantar las persianas. ¿Me tomas por tonto? Lo has hecho a propósito.

—¿Y por qué iba a hacerlo a propósito? Muy creído te lo tienes tú, ya te lo he dicho una vez.

Maverick no pensaba entrar en ese terreno y no tenía ninguna duda de que lo había hecho a propósito. Ahora estaba convencido de que Cheryl conocía la razón por la cual él había llegado un poco más tarde aquella mañana. Cómo lo había averiguado, mejor no planteárselo. No quería enfadarse más de lo que estaba.

—Mira, te hablé claro entonces y te voy a hablar claro ahora; si vuelve a

suceder algo como lo de hoy, búscate otro trabajo. No creas que voy a permitir que me torees, Cheryl. Aquí hay un único partido y todos jugamos al mismo juego. Si tú no estás por la labor, te reemplazaré por alguien que lo esté. ¿Te ha quedado claro?

—Clarísimo —respondió, airada.

Mientras tanto, en Ginebra...

Nikki y Conor volvieron a intercambiar miradas. Estaban desayunando en el salón, pero como era habitual Conor echaba mano de lo que fuera para aliviar la tensión que seguía habiendo entre los dos. En este caso, la ocasión se la había brindado la ocurrencia de Nikki de cerrar la puerta de su habitación con llave por la noche.

—Mejor que no te pregunte cómo has averiguado que mi puerta estaba cerrada —dejó caer Nikki antes de darle un bocado a su tostada.

—¿Que como lo sé? Porque me estampé contra ella. Iba tan tranquilo y ¡zas! ¿En serio no me oíste?

Ella lo miró con incredulidad.

—¿Has intentado entrar en mi habitación?

—¿Desde cuándo te sorprende? —dijo él, riendo—. Claro que lo intenté. Y lo que no esperaba era que estuviera cerrada. Qué poca confianza tienes en mí.

—¿Y eso lo dices después de confesar que has intentado entrar en mi habitación por la noche? Como para fiarme...

—Entiéndelo, preciosa, tenía que intentarlo —repuso él coqueteando abiertamente.

En aquel momento llegó el padre de Conor que creyó oportuno avisar que no venía solo.

—¿Podemos pasar? Traigo una visita —dijo.

Venía acompañado de Xavier. Owen había salido a dar un paseo temprano por la mañana, y de regreso a la casa con una bandeja de *croissantes* recién hechos para el desayuno, había visto que había alguien frente a la puerta de la casa de Nikki. Al aproximarse, ambos se habían reconocido y el antiguo amigo de la pandilla de su hija cuando era pequeña, se había autoinvitado aludiendo que la dueña de casa lo estaba esperando.

Nikki creyó que se refería a Lexi y Chris con quienes había quedado para ir a desayunar esa mañana. La llegada de Conor había hecho que se le olvidara por completo.

—Claro, adelante —dijo la dueña de casa.

La sorpresa de la pareja fue mayúscula cuando Xavier apareció junto a Owen.

Conor, que no le había prestado la menor atención al francés de ascendencia española el día anterior, ahora lo fulminó con la mirada.

—¿Otra vez aquí? ¿No eras tú el que estaba en la puerta ayer? —le dijo sin ninguna gentileza.

Xavier le hizo un guiño a Nikki y a continuación se sentó junto a ella en el sofá, lo que lo situó frente a Conor.

—El mismo, sí. Por lo que veo, tú también sigues aquí.

Nikki intentó quitarse de encima a Xavier sin parecer demasiado descortés.

—No te lo tomes a mal, pero no recuerdo haber quedado contigo.

—Esa memoria... —bromeó el francés, y al ver la mirada de Conor, sacudió la cabeza—. Tranquilo, machote, nadie me ha invitado.

—Pues si nadie te ha invitado, ya sabes lo que tienes que hacer —dijo Conor y recibió a cambio una mirada recriminatoria por parte de Nikki que lo disuadió de seguir por ese camino.

—Xavier, no me gusta que te presentes en mi casa sin más. Pero como no soy ninguna mal educada, voy a ofrecerte un café. Después, me gustaría que te marcharas.

—Acepto ese café, y tranquila, que no tengo ninguna intención de molestarte. Pensé que ayer se nos había quedado la conversación a medias por la llegada de cierto individuo que caminaba como si llevara una pierna ortopédica, pero no pasa nada. Podemos dejarlo para otra ocasión.

Owen decidió que era mejor intervenir antes de que la sangre llegara al río.

—¿Y qué tal tu madre, Xavier? ¿Seguís viviendo aquí enfrente?

Conor puso la atención en su tostada. Como levantara la vista, iba a liarse a guantazos con el guaperas finolis que tenía enfrente y sabía que Nikki detestaba que él se pusiera en ese plan. Ella, por su parte, agradeció el tacto de Owen Finley.

—En realidad, no. Hace mucho que no vivimos aquí. Mi abuela lleva años con mi madre, pero ha decidido poner la casa en venta, así que hemos estado de obras.

La conversación continuó entre Owen y Xavier. Y cuando Nikki se marchó con la excusa de hacer café, aunque lo que en realidad buscaba era un momento de tranquilidad, Conor se las arregló para seguirla con su cojera a cuestas. Entró en la cocina bajo la sorprendida mirada de su novia, cerró la puerta, y echó el cerrojo. Nikki lo miró con cara de pocos amigos, algo que no pareció tener el menor efecto sobre él. Al contrario, se las arregló para que acabaran frente a frente en mitad de la cocina precisamente porque sabía que la proximidad siempre había podido con ellos. Desde que eran adolescentes, cada vez que la distancia bajaba de los cincuenta centímetros, se volvían locos.

—¿Es a propósito, para ponerme celoso? —le dijo en un susurro

desafiante.

Pero esta vez, no encontró la misma respuesta de siempre. Ella lo apartó con suavidad.

—No hagas esto, Conor.

—¿Esto qué? ¿Buscarte, intentar besarte...? ¿Esto qué? —repuso él con dulzura.

Ella retrocedió y se cruzó de brazos. Respiró hondo.

—Me pediste que nos diéramos una oportunidad, que borráramos del mapa la semana de Navidad e intentáramos retomar las cosas desde ese punto.

—Y dijiste que sí.

—No, no dije que sí. Acepté *probar* a ver qué hay de real, de fiable, en este nuevo Conor que, de pronto, puede con todo lo que antes le parecía imposible. Probar, nada más.

Él asintió y bajó la vista sin tener la menor idea de cómo se las arreglaría para controlar sus impulsos, esa necesidad imperiosa que tenía de Nikki, hasta que ella dejara de tomarlo como un intento de aprovecharse de las circunstancias.

Ella sacudió la cabeza contrariada.

—No es una página del calendario que arrancas y ya está. Las cosas han

cambiado. Yo no sé si soy capaz de seguir con lo que teníamos en estas circunstancias y tampoco sé si tú serás capaz. Francamente, lo dudo. Así que no... No hagas esto, Conor. No recurras al sexo para intentar resolver lo que no tiene nada que ver con nuestra vida sexual, ¿vale?

—Tienes razón. Es que... —él sonrió con resignación y no acabó la frase.

—Ahora, por favor, vuelve al salón que enseguida llevo más café.

—¿Y no puedo quedarme a ayudarte? —dijo él con cara de niño que nunca ha roto un plato.

La mirada de Nikki hizo las veces de respuesta a la perfección.

—Vale, vale, ya me voy...

## **Episodio 5**

Domingo, 31 de enero de 2010.

Casa de la abuela de Nikki.

Barrio en las afueras de Ginebra,

Suiza.

Xavier se había quedado en el salón hasta bien entrada la mañana, soportando estoicamente los misiles antipersona que Conor le dedicaba de tanto en tanto, y la cortesía a secas de Nikki, a quien como anfitriona no le quedaba más remedio que atenderlo. En cuanto dijo que se marchaba, Conor

se las arregló para ponerse de pie con bastante agilidad a pesar del estado de su pierna, algo que sorprendió a todos, especialmente a su padre.

—Tranquila, Nikki, yo lo acompaño —dijo el motero.

—No hace falta, Conor. Ya me ocupo yo.

Él no se movió del sitio.

—Vale, quería evitar las explicaciones, pero es que este colega y yo tenemos que hablar.

Al ver la mirada alarmada de Nikki, la tranquilizó con un gesto de la mano. No tenía de qué preocuparse porque aunque se moría de ganas de soltarle una tunda de palos al finolis, no haría semejante cosa. Lo que haría, en cambio, era ocuparse de comunicarle con todas las letras que no era bienvenido en esa casa.

—¿Ah, sí? ¿Tenemos que hablar? Primera noticia —se burló Xavier que desde que había llegado no perdía ocasión de soltar alguna de sus pullas en contra de aquel tipo que le caía fatal y al que siempre había envidiado.

—Bueno, en realidad, yo hablaré y tú escucharas —aclaró Conor cediéndole el paso con un gesto de la mano.

Abrió la puerta, quizás con demasiada energía, pero no podía evitarlo; estaba deseando que aquel tipo se largara y no volviera nunca más.

Permaneció mirándolo mientras Xavier pasaba frente a él con su traje y sus pintas de soberbio, y cuando finalmente estuvo en la calle, salió y cerró la

puerta tras de sí. Quería asegurarse de que Nikki no oía la conversación.

—No sé si es que no entiendes las cosas a la primera o simplemente eres un pesado, pero Nikki te ha dicho, varias veces según creo, que dejes de insistir, así que hazlo —exigió el motero.

—Nikki lleva cuatro semanas adaptándose a una nueva vida. Se siente sola en un país extraño, y yo simplemente aprovecho la ocasión. Ya sabes que siempre me ha gustado.

Conor sintió que la sangre hervía en sus venas. Después de un mes sin verla, y todavía a dieta y cada vez más loco por ella, le resultaba insoportable la sola idea de que mientras él se retorció de dolor, el imbécil que tenía delante no se despegaba de ella, dándose las de caballero galante.

—Pues deja de hacerlo. A ella no le interesas y yo no quiero volver a verte por aquí.

Xavier lo miró con una sonrisa irónica en los labios.

—¿Y cómo vas a saber si la veo o no? Estás en Londres, sigues mirando el mundo desde el asiento de una moto, creyéndote el centro del universo como el capullo que recuerdo. No has cambiado, Conor. Tu chica es un bombón, siempre lo ha sido, y ahora mucho más. De primeras, todo el que la ve quiere tirársela, solo con eso no le faltan candidatos, como te imaginarás. Pero es que además es encantadora y superinteligente. ¿Sabes cuántos admiradores tiene ya en el trabajo? Y tú aquí, preocupándote por mí... Serás

imbécil. Mira, Conor, si no soy yo, será otro, te lo garantizo. Espabila, tío.

Eso es lo que tienes que hacer.

Dicho lo cual, Xavier giró en redondo dejando al motero con unas ganas tremendas de partirle la cara.

Conor lo vio montarse en su carísimo coche, y hasta tener el atrevimiento de hacerle un guiño con las luces antes de salir a toda pastilla.

La intensa rabia, mezclada con celos, mantuvo su sangre hirviendo a borbotones durante un buen rato, el que permaneció en la puerta, esperando que el aire de la mañana lo enfriara lo bastante para volver a entrar.

Casa familiar de los Estellés,

Ciudadela, Menorca.

Al regresar de su paseo matutino con dulces para el desayuno de toda la familia, Anna y Jaume se encontraron con la casa vacía. En una nota, Neus le decía que ella y Roser se habían llevado a Luz a una función para niños en la capital, acompañadas de su padre, la mujer de éste y la pequeña Alba, que las habían invitado. Danny continuaba en casa de su amigo, donde se había quedado a pasar la noche, y Andy y Dylan habían ido al gimnasio.

—Buen día hemos escogido para traernos media panadería —comentó Anna, depositando los dos enormes paquetes sobre la mesa—. ¿Cuántas ensaimadas eres capaz de comerte de una sentada? ¡Espero que unas cuantas porque hoy toca un desayuno de campeones!

Jaume, que leía con creciente interés la nota de Neus, sonrió para sus adentros. De modo que estaban solos...

—Depende de lo que me depare el día. Si lo que hay en perspectiva es una actividad intensa, entonces...

No habían sido solo sus palabras, sino la forma en que las había dicho lo que le hizo a Anna sacudir la cabeza.

—No empieces, Jaume.

—Claro que sí —repuso él y ya estaba detrás de ella, muy cerca, hablándole al oído e insinuándose—. Ahora que te tengo toda para mí, pienso aprovecharlo. Además, todavía tengo que convencerte de que vengas a mi fiesta de inauguración y está claro que voy a tener que emplearme a fondo para conseguirlo.

Ella lo apartó con delicadeza.

—Si quieres tomar café, tendrás que dejarme espacio. Entre lo grande que eres...

—Y lo pegado a ti que estoy... —volvió a decir y una vez más, acortó las distancias.

Anna exhaló un suspiro. Volvió a apartarse. Lo miró a los ojos.

—¿Me permites que prepare el desayuno, por favor? —le habló de la misma manera que le hablaba a su hijo cuando su insistencia empezaba a

resultarle cargante y no quería enfadarse con él.

Él sonrió con picardía.

—¿Te cuento un secreto? —Ella permaneció mirándolo sin decir nada

—. Cuando me hablas así me entran unas ganas locas de abrazarte fuerte,

fuerte, fuerte... —Jaume no opuso la menor resistencia a sus deseos y la

rodeó con sus brazos, haciéndola claudicar—. Eres el ser más tierno que

existe en el universo, Anna... Eres... Dios, no se puede expresar con palabras lo que eres, mujer...

Anna se dejó mimar y lo mimó a su vez, aunque a su estilo; un poco

tímido, un poco inocente, bastante preocupado por el lugar y las

circunstancias.

—Sí que se puede; soy una mujer que quiere preparar el desayuno y no

la dejan —dijo poniendo morritos al tiempo que intentaba con suavidad que

él la liberara para poder apartarse.

—Prométeme que vendrás a mi fiesta y quizás te deje...

—Prométeme que te comportarás como un amigo y no como un novio

adolescente y quizás me lo piense —repuso ella.

—O sea, que mantenga las distancias.

Anna asintió enfáticamente y al fin consiguió liberarse. Aprovechó el

momento de perplejidad de Jaume y se puso a preparar el desayuno antes de

que él volviera a la carga.

—¿Lo dices en serio?

—Muy en serio —repuso ella, invitándolo con un gesto a que se sentara a la mesa mientras ella distribuía cucharillas y tazas.

Él obedeció aún más perplejo que antes.

—Años soñando con volver a tenerte entre mis brazos y ahora que lo he conseguido, ¿pretendes que finja que solo somos amigos?

—Solo es una noche, Jaume. No nos vamos a morir por comportarnos como dos buenos amigos unas horas —dijo con la mayor naturalidad posible mientras vertía café en la taza del menorquín. El asombro en sus ojos no le pasó desapercibido, pero tenía que intentarlo, así que se mantuvo firme.

Añadió un chorrito de leche al café y se sentó en su sitio donde repitió el proceso con su propia taza, aparentemente ajena a la mirada masculina.

—Gracias a Dios y a todos sus querubines no somos solo amigos, Anna. ¿Cómo se disimula esto? ¡Es imposible! La gente se va a dar cuenta, tus hijos se darán cuenta, eso si no nos pillan *in fraganti*...

—Si tú mantienes tus arranques de pasión bajo control y yo mis ojos y oídos atentos, nadie tiene por qué pillarnos... Además, ¿te imaginas lo incómodo que sería?

Él tomó la mano de Anna y tiró de ella suavemente, instándola a que se pusiera de pie y se acercara, algo que ella hizo con cara de “ya estamos”. A

continuación, con la delicadeza de movimientos que le caracterizaba, la tomó suavemente por la cintura, ayudándola a que se sentara sobre sus piernas sin dejar de mirarla con una sonrisa.

Anna lo dejó hacer. Su gesto le decía “ya estamos otra vez”, pero su mirada le decía otras cosas; que le gustaban sus atenciones, la suavidad con que la tocaba, como si tuviera miedo de que se rompiera, la ternura mezclada con deseo que había en sus ojos cuando la miraba. Era la misma mirada de hacía tres décadas, la misma de siempre, comunicándole el mismo mensaje. —Tus hijos son mayores ya, Anna —ella apartó la mirada y él movió la cabeza buscándola otra vez. Cuando tuvo su atención, disparó a discreción—. ¿No quieres que sepan que soy tu hombre?

“Tu hombre”, pensó ella. Dios. Una sensación agradable y a la vez aterradora recorrió la espina dorsal de Anna al escuchar esas dos palabras, haciendo que se estremeciera, algo que él notó y de lo que se aprovechó. Un segundo después, él le acariciaba la mejilla suavemente con su barba perfecta, y otro segundo más tarde, dejaba una senda de besos sobre el cuello femenino.

Anna torció la cabeza para facilitar el acceso masculino y cerró los ojos, saboreando el momento.

—No es eso, Jaume y tú lo sabes...

Él inclinó la suya y la senda continuó cuello abajo, a través del canalillo. Siguió besándole la piel hasta que esta desapareció debajo de la camisa y continuó avanzando, depositando sus besos sobre la prenda, dibujando el contorno de sus pechos que enseguida reaccionaron. Entonces, acarició con la punta de la nariz los dos pezones enhiestos, primero uno y luego el otro.

—¿Y qué es? —murmuró. Para entonces, ya le había desabotonado parcialmente la camisa y los besos habían regresado; esta vez dibujando el contorno del escotado sostén.

Anna exhaló un suspiro y sus pechos se movieron de forma evidente bajo la caricia de la lengua masculina sobre un pezón. Pronto, Jaume abrió la boca entorno a él, por encima del sostén, haciéndola temblar cada vez más. Sus dedos tiraron del encaje hasta que el trocito de carne asomó y se adueñó de él apasionadamente. Desató con habilidad el sostén y liberó el pecho entero que saboreó a placer sin que Anna opusiera la menor resistencia. Luego repitió el proceso con el otro, y para entonces, camisa y sostén yacían en el suelo, y él se daba un festín de ella.

—¿Qué es...? —repitió liberando el pezón el tiempo suficiente para pronunciar esas únicas dos palabras.

—Si quieres que te responda, para, por favor... Me estás...

Jaume se incorporó con ella en brazos y la depositó sobre la mesada.

Ella se cubrió los pechos con las manos y se quejó de inmediato.

—¡Estás loco... Bájame de aquí...! —pero él volvió a la carga, poniendo una mano a cada lado de sus piernas, sobre la mesada y colándose en su cuello con aquellas caricias enloquecedoras.

—No te cubras, vamos, por favor...

Anna lo detuvo con una mano en el pecho.

—Para y bájame.

Jaume hizo lo que ella le pedía, pero no lo dejó estar. Imponiéndose con su cuerpo, la empujó suavemente hasta la despensa y abrió la puerta.

—Que no... Estás loco, Jaume... Que no... —forcejearon sin violencia, en parte sonriendo como dos críos a punto de hacer una travesura, en parte rezongando porque Anna se resistía y él no quería que lo hiciera.

Al fin, estuvieron dentro y él la tomó por las muñecas, haciendo que ella extendiera los brazos. Sus ojos brillaron de deseo ante la visión de aquellos pezones enrojecidos por sus besos, duros de excitación, coronando los voluptuosos pechos femeninos. Lamió cada trocito de carne enhiesta y ella tembló, y él volvió a tomarla en brazos y la depositó sobre la secadora.

—Ni lo sueñes —murmuró ella, intentando apartarse.

—Cuanto más te resistes, más ganas tenemos... —tomó la mano de

Anna y la puso suavemente sobre su cinturón, esperando que ella fuera a por más. Deseándolo con todo su ser.

Ella se mordió los labios de pura desesperación.

—¿Sobre la secadora, esto va en serio? Dios, te has vuelto loco — murmuró, pero su mano, para alivio de Jaume, empezó a desatar el cinturón. Pronto fueron dos las manos que lo desnudaban. Dos manos temblorosas de deseo tan ansiosas por consumir como él. Jaume apretó los dientes cuando ella lo empuñó.

—Habla con ellos, Anna. Por favor, habla con ellos... Quiero hacértelo en cada rincón de esta casa y en cada rincón de la mía. —Después de sacar un condón del bolsillo, empezó a librarse enérgicamente de la ropa que aún le quedaba encima, mientras le agradecía cada beso que recibía con otro beso aun más profundo—. Quiero tocarte, y besarte cuando nos dé la gana. Mirarte como un hombre mira a una mujer, sin tener que preguntarme cuándo llegarán y si tendré que ponerme a fingir que no estoy empalmado como cuando tenía trece y no sabía qué hacer con tanta testosterona... Te amo, Anna. Llevo media vida loco por tus huesos... No... No quiero esconderme —sus ojos le suplicaron igual que lo había hecho su voz—. Por favor, por favor, amor...

Anna asintió.

—Vale, de acuerdo... Hablaré con ellos —concedió.

Y al hacerlo, desató la locura.

Él rasgó el envoltorio del condón y se lo puso. Acto seguido, le subió la falda hasta la cintura haciendo que se ruborizara.

—Por Dios, hombre... ¿En serio, aquí?

Más se ruborizó cuando le bajó las bragas y acarició su pubis apasionadamente.

—Madre mía... —murmuró Anna con un hilo de voz.

—¿Sabes qué te digo? —ronroneó él sobre el cuello femenino, al tiempo que la penetraba un poco con suavidad—. Se va a convertir en tu lugar favorito.

Él le tomó las piernas y con mucho cuidado las colocó en torno a sus caderas, controlando con el rabillo del ojo que la postura no le estuviera haciendo daños a sus músculos afectados por la ELA. Ella hizo un momentáneo gesto de dolor, pero enseguida el placer volvió a reinar en su rostro. La penetró un poco más fuerte justo cuando ella iba a hablar, haciendo que se le quebrara la voz.

—Ahhh.... ¿Cuál...? ¿Aquí?

Una mano de Jaume subió por el centro del cuerpo femenino con los dedos abiertos, empujándola hacia atrás, contra la pila de ropa limpia lista

para guardar, al tiempo que elevó sus caderas con la otra mientras volvía a penetrarla. Anna contuvo el aliento. Esta vez había sido una embestida que lo había enterrado dentro de ella, profundamente.

—Aquí, sí —dijo él. Una nueva embestida quebró la voz de Jaume esta vez.

Los contactos eran tan fuertes que los dos se estremecían. La sincronía de movimientos se extendió a largo de varios minutos hasta que al fin el orgasmo se abrió paso a través de millones de terminaciones nerviosas.

—Ahhhh... Esto es el paraíso —murmuró Anna, con el rostro desencajado por el placer.

Él embistió y embistió cada vez más rápido hasta que ella soltó un largo y entrecortado gemido. Entonces, se dejó ir con una última embestida.

— *Esto* es el paraíso. Tú y yo, juntos —repuso él al tiempo que apoyaba su rostro sobre el pecho de Anna, agotado.

Después del momento íntimo, la pareja regresó a la cocina. Allí continuó charlando, mientras daba cuenta del desayuno.

—¿Quieres más café? —ofreció Anna, y sin darle tiempo a responder, se puso de pie.

Ya había agarrado la jarra de la cafetera, cuando sintió que los brazos masculinos la rodeaban desde atrás. Sonrió, y consciente de que volvía a

sentir un tremendo calor en sus mejillas que, en este caso, no estaban solamente relacionadas con la timidez, buscó su mirada.

—¿Otra vez? ¿Estás seguro de que este es tu primer desayuno? —Y bajando aún más su tono de voz, agregó—: Alguna clase de estimulante, ¿quizás?

Él se rió bajito contra la oreja femenina, que empezó a acariciar con el borde de la mandíbula, de esa forma que a ella le gustaba porque era mitad caricia mitad cosquillas gracias a su barba.

—¿Quién necesita estimulantes con una mujer como tú? —Y cuando acabó de decirlo, sus manos le habían agarrado los pechos, apretándolos en una caricia apasionada.

Anna no se resistió. Era agradable volver a tener el interés de un hombre. Volver a sentir su cuerpo latiendo de deseo, las mariposas revoloteando en su estómago como cuando era adolescente. Habían pasado tantos años, la mayoría de los cuales los había vivido como una madre soltera a pesar de haberle dado el “sí quiero” al padre de sus hijos. Era como estar viviendo una segunda juventud.

Pero Anna seguía siendo más racional que temperamental. Y treinta años de práctica le habían dado un gran dominio de sí misma. Un gran autocontrol. Alguien de la familia podía aparecer en cualquier momento, así

que no debían continuar con ese juego por más agradable que fuera.

—Ve a sentarte a tu sitio, Jaume. Sé un buen chico y hazme caso.

Lo último que deseaba él era obedecer. Había sido un buen chico con la mayor parte de la gente toda la vida; con ella, especialmente, además había sido un tonto. Y ahora que volvían a estar juntos, no deseaba reprimirse.

Y no lo hizo.

Estrechó el abrazo entorno a la cintura femenina, y volvió a buscar sus besos. A los que ella, como siempre últimamente, no se resistió.

Pero en aquel momento, en que sus lenguas se habían enredado en una danza apasionada, y todo su ser vibraba al ritmo de los frenéticos latidos del corazón, una voz se ocupó de poner un abrupto final.

—¡Mamá! ¡¿Pero qué pasa?! ¡Y tú, baboso, quítale las manos encima, ya!

En un milisegundo, la pareja se había distanciado más de un metro.

Jaume intentaba apartar con una mano al adolescente que prácticamente se le había echado encima, mientras Anna intentaba agarrarlo del brazo.

—¡Basta, Danny! Haz el favor de calmarte —exigió Anna. Con el último tirón, logró apartar a su hijo—. ¿Pero se puede saber qué bicho te ha picado?

—¡Eso digo yo! ¡Qué haces aquí, morreándote con ese baboso!

—Pero no, hijo, no... —intentó decir Jaume, pero madre e hijo se lo

impidieron al mismo tiempo de manera diferente.

—¡Yo no soy tu hijo! —gritó el muchacho.

—Jaume, por favor, no intervengas —dijo Ana, taxativa.

Tras hacer un gesto de rendición con las manos, Jaume se apartó un poco de la familia y guardó silencio.

—Vamos, jovencito. Tú y yo tenemos que hablar —dijo Ana señalando la puerta de la cocina. No quería avergonzarlo delante de Jaume, pero no estaba dispuesta a tolerar ese tipo de comportamientos en un niño. Por más enfadado que estuviera, se había pasado y mucho.

—¡No! ¿De qué tenemos que hablar? ¡Ese tío no debería tocarte, y tú no deberías dejarlo ni en esta casa ni en ninguna parte! —dijo el adolescente a voz en cuello, tras lo cual salió de la cocina hecho una furia.

—¡Danny! ¡Danny, vuelve aquí ahora mismo! —exclamó Anna.

Un instante después se oyó un portazo. El muchacho se había llevado su furia fuera de los límites de la casa familiar.

Jaume volvió a acercarse a Anna. Puso su mano sobre el hombro femenino con suavidad. Ella volvió la cara como si la hubiera alcanzado un rayo, sus ojos tormentosos.

—Tranquila, tranquila, amor... No te preocupes, déjalo correr. Deja que se calme y luego habla con él.

Anna se pasó la mano por la frente, preocupada y nerviosa.

—Qué vergüenza, por Dios.

Aquel era el momento ideal para decir un “te lo dije”, pero Jaume no sería tan cruel de hacerlo. Estaba cantado que el chaval acabaría pillándolos y, aunque seguramente habría reaccionado igual de mal cualquiera hubiera sido el hombre en cuestión, que fuera él había agravado las cosas.

Pero Danny era un adolescente, adoraba a su madre, y se le pasaría.

Aeropuerto de Ginebra.

Suiza.

Nikki y Conor habían pasado el día rodeados de amigos y en compañía de Owen. Todavía había cierta tensión entre ellos y cierta incertidumbre, pero era lo más cercano a sus momentos familiares tradicionales que habían estado en las últimas cuatro semanas, y los dos se dieron cuenta de cuánto lo necesitaban.

Lexi era una cuestión aparte. Después de la conversación que había mantenido con Conor, de la que Nikki no sabía nada, tenía al motero en el punto de mira. Siempre había militado en su equipo, era una gran fan de la pareja y de él en particular, porque siempre había visto en su proceder más inseguridad que mala intención. En varias ocasiones, había llegado a interceder por él frente a su amiga.

Pero las cosas habían cambiado desde que Nikki estaba en Ginebra, y desde que ella en el fragor del momento había tenido la brillante idea de mostrarle el último mensaje de texto con el que Conor había despedido a su novia, el día que abandonaba Londres, seguía sin perdonárselo. No le perdonaba el mensaje, ni la tonelada de lágrimas que Nikki había llorado por su culpa y que ahora él estuviera otra vez allí, no mejoraba las cosas.

Reconocía que era todo un paso el que se hubiera tomado la molestia de subirse a un avión y presentarse en la casa de la mujer que decía amar tanto, pero todo estaba por verse todavía. “Venir, ¿para qué?”. Esa era la pregunta que se hacía Lexi, y como no podía formularla en voz alta, se dedicaba a observarlo en silencio, enviándole mensajes subliminales que venían a advertirle que se anduviera con mucho cuidado.

El motero era perfectamente consciente de esas miradas. De hecho, y aunque ella no lo supiera, tenía mucho que agradecerle a su última llamada. Le había ayudado a comprender muchas cosas. El tiempo le demostraría a Lexi que podía volver a confiar en él, pero mientras tanto sólo podía hacer lo que hacía; ponerle al mal tiempo buena cara.

Ya en el aeropuerto, Nikki y Conor conversaban apartados de Lexi y su prometido, que cerca del kiosco de prensa, conversaban con Owen.

Conor cambió el peso del cuerpo a la pierna herida durante un rato, en

un intento de descargar los músculos de la otra. En casa utilizaba muletas, pero no había querido traerlas. Su aspecto era ya bastante malo como para presentarse en casa de Nikki, después de un mes, apoyándose sobre dos muletas. Así que llevaba dos días forzando a discreción los músculos de su pierna sana. Ella notó el casi imperceptible gesto de dolor de Conor.

—¿Seguro que estás en condiciones de volver a trabajar mañana?

—Si sigo en casa un día más, me va dar un ataque —dijo él, y aprovechándose de que ella había bajado la guardia, la tomó por los codos.

Nikki sonrió con un punto de picardía, sabía que lo siguiente era que esos brazos que ahora la sostenían por los codos, acabaran rodeándole la cintura.

Y aunque todavía seguía sin sentirse demasiado preparada para todo lo que se les venía encima, la verdad era que siempre necesitaba su cercanía, y desde que no la tenía, mucho más.

—No te pases. Si estás bien para trabajar, puedes mantenerte de pie sin necesidad de agarrarte a mí.

Él bajó la vista sonriendo.

—Estoy bien para muchas otras cosas también, y no las hago.

—Porque no te dejan —repuso ella.

Sus miradas se encontraron y a pesar de la sonrisa de Conor y del punto de recriminación que había en los ojos de Nikki, los dos se dieron cuenta de

que era uno de sus momentos intensos.

—No me quejo. Sólo confío en que la próxima vez me dejarán —apuntó él con picardía.

—¿No te quejas? Claro que te quejas, lo que pasa es que no dices nada por hacerme la pelota.

El tomó la mano femenina y la apretó cariñosamente.

—No me quejo, de verdad. Mira... He dicho y hecho muchas idioteces, pero se acabó. Déjame demostrártelo, Nikki.

—Tienes que marcharte, Conor. O perderás el avión —dijo ella en un intento de poner fin a aquel momento antes de que fuera demasiado tarde.

Él apoyó su frente contra la frente femenina y apretó los párpados.

Dejarla y marcharse era un sacrificio mucho más grande de lo que había imaginado.

—¿Tienes Skype? —dijo él y exhaló un suspiro. Ese método de comunicación no era lo que quería, ni mucho menos, pero era lo más cerca que la tendría hasta que volviera a subirse a un avión.

—No, pero lo instalaré.

—¿Mañana a las nueve, entonces?

Nikki asintió con la cabeza. Conor exhaló un suspiro.

—Vaya plan —comentó él, alucinando consigo mismo.

Y esta vez los dos se echaron a reír.

## **Episodio 6**

Lunes 1 de febrero de 2010.

Taller de customizados Rowley Customs,

Londres.

AJ fue el primero en verlo y fue a su encuentro sonriendo.

—¡Bienvenido, Conor! —exclamó el jefe de taller dándole un abrazo—.

Qué bien se te ve. Cuánto me alegro de que estés de vuelta.

—Seguro que él se alegra menos cuando vea todo el trabajo que tiene pendiente por hacer —dijo Evel, desde el área central del taller.

A él se unieron los demás compañeros de trabajo que le dieron la bienvenida doblemente felices; de verlo tan recuperado y de que las manos titulares del departamento de montaje regresaran al trabajo, lo cual permitiría que los demás dejaran de trabajar mil horas por día.

—Gracias, gracias... Ya tenía ganas de volver al trabajo —dijo Conor que avanzó mostrando una ligera cojera. La recuperación estaba siendo buena. Después del fin de semana que había pasado en Ginebra, su ánimo estaba por las nubes. Sólo le faltaba que Nikki dejara de “probar” y diera el sí definitivo a que retomaran su relación sentimental para que su vida regresara a la normalidad.

—Bueno, ve a cambiarte, que te pongo al día —dijo AJ.

—Voy. Sé que sonará muy raro, pero no sabes las ganas que tengo de volver a ponerme el uniforme de Rowley Customs.

—Tranquilo, tío, ¡se te pasarán enseguida! —exclamó Maddox

La mañana había sido bastante ajetreada. A pesar de que habían contado con la ayuda de Dakota durante su ausencia, estaban muy atrasados con los pedidos y, en especial, con la máquina que Evel se había comprometido a presentar en la exposición del evento Harley Days de Barcelona. Conor estaba haciendo una pausa para meter algo de alimento en el estómago antes de tomar sus medicinas, cuando Niilo apareció en la cafetería.

—Seguro que hasta has echado de menos nuestro café.

—Ya lo creo. Qué largo se me ha hecho el mes, tío.

—Bueno, ya se ha acabado, así que ahora empieza lo bueno. Te veo bastante recuperado, ¿qué has estado haciendo el fin de semana? —se interesó Niilo mientras esperaba que la máquina le dispensara un café. Conor sonrió antes de decirlo. El mero recuerdo hacía imposible mantenerse serio.

—No te lo vas a creer... Estuve en Ginebra.

Niilo se dio la vuelta y miró a su amigo asombrado. Habían hablado el viernes y no le había dicho nada al respecto.

—¿Has estado con Nikki?

Conor asintió con una sonrisa que no le cabía en la cara.

—Alucinante, ¿eh? Cuando mi padre se enteró, no quiso dejarme ir solo.

Los ojos desorbitados de Niilo le hicieron reír.

—Sí, como lo oyes. Él también estuvo con Nikki este fin de semana.

—¿Y tu chica, qué dijo? —quiso saber Niilo, superinteresado.

—No ha dicho mucho, pero me ha escuchado. Le he pedido que borráramos lo sucedido la semana de Navidad y retomemos las cosas desde ahí. —Al ver que Niilo sonreía complacido, asintió—: Sí, tenemos que sentarnos y hablar largo y tendido, pero ninguno de los dos está preparado para hacerlo ahora mismo, así que... Se me ocurrió que intentar borrar esa semana negra de nuestras cabezas, era la mejor forma de volver adonde estábamos antes del tornado —dijo Conor.

—¿Y?

—Se lo está pensando. Ella lo llamó “probar”, dice que las cosas han cambiado mucho y que no tiene claro que sea capaz de mantener una relación en la distancia conmigo y blablablá, pero en el idioma de las novias enfadadas viene a decir que se lo piensa mientras me tiene en observación —sonrió—. Lo cual es buenísimo... ¡Buenísimo, tío! —dijo exultante.

Después de que Niilo volviera al trabajo, Conor miró su móvil como

quien mira un postre que no debe tocar pero se muere por saborear. Habían quedado en que hablarían a través de Skype por la noche, después del trabajo. Pero el día se le estaba haciendo eterno.

¿Y si le enviaba un mensaje?

Conor estiró sus doloridas piernas y se recostó contra el respaldo de la silla, mirando el móvil que sostenía en una mano, indeciso.

¿Qué mal podía hacer un mensajito?, pensó. Un instante después ya lo estaba escribiendo.

"¿Qué haces?".

La respuesta llegó al instante.

"Trabajar".

Conor sonrió. Se mordió el labio inferior al tiempo que veía en su mente el rostro de Nikki cuando leyera lo que él estaba escribiendo.

"Yo, pensar en ti".

En Ginebra, Nikki meneó la cabeza. Al final, tal y como él había imaginado, acabó sonriendo.

"Hablamos por la noche, Conor. Ahora no puedo".

La sonrisa del motero era tan grande que daba dos vueltas completas alrededor de su cabeza. Para "no poder", le había respondido con muchísima rapidez. Estaba claro que él seguía en sus pensamientos tanto como ella

seguía en los suyos. Y eso era genial.

*¡Genial!*

"Hasta la noche, preciosa", le respondió.

El nuevo mensaje de Nikki no tardó en llegar. Pero cuando Conor lo abrió, no halló palabras, solo el emoticono de una mano que lo saludaba.

El motero se echó a reír. Qué dura de pelar era su chica, y qué feliz lo hacía saber que le estaba dando otra oportunidad.

Casa de la familia Estellés,

Ciudadela, Menorca.

Anna estaba tan afectada por lo sucedido, que había descartado hablar con su hijo. Se habían pasado el resto del día evitándose mutuamente y durante la cena la situación era tan tensa que hasta Andy le había llamado la atención a su hermano. Estaba claro que continuaba enfadado. Tanto o más que ella. Y en tales circunstancias, sabía que lo mejor era dejarlo hasta estar segura de que no acabaría arrepintiéndose de lo que le dijera.

Podía entender que a su joven hijo le preocupara la presencia de otro hombre en la vida de su madre. El único que había conocido no había hecho otra cosa que dejar tras de sí un reguero de sufrimiento y desilusión. Incluso podía entender que le hubiera dado un ataque de celos. Lo que no aceptaba era su reacción; sentía vergüenza no solo por las palabras que le había dedicado a ella; especialmente, por la forma en que se había dirigido a Jaume.

Sin embargo, Anna nunca había sido de las que postergaban indefinidamente las conversaciones serias. Así que aquella mañana, se había levantado más temprano que de costumbre para prepararle el desayuno y hablar con él antes de que se fuera al colegio.

Cuando Danny entró en la cocina no traía cara de buenos amigos. Su expresión lucía bastante tormentosa, situación que quedó confirmada cuando se limitó a tomar una de las tostadas con mantequilla y mermelada que había sobre su plato del desayuno y sin decir media palabra, enfiló por donde había venido dispuesto a marcharse sin más.

La voz dulce pero decidida de Anna lo detuvo.

—Así no, cariño.

Había más decisión que dulzura en el tono de su madre y Danny supo que el horno no estaba para bollos.

—Es tarde, tengo que ir al colegio.

—No es tarde. Tienes tiempo de sentarte, desayunar y escuchar lo que te tengo que decir.

El muchacho se dio la vuelta con desgana.

—Sí que es tarde. He quedado con Patrick.

Anna añadió leche a la taza de café de su hijo y se mostró inflexible.

—Ya lo verás más tarde. Ahora, por favor... —dijo, indicándole con la

vista que se sentara a desayunar.

El bufido del muchacho pareció casi un relincho.

—No, he quedado y me tengo que ir. Además, ¿qué es lo que vas a decirme, mamá?

Anna se acercó a Danny y le acarició el cabello con dulzura.

—Siéntate y te lo cuento. No tardo nada. Prometido.

Pero el joven no estaba por la labor. Apartó la mano y volvió a ser duro.

—Ahórrame la charla, mamá. Sé lo que vas a decirme y no me vale. Es tu vida y puedes hacer lo que te dé la gana, pero no me pidas que me guste ni que me parezca bien.

Anna tardó en reaccionar. Desde luego, ni estaba acostumbrada a que su hijo se refiriera ella de esa manera ni a que de su boca salieran esa clase de palabras, tan evidentemente cargadas del dolor que aún sentía.

—Vamos a ver, Danny... Estás sacando las cosas de quicio. Claro que es mi vida y claro que puedo hacer lo que quiera con ella, pero jamás he movido un dedo sin contar con la opinión de mis hijos. Y esta no va a ser una excepción.

Él dejó la tostada sobre el plato. Se le habían quitado las ganas de comer. Miró a su madre con la misma fingida frialdad que sólo intentaba encubrir lo celoso y rabioso que se sentía, y lo soltó sin contemplaciones.

—Mi opinión es que ese tío no me gusta y no me fío de él. ¿Es eso lo

que querías oír? Pues ya lo has oído —tras lo cual se marchó.

Anna se mordió para no decir lo que estaba pensando. Era la segunda vez en menos de veinticuatro horas que el benjamín de la familia la dejaba con la palabra en la boca y su enorme paciencia empezaba a flaquear.

Ser consciente de cómo estaban sucediendo las cosas entre ella y Jaume y de cómo eso afectaría a sus hijos, había sido una preocupación desde el principio. Pero desde que había vuelto a experimentar lo que se sentía estando entre los brazos de un hombre que la amaba, un mundo nuevo se había abierto ante sus ojos. Aunque hubiera conseguido vivir de espaldas a esas sensaciones durante tantos años, ahora que su vida se apagaba, no quería renunciar a ello. Se había pasado media vida queriendo a un hombre que jamás le había correspondido de la forma esperada. De hecho, había estado sola a pesar de estar casada. Sola para hacer de madre y de padre de sus hijos. Sola para educarlos y sacarlos adelante. Sin tiempo ni energía para pensar en sí misma. Sola hasta para enterrar a uno de ellos. Ahora las tornas habían cambiado. Por primera vez volvía a sentirse una mujer y no estaba dispuesta a renunciar a ello.

Unos brazos fuertes la rodearon desde atrás, devolviéndola a la realidad.

—Buenos días, señorita. Casi me da miedo preguntarte cómo estás —

susurró Jaume junto al oído de Anna. Se había cruzado con Danny en la

puerta y el iracundo adolescente ni siquiera se había dignado a saludarlo.

Una explosión de pequeñas burbujas recorrió la espina dorsal de Anna quien sorprendió a Jaume acurrucándose contra él, en vez de apartarse como había sucedido otras veces. La pareja permaneció abrazada en silencio durante unos instantes.

—Por lo que veo, las cosas siguen igual... —dijo Jaume al cabo de un rato, intentando averiguar qué había sucedido entre madre e hijo después de que él se marchara.

Anna lo empujó suavemente para que se sentara a la mesa. Él obedeció.

Entonces, ella se sentó sobre sus piernas y le pasó los brazos alrededor del cuello.

—No estoy perfectamente, pero lo estaré. No te preocupes. Y ahora cuéntame, ¿qué tal ha amanecido mi hombre favorito? —murmuró al tiempo que depositaba un beso dulce sobre sus labios.

Como siempre sucedía últimamente, la pareja no tardó en enredarse en un intercambio de besos. La pasión que sentían tomó el relevo, relegando a la dulzura a un lejano segundo plano.

—¿Tu hombre favorito? Dios mío, Anna... Si te pido que me lo repitas, ¿lo harías? —murmuró emocionado al tiempo que sus manos recorrían el perfil femenino.

Ella respondió con avidez. Adoraba lo que él despertaba en ella. Cómo la hacía vibrar de emoción, de deseo... A su lado se sentía viva y adoraba sentirse así. Tomó el rostro de Jaume entre sus manos y lo miró largamente. —Las veces que tú quieras —repuso.

Jaume se pegó a ella.

—Pues ya puedes empezar... —dijo en un susurro.

Cerca de Piccadilly Circus,

Londres.

Maverick cruzó la calle corriendo y se detuvo unos momentos frente al escaparate de una tienda próxima para comprobar que todo estaba en orden. Se pasó la mano por el cabello y se estiró la camiseta. Había dejado a Cheryl a cargo de la barra un rato tras advertirle que como algo saliera mal esta vez, ya podía ir buscándose otro trabajo. Ella le había asegurado que no habría ningún problema. Y tanto lío para que él pudiera dar rienda suelta a su locura otra vez. Porque desde luego, de lo que ya no le cabía ninguna duda, era de que estaba total y absolutamente loco de atar.

Se detuvo frente a la misma puerta que había visitado más veces desde hacía dos días que en los tres años que hacía que conocía al dueño de la casa, y se preparaba para tocar el timbre, cuando la puerta se abrió.

Él sonrió a la chica de sus sueños, una sonrisa que dejó claro que verla

le encantaba y que, para variar, estaba preciosa. Ella lo miró sorprendida, aunque eso sólo fue los primeros segundos, enseguida cayó en la cuenta de que era él (otra vez), y de que la misma situación se había repetido otras dos veces en lo que iba de semana. Debería dejar de sorprenderse tanto, pero era justo al contrario. Nunca antes le había pasado algo igual con un hombre y cada día que él reaparecía con todo su encanto y tantísimo interés, Shea volvía a alucinar.

—Buenos días, ¿lista para ir a trabajar?

—Primero voy a desayunar, pero eso ya lo sabes.

El barman del MidWay asintió. Por lo visto, sus movimientos inesperados no lo eran tanto.

—En ese caso, estamos de suerte, porque yo tampoco he desayunado.

¿Te puedo acompañar?

Shea se echó a reír. Meneó la cabeza ante lo asombroso de aquella situación que le encantaba. De pronto, se sentía como si tuviera dieciséis y estuviera tonteando con el capitán del equipo de atletismo del colegio. Solo que ya había cumplido los treinta, y hacía mucho que había dejado de creer en príncipes azules.

—Claro que puedes.

La pareja se dirigió a la misma cafetería donde habían compartido una café por primera vez. Maverick se dio cuenta de que ella no dejaba de sonreír.

Caminaba con los ojos fijos en el suelo, a veces prestaba atención a algún escaparate o a alguien que pasaba a su lado. Miraba cualquier cosa menos a él, y la sonrisa cómica, que intentaba disimular, no la abandonaba en ningún momento.

—Oye, disculpa por aparecer de esta forma, pero es que tengo muy poco tiempo libre durante el día y procuro escaparme los ratitos que puedo. Ella asintió, lo miró con interés.

—Trabajas muchas horas, ¿no? La hostelería es muy esclava.

—Bueno, sí... Pero, en realidad, es el acuerdo que tengo con mis socios. Les hice una propuesta para que me aceptaran y ahora la tengo que cumplir. Pero no te preocupes, tengo previsto hablar con ellos y llegar a un acuerdo para liberar algunas horas más.

Maverick vio como aquella frente pecosa mostraba unas arrugillas tan preciosas como su dueña.

—¿Por mí?

El barman maldijo por dentro. Acababa de meter la pata hasta el fondo, pero le había salido del alma. Era lo que pensaba, lo que sentía...

Y ahora lo que sentía era una tremenda incomodidad.

—Sé que puede sonar a broma, pero te aseguro que no lo es. Quiero tiempo para pasarlo contigo, sí. La verdad es esa —reconoció con una sonrisa embarazosa. Sus enormes ojos claros miraron a Shea directamente—. ¿Es

demasiado fuerte para ti y piensas salir corriendo en los próximos minutos?

Por favor, dímelo. Para prepararme, ya sabes.

Para Shea era muchas cosas. Emocionante. *Alucinante*. Y muy, muy loco. Jamás se habría imaginado que su traslado a Londres le depararía semejante sorpresa. Porque, sin duda, Maverick era una GRAN sorpresa.

—Sí, me parece fuerte —concedió ella—. Muy fuerte, en realidad. Pero no te preocupes, no voy a salir corriendo.

Una sonrisa de adolescente que acaba de anotar un tanto con la capitana del equipo de animadoras brilló en el rostro varonil.

—¡Genial! —exclamó y, caballerosamente, abrió la puerta de la cafetería para que Shea pasara en primer lugar.

## **Episodio 7**

Lunes, 1 de febrero de 2010.

Buhardilla de Tess y Dakota,

Hounslow, Londres.

Después de la consulta del médico, Dakota y Tess habían ido directamente a casa. A pesar de que el especialista había dedicado buena parte de su introducción a enumerar la larga lista de posibles problemas por los que seguía aconsejándoles esperar unos meses más para abordar el embarazo, ante la determinación de Dakota y Tess de seguir adelante, había

planteado el plan propuesto. Tess se sometería a revisiones frecuentes que tenían por finalidad controlar la evolución del mioma y cuando el embarazo se confirmara con los correspondientes análisis, tendría que someterse a un estricto programa médico.

Dakota había pedido que le explicaran el significado de cada una de las palabras de más de tres sílabas que el médico había utilizado para enumerar los riesgos y complicaciones que podían presentarse. También había querido saber en qué consistía el estricto programa médico en caso de confirmación del embarazo, dando lugar a situaciones cómicas y a un cierto asombro por parte de Tess, que no había esperado un interrogatorio tan minucioso por su parte. Scott era el impulsivo, el que saltaba a la piscina primero, el que procedía más basado en el instinto que en una planificación previa. Tess desconocía esta faceta suya y le había resultado tremendamente tierna.

Y ahora, con un calendario desplegado sobre el sofá en el que conversaban, él seguía enterneciéndola con sus preguntas que llegaban sin cesar.

—¿Y qué vas a hacer con el trabajo cuando estés embarazada?

—Hacerle caso al médico y ceñirme a su programa.

—¿Cómo que al médico? Querrás decir a tu marido, que será quien controle que sigas el programa a rajatabla.

Tess extendió una mano para acariciar el rostro de Dakota. Lo miró con esos ojitos que le desnudaban el alma.

—Claro que sí, amor. Dime, ¿qué puedo hacer para que dejes de estar tan preocupado?

—¿Qué tal si me entretienes con sexo para que no me acuerde? —  
propuso él con desparpajo.

No tenía sentido negar que le preocupaba la infinidad de cosas que podían ir mal, esas que el médico había definido con palabras impronunciables. Pero seguía siendo él, Dakota, un tipo con la libido por las nubes y muy poca propensión a tomarse en serio las mierdas de la vida. Y ella seguía siendo Bollito, la mujer de los sujetadores con lacitos de terciopelo y las piernas de infarto que le tenía sorbido el seso desde hacía tres años. Si podía teñir el momento de algún otro color que no fuera el de la duda, lo haría sin pensárselo dos veces.

Ella sonrió con ternura y puso a un lado el calendario para poder acercarse. Se situó muy cerca, hablándole en tono susurrante mientras lo miraba a los ojos.

—Hablemos...

—Vaya —la interrumpió él—. Y yo que creía que me ibas a meter mano.

—También está en mis planes, pero después. Ahora, hablemos.

—Guaaaaau...

Tess sacudió la cabeza ante el imposible de su marido que la miraba con total desparpajo.

—Podríamos seguir esperando. —Su rostro adquirió seriedad cuando comenzó a hablar. Se internaban en un terreno pantanoso y Dakota también se puso serio—. Con suerte, en ocho o diez meses más, mi tumor habrá dicho adiós definitivamente y un embarazo sería menos riesgoso. *Menos riesgoso*, no exento de riesgos. Y también menos probable. Cada día que pasa, mis posibilidades de ser madre se reducen, ¿lo entiendes, amor?

Él asintió. Aquella broma que él siempre le hacía en el pasado acerca de que se “le estaba pasando el arroz” se había vuelto real como la vida misma.

—Si me permito pensar en los riesgos, mi sentido común tomará el control y haré el mismo tipo de elecciones que siempre he hecho; seré conservadora. Ya no quiero serlo. Tú me has enseñado a vivir intensamente, a disfrutar cada momento a fondo y este es nuestro momento, amor. El momento de apostar fuerte por algo que los dos deseamos. Ahora, más que nunca, necesito que estés a mi lado, Scott. Soñando conmigo, confiando que todo saldrá bien y que en un año seremos tú, yo y una persona pequeñita que nos cambiará la vida.

—Y la pondrá patas arriba —dijo al tiempo que la estrujaba en un ataque de ternura—. Y tendremos que hacer las cosas a golpe de llanto,

comer cuando se duerma, andar por la casa de puntillas para que no se despierte... follar cuando nos deje, que será poco y durará lo que un suspiro... Y durante meses, ir como zombies porque no habremos pegado ojo en toda la puta noche. —Dakota buscó su mirada y sus ojos brillaban de ilusión cuando dijo—: ¿Dónde hay que firmar, Bollito?

La firma del acuerdo fue un beso apasionado que podría haber llevado a cosas más serias si Tess no hubiera sido tan consciente de que, en efecto, “se le estaba pasando el arroz” y no había un segundo que perder. De modo que la pareja pasó del momento apasionado al momento planificador cuando ella volvió a poner el calendario entre los dos y, bolígrafo en mano, comenzó a marcar sus días fértiles bajo la mirada divertida de Dakota que tenía que morderse para no echarse a reír a carcajadas.

Algo que no consiguió disimular del todo.

—¿Qué sucede? —quiso saber Tess.

Aquella expresión de pura inocencia de su mujer lo conmovió y lo divirtió a partes iguales, como tantas otras veces. Él quitó el calendario del sofá, tiró de Tess hasta que la tuvo sobre sus piernas.

—Necesitamos el calendario, amor —se quejó ella con sus vocecita dulce—. Necesitamos saber cuáles son mis días buenos.

—¿Quieres un servicio especial esos días?

Tess rió bajito. Hablar de ese tema con él era como arrojar una cerilla encendida sobre un barril de gasolina. Ella misma tampoco necesitaba grandes estímulos; él la seguía encendiendo igual que el primer día.

—Es más bien para asegurarnos de aprovecharlos todos.

—Ah, ya entiendo —repuso él, sugerente—. Te preocupa que se me pueda pasar alguno y vas a ponerlo en la nevera pisado con imanes para que lo tenga bien presente.

—Algo así —ella sonrió con picardía y añadió—: También para que estés en forma porque es posible que los partidos se alarguen más de lo habitual esos días.

—Ya. Cuantos más tiros a canasta, más posibilidades de encestar, ¿no?

Las mejillas de Tess estaban rojas y sus ojos brillantes de ilusión cuando asintió.

—Las posibilidades mejoran con la práctica —concedió.

Él se adueñó de su boca y el beso esta vez fue largo y apasionado.

—Practicar. Me encanta esa palabra —dijo Dakota, y tomando a Tess por las axilas la depositó de espaldas sobre el sofá y se colocó encima.

Ella lo recibió más que dispuesta.

—A mí también —murmuró.

Por la noche, en el exclusivo barrio londinense de Knightsbridge...

Abby acababa de llegar a casa cuando su móvil comenzó a sonar.

Sonrió al ver de quién se trataba.

—Uy, qué raro. Te hacía enzarzada en un combate cuerpo a cuerpo con tu Caballero Jedi... —fue su saludo cargado de picardía.

—*Y a quisiera, pero no. Tu marido lo acapara de mala manera. Menos mal que Conor se incorporó hoy, que si no...*

Era cierto. El negocio iba muy bien y la baja del ingeniero de montaje les había pasado factura. Ella misma lo había sufrido en sus carnes por partida doble; los atascos en la cadena de montaje habían afectado su parte del trabajo, el diseño de los grafismos, y el tiempo para disfrutar en pareja. Los dos llegaban tarde y agotados. Lo intentaban, pero muchas veces se quedaban dormidos en el sofá con el sonido de la televisión de fondo como si fueran una pareja de viejecitos.

—Y que lo digas. Egoístamente hablando, ¿no veía la hora de que Conor volviera al trabajo!

—*¿Y qué hay de la boda? Quedamos en hablar y no me has dicho nada...*

Otro tema en la montaña de pendientes.

—Poco te puedo contar. Hemos estado trabajando hasta en fines de semana para evitar más atrasos, así que no hay novedades. Seguimos diciendo que habrá boda y será en verano, pero ya no concretamos el año. —

Abby rió por ponerle al mal tiempo buena cara.

— *Chica, no hace mucho éramos jóvenes y juerguistas —bueno, yo más que tú—, ¿qué nos ha pasado? ¡Esto no puede ser!* —repuso Amy, intentando animar a su amiga.

Abby sonrió para sus adentros.

—Ya, ya, no te hagas la formal ahora, que sigues siendo una fiestera. La diferencia es que ahora la fiesta es con el mismo hombre y sí, es una gran diferencia tratándose de ti. Eso lo admito.

Lo era. Amy no dejaba de asombrarse de sí misma cada vez que caía en la cuenta de la manera en que el Caballero Jedi había empezado por barrer a toda su competencia del panorama para luego instalarse allí, a reinar omnipotente.

— *Nunca he dedicado tantas horas a trabajar en toda mi vida. Chica, no paro quieta y aunque mi vida laboral transcurre entre discotecas, bares exclusivos y clubs privados, es laboral, ¿vale? Estoy allí trabajando, no divirtiéndome. ¿Eso no lo admites?*

Las dos muchachas festejaron con risas aquel comentario tan oportuno.

—Si te digo la verdad, creía que había una posibilidad entre mil millones de que BBCox y tú congeniarais. Él me pareció un extraterrestre desde el principio. Mucho talento, sí, pero muchísimo capricho de excéntrico.

Y tú... Bueno, ¿qué te voy a contar a ti sobre ti misma, que tú no sepas? —  
oyó que Amy reía y continuó—: Era difícil, pero lo has conseguido.

— *Como me digas que te ha hablado de mí, me desmayo ahora mismo.*

—¿Él, hablar? Es el tipo menos comunicativo que he conocido en este mundillo de artistas. Siempre está abstraído en su arte. Pero es evidente que te da por hecho en su negocio. Todo pasa por tus manos. Eso es mucho mejor que cualquier cumplido que pudiera hacer.

— *Y lo paga a precio de oro* —concedió Amy.

—Exacto. Eres una chica con suerte; tienes el trabajo ideal y, por lo visto, también a un hombre ideal. Ya estás lista para sentar la cabeza.

Amy se echó a reír. Qué rara sonaba esa frase aplicada a su persona.

— *Tampoco exageres.*

—¿Que no exagere? Vamos a ver, Amy, ¿te has percatado de que llevas la friolera de treinta y un días dedicándole todo tu tiempo libre a un mismo hombre? La Amy que conozco se ha pasado los últimos diez años manteniendo citas con múltiples candidatos todas las semanas. Muchas veces, dos en un mismo día. ¿Cuándo fue la última vez que flirteaste con un total desconocido, si me permites la pregunta?

¿Para qué necesitaba un desconocido teniendo a un hombre de rompe y rasga como Niilo en su vida? Sabía hacerla reír, seducirla y encenderla, todo

en la dosis justa y en el momento oportuno, mejor que nadie. Se había convertido en un experto en Amy Pierson.

— *No te la permito, cari. No es asunto tuyo. Y sí, me he percatado.*

En aquel momento, el móvil de Amy vibró indicando que tenía otra llamada. A esas horas, solo podía tratarse del experto.

— *Hablando de Roma, me está llamando. Te dejo, Abby. Un beso.*

—Vale, ve a seguir dándole toda tu atención al Caballero Jedi —se despidió Abby, riendo.

A pesar de que se veían poco y echaba de menos los buenos ratos que pasaban juntas, se alegraba por Amy. Estaba satisfecha del giro que había dado su vida y le hacía feliz que al fin hubiera encontrado el amor. Todavía seguía siendo una palabra muy seria que su amiga no había pronunciado para definir lo que tenía con Niilo, pero ella sabía que no tardaría en suceder.

Abby dejó el móvil sobre la mesa de la cocina y se recogió el cabello.

Se puso el delantal y abrió la nevera. Aquella noche no encargarían la cena.

El pastel de carne llevaba un rato en el horno cuando Evel apareció en la cocina.

—Mmmm... Con el hambre que traigo y huele de maravilla... ¿Qué ha preparado mi mujercita para cenar? —cuando acabó la frase, sus brazos rodeaban la cintura de Abby desde atrás y su barbilla descansaba suavemente sobre su coronilla.

Ella sonrió, acarició las manos masculinas.

—Pura improvisación, te lo aseguro. Andamos escasos de provisiones

—repuso riendo—. Por no decir en la más triste miseria; los dos únicos tomates que había en la nevera organizaron una fiesta al verme.

Evel rió.

—Y tanto; esta mañana gasté la última cápsula de café que quedaba.

—Lo sé —repuso ella—. ¿No te pitaban los oídos? Me acordé muy mal de ti, que lo sepas.

Él estrechó el abrazo.

—Yo, en cambio, llevo acordándome muy bien de ti toooooo el día.

—¿Ah, sí?

—Sip —aseveró y puso algo que sacó del bolsillo delante de los ojos de Abby—. Resérvame el fin de semana del trece, que nos vamos a Menorca.

—¡Ahhhh, qué biennnn! —dijo ella, entrando en modo mujer megafeliz

—. ¡Nos vamos a la isla bonita, sí sí, sí! —tomó el rostro de Evel entre sus manos y depositó un beso sonoro sobre sus labios—. ¡Te adoro, motero. Ay, cómo te quiero!

Evel la tomó de la mano y juntos se dirigieron al salón. Se sentaron uno junto a otro en el sofá y él le pasó un brazo alrededor del hombro.

—¿Estás contenta?

—Feliz. Feliz, de verdad. Empezaba a preocuparme que quizás tuviéramos que posponerla por falta de fechas. Esa isla es un mundo de gente en temporada alta, conseguir hotel será todo un tema, ya no hablemos de organizar una boda —sonrió con ternura—. Y yo quiero casarme contigo este verano, motero.

—Nada impedirá que me des el “sí quiero” por segunda vez, preciosa. Eso te lo garantizo. No veo la hora de que llegue el día... cuando quiera que sea —apuntó riendo. Excepto el deseo de los dos, todo estaba en una nebulosa. No había sitio de celebración, ni convite planeado, ni ninguno de los innumerables detalles implicados en la organización de una boda. Por no haber, no había ni fecha.

—Y yo no veo la hora de dártelo —repuso ella, enamorada.

—Será fantástico. Un día inolvidable, te lo prometo.

—Lo sé, motero.

En aquel momento, el reloj del horno sonó anunciando que el pastel estaba listo y los dos se miraron. Fue ella la que tomó la iniciativa.

—¿Tienes mucha, mucha, mucha hambre? —le preguntó, sugerente.

La mano de Evel que estaba en el hombro, descendió lentamente por el brazo en una caricia larga y sugerente que en su camino ascendente se detuvo a la altura del busto femenino y continuó allí, insinuándose.

—Mmm... —dijo él en un susurro junto al oído femenino—. No te imaginas cuánto, bomboncito.

Casa de Pau Estellés,  
Ciudadela, Menorca.

Pau no pudo evitar una sonrisa tierna al ver que su pequeña se había quedado dormida. Llevaba los últimos veinte minutos volviendo a abrir los ojos cada vez que él dejaba de leer, insistiendo en que “nooooo, no tengo sueño”. Cerró el libro, acomodó bien las mantas sobre la niña y tras apagar la luz, cerró la puerta de la habitación. Estirándose, se dirigió al salón, donde se sirvió un *whisky* y fue a sentarse al sofá con las luces apagadas.

Solía ser su momento favorito del día, ese en el que la actividad vertiginosa que empezaba muy temprano por la mañana, se detenía y le permitía un rato de introspección. Introspección que, últimamente, siempre acababa en el mismo tema: Tina y su inesperado rechazo a la propuesta de Andy.

Seguía tan desconcertado por esa decisión, que se había quedado bloqueado. En circunstancias normales, la habría llamado y le habría pedido explicaciones. Era su forma de ser. “Demasiado directo” como decía su padre. Pero, por lo visto, cuando se trataba de Tina ya no conseguía ser él mismo al cien por ciento. Había reprimido sus ganas de llamarla porque algo

en su interior le decía que no era una buena idea.

Y no lo era, porque su reacción lo había tomado desprevenido, afectándolo mucho más de lo que estaba dispuesto a reconocer. No le gustaba el cariz que estaban tomando los acontecimientos. No le gustaba sentirse así. Las veces que había intentado poner un poco de sentido común a todo aquel asunto, había acabado tan perdido como estaba el principio. ¿Por qué Tina había rechazado la propuesta? Nadie en su sano juicio desaprovecharía una oportunidad como esa. Pero ella lo había hecho. Incluso pudiendo probar un tiempo antes de dar su sí definitivo, había dicho “no”. Sin más.

Pau dio un sorbo a su bebida y volvió a dejar el vaso sobre la mesilla.

Se moría por ver a Tina. Por decirle a la cara lo que pensaba de su negativa y que pasara lo que tuviera que pasar. Pero era muy consciente de que eso no le convenía. Era una jugada arriesgada y si salía mal, el revés sería de aúpa.

Dios, se le estaba escapando algo en todo aquel asunto y no sabía qué era.

En ese momento una idea acudió a su cerebro: Tina se había asustado.

De primeras, la rechazó por inconcebible, pero luego... Tenía mucho más sentido que su “no” a secas. Y era la única explicación posible, la que cuadraba y lo aclaraba todo. A menos, claro, que el amor hubiera derretido parte de sus neuronas haciendo que su cerebro empezara a soñar con quimeras, lo cual, dicho fuera de paso, también era muy posible.

*¿Te has asustado, princesa? Vaya, vaya.*

Una sonrisa esperanzada iluminó el rostro del menorquín. Si él no le importara, no se habría bajado del proyecto. Le habría bastado con ignorar sus atenciones para hacerle comprender que no debía insistir. Ni siquiera habría necesitado decírselo con todas las palabras.

Pau volvió a controlar su móvil. Seguía en silencio en lo que a la entrenadora se refería y tuvo que luchar nuevamente contra la inmensa tentación de llamarla. Decirle; “cobarde, te has rajado”. Estaba casi seguro de que esa era la razón, pero si algo había aprendido a su lado era a no bajar la guardia. Tina era una gran adversaria y lo aprovecharía.

No podía precipitarse. Debía meditar muy bien su próxima jugada.

Muy, pero que muy bien.

A muchos kilómetros de donde estaba Pau, Tina dejó el libro a un lado y se estiró a coger el mando de la televisión. Estaba junto a su móvil, y por millonésima vez aquel día, volvió a preguntarse por qué seguía sin noticias suyas. Estaba tan segura de que Pau la llamaría, que no entendía cómo había podido equivocarse tanto. Y eso no le gustaba, porque que él no diera señales de vida, dejaba por los suelos todo lo que le había dicho en sus excursiones sin invitación a Londres. ¿Cómo podía creer que ella era importante para él, que lo había dicho en serio, si días después de enterarse de su negativa a unirse al proyecto de Andy —lo cual era decir “no” a la remota posibilidad

de que los dos volvieran a estar a una distancia donde una relación fuera geográficamente posible—, él seguía en paradero desconocido? ¿Acaso aún no se había enterado? Lo dudaba mucho. Tenía que saberlo. Y si lo sabía, ¿por qué no la llamaba?

La entrenadora soltó un bufido. Un segundo después, se apresuró a echar el pensamiento de su mente y a fingir que seguía con su vida como si nada sucediera.

## **Episodio 8**

Lunes, 1 de febrero de 2010.

Casa de Conor Finley,

Londres.

Tanto a Nikki como a Conor se les había hecho eterno el día, aunque sólo uno de ellos lo hubiera admitido en voz alta, y los dos se habían presentado puntuales a su cita por Skype. Verse a través de la pantalla, aunque raro y un poco tenso los primeros momentos, había sido un alivio para los dos; era una forma de estar juntos en la distancia. Después del "hola" de rigor, las anécdotas sobre su primer día de trabajo y los comentarios bromistas por parte de Conor acerca de lo poco que le favorecía la cámara, había llegado la infaltable pregunta.

—¿Y cómo llevas nuestra “prueba”, preciosa? ¿Sigues pensándote lo

nuestro?

No había querido pensar al respecto. Esta vez, algo en su interior, la impulsaba a no dar nada por sentado, a ser cauta. La mujer que seguía profundamente enamorada de él, lo necesitaba tanto que no quería renunciar a ninguna posibilidad de estar con él, pero la otra, la que empezaba a cumplir sus sueños profesionales y se sentía poderosa, no hacía más que recordarle las inmensas desventajas que tenía seguir en contacto con Conor. En su opinión, seguían queriendo cosas distintas de su relación. Él, en cambio, juraba y perjuraba que su parte del compromiso seguía en pie, que aunque no estaba preparado para hablarle de ello todavía, no le había mentado. Y le creía. ¿O solo *quería* creerle? Y además, ¿preparado para qué? Tenía demasiadas preguntas, demasiadas dudas.

—Estoy aquí, ¿no? De momento, tendrá que bastar. Sigo pensando que es una pésima idea. Si te sirve... —fue la respuesta de Nikki.

—¿Si me sirve...? —Conor no había sido ajeno a que el final de la frase daba a entender más cosas. Tantos años a su lado le habían enseñado a entender, e incluso a presentir, cuando su chica pensaba cosas que no decía.

La verdad era que más allá del millón de preguntas y de las dudas, él había conseguido marcar una diferencia en aquel día gris, ponerle un punto de ilusión y de esperanza. Porque sí, ese era otro de los talentos de Conor; su capacidad de transformarlo todo con su sonrisa.

—Hoy ha sido un día duro —reconoció—. Estás ahí, viendo como un grupo de señores se juegan el futuro de miles de personas como quién juega a la ruleta rusa, traduces sus palabras deseando que fueran otras, y hasta te sientes un poco culpable de que esa destreza que tienes, de hacer posible que personas que hablan distintas lenguas se comuniquen a través de ti, a veces te obligue a ser portador de tanta basura.

Nikki dio un sorbo a su humeante café y no añadió nada más.

—Lo siento mucho, preciosa.

—No, no lo sientas. La verdad es que hoy habría sido mucho más duro sin este rato contigo, sin tu incombustible alegría, que muchas veces me fastidia —alzó la vista y lo miró con una especie de sonrisa—, pero que hoy... Hoy lo agradezco.

—No siempre soy tan alegre. —Especialmente cuando no la tenía, había demostrado ser capaz de transformarse en alguien insoportable.

Ella sacudió la cabeza, lo miró con un punto de desdén.

—Claro que lo eres... Eres la persona más alegre del mundo. Siempre has tenido esa capacidad de convertirlo todo en risa con tus bromas, con tu espontaneidad, con tu perenne sonrisa... No creas, muchas veces no puedo evitar preguntarme cómo lo haces.

Conor la miró con un ojo entornado. Era posible que se equivocara,

pero...

—¿Es un cumplido? —le preguntó con una sonrisa seductora.

Podía serlo. La verdad era que tenía la sonrisa más bonita que ella había visto jamás, y era de esa clase de hombre que la mostraba permanentemente, haciendo que el resto del mundo quisiera pegarse a él, sólo por recibir un poquito del inmenso calor que emitía. Podía haber sido un cumplido, pero no lo era.

—Es la verdad, Conor. Eres así —exhaló un suspiro—. Y ahora, voy a dejarte. Estoy molida, ha sido un día eterno así que me haré un sandwich y me voy directa a la cama, ¿te importa?

—No... Bueno, en realidad, sí. Me encantaría seguir hablando contigo.

Podría pasarme el resto de mi vida así. Pero, lo entiendo. Ve, date un buen baño, no comas mucho que luego el sueño es muy pesado, métete en la cama, y si puedo pedirte algo, sueña conmigo —al ver que ella lo miraba con ironía, continuó sin darle tiempo a decir nada—: Duerme tranquila, que mañana te llamo. ¿A la misma hora?

Lo había dicho de carrerilla, con su perenne sonrisa y una seguridad que ni él mismo se creía. Si ella supiera cuánto dependía de su respuesta...

Nikki asintió con la cabeza y finalmente pronunció las palabras que él se moría por oír.

—Sí, hasta mañana —repuso.

Y cuando la pantalla se quedó en negro, Conor cerró los ojos con una inmensa sonrisa agradecida y extendió los dos brazos por encima de su cabeza, festejando seguir en la carrera.

Casa de Amy Pearson.

Londres.

Después de colgar con Abby, Amy atendió la nueva llamada con una sonrisa que no le entraba en la cara.

—Bueno, bueno, bueno, Caballero Jedi. Qué sorpresa. ¿Estás de servicio, o ya has abandonado el Borde Exterior?

La risa del motero la llenó de ilusión.

—Te sorprendería saber lo lejos del Borde Exterior que estoy.

—¿En serio? Pensé que todavía estarías trabajando. En ese caso, ¿qué te parece si encargo algo rico para comer? ¿Estás muy cansado para pasarte por mi casa?

Niilo volvió a reír. Una carcajada divertida que a Amy le acarició el corazón. De pronto, el cansancio de un largo día ajetreado quedó en el olvido y lo único que había eran unas ganas locas de compartir tiempo con aquel hombre que no dejaba de sorprenderla cada día más.

—¿He dicho una estupidez? ¿Por qué te ríes?

—Porque tu Caballero Jedi, no sólo ya no está en el Borde Exterior,

también se ha ocupado de la cena, y está al otro lado de tu puerta con unos rollitos de primavera, una ración doble de pollo con bambú y setas, y otra de fideos fritos con ternera que huelen de maravilla. ¿Qué te parece, preciosa?

Amy cortó la llamada sin responder y entró en un frenesí de actividad, quitando las cosas que había dejado por el medio mientras corría hacia la puerta. La abrió y le echó los brazos alrededor del cuello.

Bienvenida que Niilo recibió con gran satisfacción. Se pasaba el día ideando formas de derretirle el corazón, de cautivarla y volverla loca de amor. Quería ser el centro de su vida, el único hombre, el mejor.

—¡Guau, cuánta emoción...! ¿Qué tal estás, preciosa? —murmuró al oído de Amy, rodeándola con un solo brazo mientras en el otro sostenía una bolsa de la que salía un aroma apetitoso.

—¿Que cómo estoy? Muerta de hambre —repuso con doble sentido. Sin cortarse, besó apasionadamente al motero quien respondió con avidez—.

Cada día me pareces más alucinante, Niilo. Quién me lo habría dicho...

La pareja permaneció mirándose durante unos instantes. Se miraban y sonreían y ninguno de los dos decía nada. Había picardía en el rostro del motero, pero también mucha ilusión. En el de Amy, además, había muchas más cosas. Saberse enamorada por primera vez (aunque siguiera negándolo, diciendo que era una palabra demasiado fuerte para definir lo que sucedía), la llenaba de sensaciones increíblemente vívidas. Únicas.

—Podría quedarme aquí, mirándote toda la noche; eres preciosa. Pero los dos estamos muertos de hambre y si vamos a ponernos morados comiendo, mi consejo es que entremos —dijo él, siguiéndole el juego. En el rostro de Amy brilló una sonrisa perversa.

—¿Vamos a ponernos morados? ¡Ñam! Entonces, sí, estoy de acuerdo. Mejor que sea en privado.

Durante la siguiente hora y pico, sin embargo, la pareja se dedicó a comer comida de verdad mientras conversaban, totalmente conscientes de que los vínculos que los unían eran cada vez más fuertes.

Satisfecho el hambre de alimento, la pareja dio cuenta del postre que no fue, precisamente, de la clase que se compra en una repostería. El sexo era tan bueno como la relación que mantenían lejos de las sábanas y eso también estaba contribuyendo a cambiar los hábitos de la pareja. Algo que Niilo volvió a comprobar cuando se despertó en plena noche en una cama que no era la suya.

A tientas para no despertarla, se dirigió al baño llevándose por delante casi todo lo que encontró a su paso. Cuando regresó a la cama, Amy le pasó un brazo alrededor de la cintura y se acurrucó contra él.

Niilo sonrió.

—Lo siento —dijo en voz baja—. Me parece que he chocado con todo lo que hay entre la cama y el baño. No me he dejado nada.

—Ya. Creo que mi casa es demasiado pequeña para ti.

Él le pasó un brazo por debajo de la cabeza y la besó en la boca.

—Tu casa es demasiado pequeña hasta para ti. ¿No has pensado en mudarte? —susurró sobre sus labios, robándole pequeños besos una y otra vez.

—Sí, supongo... Aunque, que sea tan pequeña también tiene sus ventajas... Con eso de que no hay sitio... —dijo pegándose más a él, buscándolo.

Niilo se puso encima de ella.

—¿Sabes, Amy? Podría llegar acostumbrarme a esto. Ya lo creo que sí.

—Y yo —repuso ella, abrazando las caderas del motero con sus piernas.

Viernes 5 de febrero de 2010.

En un gran gimnasio de la ciudad,

Londres.

Una semana, pensó Tina. Una semana completa sin la menor noticia del menorquín. Odiaba tener que reconocerlo, pero seguía sin comprender por qué razón él no había dado señales de vida. Tanto como odiaba que fuera un pensamiento recurrente. Tina dobló la esquina y apuró el paso hacia el gimnasio. Acaba de ponerse a llover.

Sabía por Andy, —y no porque se lo hubiera preguntado—, que Pau

había estado de viaje. Realmente, no podía echarle nada en cara pero ¿dónde había ido de viaje? ¿A un planeta sin cobertura? Dios, qué rabia le daba.

La entrenadora avanzó por la recepción con una sonrisa especialmente desenfadada aquella mañana. Era su estrategia de distracción. Desde que Pau había tenido la gran idea de presentarse en el gimnasio se habían disparado los rumores, y habían venido acompañados, cómo no, de bromas y comentarios graciosillos. Tina siempre había mantenido su vida privada al margen del trabajo. Eso había cambiado en el momento en que Pau Estellés había puesto un pie en el gimnasio. Desde entonces, incluso cuando no había comentarios, las miradas eran explícitas. Así que Tina se cuidaba muy mucho de que nada en su expresión o en su actitud se convirtiera en el combustible que alimentara más bromas o comentarios, de los que ya había.

En este caso, le extrañó que la sonrisa de la recepcionista fuera más grande que la suya.

—Ha llegado esto para ti —dijo la muchacha.

Los ojos de Tina se tomaron un momento para examinar el paquete que la joven había dejado sobre la mesa, antes de tocarlo siquiera. Evidentemente, era un regalo. Y a juzgar por el elaborado envoltorio, se trataba de un regalo caro. Una sensación extraña le recorrió el cuerpo, porque quién sino Pau podía habérselo enviado.

Intentando mantener una actitud natural, Tina tomó la caja y comprobó que no llevaba remitente.

—La trajo un mensajero hace un rato —confirmó la joven que había apoyado los codos sobre el escritorio como si dispusiera de todo el tiempo del mundo.

Tina asintió. Hizo un gesto ambiguo con la boca con el que intentó apoyar la impresión de que aquel paquete no despertaba su curiosidad de manera especial, y se dispuso a seguir hacia los vestuarios.

—No seas mala, Tina... ¿No me vas a dejar ver lo que te ha mandado tu amigo español?

Tina se volvió mirándola con expresión divertida.

—Menuda imaginación tienes. ¿Por qué piensas que es suyo?

—Venga ya, Tina... ¿Y todavía me lo preguntas? —Al ver el rostro interrogante de la entrenadora añadió—: Porque es de la clase de hombre que hace regalos para seducir a la mujer que le interesa. Y tú le interesas.

—Ay qué equivocada estás... Seguro que no lo ha enviado él.

—¿Y quién, si no? ¿Hay otros candidatos que te hagan regalos caros de los que no sepamos nada?

—¿Esperas que te lo diga? —repuso Tina con ironía, y esta vez se dirigió a los vestuarios dando la conversación por finalizada.

Recorrió el camino con más rapidez de lo habitual. Estaba ansiosa por comprobar lo que ya intuía. Dejó el bolso sobre el banco de madera y se sentó. Puso el paquete a su lado y, a pesar de la ansiedad, aún se tomó unos instantes antes de abrirlo. Era irónico. Llevaba una semana pensando en él, seguro que al menorquín tenían que pitarle los oídos y ahora, tan segura como estaba de que el paquete era suyo, se dio cuenta de que si en realidad no era así, la decepción sería grande.

El corazón de Tina se aceleró mientras retiraba el elegante lazo de terciopelo rojo que rodeaba la caja, algo de lo que su mente no se dio por aludida. Cuando finalmente el contenido quedó expuesto, nada pudo impedir que toda ella fuera consciente de los acelerados latidos de su corazón.

Con los dedos helados, tomó el delicado sobre color crema que estaba fijado en el interior de la tapa, lo abrió y extrajo la tarjeta.

“Sé que te encanta el chocolate y de vez en cuando está bien darse algún gusto. Pienso en ti cada minuto del día. Un beso, Pau”.

Tina exhaló un suspiro. Volvió a guardarla, consciente de que el corazón le latía tan fuerte como si acabara de hacer un esprint.

Había contado con que a él le sentaría como un tiro su negativa a la propuesta de Andy, que se presentaría en Londres y la enfrentaría con su habitual exceso de sinceridad. Incluso, después de una semana sin noticias, había empezado a barajar la posibilidad de que al comprobar que no había

podido salirse con la suya, Pau estaba mostrando su auténtico rostro, desapareciendo de su vida sin dejar rastro. Y en cambio...

Tina miró de reojo la caja. Abrió la tapa con dos dedos, como quien espía algo que sabe que acabará tentándolo e intenta evitarlo. Comprobó que el contenido era de los que te hacían relamer con solo mirarlo. Tomó una de las delicias envuelta en un brillante papel rojo metalizado y se lo llevó a la boca. El placer proporcionado por aquel pequeño manjar relleno de cereza y ron, le hizo olvidar momentáneamente el forcejeo mental que llevaba manteniendo consigo misma desde hacía una semana, sus dudas, sus reticencias... Todo.

Pero solo duró un momento. Cuando el efímero efecto del aumento de azúcar en la sangre pasó y apenas quedaba un débil rastro del sabor del bombón en su boca, la realidad volvió a reinar y un pensamiento acudió a su mente, implacable.

“¿Qué voy a hacer contigo, Pau?”.

Mientras tanto, no muy cerca del gimnasio de Tina...

Ya estaba harto de mensajitos, harto de conformarse con llamadas telefónicas o con desayunos que le sabían a gloria, pero que eran siempre tan breves. Maverick aparcó la moto que le había prestado un cliente motero frente a un edificio de oficinas, no muy lejos de Piccadilly Circus. Se detuvo

frente a la recepcionista, y preguntó por Shea Mitchell.

En el amplio despacho separado por unas puertas correderas de una sala de reuniones con capacidad para ocho personas, Shea tuvo que hacer que la recepcionista le repitiera lo que había dicho. Estaba al teléfono con un cliente cuando había sonado la línea interior.

—¿Pero está ahí? —preguntó Shea.

— *Sí, aquí mismo.*

—De acuerdo. Por favor, dile que espere un momento.

Terminada su conversación de negocios, y después de echarse un vistazo en la cristalera, se dirigió a la recepción del centro de negocios donde la imprenta tenía su sede londinense.

Maverick la recibió con una sonrisa.

—¿Tienes tiempo para un café? —ofreció.

—Espero a un cliente, pero, ven, pasa. Vaya sorpresa —dijo ella.

Aunque en realidad, visto lo visto hasta ahora, no entendía de qué se sorprendía. Nadie había hecho jamás tantas locuras por ella.

Shea lo condujo a su oficina y le ofreció un café que Maverick aceptó más por cortesía, que por interés. La verdad era que se sentía muy ansioso, incluso nervioso por lo que estaba haciendo.

Y prueba de lo nervioso que estaba, fue la siguiente frase que salió de su boca.

—¿No te apetece pasarte por el bar esta noche, cuando acabes? Hay música en vivo. Un grupo irlandés que llena el bar cada vez que viene. Son muy buenos.

Ella movió ligeramente la cabeza a un lado y otro, entre pensativa y dudosa.

—Theresa Gibb-Taylor es un cliente. Bueno, aún no, pero creo que aceptará mi propuesta. No sería apropiado.

Maverick asintió. Era frustrante, y así lo expresó para su propia sorpresa. Su boca, por lo visto, había tomado sus propias decisiones al respecto, pasando olímpicamente de lo que le ordenaba el cerebro.

—Qué desastre. Creo que es la primera vez que me pasa que me muero por ver a alguien y no puedo.

Ella se quedó mirándolo sin atinar a nada. Sentía las manos heladas y las mejillas ardiendo, lo cual significaba que se había puesto roja. No sabía cómo responder a aquello y dijo lo primero que le vino a la mente.

—¿Te mueres por verme a mí?

—Sí, y me estoy volviendo loco. A partir de febrero, hay actuaciones en el bar tres veces en semana y todos los fines de semana. Es imposible despegarme de la barra. —Su frustración quedaba tan patente en cada palabra que resultaba contagiosa.

Shea asintió repetidas veces con la cabeza. Durante unos instantes los

dos permanecieron en silencio, intentando asimilar su mutua frustración. Porque aunque ni lo hubiera dicho ni pudiera explicarlo, ella también la sentía.

—Pues... Ven a mi casa después de que cierres —le ofreció. A

Maverick le temblaron las rodillas—. Si no estás muy cansado, claro...

Los ojos del barman brillaron enloquecidos.

—¿Lo dices en serio?

Shea volvió a asentir varias veces con la cabeza, en aquel gesto característico que él encontraba cada vez más atractivo.

—A mí también me apetece mucho verte —admitió al fin con una estudiada cautela que él reconoció al instante y le puso una sonrisa en los labios.

—Ah, vale. No te mueres por verme, pero te apetece mucho. No está nada mal —dijo Maverick con picardía.

Los dos rieron y durante un instante ninguno dijo nada.

—¿Entonces vienes esta noche? —Ella alzó la vista y sus miradas se encontraron.

Un tornado de emociones los sacudió interiormente.

—Puedes apostar lo que quieras por eso.

Casa de Dylan Mitchell.

Cala Morell,

Ciudadela, Menorca.

Dylan sacudió la cabeza, miró de reojo a su chica y lo soltó sin miramientos.

—Si quieres que acabe de revisar este contrato, te sugiero que dejes de mirarme así.

Hacía un rato que habían acabado de comer y Dylan estaba revisando el borrador del contrato que habían preparado los abogados del Grupo Estellés. Si todo estaba en orden, firmarían ante Notario el martes por la mañana.

Andy estaba ilusionada por saber la opinión de Dylan, pero estaba aún más ilusionada por él, por tenerlo en casa. Lo echaba tanto de menos que cuando al fin volvían a estar juntos, se le iba la cabeza. Se moría de ganas.

—¿Te hace sentir muy presionado que te mire?

Dylan apartó el contrato, le pasó un brazo alrededor del hombro y la atrajo hacia él impulsivamente. Devoró sus labios en uno de sus arranques de pasión.

—Me excita —precisó—. Repito, ¿quieres que acabe de leer el contrato o no?

Andy continuó mirándolo. En aquel momento se sentía tentada de pasar del contrato y dedicarse al placer. En realidad, no había tiempo para eso; los

esperaban en casa. Aún y así, la tentación era muy grande.

—Hermosa, la mitad de la sangre ya no está en mi cerebro. De ti depende lo que pase con la otra mitad —dijo él, que acabó la frase riéndose de su propia ocurrencia que, en realidad, no era *tanta* ocurrencia. Más bien, la cruda realidad.

Andy empezó a troncharse de la risa.

—¡Dios, eres un caso! Vale, vale, acaba de leer que yo intentaré aguantarme —convino la muchacha.

—¿En serio?

—En serio, me porto bien —aseveró Andy, con picardía.

—Muy bien. Yo creo que está todo en orden —dijo él al cabo de un rato—. Así que si no tienes ninguna duda, podemos ocuparnos de que a mi cerebro no le llegue ni una gota de sangre... —Y coronó la frase con una sonrisa perversa.

Andy notó que no sólo había apartado el borrador bien lejos; ya se estaba quitando el jersey. Ella comenzó a reír.

—¿Y cómo quieres que piense en las dudas si te estás quitando la ropa?

—intentó pararlo con una pregunta—. ¿En serio está todo en orden? ¿Queda suficientemente claro que las decisiones técnicas serán mías?

—Lo pone expresamente, así que sí, queda suficientemente claro que las decisiones técnicas serán tuyas —él le robo un beso y sobre sus labios

murmuró—: ¿Algo más antes de que mi cerebro se quede seco?

Dylan se puso de pie, situándose justo frente a sus ojos, y con movimientos deliberadamente sensuales empezó a desabrocharse el cinturón.

Andy se llevó las manos a la boca en un aparente ataque de risa que, en el fondo, era bastante más que sólo eso. Con las ganas que tenía, y él no dejaba de exhibirse.

—Dios, calvorotas... Deja de menearte que ahora no podemos, en serio.

Él tomó la mano de Andy y tiró de ella haciéndola ponerse de pie. Le rodeó la cintura con un brazo, empujándola contra su cuerpo y empezó a moverse con ella como si bailara.

—Quién dice que no podemos. Puedo ser muy rápido cuando me conviene y todavía es temprano.

Andy miró su reloj de muñeca con desesperación. Ni aunque fueras un meteoro, pensó.

—Ay, Dylan... Vas a tener que aguantarte hasta esta noche, porque ahora tenemos que marcharnos.

—¿Tenemos? —murmuró él, colándose en su cuello, y dejando un rastro de besos húmedos que le arrancaron a Andy una sucesión de suspiros.

—Ay, por favor... Me estás matando... Sí, tenemos. Estamos convocados por mi madre a las seis y no podemos llegar tarde.

—¿Estamos? —volvió a decir él, pegándose a Andy y besándola

apasionadamente.

Andy demoró un buen rato en responder, el que le tomó dejar de disfrutar del beso voraz que Dylan le estaba dando y recuperar la razón.

—Ah... Diossss, me estás matando... —volvió a murmurar ella—. Sí...

Tú también estás convocado.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, Andy apartó a Dylan de su cuerpo y lo mantuvo a distancia prudencial manteniendo sus brazos extendidos.

—Para, calvorotas. Tenemos que irnos.

Dylan dejó caer la cabeza, frustrado. Volvió a coger su jersey y se lo puso con movimientos desganados.

—Tendrás que ir solita porque yo tengo que quedarme. Me van a entregar unas cosas que he comprado —repuso él.

Vio como el rostro de su chica pasaba de frustración de amante a quien acaban de cortar el rollo, a la excitación más infantil.

—¿Qué cosas? ¿Compras desde Niza? —Sus ojitos brillaban de curiosidad formando un cuadro que a Dylan le resultó sencillamente alucinante, y se lo demostró plantándole un beso apasionado. Tras el cual empezó a empujarla suavemente con su cuerpo en dirección a la puerta de salida.

—Curiosa.

—Venga, dímelo —pidió ella, haciendo pucheros.

—Vete, Hermosa, antes de que te encadene a mi cama y tire la llave.

Ya estaban en la puerta. Dylan intentaba cerrarla, y ella intentaba impedirselo.

—¿Es una sorpresa? ¿Para mí? —insistió, ilusionada.

El irlandés se echó a reír. Desistió de cerrar la puerta, la rodeó con sus brazos y la meció como si fuera una niña pequeña.

—Pero qué mujer más curiosa. —No sonó a queja porque no lo fue.

Dylan la adoraba. Andy era ocurrente, risueña, apasionada... Intensa para todo.

Y preciosa.

Y dulce como la miel...

Perfecta por los cuatro costados.

## **Episodio 9**

Viernes, 5 de febrero de 2010.

Casa de la familia Estellés

Ciudadela, Menorca.

Anna había meditado mucho sobre cómo quería enfocar el tema. En un principio, había pensado en dejarlo solo en el plano familiar más próximo, limitándose a hablar con sus hijos. Pero al poco, había considerado que el

asunto era lo bastante serio como para hacerlo extensivo a toda la familia. Dejarlo claro ante todos de una vez, y dado que tampoco quería malos entendidos con Jaume, había decidido pedirle que él también estuviera presente en la reunión.

Eran las seis de la tarde y estaban todos reunidos en el salón; sus hijos, sus hermanos, y también su padre y, por su puesto, Jaume. Mientras Roser

entretenía a Luz con unos legos en un rincón, Anna abrió la conversación.

—Bueno, solo falta Dylan que no ha podido venir por un compromiso, así que voy a empezar... Os he reunido para anunciaros que Jaume y yo estamos manteniendo una relación sentimental.

La sonrisa orgullosa del constructor de barcos era todo un espectáculo en sí mismo tan grande como la cara de disgusto que se le había quedado a Danny, pero los comentarios y las expresiones de júbilo no tardaron en oírse y Anna los silenció con un gesto de la mano para poder continuar.

—Quería que lo supierais por mí. Volver a encontrarnos ha sido un regalo para los dos y queremos disfrutarlo todo lo que sea posible.

Andy notó que Jaume miraba a su madre con tal expresión de hombre enamorado que tenía la sensación de que en cualquier momento se derretiría y en la silla solo quedaría de él su elegante polo Ralph Lauren de mangas largas en medio de un charco pringoso. Desde el primer momento, había intuído que él era la razón de que su madre hubiera convocado a toda la familia a una reunión. También sabía que algo había sucedido entre Danny y ella recientemente, aunque ninguno de los dos había soltado prenda al respecto. Su jovencísimo hermano ocultaba muy mal los berrinches y dado que desde el principio no le había gustado nada la idea de ver a su madre en compañía de Jaume, y que ya no le dirigía la palabra, a Andy no le había

resultado difícil atar cabos. Ahora entendía a cuento de qué venía el enfado de Danny; él ya sabía que su madre y el constructor de barcos habían dejado de ser solo amigos.

Algo que quedó claro un instante después, cuando Danny se puso de pie, dispuesto a marcharse. Había sido la típica actitud que a Anna la llenaba de vergüenza y de frustración porque le parecía tremendamente injusto no solo hacia ella, especialmente hacia Jaume.

Y como había sucedido en otras ocasiones, tan contadas y lejanas en el tiempo que ya nadie recordaba, Anna sacó a relucir el toro bravo que llevaba dentro.

—Vuelve a sentarte, Daniel. Ya mismo

El tono de su voz, la actitud, todo el lenguaje corporal de Anna reclamó un silencio inmediato en la sala, sorprendiendo a todos.

Danny obedeció al instante.

—Os he enseñado a ser libres —continuó Anna mirando a sus dos hijos

—. A vivir vuestra vida a fondo. Sé que mi enfermedad ha supuesto muchos sacrificios y nadie lo lamenta tanto como yo, pero esto es otra cuestión —dijo esta vez dirigiéndose a Danny—. Soy tu madre, pero al igual que tú, tengo el derecho de vivir mi vida a fondo mientras lo que haga no limite tu libertad ni altere tu vida. Y lo que sí espero es que te comportes con educación porque

eso es algo que también te he enseñado. Jaume no tiene la culpa de no caerte bien. No te ha hecho nada.

El muchacho apartó el rostro con las mejillas sonrojadas. Pero era hijo de quien era, y lo demostró al instante.

—Él te dejó. ¿A qué viene ahora, a dejarte otra vez?

—¡Eso no es asunto tuyo Danny! —exclamó Anna, abochornada—. Y no sé de dónde has sacado eso, pero no es cierto. Deberías tener más cuidado con lo que dices, jovencito. No fue Jaume el que me dejó a mí, sino justamente al revés.

Esa parte de la historia era una revelación y la expresión del rostro de todos lo mostró a las claras. En algunos había sorpresa y en otros incredulidad pero, sobre todo, había asombro por la forma en que Anna, siempre tan protectora de su vida privada y de sus intimidades, estaba defendiendo públicamente al hombre que sentado a su lado, no apartaba sus ojos de ella.

Jaume sabía que la invitación de Anna era a escuchar sin intervenir. En lo que a sus hijos concernía, le había dejado claro que no toleraría intromisiones, lo cual le parecía perfecto. Pero esto no podía dejarlo correr.

—Adoro a tu madre. Siempre la he querido y me equivoqué al no luchar por ella... Era joven y tan, tan estúpido... Pero esta vez no habrá errores. Te lo prometo, Danny. Estoy aquí para quedarme y ella también.

Esa declaración tan sincera y a la vez sentida, expresada en un tono carente de paternalismo, impresionó a los presentes. Roser no sabía qué pensar respecto a lo que oía. Siempre había creído que las cosas habían sucedido de manera diferente. Había sido una sorpresa que su hermana lo aclarara, una aún mayor que alguien a quien tenía por un soberbio agachara las orejas e hiciera un “mea culpa”. Tendía a pensar que la gente no cambiaba, pero por primera vez miraba a Jaume con otros ojos.

Danny seguía sin tener nada claras las intenciones de aquel hombre con su madre y mientras fuera así, continuaría pendiente de cada movimiento y de cada palabra. Más le valía al tipo ese andarse con ojo.

Piso de Dylan Mitchell.

Cerca de Piccadilly Circus,

Londres.

Maverick ni siquiera se molestó en esperar el ascensor. Subió dando grandes zancadas por la escalera. Cuando llegó frente a la puerta de Shea era la una de la madrugada. Había hecho tiempo récord, pensó, mientras golpeaba dos veces con los nudillos. Antes de medianoche ya se había ocupado de “echar a todo el mundo del bar” para poder cerrar en punto. Como era de esperar, había tenido que soportar las bromas de los moteros que no sabían exactamente qué sucedía para que un tipo que nunca tenía

prisas, de pronto, los estuviera echando, pero intuían que tenía que ver con lo que todo el mundo comentaba: el ya famoso “momento pasmarote”. Incluso había soportado estoicamente las tormentosas miradas de Cheryl que sabía perfectamente a qué se debían tantas prisas.

Había salido poco menos que corriendo, deseando, por una vez, conducir una moto y no un coche. Por suerte, a esas horas la ciudad estaba tranquila, y le había dado tiempo hasta de comprar algo para cenar.

—Qué pronto. Pensé que tardarías un rato más en llegar —le dijo con una gran sonrisa.

—Sushi, quebabs y chino —dijo él enseñando las bolsas que portaba—.

Estoy muerto de hambre.

Shea no pudo evitar pasarle revista. Vaqueros ceñidos, una camiseta con un anagrama colorista en el pecho y una cazadora estilo *bomber* que llevaba abierta y arremangada casi hasta el codo. Estaba imponente. De buen grado, pasaría de la comida y se daría un atracón con el repartidor. Consciente de que por más que congeniaran, eso era demasiado fuerte para decirlo en una tercera cita, (si a lo que tenían se le podía llamar así), se limitó a abrir la puerta para dejarlo pasar.

—Vaya, lo siento, ya he cenado, pero te acompaño.

Ella se había hecho a un lado, pero, por lo visto, no se había apartado lo suficiente. Cuando Maverick fue a pasar junto a ella, la pareja se descubrió a

una distancia a la que nunca habían estado antes. Hubo un momento de titubeo, seguido de una sonrisa algo violenta por parte de los dos y de un intento de Shea por dejarle más espacio, que él rubricó dejándole un beso sobre la mejilla.

Los dos se quedaron muy quietos. Ella, embriagada por aquel aroma marino con un punto mentolado, tan característico de él.

Él, en cambio, permaneció inmóvil. Invadido por la infinidad de mensajeros químicos que se movían enloquecidos en su cuerpo y con la certeza de que jamás se había sentido tan atraído por una mujer como la que ahora tenía enfrente.

Ella intentó apartarse, era lo que correspondía, tampoco era cuestión de enrollarse con un casi desconocido en su propia casa. Él también reaccionó al instante al percibir su incomodidad y puso fin al momento de inmediato, decidido a no espantarla tan pronto. Pero los dos se movieron hacia el mismo sitio y sus cabezas chocaron, dando lugar a un momento torpe del que salieron a base de risas.

—Uy, lo siento... ¿Te he hecho daño? —dijo al ver que ella se llevaba la mano a la frente...

—No, no... Estoy bien... Venga, pasa, que parece que este rincón es muy peligroso para nosotros.

Ella se movió en primer lugar, lo que a Maverick le permitió recuperarse del momento, y también inspeccionar la silueta femenina que se movía delante de sus ojos. Hoy sus elegantes trajes ejecutivos se habían quedado en el armario. Vestía unos *leggings* negros que le llegaban a mitad de la pantorrilla y dibujaba sus contornos con una precisión que lo estaban poniendo malo. Lo mismo que el jersey de mangas tres cuartos y cuello en forma de “v” que no era ni ceñido ni provocativo ni especialmente revelador y precisamente por todas esas razones, le disparaba la imaginación a base de bien. Iba en zapatillas negras de deporte y le seguía pareciendo una mujer tan increíblemente alucinante como la primera vez que habían cruzado miradas. Entre los dos dispusieron las cosas sobre la pequeña mesa de cristal que había frente al sofá y él se sentó sobre la moqueta, cruzando las piernas al estilo indio mientras Shea lo hizo en el sofá. Pronto, empezaron a conversar animadamente mientras Maverick daba cuenta de la cena con ganas. Llevaba todo el día corriendo para acabar antes y apenas había comido algo desde el desayuno. Shea estaba más interesada en su interlocutor que en comer, a pesar de lo cual picoteó de los distintos platos.

A Maverick le daba igual el momento y la circunstancia, le parecía increíble estar allí con ella. Un sueño. Como si no fuera él quien lo estaba viviendo.

—Bueno, no te fíes tanto de mi cara de bueno, porque hasta los trece fui

un loco. Andaba en malas compañías y le daba bastantes problemas a mi familia.

—Qué precoz. A esa edad yo todavía llevaba trenzas. ¿Y qué sucedió?

—Que mis padres se divorciaron y mi madre se vino abajo. Pasé a ser el hombre de la casa y me entró todo el pánico de golpe.

—¿Pánico?

Maverick asintió. Podía sonar extraño, pero ese había sido como un despertar para él.

—Sí. A no ser nadie, a tener que conformarme con ser un obrero cualquiera, alguien trabajando por un sueldo de mierda y luchando por llegar a fin de mes, a no tener la formación ni la fuerza necesaria para salir adelante por mí mismo... No sé... Lo que tengo claro es que ese miedo me puso el turbo que no veas... Siempre estaba montando negocios. De cualquier cosa, lo que fuera que me permitiera ganar dinero. Y me iba bien.

—¿Y cómo acabaste en el bar?

—Por tu hermano. Mis socios buscaban un camarero, pero yo les hice una contraoferta y aquí estoy.

—¿Así, sin más?

Él volvió a asentir mientras acababa de masticar un trozo de sushi.

—Soy muy bueno en lo que hago y sé venderme bien. ¿Y tú? ¿Cuáles son tus delitos?

Shea hizo un gesto dubitativo con la boca.

—No muchos. Siempre fui lo que se llama una buena chica. Bueno, casi siempre. Mi mayor delito fue casarme con un tipo que me la pegó con otras desde que empezamos a salir cuando íbamos al instituto. Así que echa cuentas... Me tomó nada menos que 15 años averiguarlo. Me divorcié hace un tiempo y lo desplumé en condiciones; soy abogada, aunque no ejerzo. Podría haber sido peor, así que no me quejo.

Maverick se había quedado en blanco. Con el trozo de sushi en la mano a punto de llevárselo a la boca, completamente atento a un dato que no sólo no había esperado sino que hasta le costaba creer. De alguna manera, había dado por hecho que la situación de Shea era como la suya, tonteó con muchos, nada serio con nadie... Y ahora, le resultaba inconcebible la idea de que pudiera existir un hombre lo bastante tonto como para haberla dejado escapar.

—Cuantos imbéciles hay sueltos por el mundo... —fue la respuesta de Maverick. Le había salido del alma, y así le sonó a Shea; directo, sincero y cargado de rabia—. Te diría que lo siento, admito que eso sería lo correcto, pero no sería la verdad. Si él no la hubiera cagado y tú no lo hubieras descubierto, probablemente seguirías casada con la persona equivocada, y hoy yo no estaría aquí.

—Eso no ha sonado muy bien, ¿sabes? —dijo ella, con evidente incomodidad.

—Supongo... Perdona, no era mi intención incomodarte. Lo que quiero decir es que lamento que lo hayas pasado mal, pero me alegro de que no lo perdonaras. Eso me da una posibilidad de demostrarte que él era la persona equivocada porque la correcta soy yo.

Shea permaneció en silencio. Sus ojos brillantes y la expresión de su rostro confirmaron a Maverick que esta vez sí que había hecho diana.

—¿Siempre eres igual de definitivo?

Él sonrió algo incómodo. Empezaba a acostumbrarse a que cuando estaban juntos, su boca decidiera decir cosas al margen de lo que el sentido común dictaba, así no tenía ningún sentido negarlo.

—Por lo visto, contigo sí —repuso.

La pareja se despidió bien entrada la madrugada. Esta vez el beso en la mejilla no fue torpe sino premeditado, y tan cargado de dulzura como había sido el primero.

—¿A las ocho en el parque? —murmuró Mav.

Un murmullo que le hizo cosquillas a Shea, que no tuvo claro si se debían a la cercanía, a la propuesta, al hombre. O las tres cosas al mismo tiempo.

Asintió y se quedó mirándolo mientras él se alejaba por las escaleras.

Cuando volvió a entrar, no se lo pensó dos veces. Marcó el número de su hermana y esperó.

— *¿Has visto qué hora es, nena?* —dijo la voz media dormida de Erin desde Irlanda.

—Sí, lo siento. Pero si no le cuento a alguien lo que me está pasando, reviento —repuso Shea.

Erin se sentó de golpe en la cama.

— *¿Es bueno o es malo?*

—Es mejor que bueno —repuso Shea con el rostro iluminado por una sonrisa.

Viernes, 5 de febrero de 2010.

Casa familiar de los Estellés,  
Ciudadela, Menorca.

Dylan y Andy acababan de llegar del restaurante, donde ella había conseguido acabar su turno una hora antes de lo habitual.

Neus, que miraba una película en el salón mientras mecía con el pie el carrito donde Luz dormía cuando sus inflamadas encías la dejaban, les dio la bienvenida.

—Buenas noches, pareja.

—¿Todavía aquí? —dijo Andy, besando las dos mejillas de su tía—.

¿Qué ha pasado? ¿Danny no ha llegado aún?

—No, qué va. Está en su habitación, pero como hoy no lo vi demasiado sociable —dijo Neus—, y tu madre estaba cansada y se retiró enseguida después de cenar, he preferido quedarme.

Andy asintió con la cabeza. Había preferido quedarse para hacer de árbitro, lo cual quería decir que las cosas entre madre e hijo seguían fatal.

Dylan miró a las mujeres con el ceño fruncido, ya que no estaba al tanto de lo sucedido.

—Tranquilo, Andy te lo contará ahora —comentó Neus después de apagar el televisor y ponerse de pie—. Bueno, chicos, ahora que estáis aquí me voy. La pequeña... ¿Quieres que mejor me la lleve a casa conmigo, Andy? Así podéis charlar tranquilos.

—No, gracias, tía. No te preocupes.

Andy se asomó al carrito donde la niña dormía con una pierna parcialmente fuera de las mantas.

—Muy bien. Entonces, hasta mañana.

En cuanto se quedaron solos, la pareja tomó asiento en el sofá junto al carrito de paseo. Andy se estiró al tiempo que se deshacía de los zapatos. Exhaló un largo suspiro.

—Dios... Estoy molida. Habré acabado antes, pero no he parado ni un minuto —dijo, estirándose en el sofá como si fuera un gato.

—Así que las cosas siguen tensas entre tu madre y tu hermano... — comentó Dylan.

—Eso parece. Te habría encantado estar aquí esta tarde. Ver la carita de mi madre admitiendo que estaba teniendo una relación sentimental con Jaume...

Los ojos de Andy brillaban. Toda su expresión se había cargado de una ternura que le habían servido de explicación a la perfección.

—Así que lo ha admitido... Me alegro por los dos. Él me gusta y creo que a tu madre le está haciendo mucho bien.

—¿Verdad que sí? —preguntó, ilusionada—. Si hasta se la ve más joven... Está claro que Don Jaume sabe muy bien lo que se hace.

Dylan asintió con una sonrisa.

—Está loco por ella. Se le nota a la legua.

Andy rio de pura alegría.

—¿Verdad que sí? —volvió a decir—. De verdad, no sé por qué Danny está tan tonto con el tema. ¡Yo me pondría a bailar de la alegría, te lo juro!

—No hace falta que lo jures. —Sus ojos brillaban, llenos de vida—. Y en cuanto a él... No es tontería, es... Una mezcla de cosas. Pero todo se

andaré. Necesita tiempo, nada más.

Andy miró a su chico interesada.

—¿Una mezcla de cosas?

Dylan asintió.

—Creo que las mujeres de esta casa estáis perdiendo de vista algo muy importante: es el único hombre de la casa. Y sí, puede que todas lo sigáis viendo como un niño, pero es un hombre. Él se siente así, responsable de ti, responsable de tu madre, responsable de lo que pasa en esta casa... Es quien ocupa el lugar de tu padre, Andy, aunque tú no lo veas. En el fondo es lo que él siente. Y de pronto, aparece otro señor, que tiene a tu madre embelesada... ¿Entiendes, Hermosa? Es un sentimiento muy masculino, no intentes ponerle lógica.

Andy lo miró con expresión intrigada. ¿Lo decía por experiencia propia?

—Tú no dejas nunca de sorprenderme —fue la respuesta de Andy.

Él sonrió. Lo último que habría esperado escuchar era eso.

—Bueno, no fue mi intención.

—No se me había ocurrido pensarlo de esa forma —admitió Andy—.

Pero supongo que si tú lo dices, algo sabrás del tema...

Dylan entendió la indirecta. Andy nunca formulaba preguntas sobre

asuntos personales, pero era una experta a la hora de buscar respuestas.

—Algo, sí. Nunca fue mi caso directamente, quiero decir con mi madre... Pero que mi padre fuera tan... especial, hizo que muchas veces sintiera que tenía que intervenir para mediar.

—¿Mediar?

Dylan asintió varias veces con la cabeza. Brennan Mitchell era un hombre radical, duro, excesivamente drástico la mayoría de las veces.

—Sí, mediar, Andy. Se pasaba, y no sólo conmigo. No estoy hablando de castigos físicos, aunque a mí me zurraba hasta hartarse, pero sí con otro tipo de castigos.

—¿Y tú intervenías?

—Les cubría las espaldas a mis hermanas. Y claro, cuando mi padre lo descubría...

Andy continuó mirándolo mientras pensaba que le habría encantado ser un pajarito para poder verlo cuando él todavía vivía en la casa familiar.

Probablemente fuera entonces cuando se había forjado su lado arisco. Ahora que lo conocía, estaba segura de que él había sido de la clase que siempre daba la cara por sus hermanas.

—Como he dicho, tú nunca dejas de sorprenderme —concedió Andy.

Dylan respondió pasándole un brazo alrededor de los hombros y

atrayéndola contra él. Ya estaba bien de tanta cháchara. Era hora de que los dos se quitaran las ganas.

—¿Cómo de cansada estás? —dijo Dylan. Y para cuando acabó la frase, sus labios trazaban una huella húmeda sobre la parte frontal del cuello de Andy, que cerró los ojos y lo dejó hacer.

—Para ti nunca estoy cansada —respondió. Llevaba todo el día deseando que llegara ese momento. Liberándose suavemente del brazo masculino, se puso de pie y le ofreció su mano.

—Vamos a la cama, mi amor.

Él negó con la cabeza, sus ojos brillantes.

—Nos vamos a mi casa. Los tres.

Ella sonrió algo incómoda.

—Ya lo hemos hablado, calvorotas...

—Te dije que me ocuparía y me he ocupado. —Se puso de pie tomando la mano de su chica y añadió—: Vamos, Hermosa.

—¿Hablas en serio? —dijo Andy, alucinada. Lo vio asentir enfáticamente.

Y veinte minutos más tarde volvió a alucinar. De pie, junto al marco de la puerta de la habitación que la pequeña siempre ocupaba cuando la llevaba casa de Dylan, con el corazón derritiéndose de amor y la emoción subiendo

en oleadas, contempló la que ahora era una habitación completamente diferente. El mobiliario de estilo moderno en colores blanco y cereza estaba compuesto por la cuna, la mesilla de noche, una cómoda con ocho cajones, un armario de dos puertas y dos mullidos sillones. Los cojines y la colchoneta de juegos alternaban los colores del mobiliario, algunos en blanco, otros en rosa y los tiradores de cajones y puertas tenían forma de corazón. ¡Había pensado hasta en las cortinas, blancas con corazones de patchwork en dos tonalidades de rosa!

—Es una maravilla... ¡Es preciosa, Dylan! —lo miró con los ojos iluminados—. Qué hombre más increíble eres... De verdad, que me derrites...

Él la empujó suavemente contra el marco de la puerta y se metió en su boca con voracidad.

—Querré ver eso, Hermosa. Ahora mismo, además —sentenció Dylan, que empezó a desnudarla en un arranque de pasión.

Sábado, 6 de febrero de 2010.

Casa de Tina Murphy,

Londres.

Tina le dio las gracias al mensajero y cerró la puerta. Con el corazón latiendo acelerado se dirigió al salón donde después de tomar asiento en el

sofá, puso el enorme ramo de rosas rojas sobre la mesilla, y tomó la tarjeta que traía.

"Pienso en ti siempre. Tuyo, Pau".

Desde luego, no se le podía negar que sabía perfectamente dónde y cuándo acertar los mejores golpes.

Tina sacudió la cabeza. Empezaba a estar seriamente desconcertada por aquel hombre. No le había agradecido los bombones del día anterior. Se los había comido, escondida en el vestuario para que nadie la viera, los había disfrutado horrores porque tal como él había dicho le encantaban, pero nada más. La cuestión era que también empezaba a estar bastante desconcertada consigo misma. Porque la razón que se había dado para no llamarlo y agradecerle el regalo, era que estaba segura de que una de las razones del menorquín era forzarla a darse por aludida, aunque solo fuera por cortesía. Pero la verdad era muy diferente. Tina sabía que si no lo llamaba, él vendría, y aunque se negara a reconocerlo, eso era exactamente lo que quería. Se moría por verlo, pero saberlo la enfadaba, la hacía sentir muy vulnerable, y cada vez que se sentía de esa forma, su lado rebelde se ponía en posición de combate dando lugar a un círculo vicioso que la estaba volviendo loca.

La entrenadora se puso de pie y fue a buscar un florero. Le tomó tiempo dar con algo que hiciera las veces. Ni era la clase de mujer a quienes los

hombres le regalaban flores ni ellos duraban en su vida lo bastante para llegar al estadio de intercambiar regalos tan románticos. Otro dato a tener en cuenta sobre lo lejos que este hombre en particular había conseguido llegar. Al fin, encontró una vieja jarra. La llenó de agua hasta arriba y sumergió las flores en ella.

De modo que ahora tenía un ramo de flores además de la caja de bombones que agradecer, pensó la entrenadora. Empezaban a acumularse las razones para llamarlo...

Fue a su habitación, tomó una pequeña caja de madera del fondo del armario y se sentó en la cama. La abrió, guardó la tarjeta junto a la que acompañaba a los bombones, y volvió a cerrarla antes de que los recuerdos de las tonterías sentimentales que allí guardaba, regresaran para ponerla melancólica como sucedía siempre.

Pau no estaba en Barcelona solo por negocios, sino para que Alba visitara a su madre en rehabilitación una vez al mes, como había recomendado el juez. Sin embargo, como no se fiaba de su ex ni de su familia, había viajado acompañado de su padre. A Francesc Estellés le gustaba ejercer de abuelo y a él lo tranquilizaba que la niña quisiera ir con su “abu” a todas partes ya que nadie cuestionaba los deseos de la niña y de esta forma su padre podía hacer de guardaespaldas sin provocar tensiones. Revisó su móvil por enésima vez y sonrió. Por lo visto, la entrenadora

seguía en sus trece; no tenía noticias suyas. No le había agradecido los bombones y con las flores iba por el mismo camino.

Con un nivel de ansiedad que lo estaba volviendo loco, el menorquín se preguntó cuánto tiempo tenía que pasar para que pudiera considerarse oficial que a Tina le daba igual quedar como una antipática.

## **Episodio 10**

Domingo, 7 de febrero de 2010.

Casa de Tina Murphy,

Londres.

Ron estaba ayudando a su hija a poner la mesa cuando sonó el timbre.

—Ah, mira, mi mujer ya está aquí... Voy a abrir.

—Espero que haya podido encontrar la nata, si no vamos a tener que comernos las fresas a pelo —dijo Tina mientras doblaba las servilletas a juego con el mantel y las ponía junto al plato de cada comensal.

Sin embargo, cuando Ron abrió la puerta no se encontró con su mujer menuda sino con el elegante menorquín amigo de su hija, a quien saludó alegremente.

—Hombre, qué sorpresa. Pasa, por favor. Tina no dijo nada de que vendrías.

Pau se recuperó en tiempo récord de la inesperada persona que le había

abierto la puerta.

—Guárdeme el secreto, por favor, señor Murphy. Es una sorpresa.

Ron hizo el gesto de ponerle una cremallera a sus labios y los dos se dirigieron en silencio a la cocina.

—Lorraine y la nata siguen sin aparecer, pero mira a quién me he encontrado en el umbral de la puerta —anunció Ron.

La entrenadora alzó la cabeza y lo primero que vio fue el corpulento cuerpo de su padre. Un segundo después, otro cuerpo, mucho más atractivo y joven, apareció en su campo visual, dejándola de una pieza.

—Hola, Tina. Lo siento, pretendía darte una sorpresa, no aparecer en una reunión familiar.

Tina permaneció inmóvil y muda. No le salían las palabras. En parte, era la impresión de llevar dos días sin dejar de pensar en aquel hombre y que él, de repente, se presentara en su puerta. ¿Había sido su poder mental lo que lo había convocado?

Pero además, no podía dejar de mirarlo. No sabía si era producto de las ganas, que últimamente rozaban la locura, o de la sorpresa de que estuviera allí cuando ya había perdido la esperanza de que lo hiciera... O, simplemente, lo mucho que le gustaba desde siempre. Para ella, y mal que le pesara, Pau Estellés era la quintaesencia del hombre guapo.

Ante el prolongado silencio de su hija, Ron intervino.

—Pero qué dices, hombre. Tina está encantada de tenerte aquí, igual que yo. Y por favor, déjate de “señor Murphy”, llámame Ron... Ven, dame tu abrigo que voy a guardarlo —dijo el padre de Tina y luego, dirigiéndose a ella—: ¿Estás bien, cariño?

—Perfectamente, papá. Imagino que te quedas a comer —fue el saludo de Tina que a Pau le supuso un alivio; cada vez que ella sacaba a relucir su indiferencia, era que las cosas iban por buen camino.

—Cariño mío, vaya manera de recibir al tío de tu mejor amiga —se quejó Ron.

Pero, aquello que parecía un llamado de atención, no había sido más que un comentario pícaro. Algo que el hombre se ocupó de dejar claro haciéndole un guiño a Pau al pasar a su lado.

—Sí, me encantaría quedarme a comer —repuso Pau con la mejor de sus sonrisas.

Si el menorquín ya se la había llevado de calle presentándose de aquella forma en su casa, lo que vino después no fue más que una confirmación de que estaba ganando puntos a velocidad de vértigo. Durante toda la comida, se había dedicado a darle conversación a Ron y a su esposa, echando mano de sus grandes dotes de relaciones públicas. Se había mostrado cortés con Tina en todo momento y, consciente de que ella se dedicaba a observarlo, rizaba el

rizo en sociabilidad. Incluso se había permitido el lujo de ponerse de parte de Tina cuando Ron, al tanto de que su hija había declinado la propuesta de Andy, había comentado que nunca entendería semejante decisión.

—Papá, ya hemos hablado de ese asunto y no creo que este sea el momento adecuado para volver a sacarlo. En cualquier caso, es mi decisión y no está abierta a debate.

—Bueno, Ron, tienes que pensar que tampoco es tan sencillo tomar la decisión de trasladarse a otro país. En la adolescencia suena muy idílico, pero cuando ya tienes tu vida encaminada es otro cantar. Estos años que he tenido que pasar tanto tiempo en Barcelona para poder estar con mi hija han sido durísimos y fíjate, es el mismo país... Además, Tina sabe que esa puerta siempre estará abierta para ella, así que... —dejó caer el menorquín.

Para entonces, ya estaban en los postres, y aquello le había parecido a

Tina la auténtica guinda del pastel. Que él se pusiera de su parte, era algo que no había esperado.

Tina lo miró fijamente. Él le obsequió una sonrisa. Sabía que acababa de volver a hacer diana. Pero también sabía que había nueve posibilidades entre diez de que ella no lo dejara correr.

Y en efecto, así fue.

—No pelees mis batallas, Pau. No me hace falta. Mi padre sabe que jamás tomo una decisión sin sopesar bien los pros y los contra. Escucho sus

consejos, por supuesto, pero se trata de mi vida y eso no es negociable.

Dicho lo cual, Tina volvió a dedicarse a sus fresas bajo la mirada cariñosa de Lorraine, a quien no hacían falta detalles del pasado para darse cuenta de que el atractivo y sociable español jamás había dejado de ser su príncipe azul, dijera Tina lo que dijera.

Los hombres intercambiaron guiños.

—Tranquila, intentaba caerle bien a tu padre, nada más. No solo eres capaz de pelearlas solita, ¡sueles ganarlas por goleada! —apuntó con humor.

La mirada desafiante de Tina se posó sobre Pau cuando dijo:

—Exacto.

Ron se echó a reír.

—¿Haces *kick-boxing*, Pau? —le preguntó—. ¡Una pelea entre los dos no me la perdería por nada del mundo!

—¡Ni yo! —dijo Lorraine, riendo.

Pau continuó disfrutando de la compañía de Tina y su familia todo el tiempo que pudo, pero, lamentablemente, tenía que marcharse. Después de que él se despidiera de Ron y Lorraine, la entrenadora lo acompañó hasta la salida. Le entregó el abrigo y presenció sin apartar sus ojos de él cómo Pau se lo ponía y volvía a colocarse sus dos vueltas de bufanda. Después de eso, Tina agarró las llaves y cuando salieron al Hall, cerró la puerta tras de sí.

Permanecieron mirándose intensamente sin decir una sola palabra hasta que al fin ella lo tomó por las solapas y lo empujó contra la pared.

Pau se estremeció ante una reacción que adoraba pero que honestamente no había esperado. Tembló de la cabeza a los pies. Excitado, embriagado, cautivado... Pero todavía consciente de que lo que mantenían seguía siendo de algún modo una batalla y que no tenía ninguna intención de dejarla salir victoriosa así como así.

Pau se dio la vuelta repentinamente, tomándola por sorpresa y le cerró la retirada tomándola por las muñecas y empujándolos contra la pared, donde los mantuvo con sus manos. Tina volvió a estremecerse cuando sintió que él introducía una pierna entre las suyas, fijando su posición dominante al tiempo que la miraba a los ojos.

Había desafío en su mirada y por un momento, pareció que él iba a decir algo, pero se limitó a expresarlo con un movimiento sensual de sus pobladas cejas. Fue algo así como un “¿y ahora...?” al que Tina, tan excitada y desafiada como él, respondió pegándose más a la pared para apartarse de él. Algo que consiguió el efecto buscado; que Pau enloqueciera y volviera a la carga...

Y que ella volviera a resistirse y él contraatacara con más brío... Un intercambio excitante y adictivo, hecho a la medida de los dos, que se reprodujo en bucle hasta que Tina decidió que era suficiente. Lo empujó con

fuerza, tanta que los dos siguieron avanzando por pura inercia hasta la pared de enfrente donde Pau fue a dar. Esta vez fue Tina quien le cerró el paso poniendo una mano a cada lado y quien un instante después fue a por aquella boca con la que llevaba la friolera de diez años soñando a escondidas.

El beso fue caliente, casi agresivo, y a pesar de que la iniciativa la había tomado Tina, fue Pau quien la besó. Rodeó sus labios con los suyos y la forzó a una máxima apertura, y se adueñó de su lengua apasionadamente. Saltaron chispas, fue como una explosión en cadena que sacudió todo cuanto los rodeaba y los sacudió a ellos con la intensidad de una deflagración.

Él era intenso, vehemente, posesivo.

Y ella era exactamente igual.

Ninguno fue muy consciente del tiempo que estuvieron bebiendo uno del otro apasionadamente hasta que ella puso fin al momento, apartándolo suavemente con una mano.

—Vete o perderás el avión —consiguió decir en un murmullo. Su voz mostró el sinfín de emociones que la embargaban. Sonó ronca, como sin aliento, entrecortada.

Pau seguía estremeciéndose bajo cada latido de su propio corazón. Latía con tanta fuerza que todo él se movía. Asintió con la mirada encendida, le robó un último beso, y se alejó a prisa sin decir ni una sola palabra.

Una vez en la calle, se quedó junto al portal unos minutos, con los ojos cerrados y la nuca apoyada contra la pared, intentando recuperarse.

Tina hizo otro tanto junto a su puerta.

Era tarde cuando Pau entró en su casa menorquina. Después de meter en la cama a Alba que se había quedado dormida poco después de que el avión despegara de Barcelona, fue al salón y se dejó caer sobre el sofá. Estaba agotado. Como si hubiera mantenido un combate a diez rounds con el campeón de los pesos pesados, lo cual no distaba mucho de lo que en realidad había sucedido solo que había tenido que vérselas con una “campeona”.

Seguía conmocionado por lo sucedido. El corazón seguía disparándose cada vez que los últimos momentos con Tina regresaban a sus pensamientos, algo que sucedía constantemente. Esos minutos en el hall habían sido de locos.

Alucinantes. Y si algo había sacado en claro de aquel viaje, además de un subidón que todavía le duraba, era que ahora la necesitaba mucho más que antes. Encajaban a la perfección. Ella era la mujer de su vida, la perfecta, la única.

En Londres, Tina apartó la vista de la pantalla del televisor y agarró el móvil cuando éste empezó a sonar. Llevaba dos horas allí, sabiendo que al día siguiente tenía que madrugar, incapaz de irse a dormir y acabar aquel día. Seguía vibrando de emoción, de deseo, de todos esos sentimientos que había

cerrado a cal y canto durante años, y ahora eran libres. Libres para sacudirla. Libres para hacerla soñar y desear y tener expectativas...

Tina se llevó el auricular a la oreja pero permaneció en silencio.

—Todavía tengo el sabor de tus besos en mi boca —dijo Pau.

Ella no pudo evitar emitir un “guaaaaaaaaau” sin sonido al comprobar lo alto que ponía el listón el menorquín a modo de introducción. Como era habitual en ella, le soltó una burrada.

—Pues yo no. Acabo de tomarme un batido con las fresas que quedaron del mediodía, y me ha dejado un sabor tan bueno que creo que voy a repetir.

—Qué dura eres. —Su voz sonó varonil y seductora—. Pero cuanto más difícil te pones conmigo, más me gustas. Creo que lo sabes y por eso lo haces.

Tina se recostó en el sofá con una sonrisa de la que no era consciente.

Acomodó el cojín debajo de la cabeza.

—¿Tú crees?

Pau volvió a jugar fuerte.

—En parte es eso. En parte, son tus dudas que te vuelven arisca porque no estás segura de que sentir lo que sientes sea una buena idea.

—No me psicoanalices, Pau. Sé perfectamente lo que siento y sé que no es una buena idea. Eres el tío de mi mejor amiga, el hermano de una mujer a

la que quiero como si fuera mi madre. Definitivamente, no es una buena idea. Y alguien que era tu príncipe azul hasta que lo destronaste, todavía no sé porqué, y a quién te pesa volver a restituir en su trono, pensó Pau. Eso no podía decirlo, al menos no todavía, pero probó con otra cosa.

—¿Sabes qué dice mi madre de ti?

Tina se puso seria de inmediato. ¿Acaso “hablaban” de ella en la sobremesa, café mediante? Por Dios.

—No sé si quiero saberlo.

—Claro que quieres —repuso él, riendo de buena gana—. Dice que eres la horma de mi zapato.

—¿Eso no tendría que decidirlo yo?

—Lo haces. Si una parte de ti no lo creyera, tú y yo no estaríamos hablando del sabor de tus besos, princesa. —Hubo una pausa en la que Tina torció el gesto, molesta por una verdad que no quería reconocer, y él permaneció atento al sonido de su respiración, imaginando lo que ella estaba sintiendo, y lo que él haría de no haber tantos kilómetros entre los dos—. Eres la horma de mi zapato y yo la tuya. Yo lo sé y voy a por todas, y tú también lo harás... Cuando dejes de reprocharme lo que quiera que yo haya hecho cuando sea que lo haya hecho, y me perdones.

Otro silencio largo en el que Tina tuvo que reconocer que él la conocía

mucho mejor de lo que ella creía. Se resistía a admitirlo. En realidad, se resistía a perdonarlo.

Pero en una muestra más de que Pau sabía muy bien cómo jugar sus cartas, no continuó con aquella conversación.

—Es tarde, princesa. Te dejo dormir. Hasta mañana.

Tina respiró hondo y volvió a dejar el móvil sobre la mesilla. Entre el cúmulo de sensaciones que la recorrían a sus anchas, pudo reconocer perfectamente una; alivio.

Alivio de saber que volvería a escuchar esa voz inolvidable en unas horas.

Domingo, 7 de febrero de 2010.

En una cafetería del aeropuerto,

Ginebra, Suiza.

Durante la semana, Nikki y Conor se habían llamado todos los días y para ponerle el broche a una semana cargada de expectativas, él se había presentado en la puerta de su casa el domingo por la mañana. El lunes tenían que entregar un encargo y en el taller no tenían claro si podrían acabarlo a tiempo para que él pudiera viajar. Lo habían logrado a última hora del sábado y Conor había decidido que ya que iba a darle una sorpresa a su novia, por qué no hacerlo en persona.

Había sido un gran golpe de efecto ya que lo último que Nikki esperaba al abrir la puerta era encontrarlo a él, mucho más recuperado y con un aspecto cuidado al detalle.

Habían pasado todo el día callejeando como dos turistas en una ciudad que los dos conocían bien de sus épocas adolescentes y ahora tomaban algo en la cafetería del aeropuerto, apurando los últimos momentos mientras esperaban que el vuelo de Conor empezara a embarcar.

Él acababa de azucarar el café de Nikki y estaba haciendo lo mismo con el suyo. Su rostro parecía relajado, incluso feliz. Ella no podía dejar de mirarlo. Desde que lo había visto por primera vez aquella mañana al abrir la puerta, tenía la sensación de que había algo diferente en él. Estaba cambiado. Más tranquilo. Más risueño. ¿Más mayor? Nikki no sabía a ciencia cierta si en efecto era así o se trataba de sus deseos más profundos que le estaban jugando malas pasadas otra vez, pero tenía la sensación de estar con un hombre diferente al que conocía de toda la vida.

Empezando por lo más evidente; estaba mucho más guapo de lo habitual. Se había hecho retocar el tinte de sus rastas que volvían a lucir como recién trenzadas. Llevaba un afeitado perfecto y aquel jersey de cuello alto con motivos alpinos que ella le había regalado la Navidad de hacía dos años.

—¿Qué? —preguntó él, sumamente interesado al descubrirla mirándolo con una sonrisa.

Ella negó con la cabeza, pero su expresión era propia de alguien a quien han pillado *in fraganti*.

Conor sonrió más que satisfecho.

—Menuda sorpresa, ¿eh? No te lo esperabas.

Lo deseaba. Intensamente. Siempre deseaba verlo, tenerlo cerca, ver su preciosa sonrisa. Pero llevaba algún tiempo entrenándose en el arte de no tener expectativas sobre él, por lo que, realmente, había sido una sorpresa.

—La verdad es que no lo esperaba así que, gracias. Ha sido una sorpresa muy bonita.

Como era de esperar, dada su imperiosa necesidad de sumar puntos a un marcador de resultados penosos, Conor se creció.

—Que sepas que voy a seguir sorprendiéndote.

—¿Ah, sí?

Él asintió con la cabeza varias veces sin dejar de mirarla.

—Daría el mundo entero por esa sonrisa tuya que me vuelve loco —dijo con una vehemencia que ella pretendió evitar apartando brevemente la mirada. Muy pronto, sin embargo, los ojos de Nikki regresaron a él, mucho más brillantes que antes. Él continuó más emocionado si cabía—: Y ahora

que he averiguado cuál es el botón que la pone en marcha, me serviré a placer.

El silencio se prolongaba y Conor volvió a la carga.

—Tranquila, no hace falta que digas nada. Sé que te he dejado K.O. Si las miradas pudieran convertir a un tío en un bloque de hormigón, yo sería un muro más en este moderno aeropuerto.

No tenía sentido negarlo. Desde que sus ojos lo habían descubierto por la mañana, mejorando tantísimo el hermoso paisaje ginebrino, ya no lo habían abandonado.

—Entonces, qué suerte —repuso ella—. Sería una pena tener que venir al aeropuerto para poder admirarte.

—Guaaaaaaauuuuuu... No dices mucho, pero cuando lo dices...

Gracias, preciosa. Acabas de ponerle la guinda a mi día —dijo Conor sin ocultar lo que sentía: una mezcla de alivio, ilusión y locura de amor.

Nikki apartó la vista, la puso en la cucharilla con la que revolvía el café que ni siquiera había probado. Podía pasarse el resto de su vida perdida en aquellos ojos claros, y ser consciente de ello la hacía sentir vulnerable. Conor detectó al instante el súbito cambio en ella. Estaban a punto de anunciar el embarque, no tenía mucho tiempo más, pero decidió ir a por todas.

—Podría seguir siendo así siempre, Nikki... Si quisieras.

Ella alzó la vista. Sus ojos brillantes lo miraron en silencio. Él continuó.

—No es que Skype sea la mejor opción del mundo, pero nos vemos, hablamos y vamos juntando ganas hasta que llega el fin de semana y nos desquitamos. Podemos hacerlo, preciosa —Conor tomó las manos femeninas

—. Ya lo has visto.

—¿Y cuando no puedas venir y pasen los días? ¿También estarás tan animado?

Él se movió a su lado, pasó el brazo por encima de respaldo de la silla de Nikki.

—A riesgo de estropear mis futuras sorpresas —dijo con una sonrisa que muy pronto desapareció cuando su rostro adquirió intensidad—, no pienso no venir, Nikki. Swiss Air se follará a mi costa porque no voy a pasar un fin de semana solo en Londres si puedo evitarlo. Y con pasta, puedo evitarlo y por suerte, la tengo.

Nikki bajó la vista.

—Cuando te dije que me habían dado este puesto, te enfadaste...

—Me enfadó que no lo hubieras hablado conmigo, que no confiaras en mí. Es muy distinto —la interrumpió él con tono dulce.

—Perdona, pero mis recuerdos de aquel día son muy diferentes. Lo que yo recuerdo es que alguien que jura y perjura quererme no solo no se alegró porque consiguiera algo por lo que llevaba muchos años luchando, sino que me dejó en el acto. Sin más. Tuviste tiempo de recapacitar y no lo hiciste. Y

ahora, de un momento para el otro, todo ha cambiado. No te preocupa tener una novia por Skype, no tienes ningún problema en pasar todos los fines de semana en Ginebra y hasta te has olvidado de tu agenda superpoblada de quedadas moteras... Mira, Conor, una de dos; o me estás haciendo la pelota para llevarme a tu terreno, o tu cabeza no ha salido tan indemne del accidente como piensas.

—Culpable de los dos cargos —concedió él, y al notar la mirada de Nikki, sacudió la cabeza—. Desperté del accidente con un millón de dudas y una única certeza: eres fundamental en mi vida y quiero recuperarte. Así que sí, es muy posible que incluso sin pretenderlo, te esté haciendo la pelota.

Mira... —dijo buscando la mirada femenina—. Lo que pasó esa tarde fue muy fuerte. Pudo hundirnos, y que eso no haya pasado demuestra que lo que tenemos también es muy fuerte. Pero seríamos unos tontos si no nos damos cuenta de que nos ha dejado tocados. La cagué, mucho, y lo lamentaré hasta el fin de mis días, pero Nikki... tú también te equivocaste, precipitándote y no confiando en mí.

—Perdona si después de diez años, la impaciencia pudo conmigo —lo interrumpió roja de vergüenza.

Él tomó su mano y la besó amorosamente.

—No es una crítica...Te mereces un monumento por aguantar mis

locuras tanto tiempo, pero nos prometimos un año, preciosa, y no habían pasado ni dos meses. ¿Lo ves? Los dos nos hicimos daño, y ahora lo que toca es recomponernos, recuperar lo que teníamos.

Nikki miró a otra parte. Se sentía angustiada y acorralada por sus propios sentimientos.

—Me aterra que vuelvan los reproches. Tú no quieres esto y si hay algo que he aprendido todos estos años a tu lado es que cuando no quieres algo... Él no la dejó continuar, tomó su barbilla suavemente y la obligó a mirarlo.

—No van a volver. Sé que dudas, que no acabas de fiarte, y lo entiendo. Podría intentar darte un montón de razones que te convenzan de que no soy el mismo, de que las cosas han cambiado... Y las tendrás... Tendrás esas razones, pero no ahora. Es momento de hechos, no de palabras. Por favor, Nikki, déjame demostrártelo. Confía en mí.

Por primera vez desde que habían vuelto a estar en un mismo espacio, ella permitió que él la rodeara con sus brazos.

—Dame otra oportunidad, princesa. Por favor... —le rogó.

La pareja se miró a los ojos durante un instante que a los dos les resultó eterno. Entonces, ella asintió ligeramente con la cabeza y el beso al fin llegó. Dulce, amoroso y lleno de promesas.

Piso de Dylan Mitchell.

Cerca de Piccadilly Circus,

Londres.

Por la noche de ese mismo día...

Shea apagó la televisión y se dirigió al baño. Estaba acabando de quitarse el maquillaje, cuando oyó que tocaban al telefonillo. Habían sido tres timbrazos cortos que anunciaban que era Maverick quien tocaba. Shea se retiró a prisa el resto de la crema con la toalla, volvió a ponerse la bata. Sin darse cuenta, echó a correr hacia la puerta donde se limitó a abrir la puerta de la calle sin preguntar. Poco después, se acomodó en el quicio de la puerta con los brazos cruzados, esperando verlo aparecer, algo que no tardó en suceder.

Él apareció por el hueco de la escalera jadeando y riéndose.

—Ya sé lo que estarás pensando, que esto de codearte con tíos que se van a acostar tan tarde, está afectando tus hábitos de sueño, y también, que esa costumbre mía de aparecerme sin más, empieza a cabrearte... Pero te juro que hay una explicación...

—Habla más bajo, que vas a despertar a todo el edificio —dijo Shea. Él se cubrió la boca con la mano en un gesto cómico y muy pronto estuvo junto a ella, conversando en susurros otra vez. Era como si el tiempo no hubiera pasado. Hiciera lo que hiciera, siempre acababa en su puerta, fuera con previo aviso o sin él.

—De verdad que pensaba llamarte... Bueno, en realidad, pensaba haber acabado más temprano, con tiempo suficiente para al menos llevarte a tomar un café... Pero el trabajo se complicó y me han vuelto a dar las tantas. Y ya sé que no debería presentarme sin más, pero... —se encogió de hombros—. ¿La verdad? La idea de irme a la cama sin siquiera verte o haber hablado contigo me ponía de los nervios...

Él hablaba y hablaba y hablaba... No dejaba de darle un millón de disculpas románticas que ella escuchaba atentamente mientras en secreto, su corazón se derretía inexorablemente.

—Sé lo que estarás pensando —continuó él—, pero te juro que no soy de esa clase...

En aquel momento, el barman dejó de hablar y soltó una risotada.

—¡Acabo de ganar el premio al mentiroso del año con la frase que te acabo de soltar! Todos los hombres somos unos mentirosos patológicos. Especialmente, cuando se trata de sexo. Pero te juro que no vengo a aprovecharme de ti —dijo riendo al tiempo que la miraba con las manos entrelazadas como si le estuviera rogando—. Necesitaba verte, perderme una vez más antes de irme a dormir en esos ojazos de muerte que tienes... Mira, ni siquiera tienes que dejarme pasar. Me bastan dos minutos de charla aquí mismo, en la puerta. Lo digo en serio.

Shea apoyó sus dedos sobre los labios masculinos en un intento de silenciarlo.

—Shhh... Calla —pidió ella—. Hoy no vas a pasar del quicio de la puerta, pero vuelve mañana cuando cierres, y quizás tengas más suerte. Sin promesas, ¿de acuerdo?

Después del primer instante de sorpresa, él, como era de esperar, los besó. Y su alegría lo habría empujado mucho más allá, pero le preocupaba estar poniendo a prueba la paciencia de Shea con sus locuras, y no quería arriesgarse.

Superanimado por aquel pequeño triunfo, Mav soltó un puñetazo al aire.

—¡Hecho! —exclamó—. Y ahora, te dejo dormir. Hasta mañana, Shea.

Shea permaneció en el quicio de la puerta, con el corazón corriendo las Mil millas de Indianápolis hasta que él desapareció de su vista. Entonces, exhaló un suspiro y volvió a entrar en casa con una sonrisa.

## **Episodio 11**

Lunes, 8 de febrero de 2010.

En un importante gimnasio de la ciudad,

Londres.

Tina apenas había descansado por la noche. El cambio drástico en la no —relación que mantenía con el tío de su mejor amiga la había tenido dando vueltas la mitad de la noche y sonriendo la otra mitad. Había esperado

ansiosa que llegara el día, porque estaba segura de que le traería más sorpresas y la posibilidad de volver a escuchar su voz. Todavía no acababa de creer que pensara lo que estaba pensando, pero todo había cambiado en apenas unas horas.

Lo que aquella mañana le trajo de nuevo en primer lugar, no fue la voz del menorquín, sino otra caja de bombones que la recepcionista le entregó con una sonrisa pícaro. Dado que todavía se seguía resistiendo a que el asunto fuera *vox populi*, Tina se limitó a tomarla con indiferencia.

—Buenos días, gracias.

Y con esas, siguió camino hacia el interior del gimnasio.

—Es de ese español que está de toma pan y moja, ¿no? —dijo la recepcionista, estirándose sobre el mostrador en un intento de sonsacarle—.

¡Diossss, qué ojos, qué sonrisa, qué pelo...! Venga, Tina, sé solidaria con tus compis y dile que venga más a menudo. ¡Qué tío más guapo!

Tina se dio la vuelta y le obsequió una sonrisa, pero ninguna palabra.

Pau era todo un tío, pero no pensaba debatir ese asunto públicamente. Al menos, todavía. Tan animada como no recordaba haberlo estado en años, se dirigió al vestuario y una vez allí, abrió la caja. Tomó un bombón, esta vez relleno de coñac y lo disfrutó a fondo. A continuación, volvió a guardar la caja en la taquilla y se cambió. Su móvil seguía sin sonar y la tentación era

cada vez más grande. Mordiéndose los labios, casi sintiéndose como una adolescente, la entrenadora agarró el móvil, dispuesta a llamarlo. Estaba a punto de seleccionar su memoria, cuando cambió de idea y con una sonrisa, volvió a guardarlo en su brazalete deportivo.

Dos horas más tarde, Pau miró la hora y echó un vistazo a su móvil. El mensaje de confirmación de entrega de los bombones indicaba que la entrenadora los había recibido hacía ya rato. Y seguía sin noticias suyas, pero sabía que no tener noticias, en este caso, era en sí mismo una muy buena noticia. Y dado que ella sabía que si no había comunicación por teléfono, él se presentaría en Londres, cuanto más tiempo pasaba sin noticias, el panorama mejoraba con creces. Lo malo era que ese día no podía viajar, así que decidió saltarse sus propias normas. A pesar de saber que ella estaría en medio de una clase, Pau la llamó.

En efecto, la entrenadora daba una sesión de fitness cuando el móvil empezó a sonar. Dejó a una alumna al cargo y abandonó la sala para atenderlo.

—Estoy en clase. ¿Qué se te ofrece, señor Estellés?

Las carcajadas de Pau llegaron hasta Tina nítidas, contagiosas, terriblemente masculinas, poniendo una sonrisa inmensa en su rostro.

—¿Cuántos bombones te has comido?

Tina se recostó contra la pared, dispuesta a disfrutar de los próximos

minutos.

—¿”Cuántos”? Primero, soy muy disciplinada. Segundo ¿qué parte de estoy en clase no has entendido?

—¿Y estaba bueno? —repuso Pau, ignorando completamente su indicación. Algo en otras épocas habría provocado que ella le colgara, ahora daba lugar a un intercambio de sonrisas. Cuánto habían cambiado las cosas.

—Buenísimo. Repito, ¿qué parte de estoy en clase no has entendido?

Pau exhaló un suspiro que disparó el corazón de Tina. Y esta vez no hubo ninguna sonrisa cuando dijo:

—Me estoy enamorando como un loco de ti. Buen trabajo, entrenadora.

Tina tragó saliva. Se había quedado en blanco. Él había pasado del “me importas” al “me estoy enamorando” y, para variar, eso era algo con lo que no había contado. Pau aprovechó el prolongado silencio para volver a jugar su base fuerte.

—Repito, me estoy enamorando como un...

—Ya te he oído —lo interrumpió ella.

Él sonrió satisfecho.

—Perfecto. ¿Me llamas cuando acabes tu clase?

Tina soltó un suspiro que en esta ocasión no fue de amor sino de molestia. Había sonado tan mal que a punto estuvo de arrancarle una

carcajada al menorquín, que en el último momento atinó a taparse la boca. No podía arriesgarse a estropear un momento que llevaba tanto tiempo esperando.

—Me llamas tú. Esta noche —precisó ella.

A miles de kilómetros, Pau soltó una seguidilla de puñetazos al aire.

—¡A la orden, mi General! —respondió aguantando la risa, y colgó antes de que Tina lo mandara a paseo.

Piso de Dylan Mitchell.

Cerca de Piccadilly Circus,

Londres.

Faltaba una hora para que diera la medianoche cuando Maverick reapareció en la puerta de Shea, sorprendiéndola doblemente. En primer lugar, estaban sus vistas, que si siempre eran inspiradoras, aquel día eran de infarto. Para seguir, y a pesar de que era temprano para que él estuviera allí, después de dejarle un beso en la mejilla, había entrado de lo más animado, diciéndole que finalmente había alcanzado un acuerdo con sus socios.

—Ni yo puedo creérmelo, pero he conseguido mantener a mis dos socios en un mismo sitio durante media hora, y hemos hecho un trato.

—¿Un trato?

—Claro. ¿Ya no te acuerdas?

Shea cerró la puerta y siguió a Maverick hasta el salón con las manos en los bolsillos de sus pantalones vaqueros.

—Sí —continuó él—, ¿no te acuerdas que te dije que iba hablar con mis socios para liberar unas cuantas horas por semana?

Shea permaneció en silencio. Acostumbrada a desconfiar de las promesas masculinas, sencillamente, no lo había tomado en serio. Una parte de ella quería pensar que era una buena idea y que probablemente fuera cierto que él quería ponerla en práctica, pero la otra, la que había dejado de confiar en las cosas cuando quien tenía que hacerlas pertenecía al sexo masculino, sencillamente la había descartado.

Por lo visto, este hombre en particular estaba decidido a recomponer su degradada confianza en los ejemplares machos de la especie. Menuda sorpresa.

—¿Estás bien, Shea?

Ella se apresuró a asentir con la cabeza.

—Sí, perdona... Es que no pensé que lo dijeras en serio...

Él ladeó la cabeza y la miró con la expresión de quien no está seguro de haber entendido bien.

—¿Y por qué no iba a decirlo en serio?

Shea descartó el tema con un gesto de la mano, restándole importancia.

—Ah, no me hagas caso. Venga, cuéntame...

Maverick frunció el ceño. ¿De verdad había pensado que lo había dicho por decir? Decidió dejarlo correr.

—Sí, al fin he conseguido reunirlos y hemos llegado a un acuerdo, así que tú y yo tenemos trabajo.

Esta vez fue Shea quién frunció el ceño.

—¿Yo?

—Tú, sí. Todo esto es para poder vernos más y a horas más normales ¿no? —Ella asintió con cara de seguir sin entender—. A ver, lo diré en jerga de empresario; necesito conocer tu agenda para poder cuadrarla con la mía, ¿no te parece lo más razonable?

Ella permaneció donde estaba, mirándolo sin apartar los ojos y sin pronunciar una sola palabra. Desde el principio, había sido este tipo de cosas, las inesperadas e *insólitas*, las que habían despertado su interés por él.

Maverick hacía cosas que otros hombres no hacían. Gente que la conocía de toda la vida, no se había tomado las molestias que él se estaba tomando por fabricar tiempo para poder estar juntos. Esa era la razón que en el fondo justificaba cada uno de los movimientos del barman. Y cada vez que él movía ficha, la cautivaba más y más. Con cada cosa que hacía, con cada explicación, con cada sonrisa, haciéndola sentir tan importante, tan

apreciada... Aunque a ella misma le parecía increíble lo que estaba sintiendo, era real como la vida misma.

Tan real, que él se dio cuenta.

—Dios, princesa... Si me miras así —murmuró. Y cuando quiso darse cuenta, ya había vuelto sobre sus pasos.

—Si te miro así, ¿qué?

Estaban frente a frente, no demasiado cerca todavía, pero sí lo suficiente para sentir esa energía especial que los rodeaba, que con la proximidad se había vuelto mucho más intensa.

—Voy a besarte. Y como empiece, no voy a poder parar... —Avanzó hasta estar tan cerca que Shea sentía el aire tibio de su respiración sobre la frente—. Y si no puedo parar, no voy a conformarme sólo con besarte... Besarte. Al conjuro de esa palabra, los ojos de Shea, como hechizados, se desplazaron de los ojos a los labios del barman.

—¿No?

Él negó con la cabeza en un gesto apenas perceptible.

—No —murmuró—. Y las cosas se van a volver muy personales entre tú y yo. Íntimas.

—¿Muy íntimas?

—Ajá... Será imposible ocultarlo. No vamos a poder disimular. Y voy a aparecerme dondequiera que estés porque te voy a necesitar mucho más de lo

que te necesito ahora mismo, que es decir muchísimo. Porque como ves, te topas conmigo en todos lados...

Estaban tan cerca que el sonido de las eses que él pronunciaba, resonaban sobre los labios de Shea.

—Todo un problema, ya veo —murmuró ella mientras sus ojos continuaron deleitándose en aquellos labios perfectos.

Él le puso una mano sobre la cadera, suavemente, y ladeó la cabeza sin dejar de mirarla, preparándose para cumplir su advertencia.

—Si empiezo, no paro —volvió a prevenirla por última vez.

Por toda respuesta, Shea puso su mano sobre la cintura de él y el barman ya no se contuvo.

El primer contacto fue suave, cuidadoso; una sucesión de delicadas caricias de sus labios sobre los de Shea y pequeños besos que ella devolvía con la misma suavidad. Se miraban con emoción y cierta expectación, y seguían explorándose mutuamente.

La siguiente caricia fue húmeda; Maverick recorrió lentamente el contorno de los labios femeninos con la lengua y a pesar de que los dos se estremecieron, y de que los escalofríos que los recorrían eran intensos, continuaron mirándose.

—¿Bien? —murmuró él, como para asegurarse de que los dos seguían

en esa misma longitud de onda extraña que los había conectado desde el principio.

“Bien”, no; perfecto. Como la forma en que él había conseguido abrirse paso en sus pensamientos y monopolizarlos. Como la certeza que había hecho nacer en ella de que, por ingenuo y loco que pudiera parecer, se conocían; no habían sido realmente extraños ni siquiera la primera vez que sus miradas se habían cruzado, aquel día en el MidWay.

Perfecto como cada momento que había pasado a su lado. Estar con Maverick era como volver a casa después de un largo viaje.

Ella esbozó una ligerísima sonrisa, casi una mueca, y esta vez fue su lengua la que recorrió los labios masculinos, imitándolo.

El estremecimiento de Maverick fue como una descarga eléctrica que los sacudió a los dos. Sus brazos la rodearon apasionadamente y su voz sonó cargada de emoción cuando habló.

—¿Esto es real? Por favor, dime, ¿existes de verdad?

Sus labios volvían a jugar sobre la boca femenina, cuando ella se pegó a él, buscándolo.

—Es alucinante, ¿no? —repuso Shea—. Yo me estaba preguntando lo mismo.

## **Episodio 12**

Viernes, 12 de febrero de 2010.

En una cafetería,

Ginebra, Suiza.

Nikki había pasado toda la semana deseando que llegara el viernes, más ansiosa que de costumbre. Apenas había podido ver a Lexi, así que cuando ella le pidió que quedaran a tomar un café después del trabajo, no había podido negarse. Y allí estaban, en una cafetería próxima a la sede de la Organización de Naciones Unidas, poniéndose al día de sus respectivas noticias. Aunque, claramente, la de Nikki acaparaba titulares.

—Hacía tanto tiempo que no te veía contenta, que no me lo puedo creer.

¿De verdad las cosas van tan bien entre vosotros?

La sonrisa de Nikki, inmensa, radiante, respondió por ella.

—Sí, cada día van mejor. Si te soy sincera, está superando todas mis expectativas. Hablamos cada noche, nos hemos visto todos los fines de semana, y la verdad, nadie diría que llevamos juntos más de diez años. Es como si acabáramos de conocernos, no paramos de hablar...

—Parece que ponerle los puntos sobre las íes ha tenido su efecto —dijo

Lexi llevándose a la boca el succulento bombón relleno de licor que le habían servido, acompañando al café.

—Bueno, los puntos sobre las íes se los había puesto otras veces sin tanto éxito —repuso Nikki.

Lexi miró a su amiga con cara de no entender.

—No me refería a tus puntos, sino a los míos —y al ver su expresión interrogante, cayó en la cuenta de algo que le parecía aún más increíble: Conor no se lo había dicho—. Ya veo, él no te ha contado nada.

No le había contado nada ¿de qué?

—¿Qué es lo que tenía que contarme?

Lexi sabía que su amiga odiaba las intromisiones en sus asuntos, así que aquello podía acabar en una anécdota... o en una discusión.

—¿No te dijo que hablé con él? —Nikki negó con la cabeza—. Aquella tarde que fui a tu casa y te encontré tan mal, ¿te acuerdas? Habíamos quedado en organizar una reunión con amigos y cuando llegué estabas en el sofá con una pila de pañuelos descartables y esa caja tuya, la de los recuerdos, sobre la falda, ¿te acuerdas?

Nikki asintió con la cabeza.

—Pues... Cuando tú fuiste al baño, yo le hice una pequeña llamada a Conor —continuó Lexi—. Le dije que no podíais continuar así. Que seguir manteniendo una comunicación cuando, claramente, no estabais manteniendo ninguna relación era muy cruel por su parte. Que hasta que no se decidiera, te dejara en paz.

La cara de Nikki pasó por todos los colores del arco iris, dejando constancia de que lo que oía no era de su agrado, ni mucho menos.

—No puedo creer que hicieras eso... ¿Y él que te dijo?

—Nada, ¿qué me iba a decir? Tenía razón, no había nada que añadir.

Pero ha surtido efecto...

Nikki no salía de su asombro.

—No se te ocurra volver a hacer una cosa así —le advirtió muy seria.

Había sido cosa del momento, la impotencia de verla sufrir, pero un instante después de hacerlo, Lexi había comprendido que se había pasado de protectora.

—Tranquila, cari, no volveré a meter mis narices de esa forma. Estuvo muy mal. Además, me parece que no va a hacer falta, ¿a que no? —sonrió, conciliadora.

Nikki asintió con la cabeza. Las cosas habían cambiado mucho; él estaba muy cambiado. Se debiera a esa conversación con Lexi, o a que el accidente le hubiera puesto en su sitio algún tornillo que estaba flojo, lo cierto era que había cambiado.

—Conor es otro hombre... Tan distinto al de siempre, no te lo imaginas... Entiende que yo no pienso volver a Londres por el momento, y que lo que suceda entre nosotros implicará cambios importantes en la vida de los dos... Así que vamos día a día, paso a paso. Con los pies en la tierra que es donde deben estar... No sé qué le ha pasado, por qué ha cambiado tanto,

pero me gusta lo que tenemos ahora, Lexi.

Ella apretó cariñosamente la mano de su amiga a través de la mesa.

—Lo que *os ha pasado* —enfaticó—. Se llama madurar, Nikki. Te lo dije una vez, ¿recuerdas?

—Cada vez que pienso en la sorpresa que se va a llevar mi madre mañana —dijo Nikki con una sonrisa que no le entraba en la cara—. Tengo tantas ganas de ver a mi familia...

—¡Se van a volver locos de alegría! —repuso Lexi, contagiada de la ilusión de su amiga.

Nikki echó un vistazo a la hora y enseguida empezó a recoger sus cosas.

—Bueno, cari, me tengo que marchar. Todavía tengo que hacer un par de cosas antes de ir para casa. Despídeme de Chris, por favor.

—Eso, que a las nueve toca videollamada —dijo Lexi acabando la frase por su amiga.

Ella sonrió. Era una cita a la que, en efecto, no podía faltar.

—Exacto. Es nuestro cable a tierra, los que nos permite sobrevivir a toda la semana separados. No me lo perdería por nada del mundo.

—Mañana trabajo, si no te llevaba al aeropuerto... —dijo Lexi.

Nikki se despidió de su amiga con un beso y un abrazo.

—No te preocupes, cari. Para eso están los taxis.

Sábado, 13 de febrero de 2010.

En un hotel de la ciudad,

Mahón, Menorca.

“¡Ten una noche loca, mujer!”, le había dicho Neus. Claro, cómo no. Lo que su querida hermana no había tenido en cuenta era que, en su caso, la locura dependía de varios factores, entre ellos, los años que no perdonaban. Pero a juzgar por la continuada alegría de Jaume, evidente en más partes de su cuerpo además de en su sonrisa, quizás si cambiaban “noche” por “mañana” igual..., pensó Anna mientras se desperezaba en la cama sin dejar de mirar el ir y venir de Jaume, del baño a la habitación, y vuelta.

—¡Buenos días, dormilona! —dijo Jaume al verla despierta. Enseguida volvió sobre sus pasos y fue a sentarse junto a ella, en la cama—. ¿Cómo ha amanecido hoy mi princesa?

—¿Tu princesa? Por Dios, Jaume.... —Anna tuvo que reír, algo que él celebró besándola en la boca, lo cual a su vez consiguió que a ella le diera la risa tonta y al final acabaran tronchándose los dos.

Así estaban desde que ella había hecho oficial la relación que mantenían; más feliz que unas pascuas y no reprimiéndose en sus manifestaciones públicas de afecto. La noche anterior, en la fiesta de inauguración del astillero, había alardeado de ella todo lo que había podido y más. Algo que la familia había recibido de buen grado, excepto su hijo, que

seguía igual de enfurruñado que el día que los había sorprendido besándose en la cocina de la casa familiar.

—¿Cómo que “por Dios, Jaume”...? Eres mi princesa, *mi princesa* — enfatizó—. ¿Te diste cuenta cómo nos miraba todo el mundo anoche? Tenía los ojos iluminados y esa sonrisa que lo volvía irresistible.

—No mucho, estaba ocupadísima intentando esquivar los misiles que me enviaba mi hijo.

Jaume también los había notado, pero si algo no quería, era aquel iracundo jovencito de tema de conversación la primera mañana que amanecían juntos.

—Pues sí, nos miraban. Fui el tipo más envidiado de la fiesta y la experiencia me gustó tanto que quiero repetirla. Aunque, habrá que hacer algunos ajustes, como no dejarte beber champán y traerte a la cama más temprano. Por lo demás, fue perfecta.

—¿Me quedé dormida demasiado pronto? —dijo Anna en voz baja con cara de “tierra, trágame”. A decir verdad, no recordaba mucho; era tarde y como no venía preparada para ninguna noche loca, se había metido en la cama en ropa interior y aún la conservaba puesta por lo que a él no le había dado tiempo a quitársela. Aparte de eso, poco más.

Jaume, en cambio, lo recordaba todo perfectamente. En efecto, Anna se

había quedado dormida enseguida. Tantas emociones la habían dejado agotada. A él le había costado un poco más conciliar el sueño; era la primera vez en su vida que pasaba la noche junto a ella y la emoción era tal que a cada rato extendía el brazo buscando su cuerpo para asegurarse de que no acababa de despertar del mejor de sus sueños, solo en la cama.

Él la besó con ternura, fue uno de sus besos con caricias de barba que a ella le encantaban.

—No recuerdo gran cosa así que deduzco que yo también estaba dormido —respondió él sonriendo—. Venga, fuera de la cama que el baño de espuma te está esperando. Yo pediré que dentro de una hora nos suban el desayuno.

Anna le acarició el rostro, gesto que él aprovechó para quedarse con su mano.

—¿Me has preparado el baño? ¿Sabes?, creo que me estás malcriando muchísimo.

*Y todavía no has visto nada, pensó él.*

—¿Tú crees?

—Me estás malcriando, Jaume —repitió Anna, asintiendo con la cabeza para enfatizar que la malcrianza era mucha y pertinaz, pero una sonrisa volvió a brillar en sus labios cuando añadió—: ¡Y me encanta!

El baño era una delicia que Anna disfrutó en solitario muy poco tiempo.

Apenas unos minutos más tarde, Jaume entró envuelto en la cálida bata del hotel y enseguida empezó a quitársela con movimientos insinuantes que llevaban más intención bromista que sensual. Anna sonrió al recordar que recurrir a la comicidad, incluso en momentos íntimos, era otro signo de identidad de Jaume.

Cuando él se aproximó a la bañera de hidromasaje, ya desprovisto de su bata, dominando el campo visual de Anna, ella pudo constatar que, al igual que años ha, bromear no interfería en absoluto con su libido.

Jaume se metió en la bañera muy lentamente, dándole tiempo a que ella disfrutara de las vistas. La mirada femenina se desplazó de la erección en ciernes a los ojos del menorquín.

—¿Ya no te hace falta ni tenerme en frente? —le preguntó con su vocecita dulce.

—Nunca me ha hecho falta —reconoció él con desparpajo—. ¿Ya no te acuerdas lo bien que lo pasábamos?

Se acomodó detrás de Anna, rodeándola con su cuerpo y sus brazos como si fuera una manta humana, a lo que ella no opuso la menor resistencia.

Anna sonrió para sí al recordar que, en efecto, Jaume era rápido para estos menesteres. Cuando eran “novios de instituto” y él venía a buscarla por

la mañana y la asaltaba en el pasillo de la entrada de su casa, ella notaba que él ya venía muy animado.

—No mucho —mintió.

Jaume hizo que le pasara los brazos alrededor del cuello y acompañó el movimiento con una larga caricia que al descender acabó sobre sus pechos, abarcándoselos posesivamente. El movimiento también consiguió que la espalda de Anna se pegara aún más al torso de Jaume y su erección, ahora plena, presionó la parte baja de su espalda.

—¿Empiezas a recordar?

Anna se arqueó contra él como si fuera un felino, deleitándose en esas manos que le amasaban los pechos, despertando todos sus sentidos. Él respondió acariciándole el pubis posesivamente. Sus dedos comenzaron a jugar con suavidad provocando que ella abriera las piernas instintivamente, envuelta en un suspiro.

—Dios... El sexo contigo siempre es tan...

La caricia de los dedos masculinos se intensificó.

—¿Tan qué?

—Tan fabuloso —admitió Anna, buscando sus besos.

—¿Cómo de fabuloso? —sus dedos se internaron dentro de Anna, haciéndola gemir.

—El mejor que he tenido en toda mi vida... Siempre has sabido qué

teclas tocar.

Jaume se estremeció; encendido físicamente, tremendamente halagado a nivel emocional.

—¿Él no era...? —se atrevió a preguntar.

Él no era nada. Ni un buen amante, ni un buen padre... Y tarde había descubierto que ni siquiera una buena persona. ¿Cómo había podido enamorarse de él de esa manera tan desesperada hasta el punto de perdonarlo tres veces? Nunca lo entendería. Y después de volver a tener a Jaume, de volver a sentir su mirada cargada de admiración, de su entrega incondicional, de su ternura y su determinación de hacerla sentir como una diosa, le parecía sencillamente inconcebible.

A Chad Avery le había dado treinta años de su vida y una parte de su corazón se había ido con él. Pero la otra, aunque maltrecha y débil, seguía viva y Anna no estaba dispuesta a dedicarle ni un solo pensamiento, ni un solo latido más al padre de sus hijos.

—Tú eres mi hombre, el que siempre debió haber sido mi hombre, y estás aquí. Él ya no importa.

Jaume asintió con los ojos vidriosos, la abrazó muy fuerte.

—Tú y yo aquí, juntos... Me parece un sueño, Anna...

—Pues no es un sueño... ¿y sabes lo que me apetece ahora mismo? —

su mano, rodeándole el miembro le dio un anticipo.

—¿Qué?

—Que me lleves a la cama y hagamos el amor...

—¿Y si lo hacemos aquí y luego te llevo a la cama y lo hacemos otra vez? Los sitios estrechos solían dársenos bien...

—Todo se nos daba bien, pero han pasado treinta años y el reuma no perdona —repuso Anna, riendo bajito.

Él también rio, pero no cesó en sus caricias. Al contrario, empezó a buscarla con más descaro.

—Cuando hay ganas, te olvidas de todo y no te cuento las ganas que tengo... —le apretó los pechos y ella respondió igual, cerrando sus piernas en torno a los dedos masculinos—. Además, hemos superado el “nivel secadora”, yo creo que podemos lanzarnos a por el “nivel bañera”.

Los dos rieron, pero no dejaron de buscarse, ahora mutuamente.

—Ay, Jaume, ¿en serio? —murmuró, bebiendo de sus besos, tan encendida como él. Jaume la ayudó a volverse de frente a él y se apoderó de sus pechos.

—Estira la manita y coge los condones, y verás lo en serio que voy — dijo él, entre beso y beso.

—Me parece que hoy vamos a prescindir de ellos —repuso ella.

—¿En serio? ¿Podemos...?

—Podemos.

Jaume soltó un suspiro, la rodeó en un abrazo cargado de pasión, de emoción, del millón de sentimientos que ella despertaba en él desde siempre.

—Dios... Te amo tanto, Anna. Tanto, tanto, tanto...

Casa de los Campbell.

Barrio residencial al norte de la ciudad.

Londres.

Nikki le dio un empujón suavcito al hombro de Conor, apartándolo del telefonillo. Él, bromista como siempre, quería anunciar su presencia en casa de los Campbell, haciéndose pasar por un vendedor de seguros.

— ¿Sí? —se oyó la voz de Genevieve a través del micrófono—. *¿Quién es?*

—¿Es la casa de los Campbell? —preguntó Nikki, sin fingir su voz.

Tras un momento de silencio, la voz de Genevieve volvió a oírse.

— *¿Nikki? ¿Eres tú?*

—¡Que sí, mamá, que soy yo!

Un instante después, la puerta de casa se abrió y la madre de Nikki abrazó a su hija, eufórica.

—¡Ay, pero si eres tú! ¡No puedo creer que estés aquí! ¡¿pero cómo no

nos has avisado?! Habríamos ido a buscarte al aeropuerto, y habríamos preparado un poco la casa y la comida y llamado a tus tíos que tienen tantas ganas de verte...

Genevieve hablaba emocionada sin dejarle meter baza a su hija, a quien seguía abrazando como si llevara toda la vida sin verla.

Entonces, apareció la abuela Clarisse, igual de eufórica, prodigándose en abrazos y en besos.

—¡Pero si mi nieta preferida está aquí...! ¡Mira que guapa está ella! — dijo la anciana, con la voz quebrada por la emoción.

Desde el quicio de la puerta, un poco más atrás, Fred contemplaba la escena con cariño, esperando su turno para abrazar a su hija. A diferencia de las mujeres, estaba al tanto porque Conor lo había llamado aquella mañana temprano para avisarle, pidiéndole que no desvelara el secreto ya que Nikki quería sorprender a su madre.

—Bueno, señoras, a ver si me dejan un sitio, que yo también quiero darle la bienvenida a mi hija —intervino Fred que apartó a las mujeres suavemente y cuando tuvo a su hija toda para él, la rodeó con sus brazos, afectuoso—. Cuánto me alegro de verte, cariño, y qué guapa que estás...

La algarabía era enorme. Conor, en un segundo plano, contemplaba la escena con ojos de hombre enamorado.

—Estoy tan contenta de verte que casi hasta me alegro de verte a ti,  
Conor —comentó Genevieve cuando al rato reparó en la presencia del  
motero.

Fue entonces cuando Clarisse cayó en la cuenta de que Nikki no había  
venido sola y apretando cariñosamente la mano del mortero, le regaló una  
sonrisa.

—Pues yo me alegro sin “casi”. ¡Qué gusto volver a verte por aquí,  
Conor y qué guapo estás sin las rastas! Me alegro de corazón, veros juntos es  
lo mejor del mundo para mí —declaró la abuela.

A partir de ese momento, todo fue un ir y venir ajetreado en casa de los  
Campbell. Mientras la abuela llamaba al resto de la familia para avisar que  
Nikki había regresado por sorpresa a pasar el fin de semana en Londres, su  
madre se había puesto manos a la obra en la cocina.

Conor había dejado a Nikki en casa de sus padres y se había ido al  
taller. Después de acabar la jornada extraordinaria, había regresado justo a  
tiempo para comer. Había compartido mesa no sólo con la familia de su  
novia, sino también con tíos y primos que se habían acercado a saludar a  
Nikki a quien no veían desde Navidad. Durante varias horas, el motero, en un  
segundo plano, había aguantado estoicamente que la atención de su chica  
estuviera dedicada a su familia y que ellos la acapararan. Pero desde hacía un  
rato, la pareja se había acomodado en el sofá y se habían sumergido en su

propio universo. Para Nikki todo tenía un significado especial aquel día, se sentía feliz y cada pequeño detalle contribuía a hacerlo aún más perfecto. Como el peinado de Conor, por ejemplo. Era una tontería, pero siempre le había gustado su cabello rizado natural y volver a verlo después de tanto tiempo, le había parecido un regalo extra en un día ya de por sí especial.

—Qué cambio —dijo Nikki, enredando uno de los largos rizos masculinos en su dedo.

—Mi novia me dijo que los echaba de menos, así que —repuso él, robándole un beso recatado.

Ella lo miró con ojitos ilusionados.

—¡Fue un comentario! ¿En serio lo has hecho por eso?

Conor asintió.

—Estamos juntos un día por semana, dos como mucho —dijo, rodeándola con ambos brazos y estrechándola contra él—. Los detalles, que siempre cuentan, ahora cuentan *muchísimo más*.

—¿Qué otra cosa iba a decir el hombre más detallista del mundo, eh?

—Me dijiste que no te escuchaba. —El recuerdo de aquella conversación el día que Nikki le había informado de que se iba a trabajar a Ginebra, regresó a la mente de los dos—. No es así, pero si tú lo pensabas, está claro que me lo monté fatal. Escucho cada palabra que dices —sonrió

con segundas—, así que cuidado, preciosa.

—¡Voy a tener que dejar de pensar en voz alta!

—O no —repuso él con todo el doble sentido del mundo, provocando que Nikki se echara a reír.

Desde el otro extremo del salón, alguien que había apostado por esa relación desde el principio estaba disfrutando enormemente del momento romántico de la pareja. Alguien que, en aquel momento, se puso de pie y abandonó la estancia para poder llamar a su consuegro y compartir con él la alegría de que las cosas estuvieran saliendo tan bien.

### **Episodio 13**

Sábado, 13 de febrero de 2010.

En un rincón idílico,

Menorca.

Cova d'en Xoroi es una cueva natural ubicada sobre el acantilado de la Cala en Porter, al sur de Menorca que en la actualidad alberga un bar discoteca al mejor estilo de los clubs ibicencos. La leyenda cuenta que fue el refugio de una pareja formada por Xoroi, posiblemente el último superviviente de algún naufragio, y una mujer de las aldeas aledañas de la que se enamoró, a quien raptó para que viviera con él en la gruta que hoy lleva su nombre. Tuvieron tres hijos y permanecieron juntos hasta que fueron descubiertos varios años más tarde. Acorralado, Xoroi se lanzó al mar

seguido por su hijo mayor, llevándose consigo el misterio que lo envolvía. El lugar estaba rodeado de magia y resultaba impactante aunque se desconociera la leyenda. Pero si tenías la suerte de conocerla contada por un lugareño con toda la pasión que suelen despertar las historias de amor que acaban sin un final feliz, quedabas completamente cautivado. En el caso de Abby y Evel, la narración había venido de la mano de uno de los administradores del lugar y había llevado el añadido del interés personal heredado de la familia.

Era un lugar de ensueño, pero tenía un problema de cara a la boda; por la estructura de la gruta, solo una pequeña parte de los asistentes podría presenciar realmente la ceremonia; los demás tendrían que conformarse con verlo a la distancia.

—¿Y si usamos unos de esos aparatitos con audio y vídeo para los invitados?

Abby torció el gesto. Se habían enamorado de la cueva desde que la habían visto por primera vez, pero las dificultades seguían sumándose sin parar; el acceso complicado para mayores y niños; la oscuridad del interior de la gruta que obligaría a que todas las fotos tuvieran que realizarse con flash; y la ya comentada limitación del espacio al aire libre que haría necesario la utilización de dispositivos especiales para que los invitados pudieran seguir la ceremonia por circuito cerrado.

—¿Van a venir a Menorca a ver cómo nos casamos por televisión? ¿Y si fallan? Es tecnología y estamos en el medio de la nada —repuso ella señalando con un gesto la inmensidad azul del Mediterráneo.

—Entonces, no podrán hacer más que saltar al agua y darse un baño —dijo Evel riendo—. ¿Te lo imaginas? Ya estoy oyendo a mi padre deshacerse en disculpas entre sus estirados amigos por el tonto de su hijo...

Abby soltó una carcajada.

—Y yo ya veo a mi madre retransmitiéndola en directo a voces porque “¡pobre gente, venirse hasta aquí para nada!”... ¡Dios mío, menudo espectáculo!

Después del momento de risa, la pareja continuó mirando el horizonte, en ese punto donde un mar que por momentos parecía color violeta, se unía con un cielo soleado sin la menor sombra de nubes, un paisaje de postal. El mar rompía con fuerza contra las rocas del acantilado, varios metros por debajo del lugar donde se hallaban. Era un rincón ideal..., pero no el adecuado para su boda.

Se miraron. Abby puso una sonrisa tristonca. Evel se colocó detrás, la rodeó con los brazos y apoyó la barbilla sobre su coronilla.

—Cuando piensas en ese día, ¿cómo lo imaginas?

Ella sonrió. Al igual que él, pensaba que la hermosa gruta no se

adecuaba a sus planes, pero no deseaba decirlo en alto.

—Estamos radiantes, descalzos sobre la arena tibia... Cogidos de la mano, en un altar precioso y muy grande, lleno de flores multicolores que huelen de maravilla, y delante nuestro, un oficiante dice palabras que... ¡Ay, nos emocionan tanto...! Rodeados de familia y amigos tan emocionados como nosotros, decimos nuestros votos y...

—Así que la cosa irá con votos...

—Claro. ¿O tú no quieres? —preguntó ella, dudosa.

—Yo quiero lo que tú quieras, bombón. Sigue, sigue, que me está encantando el día de mi boda...

—Bueno, decimos nuestros votos que son muy, muy románticos, recibimos los saludos y buenos deseos de todos, nos hacemos un millón de fotos porque quiero cada minuto de ese día recogido en instantáneas con las que, aviso, pienso empapelar nuestro nidito de amor —Evel rió bajito al tiempo que estrechaba el abrazo—. Bailamos agarraditos... y cuando sea la hora, inauguramos el convite con un banquete de delicias mediterráneas en algún restaurante cercano, a ser posible, en la misma playa... Un lugar elegante y supercoqueto que estará abierto exclusivamente para nuestros invitados... Más fotos, buena comida, discursos emotivos... Mi madre y tu abuela nos van a hacer llorar como magdalenas así que habrá que prepararse —matizó con una sonrisa—, más baile, un pastel de boda para hartarse a

comer; una *red velvet* de tres pisos, completamente blanca por fuera y decorada con flores frescas... Y cuando el sol se haya puesto, tú y yo desaparecemos sigilosamente con rumbo desconocido, a disfrutar de nuestra merecidísima y esperadísima luna de miel... ¿Qué te parece, motero?

—Que me encanta, me encanta, me encanta —dijo Evel robándole besos, loco de contento—. Va a ser una maravilla de boda, nena, ¡un día inolvidable!

—Ahora solo nos queda encontrar el sitio ideal y organizarla —repuso Abby poniendo cara de dolor.

—Eso lo arreglamos en un momento —dijo Evel que para entonces ya había sacado su móvil y estaba seleccionando una memoria—. ¡Hora de llamar al señor de los contactos para que nos eche una mano, bomboncito!

Mientras tanto...

Casa de Angela Swynton.

Cala Morell,

Ciudadela, Menorca.

Aunque Evel y Abby no habían avisado a nadie de que estarían en la isla, Angela lo había hecho al minuto de llegar a Menorca. Dylan se había puesto en marcha enseguida y ahora disfrutaba de la compañía de una mujer con la que había congeniado bien desde el principio y la madre de Evel,

Sylvia en la terraza posterior de la casa. Tomaban café mientras conversaban mirando al mar.

—Por cierto, ¡enhorabuena! Ya me he enterado de que te han ofrecido un trabajo a tu medida... Si es que el que es bueno, es bueno. ¡Qué orgullosa estoy de ti, cariño mío! —dijo Angela.

—Y tan bueno; Clinton siempre habla maravillas de ti y del trabajo que has hecho en la Costa Azul. Me alegra que al fin puedas trabajar y vivir en el mismo lugar.

—Gracias, gracias... Fue inesperado y ha salido todo a pedir de boca. Gracias a mi chica, principalmente, que se ocupó de mover algunos hilos...

—No me extraña. Estaría interesadísima en tenerte en la isla de lunes a domingo —bromeó Sylvia.

Dylan y Angela intercambiaron miradas con disimulo. Angela, que seguía en contacto con él con frecuencia, sabía que no había sido solo por eso. Aunque Dylan no había conseguido sacarle una palabra al respecto a Andy, estaba seguro de que ella estaba detrás de que las cosas hubieran ido como la seda desde el minuto cero entre menorquines y saudíes.

—Y tú estabas interesadísimo en tener a tu preciosa criatura al alcance de la mano el mayor tiempo posible —dijo Angela.

Dylan asintió con una sonrisa, la misma que aparecía en su rostro cada

vez que el nombre de su chica salía a relucir, solo que bastante más grande.

Al verla, la abuela de Evel volvió a tener la sensación de que había más cosas que Dylan no decía detrás de su gran sonrisa.

—¡Qué bien te veo, cariño! Muy cambiado.

—Está enamorado, madre. Aunque ellos rara vez lo reconocen, el amor nos transforma a hombres y a mujeres por igual.

Para Dylan era mucho más que eso; era haber encontrado su lugar en el mundo cuando ya había perdido la esperanza -e incluso el interés- de hacerlo.

—Es que me encanta esta isla y sus habitantes —repuso con picardía—

y ahora, con un trabajo todavía mejor del que tenía en Niza y sin necesidad de vivir cogiendo aviones, estoy en la gloria.

—Es fantástico, Dylan —dijo Sylvia.

—¿Y ahora que has conocido a la chica de tus sueños y que has conseguido un trabajo ideal y que vivís los dos en el mismo lugar idílico del planeta... Hay algún plan a corto plazo?

Una sonrisa de hombre en la etapa más feliz de su vida con planes de tener una vida aún mejor traicionó a Dylan.

—Alguno —admitió, críptico. Angela le apretó la mano cariñosamente.

En aquel momento su móvil empezó a sonar. Sonrió al ver de quién se trataba. Activó el sistema manos libres.

—¿Cómo es eso de que tenga que enterarme de que estás en la isla por tu abuela, chaval?

— *Sí, perdona... Es que veníamos un poco agobiados con el tema de decidir el lugar para la boda y nos pusimos manos a la obra enseguida. No te pregunto qué tal estás porque ya me han contado que tu vida va de fábula*

—dijo Evel.

—¿Y habéis decidido el sitio?

— *Bueno, en realidad, hemos decidido que el sitio que queríamos no se adapta bien, así que habrá que ponerse a buscar otro. Ahora, al menos, sabemos exactamente lo que queremos.*

—¡Hurra! —exclamó Sylvia.

— *¿Pero cómo, ya estás con mi familia?* —dijo Evel, sorprendido, al oír la voz de su madre.

—Ya ves. Ellas sí que me tratan bien, y no como tú que solo me llamas cuando me necesitas —repuso Dylan haciéndole un guiño a las mujeres.

—¿Y qué es lo que habéis pensado? —intervino Angela.

— *Queremos casarnos en la playa rodeados de este paisaje maravilloso de la isla y también queremos que el convite sea en algún lugar con vistas al mar. Ahora solo nos falta encontrar ese sitio ideal.*

—Conozco a la persona idónea para ayudaros a encontrarlo —repuso Dylan.

— *¿Por qué no me sorprende?* —dijo Evel, aliviado.

—Porque me conoces, chaval. Vaya pregunta. Tenéis que hablar con el tío de Andy.

— *¿Ese que te tiene tanto cariño? Si no te importa, no diré que voy de tu parte.*

—Que no me pueda ver ni en fotos, no quita el hecho de que es la persona más adecuada de esta isla para ayudaros con la boda. Y no te preocupes por ese asuntito de nuestro mutuo disgusto. Puede que a mí quiera matarme, pero ha metido la pata hasta el fondo con su sobrina... ¿Sabes de quién hablo? ¿Esa preciosa y supersimpática ex camarera de tu bar?

— *¿Tu novia?* —replicó Evel con guasa.

—La misma —dijo Dylan, rezumando orgullo por los cuatro costados

—. Como decía, su tío la ha cagado bien y necesita desesperadamente sumar puntos con ella. Así que es vuestro hombre. ¿Dónde estáis?

— *En la otra punta de la isla.*

—Entonces, nos vemos en el restaurante Sa Badia dentro de una hora.

¿Te acuerdas dónde queda o necesitas guía?

Evel soltó una risotada.

— *¡Cómo te pasas! Soy motero, tío. No necesito guía en ningún lado.*

Por la tarde...

Pau no solo había demostrado ser el hombre idóneo, sino que se había puesto manos a la obra de inmediato. En cuanto el restaurante cerró después del turno de comida, una comitiva formada por Andy, Dylan, Pau junto a su hija Alba y los visitantes, puso rumbo hacia otro rincón idílico de la isla, a mitad de camino entre Ciudadela y Mahón; un hotel con encanto, situado en una pequeña cala, que pertenecía a las empresas del Grupo Estellés. No solo contaba con playa privada, sino con una planta situada a nivel del mar en la que habían recreado un entorno natural poblado de plantas, cascadas y una piscina de agua salada. La pareja podía optar por un convite de tipo informal en dichas instalaciones con camareros sirviendo también en la playa, o bien alquilar el salón que comunicaba con el entorno natural, que tenía una capacidad de 250 comensales.

—¡Es ideal! —exclamó Abby mirando alrededor ilusionada.

Se adecuaba a la perfección a todo lo que habían comentado y también a algo que Evel estaba preparando en secreto.

—¿Te gusta, bombón?

Ella asintió con la cabeza mientras seguía recorriendo con la mirada un lugar que de tan perfecto le parecía producto de su imaginación.

—Es una maravilla. Mira, allí hasta podríamos poner un escenario para la música en vivo. ¡Es perfecto! ¿Sería posible instalar el altar en la playa?

¿Podemos usarla libremente?

Pau asintió.

—Por supuesto. Es una playa privada. No sé si prefieres encargar la organización a una empresa especializada en bodas o dejarlo en nuestras manos... En cualquier caso, no tienes más que decir cómo lo quieres, nos ocuparemos de hacerlo realidad. ¿Qué fecha tenéis en mente?

Evel y Abby se miraron.

—Habíamos pensado junio, después de los Harley Days, pero acabaremos cansados y a estas cosas es mejor tomárselas con calma —dijo él.

—¿Vais al evento? —preguntó Pau animado—. Soy miembro del comité organizador.

—Asistimos todos los años, pero este vamos como expositores, con dos customizadas nuestras.

—¿Vuestras? ¿Tuneáis motos?

—Coches, principalmente, pero hace un par de años empezamos a diseñarlos además de tunearlos y ahora nos lanzamos con nuestras propias motos. Mi mujer es una artista de los grafismos y nos las quitan de las manos

—dijo Evel pasándole un brazo alrededor de la cintura a Abby.

—¡Ah, eso me interesa mucho! ¿Quién es vuestro contacto en la

organización?

—Un tal Marc Vilaró.

Pau asintió.

—Ah, bien, hablaré con él, entonces...

—Te lo agradezco mucho. Es nuestra primera vez como expositores y toda ayuda será bienvenida —dijo Evel.

—Sí, desde luego. Muchísimas gracias —intervino Abby.

—A mi papá le chiflan las motos... Tiene una negra muy grande, llena de lucecitas. ¿Tú tienes moto? —le preguntó la hija de Pau a Evel, toda interesada.

El comentario alegre de Alba arrancó sonrisas, especialmente porque no acabó de decirlo que ya estaba intentando acaparar la atención de su padre, agarrándose a sus piernas.

—Sí, también es muy grande, aunque seguro que no es tan bonita como la de tu papá —repuso él—. Y Abby también tiene una.

—¡Qué guay! ¿Vas en moto? —quiso saber la niña, ilusionada.

—Princesa, pero qué curiosa estás hoy —intervino Pau, que la tomó en brazos y le dijo al oído—: Déjame acabar con estos señores y nos vamos a dar una vuelta en la moto, ¿vale?

La pequeña asintió ilusionada y celebró el nuevo plan dando palmitas.

—Si me permitís que os dé mi opinión —continuó el tío de Andy—, os recomiendo finales de septiembre o principios de octubre. No hace tanto calor, hay menos gente y podréis disfrutar más el tiempo que paséis en la isla.

—Sí, lo habíamos pensado, ¿no, Abby?

—Y así también tendríamos más tiempo para organizarlo todo bien —dijo ella.

—Fantástico. Si te gusta lo que os he propuesto, la fecha concreta está en tus manos, eso es decisión de la chica —le dijo Pau a Abby con simpatía—, pero todo lo demás podéis dejarlo a nuestro cargo. Tenemos una organizadora de eventos que es una auténtica maga y por supuesto, estaré encantado de ocuparme personalmente de que tengáis la boda de vuestros sueños.

Pau era todo sonrisas y Dylan, que no le quitaba los ojos de encima desde que se habían reunido con él, tenía la impresión de que no estaba relacionado con el negocio. El tipo estaba feliz, con esa clase de felicidad muy masculina que da haber tenido una noche agitada (o saber que la tendría en breve). Teniendo en cuenta que no se prodigaba en juergas ahora que los tribunales le habían concedido la custodia permanente de su hija, solo se le ocurría una razón.

—¿Qué feliz está tu tío, no? —le dijo a Andy al oído.

—¿Has visto? Pensé que era solo cosa mía.

—Qué va. ¿Has hablado con Tina?

Ella lo miró extrañada.

—Sí, ¿por? Hablamos dos o tres veces por semana.

—¿Y no has notado nada?

—¿Crees que la alegría de mi tío tiene que ver con ella? —dijo sonriendo intrigada.

Dylan asintió varias veces con la cabeza.

—Si no te ha dicho nada, yo que tú la sometería al tercer grado. Está claro que oculta algo.

—¡Ayyyyyy, me muero de curiosidad! —exclamó Andy ilusionada.

Casa de Tina Murphy,

Londres.

El interrogatorio de Andy no llegó hasta una hora más tarde, cuando ya estaba en casa. Mientras Evel ponía al día a Dylan de las novedades londinenses y los demás tomaban un café en el patio ahora climatizado de la casa familiar de los Estellés, la joven desapareció durante un rato. Echada sobre la cama cómodamente, se dedicó a interrogar a su amiga sin ninguna clase de contemplaciones.

— *Sí, sí, tú cambia de tema que yo no me doy cuenta* —le dijo a su amiga cuando una pregunta sobre su vida social había acabado en un informe

pormenorizado de la notable mejoría del estado de salud de su padre.

—No cambio de tema. Lo que pasa es que trabajo mucho, y como no tengo ningún irlandés que me alegre los fines de semana, no hay más que contar.

Irlandés, desde luego, no era, pero “alguien” le alegraba los fines de semana, pensó Andy que decidió no andarse más por las ramas.

— *Y digo yo, ¿tú no tendrás nada que ver con la alegría de mi tío, no?*

—preguntó, y se quedó esperando los efectos de la deflagración.

Una sonrisa apareció en el rostro de la entrenadora, que fue totalmente incapaz de evitar y que agradeció que su amiga no pudiera ver.

—¿Yo? Qué dices. ¿Cómo voy a tener que ver con la locura de alguien que vive a miles de kilómetros? —Su intento de evasión posiblemente sería inútil, pero tenía que intentarlo.

— *No dije locura, dije alegría y existen aviones, ¿sabes?* —tras una pausa añadió—: *Y por si se te ocurre negarlo, que te quede claro que sé que mi tío ha estado en Londres y no precisamente por negocios.*

Tina meneó la cabeza. Dejó a un lado la revista deportiva y consideró sus opciones. Sabía por experiencia que en esa familia era imposible mantener algo privado. Daba igual a cuántos kilómetros estuviera sucediendo, la noticia se volvía viral. Una confirmación por su parte daría

lugar a una interminable sucesión de tonterías románticas que le sacarían los colores día sí y otro también. ¡Menudas eran las Avery/Estellés! Por otro lado, tenía que reconocer que de tratarse de cualquier otro hombre, ya habría puesto al tanto a Andy; eran amigas y el tema en cuestión no era la típica tontería de una noche que ni siquiera te molestas en mencionar. Además, estaba claro que ya sospechaba algo, de modo que no tenía sentido mentir.

—Vale. Ha venido a verme y...

— *¡¿Ha ido a verte?! ¡Me mueroooooooooo! ¿Y qué más? ¡Cuenta, cuenta, por favor!*

La algarabía contagiosa de su amiga llenó a Tina de sensaciones increíbles. Le recordó sus años adolescentes y las confesiones románticas que intercambiaba con Sonia, la hermana de Andy.

—Ha habido... —¿Cómo definir la locura que habían compartido a un lado de la puerta de su piso mientras al otro su familia tomaba café?—.

Algo... Pero todavía está todo muy en el aire, así que te agradecería que mantuvieras la boquita cerrada —dijo la entrenadora y para entonces tuvo que apartar el móvil de la oreja para evitar que el júbilo de su amiga la dejara sorda.

— *¡¿Y he tenido que sonsacarte para que lo admitas?! ¡Cómo eres, Tina! Y dime, ¿qué es eso que está "muy en el aire"?*

Tal como había imaginado, empezaban las tonterías. La entrenadora

soltó un bufido.

—Lo nuestro, Andy, ¿qué va a ser?

— *Así que existe un “lo nuestro” entre mi tío y tú... ¡Ay, me encanta!*

*¡Dios, me muero por veros acaramelados! ¡Creo que voy a llamar a algún paparazzi y le voy a vender la exclusiva!*

*Dios, dame paciencia.*

—Ya. Seguro que se agota la tirada. Todo el mundo sabe que en Londres se mueren por averiguar quién es la última acompañante de tu tío.

— *¿Mi tío, dices?* —Andy empezó a desternillarse— *¡Tú eres la exclusiva, verte sentar la cabeza, Tina! ¡Dios, que alguien me pellizque!*

—Aj. Venga ya, *cari* —se quejó la entrenadora. Todavía no acababa de hacerse a la idea de lo que estaba sucediendo con Pau, y ella le salía con algo en lo que decididamente no quería pensar—. Mi cabeza está perfectamente, es la tuya la que hay que atar en corto. Por si no te has dado cuenta, se te está yendo y mucho —sentenció.

Naturalmente, no engañó a nadie.

La alegría de Pau no sólo estaba relacionada con Tina, sino más concretamente con un viaje relámpago a Londres que tenía previsto para el día siguiente. Plan que la indisposición de un empleado acababa de truncar, de ahí la llamada.

— *A ver cuándo consigo escaparme... De momento, tendremos que*

*conformarnos con charlas telefónicas. A menos, claro, que tengas previsto hacerme una visita...* —dejó caer el menorquín.

Había salido del restaurante para poder disfrutar de un rato con Tina sin las miradas escrutadoras de su familia que no le perdían pisada.

Tina se tragó la sonrisa.

—No, no lo tengo previsto —repuso ella sin darse por aludida.

— *Qué pena. Con las ganas que tengo de verte...*

Una placentera sensación recorrió el cuerpo femenino que acabó manifestándose en forma de sonrisa. Lo que dijo, como era de esperar, fue de naturaleza diferente.

—Por cierto, no sería mala idea que mantuvieras tu alegría bajo control.

— *¿Y por qué iba a hacer eso? Soy un tipo feliz y me encanta que se note.*

—Porque estás despertando sospechas en quien no debes. Léase, tu familia.

— *¿Ah, sí?* —preguntó Pau interesado. La sonrisa se le tragaba la cara.

—Andy me llamó hace un rato.

— *¿Y qué le has dicho?*

—Lo suficiente para que me dejara en paz.

— *¿Y qué le pareció nuestro nuevo estatus?*

—¿De qué estatus hablas? Besas bien y todo eso, pero no es para tanto.

Pau rió de buena gana.

— *Gracias, entrenadora. Viniendo de ti es todo un cumplido.*

—De nada.

— *No es la calidad de mis besos lo que ha cambiado el estatus. Más bien la sed que tú tienes de ellos. Una sed compartida, desde luego. Estoy tan loco por besarte como tú por que te bese.*

—Y eso lo dice un hombre que durante los últimos siete años se ha dedicado a besar a mujeres de las que ni siquiera recordaba sus nombres doce horas más tarde...

— *Precisamente. De ti lo sabía todo antes de besarte y desde entonces quiero hacerlo a todas horas... Lo mismo que tú. Puedes negarlo si te apetece, pero no engañarías a nadie y menos a mí. Era yo quien te besaba. Soy un hombre con suerte.*

—Vas a ser un hombre lesionado si no empiezas a mantener tu felicidad bajo control —sentenció la entrenadora.

— *¿Me dirías eso si estuviéramos cara a cara?* —la azuzó él.

—¿Te apuestas algo?

— *Mmm... No sé, no sé... Creo que tendrás que demostrarlo, princesa.*

—¿Lo dices en serio?

— *No me malinterpretes. Te sobra genio y te encanta que los hombres*

*nos demos cuenta de que lo tienes y de que subestimarle sería un error. Pero cuando estamos juntos, ahora que sabes cuánto respeto le tengo a tu genio, prefieres usar el tiempo para otras cosas. Cosas placenteras —precisó.*

Demasiado placenteras. Demasiada locura, demasiado pronto.

—Vale —La entrenadora exhaló un suspiro que procuró que pasara inadvertido—. Está a punto de empezar mi serie favorita, así que voy a cortar. No trabajes demasiado, eso que dicen de que es bueno para la salud, es toda mentira.

Pau se quedó escuchando el tono de la llamada cortada con el corazón a mil por hora y una sonrisa imposible de disimular.

*Qué mujer más alucinante, pensó el menorquín.*

*Y qué loco estoy por ti.*

## **Episodio 14**

Miércoles, 24 de febrero de 2010.

Piso de Amy Pearson,

Londres.

Amy sonrió al bajar del coche y ver que Niilo estaba ya esperándola en la puerta de su casa. No estaba solo, sino haciendo relaciones públicas con los tres hombres más poderosos del barrio, o como él los llamaba, los únicos capaces de impedir que le desmontaran la moto pieza a pieza cuando pasaba la noche aparcada allí. Era una exageración, por supuesto. El barrio era hogar

de varios colectivos de inmigrantes y las grescas eran inevitables, de hecho, en su edificio el único inglés nativo que se oía era el suyo, pero tampoco era tan peligroso como lo pintaban las noticias.

Los veinteañeros la saludaron con la mano al verla cruzar la calle y se despidieron de Niilo.

—¿Asegurándote de mantener buenas relaciones con los guardianes de tu moto? —Fue el saludo de Amy al que Niilo respondió con uno de sus habituales besos de vampiro que normalmente no se quedaban en uno y en este caso dio lugar a un prolongado intercambio de besos y caricias.

—Sí, nunca está de más un poco de sociabilidad, que hasta los faros de esta moto valen una pasta —rio—. ¿Y qué tal tú? Por lo que veo, tu jefe te tiene secuestrada.

La pareja entró en el edificio y continuó conversando mientras subían las escaleras.

—Sí, y encima, llegó media hora tarde. Gabs dice que cuando se acercan las fechas fuertes de trabajo, se pone un poco insoportable. Aunque, si te digo la verdad, no sé a que le llama “fechas fuertes”, porque desde que empecé a trabajar para BB, no ha parado...

Amy abrió la puerta y fue entonces cuando notó que Niilo llevaba una bolsa de asas.

—¿Has pasado por el súper? Chico, no es para tanto, un par de huevos y algún tomate seguro que todavía queda en la nevera...

Los dos rieron a cuenta del comentario. Además de no gustarle cocinar, Amy solía olvidarse de ir a hacer la compra.

—Mi madre —repuso—. Se empeñó en que "ya está bien de comida basura".

Amy inspeccionó el contenido de la bolsa. Había dos envases plásticos grandes en cuya tapa podía leerse un rótulo de "lasaña de carne" y la fecha del día. Fue leerlos y que sus jugos gástricos empezaran a trabajar a destajo sin siquiera haber visto de cerca el contenido. Agnes Jarvi cocinaba como los dioses.

—Mmm, adoro a tu madre...

Niilo le quitó la bolsa de las manos, y le rodeó la cintura con los brazos.

—A ver si me tengo que poner celoso... ¿Cómo es eso de que adoras a mi madre? ¿Y a su hijo qué? Seguro que algo tendré que ver en que cocine tan bien, ¿no crees? —y se echó a reír ante sus propias tonterías.

Últimamente, cualquier excusa le valía para acortar las distancias.

—¡Hombre, cómo no! ¡Su hijo es mi favorito mundial! —exclamó histriónica, pensando cuánto le gustaba esta faceta hogareña del caballero Jedi.

—Ah, vale... Eso ya me gusta más.

—Hablando de relaciones públicas... ¿Te he contado que con suerte dentro de poco ya no tendrás que darle conversación al trío más camorrista del barrio para que custodien tu moto? —dijo Amy mientras servía dos succulentos platos de lasaña.

Niilo, que estaba haciendo sitio en la mesa para cenar, la miró interrogante.

—¿Y eso?

—Esta semana le he encargado a una agencia que me busque casa.

—Así me gusta, que me hagas caso cuando te digo las cosas —bromeó haciendo que Amy sacudiera la cabeza.

—No tan rápido, monino. Que tú lo dijeras en alto no implica que yo no lo pensara. ¿Crees que no me doy cuenta de que es una cáscara de nuez? Antes no podía permitirme otra cosa, pero ahora... ¡Ahora soy casi una potentada! Es hora de tener una casa a mi medida... Y de paso también a la tuya, que aquí eres el único gigante que tiene que doblarse al medio para usar la pileta del baño —dijo riendo.

La pareja continuó conversando mientras disfrutaban de la lasaña. Amy aprovechó que Niilo estaba haciendo café para revisar su móvil. Había recibido un mensaje de la inmobiliaria con una serie de ofertas adecuadas a

su presupuesto. Fue pinchando los enlaces uno a uno y al llegar al quinto, no pudo evitar soltar una carcajada.

—¡Esto tiene que ser una broma! —dijo.

—¿Qué pasa?

—¿Sabes qué me está ofertando la agencia? ¡Un piso en tu edificio! ¡No me lo puedo creer!

A Niilo se le rio el alma, desde la primera a la última célula de su cuerpo vibró de agradecimiento ante la posibilidad, por más lejana que fuera, de tenerla viviendo a dos tramos de escalera. Tuvo que esforzarse porque su voz sonara natural.

—¿Hay un piso en alquiler en mi edificio? ¿Cuál?

—El tercero —repuso Amy, mirándolo con una sonrisa. A ver con qué le salía ahora que comprendía que “haberle hecho caso” estaba teniendo consecuencias inesperadas.

Él le devolvió la sonrisa, consciente de lo que ella estaba pensando y de más cosas de las que Amy todavía no se había dado cuenta.

—Son buenos pisos, en general.

—¿Ah, sí? —dijo divertida por su reacción.

—Sí. Además, el encargado de mantenimiento es un manitas, lo tiene todo como una patena. Es un tipo muy servicial. Vamos, es el encargado

ideal para una mujer soltera y muy ocupada —dijo Niilo. Un guiño puso el colofón a un señor movimiento de ficha.

—¿Y que sea en tu mismo edificio no te genera ninguna clase de comentarios? —lo pinchó Amy. Había desafío en sus ojos y un punto de picardía que el motero no pudo ver.

Niilo depositó las tazas de café sobre la mesa y tomó asiento otra vez.

Él sonrió, se encogió de hombros a pesar de que se le habían helado las manos de los nervios y la miró sonriente.

—¿Y qué quieres que te diga, Amy? ¿”No, no te mudes que mi familia vive en el edificio y no quiero que se enteren de lo nuestro”?

Durante un instante, la pareja permaneció mirándose y sonriendo. Niilo tuvo la sensación de que el silencio era tan denso que podía cortarse con un serrucho y dudó; quizás había jugado demasiado fuerte. La sensación de Amy fue la de no entender cómo había pasado de la risa a sentirse como si acabara de meter el pie en un avispero, con unas ganas desesperadas de echar a correr y alejarse de allí.

Al instante descubrió, para mayor desazón, que echar a correr tampoco era una opción. No tenía el valor para hacerlo; estaba demasiado implicada con Niilo. Amy se limitó a hacer un gesto raro con la boca, a mitad de camino de una sonrisa, y se dedicó a su café.

El avispero no estaba allí de casualidad, lo había puesto Niilo en una

jugada arriesgada. Lo que había empezado con risas se había convertido en un shock de realidad para Amy que, de repente, había tomado conciencia de lo serias que se habían vuelto las cosas entre los dos. Serias hasta el punto de estar hablando de mudarse al mismo edificio como si tal cosa. El intercambio de bromas, inicialmente, no la había asustado, pero esto sí. Totalmente novata en amores, descubrirse tan involucrada en una relación sentimental por primera vez, la asustó y mucho.

Esos pequeños toques de realidad que Niilo le daba a Amy de tanto en tanto, buscaban hacerla salir del limbo de flirteos al que estaba acostumbrada y darse cuenta de que llevaba varias semanas manteniendo una relación monógama con un hombre al que se sentía cada vez más unida emocional y sentimentalmente. Y precisamente porque era el sistema que Niilo había escogido para llevarla a su terreno y hasta el momento le había dado muy buenos resultados, decidió hacer lo que hacía siempre; confiar en su instinto y tomárselo con calma.

Muy pronto, la conversación se reanudó, con un giro drástico, eso sí. El tema “casa nueva” quedó a un lado y, en su lugar, empezaron a planear los días de vacaciones en Barcelona durante la Harley Davis, a la que Niilo asistiría por primera vez como miembro de la plantilla de una empresa expositora, Rowley Customs.

Jueves, 25 de febrero de 2010.

Estudio de tatuaje de B.B.Cox.

Soho, Londres.

Abby esperó a que su amiga cerrara el estudio para intentar averiguar la razón por la cual la había llamado con tanta urgencia.

Amy no había querido adelantarle nada por teléfono y desde que Abby había llegado, parecía de lo más normal. Algo, sin embargo, había provocado esa llamada a primera hora de la mañana, y como Abby intuía que estaba relacionada con cierto motero del que se había enamorado, aunque ella siguiera negándolo, la curiosidad la estaba matando.

Amy apenas tenía media hora hasta la próxima cita, así que tomaron un sandwich y un batido en una cafetería a la vuelta del estudio. Abby no necesitó sonsacarle; fue ella misma, la que tan pronto se sentaron a la mesa, empezó a decir en voz alta lo que le rondaba la cabeza.

—Me he metido en un lío y no sé qué hacer. —Amy continuó sin darle tiempo a Abby a decir ni mu—. Voy a mudarme de casa y anoche, mientras cenábamos tan tranquilos, la inmobiliaria me envió un mensaje con ofertas y entre ellas, alucina, había un piso en el mismo edificio de Niilo.

Abby, que ya había encontrado sorprendente saber que pensaba mudarse, abrió la boca para expresar su asombro, pero se quedó con las ganas. Amy solo había hecho una pausa para refrescarse la garganta, tras lo

cual continuó con el mismo brío de antes.

—Imagínate, solté una carcajada y claro, él me preguntó de qué me reía y se lo conté... ¿Y sabes lo que me contestó? —Amy se sostuvo la cabeza que meneaba como diciendo “no me lo puedo creer”—. ¡Acabó recomendándomelo, Abby! Dice que son buenos pisos y que el encargado lo tiene todo brillante. Concretamente; “el encargado ideal para una mujer soltera y ocupada como tú”. Eso dijo. Sigo en shock desde ayer, te lo juro. Abby tuvo que aguantarse la risa. En su opinión, Niilo había procedido como un hombre con un interés muy serio en la mujer con la que mantenía una relación.

—¿Y tú que le dijiste?

Amy soltó una risotada.

—Seguro que te lo imaginas. Le pregunté si el hecho de que el piso estuviera en su mismo edificio no le provocaba ningún comentario. Y él tan fresco, me dijo: “¿y qué quieres que te diga, que no te mudes a ese edificio que vive toda mi familia y no quiero que se enteren de lo nuestro?”.

¿Alucinante o no?

—¿Y cuál es el problema? ¿Crees que fingía? ¿Que en realidad, no le parece una buena idea?

Amy exhaló un suspiro, volvió a dejar el sandwich en el plato y sacudió

la cabeza.

—Le pareció una idea perfecta, ese es el problema. Que a un tipo soltero le parezca una buena idea que la chica con la que sale desde hace dos meses, se vaya a vivir a un piso dos plantas por encima del suyo donde también vive su familia... A mí no me parece ni medio normal —sentenció y se metió el sandwich en la boca de una vez.

—Vamos a ver, Amy. Que a Niilo le parezca bien tendría que alegrarte. Eso quiere decir que para él su relación contigo es importante, no algo pasajero...

Y no acabó de decirlo, que Amy palideció. Pasó de Amy Pearson a Morticia Adams sin solución de continuidad. Abby hizo un gesto de disgusto.

—Es eso. No me lo puedo creer, Amy. ¿Pero cómo es posible que a esta altura del partido todavía te asuste que él vaya en serio?

—¿Porque es la primera vez que alguien me toma en serio y espera que yo también lo tome en serio? —sugirió con ironía.

—Pero, a ver, Amy... ¿Tú tienes dudas?

Ella exhaló un suspiro de impotencia. Vaya pregunta. No estaba acostumbrada a relacionarse con un hombre de esa forma, era su primera vez, y por supuesto que tenía todas las dudas del mundo. Lo que verdaderamente le molestaba, sin embargo, era haber sido ella misma la que se había puesto

en aquella situación.

—No son dudas específicamente de él, son dudas de todo... A ver cómo te lo explico... Si alquilo en su edificio, sentiré que es como formalizar mi relación con él, algo que todavía no sé si quiero hacer —ni si él quiere hacer—, y si no lo alquilo en su edificio, como él sabe que podría hacerlo, será como decirle “no estoy por la labor” —Amy soltó un bufido—. Joder, qué bocazas soy. Tendría que haberme tragado la risa y no mencionar el tema.

—No eres una bocazas... Bueno, a veces, sí, pero no en este caso, Amy. Tienes una buena relación con él, o sea estáis bien, deberías ser objetiva y olvidarte de lo demás. Si el piso es un buen piso y la oferta está bien, ¿por qué no vas a alquilarlo? Yo que tú, iría con él a verlo —Amy miró a su amiga de reojo, una mirada que rezumaba ironía, algo que Abby ignoró—. Y sobre todo, dejaría de asustarme al menor signo de seriedad que veas en él. Niilo ha jugado fuerte desde el principio y lo sabes. Y tú estás aquí, después de dos meses, más feliz que unas pascuas a pesar de tu miedo. Déjate de tonterías, Amy. No pasa nada, sólo es amor...

Sin embargo, a pesar de la tranquilidad con la que Abby había tratado un asunto que a Amy no la dejaba nada tranquila, seguía asustada. Indecisa. En otras circunstancias, le habría dado igual alquilar el bendito piso o no. La cuestión no era esa, sino el mensaje encerrado en la botella; con cualquiera de

las opciones que eligiera, sentía en sus entrañas que se la estaba jugando a un todo o nada. Y así, justamente, se sentía; con la espada de Damocles pendiendo sobre su cabeza.

Cuando esa misma tarde a última hora, Niilo la llamó desde el taller para avisarle que iba retrasado con el trabajo, Amy aprovechó la circunstancia.

—Bueno, no te preocupes... Llevo toda la tarde con fiebre... Creo que he cogido una gripe o algo, así que voy a meterme en la cama tan pronto llegue, a ver si consigo parar esto, porque el fin de semana trabajo...

En Rowley Customs, Niilo volvió a dejar su vaso de café sobre la mesa y se tomó un instante para considerar lo que acababa de oír. Esperaba una reacción por parte de Amy, pero no precisamente esta.

—Si quieres, puedo acercarme a llevarte algo caliente antes de irme para casa. Imagino que no tendrás apetito para una cena... —dejó caer el motero.

Amy se mordió los labios en un gesto de impotencia. Era increíble que por un lado quisiera huir despavorida mientras por el otro se muriera de ganas de decir que sí. Sí a su sopa, a la cena, a él... Sí al lote completo.

—Me subiré una sopa del restaurante de la esquina... No creo que tenga el cuerpo para mucho más, no te preocupes, Niilo. Seguro que solo es una

gripe. Ya te llamaré cuando esté mejor, ¿vale?

Él asintió con la cabeza. Ese “ya te llamaré cuando esté mejor” había sonado a muy lejano en el tiempo.

—Vale. Cuídate mucho. Un beso.

Amy cortó la llamada. Sacudió la cabeza. No tenía gripe, y ya se sentía fatal por haberle mentado. Y se moría por verlo. Pensar que las mujeres soñaban con enamorarse... Vaya mierda.

En el taller, Niilo volvió a dejar el móvil sobre su mesa de trabajo.

Agarró el vaso de café del que bebió, pensativo.

Estaba ante un cruce de caminos. Lo sentía en la piel. Estaba ante uno de esos momentos claves de la vida en los que fuera lo que fuera a suceder, nada volvería a ser igual que antes. Tanto como deseaba seguir avanzando en la relación que mantenía con Amy, no pudo evitar pensar que quizás esta vez el toque de realidad se había pasado de realista.

Viernes, 26 de febrero de 2010.

Bar The MidWay,

Hounslow, Londres.

Cuando Niilo llegó, Conor estaba hablando animadamente con algunos miembros del club y ni siquiera se percató de su presencia. Claramente había superado con creces su versión habitual de “tipo feliz” y derrochaba alegría a

diestro y siniestro. Niilo, por supuesto, se alegraba por su amigo, pero tras veinticuatro horas sin noticias de Amy no estaba de humor para afrontar las preguntas a que daría lugar que él se quedara en casa un viernes por la noche. Hasta un bar lleno de moteros borrachos le resultaba más soportable, de ahí que estuviera allí.

—Colegas, si echáis de menos la pizarra, ocupaos de actualizarla y llevarla al día. —Su tono jovial hizo que algunos fruncieran el ceño. A Niilo también lo sorprendió semejante decisión, pero menos—. No esperéis que lo haga yo. Este año no voy a poder asistir a las quedadas programadas, ni, por descontado, voy a poder organizarlas. Es más, tendréis que votar quién me sustituye en la presidencia...

—¿Vas a dejar la presidencia del club? Tío, espera que salgo y vuelvo a entrar y hacemos un *replay* de la escena porque no me la creo. Es más raro que ver a este aquí —dijo Ike, refiriéndose a Niilo.

—Podemos hacer los *replays* que quieras, el resultado será el mismo.

Lo siento, tíos. Mi vida ha cambiado bastante con el nuevo año y los fines de semana ni siquiera estoy en Londres.

—No tienes que dejar de ser presidente por eso —insistió Ike—, las cosas pueden seguir como están. Con designar a alguien que se ocupe de organizar las quedadas basta, ¿no? Yo me ofrezco voluntario.

—¿Tú? Ni siquiera conduces una Harley, chaval —bromeó un motero.

—¿Y eso qué más da? Voy en moto y me gusta tanto como a vosotros.

Si hay algún otro voluntario, le cedo el paso, ¿hay algún otro?

Cheryl que estaba sirviendo cervezas, se puso de su lado.

—Tiene razón. ¿Qué más nos da la marca de la moto? Yo te apoyo, Ike.

Es más, te ayudo con la coordinación si quieres —miró a su jefe de mal grado

—, paso metida aquí más horas que una esclava, así que...

—Muy bien —dijo Conor—. Os enviaré un mensaje con la propuesta y que cada cual decida lo que quiera. Y tú, ¿qué? ¿Amy no está en la ciudad?

—Dice que ha pillado la gripe —repuso Niilo.

—¿Y tienes miedo de contagiarte? No jodas, tío. Si yo tuviera a Nikki aquí...

El motero rio con ironía.

—La dejarías porque “lo tuyo no es tener novia por Skype” —le dijo, mirándolo con cara de “mira quién fue a hablar”.

—Qué va. Ese gilipollas se ha ido para no volver. Y este motero que ves ahora se larga a Ginebra mañana en el primer vuelo de la mañana —  
respondió Conor marcándose un baile en el sitio con una sonrisa que no le entraba en la cara—. Maddox se ha quedado con mi guardia, así que tengo dos días enteros para estar con mi chica.

—Me alegro mucho, tío. Es genial verte tan bien...

Conor asintió. Niilo era el único que estaba al tanto de lo que en verdad había sucedido, así que no tenía sentido andar con vueltas.

—Vamos despacio, acostumbrándonos a la distancia y a lo complicado que es todo cuando te separan tantos kilómetros y has metido la pata hasta el fondo... —Conor miró a Niilo—. Me equivoqué, ella reaccionó muy mal y quedamos tocados los dos.

—O sea, que todavía no le has dicho nada —sintetizó él en otra demostración de lo bien que conocía a su amigo.

Conor bebió un sorbo de su cerveza.

—Todo tiene su momento. Su momento adecuado.

—¿Adecuado para qué? Solo tienes que soltarlo, tío.

Conor negó con la cabeza. No era de esa clase de hombre y aunque se saltara sus propias normas, lo que Niilo sugería no era una posibilidad. Nikki y él estaban juntos de nuevo, pero, en la práctica, no lo estaban. No solo porque vivieran en países diferentes, sino porque todavía no habían logrado volver a alcanzar el estadio en el que estaban antes de la ruptura, el de una pareja unida en cuerpo y alma. Ahora más que nunca tenían que proceder con cautela. Eso, por no mencionar que él también necesitaba estar preparado para algo más; para abrir su caja de los truenos.

—No puedo soltarlo sin más. Todo a su debido tiempo.

Niilo soltó un bufido.

—Le dais demasiadas vueltas a todo y... —No continuó. Lo mejor era cerrar el pico.

—¿Le dais? —preguntó Conor.

—Es una forma de decir —se apresuró a aclarar el motero.

Aclaración que Conor, por supuesto, no se creyó.

## **Episodio 15**

Sábado, 27 de febrero de 2010.

Restaurante Sa Badia,

Ciudadela, Menorca.

Andy estaba atacada de los nervios. Su ansiedad se disparaba más y más a medida que se acercaba el momento de tener a Dylan definitivamente en la isla. Y los últimos tres días, sencillamente, habían sido una locura. Él había salido de Niza el miércoles después de dar las indicaciones al nuevo ingeniero a cargo del proyecto, y a bordo de su Harley Davidson, había puesto rumbo a Barcelona donde moto y piloto embarcarían en un ferry con destino a Menorca.

Hablaban cada vez que Dylan hacía un alto en el camino y ella, que esos días se había tomado la licencia de pasar por alto las normas del restaurante en cuanto a llevar los móviles personales encima en horas de trabajo, lo atendía, dando lugar a un sinfín de bromas por parte de sus compañeros y

también, cómo no, algún que otro llamado de atención por parte de su jefe. Ahora que sabía que él estaba a punto de llegar a Ciudadela en cualquier momento, su ansiedad había alcanzado la órbita de Júpiter.

—Cocina llamando a jefa de sala. Cocina llamando a jefa de sala. Es urgente, corto y cambio —se oyó la voz del chef Ciro Montaner, apelando a la risa para capear el temporal como era habitual en él cuando cundía el pánico en la cocina.

—A ver, qué pasa —dijo Andy con una sonrisa resignada. Llevaba todo el turno de comidas igual; metiéndose con ella.

Ciro asomó la cabeza por la ventana donde se dejaban los platos para servir con una sonrisa de loco.

—¿Y qué va a pasar? Tengo un caos en la cocina, un ayudante de baja, Pau de viaje, y mi jefa de sala que está en Babia y no se entera de nada. — Señaló con la vista el plato que esperaba pacientemente desde hacía varios minutos a que un alma caritativa se lo llevara al cliente que lo había pedido —. Necesito matar al bogavante para meterlo en el arroz, así que estoy bastante seguro de que no se va a ir él solito hasta su mesa. ¿Tú qué opinas? Andy soltó un bufido. Entre el camarero nuevo que no le cogía el tranquilo a los fines de semana en el Sa Badia, por definición, dos días de locura, y ella que estaba con la cabeza en otra parte...

—Ay, lo siento, Ciro...

—“Ay, lo siento, Ciro” —su burló, imitándola—. Espera que te saco otro plato, este estará helado. Señor, dame paciencia... No me puedo imaginar lo que pasará cuando veas a tu irlandés entrar por la puerta, Andy. ¡¿Sabes qué? Casi mejor, cerramos y esperamos a que vuelvas de Marte para reanudar el trabajo!

Al chef no le haría falta imaginarlo. Cuando acabó su frase, Ciro se dio cuenta de que se había quedado hablando solo ya que su prima se alejaba corriendo hacia la puerta mientras gritaba de júbilo.

Andy había visto a Dylan a través de una de las ventanas cuando él estaba aparcando su moto junto a otras cuatro en el aparcamiento reservado para clientes del restaurante. La muchacha había echado a correr sin pensárselo dos veces.

Dylan esperó que el tornado Andy llegara hasta él con una sonrisa igual de grande que la suya. Ella le echó los brazos alrededor del cuello y él la alzó en sus brazos a un metro del suelo. Durante varios segundos la Tierra dejó de girar en torno al sol y miles de campanas imaginarias se lanzaron a redoblar con fuerza, celebrando un momento que la pareja esperaba con ansias desde hacía tres meses.

—¡Diossss, no me lo puedo creer...! ¡No puedo creer que estés aquí, Dylan! —exclamó Andy al tiempo que le robaba besos llena de ilusión. Besos que él devolvía tan ilusionado como ella.

—Ni yo, nena... Estoy muerto, me duelen hasta las pestañas de tanta carretera y voy a necesitar dormir tres días seguidos, pero nunca en mi vida he estado más feliz —repuso él, estrujando a Andy contra su cuerpo.

—Ya estás en casa, mi amor... ¡Aissss, de verdad que no me lo puedo creer! Basta de echarte de menos, basta de contar los días que quedan para verte, basta de acostarme deseando que sea viernes para poder estar contigo...

—¡Hola, sexo a diario! —apuntó Dylan, haciéndole reír.

Para entonces toda la familia se había sumado a la algarabía y algunos incluso se habían acercado a la pareja a darle la bienvenida a Dylan.

—Así como la ves, lleva tres días casi sin dormir —dijo Anna que fue una de las primeras en salir a recibir al recién llegado.

—Y sin “casi”. Tu novia lleva toda la semana insoportable. Suerte tiene de que tengamos debilidad por ella, que si no... —intervino Neus dejándole a Dylan un beso en cada mejilla— ¡Me alegro mucho de que estés al fin con nosotros!

—Ah, no les hagas caso, Dylan. Andy siempre es encantadora...

¡aunque casi no haya pegado ojo! —intervino Jaume que apareció detrás de las mujeres llevando a Luz en brazos.

—Bueno, tampoco exageremos —terció Roser tomando a la niña de brazos del menorquín y echándole a su sobrina una mirada con mensaje—. Es

como su madre; encantadora cuando le da la gana y dueña de un genio de mil demonios el resto del tiempo. Esta semana, gracias a ti, tocó genio de mil demonios.

—Pues a ver cómo se las apaña, porque ahora necesitará otros tres días para ocuparse de mí y no pienso ser nada clemente... —dijo Dylan, moviendo las cejas sensualmente.

Andy se echó a reír. Estaban hechos polvo. Con el estrés que los dos habían acumulado en los últimos días, se pasarían una semana entera durmiendo a pierna suelta.

—Pero ven, Dylan... Justo estábamos a punto de comer. Ciro ha preparado para la familia una paella que seguro que está para chuparse los dedos —invitó la madre de Andy.

Él, que acababa de sacar la cajetilla de tabaco y se había apoyado contra la farola a disfrutar del momento, se lo agradeció con una sonrisa.

—Termino el cigarrillo y voy a por esa paella —dijo.

—¿Y tus cosas? —preguntó Andy mientras los demás volvían a entrar en el restaurante.

—Lo mandé todo por la empresa de mudanzas. Llegará la semana que viene, el martes, creo.

—¿Así que lo has dejado todo zanjado y no tienes que volver? —

insistió Andy, con ojitos ilusionados.

Dylan asintió varias veces con la cabeza. Ni él mismo acababa de creerlo, pero lo había conseguido. De hecho, no pensaba volver a la Costa Azul más que por turismo y solo si a su chica se le antojaba; cinco meses allí habían sido más que suficientes para él.

Ella volvió a dar rienda suelta a su locura, colgándose del cuello masculino en un ataque de amor.

—Aisssss, te adoro, te adoro, te adoro... ¡Te juro que esto es como un sueño!

Dylan se dejó querer más que satisfecho y durante unos momentos la pareja volvió a desconectar de lo que los rodeaba. Hasta que una voz próxima que habló en menorquín los devolvió al presente.

—Así que era verdad que estás pillada por un motero... Te gustan tatuados... Y maduritos. Qué pena, en eso no puedo competir...

El dueño del comentario era un cliente habitual del restaurante que salió acompañado de otro que, como él, rondaba los veintitantos. Sus motos estaban aparcadas cerca de la de Dylan.

Los ojos color cielo tormentoso del irlandés siguieron al individuo, analizándolo. Alto, con media cabeza rapada y cubierto de tatuajes. Sus ropas caras y a la última moda denotaban que era un niño rico disfrazado de malote.

—Es amigo de mi tío —le explicó Andy a Dylan en su lengua nativa y aunque sentía ganas de zurrar al individuo por su comentario tan fuera de lugar, se comportó como la jefe de sala del restaurante—. Gracias por venir, señores. Que tengan buena tarde.

¿Por qué no me sorprende que sea amigo de tu tío? Menudo gilipollas, pensó el irlandés.

—Vaya, y encima inglés... —dijo el motero sonriendo ante la respuesta comedida de Andy. Esta vez también habló en la lengua nativa de Dylan al tiempo que le tendía su mano—. Sergi. Me gusta tu burra.

Él hizo los honores.

—Dylan. ¿Cómo sabes que es mía?

—Porque conozco todas las motos que hay en esta isla, y a sus dueños también, y a esta es la primera vez que la veo.

Los hombres permanecieron mirándose en silencio un instante que a Andy la puso tremendamente nerviosa. No estaba del todo segura de cuánto había entendido Dylan del comentario inoportuno ya que el motero hablaba rápido y con un acento local bastante cerrado, incluso para ella, pero no se fiaba nada de los prolongados silencios de su novio.

—Somos de un club de moteros de Harley —dijo Sergi al fin, refiriéndose al hombre que le acompañaba—. Solemos reunirnos todos los

domingos en el bar Saboy de Es Mercadal sobre las diez y media. ¿Conoces la zona? —Dylan asintió—. Pásate cuando quieras y te presento a la gente. Dylan volvió a asentir con un gesto de la cabeza que a Andy le resultó incluso cordial.

—Genial. Nos vemos, entonces —repuso el motero, confirmándole a la muchacha que, en efecto, ellos también lo habían tomado de la misma manera.

Pero en aquel momento, Dylan decidió cambiar los gestos por unas palabras que dijo correctamente en el dialecto local.

—Soy irlandés —aclaró—. Y no, no vas a poder competir conmigo.

Horas después, Andy seguía teniendo que concentrarse para evitar que se le escapara una carcajada cada vez que miraba a su novio y recordaba lo que había sucedido en el aparcamiento de motos. El motero había tomado su derrota con deportividad y hasta se había permitido bromear al respecto, achacándolo al carácter latino de los habitantes de isla, algo que esperaba que Dylan no hubiera tomado a mal quien, para no variar, se había limitado a responder con otro gesto, tan ambiguo que podía interpretarse a placer. Una vez dentro del restaurante se había comportado como si nada hubiera pasado. Ni una pregunta, ni una mirada con mensaje, nada. Normalidad absoluta. Acabado el turno de comidas, Andy condujo a Dylan al sitio que

albergaría su centro de fitness, un local de dos plantas ubicado a cinco minutos andando del casco antiguo donde media docena de obreros trabajaban los siete días de la semana para finalizar las obras necesarias a tiempo. Lo llevaba de la mano por los distintos sectores mientras le explicaba cómo avanzaban los trabajos, exultante. A veces, se detenía, le preguntaba algo a algún obrero y retomaba su explicación todavía más animada que antes. Su alegría era todo un espectáculo que Dylan no se cansaba de mirar. —¿Otro que quiere pero no puede? —preguntó con guasa cuando Andy regresó junto a él tras su última sesión de preguntas al que parecía ser el capataz.

—¿Disculpa?

Dylan rio divertido.

—Nada. Son cosas mías... —respondió.

Su primer comentario no lo había entendido, pero esto sí. El rostro de Andy rezumaba picardía cuando rodeándole la cintura con los brazos, insistió en el tema.

—¿Estás celoso, de verdad? —empezó a troncharse—. ¡Eres lo más alucinante que hay en el mundo, calvorotas!

—No son celos.

—¿Ah, no?

—Nunca dudaría de ti —repuso Dylan.

—Vaya... Y tú nunca dejas de sorprenderme —dijo Andy genuinamente asombrada. Estaban bromeando, era cierto, pero, incluso entonces, él se permitía dejar claro que celar no era consecuencia del amor sino de la falta de confianza en la pareja.

—Me encanta saberlo.

—Entonces, ¿qué es?

—Mmm... Digamos que es una comprobación objetiva del nivel de competencia —y le hizo un guiño.

—¿Competencia?

—Competencia, sí. Mi novia es una mujer alucinante, ¿sabes? Tiene un ejército de candidatos rondándola... —Dylan se inclinó y empezó a besar sus labios suavemente—. Ella piensa que no me doy cuenta, pero no es así. Andy se derritió por dentro inexorablemente. Tomó el rostro del motero entre sus manos y ahondó en sus besos.

—Lo que ella piensa es que tú no tienes competencia —murmuró en un susurro buscando su mirada—. Porque nadie, ni en este universo ni en los que se están por descubrir, se puede comparar contigo. Absolutamente nadie. Jamás.

El beso esta vez fue largo y apasionado. Dio lugar a un largo

intercambio, tras el cual intentaron volver a la normalidad conversando acerca de las obras que con suerte estarían finalizadas con tiempo suficiente para que todo estuviera listo para la inauguración, el 9 de abril.

Lo intentaron, pero no lo consiguieron. Algo que él muy pronto se ocupó de confirmar.

—Te juro que es como un sueño, ¿sabes? Lo estoy viendo, esto es mi gimnasio, y una parte de mí todavía necesita que la pellizquen.

—Tú eres un sueño, preciosa... *T'estimo molt* —le susurró al oído y un segundo después buscaba su mirada con picardía.

Ella se echó a reír bajito. Tenía muy claro qué significaba cuando él echaba mano del recurso de hablarle en menorquín para decirle lo que sentía.

—Te mueres de ganas, ¿no?

Esta vez fue él quien se echó a reír.

—Joder. Qué bien me conoces.

Mientras tanto...

Casa de Tina Murphy.

Londres.

—¿Otra vez aquí?

Tina y Pau se habían estado llamando a menudo, pero no habían vuelto a verse.

Y allí estaba él, con su arrolladora presencia y esa sonrisa de infarto que lo hacía tan escandalosamente deseable.

Una sonrisa que él sabía que era cautivadora y de la que no escatimó.

—Vengo a por más besos —respondió a la espalda de la entrenadora, ya que ella había dejado la puerta abierta y había entrado sin añadir nada más.

Tina se sentó en el sofá cómodamente y permaneció mirándolo con descaro mientras él se quitaba el abrigo. Hoy se había dejado al ejecutivo elegante en el armario y se había traído al treintañero de vaqueros ceñidos y jersey blanco nieve que era incluso más infartante. Debería estar prohibido que la naturaleza dotara a un hombre de tan buen físico sin molestarse en entrenar. Bueno, no; estaba buenísimo.

—¿Y qué te hace pensar que puedes venir cuando quieras, a por más besos o a lo que sea?

Pau celebró el contraataque con una carcajada. ¿Se daría cuenta de lo atractiva que le resultaba cada vez que le plantaba cara de esa forma?

Irresistible.

Él se sentó a su lado, apoyó un brazo sobre el respaldo del sofá y se situó de forma de estar no sólo frente a ella, sino muy cerca. Movimiento que ella se las arregló para aguantar estoicamente sin mover ni una pestaña.

—No es cuando quiero, princesa. Es cuando puedo. He dejado a Alba

con sus abuelos y mi madre, claro; sola con ellos no pienso dejarla hasta que cumpla por lo menos los 18 —Tina sonrió ante su faceta de padrazo—. Iban a visitar a su madre a la clínica y yo me he escapado un rato. Tengo media hora, máximo.

—Eso no da para mucho —comentó Tina. En realidad, estaba encantada de que él estuviera allí, le daba completamente igual si por cinco minutos o por el resto de la velada, pero no podía evitar meterse con él. Había descubierto que era su pasatiempo favorito.

—Da para charlar y para besarnos. Y si nos ponemos serios, podemos hacer las dos cosas al mismo tiempo y así nos sabrá a mucha más charla y a muchos más besos...

—Mira qué bien —dijo Tina. Sonó como si hubiera estado hablando del tiempo, cosa que a él le encantó. Pau se acercó a ella sonriendo y la besó. Fue un beso rápido, ligero, que sirvió para ponerles la maquinaria en marcha y para cambiar el tono de la conversación que a partir de ese momento, sucedió en el tono de los susurros.

—¿Qué tal la semana en el gimnasio? —Volvió a besarla sin darle tiempo a responder. Esta vez, su lengua dejó un rastro húmedo, casi imperceptible sobre los labios de la entrenadora.

Ella tomó el rostro masculino entre sus manos y lo miró fijamente.

—No quiero charla —repuso y fue a por los besos del menorquín con la

misma decisión que la última vez que habían estado juntos.

Pau se puso de pie y tiró de ella.

—Me gustas a rabiar. Dios, me gusta todo de ti... —murmuró encendido mientras la hacía avanzar de espaldas.

Tina giró obligándolo a regresar al sofá donde estaban antes.

—Qué típico —repuso, desafiante—. Intentar halagarme diciendo tonterías. No lo conoces todo, así que te sugiero que esperes para lanzar las campanas al vuelo —Y con esas, lo obligó a volver a sentarse, ejerciendo presión sobre sus hombros.

Un latigazo de deseo recorrió a Pau de parte a parte y su mirada ardiente la desnudó sin necesidad de tocarla. Cuando regresó al rostro de la entrenadora fue ella la que se estremeció. Pero fiel a su estilo, no solo lo aguantó con aparente indiferencia; volvió a tomar la iniciativa; lo empujó para que se recostara contra el respaldo, esta vez con suavidad, y se sentó sobre sus piernas a horcajadas.

Él inspiró profundamente.

—Me gusta todo de ti y que te cabree que te lo diga, hace que me gustes todavía más. Me gustas muchísimo cabreada, Tina. Me vuelves loco.

—Calla, memo. ¿Crees que no lo sé? —dijo ella. Un susurro largo y ronco que acabó en un mordisco caliente que fue el principio del fin.

Durante los siguientes minutos, la pareja se dejó llevar, explorándose y desafiándose mutuamente. Las caricias volaban enredándose en forcejeos apasionados que buscaban encender al otro más que marcar los límites de su territorio. Era un juego excitante que los dos dominaban con excelencia. Pero cuando se acercaba el momento de que fueran sus ropas lo que empezaran a volar, Tina se apartó. Echó la cabeza hacia atrás e inspiró a todo pulmón. Pau aún se resistió a poner fin a aquel momento besando la tentadora porción de piel que ella dejó a su alcance.

—Para —rogó ella, apartando los labios masculinos con suavidad—.

Voy a hacer café.

Sin dudarlo ni un momento, la entrenadora se puso de pie y se dirigió a la cocina acomodándose la ropa, antes de que fuera demasiado tarde.

Un minuto después lo tenía detrás y sus brazos le rodeaban la cintura.

—Vas a tener que enseñarme a desconectar así de rápido. Sigo a mil, no puedo parar —susurró Pau, sus labios dejaron una huella de besos sobre el contorno de la oreja femenina que tembló entera y se volvió de frente.

—¿Y qué te hace pensar que he desconectado? —repuso. Tina rodeó los labios masculinos con los suyos y todo volvió a empezar con mucha más pasión que antes.

Las caricias, los forcejeos apasionados, los desafíos... Era excitante, alocado, caliente.

Adictivo.

Al final, se apartaron, conscientes de que no podían continuar. Uno junto al otro, recostados contra la misma pared, intentando recuperar el ritmo respiratorio y con el corazón latiendo tan fuerte que por momentos parecía a punto de partirlos por la mitad.

—Si así son nuestros preludios, no quiero pensar...

—Ni lo digas —lo interrumpió Tina, jadeando—. Coge tus cosas y vete, o perderás el maldito avión.

Él asintió. Tragó saliva.

—No puedo creer que tenga que irme...

—Pues no te lo creas, pero vete igual.

Pau la miró con desesperación. Lo único en lo que su cerebro podía pensar, si a eso se le podía llamar pensar, era que no recordaba haber estado tan caliente, tan salido, en toda su vida. Ni siquiera de crío. Nunca. Jamás.

¿De verdad iba a tener que largarse?

Tina cerró los párpados con fuerza, respiró hondo y se dirigió a la puerta recogiendo las cosas del menorquín por el camino. La abrió y permaneció de pie, invitándolo tácitamente a marcharse.

Él se echó el flequillo hacia atrás con las dos manos en un gesto de impotencia y durante unos segundos se esforzó por recuperar la compostura.

Al fin, se dirigió a la puerta, pasó junto a ella y tomó sus cosas sin mirarla.

—Te llamo en cuanto llegue —le dijo cuando ya se estaba alejando.

—Mañana, no hoy. Necesitaré no pensar en ti unas cuantas horas para que se me pase este subidón —repuso ella.

Y con esas cerró la puerta, dejando a Pau aún más colgado de ella que antes.

## **Episodo 16**

Sábado 27 de febrero de 2010.

En un local con música en vivo,

Ciudadela, Menorca.

A Jaume le gustó ver cómo Anna aplaudía con brío la interpretación en piano de un conocido tema de Ella Fitzgerald con el que la cantante mallorquina acababa de deleitarlos. No solo confirmaba lo mucho que ella seguía disfrutando de un estilo de música que le encantaba desde siempre, sino su determinación de vivir a fondo los momentos que compartían.

El local donde estaban era un viejo reducto jazzero de la isla que, alejado del bullicio del puerto, había logrado un buen equilibrio entre una carta pequeña pero apetitosa de platos de la tierra amenizados con actuaciones en vivo de jazz y rhythm and blues. Él sabía que a Anna le encantaba y esa era la razón de que lo hubiera escogido para aquella noche, en la que aunque ninguno de los dos no hubiera mencionado todavía,

celebraban su primer mes de relación.

—Esa mujer es una maravilla —dijo Anna animada—. Y, fíjate, es una niña... ¿Cuántos años tiene?

—Es muy buena, ¿verdad? Calculo que no debe tener más de veinticinco o veintiséis.

—Pues me ha encantado, tenemos que repetir la próxima vez que visite la ciudad... Y por cierto, también me encanta la comida. Hacía siglos que no venía...

El sitio databa de la época en que ellos eran adolescentes. Entonces, era el padre de los actuales dueños, un apasionado del jazz, quien lo regentaba. En su época, la idea de comer mientras se escuchaba un estilo de música para minorías en vivo resultaba muy osada, casi una idea suicida, pero contra todo pronóstico había funcionado muy bien. El negocio no solo perduraba treinta años más tarde, se había consolidado como el local de referencia para los amantes de la buena comida y del mejor jazz nacional.

—Me alegro mucho de haber acertado. El de hoy tenía que ser un lugar muy especial y, no creas, le estuve dando vueltas al tema hasta dar con la elección perfecta... O bueno, la que yo pensaba que sería perfecta.

Anna lo miró intrigada. Justo en ese momento les sirvieron el postre, unas creps Suzette flambeadas con brandy de aspecto delicioso. Esperó hasta que volvieron a quedarse a solas.

—Cada vez que hablas de esa manera, me das un miedo terrible...

Él cortó un pequeño trozo de la crep, se la llevó a la boca y lanzó un suspiro cuando el sabor del dulce con el flambeado se extendió por su boca.

—Mmm... Prueba esto que está de muerte —repuso él, desviando el tema limpiamente. Le acercó su tenedor de postre a la boca y disfrutó viendo cómo ella saboreaba la crep con una sonrisa de puro placer en sus labios.

—¡Qué cosa más rica...! Le pediré a Ciro que nos las haga, todo lo que toca se convierte en un plato de lujo, ¿te imaginas cómo quedarán si las hace él? ¡Qué atracón me voy a dar!

—Oye, no te lo he contado... —continuó Jaume—, pero parece ser, toquemos madera, que podré librar en Semana Santa. —La miró con picardía—. ¿Me harás un sitio en tu maleta?

Anna sonrió ilusionada ante la perspectiva de poder viajar juntos; Londres del brazo de Jaume le parecía la mejor idea del mundo. Habían conversado en un par de ocasiones sobre el regalo navideño que Dylan le había hecho a la familia, pero la nueva empresa estaba arrancando y aunque las cosas estaban yendo mejor de lo previsto, sus socios viajaban mucho, lo cual obligaba a Jaume a quedarse en la isla para atender el negocio.

—Puedo intentarlo, aunque seguro que me toca pagar exceso de equipaje porque estás relleno... —bromeó.

—¿Rellenito? Estoy hermoso —dijo él. Su vanidad de hombre a quien Dios había dotado de un excelente estado físico brilló en sus ojos—. O como dirían los jóvenes de hoy, “soy un buenorro”.

Los dos festejaron la ocurrencia con carcajadas. Anna casi lloraba de la risa, pero tenía que admitir que, bromas aparte, lo que había dicho no estaba nada alejado de la verdad. Otro recuerdo que había recuperado de las viejas épocas ahora que estaban juntos, era el interés que él despertaba dondequiera que iban. Mientras ella vivía en Inglaterra, sus rasgos hispanos y su marcado acento, la habían acostumbrado a ser el centro de atención. Pero en su propia tierra y en compañía de Jaume, era él quién se llevaba todas las miradas. Le resultó curioso comprobar que algo que de joven le provocaba envidia, ahora, en cambio, le provocaba placer. Disfrutaba enormemente de ver cómo lo miraban.

—Bueno, eres vistoso y te lo tienes muy creído. Justificadamente, claro, porque si las miradas pudieran derretir, yo estaría aquí sola comiendo mi crep y la tuya... —repuso con su vocecita dulce. Él extendió la mano y le acarició la mejilla.

—Lo cual demuestra qué vulnerables somos la mayoría a las primeras impresiones. Como dices, soy corpulento y vistoso, pero lo verdaderamente hermoso de este lugar está frente a mí —dijo, galante.

El corazón de Anna comenzó a palpar. Ahora, estaba totalmente

segura de que él se traía algo entre manos.

—Ay, Jaume, qué miedo me das...

—Así que no te acuerdas... Muy mal, señorita. Pero para que veas lo bueno que soy, por esta vez, no tendré en cuenta tu olvido.

Anna volvió a mirarlo interrogante. Una sonrisa algo tímida lucía en su rostro y sus ojos brillaban perceptiblemente.

—¿De qué me he olvidado?

—De nuestro primer aniversario, señorita. Dentro de... —miró su reloj fingiendo sentirse herido por su desliz— una hora exactamente, cumplimos un mes juntos.

Anna se quedó en blanco. Al instante, sacudió la cabeza en parte avergonzada por no haberlo recordado, en parte alucinada de que él lo hubiera hecho. Un momento después, sin embargo, otro recuerdo regresó a su mente: no era extraño en absoluto que él lo recordara, siempre lo había hecho. Lo recordaba todo; cada fecha, cada encuentro, cada detalle...

—No sé qué decir... Supongo que... —Iba a decir que llevaba tantos años sola, bregando con la vida, años llenos de responsabilidades y totalmente vacíos de romanticismo que, simplemente, había erradicado el concepto de su mente. En el último momento, decidió que no estropearía una noche tan especial con un recuerdo tan triste. Él no se merecía algo así.

Jaume volvió a extender sus manos por encima de la mesa y tomó las de Anna. Sonreía, era la misma sonrisa galante y tierna que se le ponía siempre que la sorprendía en un renuncio y ella se mostraba tan incómoda, tan culpable. A él le daban igual sus olvidos, sus deslices, incluso sus pertinaces negativas por el que dirán. Tenerla, amarla y saberse correspondido, era más que suficiente.

—Si te esmeras mucho, igual me convences, y te perdono —repuso Jaume, con dulzura.

Anna suspiró contrariada y mucho más culpable que antes.

—Ha sido un fallo gravísimo, gravísimo... Lo siento, Jaume... Estoy dispuesta a hacer lo que haga falta para que me perdones —dijo ella al tiempo que le acariciaba la barba.

—¿Lo que sea? ¿Seguro? —Su expresión ahora era deliberadamente sensual, con esos modos entre *sexy* y bromistas que lo hacían mucho más atractivo si cabía.

Anna se echó a reír.

—Ay, qué miedo me das... —Volvió a decir por tercera vez. Cuando se le quedaba esa cara de diablo... Y teniendo en cuenta lo lanzado que era en sus apetencias sexuales a pesar de la edad. El solo pensamiento le hizo sonrojar, lo cual provocó que él volviera a reírse.

—Que quede claro que has dicho “lo que sea” —advirtió Jaume, y apelando nuevamente a la risa para esconder la intensa emoción que lo embargaba, sacó una pequeña caja del bolsillo y la dejó sobre la mesa frente a ella.

Sus manos temblaron perceptiblemente cuando al abrirla, la delicada joya quedó expuesta.

—Cásate conmigo, Anna y hazme el hombre más feliz de la Tierra —murmuró él emocionado.

Ella dejó de sonreír en el acto. Y su expresión se transformó por completo.

No era la reacción que Jaume esperaba e, interiormente, sintió como una daga abría una brecha en su amor propio, pero se obligó a mantener la calma.

Su rostro continuó mostrando la misma ternura que antes.

Anna se había quedado helada. Miraba el anillo de brillantes coronado por un rubí, su piedra favorita, y no atinaba a nada. Su mente era un huracán de pensamientos, a cual más malo, y cuando al fin consiguió decir algo, sus ojos de mirada desorbitada se posaron sobre Jaume.

—¿Pero te has vuelto loco? ¿Cómo voy a casarme contigo... ni con nadie, para el caso?!

Él volvió a apelar a la dulzura.

—Mira, es fácil; decidimos una fecha, vamos al registro civil, rellenamos los papeles y el día señalado a la hora señalada...

—Definitivamente, has perdido el juicio —espetó—. Ya estoy casada además de enferma. Si esto es una broma, te advierto que es de muy mal gusto.

Él intentó retener la mano femenina, pero ella se mostró definitiva.

—Estamos enamorados y casarse es lo que hacen los enamorados, Anna. Los dos somos libres, ¿dónde está el problema?

Ella lo miró alucinada, cada vez más revuelta.

—Dios mío... ¿Que dónde está el problema? *Estoy enferma*. ¿Qué parte no entiendes?! Eso por no mencionar la reacción que tuvo mi hijo al enterarse de que salimos juntos... ¿Qué pretendes?, ¿que se desate la Tercera Guerra Mundial en mi casa?

—Amor, es un crío y está celoso. Se le pasará. De hecho, ya se le está pasando... Te ve feliz, sabe que yo soy la razón, y ya no me mira tan mal...

Anna dejó la servilleta sobre la mesa, totalmente revuelta.

—La respuesta es no, Jaume. Y si quieres que sigamos juntos, te agradecería que no insistieras en este tema —sentenció. Y se puso de pie.

Él, alarmado, también se levantó de la mesa, intentó ir tras ella, pero Anna lo detuvo.

—No. Me marcho sola. Necesito que me de el aire o voy a explotar...

Por favor, no me sigas. —Y sin más, se alejó hacia la puerta, dejando a Jaume momentáneamente paralizado.

Él estaba tan bloqueado como ella revuelta y durante un instante, no supo qué hacer. La sangre le pedía ir tras ella, protegerla, convencerla de que no pasaba nada, de que todo estaba bien. Pero la determinación que Anna había mostrado no era ficticia, no era teatro. Estaba realmente enfadada y cuando era así, sabía por experiencia, que lo mejor era dejarlo estar.

Jaume volvió en sí con la voz del camarero que le preguntaba si podía ayudarlo en algo, si todo estaba bien. Poniendo a un lado sus propias emociones, se asomó a la ventana al tiempo de ver que ella cruzaba la calle y se alejaba con paso más inseguro que de costumbre. Era evidente que no se sentía bien y además calzaba unos tacones altísimos. La preocupación se apoderó de Jaume que estuvo a un tris de ir tras ella. Se contuvo y sacó su móvil.

—Dylan, necesito pedirte un favor —dijo, contrariado, cuando el irlandés atendió.

Diez minutos más tarde, cuando Anna ya estaba a punto de pedir socorro ante la imposibilidad de continuar a pie, calzada con semejantes tacones, un monovolumen negro se detuvo junto al bordillo y bajó el cristal.

—¿Vas para casa? —preguntó Dylan desde el volante.

Anna asintió aliviada.

—Eres mi salvación, Dylan. Sí, muchas gracias, estaba a punto de pedir un taxi... ¿Y tú? Qué raro verte solo...

—Pasé por el restaurante y vi que tu hija tenía la misma cara de agotada de todos los domingos a estas horas. Ya sabes, cara de “ahora mismo, mataría por una libra de chocolate”, así que en eso estoy... Un poco tarde para salir de paseo, ¿no? —comentó Dylan. Otro intento más de justificar su presencia allí.

—Esta ciudad es preciosa a todas horas, pero eso sí, por favor, recuérdame que queme estos zapatos —repuso Anna, apartando el tema de una vez.

Domingo, 28 de febrero de 2010.

Casa familiar de los Estellés,  
Ciudadela, Menorca.

Anna se dirigió hacia la puerta cuando oyó el segundo timbrado.

Evidentemente, estaba sola en casa. O con Danny durmiendo a pierna suelta, que era lo mismo que decir sola. Ella apenas había pegado ojo. Al llegar, se las había arreglado para retirarse a su habitación después de conversar un rato con la familia, sin que resultara demasiado evidente el mal rato que acababa de pasar.

Ocho horas después y tras haberse pasado la mitad de la noche dando vueltas en la cama, el enfado se había esfumado, y lo que quedaba era una enorme sensación de culpabilidad. Había sobredimensionado las cosas y había reaccionado fatal con un hombre que no hacía más que complacerla y quererla. Seguía pensando que su propuesta era una locura, pero ahora, sin el enfado espoleándola por dentro, se sentía culpable y preocupada. Lo último que quería era herirlo en su amor propio, ofenderlo... Dios, tenía que disculparse con él, pero ¿cómo hacerlo sin que él volviera a sacar a relucir su loca propuesta?

Cuando abrió la puerta, sin embargo, se encontró al Jaume de siempre con una bandeja de ensaimadas recién hechas y su sonrisa cautivadora, exactamente igual que cualquier otro día.

—¿Puedo besarte o vas a correrme con la fregona? —le dijo él después de que ya había acortado las distancias. De hecho, le estaba besando una mejilla.

Anna no se resistió. Fue un alivio comprobar que él no había tomado a mal lo sucedido.

—Depende, ¿has recuperado la cordura?

—Proponerte matrimonio no es ninguna locura. —Jaume sonrió al caer en la cuenta de que aquello no era del todo cierto—. Bueno, puede que un poco sí... ¿Quién se casa en estos tiempos? ¡Ahora comparten gastos y, como

mucho, el perro, pero no se casan!

Jaume ya había entrado en el pasillo y Anna, que estaba de espaldas cerrando la puerta, recibió su comentario gracioso sin poder evitar sonreír, pero cuando se volvió, no había sonrisas en su rostro, sino una ceja que se elevaba tan alto que casi se unía al nacimiento del cabello.

Él sacudió la cabeza, la miró derritiéndola con su ternura.

—Estoy loco por ti. ¿Sabes? No es algo de lo que quiera recuperarme y tampoco creo que pudiera aunque quisiera. Es así desde que te conocí y no va a cambiar.

Anna se cruzó de brazos. La aterraba la sola idea de volver a enfrentarse a una vida en común con otro hombre. Ya lo había probado una vez y había sido una pesadilla. No volvería a pasar por eso.

—No pienso volver a casarme. Ni contigo ni con nadie. Y tampoco pienso seguir hablando del asunto, así que no sé dónde nos deja esto... —  
repuso, definitiva.

Él volvió a sorprenderla, acercándose a ella y dejándole un beso sobre la punta de la nariz.

—¿No lo sabes, en serio? Yo creo que sí —dijo el menorquín y le ofreció una de sus sonrisas demoledoras.

Anna tuvo que apartar la vista. Sabía lo que venía después y no se sentía

capaz de oírsele decir mientras lo miraba a los ojos.

—Te dejé marchar una vez, Anna. No volveré a cometer ese error —

murmuró él, todo dulzura, buscando su mirada con expresión traviesa.

Ella exhaló un suspiro y acarició aquella barba perfecta, derrotada.

—¿Preparada para darte un atracón de ensaimadas? —invitó él,

ofreciéndole su brazo.

Anna asintió. Pronto, conversaban como siempre mientras se dirigían a la cocina tomados del brazo.

No volvería a permitir que su vanidad le aguara la fiesta esta vez, pensó

Jaume.

Ni dejaría de insistir en su propuesta, por más loca que a ella le

pareciera. Se lo pediría las veces que hiciera falta...

Hasta que Anna le dijera que “sí”.

Más tarde aquel mismo día...

En un bar,

Candem Town,

Londres.

Niilo estaba en su habitación, intentando evitar las insistentes miradas

de su madre y su hermana que lo perseguían desde hacía dos días,

preocupadas de que pasara tanto tiempo en casa, cuando recibió la llamada de

Amy invitándolo a comer y luego a estrenar un nuevo local de baile del Soho,

aparentemente recuperada de su gripe.

Por supuesto, no había dudado en aceptarla. Y ahora estaba en un ruidoso bar del mercado más famoso de Londres, con la chica de sus sueños hablando sin parar, mientras él la contemplaba, flotando entre nubes.

Amy no había hecho el menor comentario acerca de su total ausencia de noticias durante tres largos días. Y él sabía, porque se había dado cuenta en el momento, de que su jugada arriesgada había sido de hecho demasiado arriesgada.

Pero ella estaba allí, otra vez con él, y aunque no hubiera hecho comentarios al respecto, era un buen signo. ¿Querría decir que a pesar de que su osadía había hecho derrapar el coche en la última curva, todavía seguía en la carrera?

Amy estaba contenta. Este era su primer domingo libre. Después de varias semanas de ensayo y error, al fin habían dado con la persona adecuada para ocuparse de hacer el trabajo para el que ella había sido originariamente contratada.

—Lo único que ruego al cielo, es que mi jefe no la espante... Parece despierta y sabe manejarse con la gente porque ha trabajado mucho de cara al público. Le va lo gótico... No sabes con qué pintas se aparece, ¡da miedo y todo! —dijo riendo—. O sea, es perfecta. Así que mi labor de las próximas semanas será mantenerla alejada de la puerta del estudio privado de BB.

—¿Tan terrible es tu jefe?

—No... Es buena gente, el típico mecenas que vive ayudando a otros artistas pero sin llamar mucho la atención. No porque no le guste... Está claro que es un imán para los objetivos de las cámaras, pero él dice que quiere que se fijen en su arte y no en sus donaciones. Lo que pasa es que es un tipo raro, no sé, excéntrico... No es fácil manejarse con él... Pero bueno, si consigo mantenerla alejada de la puerta de su estudio, todo irá sobre ruedas —dijo animada.

Niilo asintió con la cabeza decidido a dar un giro a la conversación. Si todavía seguía en la carrera, quería verlo.

—Te veo bastante recuperada de tu gripe, ¿pero tanto como para irnos de marcha hasta las tantas?

Amy lo miró con picardía. El Caballero Jedi había mantenido el tipo durante sus tres días de silencio, pero estaba claro que no pensaba dejarlo correr. Estaba de acuerdo con él; se merecía una explicación.

—Gracias por darme espacio, Niilo. —Los dos sabían que ella no había tenido ninguna gripe por lo que carecía de sentido echar balones fuera. Él se encogió de hombros.

—Tenías que recuperarte —apuntó, divertido.

Era mucho más que eso.

—Me asusté —reconoció Amy para sorpresa del motero. Sus ojos brillantes hablaron alto y claro de lo incómoda que se sentía admitiéndolo ante él. De todos los hombres del mundo, justamente él.

El motero movió afirmativamente la cabeza.

—Y ahora ¿estás mejor, o más o menos?

Amy sonrió todavía más incómoda que antes y soltó un suspiro.

—Sigo asustada, pero ya no creo que sea tan malo. Es nuevo para mí, sí, pero no malo.

Él volvió a sentir que su corazón se ponía a mil por hora. Ella continuó.

—Significa que me importa lo que tenemos. Por una vez —admitió riendo—. Que eres alguien importante para mí y no quiero estropearlo. Y eso no es malo, ¿no?

Niilo sonrió con los ojos iluminados.

—Que va, es buenísimo. ¡Fabuloso! —dijo, risueño sin hacer el menor ademán de acercarse a ella, algo que Amy encontró cautivante como todo en él.

Y que la animó a seguir.

—Mira... He llegado a la conclusión de que si las cosas no salen bien, prefiero que el hombre en cuestión sea alguien por quien merezca la pena haber perdido el corazón en el intento.

Tocado y hundido, pensó el motero al verse arrastrado por un torbellino

emocional sin precedentes en su vida.

Sus miradas se encontraron y Niilo respiró a todo pulmón, totalmente sobrepasado por la emoción. Amy creyó que aquello era la antesala de la locura. Que él se dejaría llevar, que la estrujaría en un ataque de amor y la besaría como solo él sabía hacerlo.

Pero no fue así.

Él permaneció en silencio, mirándola con sus ojos brillantes de emoción, y pasaron varios segundos hasta que al fin volvió a respirar hondo.

—Vaya con tus gripes, Amy... Acabas de dejarme K.O. —murmuró visiblemente afectado.

Y esta vez fue a ella a quien invadió la locura. Tomó el rostro del motero y empezó a llover besos sobre él, dando rienda suelta a su ilusión.

—Eres increíble —dijo ella, comiéndoselo a besos—. Alucinante... ¡Tú sí que eres fabuloso, mi Caballero Jedi!

## **Episodio 17**

Viernes, 12 de marzo 2010.

En un gran gimnasio del centro,

Londres.

“¡Qué mujer, por Dios!”. Esta y otras frases algo más subidas de tono bombardeaban la mente de Pau Estellés mientras presenciaba el

entrenamiento de la clase de *kick-boxing* de Tina. La entrenadora exhibía la técnica ayudada del único hombre que había en la sala, un estudiante de la clase avanzada, mientras las ocho boxeadoras repartidas por parejas intentaban poner en práctica lo que aprendían. Desde la primera vez que la había visto en mallas de deporte había dado por hecho que verla en acción tenía que ser un espectáculo de los que no se olvidaban. Ahora, mirándola, tenía que admitir que la realidad superaba con creces su imaginación. Tina le gustaba, eso no era ninguna novedad, pero el efecto que tenía sobre él ver la velocidad de sus golpes, la perfección estética de sus patadas voladoras y la contundencia de sus contraataques no tenía precedentes en su vida; mientras sus ojos seguían hipnotizados cada movimiento de la entrenadora, la película de tres rombos que se proyectaba en su cerebro subía de intensidad un poco más.

Pau llevaba un buen rato allí cuando Tina descubrió su presencia al seguir la mirada de una de sus alumnas que en vez de atender la clase, parecía mucho más interesada en algo que sucedía en el otro extremo de la sala.

Cuando comprobó de qué se trataba, comprendió perfectamente el interés de su alumna. El menorquín había vuelto a sacar al ejecutivo elegante del armario con pasador de corbata incluido. En resumen; estaba para comérselo de una sentada y no dejar ni las migas.

Dejó que su estudiante avanzado se hiciera cargo de los últimos minutos

de la clase y se dirigió hacia Pau quitándose los guantes. Intentaba mantener bajo control la emoción de volver a verlo después de dos semanas, pero la forma en que él la miraba no se lo estaba poniendo nada fácil, algo que quedó patente a medida que se acercaba y comprobaba la intensidad que despedían sus ojos. No pudo evitar preguntarse si era consecuencia de su indumentaria, de haberla visto entrenando o de ambas cosas en conjunto, y decidió al instante que a) lo averiguaría y b) le daría más de eso que parecía estimularlo tanto.

—No te pregunto cómo te han permitido andar tan fresco por las instalaciones del gimnasio. Está claro que las hipnotizas —dijo Tina cuando pasó a su lado sin detenerse, un gesto tácito de que él la siguiera fuera de la clase.

*Tú me hipnotizas, princesa.*

Los ojos masculinos se tomaron su tiempo para recorrer a gusto las vistas posteriores de la entrenadora. Vestía un top corto negro y unas mallas del mismo color, y las grandes porciones de piel que dejaban expuestas brillaban tentadoramente bajo una fina capa de sudor. Fue un instante de puro acto reflejo que los ojos de Pau hicieran un barrido supersónico sobre el escote femenino justo en el momento en el que una gota de sudor desaparecía en el canalillo. Un solo instante que arrasó cualquier vestigio de cordura que quedaba en sus neuronas, y que no pasó desapercibido a Tina.

—Me voy a duchar —anunció ella. Tenía que salir del radio de acción de esa mirada ya.

—¿Puedo ir contigo? —dijo él. Pero alguna cordura quedaba aún en alguna recóndita mitocondria, ya que al darse cuenta de lo mal que había sonado lo que acababa de decir, sonrió e intentó arreglarlo—. Digo, así me ayudas a decidir el restaurante para nuestra cena de esta noche.

Ella se quedó clavada en el sitio. A diferencia de lo que creía Pau, la oferta le había sonado a música celestial. Pero aunque se sintiera tentadísima de aceptarla, lamentablemente, aquel no era el lugar adecuado.

—A lo primero, no —repuso sin volverse—. Y a lo segundo, ya está decidido; la cena es en mi casa. Quizás, hasta me apetezca ducharme otra vez y te pida que me enjabones la espalda. Ya veremos.

Una sonrisa alucinada aún continuaba en el rostro de Pau cuando quince minutos después, ella reapareció vestida de civil y abandonaron el gimnasio.

Continuó traicionándolo de tanto en tanto, mientras conversaban en el taxi y

él le contaba que era posible que Alba se animara a asistir a su primer

campamento infantil y que en tal caso, él aprovecharía para hacerse otra escapada a Londres el domingo. Pero se esfumó definitivamente en el

momento que atravesaron la puerta de la casa de Tina y ella lo agarró por las solapas, reduciendo la distancia que los separaba a cero.

Pau ya no hizo el menor esfuerzo por disimular lo que sentía. Sus

manos se pegaron al contorno de aquella silueta que lo volvía loco,  
recorriéndola a placer y llevándose la ropa consigo. Ella hizo otro tanto, tan

abandonada al momento como él. Pronto un montoncito de prendas aquí y allí tapizaron el camino que llevaba del salón a la habitación de Tina.

Cayeron en la cama, besándose apasionadamente. Tocándose y encendiéndose mutuamente bajo el contacto hechizante de su piel desnuda.

—Quisiera poder hacértelo despacio mientras te miro, que veas toda la admiración que despiertas en mí y el profundo respeto, y este deseo alucinante que jamás sentí por nadie... —murmuró él, lloviendo besos sobre su vientre camino del paraíso—. Decirte tantas cosas que necesito que sepas y que sé que te mueres por oír, pero... No puedo parar, Tina. No puedo... Haces que crezca un fuego en mi interior, un fuego incontrolable que me devora vivo... Y me desespera porque el tiempo que pasamos juntos siempre es tan corto... Dos horas no es bastante, princesa... Dios, nada es bastante cuando estoy contigo....

Y no lo fue. Cuando faltaban diez minutos para la hora señalada, Tina, que lo estaba montando, se apartó bruscamente. Él soltó una exclamación de sorpresa al sentir que su miembro abandonaba precipitadamente aquel rincón del que ya se había hecho adicto. Estaba recuperando la tensión tras el último período refractario y aunque probablemente no alcanzara la erección plena, aún sería suficiente para hacerla gozar una última vez antes de dejarla no sabía hasta cuándo. Necesitaba dejar en el cuerpo de esa mujer de la que se

estaba enamorando la misma marca indeleble que llevaba semanas dibujando en su mente. Quería que lo necesitara hasta la locura, de todas las formas que una mujer podía necesitar a un hombre. Que cada célula de su cuerpo y cada latido de su corazón le pertenecieran sólo a él.

—Vístete. Basta de sexo por hoy —dijo Tina al tiempo que salía de la cama y empezaba a recoger la ropa masculina que sembraba el suelo.

Pau se incorporó sobre un codo y mientras sus ojos acariciaban la silueta desnuda de Tina, pensó que era un auténtico desperdicio que tuviera que irse justamente en ese momento. Ella acababa de agacharse a recoger una prenda exponiendo una generosa porción de vello púbico y logrando que su verga alcanzara la deseada erección plena.

Saltó de la cama sin pensárselo dos veces, dispuesto a aprovechar la coyuntura y la asaltó por la espalda. Sabía que a ella la perdían esa clase de incursiones en las que se desafiaban mutuamente, intentando imponer su voluntad el uno al otro, y fue a por ello sin contemplaciones.

Ella tampoco se lo pensó dos veces. Se lo sacó de encima de un empujón y lo enfrentó al tiempo que señalaba la ropa que había dejado sobre el sillón.

—Vístete.

—Luego. Ahora tú y yo vamos a disfrutar de esto. —La tomó por los antebrazos para inmovilizarla y avanzó con rapidez obligándola a retroceder

hasta la pared. Una vez allí, la elevó bruscamente y le colocó las piernas alrededor de su cintura. Buscó penetrarla, pero ella consiguió librarse parcialmente de su abrazo y sus pies volvieron a tocar el suelo.

—No. Tienes que irte, Pau. Deja de echar leña al fuego y vístete de una vez —exigió. Y con esas, volvió a empujarlo.

Él avanzó hasta que sus cuerpos casi se tocaban, la miró desde arriba quemándola entera.

—No es no —dijo—. La cuestión es ¿realmente, quieres decir no? — tomó delicadamente la mano de la entrenadora y la acercó a su miembro.

Tina se relamió por dentro solo con sentir el fuego que irradiaba de él.

Lo empuñó fuertemente y empezó a frotarlo sin apartar sus ojos de Pau. Se deleitó viendo cómo el placer relajaba aquel rostro hermoso y su mano, agradecida, intentaba devolverle el favor internando un dedo dentro de ella.

Tina hizo que él volviera a alzarla y ella misma guió el miembro hacia

su interior. Los dos suspiraron aliviados cuando él comenzó a moverse dentro de ella.

—Estoy algo confundido, entrenadora —la besó, reproduciendo en su boca el mismo proceso que tenía lugar donde sus cuerpos estaban unidos—.

¿Era un no y te hice cambiar de idea o... decirme que no fue una táctica para ponerme a pleno rendimiento otra vez?

“¿A pleno rendimiento?”. Podía ser el rey de los memos cuando se lo proponía, pensó Tina. Llevaba media vida suspirando por él, y al fin lo tenía duro y dispuesto entre sus piernas. Como la mujer sexualmente activa y enamorada de él hasta los huesos que era, lo que quería -a todas horas, de hecho- era seguir teniéndolo duro y dispuesto entre sus piernas. Cuando más, mejor. ¿Iba a tener que deletreárselo?

—Puedes llamarlo “empalmado” a secas, mis oídos no se ofenderán — dijo ella. Su voz se entrecortó cuando él empujó fuerte. Ella dejó de hablar ansiando mucho más, creyendo que él seguiría con esas arremetidas profundas que la ponían al borde del orgasmo.

Pronto, sin embargo, él se retiró.

—Puestos a ser gráficos, y que conste que me pone a mil esa palabrita en tu boca, prefiero “ponérmela dura” —repuso Pau—. Que es lo que haces. Mucho y muy bien. —Volvió a arremeter profundamente haciéndola jadear—. Pero esa no es la cuestión.

—Puestos a preferir, no es esa palabrita lo que quieres en mi boca. Y que conste que me parece perfecto, porque yo también lo prefiero. Creo que ya te has dado cuenta.

—Ya lo creo que sí —dijo el menorquín envuelto en un suspiro—. Pero tanto como a ti te gustan los helados de polo y a mí ofrecerte uno con el que

te pongas morada cada vez que nos vemos, *sigue sin ser la cuestión*.

Él volvió a empujar fuerte para luego retirarse, dejándola nuevamente a las puertas.

Tina respiró hondo, lo miró ardiendo de deseo y con un punto de impotencia.

—A ver si te enteras de una vez... Nunca es “no” para ti.

Vio como sus ojos brillaban intensamente y su cuerpo se estremecía, y ella misma se retorció de placer.

Pau ya había agachado la cabeza, dejándole un rastro de besos en el hueco del cuello cuando la oyó pronunciar una última orden que estaba más que dispuesto a cumplir: “Y ahora, calla y fóllame”.

Domingo, 14 de marzo de 2010.

En la playa,

Brighton, Sussex.

Tess lo intentaba. Dakota no tenía la menor duda. Intentaba encajar el golpe y ser la de siempre. O como ella lo llamaba, “ponerle al mal tiempo, buena cara”. Pero cuando había salido del baño, esa mañana temprano, su talante había dado un giro de noventa grados.

“Negativo” le había informado y no había hecho más comentarios al respecto. Para Dakota había sido más que suficiente. Decidido a poner una

sonrisa en aquel rostro hermoso que amaba hasta la locura, la había convencido de que la mejor forma de aprovechar aquella mañana soleada era poner rumbo a la playa.

Y allí estaban, paseando de la mano por una playa cubierta de piedras y guijarros, mientras él bromeaba y ella le reía las bromas, resistiéndose a dar rienda suelta a la desesperanza que había empezado a adueñarse de ella en el momento que vio que el marcador de la prueba de embarazo no se teñía del color que debía. Del color que ella deseaba ver.

Hasta que Dakota no lo soportó más. La abrazó desde atrás y apoyó su mejilla sobre el costado de la cabeza de Tess.

—¿Sabes qué me gustaría? —le dijo al oído.

—¿Lo que suele gustarte todos los domingos después de comer, y los viernes por la noche y, en general, casi siempre?

Pretendió que sonara con picardía y, como en el fondo lo que decía era cierto, Dakota no lo rebatió.

—Aparte de eso —admitió, riendo.

Tess negó con la cabeza.

—Que nos olvidáramos de ese calendario lleno de marquitas que hay en la puerta de la nevera —Dakota se inclinó más, buscando su mirada, y Tess pudo comprobar que detrás de la picardía que brillaba en su mirada cuando

hablaba de su vida íntima, había más cosas—. Debo ser el único tío del planeta que folla más de casado que cuando estaba libre como el viento. Y pienso seguir siéndolo por muchos años más. ¿Para qué queremos esa hojita? Para no desaprovechar las poquísimas ocasiones que a ella le iban quedando de convertirse en madre por la vía tradicional, algo que él no podía entender en profundidad no solo porque era joven, también porque era hombre. Los hombres no tenían que enfrentarse al tic-tac de ningún reloj biológico por tanto eran ajenos a esa clase de presión. A esa clase de impotencia.

—¿Te hace sentir presionado? —dijo en otro intento de poner comicidad a un momento que ya no tenía nada de cómico.

Dakota iba a decir que era a ella a quien la hacía sentir presionada, pero volvió a escoger la broma.

—¿A mí? —preguntó, y soltó una risotada—. Cuando te quitas esos trajes de infarto y veo el lacito de tu sujetador... y lo que hay debajo, lo último que pienso es en el papel de la nevera.

Ella sonrió siguiéndole la broma.

—Gracias, Scott. Tú siempre cuidando tan bien mi vanidad.

—Lo que cuido son mis propios intereses, Bollito, pero no hay por qué darlas; es un placer cuidarte la vanidad y todo lo demás.

Dakota hacía que sonara libidinoso *ex profeso* y cuánto más echaba

mano de ese recurso, más segura estaba Tess de que a pesar de sus esfuerzos por sobreponerse a la desesperanza, él se había dado cuenta e intentaba hacer algo al respecto. El problema era que no había nada que hacer y el calendario, y la falta de resultados, no hacía sino confirmárselo. Empezaba a comprender que quedarse embarazada sería más producto de un milagro que de su mapa mensual de fertilidad, algo que le resultaba desolador.

—Es cierto. Además es una molestia preparar el calendario cada mes...

Creo que no ha sido una buena idea. Por suerte, nuestra vida sexual es muy activa —reconoció la editora con una sonrisa que Dakota no se creyó.

Más aún, le confirmó que las cosas iban de mal en peor en el ánimo de Tess. El jodido test de embarazo la había hundido en la miseria emocional. A ver cómo se las arreglaba ahora para sacarla a flote, pensó el motero.

—¿Lo ves? Siempre tengo razón —repuso, estrechando el abrazo—.

Además, no quiero que ese mapita de lo que sea...

—Mapa de fertilidad —precisó, acurrucándose contra él.

—Eso. No quiero que eso te distraiga de lo que importa.

El tono de voz de Dakota había subido cien puntos en sensualidad y

Tess volvió a intentar seguirle el juego.

—¿Tú y tu impactante cola de dragón?

Tess y Dakota se miraron. En él seguía luciendo una sonrisa diabla.

—Sí, sí... Ya le gustaría a la colita del dragón *impactarte* tanto como mi rabo —le dijo al oído.

Los dos rieron y como era habitual en la editora, sus mejillas acusaron recibo del estilo directo del motero.

Nada de lo cual cambió el hecho de que Tess estaba devastada por los resultados que había arrojado el test de embarazo, y de que Dakota no sabía qué hacer para ayudarla.

Mientras tanto...

Casa de Tina Murphy,

Londres.

En cuanto Pau estuvo seguro de que Alba se lo estaba pasando bien en su campamento infantil temprano por la mañana, dejó a su padre al mando y puso rumbo a Londres. No disponía de mucho margen, pero si todo iba bien, podría pasar un par de horas con Tina y regresar a tiempo para ir a recoger a su pequeña al autobús que la traía de la granja escuela.

Su imperiosa necesidad de Tina no había mejorado en lo más mínimo después de los intensos encuentros que habían compartido dos días atrás. Por suerte para él, otro tanto le sucedía a la entrenadora. Prueba de ello eran las reiteradas e igualmente intensas conversaciones telefónicas que habían mantenido desde que él había abandonado Londres, que lo habían llevado en

más de una ocasión a cerrar la puerta de su habitación, preocupado porque su hija pudiera oírlo. Como bien había dicho su madre, Tina era la horma de su zapato, solo que encajaban a la perfección en más sentidos de los que Lucía Oriol había querido referirse con su frase. Estar con Tina, íntimamente, había sido la mayor locura de su vida. Tuvo que sonreír al recordar que el viernes se había disculpado por ir directo al grano cuando lo que procedía era seguir apelando al romanticismo para derretir su corazón. En ese plano, lo último que la entrenadora quería era romanticismo y hoy, tan seguro como de que era menorquín, ni ella le daría a él tregua alguna ni él haría lo que se suponía que procedía. Era imposible no perder la cabeza cuando estaban juntos.

De hecho, ninguno de los dos se propuso *no* perderla aquel mediodía de domingo. Al llegar a su casa, Tina lo había recibido vestida solamente con su piel y la maratón había dado comienzo enseguida y allí mismo, sobre los distintos muebles del salón susceptibles de albergar, sostener o servir de apoyo a una pareja en pleno subidón.

Tras una breve pausa para hidratarse, la actividad había vuelto a comenzar. Intentaron llegar a la cama; no lo consiguieron. El hueco entre la nevera y la mesada había sido testigo de su pasión incendiaria. Una que Tina se había dedicado a alimentar, como quien echa un chorro de gasolina sobre una hoguera, usando el borde del mueble de cocina, donde había apoyado las plantas de sus pies, para intensificar las embestidas masculinas, llevando a

Pau al borde la locura.

Y así, entre locura y locura, habían llegado al baño. La intención, ducharse y que él se adecentara un poco antes de vestirse y salir para el aeropuerto. La realidad, como siempre sucedía entre ellos, superaba con creces la imaginación.

—No puedo creer que ya tenga que irme —dijo él, estrechando el abrazo al tiempo que apoyaba su barbilla en la parte posterior de la cabeza de Tina.

Era la tercera vez que lo decía desde que habían entrado en el baño. Los dos anteriores habían acabado en sendas sesiones de besos y caricias apasionadas que, aunque los habían dejado al borde mismo del precipicio sexual, no habían pasado a mayores. Principalmente, porque los dos estaban agotados.

Tina tenía que reconocer que parte de la culpa era suya; intentaba llevarlo por el buen camino, aportar su granito de arena para que siguiera siendo un padre responsable. Pero Pau se las había arreglado para derribar todas sus murallas. No había dejado ni una sola en pie. Y ahora, la quinceañera enamorada del tío de su mejor amiga campaba a sus anchas por su sangre, poniéndole las cosas terriblemente difíciles a la mujer adulta. Su brusquedad, sus peticiones que sonaban a órdenes, sus ironías... solo intentaban enmascarar una realidad que le costaba horrores asumir y no sabía

cómo manejar; cada día le resultaba más duro dejarlo marchar. Le costaba tanto que su voluntad flaqueaba. El problema era que esas actitudes con las que ella encubría sus verdaderos sentimientos tenían un efecto incendiario sobre él. Era como intentar apagar el fuego con un acelerante.

—Esa frase ya me la sé y tú te sabes la respuesta, así que deja de frotarte contra mí y vístete de una vez.

En un intento de que la adulta se impusiera sobre la niña embobada dio un paso para librarse del abrazo con la idea de salir del baño, pero aquellos brazos no solo no la liberaron, la llevaron de regreso a su posición original.

—Un rapidito y me voy, te lo prometo —ronroneó Pau sobre el oído femenino consiguiendo que toda ella se erizara entera.

El menorquín no se quedó en las palabras, una de sus manos subió de la cintura al pecho de la entrenadora, rodeándolo posesivamente, mientras la otra se internó entre sus piernas.

—Vas a perder el avión... —se las arregló para decir Tina.

Pero entonces, dos manos se adueñaron de sus pechos, ella exhaló un suspiro y le pasó los brazos alrededor del cuello, arqueando la espalda... Y dándole luz verde.

Y sucedió otra vez; él se recuperó del agotamiento y ella, paladeando sus besos y devolviéndolos a su vez, se las arregló para manotear la caja de

condones del botiquín sin perderse ninguna de las caricias apasionadas que llovían sobre sus pechos, entre sus piernas y por todas partes.

Consiguió sacar un sobre de la caja, que dejó caer al suelo, y lo rasgó con los dientes.

Un instante después, ella estaba de cara a la pared mientras él entraba en ella desde atrás profundamente.

Los dos gimieron y volvieron a enredarse en un beso apasionado que no duró mucho; los separó la fuerza de las embestidas.

—Pensar que me hacía gracia cuando un tío decía que estaba loco por una mujer, y mírame... Me pasaría el día dentro de ti.

—Y detrás —jadeó ella, buscándolo.

—Y encima —murmuró Pau que volvió a buscar su boca y entró en ella con la misma brusquedad apasionada, fuera de control, que había estrenado hacía dos días y en la que cada vez era más experto.

Tina se dio la vuelta, tomó la mano de Pau y tiró de él fuera del baño.

Los dos se miraban ardiendo de deseo mientras atravesaban la casa sin dejar de besarse hasta la habitación.

Ella se dejó caer de espaldas sobre la cama.

—¿Has dicho encima? —murmuró, y apartó las rodillas, insinuante.

Pau la acarició con la mirada, recorrió con sus ojos cargados de tanto

amor como deseo cada centímetro de ella.

—Dios, estoy tan loco por ti, Tina...

—Ya somos dos los locos —repuso ella.

El menorquín se estremeció perceptiblemente. Era lo más cerca que ella había estado hasta ahora de admitir algún tipo de sentimiento por él y la emoción se extendió por cada neurona y cada átomo de su ser como una marea.

—Hoy el jodido avión despegará sin mí —aseguró él, reptando sobre ella, buscándola.

Pero la entrenadora lo paró en seco, una mano firmemente situada sobre su pecho lo mantuvo a distancia.

—De eso nada —le dijo, autoritaria—. Tres minutos, enfundas y te largas.

Él entró al juego como loco y pronto volvieron a enredarse en otro toma y daca. Él la penetró con fuerza. Ella le rodeó las caderas con las piernas, usando sus rodillas para ofrecer alguna resistencia a su embestida y encenderlo más de lo que estaba. Él, a cambio, se impuso con su cuerpo, dejándole sentir su peso sobre ella...

—¿Y si no te hago caso? —ronroneó al cabo de un rato, mordisqueando sus labios, convencido de que podía ganarle esa partida.

Ella se lo quitó de encima. Volvió a juntar sus rodillas y lo miró

desafiante.

—Segunda opción: te la cascás en la ducha y después te largas igual.

Elige.

Se sostuvieron la mirada. Los dos ardiendo de deseo. Los dos disfrutando por igual de un juego al que ambos jugaban muy bien. Los dos sabiendo que aunque la cosa fuera aparentemente de sexo y de control, en realidad, iba de la relación que mantenían. De una relación sentimental entre dos personas adultas con responsabilidades familiares, y en el caso de Pau, parentales, que no podían verse afectadas negativamente.

Encajaban incluso hasta en ese nivel.

—Qué dura eres, Tina —repuso él, claudicando—. Y qué enamorado estoy de ti.

Entró en ella con fuerza y Tina soltó un largo suspiro relacionado con más cosas que el sexo. Oírlo hablar así mientras lo sentía hundiéndose en su interior era como tocar el cielo con las manos.

—Qué dura está, Pau —lo imitó, pero en lugar de continuar la frase, emitió un sonido placentero.

Él rio bajito contra la oreja femenina. Le habría encantado que su frase continuara, pero no lo había hecho y no quería ser él quien forzara el momento.

—Me encantaría debatir sobre un tema tan gratificante para mí, pero tres minutos son un desafío con una mujer como tú, así que, ¿qué te parece si lo dejamos para otro momento?

Pau hizo que el cuerpo de Tina se sacudiera bajo la fuerza de una nueva embestida. Más aún, consiguió arrancarle un largo gemido.

—Me parece perfecto —logró decir ella con la voz entrecortada, acoplándose al ritmo de los envites.

—Genial. Un minuto y restando, preciosa. ¿Algún delito que confesar antes de quedar reducidos a partículas subatómicas?

El sonido de dos cuerpos sudorosos enredados en la batalla más íntima de todas reinó en solitario. El golpe seco de las embestidas sucediendo a un ritmo cada vez más rápido. Los jadeos, producto del intenso esfuerzo físico y del orgasmo que crecía imparable en los dos. La conciencia cediendo ante el inexorable aluvión de mensajeros químicos que los empujaban hacia el clímax...

Pero un segundo antes del momento más intenso y más dulce, Tina habló. Fue apenas un susurro, que sonó entrecortado y pastoso.

—El peor delito de mi vida, sí —dijo. Tragó saliva y cerró los ojos, sintiéndose incapaz de afrontarlo mientras lo miraba—. Enamorarme de ti.

## **Episodio 18**

Sábado, 27 de marzo de 2010.

Aeropuerto de Mahón,

Menorca.

Tina había dado por hecho que después de haberle confesado el delito más grande de su vida, las cosas cambiarían entre Pau y ella. Estaba tan segura de que él comenzaría a presionarla para que se uniera al proyecto de Andy y poder tenerla en Menorca, que había preparado mentalmente el arsenal de respuestas necesario.

Nada más lejos de la realidad. Las escapadas de Pau a Londres habían crecido en número y duración desde aquel incendiario domingo de mediados de mes. Era evidente que él había empezado a organizar su agenda empresarial en torno a ella, arañando horas al día para poder estar juntos. Incluso un lunes habían cenado en el aeropuerto de Heathrow. Tina pensó que hablaba en broma cuando él la llamó diciendo que como el tiempo de que disponía no era suficiente para escoger un buen restaurante de la ciudad, le proponía hacerlo en el aeropuerto.

Tina se había marchado del gimnasio un poco antes de su hora para encontrarse con Pau en Heathrow, donde habían disfrutado de una cena mientras se contaban las últimas novedades como cualquier pareja enamorada. Acabada la cena, él había cambiado de terminal para regresar a Menorca vía Barcelona. En ningún momento, ni antes ni después, había

hecho la menor alusión al tema gimnasio o a un posible viaje relámpago de Tina a Menorca. Y había sido precisamente esa actitud de total respeto por sus decisiones, lo que había precipitado las cosas.

Andy corrió a dar la bienvenida a Tina tan pronto la vio atravesar las puertas de cristal acompañada de su padre y la esposa de este. Dylan vio a las amigas dar rienda suelta a la alegría de volver a verse como dos adolescentes, saltando y abrazándose. Si así era el nivel de felicidad de Andy, pensó, estaba dispuesto a pagar por ver el de su tío, que no estaba al tanto de la llegada de Tina a la isla.

—¿Cómo está el tipo más listo de las Islas Baleares y alrededores? —lo saludó Tina, abrazándolo afectuosamente.

Los ojos grises de Dylan brillaron de picardía.

—No tan bien como estará el tipo más mandón de las Islas Baleares y alrededores cuando sepa a quién tiene en Menorca.

Tina se llevó un dedo a la boca riendo.

—No lo digas en alto, que en este pueblo todos los oídos están a su servicio, y yo también quiero verle la cara.

Andy frotó alegremente el brazo de su amiga. Habían hablado mucho las últimas dos semanas y estaba al día sobre cómo evolucionaba su relación con Pau. Por tanto, sabía lo que implicaba que su amiga al fin hubiera tomado la decisión de dar un paso adelante. Tina se había mostrado muy preocupada

de implicarse en una relación a la vista de todos, que la pequeña Alba se encariñara con ella y si por una de esas vueltas de la vida, las cosas entre ella y Pau acababan por no funcionar, la niña sufriera. Andy sabía que más allá de lo que expresaba, también le preocupaban sus propias dudas; el temor a haber dado vía libre a lo que sentía por Pau Estellés desde que era una adolescente, y perder el corazón en el intento. Que su amiga estuviera allí implicaba que estaba apostando por un futuro juntos.

—¿Preparada para provocarle un infarto a mi tío, entrenadora? —le dijo Andy con cariño.

Tina asintió tras exhalar un suspiro ansioso. Entre las ganas de verlo y la emoción por conocer de primera mano qué efecto provocaba en él verla entrar por la puerta de su restaurante, tenía los nervios a flor de piel.

—Creo que va a ser un espectáculo digno de ver —concedió.

Mientras tanto...

Aeropuerto de Heathrow,

Londres.

A pesar de que iban con suficiente tiempo, Conor avanzaba por la terminal del aeropuerto como si le persiguiera el demonio. Estaba tan ansioso por subirse al bendito avión y volver a tener a Nikki entre sus brazos que ya no lo soportaba.

Detrás de él, intentando infructuosamente mantener el ritmo, Owen y

Susan andaban a prisa tomados de la mano.

—Entre el trabajo y tus escapadas a Suiza de todos los fines de semana, nunca te vemos. Ya podrías ir un poco más despacio... —se quejó Susan cuando Conor se detuvo frente a la pantalla que anunciaba los vuelos para ver qué puerta de embarque le tocaba.

—Entiéndelo, mujer. Está ansioso por subirse al avión —bromeó Owen, intentando hacer sonreír a su esposa. Susan estaba más que seria desde que se había levantado por la mañana. En realidad, llevaba más que seria desde que se había enterado de que Conor y Nikki habían hecho las paces.

El motero, en cambio, estaba demasiado feliz para preocuparse ni siquiera de ponerse serio con su madre. No le gustaban sus comentarios ni la insistencia en seguir viendo a Nikki con malos ojos, pero pasaba de enfadarse con nadie.

—Sí, eso lo entiendo, lo que no entiendo es qué es lo que se propone, ¿viajar a Suiza cada fin de semana? Va a ser un noviazgo un poco caro —repuso Susan con ironía.

—Ay, mamá... ¿No es muy temprano para estar enojada? Hoy va a ser un día estupendo. Ni siquiera han anunciado lluvia, y eso en esta ciudad es mucho decir —comentó Conor mientras se ponía en marcha al tiempo que señalaba la puerta de embarque.

Susan lo detuvo tomándolo del brazo.

—Vamos a ver, hijo. Ya está bien. Tienes tiempo suficiente para embarcar, ahora vamos a tomar un café. Por favor, pasa con nosotros aunque sea un rato —se quejó.

Conor intercambió miradas con su padre y finalmente asintió con la cabeza.

Una vez en la cafetería, Susan reanudó la conversación.

—¿Hay alguna previsión de que esto cambie en un futuro próximo?

Porque no me parece nada normal la vida que llevas, hijo. Apenas te vemos el pelo.

—Tenemos mucho retraso en el trabajo, mamá. Y me temo que el principal causante fue mi accidente. Así que hasta que no nos pongamos al día, mis jornadas laborales seguirán siendo largas. No creo que la situación se normalice antes de junio.

—Pues qué bien. Menudo plan —se quejó Susan nuevamente.

—Bueno, mujer, son épocas. El chico tiene que trabajar muchas horas y si encima su novia no está aquí, es lógico que cuando llega el fin de semana quiera estar con ella. Ya se resolverán las cosas, no te preocupes.

—Lo que me preocupa es que no veo la resolución.

—A ver, mamá, si te refieres al trabajo, no. Hay un atasco en la línea de

producción, se nos han juntado encargos con los prototipos que vamos a presentar en los Harley Days de Barcelona en junio, una vez que lo resolvamos, volveremos a nuestros turnos normales. Si te refieres a Nikki, eso ya es otra cuestión. Vas a tener que acostumbrarte porque mientras ella esté en Suiza, yo pasaré allí los fines de semana, y esto no va a cambiar.

—Hasta que ella vuelva a dejarte, claro —le recordó Susan, ya que en esa familia, todos parecían tener una velocidad pasmosa para olvidar las cosas importantes.

Conor y Owen volvieron a intercambiar miradas. A pesar de que su padre le hizo un gesto para que lo dejara correr, Conor decidió que no lo haría.

—Fui yo el que se bajó del tren en diciembre, mamá. No ella. Fue un error gordísimo por mi parte y ahora que he conseguido recuperarla, no volveremos a separarnos. Esto es así. Y cuanto antes lo asumas, mejor para todos.

Susan miró a su hijo con un punto de ironía.

—¿Y eso qué quiere decir, Conor? ¿Que nos enviarás una postal por Navidad?

Él sacudió la cabeza.

—Mamá, por favor, deja de ponerme las cosas tan difíciles. No hay

vuelta atrás. Esta vez, no.

Restaurante Sa Badia,

Ciudadela, Menorca.

Pau no tenía la menor idea de la sorpresa que el destino le reservaba aquel día. Era sábado, la actividad ajetreada había comenzado desde temprano por la mañana, y la posibilidad de viajar a Londres había quedado descartada cuando Andy le había avisado que llegaría más tarde por un imprevisto en su gimnasio. Pero como ya no se sentía capaz de pasar tres días seguidos sin ver a Tina, había hecho los arreglos oportunos para poder pasar juntos un par de horas el domingo por la mañana. No era la situación ideal ni mucho menos, pero tenerla en su vida compensaba con creces todos los muchos y frecuentes esfuerzos que ponía de su parte para que la relación llegara a buen puerto.

Desesperado por tenerla cerca como estaba, se había cuidado muy mucho de hacer la menor referencia al proyecto de su sobrina o de invitarla a pasar algún fin de semana en Menorca. Tina sabía, porque él se lo había dicho en más de una ocasión cuando todavía eran sólo amigos, que era un hombre que siempre conseguía lo que se proponía. Cada una de las veces ella le había dedicado miradas displicentes, dejándole claro que sus métodos no eran de su agrado. Y por una vez en su vida, lo que él quería era que si Tina daba ese paso fuera porque realmente lo deseaba. Más aún, quería que saliera

de ella. Quería tener la certeza de que era *su* iniciativa y *su* decisión por razones totalmente prosaicas; no deseaba ver ese asunto convertido en una arma arrojadiza durante alguna discusión romántica que, como dos personas de gran carácter que eran, con toda seguridad tendrían en el futuro.

Ni su padre ni su madre lo entendían. Intentaban ayudarlo, pero a los dos les parecía una locura lo que estaba sucediendo. Pau hacía oídos sordos a las críticas. Sabía perfectamente lo que se estaba jugando. Era consciente de que sus frecuentes escapadas las hacía a costa de los negocios de la empresa, pero necesitaba convencer a Tina de que tenían un futuro juntos. En cualquier caso, estaba demasiado implicado para hacer algo distinto de lo que hacía. La amaba, la necesitaba en su vida como jamás había necesitado a nadie, ni siquiera a la madre de su propia hija, y estaba dispuesto a todo por ella. Alba fue la primera en ver a Tina. Estaba en la mesa del rincón pintando en el nuevo cuaderno que le había regalado su abuela, que también estaba junto a ella, cuando vio la comitiva pasar frente a la ventana.

—¡Tina, Tina, Tina, has venido! —exclamó la niña y echó a correr en su encuentro.

En el otro extremo del salón Pau, que conversaba con una pareja que era cliente habitual, giró la cabeza y prestó atención. Y un segundo después, cuando se dio cuenta de lo que sucedía...

—Discúlpeme un momento, por favor —dijo, dejando al hombre con

la palabra en la boca, y se alejó con paso rápido hacia la puerta principal del restaurante.

En realidad, era más que un paso rápido. Los recién llegados, que habían estado pendientes de su reacción desde el primer momento, pudieron ver como el formal ejecutivo corría como un adolescente al encuentro de la mujer de sus sueños.

Pero Alba llegó antes y se abrazó a las piernas de la entrenadora, distrayéndola momentáneamente.

—¡Hola, pequeña, pero qué mayor estás...! —le dijo, tomándola en brazos—. Mira, este señor grandote es mi papá, y la señora tan guapa que lo acompaña es su esposa...

Una mano tomándola por el codo la interrumpió; era de Pau. Durante un momento, la pareja se miró sin decir nada. La frenada de emergencia, tan imprevista como el esprint que la había precedido, acababa de devolver a Pau a la realidad frente a una docena de miradas pendientes del momento. El impulso había sido besarla hasta cansarse y, en un momento, sus planes se habían ido al garete al comprender que estaban en el maldito punto de atención de todos y encima Tina sostenía a su hija en sus brazos.

Y él se había quedado en blanco...

Fue la pequeña la que salvó el momento con su alegría.

—¿Has visto, papi? ¡Ha venido Tina!

—Así es. Soy yo —repuso ella, echándole una mirada pícaro al padre de la niña que sonrió de pura desesperación.

Pau se acercó a darle los dos besos de rigor, uno en cada mejilla, y antes de marcharse, murmuró en su oído un “te vas a enterar por jugármela así, entrenadora” que los derritió a los dos. Y cuando se retiró, ya había vuelto a ser el empresario en control de la situación que todos conocían.

—Pero si también has traído a tu familia, qué bien... Ron, Lorraine, encantado de veros por aquí —dijo Pau acercándose a saludar al matrimonio—. ¿Os habéis animado al fin a visitar mi tierra?

—Ya tocaba, después de años oyendo hablar tan bien de esta isla y de sus habitantes, tenía que venir a comprobarlo con mis propios ojos y me han dicho que la Semana Santa es una época muy especial aquí —dijo Ron.

¿Iba a tener a Tina toda para él durante una semana completa? La emoción que lo embargó estuvo a punto de ponerlo a dar saltos de alegría. Necesitaba confirmar ese dato ya, pensó.

—Lo es, lo es... Ha sido una gran idea —concedió Pau. Sus ojos sobrevolaron rápidamente los de Tina y comprobaron que ella estaba aguantando la risa—. Contadme, ¿cuánto tiempo os quedáis?, ¿dónde os alojáis?

En aquel momento, otra llegada inesperada tomó la palabra.

—Perdón, todavía no nos han presentado. Soy Francesc, el padre de

Pau, y esta es mi esposa Lucía. ¿Es la familia de Tina? —le preguntó a su hijo.

—Sí, claro... Perdón por el lapsus, todo ha sido muy repentino — repuso él, sonriendo, y procedió con las presentaciones.

—Bienvenidos a la isla, espero que nos permitan ser sus anfitriones...

—dijo Francesc, haciendo un despliegue de amabilidad—. Qué lástima que no nos avisaras que venías, Tina, para ocuparnos del tema como Dios manda —y sin darle tiempo a ella a responder, volvió a dirigirse a su hijo—.

¿Sabemos ya dónde se hospedan, qué planes tienen?

Andy vio una ceja ominosa elevándose en el rostro de su amiga al mismo tiempo que el de su tío mostraba una inusitada seriedad.

—Sí, abuelo, está todo controlado. No te preocupes —intervino Andy

—. ¿Por qué no vamos a la barra? En un minuto empezarán a salir las nuevas tapas de temporada y están para chuparse los dedos.

Tina, en cambio, decidió hacer otra cosa.

—Le agradezco muchísimo su interés, señor Estellés. Yo estoy en casa de Anna y mi familia en el apartamento que escogieron en Cala Morell — explicó mirando al padre de Pau directamente—. Me he ocupado personalmente de sus planes turísticos así que ya está todo organizado, no se preocupe. Y créame, le habría avisado si hubiera pensado que era de su

incumbencia.

Las reacciones fueron variadas. De sonrisas cómplices al gesto aprobatorio que Dylan le dedicó a Tina sin preocuparse de que lo vieran. La reacción más notoria, sin embargo, fue de Lucía Oriol. Hasta el momento se había limitado a hacer acto de presencia y poco más, pero al escuchar la respuesta de Tina no pudo evitar ponerse de su parte. Además de haberle caído bien desde el principio, sentía respeto por las personas que se atrevían a decir lo que pensaban al gran Francesc Estellés.

—Por supuesto, Tina. No le hagas caso a mi esposo. Después de años al frente del negocio, el control sigue siendo un efecto secundario del que no ha conseguido librarse.

Pau volvió a sentir unas ganas tremendas de olvidarse de todo y comerse a besos a Tina. Se conformó con mirar a su padre con una sonrisa.

—¿Satisfecho? —le preguntó.

Francesc también acabó esbozando una sonrisa que no tenía que ver con lo que acababa de suceder, sino con lo que le esperaba a su hijo si formalizaba su relación con la temperamental mujer de rasgos exóticos.

—Satisfecho —respondió él. Y se permitió hacerle un guiño a la entrenadora.

Mientras tanto...

Bar The MidWay,  
Hounslow, Londres.

Shea se decía a sí misma que estaba aprovechando las circunstancias.

Que solo estaba allí para tomarse un café camino del próximo cliente que no quedaba muy lejos. La verdad era bastante diferente. El cliente no estaba tan cerca y la razón de su presencia no era sólo tomarse un café. Maverick hacía locuras para que pudieran verse, se presentaba en los lugares más insospechados, en los momentos más inesperados, decidido a que pasaran un rato juntos. Ella, simplemente, se quedaba a esperar a ver con qué volvía a sorprenderla.

Pero aquella mañana, después de que él la sorprendiera con un beso mientras apuraba un capuchino de pie en la barra de la cafetería en la que solían pasar un rato juntos, había decidido que él bien merecía un esfuerzo por su parte.

Lo cual no evitó que se le anudara el estómago cuando abrió la puerta de El MidWay.

Shea se armó de valor y se dirigió a la barra con decisión.

Cheryl tuvo que mirar dos veces. La primera fue instintiva, era lo que siempre hacía cuando el bar estaba lo bastante silencioso como para poder oír cuando alguien abría la puerta. La segunda había sido *ex profeso*. Sabía que Maverick se había liado con ella porque o bien le tocaba cubrirle las espaldas

cada vez que él le hacía una visita de Cupido, o bien porque lo leía en su cara cuando él regresaba con pinta de haber echado el mejor polvo de su vida.

Pero a ella no había vuelto a verla por ahí. Se acercó a la recién llegada con su mejor cara de amabilidad y después de darle los buenos días, le preguntó qué deseaba tomar

—¿Un *espresso*, puede ser? Gracias.

—Enseguida —respondió Cheryl y se puso a prepararlo. Notó que ella miraba alrededor. Evidentemente, buscaba a Maverick. Pero no le pondría las cosas fáciles. No le daba la gana. Así que continuó preparando su café y cuando estuvo listo, regresó a la barra y se lo sirvió. Se alejó sin darle tiempo a decir nada y siguió con sus cosas.

—Muchas gracias —dijo Shea.

Cheryl acusó recibo con un ligero movimiento de la cabeza y continuó a lo que estaba.

Después de un rato, Shea decidió que no había ido hasta allí para tomarse un café y dado que la razón no estaba a la vista, lo que procedía era preguntar.

—¿Su jefe no está? —intentó sonar natural, pero a juzgar por el fuego que sentía subiendo por el cuello directo a sus mejillas, estaba bastante claro que se había sonrojado.

—¿Maverick? —Shea asintió—. Está en el despacho, haciendo

entrevistas... ¿Quiere que le avise?

Shea maldijo su suerte. Se había olvidado por completo de las malditas entrevistas.

—No, está bien. Tengo tiempo, puedo esperar —repuso y como no podía sostenerle la mirada porque estaba segura de que se había puesto roja, bajó la vista y se dedicó a su café.

Cheryl también maldijo su suerte. Porque era doblemente desgraciada; primero por haber puesto sus ojos en alguien que no la correspondía, y segundo por tener enfrente a la razón de los desvelos de Maverick. Qué rabia le daba. Se alejó dos pasos dispuesta a continuar con su trabajo y no volver a pensar en ese tema que la ponía de mal humor, pero no pudo hacerlo. Decidió que ya que no podía evitar que ella estuviera allí, al menos intentaría averiguar por qué su jefe había perdido la cabeza por semejante estirada, blanca como una muerta. Quizás hablando con ella descubriera esa razón, y dejaría de sufrir. La camarera volvió sobre sus pasos y apoyó los codos en la barra, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Notó que la rubia alzaba la vista y esbozaba una especie de sonrisa.

—¿Le apetece algo dulce? Los dueños son hombres y los hombres están convencidos de que a las mujeres nos pierden los bombones... Tenemos de todas las marcas, estilos y sabores.

—Lo cual es cierto... —concedió Shea con una sonrisa incómoda.

—Bueno, nos pierden muchas cosas... ¿Le apetece uno?

A falta del bombón del barman, uno de verdad podría hacer las veces y seguro que un subidón de azúcar le vendría bien. Shea asintió y Cheryl dispuso sobre una pequeña bandeja seis bombones de diferentes sabores que dejó frente a ella.

—¿En serio no quiere que le avise? Mire que es posible que tarde. Por lo que sé es bastante minucioso en las entrevistas...

—Bueno, tampoco pueden ser tantas las preguntas necesarias para decidir si un candidato interesa o no...

—Ya, pero lo ven tan joven que lo toman por otro camarero y se pasan un poco con las mentiras. Todos son empleados modélicos con un montón de experiencia y están buscando trabajo, no porque los hayan echado sino porque “son ambiciosos y quieren progresar”. Es la misma cantilena de siempre.

Shea asintió sonriendo.

—Por otro camarero, o por el hijo adolescente del jefe. Da el perfil — concedió la ejecutiva.

—Está claro que el hijo del jefe no es, pero lo de adolescente... En eso no andan muy mal encaminados... Mav es un crío. Que no me oiga, que

luego se enfada —dijo, bajando la voz.

La camarera lo había dicho con naturalidad, pero al darse cuenta de cómo cambiaba la expresión de la mujer, frunció el ceño. ¿Acaso no sabía su edad? Un montón de ideas acudieron a su mente. ¿Era posible que el cabrón de Maverick se la hubiera ligado jugando la baza de esconderle su verdadera edad? No se lo podía creer.

—Tanto como un crío... Pero sí, supongo que tiene aspecto de veinteañero. Por lo visto, pertenece a ese selecto grupo de mortales que no aparentan los años que tiene. Ya me gustaría a mí... —matizó la ejecutiva. Aquello confirmó las sospechas de Cheryl. Y le dio la inesperada ocasión de devolverle el golpe a Maverick.

—Bueno, es que no los aparenta porque no los tiene. ¿Cuántos años cree que tiene?

La única conversación que habían mantenido al respecto no había aclarado ese extremo. Así que, realmente, Shea no sabía cuál era su edad.

—Imagino que rondará los treinta, no se lo he preguntado... No quise dar pie a que me preguntara la mía.

La sonrisa que apareció en el rostro de Cheryl le informó de que se equivocaba de medio a medio antes de que ella lo pusiera en palabras.

—¡Qué dice, Mav solo tiene veintitrés años! —exclamó.

¿Le había mentido? En un principio, el pensamiento no dejaba de repetirse machaconamente teñido de asombro hasta que otro, inevitable y obvio, tomó su lugar. Shea no supo cómo se las arregló para acabar su café y marcharse sin añadir más bochorno al que ya sentía evidenciando que acababa de recibir la segunda peor sorpresa de su vida en apenas cinco meses.

Una sorpresa de la que Maverick sólo se enteró veinte minutos más tarde cuando regresó a la barra y Cheryl le dijo que Shea había estado allí.

—¿Y por qué no me has avisado? —dijo sin poder ocultar la satisfacción que lo había embargado al saber que su princesa había decidido, al fin, saltarse sus propias reglas y presentarse en el bar.

—Porque ella dijo que te esperaba.

La sonrisa del barman empezó a desvanecerse, cediendo su lugar a una mirada interrogante.

—Y si me esperaba, ¿por qué se ha ido?

Cheryl soltó la bayeta en la pequeña pila con aparente disgusto.

—¿Quizás porque le has mentido? No sabía que eras un yogurín. Y yo no sabía que ella no lo sabía. La próxima vez que vayas a ligarte a alguien con mentiras, avísame. Menudo mal rato me has hecho pasar —le recriminó, en una actuación digna de un Oscar.

Y se quedó a contemplar como aquel varonil rostro pasaba por toda la gama de rojos antes de que su dueño se diera la vuelta y desapareciera en el despacho con un portazo.

## **Episodio 19**

Sábado, 27 de marzo de 2010.

Restaurante Sa Badia,

Ciudadela, Menorca.

La llegada del resto de la familia había traído algarabía y muchas más miradas pícaras. El restaurante estaba al completo y tanto Pau como Andy habían hecho malabarismos para atender el trabajo e intentar perderse lo menos posible de algo que para ambos significaba mucho por razones diferentes. Había habido tiempo para comer, beber y conversar. Los Estellés habían agasajado a su manera a los invitados e incluso había habido espacio para las fotos que corrieron a cargo de Jaume que había llegado a mitad de la comida. Junto a Tina había un sitio libre que Andy había dispuesto para su tío y que él ocupaba solo a ratos, cuando el trabajo se lo permitía.

Pero el gran momento se hizo desear. No tuvo lugar hasta la hora de cierre, cuando Pau despidió al último comensal y regresó a la mesa donde estaban todos. No se sentó junto a Tina. En cambio, le dijo algo al oído y se marchó. Poco después, ella se puso de pie y disimuladamente, se encaminó

hacia el área donde estaban los baños.

Cuando ya estaba en el pasillo, pasó frente al baño de señoras y siguió camino hasta la puerta que había más adelante. No llegó a girar el pomo que la puerta se abrió, él la tomó por el brazo y la metió dentro con vehemencia. Con la misma vehemencia que tomó su cara y se metió en su boca en un beso voraz. Un beso que ella devolvió con la misma pasión.

Se besaron largamente, bebiendo el uno del otro sin decir nada durante un rato. Al fin, él apoyó su frente sobre la de Tina.

—¿Voy a tenerte toda para mí durante una semana? —murmuró Pau mirándola a los ojos, buscando confirmar que no se había vuelto loco. Ella era real y estaba allí; había venido a pasar la Semana Santa en su tierra. Tina sonrió para sus adentros y a él le obsequió una mirada de soslayo.

—Que te crees tú eso... También he venido a hacer turismo y a ver a mi mejor amiga. De “toda para mí”, nada de nada.

Esa era Martina Murphy en todo su esplendor, pensó el menorquín y volvió a estrujarla entre sus brazos en un arranque enamorado. Una semana para verla cuando le diera la gana (o sea, a cada momento), para disfrutar de su compañía día y noche, para que todo el mundo supiera que la culpable de su felicidad era la mujer que paseaba de su brazo. Y *muy especialmente* para seguir enamorándola y que ella decidiera establecerse en Menorca.

—Dime que eres tú. Necesito oírtelo decir, preciosa —suplicó. Tragó

saliva al tiempo que apretaba los párpados—. Por favor, dime que no estoy soñando...

Tina volvió a buscar sus besos y él se los dio.

—Diría que soy yo... Pero estoy como si me hubiera metido una raya de algo muy fuerte, así que no me hagas mucho caso...

Su voz había sonado exactamente como si hubiera hecho lo que decía.

Pau tuvo que sonreír.

—Qué alivio que seas una *friki* de la vida sana. Eso quiere decir que eres tú... —La rodeó con sus brazos, guiándola con su cuerpo contra la pared —. Dios, eres tú y estás aquí, conmigo... —tras una pausa, su alegría tornó en desesperación—. Y mi familia y la tuya.... *Y mi hija... Todos están ahí fuera...* ¡Madre mía, me muero de ganas, te juro que te lo haría aquí mismo...!

Tina le agarró la cabeza con ambas manos, enredó los dedos en su pelo, y lo mantuvo pegado a ella consciente de cómo se sentía; la misma locura y la misma impotencia que se estaban adueñando de ella. Idéntica necesidad de respirar el mismo aire, de compartir, de volver a experimentar esa sensación única de plenitud que solo sentían cuando estaban juntos.

Permanecieron en silencio durante un rato, abrazados con los ojos cerrados. *Temiendo abrirlos.* El móvil de Pau empezó a sonar y dejó que

saltara el contestador, sabiendo muy bien que no podía permanecer allí más tiempo.

Los dos se miraron, una mirada cargada de expectativa y al mismo tiempo de frustración.

—Parece que vamos a tener que aguantarnos —murmuró Tina, insinuante—. ¿Crees que podrás?

Echar mano de la sensualidad para capear la enorme desazón que les producía cada nueva separación, por más breve que fuera, era un recurso que les funcionaba a las mil maravillas y volvieron a acudir a ella.

La mirada desafiante del menorquín la hizo estremecer cuando él tomó una de las manos que se enredaban en su cabello y la puso sobre su bragueta.

Un latigazo de deseo recorrió la espalda de Tina al sentir la erección que le llenaba la mano.

—¿Y qué hay de ti, entrenadora?

—Vaya. A pleno rendimiento, qué tío —concedió, envuelta en un suspiro.

—Empalmado a tope, sí. Qué loco me vuelves, mujer.

La tormenta de deseo que brilló en los ojos femeninos volvió a confirmarle que la principal zona erógena de Tina estaba en sus oídos.

También le informó que, lamentablemente, había llegado el momento de que cada cual se fuera por su lado.

Él fue el primero en respirar hondo e intentar recuperarse.

—Ay, princesa... —se inclinó, la besó una última vez—: Sueña conmigo un rato más que en cuanto pueda vuelvo.

Pau desapareció tras la puerta, esta se cerró y Tina exhaló un suspiro.

*Quince años soñando contigo... Suma y sigue*, pensó.

Esta vez, sin embargo, el pensamiento no le produjo preocupación o rabia. Al contrario, la sensación que la invadió se parecía mucho a la felicidad.

Mientras tanto...

Casa de la abuela de Nikki.

Barrio en las afueras de Ginebra,

Suiza.

Los últimos momentos en Londres no habían sido del agrado de Conor gracias a su madre. Pero todo había quedado atrás al llegar a casa de Nikki.

Ella abrió la puerta y le dio la bienvenida echándole los brazos alrededor del cuello.

—¡Sí que te alegras de verme! —exclamó Conor mientras daba una vuelta completa sobre sí mismo con ella entre sus brazos.

—¡Ya lo creo que sí! Se me ha hecho eterna esta semana... ¡Cómo te echado de menos, por Dios!

La pareja se besó apasionadamente, olvidándose de que estaban en la

calle.

—Y lo que te vas a alegrar ahora... —dijo él mientras le señalaba con un ligero movimiento de la cabeza el camión de mudanzas que acababa de aparcar un poco más adelante en la misma acera.

Los ojos cargados de ilusión de Nikki pasaron del camión al rostro de su novio.

—¿Es mi moto?

Él asintió.

—¡Ay, Conor, eres el mejor! —exclamó ella y para felicidad del motero, volvió a colgarse de su cuello, loca de alegría.

Conor llevaba semanas esperando el momento perfecto; el que le diera la certeza de que habían dejado atrás el resabio amargo por lo sucedido la última Navidad, y que el contador entre los dos volvía a estar a cero. Desde que la había escuchado decirle "eres el mejor", no podía dejar de pensar en que esa era la señal que estaba esperando.

Hacer traer su moto desde Londres, por sí solo, no justificaba la frase que ella le había dedicado. Conor quería creer que era la suma de todos los pequeños detalles que él venía aportando a la relación desde que habían vuelto juntos, lo que había culminado en aquella frase que hacía mucho tiempo que no oía de sus labios.

En el camión de mudanzas no sólo había viajado la Harley Davidson de

Nikki, también el resto de las cajas con sus cosas que ella había dejado en Londres para que su padre se las hiciera llegar más adelante. Así que después de hacer el amor y ponerse al día de las novedades de la semana, la pareja había dedicado el resto de la mañana a acomodar el contenido de las cajas. Tras una ducha compartida que los había devuelto a la cama durante otro buen rato, habían salido con la moto.

Nikki estaba exultante. La idea de poder volver a conducir su Harley después de tantas semanas la hacía sentir como una niña con juguetes nuevos. Durante más de una hora, había recorrido el bello paisaje suizo llevando a Conor de copiloto. Y ahora estaban en el parque Jardín Inglés, uno junto al otro, disfrutando de un café y de las maravillosas vistas al lago.

Conor decidió que había llegado el momento de sondear el terreno y comprobar si su intuición seguía afilada.

—¿En serio piensas que soy el mejor o solo “fue un comentario”? —  
bromeó con doble sentido aludiendo a todas las veces que Nikki había recurrido a esa frase para eludir algún tema complicado.

—¿Si te digo que lo fue te enfadas conmigo?

La pareja intercambió sonrisas cómplices.

—No. No me enfadaría, pero creo que ya va siendo hora de que empieces a reconocer mis méritos...

—¿Méritos? ¿Por traer mis cosas desde Londres?

—Por traer tus cosas desde Londres, por llamarte cada día, por pasar contigo cada fin de semana, por no dejar de pensar en ti en ningún momento y decírtelo... —dejó caer Conor y coronó la frase con un movimiento sensual de sus cejas.

—Así que el chico quiere reconocimiento... —repuso ella, todo sonrisas.

El rostro de Conor se tornó intenso. Sus ojos recorrieron largamente el rostro femenino antes de responder.

—Sí, me encantaría. Me lo merezco, ¿o no?

Nikki extendió la mano y acarició su rostro con ternura. Su expresión también se tornó intensa.

—No fue un comentario. Ninguna de las veces que dije “es un comentario”, lo era —y tras hacer un gesto gracioso con la boca, continuó—: Lo has hecho tan bien *todo*, que en muchas ocasiones me pareció que eras otra persona. Has cambiado muchísimo... Y sí, te lo mereces. Eres el mejor, Conor.

—Gracias. Ya me siento mucho mejor —bromeó. Tomó la mano de su chica y depositó un beso sobre ella.

—Así que... Estamos bien —continuó, en lo que a ambos les quedó

claro era una búsqueda de confirmar si estaban en sintonía.

Nikki se estiró y lo besó en los labios.

—Estamos *muy bien*.

El motero asintió con la cabeza y permaneció en silencio. Su corazón latía a mil por hora y las palabras se apretujaban en su cerebro por salir primero.

Pero fue Nikki quien tomó la palabra.

—Por cierto, ¿qué pasa con las quedadas? Ahora que mi moto está conmigo hay que darle caña...

Él sonrió para sus adentros de puro nervio. Era como estar en el trampolín y que alguien le tocara el hombro justo cuando estaba a punto de hacer un triple mortal. Ella arrugó el entrecejo, pero enseguida sonrió al ver que él empezaba a hablar.

—Bueno, no sé... Ya no me ocupo de organizarlas. De hecho, estuve a punto de dejar de ser el presi de Los Midway Riders, pero rechazaron mi moción —dijo él ante la cara de asombro de su novia.

—¿Y eso por qué?

—¿Por qué? —Conor sacudió la cabeza mientras en su rostro brillaba una sonrisa varonil—. Porque ya no tengo tiempo de dedicarme a eso.

El ceño de Nikki volvió a arrugarse.

—No me importa que asistamos a quedadas, siempre me han gustado y

lo sabes. No lo dejes por mí, Conor.

—Lo sé, preciosa. No es por ti. Es que ahora tengo otras cosas en la cabeza —y su sonrisa ratificó el doble sentido que portaban sus palabras.

—Ya —repuso Nikki mirándolo con picardía. *Hombres.*

—Entiéndelo, princesa, mojo sólo los fines de semana y no me quiero perder ninguno.

—Exagerado. No es para tanto.

—¿Qué no es para tanto? —Conor la miró a los ojos y esta vez no sonreía—. Se me hace eterno y me muero de ganas. Si buscabas la forma de tenerme suspirando por ti las veinticuatro horas del día, ¡premio! Lo has conseguido.

El rostro de Nikki volvió a adquirir intensidad.

—Siempre he buscado eso. ¿Qué mujer no lo busca? Pero no lo planeé de ese modo, si es a lo que te refieres.

Conor suavizó las cosas.

—¿Y tú, también te mueres de ganas? ¿Piensas en mí cada minuto del día?

Las mejillas de Nikki se arrebolaron. Sus ojos se cargaron de un brillo demencial que a Conor le hizo palpitar el corazón.

—Claro, tonto. ¿No se nota?

Él sonrió al tiempo que sacudía la cabeza. Llevaban un día especialmente tórrido que no había logrado aplacar ni siquiera un camión de mudanzas cargado de cosas. Siempre que estaban juntos lo era, pero aquel fin de semana apuntaba a convertirse en histórico.

—Algo, sí —admitió con picardía y decidió ir a por todas—. Que sepas que también pienso secuestrarte el finde que viene, aprovechando que el viernes es festivo. No hagas planes, ¿vale?

—¡Guuaauuu! ¿Me vas a sorprender? —preguntó ella, sus ojos brillando de ilusión.

Y tanto que sí, pensó el motero.

—Tendrás que esperar para averiguarlo, preciosa.

Sábado, 27 de marzo de 2010, por la noche.

Casa de Dylan Mitchell.

Cerca de Piccadilly Circus,

Londres.

Que Shea no lo hiciera pasar, ya le había parecido una señal bastante mala. Eso, antes de comprobar que prácticamente no lo miraba. Era como si la nube rosa en la que flotaban desde hacía semanas hubiera explotado, arrojándolos a kilómetros el uno del otro.

—Pero, vamos a ver, Shea... Soy yo, sigo siendo yo, ¿qué más da si son veinticinco o cuarenta? ¿En qué cambia lo que tenemos mi fecha de

nacimiento?

—Me pregunto si estás siendo deliberadamente simplista, o también es un rasgo de tu personalidad que pasaste por alto mostrarme.

—No pasé nada por alto. Simplemente, no hablamos del tema.

—Sí que lo hicimos y me mentiste.

—Evité aclararlo, que es muy diferente —matizó él con dulzura—, y la conversación nunca volvió a salir.

Esta vez, Shea lo miró directamente a los ojos.

—Deja ya de enredar con las palabras.

Maverick meneó la cabeza. Se negaba a creer que algo tan especial como lo que compartían, estuviera a punto de irse al garete por una tontería.

Si lo seguía negando, ella lo mandaría a paseo; si lo admitía, también.

—Mi intención no era mentirte.

—¿Y entonces cuál era? ¿Pensabas que no te tomaría en serio si me decías tu edad?

—¿Lo habrías hecho? —repuso él, buscando su mirada—. No te habrías abierto a mí de no considerarme un igual, Shea.

—Eso no lo sabes.

Ella exhaló un suspiro y lo miró con tal desilusión en sus ojos que

Maverick no pudo evitar temer lo peor.

—Y el problema es que ahora ya nunca lo sabremos —continuó Shea —, pero lo que sí estará siempre entre nosotros es que pudiste ser sincero y escogiste callar... *Omitir*. ¿Y sabes? Ya he tenido mi buena ración de *omisiones* por esta vida y las próximas siete. Gracias, no quiero más.

Dicho lo cual, dio media vuelta y volvió a entrar en la casa. Asombrado por una reacción que no esperaba de alguien tan cerebral, él actuó sin pensar, manteniendo la puerta abierta con el pie.

—Venga, Shea... ¿No te parece que estás sacando las cosas de quicio? Por favor, no me digas que todo lo que hemos compartido ya no vale nada porque te has enterado de que soy menor que tú. Eres demasiado inteligente para esperar que me crea eso.

—Y tú eres demasiado inteligente para esperar que dé por bueno que tu mentira es menos mentira porque no fue premeditada —repuso ella con dureza—. Hemos compartido muchas cosas, es cierto. El problema es que ahora no tengo nada claro qué fue real de todo eso y qué no.

—Shea, por favor...

Ella inspiró profundamente. Se sentía tan fuera de lugar, tan tonta, tan crédula...

—Lo estás empeorando, Maverick... Vete, por favor.

Él miró a otra parte. La desilusión de aquellos preciosos ojos le abrían

la carne igual que una afilada daga y no sabía qué hacer para devolver las cosas a su estado anterior.

—De acuerdo... —concedió él, impotente—, necesitas digerirlo. Te dejo dormir y mañana te llamo, ¿vale?

—No. Te llamaré yo cuando se me haya pasado el disgusto. — *Si se me pasa*, pensó.

—Venga, Shea, ¿en serio? —dijo Mav con el corazón dándole mazazos en el pecho.

Pero no obtuvo respuesta; ella ya había cerrado la puerta.

Y cinco días más tarde, Maverick continuaba sin noticias de Shea.

El barman cerró la puerta con el talón de su bota y se quitó la cazadora.

—¿Mav? —oyó que su madre preguntaba desde el salón.

—Sí, soy yo, mamá —repuso.

Pasó de largo hasta su habitación. No tenía ánimos para escuchar la misma perorata preocupada de las últimas cuatro noches. Se echó en la cama a oscuras, sin desvestirse y enterró la cabeza debajo de la almohada.

## **Episodio 20**

Jueves, 1 de abril de 2010.

Bar The MidWay,

Hounslow, Londres.

Maverick pasó junto a Cheryl cargado con dos cajas de refrescos como si no la hubiera visto. Lo cual, pensó la camarera, probablemente, fuera así. Últimamente, parecía un zombie.

—Si quieres, déjalas y ahora me ocupo —le ofreció.

—Gracias. Es igual.

Cheryl continuó a lo que estaba. De tanto en tanto lo miraba de reojo para asegurarse de que pusiera los botes en alguna de las neveras y no en el estante de las jarras o cualquier otro rincón extraño donde luego nadie las encontrara. Desde hacía unos días no levantaba cabeza. Concretamente, desde el día en que la mujer que le tenía sorbido el seso había descubierto que “tenía pinta de adolescente porque lo era”. Intentaba parecer el de siempre, seguramente para evitar rumores y las consecuentes bromas, pero cuando se quedaban solos, daba rienda suelta a su bajón. Un bajón en toda regla, que mal que le pesara le daba una pena tremenda.

—A ver, alma de cántaro, deja ya de llorar por los rincones y cuéntame, ¿has hablado con ella o has ido a verla? —dijo la camarera mientras repasaba la barra.

Él dejó de acomodar botes en la nevera y exhaló un suspiro. Lo único que le faltaba para acabar de convertirse en el rey de los patéticos era que una empleada del bar le preguntara por sus asuntos personales.

—¿Recuerdas que soy el que firma tus cheques? —le espetó a

quemarropa. Ella miró a otra parte—. Bien. Entonces, haré de cuenta que no te he oído.

Un instante después estaba acomodando botes otra vez.

—¿Y ya está? —insistió la camarera—. Mira, serás el que firma, pero a mí me da que en esto de las relaciones estás un poco verde. No te ofendas.

Maverick volvió a mirarla. Se puso de pie y mientras desmontaba las cajas de plástico con mucho más brío del necesario, le dedicó una mirada con mensaje.

—¿La has llamado? —le preguntó Cheryl, ignorándola.

—Qué va. Estoy esperando que sea ella la que dé el primer paso. Ya sabes, lo normal. Lo que hacemos los tíos en estos casos —dijo él, rezumando ironía.

—Vale, no quiere hablar. ¿Has ido a verla?

—Gracias a ti, no quiere verme.

—Oye, que yo no tengo la culpa de que tú te la ligaras con mentiras.

—No necesito mentir para ligarme a una mujer. Se ligan ellas solitas, ¿o no? —contraatacó Maverick.

Cheryl optó por volver a ignorar la indirecta. Se secó las manos, dejó la toalla en el colgador y se cruzó de brazos frente a su jefe.

—¿Cuántas veces lo has intentado?

—Ah, claro, como estamos lidiando con niñas de diez años, ese es un

dato muy importante.

—A ver, listillo... —y al detectar la mirada de su jefe, se apresuró a rectificar—. Perdona, pero no conozco a ninguna mujer cabreada que perdone a la primera. Tenga diez años o cuarenta y tres. La mayoría ni siquiera lo hacen a la segunda. Así que sí, es un dato importante. ¿Cuántas veces lo has intentado tú?

—Si una mujer me dice que lo deje estar, yo lo dejo estar.

—¿Eternamente? —preguntó la camarera a punto de soltar la risotada.

—No, no eternamente. —Shea seguía muy enfadada, algo que cuatro días más tarde había quedado perfectamente claro.

Ella sacudió la cabeza, incrédula.

—Aj. Los tíos buenos estáis tan acostumbrados a que todo os salga bien a la primera, que no tenéis la más remota idea de cómo tratar a una mujer que se pone difícil...

Lo que no tenía era humor para tonterías, pensó el barman. Sin embargo, empezaba a desesperarse de verdad ante tanto silencio por parte de Shea y quizás, con suerte, de aquella boca que lucía tan negra como el resto de la indumentaria de la motera, saliera algo a tener en cuenta.

—¿Quieres que te cuente el secreto? —dijo ella, y sin esperar respuesta,

añadió—: Insiste, guapo. No la semana que viene o el mes que viene. Hazlo hoy. Y mañana también. Y pasado. Insiste, Mav. Hasta que no haga falta

volver a insistir.

Más tarde, ese mismo día...

En un centro de negocios céntrico,

Londres.

Maverick había entrado en el centro de empresas desbordando seguridad y simpatía. Aprovechando lo bien que solía caerle a la gente, especialmente si eran del sexo femenino, le dijo a la recepcionista que no se molestara, que Shea lo estaba esperando y él ya conocía el camino.

Él y el sonido del teléfono advirtieron a la ejecutiva al mismo tiempo.

Shea que había salido de la sala de juntas anexa al despacho a buscar unos documentos, se quedó momentáneamente en blanco. Atendió, le agradeció a la recepcionista la llamada y volvió a dejar el aparato sobre la base.

—Es muy mal momento —le dijo, ignorando el hecho irrefutable de que su corazón se había disparado al verlo.

—Dijiste que me llamarías, Shea y han pasado cuatro días. Cinco, con este. Estoy loco por ti y tú por mí. No vamos a seguir así ni un día más. Arreglemos esto ahora, princesa.

Ella respiró hondo. Ahora, además del corazón bailando el mambo en su pecho, acababa de ponerse roja. Le indicó con un gesto que bajara la voz y no porque estuviera hablando fuerte; la separación entre despacho y sala de

reuniones era simbólica ya que todo lo que se hablaba en un lado, se oía en el otro. No perfectamente, pero casi.

—Ahora es muy mal momento —repitió, señalándole con la mirada la sala que había al otro lado de la mampara.

—Te quiero y me da igual —repuso Mav, moviendo los labios sin emitir sonido.

—Por favor —insistió ella, entrelazando los dedos.

Lo vio mirar al costado tensando las mandíbulas y pensó que quizás conseguiría resolver el asunto: él accedería a dejarlo para más tarde y se iría, y ella regresaría a la sala de reuniones a continuar poniendo al día a su familia de la marcha del negocio.

Pero no tuvo esa suerte.

—¿Qué sucede, Shea... algún problema? —dijo una voz masculina. Un instante después, el dueño de la voz apareció en la oficina mirando directamente al joven que estaba al otro lado del escritorio de su hija.

*Trágame tierra y escúpeme en el segundo anillo de Saturno.*

—Nada, papá —dijo—. Vuelve a la sala, que enseguida voy.

El barman del MidWay por poco se cae de espaldas. Lo último que habría imaginado al lanzarse a la aventura aquella mañana era que se vería las caras con el padre de la chica, un sesentón de buena planta, con el cabello rubio plagado de canas y los mismos ojos grises de Shea y de Dylan. Como la

timidez no era uno de sus problemas, afrontó el momento con el mismo despliegue de seguridad y simpatía con que había puesto un pie en el edificio.

—Encantado de conocerlo, señor Mitchell. Me llamo Maverick McCrae y le estaba diciendo a su hija que no me rendiré porque estoy enamorado de ella y sé que ella lo está de mí —y volviéndose hacia Shea, añadió—: No soy como Ian. Y no te mentí. Si me hubieras hecho la pregunta directamente, la habría respondido sin más. No me castigues por él.

—Eso está clarísimo; no te le pareces ni en lo blanco del ojo... Por suerte —dijo amablemente una mujer que apareció en el despacho. Le tendió la mano a Mav—. Soy Erin, la hermana de Shea. Tranquilo, no hace falta que repitas tu fabulosa presentación... Estas paredes son muy finas —añadió riendo.

Maverick no tuvo más remedio que sonreír ante lo insólito de la situación.

Shea, en cambio, no estaba para sonrisas. Sentía como si estuviera en una sauna; bajo su elegante traje de ejecutiva sudaba a chorros.

—¿Podemos hablar de esto luego, por favor? —se las arregló para decir manteniendo una actitud digna. Él la miró con desconfianza—. Hablaremos, te doy mi palabra.

—No voy a dejarlo estar, Shea —le advirtió.

Le gustó comprobar que Erin asentía satisfecha y que el padre lo observaba con atención, pero sin acritud. Quizás, pensó, no estuviera solo en la batalla. Quizás tuviera aliados que ignoraba que tenía.

—Lo sé —repuso ella.

—Bien. Entonces, me voy y los dejo seguir con la reunión. Encantado, señor Mitchell. Erin...

El barman abandonó la oficina con una sonrisa que le daba dos vueltas a la cabeza y podía anudarse en la nuca.

Dentro de la oficina, las miradas hablaban por sí mismas. La de Erin decía “¡menudo pedazo de hombre te has ligado, hermanita!”; la de su padre, como era de esperar, le recriminaba lo pronto que parecía haberse recuperado de su divorcio.

Shea no estaba para miraditas; tenía mucho en lo que pensar y aquel no era un tema abierto a debate familiar.

—¿Continuamos? —y sin esperar respuesta, tomó los documentos que había salido a buscar y regresó a la sala de reuniones.

Bar The MidWay,

Hounslow, Londres

Cheryl miró a su jefe intrigada. Juraría que su consejo había funcionado, pero él no había dicho ni media palabra y parecía ¿nervioso? Ansioso, más bien. Decidió seguir su propio consejo e insistir.

—¿Qué, se desmayó de gusto al verte o todavía se hace un pelín la dura?

Era víspera de un festivo importante y hacía una hora que en el bar no había un alfiler. Algo de lo que ella parecía no percatarse. Justo cuando iba a sugerirle que se metiera en sus asuntos, llegó la pregunta de rigor.

—¿Quién se hace un pelín la dura? —preguntó Conor, eléctrico, y al comprender el significado de la frase, se echó a reír—. ¡Coño, así que habíais reñido! Y eso que lleváis juntos, ¿cuánto? ¿Un mes? ¿Ves como no es *taaan* fácil no cagarla? Tanto que os metíais conmigo, ¿eh?

—¡Pobrecitos, con lo mal que os tratamos, ¿verdad?! —intervino Cheryl en defensa del gremio femenino—. Vivís mintiendo, metiándoos en líos y follándoos a cada tía que os pasa por al lado meneando el culo, y luego las difíciles somos nosotras... Sois unos hipócritas, colegas.

—No generalices; yo soy un santo, ¿no me veis la aureola? —volvió a decir un Conor eléctrico.

—¿Le has puesto algo a su cerveza? —le preguntó Niilo a Cheryl, riéndose de su amigo. Estaba demasiado feliz para no traerse algo entre manos, pensó.

—¿Qué, quieres un poco de lo mismo? ¡Mi alegría es de fabricación propia, chaval! Se siente —dijo Conor haciéndole un guiño a Cheryl. Ella

llegó a la misma conclusión a la que había llegado Niilo; el pequeñajo se había chutado [20](#) algo.

—En esto no sé si estoy contigo, preciosa —intervino Ike. Todos sabían a qué se refería y prefirieron no hacer comentarios. Cheryl, en cambio, no se mordió la lengua. A diferencia de los demás allí presentes, Ike le caía bien. Con ella siempre se había comportado como un señor.

—Esa tía es una hija de puta. La mayoría no somos así —le aseguró.

Ike le hizo un guiño y se dedicó a su cerveza.

—Colegas, ¿qué tal si no sacáis ese tema? Dakota anda por aquí y no quiero sobresaltos —pidió Maverick y siguió camino hacia la otra punta de la barra con tres pintas en cada mano.

Conor aprovechó la ocasión. Codeó a Niilo, aguantando la risa.

—¡No huyas, cobarde! Ven y cuéntanos por qué se hace la dura tu chica —y coronó la frase con una carcajada al ver la mirada aniquiladora que le dedicaba el barman.

Pero no fue la única persona en aprovechar la ocasión, ya que un instante después se oyó la voz de Cheryl.

—¡Si es que no insiste! Piensa que con disculparse una vez ya vale, el muy inocente... perdón, jefe... ¡Decídselo vosotros, chicos!

—¿Cómo que no insiste? —Miró al barman asombrado—. ¡Pero tío,

¿dónde vas tú con una sola vez? ¡Ay, chaval, pero ¿qué dices?! Yo llevo dos meses diciéndole a la mía todo por quintuplicado... ¡hasta los “estás preciosa”, por si las primeras cuatro no me ha oído! —dijo Conor tronchándose de risa. Niilo se atoró con su Coronita.

—¡Es cierto! —le aseguró Conor.

Niilo asintió varias veces con la cabeza. No tenía la menor duda al respecto; su colega era de la clase “melosa”.

—Por eso me río, tío.

Conor hizo chocar su pinta con la cerveza de Niilo al tiempo que le dedicaba una sonrisa desafiante.

—No te rías tanto y Pruébalo. Éxito garantizado, chaval.

Maverick se quedó mirando al motero, pensativo. Hacía varias horas que se había presentado en la empresa de Shea y seguía sin noticias de ella. Muy bien, se dijo y sacó su móvil, lo enseñó en alto para que los graciosos pudieran verlo.

—¡Y va la tercera! —anunció y cuando se dio la vuelta para que la conversación fuera privada, oyó que los moteros lo ovacionaban y le dedicaban aplausos.

Mientras tanto, fuera del bar...

Andy había empezado a sonreír cuando todavía estaban a dos calles del

bar y tan pronto Dylan aparcó el vehículo de alquiler, bajó del coche y se paró frente a la maqueta en 3D de Princesa, y sacudiendo la cabeza rebotante de alegría. Si en condiciones normales, a Dylan le parecía todo un espectáculo, ahora se tomó unos instantes para disfrutar del panorama. Desde que habían llegado a Londres por la mañana, ella seguía en su nube particular; ofreciéndole su rostro a la ligera llovizna, respirando a todo pulmón aquel aroma que había definido como “olor a casa” y quedándose abstraída en algún paisaje familiar y diciendo cuando la sorprendían “¿no puedo creer que estoy aquí!” a todo el que la quisiera escuchar. Dylan, por supuesto, estaba encantado de hacerlo.

—¿Todo está igual! —exclamó Andy ilusionada cuando Dylan se detuvo a su lado.

—Todo no; tú estás mucho más preciosa que entonces, y yo mucho más contento —repuso él y se inclinó a dejarle un beso sobre la cabeza—.

¿Preparada para el reencuentro?

—¿Y tú? —le dijo con picardía.

—Claro, ¿por qué no iba a estarlo? Para mí no significa lo mismo que para ti... Lo pasaba bien en el bar y Londres siempre me ha parecido la caña de ciudad, pero si tengo que elegir, prefiero estar en Menorca, contigo...

Ahora que lo pienso, prefiero estar contigo, dónde me da igual —y al ver la

cara de picardía de Andy, añadió—: ¿Me ha quedado bonito?

—Ay, cómo eres, calvorotas... —los dos rieron y ella continuó—. Te lo preguntaba porque sé que llevas esperando hace mucho el momento de volver a veros las caras con Conor y quizás esté allí dentro y el esperado encuentro tenga lugar.

*Estaba allí dentro.* Niilo también. Dylan lo sabía porque Evel lo había llamado para avisarle que los dos irían aquella noche. Libraban el puente completo y tenían planes. Por esas fechas, lo habitual era que hubiera una estampida de moteros en busca de carreteras que visitar aprovechando que tanto el viernes como el lunes eran no laborables en el país. Según le había contado, Conor se iba a Suiza y Niilo estaba de mudanza.

—O quizás no, y me quede con las ganas de ver su cara de alucine al verme llegar contigo —admitió riendo—. ¿Sabes, preciosa?, eso de que me conozcas tan bien empieza a ser un problema.

Bar The MidWay,

Hounslow, Londres.

La cara de alucine fue digna de ver. Conor reconoció enseguida al tío corpulento sin un pelo en la cabeza que se abría paso entre la gente hacia la barra. Pero lo último que esperaba cuando al fin pudo verlo de cuerpo completo, fue comprobar a quién traía de la mano. Nadie le había dicho nada

y después del rifirrafe que habían tenido en la víspera de la boda de Tess y Dakota, él tampoco se había interesado por el tema. Ahora bien, verlos juntos aclaraba muchas cosas.

—Vaya, vaya... Mira lo que vengo a descubrir —dijo Conor, palmeando afectuosamente la espalda de Dylan mientras miraba de reojo a la antigua camarera del bar.

Andy rio aliviada. La forma en que Conor había saludado a Dylan daba muestras de que no habían quedado resquemores entre los dos.

—Más vale tarde que nunca —respondió el irlandés sin cortarse—.

Anda, déjame mirarte un rato más que quiero llevarme esta imagen grabada en la retina.

Los tres rieron. Conor los miró alternativamente. Ella estaba parcialmente recostada contra Dylan y él le rodeaba la cintura con un brazo.

—Así que estáis juntos... —dijo.

Dylan volvió a hacer uso de su sinceridad descarnada. Aquel “ella pasó de mí. ¿Qué se supone que tenía que hacer? ¿Ordenarme sacerdote?” que había esgrimido como razón para dejar de pensar en Andy y liarse con su ex otra vez, todavía hoy le seguía haciendo hervir la sangre cada vez que lo recordaba.

—Juntos *y muy revueltos* —afirmó el irlandés. Andy giró la cabeza para

mirar a su novio un tanto sorprendida por el nivel de causticidad de su respuesta.

Oh-oh. Los ojos de Dylan volvían a tener aquel aspecto felino (o demoníaco) preludio de nada bueno. Andy decidió intervenir.

—¿Y tus rastas? ¡Qué cambio! Pero me gusta, también te queda bien.

—Volverán, volverán... Tenía que dejar que el pelo respirara un tiempo y como Nikki “echaba de menos” mis rizos, aproveché... Y tú sigues igual de preciosa que siempre. ¡Menuda sorpresa! —Conor sacudió la cabeza.

En su momento, había tenido serias sospechas de que estaban liados, algo que nunca había conseguido confirmar por ninguna de las partes, pero después de que Andy se fuera a Barcelona y Dylan a la Costa Azul había dado por hecho de que si había habido, era historia pasada. Ahora, tenía la extraña sensación de que nunca había sido historia pasada. Había algo en la forma en que se comportaban, no sabía exactamente qué, que le sugería que había algo estable. Algo que no le cuadraba con Dylan. ¿Tanto había cambiado? Solo habían pasado cinco meses desde la última vez que se habían visto las caras.

La llegada de Niilo interrumpió la conversación.

—¡Pero mira a quién tenemos aquí! —dijo tomando a Andy por la cintura y levantándola en el aire—. ¡Bienvenida al MidWay, Andy!

—¡Hola, Niilo! ¡Qué alegría más grande! ¡Estás genial! Pero mejor no

te piropeo demasiado que ya me ha dicho un pajarito que te has echado novia... —repuso Andy, tomándolo del brazo, más feliz que unas pascuas.

Dylan apartó los brazos de la línea del cuerpo.

—¿Qué, a mí no me levantas? —dijo el irlandés.

Los dos hombres se abrazaron, contentos de volver a verse.

—¿Quieres que me hernie? Veo que sigues macizorro, se nota que te cuidan bien —dijo Niilo echándole una mirada pícaro a la responsable de la felicidad de Dylan.

—No te salgas por peteneras<sup>21</sup>, *Anakin* —repuso él—, que yo *también* me he enterado de que te has echado novia.

Conor le pasó un brazo alrededor del hombro a su compañero de trabajo.

—¡Ya tocaba, ¿eh, campeón?! ¡Madre mía, qué trabajo nos ha dado “ennoviarlo”!

Andy vio que Niilo le dedicaba una mirada irónica a Conor, pero era evidente que solo hacía teatro; había cierta complicidad en sus ojos cada vez que alguien hacía referencia a su novia.

La aparición del nuevo barman trajo otro momento de broma que solo dos de los presentes sabían a qué se debía.

—¡Hombre, pero si ha venido el señor de los tatuajes...! ¡Me alegro mucho de verte, tío! —dijo Mav, obviando completamente el dato más

importante del individuo en cuestión; que era el hermano de su chica.

Rápidamente, cambió el foco de su mirada—. Y tú debes ser la legendaria Andy...

Ella enseguida se estiró por encima de la barra y le dio dos besos que dejaron al barman algo perplejo. Dylan hizo las aclaraciones.

—Dos, al estilo español. Eres un tío con suerte.

—Ay, disculpa... Es la costumbre. ¡Encantada de conocerte! —Y tan encantada, pensó al ver el portento de barman que tenía ahora el MidWay.

—¿Y tú qué te cuentas de nuevo, chaval? Parece que la vida te está tratando muy bien, ¿no? —le preguntó Dylan con segundas.

Andy bajó la cabeza para que la sonrisa no la delatara. Él había pasado un buen rato partiéndose de risa después de que su hermana lo llamara aquella mañana para contarle con quién estaba saliendo.

—No me puedo quejar —repuso Mav, con cautela y enseguida cambió de tema—. ¿Qué bebéis? ¿Cerveza, refrescos, algo más fuerte...? Invita la casa.

—Guinness para mí. ¿Y tú, preciosa? —dijo Dylan.

—Café. Gracias.

—¿Has insistido como corresponde? Mira que si no, no te vas a comer una rosca<sup>22</sup>, tío —intervino Conor, tronchándose de la risa.

—Joder, qué pesados sois —se quejó el barman y se fue a por las bebidas, acompañado por un coro de carcajadas.

A pesar de la forma en que Conor había tomado el descubrimiento, Andy sabía que se le habían quedado cosas en el tintero que no deseaba sacar frente a Dylan. Algo que quedó confirmado cuando se quedaron a solas.

—Estás fabulosa. Se nota que estás muy bien. ¿Qué tal por tu casa? —dijo Conor mirándola con una sonrisa.

Ella le agradeció el cumplido con una reverencia.

—Todo bien, gracias.

—Así que Dylan... —Los dos se miraron y se echaron a reír. Tras una pausa, Conor empezó a saciar su curiosidad—. ¿Estáis viviendo juntos?

Andy movió la cabeza a un lado y a otro, dubitativa.

—No, exactamente. Mi vida familiar es muy complicada...

—Pero es algo serio... —insistió el motero, haciendo que Andy volviera a sonreír.

—Mucho, sí.

—¡Al tío más fiestero del planeta le han hecho sentar la cabeza, verlo para creerlo! —exclamó él—. ¡Chica, legendaria, no; eres mítica!

Tras el momento de broma, lo vio exhalar un suspiro aliviado.

—No sabes cuánto me tranquiliza comprobar que no te rompí el

corazón.

Ella rio de buena gana. Solo Conor podía utilizar esas palabras para referirse al tema. Era lo más romántico que había parido la Madre Naturaleza.

—Ni yo el tuyo. Admito que tus rastas me atraían, pero no era lo que más me atraía de ti.

Él la miró con sumo interés.

—¿Ah, no? ¿Puedo preguntar qué era?

—La forma en que tratabas a Nikki. Me parecías único... Para ser un motero —aclaró.

—Pero ya no...

—No, ya no —admitió Andy riendo. Miró el lugar de la barra donde unos moteros conversaban con Dylan quien, en realidad, no le quitaba a ella el ojo de encima—. Supongo que cada uno tiene su otra mitad, su “persona perfecta”.

Él asintió varias veces con la cabeza. Su “persona perfecta” estaba en Suiza y él no veía la hora de que llegara el alba para subirse al avión que lo conduciría al fin de semana más importante de su vida.

—Ya lo creo que sí... —concedió—. Me alegro muchísimo por ti, Andy.

Ella apretó la mano del motero afectuosamente.

—Y yo por ti, Conor.

## **Episodio 21**

Madrugada del viernes 2 de abril de 2010.

Bar The MidWay,

Hounslow, Londres.

Maverick dejó el currículum a un lado y echó un vistazo a la hora.

Acababa de inaugurarse el sexto día sin Shea y la desesperación empezaba a hacer mella en él. Su tercer intento había resultado en un “ahora no puedo” y desde entonces, no había vuelto a saber de ella, lo que podía significar tanto que “seguía sin poder” como que “seguía disgustada”.

Volvió a revisar la carpeta donde guardaba la información de los candidatos. Tenía que decidirse por uno y cruzar los dedos. Después de todo, el primero que había contratado le había parecido una joyita y había acabado echándolo a la semana. Necesitaba resolver aquel asunto de una vez; las cosas con Shea serían mucho más sencillas si él no fuera un esclavo del bar.

*Shea, nena, me estás matando. ¿Por qué no me llamas?*

El barman bajó las piernas que había puesto sobre la mesa y fue a la barra a por una cerveza. Se la estaba sirviendo cuando oyó que golpeaban en una de las ventanas. Su corazón palpitó al alzar la vista y comprobar de quién se trataba.

Saltó al otro lado de la barra como poseído por un ataque de energía y le indicó a Shea con un gesto que lo esperara en la puerta lateral del edificio, que daba acceso a la vivienda de Dakota y Tess.

Y cuando la tuvo frente a sí, la estrechó entre sus brazos. Le alivió comprobar que ella no se resistía.

—Gracias, nena... Me estaba volviendo loco, te lo juro... Ven, que te preparo un buen *capuccino* ¿o prefieres un *espresso*? — ofreció tomándola de la mano.

El corazón de Mav no era el único que palpitaba. Shea también se estaba volviendo loca, y desde su aparición matutina y aquella declaración colmada de sinceridad, mucho más. Llevaba desde entonces intentando infructuosamente tener diez minutos tranquilos para dedicárselos a él, pero su querido padre había concertado a sus espaldas una visita de cortesía con varios clientes y la había tenido todo el día de un extremo al otro de la ciudad. El único consuelo era que habían conseguido cerrar dos acuerdos provechosos.

—Me gustaría un *espresso*, sí, lo necesito, pero ¿todavía tienes las máquinas encendidas?

—Pide por esa boquita y no te preocupes —dijo él. Introdujo un código y la puerta que conectaba con el bar se abrió. Él se hizo a un lado y la dejó pasar.

Y ni un solo instante de los tres segundos que ella demoró en pasar frente a él, Maverick apartó su mirada de ella. Era más que amor, más que deseo; tenía un mono insoportable de lo que sentía cuando estaban juntos. Ella acusó recibo con una advertencia.

—Deja de mirarme así porque ya sabes que conmigo no funciona por las buenas.

Lo que venía a querer decir que se dejara de miraditas y le preparara el café, que tenían que hablar. Maverick asintió obediente.

—Vas a tener que tenerme un poco de paciencia, nena. Después de cinco días sin ti estoy bastante desesperado, por no decir desesperado del todo —le hizo un guiño que no alivió en lo más mínimo la intensidad de sus palabras. Ni el efecto que estas tuvieron sobre Shea.

Ella sacudió la cabeza. Lo miró con los ojos brillantes.

—Te lo estoy diciendo muy en serio, Maverick. A veces, tengo la sensación de que no te das cuenta de los... —hizo una pausa intentando buscar la palabra adecuada—

*estragos* que provocas con las cosas que dices y la forma en que las dices. Esto no es un juego, es la vida real, y en la vida real cuando le haces daño a alguien, sangra. Con sangre de verdad.

Maverick dejó el café a medias y se encaminó hacia la mesa donde estaba Shea, derritiéndolo con sus preciosos ojos grises. Se sentó a su lado.

—No estoy jugando. Ni siquiera el día que toqué tu puerta por primera vez estaba marcándome un farol a ver si colaba. Tú eres lo más serio de mi vida, Shea. Y lamento la forma en que descubriste que no tengo la edad que pensabas, pero te voy a decir dos cosas. Y van a ser tan demoledoras como dices. Primero, te diste cuenta de que era muy joven y de hecho, hiciste un comentario al respecto, pero no lo preguntaste directamente. ¿Por qué? Segundo, me achacas que te mentí. No lo hice, pero me pregunto si mi presunta mentira te habría parecido igual de mentirosa si en vez de ser más joven, fuera más mayor que tú. ¿Y sabes qué me respondo? Que no. Shea se puso roja. Él seguía provocando estragos en ella. Había sido así desde el minuto cero.

—Lo que tenemos es como un sueño y da miedo. Te levantas pensando “hoy es el día que me dice “se acabó” y me convierto en otro pringado a quien el amor de su vida ha dejado en la cuneta, otro pringado igual que los demás”, pero el día te sorprende siendo más grandioso que el anterior y vuelves a venirte arriba, tan arriba que puedes ver el mundo a tus pies. Hasta que abres los ojos por la mañana y piensas que es demasiado perfecto para ser real y el miedo vuelve a llenarlo todo. Mi edad no fue más que una excusa para dejar de sentir ese miedo, Shea. Te viste recién divorciada de un capullo que quebró tu confianza en el género masculino, con tu familia camino de

Londres y mi evidente juventud disparando un millón de preguntas... Y fue demasiado.

Ella respiró hondo. Tenía gracia, pensó. Se había pasado cinco días diciéndose que había sido una ingenua por haber creído que la vida intentaba compensarle el batacazo sentimental con un regalo como el hombre que la estaba desarmando con su mirada. Ahora se sentía idiota. Y terriblemente injusta.

—Necesito ese café... —le dijo con dulzura.

—Y yo necesito que confíes en mí, Shea. Sin eso, nos vamos a hacer mucho daño y vamos a sangrar. Con sangre de verdad.

Shea le echó los brazos alrededor del cuello. Él la abrazó muy fuerte.

—Perdóname... Por favor —murmuró ella.

—Dios, princesa, estoy hasta las trancas por ti —confesó Mav envuelto en un suspiro.

—Y yo por ti... Esto es una locura, Mav... Una locura increíble y hermosa y... —ronroneó Shea, buscándolo.

—Y acojonante —murmuró él.

—Sí... *Terrorífica*.

Un instante después los dos estaban de pie, besándose apasionadamente.

—Tengo mi casa sitiada; mi padre y mi hermana están allí —se quejó

ella entre suspiros.

—Y ya sabes que yo vivo con mi madre... —repuso él, y empezó a avanzar sin liberarla.

—¿Dónde vas, loco? —dijo, bebiendo de sus besos entre palabra y palabra—. Desde fuera se ve todo con lujo de detalles.

La pareja dio contra la barra y Mav se apartó solo un poco.

—Si apago las luces, me perderé la mitad del espectáculo —repuso él y volvió a robarle besos.

—¿La mitad solamente? —la mano de Shea recorrió sensualmente los abdominales masculinos, una tableta perfecta al tacto y más perfecta aún a la vista.

Los dos sonrieron de pura desesperación, pero cuando ella intentó apartar la mano de esos imponentes músculos, él se lo impidió.

—¿Despacho o bodega? —ofreció él, guiando los movimientos de la mano sobre su estómago. Para entonces había dejado de sonreír.

Ella le regaló una mirada alucinada. Él continuó convenciéndola a su manera.

—El despacho está lleno de papeles, pero eres una ejecutiva y seguro que allí estás en tu salsa...

Shea se cubrió la cara con su mano libre. Sin embargo, cuando su

mirada asomó entre los dedos, había picardía en sus ojos, y no vergüenza como quería hacer parecer. Mav se vino arriba.

—Y la bodega... Aissss, esa bodega me da un morbo... Porque hace frío y vas a necesitar que te caliente bien... Y porque solo hay paredes, ¿sabes? —sus cejas se movieron sensualmente y él bajó la voz—. ¿Bodega o despacho?

Mav volvió a besarla sin darle tiempo a responder. Comenzó en sus labios y recorrió un camino descendente que se perdió en el escote de la elegante camisa de seda de Shea. Ella echó la cabeza atrás y se permitió sentir a fondo. Entonces, los brazos poderosos del barman se cerraron en torno a su cintura y él la elevó, mirándola a los ojos intensamente.

—Bodega —dijo ella.

Él volvió a dejarla en el suelo, abrió la puerta y empezó a quitarse la camiseta. Ella lo detuvo.

—Y un *striptease* —añadió Shea. Sintió cómo el fuego subía por sus mejillas pero le aguantó la mirada.

Él se mordió el labio de puro deseo. Se moría por hacerle uno desde dos segundos después de conocerla, pero ella de una forma u otra, siempre se las había arreglado para evitarlo.

—¿Hoy quieres conocer al *stripper*? —dijo él en un murmullo apenas audible. De pronto, se había puesto tan caliente que no le salía ni la voz.

Shea asintió sin apartar sus ojos de él. Quería, claro que quería. Deseaba volverse loca, sentir a fondo, a flor de piel... Libre de prejuicios, de heridas del pasado, de todo. Vivir el presente junto al único hombre capaz de leerle el alma.

—Quiero un *striptease* completo —murmuró.

Él exhaló una bocanada de fuego. La empujó suavemente con su cuerpo hacia el interior de la bodega y encendió todas las luces. La rodeó con un solo brazo pegándola a él y le recorrió el perfil con su mano libre, haciéndola estremecer.

“Esta noche vas a alucinar” fue lo último que se oyó antes de que él cerrara la puerta y el bar volviera a quedar en silencio.

Viernes, 2 de abril de 2010.

En un bar de la carretera.

Algún lugar al norte de Ginebra,

Suiza.

La pareja se había puesto en marcha muy temprano, tan pronto Conor llegó de Londres. Con sus trajes de moteros, las alforjas a rebosar y Conor en los mandos por necesidades del guión, pusieron rumbo hacia el norte. Ahora, hacían la primera parada tras horas de conducción, en el bar de una gasolinera comarcal, donde reponían energía con una taza de chocolate sentados en una

mesa junto a la ventana. El paisaje que se abría ante sus ojos, de esos que capturan por su belleza, sumaba romanticismo a un fin de semana que se prometía especialmente romántico.

Nikki le ofreció chocolate de su propia cuchara. Él aceptó con gusto, relamiéndose y haciendo el payaso como siempre, y ella se acercó y esta vez lo que le ofreció fue su boca.

Naturalmente, Conor también la aceptó y el beso fue largo.

—¿Tienes muchas ganas de mimos? —susurró Conor en el oído de Nikki—. Porque te advierto que yo vengo con las alforjas llenas.

Ella buscó su mirada. Estaba enamorada, se había pasado toda la semana contando los días para que llegara aquel momento, y ya había llegado. No se podía ser más feliz.

—Muchísimas. ¿Sabes qué? Son tantas que creo que haremos muy poquito turismo—repuso Nikki, jugando con los labios masculinos hasta que consiguió que él empezara a devolverle los besos cada vez más apasionadamente.

Pero no solo se habían detenido allí para reponer fuerzas y como siguieran arrimando leña al fuego, su plan sufriría retrasos y no estaba por la labor.

—¿Tienes alguna idea de dónde vamos? —se las arregló para decir al tiempo que se apartaba un poco. Conor había dado un rodeo para evitar que

lo descubriera antes de tiempo.

Ella negó con la cabeza y siguió buscando sus besos.

—¿Quieres una pista?

—Lo que quiero es que me beses.

*Dios, princesa...*

Era imposible resistirse y Conor ni siquiera lo intentó. La pareja se enredó en otro toma y daca apasionado al que él mismo puso fin para sorpresa de Nikki que lo miró divertida.

Sus planes habían estado a un beso de irse definitivamente al garete, pero como no podía decirlo, echó mano de otro recurso.

—Los suizos son puntillosos y sus baños son la repanocha<sup>23</sup>. Pero siguen siendo baños públicos —dijo él, haciendo gala de su propia puntillosidad, una que a Nikki le encantó y la enamoró todavía más.

Ella le robó un último (y recatado) beso, confirmándole al motero que su recurso extraordinario había funcionado.

—Vale. Soy buena.

—Vale —concedió Conor, desplegando la primera parte de su plan—.

Y por ser buena, te has ganado una pista.

Sacó del bolsillo interior de su mono de motero un colorido folleto tríptico que puso sobre la mesa, frente a ella. Nikki se llevó una mano a la boca en cuanto reconoció el hotelito con encanto situado en los Alpes

berneses, rodeado de naturaleza salvaje. Llevaban tiempo queriendo ir, pero por una cosa u otra, siempre se quedaban con las ganas.

Cuando alzó la vista hasta él, su rostro refulgía de amor.

—¡Eres el mejor, Conor! —exclamó.

Un instante después había saltado de su asiento y se lo comía a besos en plena cafetería.

—Vale, vale, vale... —dijo él, riendo, ante la lluvia de carantoñas por parte de su novia—. Parece que mi plan te gusta...

—Me encanta. ¿Cómo no voy a estar loca por ti con estas cosas que haces que me llegan al alma?, ¿eh, dime cómo?

—¿Muy loca por mí?

Ella asintió, conmovida.

—Totalmente loca de amor por ti. Loca de atar —afirmó.

Para Conor lo que oía era pura poesía y se lo agradeció en condiciones.

Pasó un buen rato antes de que Nikki regresara a su sitio y la pareja recobrarla la normalidad.

—Una taza de chocolate y tres pastas. Creo que es hora de seguir camino o me convertiré en una vaca como las que vimos por el camino —dijo ella, cuando llevaban allí cerca de una hora, rebuscando en su mochila para pagar la cuenta. Dejó un billete sobre la coqueta bandeja.

—Sí, en un momento nos vamos... —ella alzó la vista. La voz de Conor había sonado diferente... ¿Sería?—. Tengo algo que decirte.

Nikki dejó la mochila sobre la mesa, preocupada. ¿Qué podía tener que decirle para que se le hubiera puesto esa cara? El pensamiento acudió raudo a su mente, preocupándola todavía más.

*Por favor, pensó, no me digas que has estado con otra. Por favor, Dios, que no sea eso.*

—Escucha —dijo, tomando la iniciativa—, soy partidaria de la total sinceridad en la pareja, pero lo que cada uno haya hecho mientras estábamos separados no forma parte del trato. Es más, no quiero saberlo, Conor.

Él le acarició la barbilla con dulzura.

—¿Acaso hay algo que no quieres que sepa? —le dijo con ternura, intentando quitarle hierro al asunto. Ella lo miró muy seria—. No, Nikki. No es eso, tiene que ver conmigo. ¿Recuerdas el primer domingo que pasamos juntos? ¿Recuerdas cuando hablamos de nuestra última bronca? Yo te dije que me daba miedo fallarte, no estar a la altura.

Ella lo miró de reojo. ¿De qué iba todo aquel asunto?

—¿Te refieres a tu miedo escénico?

—Miedo a comprometerme, sí —concedió él.

La pareja continuó mirándose atentamente. Ella, expectante; él,

reuniendo el coraje necesario.

—Me refería a algo que viví en mi propia carne —Nikki frunció el ceño. Conor sacudió la cabeza y lo soltó—. Mi padre... no es mi padre biológico. Él nos abandonó. En cuanto se enteró de que mi madre estaba embarazada, se largó para no volver.

La primera reacción de Nikki fue quedarse muda, perpleja. Al instante, cuando comprendió el verdadero significado de lo que acababa de oír, tomó las manos de Conor con fuerza.

—Ay, mi amor, pero eso es terrible... ¿Owen no es tu padre? No sé qué decir...

— *Owen es mi padre*, el único que he tenido, esto que te quede muy claro. No llevo su sangre, pero a todos los efectos, es y siempre será la única persona en el mundo al que reconozco como mi padre. El otro es... —Conor exhaló el aire en una mezcla de decepción y rabia— alguien que va por la vida jodiendo a las personas que tienen la desgracia de cruzarse en su camino.

Ella palideció, apretó las manos que sostenía entre las suyas.

—¿Sabes quién es?

Conor asintió, dejando a Nikki aún más perpleja que antes.

—Estúpido de mí pensé que mi madre tenía que ver en que él se hubiera convertido en un tema vetado en mi casa. Era adolescente y ya sabes, cuando

estás en la edad del pavo piensas muchas tonterías. Así que lo busqué.

—No... —dijo Nikki, llevándose una mano a los labios, consternada.

—Y lo encontré —afirmó Conor—. Quizás, de haber sido más mayor, ya sabes, más maduro, no me habría afectado tanto, pero era un crío. Un crío estúpido.

—¿Tan malo fue?

Lo malo había sido el tiempo que había tardado en darse cuenta de cómo era aquel tipo en realidad y lo que había supuesto para él. Se preguntó si realmente estaba preparado para hablar de eso, para ponerlo en palabras. Hasta el momento, lo había mantenido cerrado en su corazón, a cal y canto. Ni siquiera su padre lo sabía.

—Soy fan de mis hermanos, los quiero a rabiar, tú lo sabes, pero siempre me he sentido como sapo de otro pozo, muy distinto de ellos... De todos, incluso de mi madre.

Nikki le acarició la barbilla suavemente, pensando que madre e hijo no eran tan diferentes como Conor quería dar a entender. Su insistencia, su tenacidad, sus maneras físicamente afectuosas de relacionarse con otras personas eran cien por cien Susan Murphy.

—Y en mi inmadurez se me ocurrió que quizás había salido a él, al innumerable... En mi casa no había ni una triste foto, nada que hiciera la menor referencia a él. Mi madre no hablaba de ese tema y cuando le hacía

alguna pregunta, me cerraba la boca con un “¿a qué viene eso ahora? Se fue, Conor. Es todo lo que necesitas saber. Y por suerte para todos, tienes a Owen. Él es tu padre”. Mis tíos tampoco hablaban del tema así que...

—Cuanto menos te decían, más querías saber.

—Sí. Y menos mal que mi padre se enteró de que estaba intentando encontrarlo...

—¿Owen estaba al tanto?

Conor asintió.

—Me acompañó todas las veces que quedamos... Bueno, de adolescente. No sabe que he seguido viéndolo después de que me fui de casa.

—¿Pero cómo es que yo no sabía nada? —dijo Nikki que escuchaba aquella historia de locos cada vez más asombrada.

El rostro del motero denotó lo violento que estaba resultando todo aquello.

—Por muchas cosas, no sé... Miedo, vergüenza...

—¿Pero por qué dices eso? ¿Miedo a qué? ¿Vergüenza por qué? Tú no eres él.

Conor no pudo evitar que sus ojos se pusieran vidriosos en una mezcla de rabia, desazón y dolor.

—Somos dos gotas de agua —repuso, mirándola a los ojos—. Es como

yo con veinticinco años más, Nikki. Fue un shock, te lo juro.

La desesperación que había en sus ojos le habló de más cosas que el disgusto de comprobar que alguien a quien has idealizado, ha resultado ser un fiasco. Él había dejado de hablar, prueba de que había verdades que seguía sin digerir....

Y de que ella, apenas le había visto la punta al iceberg.

Nikki se puso de pie y le ofreció su mano.

—Vámonos, Conor. Necesitas tomar el aire.

Ribera del río Támesis.

Cerca del puente Waterloo,

Southbank, Londres.

No llovía y a ratos salía el sol. Londres les estaba regalando un día perfecto y Andy no podía evitar sonreír cada vez que pensaba en lo que estaba a punto de suceder, de un momento a otro. Sonreía de gusto y también de nervios. Cruzaba los dedos para que todo saliera bien.

Andy y Dylan llevaban un buen rato paseando por la ribera del Támesis, tan cargada de turistas como era habitual, y acababan de ocupar el único banco libre en dos kilómetros. Dylan se había percatado de esa sonrisa que a cada rato aparecía en el rostro femenino pero creyendo que estaba relacionada con haber vuelto a Londres, su ciudad favorita en el mundo, se

había dedicado a disfrutar de ella sin hacer preguntas.

Pero ahora, había llegado el momento de hacer algo más al respecto.

—Estaba pensando que estaría bien echar abajo el muro que une la habitación de Luz con esa que tengo llena de trastos, ¿no? —empezó a decir el irlandés, apuntando directamente al corazón de su jovencísima enamorada —. Podría ser su cuarto de juegos y así no habría que martirizarla todos los días con eso de “guarda tus juguetes” que a mí me daba tanto por saco...

El corazón de Andy se saltó un latido. El grueso de sus cosas seguían en la casa familiar y otro tanto sucedía con las pertenencias de Luz, pero desde que Dylan se había instalado definitivamente en Menorca ya rara vez pasaban la noche allí. No había habido un comunicado oficial, era cierto. Y tampoco había salido el tema entre ellos... Al igual que había sucedido en todos los demás ámbitos de su vida, esto también se estaba desarrollando de forma espontánea, natural; no lo habían hablado... Al menos, hasta ahora.

Volvió la cabeza para mirar a Dylan. A él le encantó ver cómo brillaban sus ojos.

—Estaría muy bien, pero ¿tú crees que los dueños querrán meterse en obras? Esas casas son caras de mantener y los permisos de obra son un rollo a menos que tu abuelo se llame Frascac Estelles —sonrió para ocultar su creciente nerviosismo—. O Pau Estellés; ese también vale para meterle prisas

a todo el mundo.

Dylan permaneció disfrutando del espectáculo con una sonrisa.

—La idea es comprarla, Andy —dijo al fin—. A mí me encanta esa casa y tú me has ayudado a elegirla así que a ti también te gusta...

Andy miró para el lado contrario de donde estaba Dylan. Dejó que su mirada se perdiera en el puente de Waterloo mientras su sonrisa se le tragaba la cara y exclamaba un “¡Guaaaaau!” sin emitir sonido que él no pudo ver.

—Claro, ¡me encanta! Si te la quieren vender, sería fenomenal —dijo esta vez emitiendo sonido.

Dylan se puso de frente a ella, descansó su brazo sobre el borde del respaldo del banco.

—Quieren —afirmó—. Ellos quieren vendérmela y yo quiero que sea nuestra casa.

Andy respiró hondo. La emoción había vuelto a hacer de las suyas, amenazaba con hacer desbordar el Támesis y eso era lo último que quería.

—Dylan, yo...

Él no la dejó continuar. Tomó las manos de Andy y las sostuvo entre las suyas, acariciándolas suavemente.

—Lo sé, nena. Tu vida familiar es difícil y te preocupa y ahora además estás con lo del gimnasio... Son muchas cosas, lo entiendo.

Dylan hizo una pausa. Los ojos emocionados de Andy no se apartaron de él en ningún momento.

—Luz crece deprisa —continuó—. Entre todos le hemos creado un mundo feliz, pero no sé hasta qué punto tener tantos tíos y ningún padre o madre podrá mantenerse a largo plazo... Y tu hermano... —Sacudió la cabeza al recordar la cantidad de tonterías por minuto que hacía el más joven de los Avery—. Danny está en la edad del pavo, ahora más que nunca necesita un hombre adulto cerca y a Jaume no le tiene mucha simpatía... —Tras otra pausa, fue directo al grano—. Estoy dispuesto a ser ese hombre... Pero como he dicho, sé que tu situación es complicada y lo último que quiero es convertirme en parte del problema. Así que... —la miró directamente a los ojos— voy a dejar que seas tú quien decida qué y cuándo, ¿te parece bien? A Andy le habría gustado explayarse, pero tenía un nudo en la garganta y apenas podía mantener a raya la emoción que le había inundado los ojos y amenazaba con seguir con el resto de ella. De hecho, varias lágrimas traidoras corrían mejilla abajo.

Asintió varias veces con la cabeza bajo la mirada enternecida de Dylan para quien su emoción era una respuesta más que suficiente.

—De acuerdo —dijo él, rezumando satisfacción por los cuatro costado—, entonces les diré que nos quedamos con la casa... Y ahora, ¿qué tal si tú

y yo...

Dejó la frase a medias cuando su móvil empezó a sonar.

—Ya era hora, guapa. ¿Qué horas son estas? —dijo, a modo de saludo a su hermana.

— *Sí, lo siento. La reunión se extendió más de lo previsto... Pero ya soy toda vuestra, estoy en Covent Garden, tomándome un tentempié porque estaba muerta de hambre ¿os venís? ¿Dónde estáis?*

—Cerca. Y no cambies de tema. ¿Reunión? Venga ya, Shea, hoy es festivo. A saber qué habrás estado haciendo anoche y a qué hora te has metido en la cama. Si fue sola o acompañada no te lo pregunto porque no es asunto mío —dijo riendo. Miró a Andy que ya estaba bastante recuperada de su emoción y seguía su conversación con Shea, interesada.

— *Ni yo te lo diría. Y sí, reunión, hermanito. No todos se toman los festivos tan en serio como tú* —pensó. Esperaba que Allá Arriba no le tuvieran en cuenta la tamaña mentira que acababa de soltar por la boca—. *Venga, os espero. Te mando la dirección.*

Un segundo después, sonó un SMS con las señas.

—¿Vamos? —dijo él ofreciéndole su mano.

Una sonrisa imposible brillaba en el rostro de Andy cuando, tras tomar su mano, respondió:

—¡Claro que sí! Me muero por ver a tu hermana.

## **Episodio 22**

Viernes, 2 de abril de 2010.

En un pub irlandés,

Covent Garden, Londres.

Al poner un pie en el bar y ver quiénes acompañaban a su hermana,

Dylan miró a Andy de reajo.

Ella se puso de puntillas y le besó los labios con dulzura.

—Ánimo, calvorotas. Si has podido conmigo, el mundo es tuyo —lo animó y tomándolo del brazo lo instó a ponerse en marcha.

Erin bajó la vista. Conocía a los contrincantes de toda la vida y sabía por experiencia que el combate sería sangriento.

La sorpresa de Dylan no fue nada comparada con la que se llevó su padre, cuya expresión de enfado fue tan evidente cuando se volvió a interrogar a Shea al respecto, que Dylan miró hacia arriba al tiempo que respiraba hondo, consciente de que estaba a punto de perder la famosa calma que le había granjeado el calificativo de “pasota<sup>24</sup>”.

Entonces, Andy intervino.

—No, por favor, señor... Ha sido cosa mía... Y tiene razón, debimos haber jugado limpio, pero es que a las dos nos hacía tanta ilusión que... —

Andy no completó la frase.

La mirada del sesentón pasó de Shea a Andy, sin perder un ápice de indignación.

—¿Y usted es...?

—Es Andy, mi novia —respondió Dylan—. Él es Brennan, mi padre.

Padre e hijo intercambiaron miradas irritadas. Era evidente que el hombre se estaba preguntando si “su novia” no era demasiado joven para él, lo cual habida cuenta de sus antecedentes, tampoco le extrañaba. Tan evidente como el pensamiento de Dylan; “lo que tú creas me importa un carajo”.

—Encantada de conocerlo, señor. No sabe las ganas que tenía de que llegara este día... —lo saludó Andy, ofreciéndole su mano.

—Y ella es Erin, nuestra hermana —dijo Shea.

Erin le ofreció una sonrisa a la inglesa menuda por el que su hermano había perdido la cabeza, según le habían contado.

—Me alegra conocerte. Que hayas domado al indomable es digno de admiración —dijo Erin y miró a su hermano con un punto de desafío al que él respondió como respondía siempre; ignorándola olímpicamente.

Andy tenía claro que quizás aquel no era el momento más adecuado para añadir leña al fuego, pero nunca había tolerado bien las críticas de las

que Dylan siempre era objeto, y desde que conocía la madera de la que estaba hecho, mucho menos.

—El gusto es mío, Erin. No hay domadores ni domados. Creo que pensamos en dos Dylan diferentes. El que vive en tus recuerdos es pasado y yo no lo conocí. Y el que sí conozco, sigue aquí, soportando estoicamente la encerrona que le hemos organizado entre tu hermana y yo...

—Y yo —la interrumpió Erin haciéndole un guiño a Dylan. Él abrió los ojos en incredulidad—. Tranquila, que también estoy metida en esto. —Miró a su padre que estaba rojo de rabia—. Lo siento, papá. No os vais a pasar la vida sin hablaros. No, si podemos evitarlo.

—Entonces, decidme qué queréis que voy a por las bebidas —dijo Andy intentando mantener su alegría bajo control. Tenía ganas de subirse a la barra y bailar como una loca, pero no quería que un exceso de confianza, diera al traste con todo.

A partir de ese momento, la conversación se fue relajando poco a poco.

Padre e hijo no se hablaban directamente pero intervenían en una conversación común y eso era lo más cerca que habían estado en cinco años.

Cuando la conversación tocó temas relacionados con la imprenta y su nueva sede londinense, Andy se levantó y se encaminó al lavabo. Una vez allí, efectuó una llamada tras lo cual regresó junto a Dylan.

—¿Todo bien? —le preguntó en voz baja Shea, que ocupaba un taburete a su lado.

Andy comprobó que Dylan no estuviera mirándola y se estiró a hablarle a Shea al oído.

—Sí. He ido a pedir refuerzos —le dijo.

Algo que Shea no acabó de entender hasta media hora más tarde cuando

Anna acompañada de toda su familia apareció en el pub. A las hermanas Estellés les bastaron cinco minutos para cambiar el tono del momento. De

pronto, tenían a todo el local acomodando taburetes y haciendo sitio para el

carrito de paseo de Luz, y las pequeñas mesas en torno a las que se habían

reunido empezaron a llenarse de aperitivos y copas. Y, sobre todo, de risas.

La pequeña Luz había pasado de brazo en brazo ante las quejas de

Danny que quería acapararla y en un momento, sin que nadie se diera cuenta,

Anna se las había arreglado para sentarse junto al padre de Dylan y los dos se

habían puesto a conversar.

Pero para Dylan solo había una responsable de que los dos varones

Mitchell estuvieran sentados a una misma mesa sin lanzarse cuchillos.

—Eres lo mejor de mi vida —le dijo a Andy al oído. Y después de la

declaración, llegó el beso, largo y dulce como la miel, que suscitó

comentarios y sonrisas.

Hasta un ciego habría podido ver que esa gente quería a Dylan, que lo

respetaban y lo trataban como a un miembro más de la familia. Brennan Mitchell no era ciego y, a pesar de la desconfianza que su único hijo varón había conseguido sembrar en él desde temprana edad, tuvo que admitir que quizás su joven novia estuviera en lo cierto al decir que se trataba de alguien diferente.

Y, por primera vez en muchos años, se alegró de ver al hombre que tenía ante sus ojos.

Sábado, 3 de abril de 2010.

En un hotel con encanto.

Alpes bernesés,

Suiza.

El día había sido tan fenomenal como Conor había planeado y después de vestirse para la ocasión, compartían cena en una florida mesa cerca de la chimenea. Un grupo tocaba música en vivo y a Nikki no le sorprendió que él se arrancara a bailar cuando sonaron los primeros acordes de una salsa, y no contento con eso, se llevara a una anciana, evidentemente tan loca por la música como él que hasta el momento se había conformado con seguir el ritmo con las palmas, a la improvisada pista de baile. Hasta Nikki había acabado dejando su plato a medias y uniéndose a él.

—Tengo algo que decirte, Conor... —murmuró Nikki, y apartó su plato. Tenía un nudo en el estómago.

La sonrisa del motero se desdibujó lentamente. Estaban teniendo unos días fantásticos. “Por favor”, pensó, “que no se fastidie justamente ahora”.

—He visto esa carita decidida antes y me parece que no me voy a librar, ¿no? ¿Qué he hecho? ¿La he cagado otra vez? Dios, te juro que...

Ella lo silenció cubriéndole la boca con sus dedos. Conor notó que había ternura y no enfado en aquel gesto, y eso lo relajó un poco.

—Vale, me callo —dijo.

—Lo que me contaste ayer me impactó. Me entristeció por ti, porque hayas tenido que vivir algo así, y también por no haber podido hacer nada para ayudarte. Pero también me hizo pensar mucho... Pensar en nosotros, en ti, y especialmente en mí...

Nikki hizo una pausa. De pronto, las ideas se atropellaban en su mente y le costaba pensar con coherencia.

—Llevo años queriendo más de ti y sufriendo en silencio porque no me lo dabas...

—Nikki, he sido un imbécil mucho tiempo, pero esto ha quedado atrás

—la interrumpió él, que empezaba a desesperarse solo con pensar que todo podía fastidiarse en el último momento sin que él supiera el porqué.

Ella volvió a cubrirle la boca con sus dedos.

—Déjame acabar, por favor... Es como si me hubiera sentado a esperar

que las cosas que quiero contigo sucedieran a instancias tuyas. En mis estudios me he partido la espalda. En mi trabajo me la he partido el doble. Pero en mi relación contigo, es decir, en el aspecto más importante de mi vida... Me he sentado a esperar. ¿Y sabes lo peor? No me di cuenta hasta ayer, cuando tú me contaste lo de tu padre biológico...

Conor, que había escuchado con el ceño fruncido la mayor parte de lo dicho hasta el momento por Nikki, relajó el semblante.

—Puede que ahora pienses que fue un error conocerlo, pero yo creo que tienes mucho que agradecerle a esa decisión. Lo primero, demostrarte que eres de los que echan el resto. Lo segundo, que no estás dispuesto a vivir con criterios ajenos. Dejaste a un lado todo lo que te dijeron sobre él, y le diste la oportunidad de que te demostrara cómo era en realidad, a pesar de que eso podría destrozarte. Hace falta mucho valor y mucha compasión para hacer lo que hiciste, Conor. Y lo tercero, algo de lo que me parece que todavía no te has dado cuenta, es que no eres como él. Él se fue y tú eres de los que se quedan y luchan por lo que quieren. No serás un dechado de seguridad inapelable como los Murphy, es posible. ¿Y qué más da? Te equivocas muchas veces, sí. Y más veces de las que quisieras, también haces daño. Pero te implicas hasta el final siempre. Y en lo nuestro, tengo que admitirlo, siempre te has implicado mucho más tú que yo. Esa es la verdad —Nikki exhaló un suspiro—. Y no sabes la rabia que me da haberme dado cuenta de

que es así...

Conor extendió la mano y le acarició la barbilla.

—Estoy bastante seguro de que nunca me habías dicho tantas cosas fabulosas de una vez. Me voy a desmayar de la emoción —dijo él, con dulzura, poniendo un punto de humor a un momento que a los dos les estaba resultando intenso.

Ella respiró hondo, un gesto cargado de nerviosismo y ansiedad.

—Te sugiero que esperes porque aún no he acabado...

—Madre mía... —dijo él, suspirando.

—Me enamoré de ti en cuanto te vi...

—¿En serio? —la interrumpió él, desafiante—. De eso, nada, guapa.

Teníamos once cuando nos conocimos y quince cuando conseguí que me dieras una cita. Y no dijiste que sí enseguida, qué va... Te recuerdo, porque me da la impresión de que se te ha olvidado, que tuve que pedirte tres veces. Tres.

Ella sonrió, haciéndose la interesante. En realidad, estaba tan nerviosa que temblaba entera y quería disimular.

—Tenía que asegurarme de que tu interés era auténtico. Porque te recuerdo que no eras ningún santo.

—¿Yo? —dijo riendo al tiempo que ponía sus manos sobre la cabeza,

formando una aureola—. Si soy más bueno que el pan...

—Tenías a medio colegio suspirando por ti y a la otra mitad muriéndose de envidia y queriendo matarte.

El estilo de “chico sensible” de Conor arrasaba entre las estudiantes a la par que levantaba ampollas entre sus compañeros hombres.

—Cierto —sonrió— y acabo de enterarme de que tú también suspirabas aunque me ignoraras. ¡No me hacías ni caso, Nikki!

Ella sonrió con cara de culpable.

—Si te consuela, la procesión iba por dentro.

Él se estiró por encima de la mesa y la besó. Ella respondió con vehemencia y el beso fue largo.

—No me consuela nada de nada —susurró a dos centímetros de su cara.

Los ojos de Nikki se regodearon en la proximidad de aquel rostro hermoso que no se cansaba de mirar, en la tersura de esos labios que bien podría seguir besando sin parar el resto de su vida... Pero lo más importante quedaba aún por decir.

—Deja de tentarme y vuelve a tu sitio que aún no he acabado.

—Cierto, perdona. Soy bueno —dijo, obediéndola al instante.

Su mirada cargada de picardía hizo que Nikki sacudiera la cabeza. Él siempre había sido afectivo, físicamente cercano, el típico hombre dulce que

dispara dulzura a discreción, pero desde que se había presentado en Ginebra aquel domingo de hacía dos meses, estaba fuera de control; era incapaz de contener sus muestras de afecto más de cinco minutos seguidos.

Y dado que Nikki sabía que su “soy bueno” no duraría, decidió abordar el tema importante sin dilación.

—Me enamoré de ti en cuanto te vi y lo que siento no ha dejado de crecer un solo día. Llevo años esperando que des el paso, que te comprometas conmigo, poniendo bajo la lupa cada cosa que me decías, desconfiando, pensando que tú no querías lo mismo que yo porque si fuera así me lo habrías pedido...

—Claro que... —empezó a decir él con vehemencia hasta que los dedos femeninos se posaron sobre sus labios y volvieron a silenciarlo.

Ella hizo una pausa y apartó la vista. Ahora entendía el verdadero significado de “reunir valor”. Era lo que intentaba hacer.

—Hasta anoche no me di cuenta de que las cosas no tienen por qué ser así. ¿Dónde está escrito que tengas que ser tú quien dé el primer paso? ¿Por qué debería suceder a instancias tuyas? —Y fue decirlo y comprobar que a Conor le había cambiado la expresión de la cara. Su sonrisa había volado lejos y en su lugar, había emoción y una intensa mirada que no se apartaba de ella.

—Eres el amor de mi vida —continuó ella—. Y aunque hayas tenido que pedírmelo tres veces, la verdad es que me enamoré de ti en cuanto te conocí. Llevo dieciséis años suspirando por ti y sé, en mi corazón, que nunca dejaré de hacerlo. Quiero una vida contigo. Sueños compartidos, planes, hijos... Una lista interminable de deseos por cumplir que tienen que ver solo contigo —su voz se quebró y Nikki sonrió de puro nervio—. Pero sobre todo, lo que más deseo en este mundo, es despertarme a tu lado el resto de mi vida. ¿Quieres casarte conmigo, Conor? Me harías la mujer más feliz de la Tierra si dijeras que sí.

Los ojos de Conor brillaban sospechosamente y se había quedado mudo.

No era para menos con el bombazo que acababa de hacer explotar frente a sus ojos, pensó. Y dado que ella misma estaba a punto de romper a llorar, tocaba maniobra de distracción inmediata. Nikki carraspeó y se encomendó a todos los dioses del Olimpo deseando que su voz sonara normal.

—No tienes que responder ahora mismo —dijo—. Piénsatelo. Quiero decir que puedo esperar... O eso creo —Dios. Se sentía nerviosa, emocionada, y las mejillas le ardían, pero estaba satisfecha: por primera vez, la balanza que medía el compromiso romántico de uno y otro estaba equilibrada.

Conor, en efecto, se había quedado mudo. Cualquier hombre se conmovería ante la declaración romántica de la mujer que ama; para un

sentimental como él estaba siendo un tsunami emocional. Había registrado cada gesto, cada palabra, cada pausa y su corazón atesoraría el recuerdo de ese momento para siempre.

Pero también se había quedado mudo porque no salía de su asombro.

Estaba alucinando con la forma en que se estaban dando las cosas. Ni que lo hubieran planeado.

—Sí —respondió él.

—De acuerdo. Entonces, ya me lo dirás cuando sea...

—Sí —repitió Conor. Se levantó, fue a sentarse a su lado y empezó a besarla enamorado—. ¡Sí, sí, sí... Un millón de veces sí. Quiero casarme contigo, Nikki. Sí! —y sonrió tan nervioso como estaba ella.

El camarero, que se había acercado a ver si todo estaba bien, los miró con complicidad.

—¡Me ha dicho que sí! —exclamó Nikki, incapaz de aguantarse.

—No me sorprende, señorita. Yo también le diría que sí —intervino, cortés. Una vez comprobado que la velada iba magníficamente en aquella mesa, volvió a dejarlos solos.

De pronto, Conor se puso de pie.

—¿Me disculpas? Necesito un minuto... —dijo con una sonrisa torpe y al ver que la de Nikki desaparecía—. ¡Que no, preciosa! No pienso cambiar

de idea. ¡Dios, nooooo! Dame un minuto, ¿vale?

No había sido un minuto, sino cinco que a Nikki le supieron a un siglo.

Pero cuando finalmente reapareció, traía su maravillosa sonrisa y venía contoneándose como si ensayara un paso de baile.

—La sorpresa iba a ser mía —le dijo depositando una pequeña caja de terciopelo sobre el plato de Nikki, ante su mirada alucinada—. Te me has adelantado, diablilla...

Ella empezó a reír de los nervios. Siguió mirando la caja, partiéndose de risa, sin hacer el menor ademán de abrirla.

—Hazlo tú, por favor. Estoy atacada de los nervios —dijo, sin parar de troncharse.

Los dos estaban como niños, nerviosos, felices y superemocionados.

Conor la abrió despacio y se quedó contemplando cómo cambiaba la expresión de Nikki al ver el fabuloso anillo que contenía. Era de platino surcado por pequeños brillantes y acababa en una lazada coronada por un rubí y un diamante.

Ella miró a su novio asombrada.

—¿Ibas a pedírmelo...?

—Sí —Conor bajó la vista y respiró hondo. Venía la parte difícil—. En realidad, tenía planeado pedírtelo en enero... Bueno, esperaba reunir el valor

de hacerlo. El anillo ya lo tenía, así que solo era cuestión de reunir el valor.

Por eso tiene la fecha equivocada en el interior, ¿ves?

Los ojos de Nikki ya se habían llenado de lágrimas. Asintió suavemente con la cabeza.

—Y ya que estamos en plan de confidencias... Estuve a punto de devolverlo. Iba a hacerlo el día del accidente... —Nikki se llevó la mano a los labios—. Es una larga historia de la que ya hablaremos... La cuestión es que este fin de semana planeaba sorprenderte y he sido yo el sorprendido y... ¡Es increíble el nivel de compenetración que tenemos, Nikki!

Ella acarició el anillo con un dedo. Era impactante, Conor tenía buen gusto para los regalos, pero en aquel preciso momento lo que acariciaba el corazón femenino era la realización de que un momento que llevaba esperando tanto tiempo, al fin estaba allí, representado en la delicada joya de la que le costaba apartar los ojos.

—¿Te gusta?

—Me encanta, Conor —suspiró y lo miró con los ojos llenos de ilusión

—. Y me parece un sueño.

Él tomó la mano de Nikki y deslizó lentamente el anillo en su dedo anular. Los dos estaban helados y emocionados. Y felices como nunca.

—Esto se merece un buen baile, preciosa —dijo mirándola con una

sonrisa que fue creciendo hasta convertirse en risa—. ¡Y no pienso aceptar un no por respuesta! ¡Quiero música y luces y un escenario solo para nosotros dos! —y cuando acabó de decirlo ya se había puesto de pie y la había tomado de la mano—. ¡Vamos a casarnos, nena! ¡¿No es alucinante?!

Una sonora explosión de aplausos por parte del resto de los comensales, acompañó a la pareja hasta la pista de baile y la música empezó a sonar, celebrando con ellos un momento tan importante para los dos.

### **Episodio 23**

Domingo, 4 de abril de 2010.

En un idílico rincón del mundo,  
al sur de Berna.

Suiza.

Conor había dado tantas vueltas que Nikki estaba perdida. No tenía la menor idea de dónde estaban, daba igual cuántos letreros leyera. Cuando se detuvieron para repostar combustible y estirar las piernas, él la miró sonriente desde dentro de su casco al que había subido el visor.

—¿Alguna idea de dónde estamos o adónde vamos?

Ella le gruñó en broma. Sentada en el bordillo junto a los surtidores, se había quitado el casco y lo miraba con la misma expresión de mujer feliz que tenía desde hacía dos días.

—Tengo tal mareo que podríamos estar en la Luna y yo no me habría

enterado.

La sonrisa de Conor se hizo más grande.

—¿Quieres una pista? —le ofreció.

Ella asintió varias veces con los ojos llenos de ilusión.

Conor le ofreció su mano enguantada para ayudarla a ponerse de pie.

Sacó algo de una de las alforjas y lo depositó sobre la palma femenina.

Nikki reconoció la caja al instante, y un segundo después, su corazón empezó a bailar en su pecho, loco de alegría, de excitación, de expectativa.

—Ay, Conor... ¿vamos a nuestra cabañita en el lago?

Él asintió sin dejar de contemplar maravillado la alegría del aquel rostro hermoso.

Pero no pudo hacerlo por mucho tiempo ya que Nikki, le sacó el casco, tomó su rostro entre las manos y le plantó un beso de película.

—¡Guaaaaaaaaaaaauuuuuuuu! —solo atinó a decir él, con todos sus

motores en marcha y preparado para encerrarse con ella en el primer rincón oscuro que encontraran. Su mano bajó de la cintura femenina a su nalga derecha, que apretó posesivamente.

Ella volvió a besarlo, un beso pleno que los puso a temblar a los dos.

—Sorpresa tras sorpresa tras sorpresa... Este fin de semana has batido tu propio récord, Conor —susurró sobre los labios del motero y rubricó el momento recorriendo el contorno de su boca con la punta de la lengua.

—Nos vamos ya —dijo él, intentando atrapar la lengua femenina sin éxito.

—Ya mismo —repuso Nikki.

Ella se apartó con movimientos sensuales y dejó que su mano le acariciara el estómago al tiempo que se alejaba, segura de que esta vez él conduciría directo a su destino por la ruta más rápida.

Nuevo piso de Amy Pearson,

Dos plantas por encima del de Niilo.

Londres.

Menuda paliza se habían dado, pensó Niilo estirando la espalda. Con eso de que había que dejarlo todo listo porque el martes volvían al trabajo, llevaban todo el puente de Semana Santa lidiando con la mudanza de la mañana a la noche.

—Parece que ya está —comentó él al tiempo que desmontaba la última caja.

Ella lo sorprendió abrazándolo desde atrás.

—Eh, hola... ¿y ese abrazo?

—¿Qué le pasa a mi abrazo?

Niilo se dio la vuelta de frente a ella y puso los brazos femeninos alrededor de su propio cuello mientras Amy no dejaba de sonreír. Acto

seguido, le rodeó la cintura con sus brazos.

—¿Es un abrazo fraternal o de la otra clase? —dijo él con picardía.

—¿Y tú qué crees?

—¿De la otra clase? —arriesgó, defendiendo sus intereses. Bromeaba por pura ansiedad.

Amy sacó algo de un bolsillo de sus vaqueros, tomó una de las manos que le rodeaban la cintura y depositó el objeto sobre ella. Luego la cerró y lo miró sonriendo.

Niilo, que detectó de inmediato de qué se trataba, sintió que se le aflojaban las rodillas.

—¿La llave de tu corazón? —bromeó. El brillo de sus ojos, sin embargo, lo delató al instante. Algo que Amy le encantó comprobar; estaba echando el resto y necesitaba ver en él, la misma emoción que la embargaba a ella.

—Las de mi piso.

La pareja permaneció mirándose con una sonrisa en los labios y el corazón latiendo acelerado.

—¿Quieres que te cuide las plantas cuando estás de viaje? —volvió a bromear él.

Amy se puso de puntillas y lo besó. Basta de bromas.

—Quiero que me cuides a mí cada vez que te apetezca.

Él tardó unos segundos en abrir los ojos.

— *Guaaauuu* —solo fue capaz de decir cuando regresó a la realidad.

*Toda una confesión, sí.*

— *Guaaauuu* —repuso ella.

—¿Y puedo quedarme a dormir siempre que quiera? —arriesgó y esta vez, no bromeaba.

Amy asintió.

—¿Y si me apetece quedarme todos los días?

Ella sonrió con la ansiedad a punto de volverla loca, bajó la cabeza. Era toda una novedad lo que sentía, tan nuevo como lo que estaba sucediendo.

—Creo que a tu madre no va a gustarle mucho...

—¿Y a ti?

—A mí, sí. Me encanta tenerte dando vueltas por aquí.

Niilo volvió a asentir.

—¿Y si decido abusar de tu gentileza y sencillamente, no me voy?

Amy se estremeció de los pies a la cabeza.

—En ese caso, correrá el rumor de que vivimos juntos y comenzarán las habladurías.

Él volvió a rodearle la cintura con sus brazos.

—¿Y eso... te importaría mucho?

Amy puso sus brazos alrededor del cuello de Niilo. Hizo un gesto dubitativo.

—No —dijo, al fin—. ¿Y a ti?

—Para nada —repuso él y acortó las distancias—. ¿Sabes? Empiezo a estar muy enamorado de ti.

—¿Empiezas? Vaya, entonces te gano. Yo estoy coladísima por ti, pero si se lo dices a alguien, lo negaré.

—Te recuerdo que ya se me iban los ojos detrás de ti cuando tú todavía te interesabas en tíos tatuados y moteros rastafaris.

—Ups. Fue un pequeño desliz. Bueno, no demasiado pequeño, porque anda que dejarme encandilar por eso y perder de vista esto otro —dijo sobándole el trasero a placer.

—Eso pensaba yo, pero... Qué trabajo me has dado, rubia —repuso él, guiando las caricias sobre su nalga, haciéndola más profunda.

—Pero ya no —repuso, seductora. La mano pasó al frente, y le agarró los testículos haciendo que él inspirara a todo pulmón.

—¿Sabes lo que me apetece ahora mismo? —susurró él, hundiendo la nariz en el hueco del cuello femenino.

—¿Un buen revolcón? —sugirió ella en un murmullo. Echó la cabeza hacia atrás, dejándolo hacer.

—O dos, o tres... Los que el cuerpo aguante...

La boca de Niilo ya se había adueñado de los labios de Amy y la pareja se acariciaba apasionadamente cuando sonó el timbre. De inmediato, se oyeron golpes en la puerta y las voces de Agnes y Leah Jarvi diciendo:

—¡Eh, pareja, ¿os habéis quedado dormidos?! ¡Abrid, que traemos la comida!

Él se mordió el labio.

—Por Dios, noooo... —suplicó.

Amy no pudo evitar soltar una carcajada.

—¡Bienvenido a la vida dos plantas más arriba del piso de tu madre! — exclamó.

Y empezó a troncharse de risa.

Domingo, 4 de abril de 2010.

En una cabaña junto al lago.

Cerca de Berna, Suiza.

Nikki se retiró suavemente y se dejó caer junto a Conor con una larga exhalación. Los troncos crepitaban en la chimenea y ya había empezado a oscurecer sin que ninguno de los dos hubiera probado bocado desde el desayuno.

Al llegar, Nikki había descubierto que él había dispuesto que aquel

lugar lleno de tantos recuerdos estuviera limpio y caliente, y que una variedad de platillos deliciosos estuvieran esperándolos sobre una mesa decorada con velas y sus flores preferidas. La emoción los había desbordado a los dos y continuaba haciéndolos vibrar, tan intensamente como nunca en la década que llevaban juntos.

Esta vez les había costado un buen rato que la respiración retornara a su ritmo normal. Cuando Conor volvió la cabeza para mirarla, Nikki tenía la mano extendida y miraba su anillo con tal expresión que lo hizo reír.

—¿Hay alguna conexión extraña entre ese anillo y tu inagotable energía? —dijo él incorporándose sobre el codo para verla mejor.

Estaban en el suelo, sobre una gruesa piel, bajo una sábana que ahora estaba parcialmente enrollada en una de las piernas femeninas y con la libido por los cielos.

—No puedo dejar de mirarlo. Me encanta —murmuró ella.

Los ojos masculinos se desplazaron del anillo a la mano que lo llevaba y de ahí bajaron por el brazo hasta los pechos femeninos. Notó que todavía tenía los pezones erizados y sintió un prometedor cosquilleo entre las piernas que no pasó de prometedor. Se dejó caer sobre la espalda con un suspiro.

—Y a mí me encantas tú, pero como no meta algo sólido en el estómago...

Nikki se incorporó, puso unos cuantos canapés y algunos frutos secos sobre un plato y regresó junto a él.

—Toma, mete algo sólido en tu estómago porque todavía no he acabado contigo... ¡Me queda muuuucha cuerda! —exclamó risueña.

Conor la miró encantado. No acertaba a decidir qué le gustaba más, si el despliegue de explosiva alegría de que hacía gala su chica aquel día, sabiéndose el responsable de ella... O lo caliente que estaba desde que había abierto los ojos por la mañana. El maldito anillo la había transformado. ¿Iba a tener que dejar de odiarlo?

Unos cuantos canapés después, Nikki volvió a extender su mano importante, orgullosa.

—Con lo fabuloso que es y pensar que estuviste a punto de devolverlo...

—Solo me dio disgustos. Fue comprarlo y que todo empezara a ir cuesta abajo en plan vertiginoso.

—Bueno, tanto como solo disgustos, no... —dijo ella, mimosa, empezando a dejar un reguero de besos sobre el estómago masculino. Él reaccionó al instante, empujando suavemente la cabeza de Nikki hacia abajo. Suspiró al sentir sus besos sobre el pene.

—Sigue, sí... Sigue, por favor. Necesito muchos momentos como este

para dejar todo lo malo atrás y que ese anillo que a ti te gusta tanto, no acabe fundido en pozo del destino —Nikki rio bajito ante aquel guiño a *El Señor de los Anillos*—. Que no crea que se ha librado. Todavía no.

—De momento, se libra...

Los besos habían abandonado la parte inferior de su cuerpo y ella lo abrazaba, mimosa. Lo cual solo podía significar una cosa.

Conor no respondió. Se limitó a besar la cabeza de Nikki una y otra vez.

—¿Quieres contarme por qué le tienes tanta rabia o lo dejamos para otro momento? —murmuró ella confirmando las sospechas masculinas.

Él respiró hondo. Tarde o temprano tendría que hacerlo, ¿por qué no entonces?

—Supongo que puse demasiadas expectativas en el pobre anillo.

Después de todo, no es más que un cacho de metal decorado.

Ella sonrió con ternura. Era una forma de verlo, desde luego.

—Un metal carísimo decorado con unas piedras aún más caras. Si esto es una medida de tus expectativas, entonces, sí, supongo que debían ser muuuuuy grandes.

Lo eran. Aquel anillo simbolizaba su salto al vacío. Su fuga hacia delante, a pesar de sus propias dudas y de sus miedos.

Pero desde el primer momento, el carísimo cacho de metal no le había traído más que problemas. Había pasado de ser un símbolo romántico a

convertirse en la peor de las maldiciones.

—Todo iba sobre ruedas y de pronto, nos habíamos peleado y vivíamos en países distintos. Entonces, me llaman de la joyería para recordarme que aún no había ido a retirarlo. Yo no quería saber nada más con el maldito anillo, pensaba devolverlo, y claro, eso no podía hacerlo por teléfono, así que quedé con ellos. Y cuando estoy de camino, tengo un accidente y acabo hecho una mierda y con un mes de baja. Pero la cosa no acaba ahí. Qué va. Cuando estaba en el hospital, le pedí a mi padre que llamara a la joyería para explicarles lo que había pasado y que les dijera que en cuanto me dieran el alta, iría a hablar con ellos. Pero él hizo justo lo contrario; fue a la joyería a recoger el anillo y yo no me enteré hasta veinte días después.

—¿Y cómo se lo entregaron sin más?

—Porque le conocían. Fuimos juntos a encargarlo.

—¿Tu padre estaba al tanto? —dijo Nikki asombrada.

Conor asintió.

—Desde el principio.

Nikki no ocultó su emoción.

—Qué hombre más increíble... Siempre ha apostado por nosotros.

—Como tu padre —repuso él—. Pero una vez más, fue salir a relucir el bendito anillo y la cosa se volvió a torcer.

—¿Por qué?

—Yo estaba muy bajo de moral. No tenía noticias tuyas desde hacía más de una semana y estaba hundido. Todo había salido tan mal... Me enfadé con él cuando puso la caja sobre la mesa. Le dije que eso no iba a evitar que acabara devolviéndolo... Discutimos y se lo solté.

—¿Qué? ¿Qué le soltaste? —preguntó, alarmada.

—Lo que pensaba, ni más ni menos. Que había necesitado perderte y estamparme contra una marquesina para darme cuenta de que sí soy de esa clase, de los que cuando oyen la palabra compromiso salen corriendo. Igual que mi padre biológico. Él se enfureció, la conversación se calentó y en el fragor de la batalla, apareció mi madre para ponerle la guinda al pastel. O para detonar la bomba, según se mire, porque fue entonces cuando ella se enteró de que el “innombrable” no era un desconocido para mí. Ya no.

—Dios mío...

—Fue apoteósico. Se enfrentó conmigo por haber hecho “semejante estupidez a sus espaldas”, se enfrentó con mi padre por haberla mantenido al margen y se largó dando tal portazo que por poco agrieta los muros del edificio. A mi padre estuvo una semana sin hablarle. Y no creas, todavía hoy las cosas siguen muy tensas conmigo. También con él, pobre, que no ha hecho más que protegerme. —Conor sacudió la cabeza—. Qué mierda. Nikki se acurrucó contra él, un intento de compensar con ternura el mal trago, que Conor recibió de buen grado, buscando sus besos.

—¿Y cómo pasaste de estar hundido a aparecerte en la puerta de mi casa? Por poco me da un infarto al verte allí.

—¿Sabes qué fue lo peor de ese día? Darme cuenta de todo el daño que ese tipo seguía haciendo sin necesidad de estar de cuerpo presente. Intenté creer en él, dejar el pasado atrás, y siempre acabé con un sabor agrídulce en la boca que no quería reconocer. Tardé en darme cuenta de que las pocas veces que era él quien me llamaba o intentaba verme, era por interés, porque necesitaba algo. La última vez, hace casi un año, me pidió dinero y se lo dí. Y no volví a saber de él.

Conor hizo una pausa. Respiró hondo. Le resultaba increíble comprobar cuánto le seguía doliendo lo sucedido, a pesar de todo.

Se puso un brazo debajo de la cabeza y continuó hablando con los ojos fijos en algún punto frente a él.

—Así que esa tarde, cuando me quedé solo, lo llamé. Me atendió con prisas, como siempre, pero llegué a decirle que había tenido un accidente. Enseguida me dijo que tenía que colgar porque estaba en el trabajo, que me llamaría más tarde... Ver pasar las horas sin noticias suyas fue de las cosas más frustrantes que recuerdo haber vivido de adulto... ¿Cómo se puede ignorar algo así? ¿Un hijo mío tiene un accidente y yo no doy señales de vida? Ni hablar. En ese momento decidí que ni soy ni seré nunca como él. Y

me da igual la genética, el parecido, mis dudas y todo lo demás... Lucharé contra esa parte de mí con uñas y dientes. —Cuando Conor giró la cabeza para mirarla, tenía lágrimas en los ojos—. Me niego a ser como él, Nikki. Es hasta una cuestión de honor, fíjate. Y el primer paso era dar la cara. Pedirte que me perdonaras por haber sido tan imbécil...

Ella lo abrazó con todas sus fuerzas. Él se acurrucó contra su pecho, rodeándola con sus brazos.

—Ay, mi amor... —murmuró lloviendo besos sobre su cabeza—. Me mata saber que has pasado por todo esto tú solo... Lo siento tanto, Conor.

Permanecieron abrazados en silencio durante un rato hasta que ella buscó su mirada y él le devolvió una sonrisa, señal de que el momento triste había quedado atrás.

—Te voy a decir una cosa: no pienso quitármelo del dedo, así que espero que este “cacho de metal” acabe gustándote tanto como a mí.

—Tendrás que quitártelo, preciosa. Hay que cambiar la fecha que está grabada.

Ella se inclinó y le robó un beso.

—No hay nada que cambiar. Es perfecto tal como está. —Se acomodó entre los brazos de Conor y apoyó la cabeza sobre su pecho, mimosa—. Un anillo perfecto, un fin de semana perfecto y un momento perfecto, abrazada a ti mientras los troncos arden en la chimenea... Adoro esta cabaña.

Y él la adoraba a ella. Desde siempre. Nikki era lo más real, lo más cierto y lo más valioso de su existencia.

—Y yo —repuso él. La instó a incorporarse un poco y apoyó la espalda contra el borde del sillón. Luego la atrajo hacia su cuerpo y buscó su mirada —. Mi hermano Milo dice que tengo que ser yo mismo, hacer caso a lo que me dicen las entrañas y olvidarme de lo que el mundo espera de mí. —Exhaló un largo suspiro—. Y lo que me dicen es que te quiero con locura, Nikki. No hay nada que no haría por ti y lo que más deseo en el mundo es estar contigo y hacerte feliz. Creo que solo somos realmente felices cuando estamos juntos, así que hagámoslo. Estemos juntos. Casémonos. Ya.

Nikki dio un respingo. De pronto no estaba a su lado, sino enfrente, mirándolo con los ojos muy abiertos.

—¿Ya?

Conor asintió cada vez más ilusionado.

—Ya. —El motero se levantó y fue hasta la silla donde había colgado la mochila, sacó su agenda y regresó a su sitio ante la mirada alucinada de Nikki.

—¿Pero y dónde vamos a vivir? —fue lo primero que ella atinó a decir.

—Aquí, en Suiza.

—¿Y tu trabajo?

—Buscaré otro.

—Tienes que estar de broma... —Una sonrisa empezó a brillar en su rostro—. ¿Lo dices en serio?

Él la estrujó en un arranque apasionado al tiempo que reía.

—Claro. Totalmente en serio. Venga, pon la fecha. Eso lo tienes que hacer tú.

Nikki se echó el pelo hacia atrás con las dos manos y las dejó allí, sosteniéndose la cabeza con un punto de desesperación en la mirada. Ahora ya no tenía dudas acerca de que él hablaba totalmente en serio. ¡Era una locura!

—A ver, Conor... Preparar una boda lleva tiempo y yo no puedo pedir vacaciones. Es un contrato de seis meses. Hasta que lo renueven, no dispongo de más que unos días —repuso, cada vez más alarmada al tomar conciencia de lo que se le venía encima.

—Tú pon la fecha y deja que yo me encargue de todo, preciosa. Soy ingeniero, ¿recuerdas? Soy la caña haciendo planes.

—Ay, Conor... ¿De verdad?

—¡Claro! —exclamó el motero y se echó a reír ante la expresión de terror de su novia.

—Pero mi amor... Y el vestido, y el banquete, y las invitaciones...

¿Estás loco? ¡Cómo vas a encargarte de todo tú y al mismo tiempo trabajar!

—Tú no te preocupes por eso —le aseguró, situando un calendario frente a sus ojos—. Pon la fecha, y que sea ya.

—¿Qué quieres decir con “ya”?

—Quiero decir ya. Mañana.

—¡Estás loco! —repuso ella, dándole un empujón para apartarlo—.

Quiero una boda no un circo.

—Vaaale —concedió él con ternura intentando volver a abrazarla—.

¿Pasado mañana, entonces?

—Pasado mañana tampoco, loco —repuso ella y vio que él hacía pucheros.

Nikki sacudió la cabeza más enamorada que nunca de aquella faceta de loco romántico de Conor, él entrelazó sus dedos mirándola con cara de cordero degollado...

Y los dos empezaron a reír a carcajadas, festejando a su manera la mayor locura de su vida.

## **Episodio 24**

Lunes, 5 de abril de 2010.

Buhardilla de Tess y Dakota,

Hounslow, Londres

La pareja estaba en casa, remoloneando en el sofá, después de comer.

La idea original había sido aprovechar el puente de Semana Santa para volver a la Isla de Wight, el lugar favorito del mundo para Tess, pero ella llevaba un par de días cansada y un poco griposa.

—¿Quieres un té, nena? —ofreció Dakota, poniendo a un lado la revista de motociclismo que ojeaba.

Ella negó con la cabeza y se arrebujó en la manta.

—¿Y de la otra clase de té? —dijo él con segundas.

Tess no estaba para ninguna clase de nada. Solo para lo que hacía; acurrucarse en la manta y esperar que se le pasara el malestar.

—Tentador, pero no. Como sueles decir tú, “estoy hecha polvo”.

Dakota la abrazó risueño, le encantaba cuando ella dejaba a la repipi en el armario y lo imitaba.

—Venga, perezosa, levántate. Yo voy a ducharme, ¿te apetece venir? —volvió a insinuar Dakota.

—Gracias, amor... Creo que lo dejaremos para otro día. Ve, que enseguida me levanto...

Sin embargo, quince minutos más tarde cuando Dakota reapareció en el salón secándose el pelo con una toalla, Tess continuaba en el sofá, dormitando tapada hasta la cabeza con la manta.

—Eh, ¿qué haces todavía ahí? Hay un sol que raja la tierra y eso en esta

ciudad es un milagro. Venga, Bollito, levanta que nos vamos a darle gas a Princesa.

Tess puso morritos.

—¿Es inevitable? Con lo bien que estoy aquí, así, debajo de la manta — y al ver el ceño fruncido de su marido, intentó arreglarlo echando mano de su dulzura—. Solo me faltas tú para que sea perfecto.

Dakota retiró la manta, la tomó de la mano y la ayudó a levantarse, totalmente serio.

—Vamos al baño.

—¿Por qué? —se quejó Tess, siguiéndolo de mala gana.

Él se detuvo y la tomó por los codos.

—¿Cuándo te tenía que bajar la regla? Era la semana pasada, ¿no?

Tess lo miró con dulzura y descartó la idea con la mano.

—No, amor. Estoy en fecha, faltan un par de días todavía. No es eso, solo es... —Como no tenía la menor idea de cuál era la razón de tanto cansancio, se encogió de hombros—. No lo sé... Gripe, tal vez. O simplemente, agotamiento. Poner en marcha un negocio es muuuuy cansado.

Dakota la observó detenidamente. No apostaría la cabeza a que ella está equivocada, pero algo no cuadraba y más valía prevenir que curar.

—Hazte la prueba, Tess.

—No es eso, amor —repuso ella, acariciando enternecida el rostro masculino.

—Da igual. Si no es, saldrá que no. Háztela.

—¿Quieres tirar once libras al váter? Eso es lo que vale lo que tú llamas “palito” tan alegremente.

—Ya, no me recuerdes lo caro que puede llegar a resultar fabricar un hijo, ¡no hablemos de mantenerlo! —dijo el motero con su guasa habitual, haciendo reír a Tess—. Me da igual, bollito. Métete en el baño, y por favor, mea en el palito.

—Aj. Scott, ese lenguaje, por favor —se quejó la editora. Entró en el baño y al darse la vuelta para cerrar la puerta, casi se dio de bruces contra su marido.

—Sola, gracias —dijo indicándole con un dedo que esperara fuera.

—Joder, bollito... Te he visto desde todos los ángulos posibles, de eso puedes estar segura. ¿Crees que me voy a espantar por verte “orinar”? Venga ya. Además, pienso estar presente en tu parto.

—Sola, gracias —insistió la editora.

Dakota soltó un bufido. Se dio la vuelta y apoyó la espalda junto la puerta que ella había dejado entornada.

—¿Estás seguro de eso? —dijo Tess mientras procedía con el test de embarazo—. Primero, necesitas mi consentimiento y segundo, necesitas estar

consciente. Si te desmayas o te descompones, te sacarán de la habitación en un abrir y cerrar de ojos.

Dakota lucía una sonrisa imposible, la misma que se le ponía cada vez que el tema de su próxima paternidad salía a relucir.

—¿Y por qué no ibas a querer que asista al parto? ¿No quieres que vea nacer a mi primogénita?

—O primogénito —repuso Tess.

—O primogénito —concedió él—. ¿No quieres que lo vea?

—No sé si lo soportarías, Scott. Ya sé que parece una idea muy romántica, pero creo que para la mayoría de los hombres resulta un momento más duro que hermoso.

—Para la mayoría, puede. Para mí, no. Quiero estar allí, gritar contigo si hace falta, ser parte del momento igual que he sido parte de todo lo anterior y de todo lo que vendrá.

Tess apoyó el test sobre el borde de la pila con cuidado de que el extremo húmedo no tocara ninguna superficie. Se arregló la ropa.

—¿Y llorar conmigo también?

—Probablemente.

Una sonrisa inmensa apareció en el rostro de la editora cuando preguntó:

—¿El Gran Dakota lloraría?

—Probablemente —repitió él—. Si la Gran Bollito es capaz de emocionarse en un momento como ese, ¿por qué el Gran Dakota no?

No hubo respuesta y el motero continuó, riendo.

—Sí, es muy probable que me emocione y se me caiga alguna lagrimita.

Y también es muy probable que cuando te vea gritar como una posesa y tu cuerpo se dilate por determinada parte, me entren escalofríos y empiece a ver todo doble —soltó una risotada—. Pero tranquila, un par de cervezas lo arreglan todo. Por favor, dime que habrá cervezas allí... Bueno, no pasa nada, si puedo pasar los controles del aeropuerto sin que salten las alarmas, seguro que puedo meter de contrabando un pack de cervezas en la sala de parto —y empezó a tronchase. Pero entonces, cayó en la cuenta de que hacía un rato que no oía nada al otro lado de la puerta—. ¿Tess?

Al empujar la puerta, la vio apantallándose los ojos, echa un mar de lágrimas.

El llanto ya se había convertido en sollozos que cada vez sonaban más alto, cuando Tess le tendió el test. Dakota miró la señal completamente rosa y a continuación, miró a su mujer, con el rostro transformado por la alegría.

—¡Te dije que esto no era gripe, bollito! ¡Joder, voy a ser padre! ¡Voy a ser padre! ¡Toma, toma y toma!

— *Diossss...* —solo atinó a decir la editora, embargada por la emoción

antes de que Dakota la alzara en volandas y echara a reír loco de alegría.

Esa misma noche...

Bar The MidWay,

Hounslow, Londres

El bar estaba de bote en bote, con todos los clientes habituales de regreso del puente apurando las últimas horas de vacaciones antes de regresar al trabajo. Pero en uno de los pocos fines de semana sin actuaciones en vivo, no había faltado la música, de cedé y a todo volumen, ni, por supuesto, la algarabía. “El MidWay era el MidWay”, como solían decir sus clientes, porque entre las paredes de aquel ya legendario reducto motero del oeste de Londres, cada día era una fiesta.

—Así que tú eres la razón de que el tipo más raro que he conocido en toda mi vida empiece a dejarse la pasta en este local, como está mandado — le dijo Maverick a Amy al servirle los dos Manhattan que la pareja había pedido.

—Gracias, pero, no sé, ¿tú crees? Yo creo que esto es totalmente casual

—repuso ella mirando con picardía al motero que a su lado continuaba tan tranquilo como si la cosa no fuera con él.

Niilo sonrió con resignación. Siempre se metían con él. ¿Por qué aquel día iba a ser diferente?

—Porque me guste la cerveza Coronita y prefiera los sitios tranquilos, no soy raro. Y sí, ella es la razón de que esté aquí gastándome la pasta como está mandado. Le encanta el ruido y la fiesta, y a mí me encanta ella.

Maverick y Amy intercambiaron miradas aprobatorias.

—Qué tío. ¡Me gustas, chaval! —dijo él y después de dar un ligero golpe sobre la barra se alejó para seguir atendiendo.

—¡Pero cómo te puede gustar este tío que es más raro que un perro verde! ¡Venga ya!

Niilo se dio la vuelta sonriendo al oír la voz de su jefe. Evel acababa de llegar, acompañado de Abby.

—A ti no puedo llevarte la contraria que eres el pagador de mi pasta — repuso Niilo palmeando el hombro de Evel.

—Haces bien.

—¡Amy, no esperaba encontrarte aquí! —exclamó Abby.

Las amigas se abrazaron y de inmediato se pusieron a conversar, olvidándose de sus acompañantes. Los hombres aprovecharon para ponerse al día de las novedades.

Sin embargo, la conversación no duró demasiado ya que lo que había empezado como una petición aislada, fue tomando fuerza a medida que un coro cada vez más concurrido de voces femeninas y masculinas empezaron a

gritar “¡Que baile, que baile!”.

Evel se echó a reír al ver que Maverick subía el volumen y saltaba sobre la barra, micrófono en mano. Señaló con un dedo a la audiencia que saltaba y gritaba y dijo:

—¡Solo si me acompañáis! ¡Quiero oír esas voces! —exclamó animando a la gente a cantar la canción que sonaba a todo volumen; “One Way Or Another” de Blondie mientras él empezaba a sacudir su cuerpo de *stripper*.

—¡No creas tú que te voy a dejar solito, chaval! ¡Haz sitio que voy! —exclamó Conor.

El motero había llegado hacía un rato y estaba conversando con Ike en el otro extremo de la barra.

—Toma, grábame —le pidió a Ike, entregándole su móvil y se subió a la barra provocando otra tanda de aplausos y gritos—. Escuchad, escuchad, que tengo un anuncio que hacer... ¿Preparados?

¡Síiiiiiiii!, el sonido de un centenar de voces al unísono retumbó en el local. Maverick le pasó el micrófono.

—¡Me caso el 8 de mayo, tíos, ¿a que es alucinante?! —Otro clamor enardecido que Conor silenció con gestos de la mano—. Gracias, gracias... Ahora me vais a permitir que este baile se lo dedique a mi chica, Nikki —

señaló a Ike que lo estaba grabando y miró directamente a la cámara—. Por tres razones: primero, porque aguantarme diez años tiene muuuucho mérito y se lo ha ganado. Segundo para que le quede claro que sigo tan payaso como de costumbre y tercero, porque la quiero con locura, ¡con locura! ¡Estoy loco por ti, Nikki!

Y el baile se reanudó sobre la barra, esta vez con dos hombres arrancando aplausos con el movimiento de sus caderas.

La alegría era contagiosa, un hecho que pronto volvió a quedar demostrado.

Evel miró a su mujer con una sonrisa y ella se tapó la boca con la boca cuando comprendió que el hombre reservado con quién se había casado estaba a punto de dejar de serlo, de un momento a otro. Le hizo señas a Mav de que le dejara el micro.

—¡Y yo me caso en septiembre por segunda vez, colegas, y con la misma mujer! ¡Eso se merece una ovación bien grande! —exclamó y mirando a Abby que se cubría la cara, muerta de vergüenza, añadió—: ¡Y también se merece un baile!

Y allá fue; un tercer bailarín sobre la barra y el bar viniéndose abajo a aplausos.

Niilo y Amy se miraron, y ella lo tomó del brazo, acurrucándose contra

él, dándole a entender que no hacía falta que se sumara a la fiesta por ella. Él le dejó un beso en la cabeza y se subió a la barra, ante la mirada divertida de su chica.

Esperó a que cesaran los aplausos con el micro en la mano y entonces, se encogió de hombros.

—Pues a mí todavía no me han dado el sí quiero, pobrecito yo —dijo provocando una oleada de carcajadas—. Y como tengo una novia... ¡que sí, que tengo novia, pesados! Vale, ya lo he dicho! Como tengo una novia un poco asustadiza... Mejor dejamos el tema del casamiento a un lado y bailamos, ¿os parece?

Vio que Amy le arrojaba un beso y que Abby le decía algo al oído, y ella sonreía con picardía. Pero entonces, su atención quedó momentáneamente eclipsada por Maverick.

—Joder, qué cagada —se acercó para decirle al tiempo que le apretaba el brazo.

Niilo siguió la dirección de la mirada del barman y sonrió. Codeó a Evel que también prestó atención mientras bailaba.

Por la puerta próxima a la esquina, acababa de entrar una esbelta mujer de melena corta rubia platino acompañada de otra mujer y un hombre mayor. Inmediatamente detrás hacía su aparición Andy acompañada de Dylan. A los moteros no les hizo falta más que sumar dos y dos.

—¿Es ella? —quiso saber Niilo. La mujer secreta de la que hablaba todo el bar.

—A juzgar por su cara, está claro que sí —dijo Evel. Lo sabía porque Dakota se lo había dicho, pero juzgó inoportuno delatar a su socio. Se acercó al oído de Maverick—. Es tu ocasión de lucirte, tío. Yo que tú, iría a por todas.

El barman respiró hondo y recuperó el micrófono sin dejar de moverse al son de la música.

—¡A ver, atención, atención! ¡Estáis a punto de descubrir mi secreto mejor guardado! —exclamó y una ovación volvió a dominar el bar. Señaló a la mujer que acababa de entrar haciendo que se volvieran a mirar—. ¡Shea Mitchell, señores. Los mismos ojazos de su hermano, nuestro querido calvo tatuado, pero un millón de veces más guapa! ¿Bailas, preciosa?!

El dedo que le indicaba a Shea que se animara, se mostró al mismo tiempo que su hermana Erin la empujaba hacia la barra, a la voz de “¡Vamos, tonta, ve!”. Su piel había dejado de ser blanca cuando ayudada por Maverick, Shea finalmente estuvo sobre la barra ante la mirada alucinada de su padre.

—¿Pero qué le pasa a todo el mundo? Espero que tú no acabes igual —murmuró Brennan Mitchell a su hija mayor quien acostumbrada a la estrechez mental de su padre, siguió disfrutando del momento como si tal cosa.

Entonces un “¡Ehhhhh”! a voz en grito silenció a la multitud sin necesidad de micro y Andy empezó a troncharse de la risa.

Todos se dieron la vuelta a ver de quién se trataba. Pronto, la voz de Dylan se oyó otra vez.

—¡Que no soy calvo, tíos! —aclaró y un instante después volvió la algarabía.

En aquel momento, Dakota besó la mano de Tess, y avanzó entre la gente hasta la barra. El bar explotó en aplausos en cuanto detectaron la presencia del auténtico artífice de la fama de aquel reducto motero. Él lo agradeció haciendo reverencias con la cabeza y provocando aún más risas.

—¿Podéis bajar la música un momento? —pidió. Cheryl puso el cedé en pausa—. Lo siento, colegas. Ya sé que las bodas/reconciliaciones/reuniones familiares, etcétera tienen mucho interés, pero la primicia de esta noche es toda mía. Bueno, mía y de mi mujer, claro. ¿Preparados?

Evel ya le estaba palmeando el hombro, feliz cuando un “¡síiiii!” prolongado y estruendoso resonó en el bar.

Dakota ya había soltado un puñetazo victorioso al aire antes de decir lo que lo tenía totalmente revolucionado desde hacía unas horas.

—¡Estamos embarazados! ¡Estamos embarazados, sí, sí, sí, toma ya! —

gritó a voz en cuello el yogurín soltando puñetazos al aire.

La música volvió a sonar a todo volumen mientras los bailarines hacían una representación bastante aceptable de la escena de la película el Bar Coyote, que tenía la canción de Blondie como banda sonora. Corrió la cerveza en honor a los futuros padres y a todas las buenas noticias que se habían compartido allí aquel día.

Y cómo no, reinó el ambiente festivo.

Porque, como decían sus fans más fervientes, “el Midway era el MidWay” y en aquel icónico reducto motero cada día era una fiesta.

<<<<>>>

¿Te ha gustado Los moteros del MidWay, la serie?

Si has disfrutado de la serie de ficción romántica *Los Moteros del MidWay* y quieres ayudarme a que más lectoras se animen a leerla, sería genial si

podieras dejar tu valoración en la tienda donde la hayas adquirido. Solo te tomará un minuto y yo te estaré eternamente agradecida :)

<<<<>>>

Y mientras Moteros # 5 está en preparación...

¿Qué te parece si te amenizo la espera con un relato bien romántico (o más de uno)? Las fans de la serie Moteros siempre queréis más y yo estoy dispuesta a complaceros, pero para hacerlo, en esta ocasión, voy a necesitar tu ayuda.

*Los moteros del MidWay* ha puesto en escena a cinco nuevas parejas y estoy segura de que cada lectora tendrá su favorita por lo que acertar no será tarea fácil. Así que esta vez, te voy a ceder la palabra, dejando que seáis las lectoras las que me digáis de qué pareja os gustaría saber más. ¿Te interesa hasta aquí? Si quieres saber qué me propongo, haz clic en el enlace que ves a continuación. ¡No tardes que el micro te lo he cedido por muy poco tiempo! ;)

[Escoge tu relato favorito](https://www.jeraromance.com/JR10e)

O copia y pega esta dirección en la ventana de tu navegador:

<https://www.jeraromance.com/JR10e>

¡Espero que te animes a participar y desde ya, un millón de gracias!

<<<<>>>>

### **Agradecimientos**

Esta página está dedicada a mis lectoras beta: Verónica, Laura y Claudia con un GRACIAS en mayúsculas por su plena y permanente disponibilidad, por su capacidad de crítica y por las sonrisas que siempre consiguen robarme con sus comentarios. Sois las mejores, niñas.

Patricia Sutherland

Madrid, junio de 2018

### **Sobre la autora**

Su estreno oficial en el mundo romántico español tuvo lugar en abril de 2011,

de la mano de *Princesa*, una novela que aborda el controvertido asunto de la diferencia de edad en la pareja, y que ha enamorado a las lectoras. Han sido sus apasionadas recomendaciones y su permanente apoyo, las que han convertido a *Princesa* en un éxito.

En noviembre de 2012, *Princesa* obtuvo el I Premio Pasión por la Novela Romántica. En dicho mes, asimismo, fue nominada en tres categorías, Mejor Novela, Mejor Autora Chicklit y Mejor Portada en el marco de los I Premios Chicklit España.

Un año más tarde, en noviembre de 2013, salió *Harley R.*, la segunda entrega de la Serie Moteros de la que *Princesa* es ahora el primer libro, una novela sobre el amor después del desamor y las segundas oportunidades. En febrero de 2014, *Harley R.* resultó ganadora del II Premio Pasión por la Novela Romántica y más tarde fue nominada al Premio Rosas Romántica'S 2013 y a los Premios RNR (Rincón de la Novela Romántica) 2013. Posteriormente, en abril de 2015, salió *Harley R. Entre-Historias*, un apasionado "spinoff" de *Harley R.*, en diciembre de ese mismo año, lo hizo Lola, la tercera entrega de la Serie Moteros y en junio de 2016, le llegó el turno a *Lola Entre-Historias*.

*El último mejor lugar*, la única novela independiente que la autora ha publicado hasta el momento, vio la luz en Septiembre de 2016.

Su último trabajo publicado es *Los moteros del MidWay*, una serie de ficción romántica, dividida en tres temporadas, que relata las historias de los personajes secundarios más importantes de la Serie Moteros.

También es autora de la serie romántica Sintonías, compuesta por *Volveré a ti* (2014) *Bombón* (2007), *Primer amor* (2007), *Amigos del alma* (2008) y *Simplemente perfecto* (2014) que quedó segunda finalista de los Premios

RNR (Rincón de la Novela Romántica) 2014.

Patricia Sutherland nació en Buenos Aires, Argentina, pero está radicada en España desde 1982.

Página oficial:

Jera Romance

[www.jeraromance.com](http://www.jeraromance.com)

## Notas

1. Flipar: (coloq.) estar o quedar maravillado o admirado.

2. “Que le den pomada” o “que le den morcilla”. Forma coloquial de expresar vehementemente rechazo, desprecio o desinterés hacia la persona o cosa aludidas.

3. Crackers: envuelto en papel de colores con los extremos retorcidos, que contiene un sombrero como una corona, una adivinanza y una baratija. Dos personas tiran del tubo que, al dividirse, estalla. Las coronas de papel se utilizan después durante la comida.

4. *Boxing Day*: festividad celebrada principalmente en el Reino Unido y otras naciones que pertenecieron al Imperio británico, durante la cual se promueve la realización de donaciones y regalos a los pobres.

5. tajo: trabajo, faena.

6. Barbour Bedale®: chaqueta encerada, fabricada por la empresa británica John Barbour & Sons fundada en 1894. Esta marca de lujo en prendas de abrigo diseña, fabrica y comercializa ropa y calzado impermeable de gran calidad y duración, dirigida a un público a alto poder adquisitivo. El modelo Bedale fue la primera chaqueta corta impermeable, más ligera que sus antecesoras ya que fue originariamente pensada para actividades ecuestres. Hoy se ha convertido en un clásico de la firma y su uso se ha asimilado al de cualquier abrigo impermeable.

7. Vacilar a alguien: engañarlo, tomarle el pelo, burlarse.

8. Fardar (coloq.): alardear.

9. Cachas (coloq.): musculoso y fornido.

10. Boilermaker clásico: una pinta de cerveza acompañada por un chupito de whisky.

11. Jodienda: (vulg.) molestia, incomodidad, complicación.

12. Rifirrafe: (coloq.) contienda o bulla ligera, sin trascendencia.

13. Carroza: (coloq.) persona vieja o anticuada.

14.

*Apple crumble: postre típico inglés semejante al pastel de manzana, pero con una capa superior crujiente hecha de azúcar y canela. Se suele servir caliente, acompañado de nata, helado o mermelada de fruta.*

15. *Borde Exterior: en la saga La Guerra de las Galaxias, se llama así al área periférica de la galaxia.*

16. Guay: (coloq.) muy bueno, estupendo, muy bien.

17. Dicho de una persona que suele organizar embrollos o causar problemas.

18. (Coloq.) Expresión mediante la que se pregunta por la causa o explicación de un asunto difícil o que parece no tenerla.

19. Pichabrava: individuo tan activo en la cama que se recupera enseguida y puede llevar a cabo sucesivos coitos; individuo siempre deseoso de yacer con mujer.

20. Chutado: inyectarse droga.

21. Salir por peteneras: desviarse de un tema para no pronunciarse en una cuestión comprometida.

22. No comerse una rosca: no tener éxito o no conseguir lo que se pretende, especialmente en asuntos amorosos.

23. Ser la repanocha: ser extraordinario por bueno, malo, absurdo o fuera de lo normal.

24. Pasota: indiferente ante las cuestiones que importan o se debaten en la vida social.

# Document Outline

- [Contenido](#)
- [Título](#)
- [Dedicatoria](#)
- [Sobre Los moteros del MidWay...](#)
- [Temporada 1](#)
  - [- Episodio 1](#)
  - [- Episodio 2](#)
  - [- Episodio 3](#)
  - [- Episodio 4](#)
  - [- Episodio 5](#)
  - [- Episodio 6](#)
  - [- Episodio 7](#)
  - [- Episodio 8](#)
  - [- Episodio 9](#)
  - [- Episodio 10](#)
  - [- Episodio 11](#)
  - [- Episodio 12](#)
  - [- Episodio 13](#)
  - [- Episodio 14](#)
  - [- Episodio 15](#)
  - [- Episodio 16](#)
  - [- Episodio 17](#)
- [Temporada 2](#)
  - [- Episodio 1](#)
  - [- Episodio 2](#)
  - [- Episodio 3](#)
  - [- Episodio 4](#)
  - [- Episodio 5](#)
  - [- Episodio 6](#)
  - [- Episodio 7](#)
  - [- Episodio 8](#)
  - [- Episodio 9](#)
  - [- Episodio 10](#)

- [- Episodio 11](#)
- [- Episodio 12](#)
- [- Episodio 13](#)
- [- Episodio 14](#)
- [- Episodio 15](#)
- [- Episodio 16](#)
- [- Episodio 17](#)
- [- Episodio 18](#)
- [- Episodio 19](#)
- [- Episodio 20](#)
- [Temporada 3](#)
  - [- Episodio 1](#)
  - [- Episodio 2](#)
  - [- Episodio 3](#)
  - [- Episodio 4](#)
  - [- Episodio 5](#)
  - [- Episodio 6](#)
  - [- Episodio 7](#)
  - [- Episodio 8](#)
  - [- Episodio 9](#)
  - [- Episodio 10](#)
  - [- Episodio 11](#)
  - [- Episodio 12](#)
  - [- Episodio 13](#)
  - [- Episodio 14](#)
  - [- Episodio 15](#)
  - [- Episodio 16](#)
  - [- Episodio 17](#)
  - [- Episodio 18](#)
  - [- Episodio 19](#)
  - [- Episodio 20](#)
  - [- Episodio 21](#)
  - [- Episodio 22](#)
  - [- Episodio 23](#)
  - [- Episodio 24](#)
  - [- Agradecimientos](#)
  - [- Sobre la autora](#)

- [Notas](#)